



Carlo M. Cipolla, ed.
Historia económica
de Europa (1)
La Edad Media

Volumen fundamental para comprender la época
en que se sientan las bases de las sociedades indus-
triales.

Carlo M. Cipolla, ed.

HISTORIA ECONÓMICA DE EUROPA

LA EDAD MEDIA

No había, hasta la fecha, una historia económica de Europa que combinase, en forma satisfactoria, las ventajas del libro de texto (concisión, claridad, rotundidad) y los incentivos del libro de investigación (planteamientos originales, hipótesis de trabajo, conclusiones innovadoras). Al conseguirlo, la *Historia económica de Europa* dirigida por el profesor Cipolla ha sido recibida por la crítica internacional como una obra fuera de serie, que rompe moldes dentro del género. El talante imaginativo de su director, adscrito a las universidades de Berkeley (California) y Pavia (Italia), al frente de un brillante equipo de sesenta colaboradores, pertenecientes a quince países y a más de cincuenta centros universitarios u organismos económicos internacionales, ha obrado el pequeño milagro. El conjunto de la obra se organiza en nueve volúmenes, agrupados en cuatro períodos: la Edad Media (1000-1500), los comienzos de la Edad Moderna (1500-1700), la etapa de la industrialización (1700-1914) y el mundo contemporáneo (1920-1970). La denominada alta Edad Media ha sido excluida porque la obra tiene como objetivo básico explicar la emergencia de la civilización industrial.

Durante la baja Edad Media, período de estudio del presente volumen, la población europea experimentó un crecimiento notable, a pesar de la larga serie de calamidades iniciada con la peste de 1348-1350. Pero el crecimiento, del que se ponderan cada uno de los factores, se concentró en la parte occidental y central (Francia, Países Bajos, Islas Británicas, Escandinavia y Alemania) prefigurando, de este modo, una hegemonía que ha durado hasta hoy. En términos cualitativos, dentro de un contexto eminentemente rural, destacó a partir del siglo XI el desarrollo de unas ciudades más o menos nuevas, en todo caso bien distintas de las del mundo antiguo, porque creadas y regidas por un estamento original —la burguesía—, habrían de jugar un papel relevante en la supera-

(Continúa en la solapa posterior.)

ARIEL - HISTORIA

HISTORIA ECONÓMICA DE EUROPA

Dirigida por Carlo M. Cipolla

1. *La Edad Media*
2. *Siglos XVI y XVII*
3. *La Revolución industrial*
4. *El surgimiento de las sociedades industriales*
(Partes 1 y 2)
5. *El siglo XX* (Partes 1 y 2)
6. *Economías contemporáneas* (Partes 1 y 2)

CARLO M. CIPOLLA, ed.

HISTORIA ECONÓMICA DE EUROPA

La Edad Media

EDITORIAL ARIEL

BARCELONA - CARACAS - MEXICO

Título original:
THE FONTANA ECONOMIC HISTORY OF EUROPE
The Middle Ages

Collins/Fontana Books

Traducción de CARMEN HUERA

1.^a edición: octubre de 1979 

© 1972: Carlo M. Cipolla

© 1969: J. C. Russell

© 1971: Jacques Le Goff

© 1970: Richard Roehl

© 1969: Lynn White Jr.

© 1969: Georges Duby

© 1971: Sylvia L. Thrupp

© 1971: Jacques Bernard

© 1970: Edward Miller

© 1979 de la traducción castellana para España y América:
Ariel, S. A., Tambor del Bruch, s/n - Sant Joan Despí (Barcelona)

Depósito legal: B. 21.141 - 1979

ISBN: 84 344 6522 1 (obra completa)

84 334 6225 6 (tomo I)

Impreso en España

1979. — I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Av. J. Antonio, 134, Esplugues de Llobregat (Barcelona)

INTRODUCCIÓN GENERAL

Cuando se presenta al público un nuevo libro, se suele indicar que éste es muy útil y que viene a llenar un gran vacío. En realidad, es el público lector quien debe decidir si existe un vacío en la bibliografía de que se dispone en un tema determinado y si el nuevo libro lo llenará adecuadamente. A pesar de lo dicho, permítase al director y al editor de la presente obra que expresen su opinión de que existía una gran necesidad de una historia económica de Europa amplia y puesta al día.

El plan de la obra sigue las pautas tradicionales. Se han asignado capítulos a temas tales como población, agricultura, manufacturas, comercio, tecnología y actividades empresariales. Esta clasificación se entrecruza con otra que divide la historia en cuatro períodos cronológicos: la Edad Media (1000 a 1500), la Edad Moderna (1500 a 1700), el período de la industrialización (1700 a 1914) y la etapa contemporánea (1920 a 1970). A los primeros siglos de la Edad Media apenas se les ha prestado atención, porque la obra está dedicada esencialmente a explicar la aparición del moderno mundo industrial.

Todas las formas de división son arbitrarias, y así, cuando se opta por una, se deben aclarar y, si es posible, corregir todas las deformaciones que de ella pudieran derivarse. Los capítulos que hacen referencia a la agricultura, el comercio, la tecnología, las finanzas y otros temas semejantes tienden a dar excesiva importancia a los factores que operan del lado de la oferta. Por consiguiente, se han incluido capítulos, acerca de los niveles y modalidades de la demanda, que corresponden a cada uno de los cuatro períodos cronológicos de

la historia. No estoy totalmente convencido de que ello nivele suficientemente la balanza, pero por lo menos el posible desequilibrio ha sido considerablemente corregido.

En cuanto a los dos períodos más recientes (1700-1914 y 1920-1970), el tratamiento adoptado, aunque sigue el modelo que acabamos de indicar, se amplía mediante una exposición del desarrollo industrial en países determinados, lo que permite estudiar cada país como un caso especial; ello significa, esencialmente, que un mismo tema ha sido estudiado dos veces, cada una desde distinto ángulo.

Cuando se han analizado países concretos, el criterio divisorio para los capítulos individuales ha sido el de considerar el estado como unidad política. Evidentemente, el desarrollo industrial no siempre coincide con las fronteras de las entidades políticas; dentro de cada país hay regiones de rápido crecimiento y otras de pertinaz estancamiento. A este respecto algunos países resultan más homogéneos que otros: Inglaterra constituye un área homogénea, mientras que Italia, en el otro extremo del espectro, ha sido, según dijo el príncipe de Metternich, "una expresión geográfica" con dramáticos contrastes internos. Hay que reconocer que usar y comparar promedios nacionales en casos tan distintos no constituye una operación razonable ni significativa. Piamonte y Sicilia son en muchos aspectos menos compatibles que Inglaterra y Escocia, aunque convencionalmente se considere a Italia como una entidad estadística, mientras que en las cifras acerca de Inglaterra se indica cuidadosamente que en ellas no se incluyen Escocia e Irlanda. Por otra parte, los promedios nacionales tienden a ocultar los sutiles mecanismos que favorecen internamente a unas regiones a expensas de otras, mecanismos que constituyen un elemento esencial del proceso de desarrollo.

En los libros de texto corrientes, y en los tratados generales de historia económica, se suele realizar el análisis del proceso de industrialización haciendo referencia sólo a Inglaterra, Francia, Alemania y, ocasionalmente, Rusia, mientras que experiencias no menos interesantes de otros países son con frecuencia olvidadas. Por ello nos hemos propuesto incluir también en nuestro estudio los casos de Escandinavia, los Países Bajos, Suiza, el imperio de los Habsburgos, Italia y España.

En relación con mi anterior manifestación de que todas las posibles divisiones son arbitrarias, debo señalar que la historia económica en sí misma constituye una división, y una de las más arbitrarias; y que ha sido adoptada por conveniencia de análisis y de enseñanza académica; pero en la vida no existen tales compartimentos: sólo existe la historia. Lo que nosotros denominamos historia económica y social solamente puede resultar inteligible si se tiene presente el trabajo realizado en otras divisiones arbitrarias, tales como las historias de las ideas, de la educación, ciencia, tecnología, medicina, o del arte militar. Hoy en día está de moda hablar de relaciones capital-producto, funciones de producción, ganancias marginales y cosas parecidas, pero, por interesante que sea tratar de tales temas y evaluar algunas de estas variables, el verdadero problema de la comprensión de la historia es muchísimo más interesante y al mismo tiempo mucho más difícil e inasequible. El verdadero problema consiste en comprender la realidad humana que se halla detrás de todas esas variables y hace de ellas lo que son.

Considero trivial distinguir entre historia económica "nueva" y "vieja", "cualitativa" y "cuantitativa". Tales distinciones sólo sirven para perpetuar querellas académicas. La distinción fundamental reside entre buena y mala historia económica, y esta distinción no depende del tipo de símbolos usados ni del número de cuadros estadísticos que se incluyen; depende de la importancia de los problemas planteados y de la calidad del material recogido para responder a tales problemas, así como de la selección y uso del método analítico más adecuado tanto a los problemas suscitados como al material de que se dispone.

C. M. CIPOLLA

LOS ORÍGENES

por C. M. CIPOLLA

Nuestra historia comienza en la depauperada Europa de los siglos VIII y IX. La población era escasa; la elevada fertilidad estaba contrarrestada por la igualmente elevada mortalidad. Triunfaban la violencia, la superstición y la ignorancia. La actividad económica había retrocedido a niveles muy bajos y a formas primitivas. Era la edad de oro de la vida monástica, porque la gente soñaba con oasis de paz en los que pudiesen sentirse a salvo del mundo pecador y de sus pecadores habitantes, y rogar por una vida y un mundo mejores. En el nivel económico la organización señorial reflejaba idéntica actitud de recelo hacia los elementos extraños. Es tradicional considerar la autosuficiencia del primitivo señorío medieval como una consecuencia de la ausencia de comercio, pero éste nunca cesó completamente, y fácilmente puede argüirse que las causas no fueron tan simples ni actuaron en una sola dirección. La falta de relaciones comerciales fue también, a su vez, un resultado de la autosuficiencia del señorío.

Cuando un documento de la época aconseja: "Todas las cosas necesarias deben ser hechas en la misma hacienda, de modo que no sea preciso comprar o pedir prestada cosa alguna fuera de la misma", ello no excluye la posibilidad de obtener los artículos necesarios en el mercado; simplemente recalca que sería deseable no tener que depender del mercado. En efecto, no se podía confiar en el mercado, ya que éste no podía asegurar una provisión regular de todas las cosas necesarias. Las relaciones comerciales, tanto a larga como a corta distancia, eran irregulares e imprevisibles. Era inconcebible que una

comunidad pudiese vivir de la actividad comercial sin dedicarse directamente a la agricultura para cubrir las necesidades de la vida diaria. Aquellos que conocían la existencia de Venecia, consideraban a esta ciudad como algo anormal y extraño, un fenómeno inexplicable; y el autor de un documento del siglo xi informaba maravillado: "Esta gente no ara, ni siembra, ni vendimia".¹

Durante la Alta Edad Media, la mayoría del pueblo la constituían los siervos dedicados a las tareas agrícolas; de los pocos artesanos existentes, algunos eran trabajadores itinerantes, pero la mayoría eran en parte artesanos y en parte siervos agrícolas que dividían su tiempo entre el cultivo de sus parcelas y la producción de rústicos artefactos para la comunidad o para el señor y compartían la mísera existencia y las paupérrimas condiciones de vida de los siervos agrícolas. Había también mercaderes itinerantes, pero este grupo era muy heterogéneo. Existían pequeños buhoneros que recorrían zonas relativamente pequeñas e intentaban vender sus pobres mercancías en los pueblos o en los mercados semanales, y grandes mercaderes que operaban sobre vastas extensiones, a menudo atravesando las fronteras de diversos países, llevando consigo sedas o ricas telas, objetos de marfil o ébano, reliquias religiosas, joyería y esclavos; estos mercaderes hacían acto de presencia especialmente en las grandes ferias que tenían lugar en diferentes épocas y localidades. Entre estos dos tipos de mercaderes había otros tipos intermedios, pero todos — sea cual fuere la envergadura de su empresa— compartían unas características comunes: su posición en el escalafón social era baja, eran itinerantes, virtualmente gentes vagabundas y desarraigadas, y eran mirados con suspicacia por todo el mundo. La Iglesia los condenaba porque dedicaban sus vidas a la obtención de provechos materiales, lo cual era pecaminoso según los clérigos. Los oficiales administrativos locales los miraban con desconfianza, temiendo constantemente que aquellos aventureros errantes se convirtieran en espías del enemigo o en malvados ladrones. El pueblo también desconfiaba de aquellos extranjeros que con frecuencia carecían de patria y de hogar,

1. "Et illa gens non arat, non seminat, non vindemiat". *Instituta Regalia et Ministeria Camere Regum Langobardorum*, par. 4 en MMGGHH, *Scriptores*, 30, part. 2, pp. 1450-1457.

hombres que se trasladaban de aquí para allá a extraños lugares, a menudo con extrañas mercancías, traficando con cosas prohibidas, cometiendo usura y sólo Dios sabe cuántas otras actividades pecaminosas.

Los documentos que poseemos de este período son hostiles a los mercaderes. Liutprando de Cremona relata que los mercaderes de Verdún castraban a los niños y los vendían como esclavos en los mercados musulmanes. Un texto de la región del Mosa, que data del primer cuarto del siglo XI, presenta a dos mercaderes hablando al pasar ante una iglesia; uno sugiere que podrían entrar a orar, pero el otro rehúsa esta idea diciendo que no desea apartar su mente de los negocios.

Un pasaje del texto de *El milagro de San Foy* nos habla de un mercader de la Auvernia que se enriqueció mediante ilícitas especulaciones con la cera utilizada para hacer velas para los peregrinos que se congregaban en el santuario de San Foy de Conques. El cronista Alpert de Metz describe a los mercaderes como hombres rudos (*homines duri*) que se mofan de las leyes a menos que éstas los favorezcan. Son grandes bebedores, y sólo admiran a aquellas personas que cuentan historias indecentes en voz alta incitándoles con ello a reír y beber. Con el dinero que obtienen, celebran banquetes en los que se emborrachan.²

Tales ideas no eran totalmente absurdas. Téngase en cuenta que solamente los más recios caracteres se atrevían a viajar a través de la perturbada, insegura y selvática Europa de los siglos tenebrosos; sólo ambiciosos aventureros eran capaces de hacer frente a todas las penalidades de una peligrosa vida itinerante a cambio de la obtención de una ganancia pecuniaria. Sólo hombres carentes de escrúpulos desafiarían tan abiertamente la condenación moral de la Iglesia para ingresar en una profesión tenida en tan ínfima estima social.

Los clérigos y los caballeros dirigían la sociedad y controlaban la mayor parte de su riqueza. Los rasgos culturales de estos dos gru-

2. Acerca de lo que precede, consúltese E. Sabbe, "Quelques types de marchands des IX^e et X^e siècles", en *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 13 (1934), 176-187, y F. Vercauteren, "The Circulation of Merchants in Western Europe from the 6th to the 10th Century: Economic and Cultural Aspects", en S. L. Thrupp, ed., *Early Medieval Society*, Nueva York, 1967, pp. 185-195.

pos moldeaban la sociedad y dirigían sus acciones. Sus respectivos ideales eran la oración y la lucha, pero ninguno de los dos grupos despreciaba la riqueza; al contrario, cuidaban de Mammón tanto como cualquier otro, si no más, pero era inconcebible para los miembros de estos dos grupos dirigentes el emplear sus vidas en la producción de riqueza. La riqueza debía ser producida por los estamentos más bajos, por los siervos. Los "mejores", los clérigos y los señores, tenían el derecho de tomar la totalidad o parte de este producto mientras se dedicaban a las nobles actividades de orar y luchar, los dos fines admitidos por la sociedad. La producción era un medio, la devoción y la gallardía eran los fines. La consideración social y los laureles se concedían a los que alcanzaban el éxito en la dedicación a tan nobles fines, y no a aquellos que triunfaban en la provisión de los vulgares medios.

No existía una negación consciente de lo práctico, más bien al contrario. Simplemente, debemos darnos cuenta de lo que significaba "lo práctico". La cosa más práctica para los clérigos era rogar por la salvación de sus almas, y también, si era posible, por la salvación de las almas de sus amigos. La cosa más práctica para los nobles era demostrar su fuerza y valor. Tanto para los clérigos como para los caballeros resultaba práctico el explotar a aquellos que producían la riqueza. La educación no era despreciada, pero el concepto de educación también se acomodaba de modo peculiar a los ideales principales de los dos grupos dirigentes. Los señores despreciaban la educación literaria o, en el mejor de los casos, no se interesaban por ella, y la dejaban para los clérigos.

Según aseguraba un grupo de godos a la reina Amalasunta: "Las letras son incompatibles con la virilidad, y las enseñanzas de los ancianos producen espíritus cobardes y sumisos".³ Los caballeros respetaban aquella educación que les permitía aumentar sus conocimientos y destreza en la equitación, en la caza y en los torneos. Dadas sus metas, ésta era, desde luego, una excelente y práctica educación. Por su parte, los clérigos cultivaban la educación musical y literaria porque ésta les permitía leer los textos sagrados y cantar en la iglesia.

3. Procopius, *Gothic War*, 1, 2.

Las clases más bajas, en su inferior *status* social, se sometían a este estado de cosas y pasivamente aceptaban no sólo su baja posición en la escala social, sino también la preponderancia de los valores culturales de los grupos dirigentes; la aceptación de una cosa implicaba la otra. Por otra parte, ellos no poseían sistemas de valores más altos o más nobles para oponer a los de sus gobernantes. Bizarria, valor y devoción parecían, desde luego, más nobles ideales que el vulgar deseo de conseguir algo más para comer, para vestir o para ahorrar.

La organización señorial, no permitía obtener altos niveles de productividad, pero, dadas las condiciones generales y los rasgos culturales preponderantes en la época, era tal vez la mejor forma de organización posible. En realidad, entre los siglos VII y X se adoptaron gran cantidad de innovaciones tecnológicas (aparecieron el arado pesado, el sistema rotativo de los tres campos y nuevos métodos para enjaezar los caballos, y mejoró la integración entre agricultura y ganadería). El resultado de estos y otros cambios, combinados con el fin de las principales invasiones, debe haber sido un incremento notable en la productividad agrícola, especialmente después del siglo IX. Ahora bien, lo que ya es más discutible es si este aumento de la productividad agrícola fue en sí mismo causa suficiente para el desarrollo que se produjo a partir de la segunda mitad del siglo X, pero lo que es indudable es que constituyó una condición necesaria.

Es imposible definir relaciones causales; todo lo que se puede aventurar, con cierto grado de seguridad, es la descripción de las tendencias más acusadas. A partir de la segunda mitad del siglo X la población aumentó en toda Europa; durante un largo período no se produjeron estrangulaciones en el sistema económico. La tierra era fecunda y el capital necesario para el desarrollo era creado lentamente, aunque no sin quebrantos. La producción aumentaba en todos los sectores.

Se suele hacer referencia principalmente al incremento del comercio a larga distancia, con ocasionales, aunque no siempre pertinentes, referencias a Venecia y las Cruzadas, y a las especias, que desde luego constituyeron progresos importantes; pero tal vez fue más importante el desarrollo del comercio local y las artesanías.

Aunque no sea éste el lugar apropiado para discutir todos estos movimientos en detalle, es necesario subrayar que un aspecto esencial del proceso de desarrollo, que constituyó a la vez su "causa" y su "efecto", fue el rápido incremento, en todas partes, del número de personas que practicaban alguna modalidad de comercio o algún oficio. Su número crecía tanto en términos absolutos como en relación con otros grupos, y así mismo aumentaba su riqueza.

En el Norte estas gentes generalmente se agrupaban en torno a un castillo o abadía, dondequiera que las condiciones geofísico-políticas favorecían las comunicaciones y los trueques.⁴ En el Sur los puntos naturales de reunión fueron los restos de las antiguas ciudades romanas. En su resurgir, toda clase de gente acudía hacia los renacientes centros urbanos: siervos fugitivos, aventureros desarraigados, tales como aquel políglota *pannosus* mencionado por Liutprando en su *Antapodosis*,⁵ y, especialmente en Italia, miembros de la pequeña nobleza.⁶

Lo que llevaba a la gente hacia las ciudades eran más las crecientes oportunidades que ofrecían los centros urbanos, que un empeoramiento de la situación económica en el campo. La gente abandonaba el campo porque creía que en las ciudades había mejores oportunidades para progresar económica y socialmente, y esta creencia los hacía intolerantes con la lenta movilidad del mundo rural. *Stadtluft macht frei*, decían en Alemania: "El aire de la ciudad hace al hombre libre". En muchos aspectos este movimiento se parece —en cuanto a motivaciones y sentimientos se refiere— a la migración de los europeos hacia América durante el siglo XIX. En ambos casos existió una especie de esperanza de trasladarse a un mundo mejor, a una sociedad más abierta y a más amplias oportunidades económicas.⁷

Generalmente se admite que, tanto si se trata del resurgir de una ciudad entre las corroídas ruinas romanas, en el Sur, o como de los primeros inicios de vida ciudadana, en el Norte, la aparición y crecimiento de los nuevos centros urbanos representó un momento deci-

4. Véase H. Pirenne, *Medieval Cities*.

5. H. Pirenne, "Un prétendu drapier milanais en 926", en *Studi Medievali*, N. S. I (1928), 131-133.

6. E. Sestan.

7. C. M. Cipolla, *Clocks and Culture*, Londres, 1967, pp. 17-18.

sivo y revolucionario en la historia occidental, el cual confirió a esta historia su único y peculiar carácter. Las raíces de todos los subsecuentes progresos, incluyendo la revolución industrial y sus consecuencias, pueden ser rastreadas en el desarrollo urbano de la Edad Media.

Sin embargo, existían ciudades en otros lugares del mundo medieval, tanto en China como en el Imperio Bizantino. Las grandes ciudades parecen haber sido más numerosas, proporcionalmente, en China, que en Europa hasta el siglo XIX, y hasta el XVIII la urbanización parece haber sido muy superior.⁸ Constantinopla tenía una extensión de casi 3.500 acres cuando París medía 20, Tournai 30 y Milán 283.⁹ En un pasado más lejano también existieron ciudades, incluso a partir de la revolución del Neolítico: en tiempos del Sumer más antiguo y en Egipto. En realidad, ninguna cultura se ha identificado tan completamente con la ciudad como lo hicieron las de la Grecia clásica y Roma.

Ahora bien, si la ciudad de la Europa medieval dio a la historia europea un carácter único y determinó un derrotero histórico tan diferente al de otras sociedades, es evidente que la ciudad medieval debe haber sido algo esencialmente distinto de las ciudades de otras áreas u otras épocas.

La diferencia no radicaba en la composición profesional de los habitantes de la ciudad. En efecto, en las ciudades de la Europa medieval había mercaderes, artesanos y gentes de profesiones liberales, así como gran cantidad de sacerdotes, monjas y monjes, más cierto número de señores. Por otra parte, y de modo similar, las ciudades del antiguo Egipto, la Grecia clásica y Roma estaban habitadas por comerciantes, artesanos, cambistas de dinero, abogados, jueces, maestros, médicos, etc., y esta clase de gente era mucho más numerosa en las ciudades que en los pueblos. Asimismo, en China, Ching-te-chen era el centro productor de la cerámica imperial; Shanghai, mucho antes de convertirse en un puerto privilegiado bajo dominio extranjero, había sido el principal centro comercial del valle del

8. R. Murphey, "The City as a Center of Change: Western Europe and China", *Annals of the Association of American Geographers*, 44 (1954), 354.

9. R. S. López, *The Birth of Europe*, Nueva York, 1967, p. 131.

Yangtse; Cantón era el más consistente foco del comercio con el extranjero; Chunking, Chengchow, Hankow, Hsiagtan, Soochow y Wuhu constituían centros comerciales importantes. Así pues, si comparamos la ciudad medieval con las ciudades de otras áreas y otras épocas, observaremos una gran similitud tanto en la composición profesional de su población como en las funciones urbanas; sin embargo, había una diferencia esencial.

En las ciudades del mundo clásico, y en las ciudades chinas, el mercader, el artesano, el doctor y el notario nunca adquirieron una posición socialmente prominente. Incluso cuando se enriquecían, se conformaban con una posición social inferior; aceptaban pasivamente su baja posición en la escala social y, al mismo tiempo, la preeminencia de los valores culturales de los grupos dirigentes. Los ideales rurales de las clases elevadas impregnaban a toda la sociedad; y, como los terratenientes dominaban por igual los medios campesinos y las ciudades, tanto social como política y culturalmente, poderosos elementos de cohesión borraban las diferencias entre el medio urbano y el rural. La ciudad no constituía un organismo en sí misma, sino un simple órgano dentro del más amplio contexto de un continuo urbano-rural.

La historia de la ciudad europea a partir del siglo x es totalmente distinta. En la Europa medieval, la ciudad llegó a representar un elemento de crecimiento anormal, un cuerpo peculiar totalmente extraño al medio ambiente que lo rodeaba. La esencia de este cambio fue agudamente señalada por un perspicaz miembro del orden feudal, el alemán Otto von Freising, cuando, al describir las ciudades italianas que lucharon contra Federico Barbarroja, uno de los últimos paladines del orden feudal, subrayaba: "Ellos no dudan en armar caballeros o conceder honrosas posiciones a hombres jóvenes de clase inferior, e incluso a gentes que se ocupan en viles trabajos mecánicos y a los que otros pueblos excluirían de los más respetables y honrosos círculos, como si de apestados se tratara".¹⁰ ¡Cuánta razón tenía el conservador obispo! Aunque se mostraba demasiado simplista en su descripción del nuevo orden social que había surgido en

10. Otto von Freising, *Gesta Frederici*, II, 12, en *Scriptores Rerum Germanicarum*, 54 (G. Waitz, ed.), Hannover-Leipzig, 1912, p. 116.

las ciudades. Según escribió el profesor López en cierta ocasión, la democracia del gobierno municipal no fue, ni deseó ser, igualitaria y total.¹¹

En las comunas no era la mayoría absoluta lo que buscaban, sino más bien, según la definición dada a principios del siglo xiv por Marsilio de Padua, “el acuerdo de la parte más ilustre”. *Stadtluft machts frei*. No había siervos en las ciudades; todos eran libres, todos eran iguales, pero algunos eran más iguales que otros.

La ciudad medieval estaba dominada política, social y culturalmente por los mercaderes y los cambistas —según enseñan todos los libros de texto—, pero también por los farmacéuticos, los notarios, los abogados, los jueces, los médicos y gentes de profesiones parecidas. Éste era el complejo grupo social que desde el principio constituyó la fuerza impulsora de la formación de las ciudades como cuerpos independientes y el que se hallaba también detrás de las hermandades, las *conjuraciones*, con las que se había iniciado la emancipación de los ciudadanos. Eran los *predivites* —los muy ricos—, sobre los que un conservador de la talla de Lamberto von Hersfeld descargaba su ira cuando describía la sublevación de Colonia de 1074. Debían su elevada posición social principalmente a su riqueza, pero no exclusivamente a ella. También en China y en las ciudades de la antigua Grecia y de Roma hubo muchos mercaderes y artesanos ricos, pero los acaudalados comerciantes chinos, griegos y romanos nunca consiguieron imponerse socialmente ni lograron destruir la escala de valores de los ricos hacendados. Las razones por las que los ciudadanos ricos medievales triunfaron donde sus iguales de China, Grecia y Roma fracasaron, no pueden ser explicadas fácilmente. Indudablemente, el habitante del burgo medieval prosperó en un ambiente en el cual el Estado prácticamente no existía. En realidad, al establecer la ciudad como una entidad corporativa independiente, con órganos administrativos bien diferenciados, el “ciudadano” dio origen al Estado moderno, según nosotros lo concebimos. El ciudadano medieval se vio favorecido también por la coexistencia de varios centros importantes de poder feudal, ya que en numerosos casos el habitante del burgo sacó grandes ventajas de la rivalidad entre aquéllos, azu-

11. R. S. López, *op. cit.*, p. 270.

zando a unos contra otros, enfrentando al rey con los barones, a los obispos con el rey. Por otra parte, las ciudades se desarrollaron principalmente gracias a la inmigración; las gentes que abandonaban el campo por la ciudad dejaban atrás, o huían de él, un medio respecto al cual no experimentaban más que sentimientos hostiles. Así pues, el espíritu rebelde de las ciudades se veía constantemente reforzado, y, simultáneamente, la creciente riqueza y el éxito conferían a este talante matices de osadía y orgullo.

Esto nos conduce al punto crucial; en efecto, el rico comerciante chino se enfrentaba con una bien atrincherada clase de poderosos terratenientes que podían actuar como siempre lo hacen las clases sociales que se sienten seguras, pero que además contaban con una escala de valores e ideales que se encarnaban en una filosofía de elevado valor moral. No era cosa fácil, para un mercader, desafiar los ideales de los discípulos de Confucio. De modo similar, la nobleza campesina de Grecia y Roma se identificaba a sí misma con un orden de valores e ideales que se derivaba en cada caso de escuelas filosóficas muy elevadas y complicadas. El habitante de la ciudad medieval no vio dificultado su camino por tan importantes estructuras culturales. Las afirmaciones de preeminencia del señor laico se basaban en su habilidad en el torneo y en su sangrienta pasión por la guerra. El orden de valores de la nobleza laica, interpretado por los trovadores en términos caballerescos y cortesanos, no poseía categoría suficiente para obtener gran respeto una vez que la sociedad había comenzado a salir de su anterior primitivismo. El habitante de la ciudad medieval podía ser sólo un mercader, pero ya no era el rudo aventurero de los siglos oscuros; lentamente se iba convirtiendo en una persona relativamente culta que se enorgullecía de contribuir a la construcción de un hermoso edificio público, a la apertura de una escuela o un hospital, a la general prosperidad y a la grandeza de su ciudad. Al considerar lo que él y sus conciudadanos estaban realizando, experimentaba el profundo sentimiento de que eran "los mejores". Este sentimiento de orgullo es claramente perceptible tanto en los edificios que levantaron como en relatos tales como la siguiente descripción de la Florencia del siglo xiv hecha por el mercader Giovanni Villani:

"Se calculaba que en Florencia había unas 90 mil bocas, dividi-

das entre hombres, mujeres y niños... Se calculaba asimismo que en la ciudad había unos 1.500 extranjeros... Los niños y niñas que estaban aprendiendo a leer eran de 8 a 10 mil, los niños que aprendían el ábaco y algoritmia eran de 1.000 a 1.200, y los que estudiaban gramática y lógica, en cuatro grandes escuelas, eran de 550 a 600... Contamos en Florencia y sus suburbios 110 iglesias y... 30 hospitales con más de 1.000 camas para recibir a los pobres y los enfermos... Los talleres del gremio de los laneros y los mercadres de lana eran 200 o más y en ellos se hacían de 70 a 80 mil piezas de tela, lo que suponía un valor de más de 1.200.000 florines de oro. Y, de esta suma, un tercio se quedaba en la ciudad como retribución por el trabajo, sin contar las ganancias de los empresarios; por otra parte, más de 30 mil personas vivían de ello. Los *fondachi* del gremio de importadores de tela transalpina eran unos 20 e importaban anualmente más de 10 mil piezas de tela que valían 300 mil florines de oro... Había cerca de 80 establecimientos para el cambio de moneda... La asociación de jueces estaba compuesta por 80 miembros. Los notarios eran unos 600; los médicos y cirujanos, unos 60; los farmacéuticos, unos 100. Había en Florencia 146 panaderos... Cada año la ciudad consumía 4.000 toros y terneras, 60 mil cordeiros y carneros, 20 mil ovejas y chivos y 30 mil cerdos. Durante el mes de julio unos 4.000 melones llegaron a través de la Porta San Friano.

"Florencia, dentro de sus murallas, estaba bien construida, con gran cantidad de hermosas casas, y en esta época la gente procuraba realizar las construcciones con las mejores técnicas para que éstas fueran confortables y lujosas. Para lograrlo se importaban diseños y proyectos de toda clase de mejoras. Se construyeron iglesias parroquiales, iglesias monacales para todas las órdenes y espléndidos monasterios... y el conjunto formaba un espectáculo maravilloso para los forasteros que venían de lugares lejanos y no estaban acostumbrados a ver ciudades como Florencia..."¹²

La historia de las relaciones entre los ciudadanos y la Iglesia es más compleja. El dinero entregado a la Iglesia por los ricos mercaderes es buena prueba de que éstos seguían experimentando fuertes sen-

12. G. Villani, *Cronica*, libro XI, cap. xciv.

timientos de culpa frente a la moral predicada por la Iglesia, y los intelectuales —notarios, jueces, médicos, farmacéuticos— no se atrevían a desafiar los valores e ideales de la Iglesia. Pero, al asentar los fundamentos del Estado secular, los habitantes de las ciudades hicieron posible un compromiso, mediante el cual llegaron a ejercer su poder sobre la esfera que a ellos realmente les interesaba, dejando a la Iglesia el control de los asuntos espirituales. Por otra parte, la Iglesia se mostró muy acomodaticia, y la condenación moral de las actividades mercantiles y bancarias fue progresivamente suavizada; más aún, los miembros de la Iglesia, que vivían y prosperaban en las ciudades, llegaron a compartir el sistema de valores de los demás ciudadanos:

“La población aumenta de día en día... En la ciudad, incluyendo los suburbios, hay 10 hospitales para los enfermos... Toda la gente necesitada, excepto los leprosos, para los que existe un hospital especial, es allí bien recibida y su salud generosa y bondadosamente restaurada, ya que se les proporcionan cama y comida. Todos los necesitados que requieren intervenciones quirúrgicas son también atendidos por cirujanos especialmente asignados a tales tareas y que reciben su salario de la ciudad... Hay en esta ciudad 120 doctores en ambas leyes..., los notarios son más de 1.500... Los expertos en medicina, popularmente denominados médicos, son 28, los cirujanos de las diferentes especialidades pasan de 150, y entre éstos hay muchos que, siendo evidentemente excelentes médicos, han heredado de los antepasados de su familia las antiguas tradiciones de la cirugía. Los profesores de gramática son ocho y supervisan a gran cantidad de alumnos... Los maestros de rudimentos de lectura y escritura son más de 70. Los copistas pasan de 40. Hay más de 300 panaderías en la ciudad... Los tenderos, que venden al por menor una ingente cantidad de objetos de todas clases, son sin duda más de 1.000. Los carniceros pasan de 440. Hay más de 18 pescaderías para toda clase de pescado... Los hostales que dan hospitalidad a los forasteros son más de 150. Los herreros que equipan a los cuadrúpedos con herraduras son unos 80, lo cual indica el gran número de caballos y de jinetes... Más de 150 mil carros de leña son quemados cada año sólo en la ciudad...”¹³

13. Bonvecinus de Rippa, “De Magnalibus urbis Mediolani”, ed. por F. Novati, en *Bullettino dell'Istituto Storico Italiano*, 20 (1898), 67-114.

Los párrafos anteriores corresponden a una descripción de la ciudad de Milán hecha en el siglo XIII. En ella descubrimos idéntico tono, perspectiva, filosofía y enfoque que en la descripción de Florencia del siglo XIV. Producen ambas la impresión de haber sido escritas por el mismo autor, pero no es así. El relato florentino fue escrito por un mercader, Giovanni Villani, el relato milanés se debe a un fraile, Bonvecino da Ripa.

Un informe del siglo XIV acerca de Pavía, escrito por otro fraile, Opicino de Canistris, tiene exactamente el mismo tono. El ciudadano prevalece y sus perspectivas y su filosofía imponen respeto e impregnan las ideas de todos los miembros de la sociedad y todas las vías de la actividad urbana. De este modo las ciudades prevalecieron y prosperaron, con todo el orgullo y la confianza en sí mismas que traslucen los antiguos grabados, cuando muestran los perfiles de las ciudades como compactas islas de una nueva cultura. Nada nos resulta extraño en estas descripciones de Florencia o Milán que he citado previamente, o en descripciones similares que no he recogido. Un londinense del siglo XIX, describiendo Londres, o un americano del siglo XX, describiendo Nueva York, no habrían escrito un relato muy diferente de los que hacen Bonvecino o Giovanni, puesto que nuestra cultura es descendiente directa de la suya, nació dentro de los muros de las ciudades medievales y es producto de la revolución social que vio a "hombres jóvenes de clase inferior e incluso gentes que se ocupan en viles trabajos mecánicos, a los que otros pueblos impedirían el paso como si de apestados se tratara..." alcanzar "el ser armados caballeros y honorables posiciones".

Para comprender la historia económica de la Europa occidental desde el siglo XII hasta la segunda revolución industrial, tendremos que explorar un gran número de variables y de logros en los campos de la tecnología, agricultura, comercio, finanzas públicas y privadas, manufacturas, etc. Podemos, si queremos, calcular rendimientos, relaciones capital-producto, productividades, etc., pero en el meollo de la cuestión encontraremos el factor cultural de aquellas compactas sociedades de ciudadanos que se sentían tan orgullosos de lo que hacían y que creían ser "los mejores" precisamente por hacer lo que hacían.

Capítulo 1

LA POBLACIÓN EN EUROPA DEL AÑO 500 AL 1500

por J. C. RUSSELL

La demografía se relaciona con las distintas fases del estudio de la población: el número de habitantes en áreas geográficas de diferentes dimensiones, la distribución de los asentamientos humanos, de su marco geográfico y de su tamaño, las divisiones por edad y sexo, el porcentaje de matrimonios, la fertilidad y el porcentaje de nacimientos, la esperanza de vida, el porcentaje de defunciones y las migraciones. La población medieval compartía muchas de las características que hallamos a lo largo de toda la historia: por cada 105 niños, nacían sólo 100 niñas; la mayor parte de los niños nacían de madres cuya edad oscilaba entre los 18 y los 42 años, si bien mujeres más jóvenes y más viejas tenían asimismo hijos; pocas, muy pocas personas alcanzaban los 100 años; en las ciudades existía una clara tendencia a que hubiese más mujeres que hombres. Éstas eran algunas de las características más comunes. La población medieval poseía también ciertas características peculiares de las culturas preindustriales: una esperanza de vida de unos 30 años al nacer y, hasta cerca de los 20 años de edad, muertes más tempranas para las mujeres, y por lo tanto, mayor cantidad de hombres que de mujeres; densidad de población relativamente baja y ciudades de pequeño tamaño. Tratándose de una cultura esencialmente cristiana, esta población era monógama.

A pesar de la unidad geográfica y de tiempo, la población varió

considerablemente en cuanto a su número. En los comienzos de la Edad Media (542 a 700) y en sus postrimerías (1348 a 1500), la población sufrió terribles epidemias de peste que la redujeron a menos del 50 por ciento en el primer medio siglo de epidemias y mantuvieron índices muy bajos durante otra centuria. Entre 700 y 850 y de nuevo entre 950-1050 (según en qué regiones del continente) y 1300, hubo períodos de rápido incremento de la población, al menos para los standards preindustriales. En el período inmediatamente anterior a las plagas y de nuevo entre 850 y 950-1050 la población creció muy lentamente o nada en absoluto. Éstas fueron las líneas de tendencia generales, puesto que hubo importantes variaciones locales.

LA EVIDENCIA

La evidencia demográfica es más valiosa cuando incluye una elevada proporción de población debidamente registrada. En cuanto a la primera mitad de la Edad Media, los mejores datos nos los proporcionan los estudios de los monasterios franceses, tales como el político del abad Irminon de Saint-Germain-des-Près (París), de cerca del año 819, y documentos similares de Saint-Remi de Reims y Saint-Pierre de Marsella. El censo de Irminon divide la población por hogares o familias, que cuentan unas 3,6 personas por unidad. El registro de Saint-Pierre nos proporciona incluso la edad de los hijos. Todos presentan preponderancia numérica del sexo masculino. Los datos proporcionados por el abad parecen referirse a varias parroquias de las que se indica el tamaño.

Acerca de Italia, los datos que poseemos de la población de diversas ciudades, e incluso de distritos rurales, son muy importantes en los siglos xiv y xv. El censo de Florencia de 1380 nos da el número de bocas (*bocche*) y de cabezas de familia (*poste*), lo que nos permite establecer la relación de 4,2 *bocche* por *poste*. En Florencia en este período también se registraban los bautismos expresando el sexo. En 1402 se hicieron censos similares de número de personas y familias en algunos pueblos de la Romaña. En 1384, en Treviso, se dividía a la población para su estudio en los siguientes grupos: varo-

nes mayores de 14 años, varones más jóvenes, religiosos, mujeres y sirvientes, mostrando la usual superioridad numérica de las mujeres sobre los hombres en las ciudades. No obstante, otro estudio realizado doce años más tarde nos demuestra que el primero era muy defectuoso. En el siglo xv se hicieron en Italia otros estudios generales de este tipo. En demografía, como en otros muchos aspectos de la vida, Italia fue cabeza de Europa durante la Edad Media.

De la Península Ibérica se conocen los censos de algunos pueblos de la zona pirenaica realizados en la Baja Edad Media, y un censo de Castellón de la Plana de 1438. De Francia tenemos uno de 1471. En Ypres se hicieron listas parciales de la mayor parte de sus habitantes en 1412, 1431 y 1437, y en Friburgo, en Uchtland (Suiza alemana), se realizaron en 1444-1448. Los datos que facilitan los censos, prácticamente totales, realizados en Nuremberg en 1449, en Nördlingen en 1459 y en Estrasburgo en 1473-1477, al ser publicados en el siglo xix, produjeron el asombro de los estudiosos a causa de la parquedad de sus cifras. En general existe una tendencia a reducir los cálculos en todas las fases de la población medieval. El tamaño de la familia variaba de 3,5-3,7 miembros en Castellón de la Plana e Ypres, a 4,14-5,5 en las ciudades alemanas. De alguno de estos censos, al igual que de los más antiguos, podemos obtener ciertas estimaciones del porcentaje de personas casadas.

Al parecer, un segundo tipo de evidencias, de pago de la capitación (*chevage*) o de listas de las personas aptas para el servicio militar, se iniciaron en Italia, pero muy pocas han llegado hasta nosotros. A finales del siglo xiv este tipo de listas era muy popular en el norte de Europa: en Inglaterra (conocemos la de 1377), en los Países Bajos, Francia y Alemania. Generalmente incluyen a las personas de más de catorce años, lo cual quiere decir que incluirían cerca de dos tercios de la población (si las mujeres estuvieran comprendidas). Los hogares ingleses, según indican muchos de estos censos, presentaban alrededor de 2,4 adultos, o 3,5 personas, por casa. Aquí, como en cualquier cálculo de impuestos, existe el problema de los exentos y de los que no pagaban.

Pero la fuente de datos más extendida, y que proporciona datos de casi todas las regiones de Europa, es el impuesto por hogares o casas. En efecto, aquí el número de personas por unidad es vital.

Cuando las listas incluyen los nombres, el porcentaje de mujeres nos proporciona un importante indicio. Cuantas más mujeres, más bajo es el total a pagar por casa u hogar. Si se incluyen los que no pagan a causa de su pobreza, la fiabilidad es, naturalmente, más alta. Algunos datos ocasionales (tales como el número de hogares destruidos en Inglaterra) son de gran ayuda. Grandes compilaciones, tales como el *Domesday Book*, de 1087, en Inglaterra, la lista de fuegos de 1328 en Francia, los cálculos de Peter Pence para Polonia y Escandinavia, proporcionan una base cuantitativa, aunque sólo a título experimental, para el cálculo de la población.

Este tipo de datos relacionados con los impuestos es útil tanto para las ciudades como para el campo. Las listas de impuestos en dinero, del siglo XIV, a menudo registran los *pobres* y *nichils* que no pagaban. Una forma de impuesto muy extendida era la de hogares o fuegos, muy frecuente, especialmente en Francia, Italia y Países Bajos. No obstante, llegó a convertirse en una unidad fiscal, con escasa relación con las cifras reales, por lo que debe utilizarse con mucho cuidado. Todavía mayor cuidado requieren las listas de "burgueses", que a menudo constituyen solamente el 60 por ciento de los hombres adultos de la ciudad. Poseemos testimonios acerca de la población y de las áreas habitadas de unas 150 ciudades, especialmente hacia fines de la Edad Media; con estos datos puede ser deducida la densidad de población de las ciudades.

El conocimiento de la historia del desarrollo urbano en la Edad Media nos ayuda a utilizar el tamaño de la ciudad para calcular la población. Desde luego, lo mejor es realizar una primera evaluación geográfica, como la que hizo Sauvaget para la Damasco medieval.¹ Además, muchos estudiosos proporcionan algunos datos acerca de la construcción de nuevas murallas, gracias a lo cual podemos seguir el crecimiento en tamaño de las ciudades. Las compilaciones del *Deutsche Städtebuch*, editadas por E. Keyser, proporcionan un magnífico ejemplo de este tipo de información. La ciudad medieval raramente tenía grandes plazas abiertas, si se exceptúa la existente delante de la catedral, y, por lo tanto, estaba en su mayor parte cubierta de

1. Véanse ejemplos en R. E. Dickinson, *The West European City: a Geographical Interpretation*, Londres, 1951.

construcciones. Las murallas generalmente incluían zonas esencialmente suburbanas que también representan población real. Solamente en los Países Bajos, y poco antes de las grandes epidemias que asolaron las ciudades, los proyectistas de ciudades se excedieron y las proveyeron de unas murallas que durante siglos no fueron alcanzadas. Es fácil realizar estimaciones del área que ocupaban determinadas ciudades en el siglo xiv observando simplemente los modernos mapas de la ciudad —la ciudad medieval se destaca por sus calles tortuosas y por anchas avenidas que conservan rastros de las antiguas murallas, en contraste con los rectos bulevares de los siglos xvi a xix—. A veces es posible observar incluso el contorno de murallas aún más antiguas. La uniformidad de los asentamientos y la seguridad de que las áreas del interior de las murallas estaban realmente ocupadas por edificios proporcionan una base para establecer cálculos mucho mejor que la que ofrecen las ciudades modernas. La densidad media de población en las ciudades era de 100 a 120 personas por hectárea. Las ciudades más densamente pobladas podían alcanzar incluso los 200 habitantes por hectárea, pero esto era realmente excepcional. Así pues, suponer que la Constantinopla imperial, con una zona habitada de poco más de 1.000 hectáreas, dentro de un área total de 1.200, tuviese una población de más de 200 mil personas, es realmente aventurado, sobre todo si se tiene en cuenta que esas mil hectáreas incluían amplias avenidas, grandes edificios públicos e incluso el hipódromo. En los países islámicos se suponía que la Mezquita del Viernes podía contener a todos los fieles masculinos: su tamaño es, pues, una pista para una estimación de la población basada en el tamaño de la ciudad, como viene definida por sus murallas.

En este punto son también importantes los hábitos de alojamiento. Si la gente se amontonaba en los apartamentos de las ciudades, el total por hectárea aumentaba; para conocer este dato son una ayuda importante las pruebas literarias y las arqueológicas (al igual que sucede con los pueblos abandonados). A veces incluso la pintura proporciona ayuda, y en este caso los artistas más prosaicos y menos imaginativos son los más útiles.

La cantidad total de evidencias para el cálculo de la población es, pues, considerable. El valor de las mismas varía, como se ha

visto, muchísimo y a menudo las estimaciones constituyen sólo una simple aproximación. La evidencia proporciona modelos y ejemplos de considerable importancia que pueden ser usados para realizar conjeturas acerca de otras muchas áreas. En gran número de ocasiones, hipótesis basadas en diferentes tipos de aproximaciones concuerdan y otorgan mayor validez al cálculo. En cualquier caso, tales estimaciones son mejores que las conjeturas basadas en la intuición, y reducen los límites de la conjetura: como mencionábamos más arriba, la posibilidad de atribuir un millón, e incluso medio millón, de habitantes a Constantinopla debe ser totalmente descartada.

Se ha afirmado que los movimientos de población determinan cambios en las condiciones económicas, los cuales proporcionan pistas para las variaciones demográficas. Estos cambios se producen en los salarios, rentas y precios, especialmente de la tierra. El aumento de la población produciría un efecto adverso sobre los salarios: las grandes pérdidas producidas por la epidemia inicial de la peste del siglo xiv determinaron la subida de los salarios a partir de 1350. El aumento de población eleva asimismo las rentas y los precios de la tierra: ambos se elevaron, en efecto, con el aumento de población, en Inglaterra, en el siglo xiii. A pesar del aparente valor de tales indicaciones, no se ha hecho gran uso, hasta la fecha, de las mismas. Todas ellas implican el supuesto *ceteribus paribus* durante el período en que los cambios tuvieron lugar: un supuesto históricamente no confirmado. Sin embargo, con el tiempo puede lograrse un uso más esmerado de las indicaciones ofrecidas por las alteraciones en los salarios, precios y rentas.

TIPOS DE ASENTAMIENTO

Una simple ojeada casual a un mapa de la Europa medieval muestra que las mayores ciudades de la época presentaban modelos muy parecidos. Estaban situadas a lo largo de las grandes calzadas romanas, o en las costas, y a intervalos determinados. Los recientes estudios acerca de la distribución geográfica de ciudades y pueblos, según su población, presentan tipos de asentamiento muy definidos. La regularidad de la distribución, que se basa en la agricultura y en

una vida económica normal, es alterada ocasionalmente por ciudades que dependen de las minas o de actividades comerciales o industriales poco corrientes. Esto era asimismo cierto en la Edad Media. Aunque entonces las fuentes de asentamiento irregularmente situadas eran menos frecuentes y menos importantes, actuaban estas dos mismas influencias. La distribución regular en el espacio se acomoda a las exigencias del tiempo y la distancia, en relación con las actividades de los habitantes para la satisfacción de sus necesidades, modificadas, según los casos, por oportunidades especiales.

La distribución seguía estrechamente la teoría de Zipf acerca de la economía de tiempo y movimiento.² A veces los factores implicados no eran tan simples y a menudo se hallaban en conflicto. A nivel de los pueblos, por ejemplo, la necesidad de protección y el deseo de establecer una estrecha asociación con otras personas inclinaban a la formación de pueblos con un núcleo central, mientras que la distancia de los campos y los pastos argüía en favor de la estructura esparcida de la aldea. A nivel más elevado, se tenía en cuenta lo que costaba tener los campos a más de un día de camino del propio hogar, contra una mayor oportunidad de vender los productos. Había que tener en cuenta, además, el elevado coste del transporte por carretera o río arriba, que limitaba las ventas distantes de productos pesados de bajo coste.

La distribución, a nivel de los pueblos variaba considerablemente. Los celtas y eslavos parece que vivieron en su mayor parte en pequeñas aldeas más que en grandes poblaciones, y estas aldeas no solían distar mucho entre sí. Los grupos germánicos preferían pueblos mayores y situados a más amplios intervalos. Las condiciones impuestas en la Península Ibérica por largos períodos de guerra parecen haber determinado asimismo la formación de grandes pueblos, muchos de ellos amurallados; no en balde recibió la meseta el nombre de Castilla —tierra de castillos—. Dentro de un mismo país, los pueblos variaban enormemente en cuanto al tamaño, pero en general se ajustan a un patrón estadístico respecto de su población, semejante a la curva de forma de campana de la probabilidad.

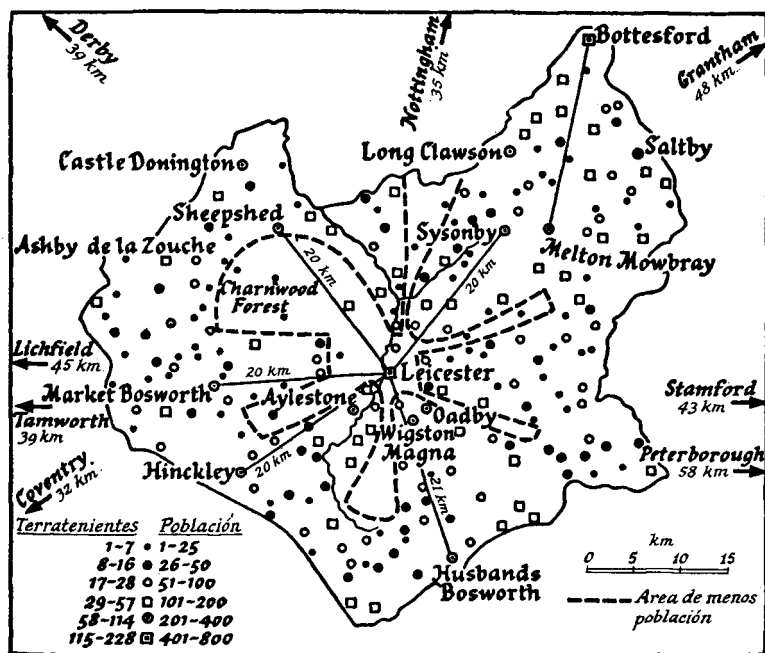
2. G. K. Zipf, *Human Behaviour and the Principle of the Least Effort*, Cambridge, 1949.

Cada cultura tenía tendencia a establecer poblados de un tamaño determinado: los celtas y eslavos, de 5 a 50 personas; los ingleses, de 50 a 150; los alemanes y españoles, de 150 a 300. Se trata, desde luego, de cálculos aproximados, que oscilan entre el tamaño menor en los primeros siglos de la Edad Media y el mayor durante el período anterior a las últimas epidemias de peste. Evidentemente, la pequeña aldea de los celtas y eslavos ofrecía unas ventajas distintas, que consistían en una menor distancia entre las viviendas y el lugar de trabajo. Los pueblos de mayor tamaño generalmente presentaban un modelo basado en la economía de tiempo: bosques y pastos, que exigen menos atenciones, estaban más distantes del núcleo del poblado que los campos cultivados, mientras que los huertos y establos se hallaban generalmente junto a las casas. Como es natural, en los poblados situados en las montañas o en tierras altas, y dedicados a una economía pastoril o a la explotación de los bosques, prevalecían condiciones especiales.

Como ejemplo de modelo de asentamiento, en el mapa 1 presentamos la disposición de los pueblos del Leicestershire (1087) según el *Domesday Book*. La ciudad central, Leicester, tenía una población de unas 1.300 personas y era una de las más pequeñas cabezas de condado. Ciudades de un tamaño parecido estaban distribuidas en distintas direcciones y distaban de ella unos 40 a 55 kilómetros. Algunas ciudades-mercado, de varios cientos de habitantes, distaban de Leicester unos 20 kilómetros y estaban dispuestas en seis direcciones. Las poblaciones más pequeñas presentaban menor uniformidad de distribución: se dividían en lugares de 50 a 100 habitantes y centros de 100 a 200 habitantes. Pero dentro de este modelo general habían excepciones: el bosque de Charnwood, de considerables dimensiones, determinaba un vacío en el noroeste de Leicester. A unos ocho kilómetros al sur y sudoeste de Leicester, había tres pueblos cuyo considerable tamaño demuestra que se trataba de centros de residencia de señores feudales: Oadby, que pertenecía a la condesa Judith, Wigston Magna, de Hugh de Grantmesnil, y Aylestone, un asentamiento más complicado que pertenecía conjuntamente al conde de Mellent, a la condesa Alveva y a dos vasallos del conde.

Estas ciudades de mayor tamaño ilustran a la perfección los actores básicos y los no básicos de la teoría del desarrollo de las ciuda-

des. Factor básico es aquel que proporciona a la comunidad unos ingresos procedentes del exterior. Los castillos y haciendas de la nobleza eran mantenidos por haciendas menores situadas en ocasiones a varios kilómetros de distancia: el señor y su séquito constituían el factor básico. Un número casi igual de personas de la comunidad mantenían a este grupo, formando el elemento no básico. En las grandes ciudades, los monasterios, capítulos catedralicios, tribunales, mercados y grupos industriales constituyen grupos básicos y son los responsables, por el establecimiento, de la concentración de población en un lugar determinado.



MAPA 1. — Pueblos del Leicestershire según el Domesday.

Para funciones más importantes que las del simple mercado, se encontraban ciudades pequeñas, como Leicester, generalmente a una distancia entre sí de una jornada de viaje (de 30 a 65 kilómetros). Esta separación las situaba a una distancia muy conveniente para el comercio terrestre, proporcionando albergues u hosterías monásticas

al término de la jornada de viaje. En cuanto a los distritos rurales, estas pequeñas ciudades ofrecían mayores facilidades y un mercado más diversificado que el que proporcionaban los simples pueblos-mercado, para gentes que vivían a más de media jornada de viaje de la ciudad. Las ferias semanales o estacionales generalmente atraían a numeroso público. El tamaño de estas pequeñas ciudades solía ser de 2 a 10 millares de personas y aumentó considerablemente con la expansión general de la población entre 950 y 1300.

Por encima de estas pequeñas ciudades solía haber una metrópoli regional con un cierto número de ciudades satélites (generalmente alrededor de seis) situadas radialmente en torno a ella, si bien condiciones geográficas particulares a menudo modificaban este patrón. Estas ciudades acostumbraban a mantener una relación demográfica definida entre sí. Si calculamos el tamaño de la metrópoli como 100, las ciudades satélite tendían a presentar una relación estadística con aquélla de 57, 39, 30, 24, etc.; teniendo en cuenta que estas cifras son promedios, dentro de una región determinada pueden encontrarse variaciones muy notables.

Un buen ejemplo es el que ofrece la región de la que Barcelona constituía la metrópoli, en el siglo xiv (mapa 2). Sus ciudades satélites eran Valencia, Zaragoza, Palma de Malloca, Perpiñán y, tal vez, Pamplona. Una sexta ciudad debería haber estado localizada en el sector de Tarragona, Tortosa, Morella, Castellón de la Plana: sin duda sus funciones se distribuían entre estas cuatro ciudades.

El estudio de las relaciones demográficas de ciudades muy próximas entre sí plantea un problema de difícil comprensión. Parece que estas ciudades constituían esencialmente centros urbanos que de algún modo ejercían entre todos las funciones de una sola y única ciudad de gran tamaño. Esto, desde luego, es evidente en el caso de dos ciudades separadas una de otra por un río, como sucede en Buda y Pest, o muy próximas entre sí, como Southampton y Winchester. Algo parecido sucedería con Venecia y Padua, ya que, al estar construida Venecia sobre una serie de islas y constituía el centro de un imperio marítimo, mientras que Padua ejercía las funciones continentales de ambas ciudades, ya que Venecia rehuía la tierra firme de Italia. Parece extraño considerar un imperio marítimo como una región, pero sin duda debe ser aceptado así, puesto que en la Edad Media



MAPA 2. — Región de Barcelona hacia 1359-1361.

las comunicaciones eran más fáciles por mar que por tierra. Así pues, demográficamente, ciudades como Génova, Brujas y algunas de las mayores ciudades de la Liga Hanseática eran ciudades metrópolis de regiones esencialmente marítimas.

En la primera mitad de la Edad Media, en las regiones prósperas de Oriente, las metrópolis podían alcanzar de 50 a 100 millares de habitantes, con ciudades satélites de 10 a 60 millares; no obstante, muy pocas ciudades pasaban de los 100 mil habitantes. La gran ciudad de Constantinopla tal vez alcanzó los 300 mil habitantes en tiempo de Justiniano —cuando fue conquistada por los turcos, en 1459, tenía sólo unos 35 mil—. Antes del año 1000 las ciudades islámicas como El Cairo y Córdoba se hallaban entre los 50 y los 100 mil habitantes, cifras tal vez igualadas por Tesalónica y Antioquía en el Imperio Bizantino. En el Occidente cristiano, ninguna ciudad alcanzaba la cota de los 50 mil habitantes.

Pero, a partir del siglo x, la población aumentó rápidamente. Poco antes de la peste de 1348, París, Venecia, Florencia y Génova se hallaban cerca de los 100 mil habitantes, mientras que Bolonia, Barcelona, Brescia, Córdoba, Siena, Palermo, Milán, Londres, Gante y Smolensko probablemente tenían más de 50 mil. Los estudiosos del siglo xix se asombraron al descubrir que Nuremberg y Estrasburgo tenían poco más de 20 mil habitantes. Brujas, Toledo, Sevilla, Ruán, Toulouse y Montpellier, así como muchas ciudades secundarias de Italia, las grandes ciudades de la Hansa y los centros de la Europa oriental, contaban con 20 a 50 mil habitantes.

En el supuesto de una economía medieval normal, se puede establecer una relación regular entre el tamaño de las ciudades y la población total de una región. La relación entre las grandes ciudades y la población total de algunas regiones, de las que disponemos de datos dignos de crédito, nos muestra que la metrópoli suele poseer el 1,5 por ciento de la población de la región. En tal caso, las ciudades satélites comparten un patrón definido que parece representar unas condiciones que han sido denominadas la física de las poblaciones y que parecen fundamentales en la estructura de la población. Así pues, el tamaño de las ciudades puede ser utilizado para calcular la población total regional. Elementos de inseguridad —tales como el nivel de vida económica, el tamaño de la región, la densidad de la pobla-

ción de la ciudad— pueden hacer que este método de cálculo de la población total sea menos completo que métodos más directos, pero, en áreas donde sólo se dispone de la distribución de los asentamientos, esto proporciona valiosas pistas para el cálculo demográfico. Para la Europa medieval, especialmente para la oriental, hay que confiar principalmente en este método, si bien conviene adoptar ciertas precauciones.

Por otra parte, si se tiene en cuenta que la población de la metrópoli guarda una relación estable con el total de la población regional, las alteraciones en la población de las grandes ciudades indicarán, a su vez, cambios en la población de la región. Londres presentaba esta relación de 1,5 respecto a toda Inglaterra en 1087 y en 1377. París creció rápidamente cuando la población francesa se incrementó, si bien en la Edad Media parece haber constituido el centro regional solamente de la mitad septentrional de Francia. Algunas ciudades cambiaron sus funciones; el gran incremento de la población de Nápoles y Palermo, a finales de la Edad Media, parece ser resultado del desarrollo de su comercio. El creciente poderío de Florencia se refleja en el declinar de la ciudad vecina de Lucca y más tarde de la de Pisa. La inclusión de Marsella en el reino de Francia redujo a Montpellier, a finales del siglo xv, a una posición secundaria. Desde luego, hay que tener siempre en cuenta las diversas condiciones económicas. Una región que tiene ciudades mucho más pequeñas de lo que se suponía que debería tener, presenta un nivel de estructura económica muy bajo, como sucede, por ejemplo, en la mayor parte de la Europa central antes del siglo x. De modo parecido, la existencia de ciudades inesperadamente grandes, como las de Italia a fines de la Edad Media, indica que la región en cuestión disfrutaba de un grado de desarrollo económico más elevado que lo usual. A veces las informaciones acerca de la densidad de la población proporcionan más elementos informativos que añadir a los datos conocidos acerca de las condiciones económicas de una región. Los relatos de algunos escritores acerca de Italia y España en los comienzos de la Edad Media se suman a la impresión general de su ruिनosa situación.

La estimación del tamaño de determinados lugares puede ser obtenida, en ciertos casos, gracias a la cantidad de tumbas existentes en

los cementerios medievales; precisamente en Hungría y Moravia se realizó una prueba de este tipo de cálculo con gran éxito. Este tipo de excavaciones, y de síntesis, probablemente será utilizado más intensamente en el futuro. Acerca de las dimensiones de las ciudades, posiblemente podrá obtenerse mucha más información, y se confía en que se llegarán a conocer más datos acerca de la distribución de los asentamientos humanos según su tamaño y situación, y, en consecuencia, se tendrán mayores conocimientos sobre la población total de regiones y países.

CUADRO 1

*Cálculo de la población (en millones)
en épocas determinadas entre los años 500 y 1450*

Área	500	650	1000	1340	1450
Grecia y Balcanes	5	3	5	6	4,5
Italia	4	2,5	5	10	7,5
Península Ibérica	4	3,5	7	9	7
Total Sur de Europa	13	9	17	25	19
Francia y Países Bajos	5	3	6	19	12
Islas Británicas	0,5	0,5	2	5	3
Alemania y Escandinavia . .	3,5	2	4	11,5	7,5
Total Europa occidental y central	9	5,5	12	35,5	22,5
Países eslavos	5	3			
Rusia			6	8	6
Polonia-Lituania			2	3	2
Hungría	0,5	0,5	1,5	2	1,5
Total Europa oriental	5,5	3,5	9,5	13	9,5
TOTAL TODA EUROPA	27,5	18	38,5	73,5	50

FUENTES: Russell, *Late Ancient and Medieval Population*, p. 148; revisada parcialmente, en especial para Italia, por K. J. Beloch, *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, III, 344-352, y para los Balcanes, por Russell, *Journal of Economic and Social History of the Orient*, III (1960), 269-270.

EVOLUCIÓN GLOBAL DE LA POBLACIÓN

Las cifras del cuadro 1 son presentadas como una tentativa de cálculo de la población del área de la Europa mediterránea en la Edad Media. Son bastante diferentes de las que aparecían en mi obra *Late Ancient and Medieval Population* y probablemente volverán a cambiar cuando los investigadores futuros aporten nuevas conclusiones acerca de las varias regiones del área. Los cálculos para 650 y 1450, representan, en general, lo que debió suceder en las distintas áreas como resultado de la larga serie de epidemias que sufrió Europa y que serán estudiadas en otro capítulo; se supone que, en esos años, la población se hallaba justamente en el punto más bajo determinado por las epidemias. Se han seleccionado algunas cifras más por ser indicadoras del curso seguido por los cambios de la población. Hay que admitir además que existe cierto grado de imprecisión sobre las zonas fronterizas de las divisiones indicadas, puesto que conceptos tales como Rusia, Hungría e incluso Francia, cambiaron profundamente en el transcurso de la Edad Media. También estos puntos serán reajustados en el transcurso de futuras investigaciones.

Poco antes del comienzo del período 500-1500, las dos mitades del Imperio Romano experimentaron una aguda diferencia demográfica. La mitad occidental parece haber sufrido un declinar en la población y, según es bien sabido, sucumbió a los ataques de las tribus germánicas procedentes de un área cuya población se había incrementado enormemente y que se extendía desde Europa central hasta Asia central. Asia Menor y los Balcanes parecen haber compartido también este incremento de la población, el cual fue el resultado de un aumento de la temperatura que actuó favorablemente en el Norte y desfavorablemente en el Sur. Otros factores, aparte del cambio de clima, debieron ser asimismo responsables del descenso de la población en el Sur, pero éste debe haber ayudado poderosamente. En cualquier caso, el aumento de la población probablemente coadyuvó a la pervivencia del Imperio Bizantino.

Desde el año 500, y durante medio siglo, todas las regiones del complejo de la Europa mediterránea parecen haber experimentado

un aumento de población, reforzando el muy prometedor intento de restaurar el Imperio realizado por Justiniano. Las tribus conquistadoras del Occidente constituían sólo una fracción de la población total; como máximo, menos de un millón del total de cerca de dieciséis millones que constituían los pueblos neolatinos; además, estaban divididos en numerosas tribus, subdivididas a su vez en numerosas fracciones; por otra parte, como se extendieron por áreas muy vastas, con jefes regionales y locales, sufrieron cierta tendencia a perder la solidaridad tribal y la eficiencia militar que exhibieron mientras constituían tribus errantes. Los francos fueron un caso especial: en sus tierras septentrionales siguieron siendo campesinos agricultores. Los visigodos se dispersaron en guarniciones que se basaban en tierras que les proporcionaban mantenimiento y que todavía son denominadas frecuentemente "campos góticos".

Este desarrollo de la población experimentó un abrupto retroceso a causa de la terrible serie de epidemias de peste en el siglo VI, a partir de 542, y que evidentemente persistieron hasta bien entrado el siglo VII. El reajuste de población, que será discutido más adelante con mayor detalle, redujo el poder del Imperio Bizantino y probablemente impidió la restauración del Imperio de Occidente. Por otra parte, tan anulado estaba el Imperio Romano, que el Islam pudo extenderse por todo el Sur y Sudeste, mientras que los germanos se apoderaban del Oeste. Todas las áreas europeas experimentaron un ligero crecimiento desde 650 hasta 700, tal vez de un tercio de la población. Dos imperios, el Bizantino y el Carolingio, basaron su fuerza, en parte, en este crecimiento demográfico.

Durante el período comprendido entre 500 y 800, las ganancias logradas desde el punto más bajo determinado por la peste, llevaron a la población europea al nivel alcanzado antes de la peste, quizás incluso más alto en las áreas central y septentrional del continente. En contraste con esta recuperación, en el mundo islámico del Sur se experimentó un gradual declinar y todas las posibles ventajas obtenidas gracias a la peste fueron perdidas en el período de los años 500 a 1000. Un intento de comparación entre las distintas áreas nos da los siguientes datos:

	100	1000
Europa meridional	13	17
Norte y centro	9	12
Este de Europa	5,5	9,5
Asia Menor-Siria-Egipto-Norte de África	22,5	12,5

Por añadidura, el entusiasmo que en sus orígenes produjo el Islam comenzaba a declinar: el califato perdía un emirato tras otro, empezando por Córdoba, perdida en 755. Las relativas ventajas de que disfrutó la Europa cristiana hacia el año 1000, forman parte también del panorama demográfico determinado por las Cruzadas.

El continuo aumento de la población en la Europa central y oriental plantea un problema, ya que esto significa también la tala de los grandes bosques de esta área. Se ha sugerido que tal vez la propagación del Cristianismo debilitó el tabú que tenían los germanos, y posiblemente también los eslavos, respecto a la tala de los bosques. En realidad, las condiciones demográficas de los siglos ix y x se hallan entre las más difíciles de calcular de todo el período medieval. Solamente en unos pocos lugares (Península Ibérica, Inglaterra, quizás Europa central) la población parece que aumentó bastante. Los vikingos amenazaban el norte de Europa y los húngaros el este; las grandes campañas arqueológicas que se llevan a cabo actualmente en la mayor parte de la Europa central y oriental nos proporcionan información acerca de este período históricamente oscuro.

El incremento de población más rápido que se produjo en la segunda mitad de la Edad Media comenzó en Italia hacia el año 950 y un poco más tarde en el centro y norte de Europa; la situación en Rusia y en el Este no es tan clara: el aumento de la población comenzó quizá más temprano, tal vez antes incluso del 950. A pesar de la fragmentación política y de las subsecuentes invasiones y dominio de los mongoles, el mundo eslavo parece haber experimentado un gradual incremento de población, después del período de la peste. La Europa mediterránea también parece haber aumentado a idéntico ritmo que el mundo eslavo en el mismo período, si bien algunas regiones, tales como el norte de Italia, crecieron con gran rapidez. Los

países islámicos experimentaron al parecer un incremento semejante, con un especial desarrollo en Egipto; así pues, el panorama demográfico era poco propicio para las Cruzadas.

En el norte y centro de Europa, así como en el norte de Italia, la población se triplicó en la época inmediatamente anterior al período de las grandes epidemias, con su momento de más rápido progreso desde 1150-1200 a 1300. En este período, y por vez primera, hubo ciudades que sobrepasaron los 20 mil habitantes: centros políticos y comerciales como París, Londres, Colonia y Praga, por mencionar algunos, alcanzaron los 30 mil habitantes. Las ciudades se vieron obligadas a construir constantemente nuevas murallas para encerrar las áreas suburbanas que surgían al margen del núcleo original. No obstante, hacia el último cuarto del siglo XIII la población comenzaba ya a disminuir en su ritmo de crecimiento.

La Europa oriental iba mucho más atrasada a este respecto, especialmente los rusos, que se hallaban bajo el dominio mongol, aunque en su conjunto la población también aumentó. A fines del siglo XII y durante el siglo XIII se produjo un rápido desarrollo de la economía, cuya causa se debió tanto al incremento de la población como al desarrollo de la agricultura y especialmente de la minería. El área de más rápido avance "se extendía desde la meseta checa, en el Oeste, hasta Transilvania, e incluía en el Norte Silesia y la pequeña Polonia y en el Sur las áreas de los eslovacos en la Alta Hungría".³

Este gran incremento elevó la población europea hasta cerca de los 75 millones de habitantes; algunos autores creen que el número era incluso mayor. En cualquier caso, se habían alcanzado los límites de la subsistencia dentro de las posibilidades económicas de la época. El clima parece haber empeorado: en 1303 y de nuevo en 1306-1307, el mar Báltico se heló, incluso en el sur. Se había iniciado la Pequeña Edad Glacial, una era de temperaturas muy bajas que duró hasta el siglo XVI. Los efectos fueron evidentes en el norte de Europa y en las altas montañas de regiones meridionales como Provenza. En la primera mitad del siglo XIV ciertos controles de población, tales como los de no permitirse la celebración de un matrimonio si los contrayentes no probaban poseer medios de subsistencia, parecen ha-

3. M. Malowist, *Economic History Review*, XIX (1966), p. 20.

ber determinado un retardamiento en el ritmo de crecimiento de la población, o por lo menos una estabilización de las cifras; en algunos lugares incluso se produjeron disminuciones notables.

Si la población alcanzaba sólo unos 75 millones de personas antes de la peste, en un área tan vasta y en general tan fértil como Europa, se hace difícil pensar que hubiera superpoblación; sin embargo, algunas zonas de Italia estaban en realidad muy densamente pobladas y experimentaban grandes estrecheces económicas; en partes de Inglaterra se sabe que se produjeron momentos muy difíciles. El problema concierne tanto a los cálculos de la población como a la cuestión de lo que en realidad constituye superpoblación. Es evidente que la mortalidad y los precios de los cereales ascendían simultáneamente: el problema consiste en saber si lo segundo (suponiendo escasez de cereales) determinaba lo primero, o si ambos elementos estaban determinados por las malas condiciones climáticas. El segundo período de peste se inició con la gran epidemia de 1347-1351 y mantuvo en muchos aspectos grandes paralelismos con el primero. El descenso de población fue en general de alrededor de un 25 por ciento (hay que sustraer, del total de pérdidas, tal vez un 20 por ciento neto que corresponde a disminución de los nacimientos), otro 20 por ciento hacia 1385 y un porcentaje mayor antes de que se alcanzase el punto más bajo, en la primera mitad del siglo xv. Entre 1400 y 1460 no se produjeron grandes cambios. Una vez más, las zonas más áridas parecen haber sido las que experimentaron menor mortalidad; esto es especialmente válido para España y Asia Menor, gracias a lo cual quedaron establecidos los fundamentos de los grandes días del Imperio de los Austrias españoles y del Imperio Otomano, en los siglos xv y xvi. El curso de la peste, que se estudia más adelante, fue en ocasiones verdaderamente errático; ciertas zonas de los Países Bajos y de la Europa central y oriental apenas fueron afectadas por la primera gran epidemia; sin embargo, en el transcurso de las subsiguientes epidemias, las cifras tendieron a equilibrarse.

DURACIÓN Y ESPERANZA DE VIDA

La duración de la vida es un aspecto muy importante de la demografía. La información más importante que poseemos acerca de este aspecto, para varones de todas las edades, excepto la infancia, procede de datos facilitados por las pesquisas *post mortem* realizadas en Inglaterra desde más o menos el año 1200 hasta fines de la Edad Media. Son datos de gran valor, puesto que nos dan la edad exacta en que se produjo la muerte y también la edad al heredar, con gran precisión hacia los treinta años y con unos pocos años de margen de error a partir de ahí. Gracias a estos dos tipos de datos pueden realizarse los cuadros de la duración de la vida de toda la población y con excepción de los niños, puesto que son muy pocas las personas que heredan a edad muy temprana. Mucho mayor evidencia nos ofrecen las excavaciones arqueológicas realizadas en los cementerios medievales. En algunos países, ciertos datos genealógicos nos ilustran acerca de la longitud de la vida entre la nobleza. Estos tipos de testimonios ofrecen la información más amplia acerca del período más importante de la vida. La esperanza de vida de treinta años o más es notablemente constante tanto durante los períodos de peste como en los períodos sin epidemias. Comenzaremos con los datos ofrecidos por los cementerios.

Los antropólogos físicos basan los cálculos de la edad sobre los testimonios que ofrecen los esqueletos, especialmente los cráneos. En el pasado, la clasificación por grupos de edad fue dada generalmente con las siguientes divisiones por edades (cuadro 2):

		Esperanza de vida	
		Hombres	Mujeres
"Infans" I	0 — 7 años		
"Infans" II	7 — 14 "		
"Juvenis"	14 — 20 "	30,1	24,8
"Adultus"	20 — 40 "	28,4	23,2
"Maturus"	40 — 60 "	14,0	14,0
"Senilis"	60 — "	10,0	10,0

CUADRO 2

Muertes y estructura por edades según los datos proporcionados por los cementerios medievales

Intervalo de edad	HOMBRES				MUJERES		Razón entre sexos
	N.º de muertos por intervalo *		Años vividos por intervalo	N.º de muertos por intervalo *	Años vividos por intervalo		
"Iuvenis" 14 - 19	144	3	19.548 **	308	3	16.710	114
"Adultus" 20 - 39	1.107	9	51.543 **	1.365	10	38.970	123
"Maturus" 40 - 59	1.665	10	24.930 **	951	9	14.659	143
"Senilis" 60 -	414	10	4.140	305	10	3.050	136
TOTAL	3.330		100.161	2.929		73.299	138 ***

* Promedio del número de años vividos por aquellos que murieron dentro del intervalo.

** Incluye los años vividos por los que murieron dentro del intervalo y los que sobrevivieron.

*** Representa la razón entre sexos del total acumulativo de años vividos en todos los intervalos. La razón entre sexos de los vivos a la edad de catorce años viene dada en el primer intervalo.

FUENTE: Rusell, "Effects of Pestilence and Plague, 1315-1385", *Comparative Studies in Society and History*, VIII (1966), 467.

En los últimos años se han realizado grandes progresos en el cálculo de la edad de los esqueletos, de tal modo que los correspondientes a los primeros años de la vida pueden ser calculados con un margen de error de meses y los de períodos posteriores con un margen de unos cinco años. Así pues, los datos han variado enormemente desde los días en que los excavadores se limitaban a constatar que las tumbas contenían “solamente huesos”, separando los de hombres y mujeres y los de niños y adultos, hasta la actual identificación, muchísimo más precisa.

Los cálculos de la esperanza de vida se basan en un estudio preliminar de los datos proporcionados por un centenar de cementerios correspondientes a los distintos períodos de la Edad Media y a todas las áreas europeas, si se exceptúa la mediterránea (con algunas excepciones). No se incluyen los datos de la esperanza de vida para los jóvenes, que están pendientes de más amplios estudios.

Hasta que los conocimientos arqueológicos alcancen los niveles conseguidos por los hábiles arqueólogos actuales, el testimonio aportado por los cementerios tiene numerosas limitaciones. Las futuras investigaciones mostrarán con toda probabilidad las variaciones de las condiciones de vida en el tiempo y en el espacio geográfico. El cuadro siguiente, tal como está establecido, implica que las condiciones de vida no eran demasiado distintas en las varias regiones europeas y que había un patrón general de esperanza de vida. Si tuviéramos que incluir la mortalidad infantil, probablemente descubriríamos dos patrones, uno para los años de peste y otro para los años libres de epidemia. Los cálculos muestran que la esperanza de vida aumenta desde la Edad de la Piedra hasta el período medieval.

Los datos obtenidos de las investigaciones *post mortem* en Inglaterra presentan ciertas limitaciones. Muy pocos conciernen a mujeres, por lo que es difícil derivar de ellos cuadros de vida. Muy pocos se refieren también a niños pequeños, puesto que era escaso el número de los que heredaban a tan temprana edad. Otra falta podría consistir en que esencialmente proporcionan informaciones solamente de una determinada clase social, puesto que se refieren a las clases pudientes, y las probabilidades de vida de éstas eran mucho mejores que las de la familia real. No obstante, si comparamos la esperanza de vida de estas clases con la de varios grupos de siervos en

Inglaterra, encontramos, en cuanto al período 1280-1340, muy pocas diferencias. Era de esperar, pues las grandes casas solariegas (a menudo llenas de gente y en ínfimas condiciones sanitarias) resultaban poco mejores que las cabañas de los campesinos; por otra parte, la dieta de las clases altas (mucho carne y mucho vino) no era mucho más sana que la de los campesinos (vegetales, cerveza o vino flojo). A menos que se suponga un perpetuo estado de desnutrición o hambre entre los campesinos, hay pocas razones para establecer que sus vidas hubiesen de ser más cortas que las de los señores, a pesar del duro trabajo que se cargaba sobre sus hombros.

Las investigaciones *post mortem* nos proporcionan un dato que no nos pueden facilitar los cementerios, es decir, la edad de las personas muy ancianas. En efecto, aparecen en ellas un número considerable de personas que pasaron de los noventa años. Alina de Marechale se dice que ya había sobrepasado los noventa años cuando heredó las tierras, y todavía vivió otros siete años. En una indagación que se hizo sobre Reginald de Colewyk se dice que había vivido una centuria. Su hijo tuvo asimismo una larga vida, y su nieto pasó del límite de los ochenta, lo cual nos indica que se heredaba no sólo la tierra, sino también la longevidad.

Algunas personas ancianas alcanzaron elevadas posiciones. En el siglo VII, Teodoro de Tarso fue a Inglaterra, enviado por el Papa, para ser arzobispo de Canterbury, a la edad de sesenta y siete años, y sobrevivió otros veintiún años. Yusuf ibn Tashfin, el enemigo del Cid e importante emir procedente de África, se dice que tenía cien años cuando murió, en 1106. Enrico Dandolo fue caudillo en la cuarta Cruzada, cuando contaba algo más de ochenta años. Un maestro en arte en 1189, Robert Grosseteste, fue elegido obispo de Lincoln en 1235 y continuó escribiendo obras teológicas, al mismo tiempo que administraba su enorme diócesis hasta que murió, en 1253. La lista podría alargarse indefinidamente; por lo tanto, las pruebas no demuestran que el hombre medieval, aun cuando el promedio de duración de la vida fuese bajo, tenía una potencialidad de vida normal y que algunos, al igual que en la actualidad, alcanzaron y sobrepasaron los cien años de vida.

Las mujeres medievales se hallaban en situación mucho peor que los hombres, según nos lo prueban distintos tipos de testimonios. El

cuadro 2 nos indica que, mientras morían muchos más hombres entre los 40 y 60 años (maduros) que entre los 20 y 40 (adultos), con las mujeres sucedía lo contrario. La combinación del alumbramiento de numerosos hijos con las pesadas labores agrícolas determinaba en ellas muy bajas condiciones de salud, lo que las hacía víctimas más fáciles de enfermedades siempre presentes, como la malaria y la tuberculosis, o de enfermedades esporádicas de más corta duración. Además, como hijas de Eva, vivían en situación de inferioridad: las mujeres eran a los hombres lo que éstos respecto a Dios. Su suerte se veía aliviada, en ocasiones, gracias a un matrimonio tardío y por el hecho de que a aquellas que sobrevivían a sus maridos se les solía permitir que escogieran por sí mismas si querían volverse a casar o permanecer viudas. Su condición mejoró perceptiblemente en el siglo XIII: el progresivo interés por el amor en la literatura, los cuidadosos preparativos que se hacían para adornar los asientos de las damas en los torneos, el creciente entusiasmo por la adoración a la Virgen (símbolo de la feminidad) y otros signos de respeto hacia la mujer ilustran este cambio de actitud, que sin duda debió afectar a su moral y tal vez incluso a su salud.

La mortalidad infantil es realmente difícil de establecer. En las postrimerías del Imperio Romano raramente se ponían lápidas conmemorativas en las tumbas de los niños muy pequeños. Y aunque el Cristianismo tendió a fomentar el enterramiento apropiado de los niños, sus tumbas son excesivamente escasas en muchos cementerios medievales, aunque, desde luego, sus huesos desaparecen en la tierra más de prisa que los de los adultos. Por otra parte, si la excavación se realiza cuidadosamente, a menudo la menor longitud de las tumbas permite identificar los enterramientos de niños: a veces la aparición de un juguete puede incluso identificar el sexo del niño. La identificación de los niños en los cementerios y otros indicios son de importancia primordial para definir el promedio de duración de la vida, puesto que esta cifra es muy sensible al número de muertos en la infancia; en cambio, tiene mucha menos importancia en cuanto a la magnitud de los grupos por edades, puesto que su breve vida no altera mucho estos grupos. Porcentajes aproximados de cerca de un 15 o 20 por ciento para la mortalidad en el primer año de vida, y de un 30 por ciento hasta los veinte años de edad, parecen razonables.

Bajo las rigurosas condiciones climáticas del centro de Escandinavia, la mortalidad en el primer año de vida alcanzaba cerca del 50 por ciento; más cerca del mar y hacia el Sur, era mucho menor.⁴ Debe tenerse presente que, basta que se hayan realizado estudios más precisos acerca de la mortalidad infantil, todos estos porcentajes son sólo aproximativos.

Las condiciones de vida variaban considerablemente. Tal como era de esperar, los períodos de epidemia eran especialmente malos. Sin embargo, en Inglaterra la esperanza de vida entre la clase señorial declinaba ya antes de la peste (cuadro 3). La combinación de un empeoramiento del clima y de una mayor densidad de población fue sin duda la causa de tal resultado.

El porcentaje total de muertes puede ser obtenido dividiendo por 100 la duración de la vida. Así, una duración de vida de unos 33 años nos da un porcentaje de muertes del 3 por ciento, o, según es costumbre expresarlo actualmente, de 30 por mil. El porcentaje actual de muertes es aproximadamente la mitad del de la Edad Media. De todos modos, se trata en cierto modo de una distorsión, puesto que en gran parte el elevado porcentaje de muertes en la Edad Media se debía a la enorme mortalidad infantil.

La duración de la esperanza de vida no cambiaba mucho durante los primeros veinte años; la razón de ello es que el porcentaje de muertes en estos años de infancia y juventud era tan elevado, que aquellos que lograban sobrevivir todavía tenían ante sí una esperanza de vida relativamente larga. La más elevada esperanza de vida se tenía una vez cumplido el primer año de vida, ya que la mortalidad en los primeros meses era elevadísima. En las mejores condiciones de vida de la Edad Media (cuadro 3), en el siglo XIII, la esperanza de vida en Inglaterra era de 35 años para los hombres en el momento de nacer, de 39 a partir del primer año de vida, de 29 a los veinte años y todavía de 18 a los cuarenta, aunque, como se menciona más arriba, algunos alcanzaban incluso la frontera de los cien. Comparativamente hablando, la esperanza de vida en la Edad Media era excelente. Parece haber sido mejor que para los romanos, exceptuando

4. N-G. Gejvall, *Westerhus, Medieval Population and Church in the Light of Skeletal Remains*, Lund, 1960, p. 39.

CUADRO 3
Cálculos de la esperanza de vida para hombres
 (terratenientes de la Inglaterra medieval)

<i>Edad</i>	<i>Nacidos 1200-1276</i>	<i>Nacidos 1276-1300</i>	<i>Nacidos 1301-1325</i>	<i>Nacidos 1326-1348</i>	<i>Nacidos 1348-1375</i>	<i>Nacidos 1376-1400</i>	<i>Nacidos 1401-1425</i>	<i>Nacidos 1425-1450</i>
0	35,3	31,3	29,8	27,2	17,3	20,5	23,8	32,8
10	36,3	32,2	31,0	28,1	25,1	24,5	29,7	34,5
20	28,7	25,2	23,8	22,1	23,9	21,4	29,4	27,7
30	22,8	21,8	20,0	21,1	22,0	22,3	25,0	24,1
40	17,8	16,6	15,7	17,7	18,1	19,2	19,3	20,4
60	9,4	8,3	9,3	10,8	10,9	10,0	10,5	13,7
80	5,2	3,8	4,5	6,0	4,7	3,1	4,8	7,9
Número de observaciones:								
Total	532	391	420	355	340	343	347	352
Hasta 10 años de edad	28	42	67	70	87	60	88	47
Hasta 20 años de edad	123	127	158	171	152	124	135	108

El cálculo de la mortalidad hasta los 10 años de edad está hecho según cuadros de vida basados en datos acerca de los agricultores de la India, que son casi idénticos a los de esta tabla para edades superiores a los 10 años. Los exámenes realizados en los cementerios medievales parecen demostrar que tales estimaciones son razonables.

África del Norte, de la que carecemos de datos, mejor que para los países subdesarrollados hasta hace pocos años e incluso mejor que para las primeras décadas de la Europa moderna. Desde luego, nos referimos a los períodos sin epidemias.

El cuadro de vida (cuadro 4) muestra una división por edades típica de la cultura preindustrial: la mitad poco más o menos por debajo de los veintiún años y un tercio por debajo de los catorce. Del cuadro de vida pueden derivarse cálculos de dos condiciones, la primera de dependencia y la segunda de los años potenciales de trabajo, ya que se puede asumir que quien vive también trabaja.

El porcentaje de dependencia considera normalmente como dependientes a aquellas personas que están por encima de los 65 años y por debajo de los 15. A este respecto, y para poder hacer uso directo de los datos facilitados por los cementerios, se realiza una ligera alteración. En efecto, se supone que las personas que sobrepasan los 60 años no deben ser tenidas en cuenta en el porcentaje de dependencia, ya que muchas de ellas tenían a su cargo individuos incluidos en otros grupos por edad. En el otro extremo de la vida, los individuos de menos de 14 años (denominados antropológicamente *infans* I y II) deben ser, desde luego, considerados como dependientes. En realidad, 14 años es una edad excesiva para ser considerada aún en situación de dependencia durante la Edad Media; los 10 años serían una edad más realista para marcar el tope de la dependencia. Dejando aparte los porcentajes por sexos (de lo que nos ocuparemos más adelante) y utilizando algunos supuestos acerca de la mortalidad infantil, una razón típica de dependencia en la Edad Media sería: a cada 100 personas cuya edad estuviese comprendida entre los 14 y los 59 años, correspondían 52 personas de menos de 14 años. Es decir, una razón más elevada que la de 100 a 42,6 para los mismos grupos de edades existentes en Estados Unidos entre 1949 y 1951. Con seguridad, la peste no debió alterar demasiado esta razón de dependencia. Como sea que actualmente prolongamos mucho más la dependencia de los niños, la carga que representa su educación y crianza era probablemente menor en la Edad Media que en la actualidad.

El índice de vida activa potencial era muy distinto en la Edad Media que en el presente. Para los años 1949-1951, el cuadro de

vida mostraría que las personas de edades comprendidas entre los 14 y los 59 años vivían el 92 por ciento de sus posibilidades vitales. En la Edad Media un grupo similar sólo vivía el 57 por ciento de sus posibilidades de vida. La peste redujo este porcentaje en cerca de un 30 por ciento. Tal vez en este aspecto es donde mejor se aprecian los terribles efectos de la peste. La pesada carga que suponía esta pérdida, tanto durante los períodos de peste como en los libres de ella, era aliviada mediante la utilización de los niños en el trabajo a partir de los 10 años, lo cual significaba que la sociedad imponía la pérdida de la libertad a la infancia y que dedicaba muy poco tiempo a su educación.

No se han hecho estudios minuciosos de los efectos producidos sobre la esperanza de vida por las condiciones geográficas y climatológicas. En Escandinavia, según mencionábamos antes, el porcentaje de mortalidad tanto en los niños como en los adultos era muy elevado en los poblados del interior. En las proximidades del mar el porcentaje era menor; el Océano suavizaba el calor veraniego y la dureza del invierno y ofrecía alimento de origen marino que proporcionaba un suplemento importante a la dieta cotidiana. La clasificación que pueda realizarse gracias a las pruebas ofrecidas por los cementerios arrojará más luz acerca de estas variaciones.

En la estructura por edades, la pauta discernible es que los hombres recibían en conjunto la herencia de sus padres con poco más de 20 años de edad, lo que permite deducir que casi la mitad de ellos heredaban con menos de 21 años. Por lo tanto, en las sociedades en las cuales los hijos heredaban a sus padres se producían elevados porcentajes de minorías. Para impedir que los menores de edad heredasen posiciones de gran responsabilidad, algunas tribus germánicas primitivas restringían la elección de sus reyes solamente a los adultos, o al menos a miembros competentes de sus familias cercanos a la edad adulta. La sucesión hereditaria del Imperio Bizantino fue trastornada en muchas ocasiones por la intervención de generales victoriosos, y otras veces el trono fue compartido con ellos. Muchos períodos de debilidad imperial que tuvieron lugar en los siglos ix, xi y xiii fueron resultado, en primer lugar, de problemas de sucesión que no podía prevenir ni siquiera la más eficiente burocracia. La dinastía merovingia soportó la plaga de las minorías y también la de la divi-

sión de la herencia entre los hijos, cuando del total de hijos sobrevivían dos. Los últimos reyes carolingios también sufrieron la división equitativa de la herencia entre los herederos e hijos menores.

Los primeros reyes carolingios tenían los mismos principios de sucesión, pero estuvieron a salvo de problemas gracias a uno de los más interesantes ejemplos de la intervención del azar en la historia: durante cinco generaciones, los sucesivos reyes heredaron la corona a una edad de, más o menos, 25 años y vivieron todos lo suficiente para ser heredados por un único hijo adulto (unas veces porque éste era el único hijo superviviente y otras porque era el único que deseaba reinar). Pero ésta es una posibilidad entre miles. La exigencia de elección impidió la división del (Sacro) Romano Imperio, mientras que los Capeto, siguiendo el ejemplo de los últimos monarcas carolingios, adoptaron la primogenitura para alcanzar el mismo resultado. En general, la primogenitura fue el recurso adoptado por el feudalismo, tal vez como resultado de las condiciones demográficas. Un hijo primogénito que heredaba a su padre a la edad aproximada de veinte años se veía obligado a empujar a un hermano menor, probablemente cuatro o cinco años más joven que él, a seguir la carrera eclesiástica, para impedir que compitiese con él. A este respecto, los principios tradicionales de reparto de la herencia por igual entre los hijos, como forma de sucesión, acarreaban coacciones de distintas formas.

El feudalismo tuvo otra debilidad demográfica: el promedio de la edad de los caballeros. Cerca de la mitad de los miembros de un ejército feudal, suponiendo que sirvieran en él muchos señores, debían sobrepasar los treinta años, una edad relativamente avanzada para ser considerados como atletas, sobre todo si se tiene en cuenta que probablemente muchos de ellos no se hallaban en muy buenas condiciones físicas, aunque se dedicasen con frecuencia a la caza y participasen ocasionalmente en torneos. En cambio, un ejército mercenario, reclutado por un rey rico, podía presentar una fuerza militar compuesta por jóvenes caballeros hambrientos, solteros, físicamente más jóvenes, más fuertes y normalmente mejor entrenados que la hueste feudal, que consistía en hombres de todas las edades y condiciones de salud, incluso aunque contase con un cuerpo de hombres más jóvenes.

Los factores de edad fueron también importantes en el mundo de los gremios. Según se mencionaba más arriba, las primeras poblaciones ciudadanas raramente se renovaban por los nacimientos ocurridos en ellas, de modo que en muchísimos casos los padres no podían contar con que sus hijos los sucediesen. Los señores feudales, que probablemente vivían mejor que los artesanos, carecían de herederos varones en una sexta parte de los casos, y ello en las mejores condiciones de vida de la Inglaterra del siglo XIII: en tiempos de peste, de una cuarta a una tercera parte de los hombres carecían de hijos. Además, muchos artesanos buscaban plazas para sus hijos en gremios de mayor prestigio social que el suyo, mientras que otros muchos veían a sus hijos tomar los hábitos. Aunque evidentemente muchos maestros instruían a más de un hijo en su propio oficio y procuraban que los hijos más jóvenes se casaran con herederas de otros artesanos del propio gremio, siempre quedaba una quiebra demográfica. Para solventar esta diferencia se desarrolló el sistema de aprendizaje, una especie de sustituto de la filiación. De este modo, un maestro sin hijos satisfacía su instinto paternal y traspasaba a su aprendiz toda su habilidad en el trabajo, y en ocasiones incluso su hija; en el peor de los casos obtenía buen trabajo a bajo precio. Según ha demostrado el profesor Thrupp, incluso los señores feudales de menor cuantía consideraban benévolamente el aprendizaje de sus hijos en Londres.

El número de aprendices puede ser sobrevalorado fácilmente. Si consideramos una esperanza de vida de unos 21 años tras haberse convertido en maestro (lo cual se lograba, más o menos, a los 22 años de edad), sólo un tercio de los maestros necesitaba instruir aprendices, a razón de siete años cada uno, incluso en el caso de que todos los maestros fuesen sucedidos por aquellos que habían seguido el aprendizaje. Desde luego, muchos aprendices morían o abandonaban el trabajo, pero también muchos hijos de artesanos sucedían a sus padres sin haber seguido el aprendizaje. En realidad, en el caso de que la mitad de los padres fuesen heredados por sus hijos, sólo una quinta parte de los maestros necesitaban instruir aprendices. Ahora bien, dado que las tiendas aumentaban sus posibilidades mediante la admisión de jornaleros permanentes, la proporción de maestros artesanos que debía instruir aprendices debía ser algo mayor.

LA ENFERMEDAD COMO FACTOR DEMOGRÁFICO

Si la demografía ha merecido poca atención por parte de los investigadores, especialmente de los historiadores, la enfermedad ha sido todavía menos estudiada. La profesión médica medieval ha suscitado bastante interés, pero éste se ha limitado a las vidas de los doctores y a la extraña naturaleza de sus prescripciones. Se ha escrito bastante acerca de la peste y algo acerca de la malaria; de otras enfermedades, tales como la viruela y la disentería, apenas existen menciones. La enfermedad que causaba mayores estragos en la Edad Media era probablemente la tuberculosis, y ello tanto en cantidad de muertes durante siglos, como en pérdidas para la humanidad. Las enfermedades infantiles debieron determinar la muerte de muchísimos niños; sin embargo, la mortalidad infantil en el primer año de vida debió ser menor, probablemente, de lo que lo fue en las primeras décadas de la Edad Moderna, puesto que en la Edad Media las ciudades y los pueblos no estaban tan densamente poblados y seguramente no eran tan antihigiénicos.

Las epidemias fueron las fases de la enfermedad mas espectaculares y de las que existen más descripciones. No obstante, los cronistas raramente nos ofrecen buenos diagnósticos de las enfermedades y prefieren ofrecer espeluznantes relatos: su tema favorito era que los vivos eran casi incapaces de enterrar a los muertos, tan grande era el número de éstos. Hubo excepciones: algunos cronistas, tanto de la primera como de la segunda peste, nos describen los síntomas de la misma con tanto detalle, que ésta no puede ser confundida con ninguna otra enfermedad. En este aspecto destaca el relato de Procopio. Otra complicación la provoca la concurrencia de varias enfermedades simultáneamente, de modo que no es posible atribuir la mayor parte de muertes a una enfermedad específica.

Investigaciones recientes han demostrado que el clima varió considerablemente en la Edad Media, afectando mucho más, desde luego, los cambios de temperatura a la Europa central y oriental, al norte de los Alpes, que al área mediterránea. Las variaciones en el grado de humedad probablemente afectaron más a la parte meridional por medio de alteraciones en la temperatura.

En cuanto a la temperatura, la más cálida fue, indiscutiblemente, la de la primera centuria (500-600) del milenio, que quizás alcanzó un grado centígrado más, por término medio, que la media de 1900. Téngase en cuenta que entre 1900 y 1940 se produjo un aumento de temperatura media de cerca de un grado centígrado; esto puede parecer trivial, pero sus efectos son muy importantes, dado que "la longitud media de la estación del crecimiento de los vegetales en Inglaterra, si se la mide por la duración de temperaturas superiores a los 6° C, aumentó en una proporción de dos a tres semanas, si se compara el período 1920-1950 con el período 1840-1910".⁵ Estas dos semanas extra debieron tener una influencia decisiva sobre las cosechas en los lugares en que el tiempo no concedía por lo general más que las semanas necesarias para el crecimiento de las plantas y donde los malos años arruinaban las cosechas. El tiempo más frío comenzó en el siglo XIII con la aparición de lo que se ha llamado la "Pequeña Edad del Hielo", que, con algunos períodos ocasionales, de más calor, duró hasta bien entrado el siglo XVIII. El empeoramiento del clima redujo el área de crecimiento del trigo en el Norte, por ejemplo en Dinamarca, y en las tierras altas de Provenza, las cuales experimentaron un notable declive de la población en la primera mitad del siglo XIV. Una indagación judicial de 1338 en Inglaterra revela una reducción de las tierras cultivadas, especialmente en las colinas de Inglaterra.

Las condiciones de temperatura son difíciles de establecer entre 600 y 1250. Algunos investigadores creen que hubo una notable subida del calor hacia el año 1200, indicada por la temperatura del océano, según resulta de un estudio de los depósitos extraídos del fondo del mar. Las cálidas temperaturas que se registraban hacia el año 600 pueden haber bajado algo, pero de todos modos el calor persistió durante varios siglos. En los siglos VIII y IX había olivos en Inglaterra, y Carlomagno (768-814), en una de sus capitulares, ordena que se planten higueras en sus posesiones. Los testimonios que nos ofrecen los glaciares, la presencia de hielo en los ríos e incluso el

5. H. H. Lamb, *The Biological Significance of Climatic Changes in Britain*, ed. C. G. Johnson y L. P. Smith, Academic Press, por el Institute of Biology, Londres, 1965, p. 5.

análisis del polen confirman la continuación de un tiempo relativamente cálido por lo menos hasta el año 1000, en que se produce un ligero declive. No obstante, el tema, en general, necesita mayores y más profundos estudios antes de definir cambios en las condiciones meteorológicas.

El comienzo de este período fue muy lluvioso. En el área oriental de Antioquía, en Siria, que es ahora prácticamente desértica, se fundaron en los siglos v y vi numerosas ciudades y campos de cultivo. Al cabo de unos siglos, este territorio volvió a convertirse en desierto. Los años de largas y persistentes lluvias, como 1315 y 1316, produjeron grandes calamidades, y en 1316 hubo un hambre terrible que fue acompañada por una epidemia de disentería. El nivel del mar Caspio indica períodos de sequía en la zona que desagua en él y muestra también un elevado nivel en las primeras décadas del siglo xiv. El área de pastos en las tierras limítrofes con los desiertos estuvo muy relacionada con los períodos de lluvias intensas y a la vez determinó el régimen de vida de las tribus que habitaban en ellas. Durante los períodos de escasez de lluvia aumentaron los ataques contra los asentamientos humanos de las zonas cercanas al desierto. Probablemente una alteración climática de este tipo debió producirse en el siglo vii, cuando el Islam surgió de los desiertos.

El clima influía también en las enfermedades, especialmente en las más malignas, tipo malaria. El calor del siglo vi parece haber sido su causante en Francia, según se colige de los relatos de las vidas de santos. El límite septentrional de este tipo de enfermedad en el siglo ix parece haber sido precisamente el norte del Mediterráneo. Se trata de una enfermedad que debilita enormemente, y tal vez fue parcialmente responsable, por su carácter difuso, del declinar de los países mediterráneos en los tiempos modernos y posiblemente en el período medieval, particularmente del sur de Italia y Sicilia. Debido a la dureza de sus síntomas, era bien conocida, y es, por lo tanto, relativamente fácil de documentar. Su pauta de mortalidad está de acuerdo con el normal aumento en el porcentaje de muertes con el aumento de la edad. Por lo tanto, es difícil expresar su influencia mediante las cifras de un cuadro de vida. En muchos casos, simplemente debilitaba a las personas, haciéndolas caer con más facilidad víctimas de enfermedades mortales.

La tuberculosis era una enfermedad difícil de diagnosticar, especialmente en sus momentos iniciales; además, no tiene un curso normal: la batalla entre el cuerpo humano y los gérmenes de la tuberculosis era larga y continuada, y podía desembocar en una situación "de tablas" que podía prolongarse durante décadas. La gente solía contraer la enfermedad en la infancia, pero no llegaba a estar realmente enferma hasta los primeros años de la pubertad. El largo período transcurrido desde que se introducen los gérmenes y la manifestación real de la enfermedad determina que, en el mejor de los casos, el período necesario para desarrollar una inmunidad contra la enfermedad sea muy largo. A diferencia de la mayor parte de las enfermedades, el más elevado porcentaje de muertes por tuberculosis se halla entre los 15 y los 35 años. Así pues, cualquier anormalidad en la mortalidad de aquellos años, por lo menos en cuanto a los hombres, puede ser utilizada como indicación de la presencia de esta enfermedad. Los elevados porcentajes de muertes en este grupo de edades mostrarían que la tuberculosis era la principal causa de muerte hasta tiempos muy próximos a nosotros, constituyendo la llamada "gran peste blanca". Sus efectos eran particularmente devastadores, porque destruía o debilitaba enormemente a hombres y mujeres jóvenes, cuando entraban en la etapa más útil de sus vidas.

Otras dos epidemias pueden ser detectadas basándose en las descripciones medievales. Los cronistas describen la enfermedad de 1315-1317 como "disentería", y por sus descripciones se deduce que pudo haber sido disentería amebica. Desde luego, bajo las pésimas condiciones de vida determinadas por las largas y persistentes lluvias, heladas y hambres, otras muchas enfermedades se debieron producir en los años malos. El hambre fue la causa determinante de que miles de personas se dirigieran a las ciudades, donde esperaban recibir algo de comida, creando con ello las condiciones ideales para el desarrollo y propagación de la disentería. Unas 3.000 personas en Brujas y 2.000 en Ypres murieron en unos pocos meses de 1316: el problema reside en saber si estas muertes deben atribuirse solamente a la población de las ciudades o también a la de las áreas circundantes. Los datos en Inglaterra mostrarían que el porcentaje de muertes se elevó muy poco por esta causa, ya que en la mayoría de casos esta enfermedad era de tipo mortal, especialmente para los afectados por

otras enfermedades; en realidad, la disentería se limitaba a acabar con la gente sólo unos años antes de que muriesen por otra causa. Estas muertes reducían muy poco la población. Quizá debamos considerar como un tributo a la, en general, buena salud de la Europa medieval entre los períodos de peste, el hecho de que epidemias comparativamente de tan poca gravedad causasen tan tremenda impresión.

La viruela (*variola*) fue también conocida, aterrorizando a las gentes lo mismo que en la actualidad. También, como de costumbre, parece que su virulencia fue muy variable, pero, al igual que la disentería, alcanzó a gran número de personas. Realmente, se trataba de una visitante regular que hizo apariciones periódicas a lo largo de toda la Edad Media; no obstante, su curso, en aquellas épocas, no ha sido estudiado con el debido rigor.

Sin duda, hubo en aquel período, muchas otras enfermedades de importancia. Las más graves fueron consideradas como verdaderas epidemias, pero en general no han sido claramente definidas. A pesar de las numerosas escuelas de medicina, no se realizó en la Edad Media ningún avance médico. Se aprendían en ellas cosas tales como que el color rojo era bueno para los ojos de aquellos que padecían sarampión. Sin embargo, los doctores fueron incapaces de descubrir ni siquiera los efectos bienhechores de la simple cura de reposo sobre la principal enfermedad de la época, la tuberculosis, y en rigor no se puede evaluar la destreza de los médicos medievales muy positivamente.

La más devastadora enfermedad de la Edad Media fue la peste. Hay un elemento en la peste medieval que intriga a los observadores contemporáneos: parece que la enfermedad no se contagiaba directamente de los enfermos a quienes los cuidaban, hasta el punto de que, al parecer, la forma pneumónica de contagio directo no fue importante. La etiología de esta enfermedad es tan complicada, que todavía desconcierta a la gente. ¿Cuál es la causa, por ejemplo, de que, si bien muere un 70 por ciento de la gente que contrae la enfermedad, sólo muriese un 25 por ciento de la población a consecuencia de la primera gran epidemia de peste de 1348-1350 (y una cifra semejante durante la de 1542-1544), mientras que en epidemias de peste posteriores aún murieron cantidades menores? ¿Cuál fue la causa

que preservó del contagio a más del 50 por ciento de la población, que, evidentemente, no fue afectado por la enfermedad?

La importancia del contagio es evidente, por ejemplo, en los elevados porcentajes de clérigos y de gente de edad avanzada que murieron en la primera peste. En efecto, eran personas que vivían solas o en compañía de una o dos personas, en contraste con las otras familias, formadas generalmente por dos adultos y un número variable de niños. Ahora bien, normalmente en cada casa había una familia de ratas, e incluso en cada apartamento de una casa, y, por término medio, cada rata podía alimentar tres moscas. No obstante, el contagio se reducía debido a que a las moscas no les gustan determinadas personas, mientras que otras parece que no son aptas para llevar y transmitir el bacilo de la peste. La mosca (generalmente la *X cheopis*), además, prefiere las ratas a las personas y sólo las abandona de mala gana, y a menudo sólo después de muerta la rata. En la India, se ha descubierto que la ola de muertes humanas se produce dos o tres semanas más tarde que la de las ratas. En los períodos entre dos epidemias, la enfermedad seguía siendo endémica, pero producía pocas muertes.

Las epidemias coinciden con determinados meses del año (en los que la temperatura oscila entre 20° y 25° C y la humedad es de 0,03 a 0,3), cuando las moscas se propagan rápidamente, y también con los años en que las ratas aumentan de un modo casi explosivo; generalmente, ello ocurre cada cuatro años. No obstante, las epidemias iniciales de 542-544 y 1348-1350 devastaron de tal manera a las portadoras de la peste, que las siguientes grandes epidemias no se produjeron hasta doce años más tarde, en 556 y 1360-1361, seguidas ocho años más tarde por la tercera, antes de fijarse de nuevo en el ciclo de los cuatro años. Dado que las epidemias llegaban muy tarde a determinadas regiones europeas, el ciclo también se estabilizó más tarde en estas zonas y algunas de ellas no llegaron a verse afectadas; tal es el caso de Holanda y Alemania durante largos años. Además, las zonas más secas sufrieron epidemias menos severas que aquellas en que las moscas abundan constantemente: el desierto, naturalmente, Egipto e incluso algunas zonas de la Península Ibérica.

En los primeros tres años, 1348-1350, la mortalidad alcanzó a un 25 por ciento pero esto quedó compensado por los nacimientos,

de modo que la pérdida neta fue de cerca de un quinto de la población. No obstante, la mortalidad variaba ampliamente según las ciudades. Las posteriores epidemias produjeron menor mortalidad, pero la población total había disminuido en un 40 por ciento hacia 1380 y en muchos lugares a cerca de la mitad a finales de siglo, especialmente en aquellos en que había alcanzado a dos generaciones. La segunda peste fue denominada la peste de los niños: los jóvenes que habían nacido después de la epidemia anterior proporcionaron la mayor parte de las víctimas. Las epidemias posteriores afectaron también duramente a la juventud. Las epidemias de peste de los siglos VI y VII parecen haber seguido idéntica pauta, por lo menos según se deduce de las fuentes de aquel período, mucho menos ricas en información.

El efecto inmediato de la peste era una especie de desasimio de la vida que podía expresarse en reacciones muy distintas, desde una intensificación de las observaciones religiosas hasta la más completa relajación. No obstante, al cabo de unos meses, el reajuste de la riqueza era tan completo que los supervivientes parecían vivir mejor que antes de la peste, según se deduce de los interesantes documentos procedentes de Albi. El número de pobres disminuía, según muestran los porcentajes en Aragón, y la disminución del número de personas de edad avanzada aumentaba los niveles de energía de los pueblos. Sin embargo, cuando la peste era muy prolongada, reducía gravemente los años de actividad potencial: cerca de la mitad de los años de actividad entre los 14 y los 60 años. La fuerte pérdida de vidas infantiles durante las últimas epidemias probablemente dejó la razón de dependencia más o menos al mismo nivel que había alcanzado antes de la peste.

Las pesquisas *post mortem* indican (cuadro 3) que la esperanza de vida para los de edad avanzada era mayor después de las principales epidemias de peste. En realidad, la peste eliminaba a edad temprana a muchas personas que hubieran muerto de otras enfermedades a edad algo más avanzada.

Esta profunda disminución de la población debió determinar algunos reajustes en los asentamientos humanos. En Inglaterra desaparecieron gran cantidad de pequeñas aldeas, y lo mismo debió suceder en otras zonas, como una parte del largo y continuado proceso por el

cual las aldehuelas eran absorbidas por los pueblos cercanos. Pero la historia del cambio de estructura de los asentamientos humanos todavía no ha sido escrita. En Bizancio, durante las primeras epidemias de peste, tuvo lugar un interesante fenómeno: al parecer, gran parte de la tierra sobre la que no podían pagarse los impuestos fue devuelta al emperador por los grandes señores terratenientes. Cuando la población se recuperó de las pérdidas sufridas, los emperadores repartieron las tierras entre los asentamientos de campesinos libres, regulados por la Ley de los Campesinos y legislaciones similares. De este modo, se convirtieron en el principal sostén del Imperio Bizantino hasta el siglo xi. En los Balcanes, los eslavos ocuparon parte del vacío creado por la peste en la población.

Hasta ahora, es difícil, para el período medieval, relacionar las enfermedades con edades determinadas. Desde luego, es evidente que la tuberculosis arrebatava una considerable cantidad de vidas entre los 15 y los 35 años. De modo similar, después de la primera epidemia de peste, los niños fueron duramente afectados por las epidemias posteriores, debido a que antes habían estado poco expuestos a ella o no lo habían estado en absoluto. Probablemente la malaria causaba estragos en todas las edades. Los niños, sin duda, eran afectados por enfermedades especiales, como en el presente, pero tenemos pocos datos acerca de este extremo. Muy frecuentemente las muertes repentinas o inexplicables, especialmente las que producían perturbaciones intestinales o del estómago, eran atribuidas a venenos. Por otra parte, las heridas de todas clases solían acarrear la muerte por infección.

PROPORCIÓN ENTRE SEXOS, MATRIMONIOS Y FERTILIDAD

Los porcentajes de muerte en la Edad Media, excepto en períodos de peste u otras epidemias, variaban, pero se mantenían alrededor de un 3 por ciento. Como la población permanecía estable, o incluso aumentaba ligeramente, el porcentaje de nacimientos debe haber sido asimismo del 3 por ciento o algo más. Entre pueblos preindustriales se trataba de un porcentaje relativamente bajo. En la evolución de estos porcentajes, la proporción entre sexos (número de va-

rones por cada cien mujeres), el porcentaje de matrimonios y el de fertilidad constituyen factores importantísimos. La principal dificultad para establecer estos porcentajes es la inseguridad en el cálculo de nacimientos, dificultad que ya ha sido mencionada. A pesar de esta dificultad y gracias a distintas fuentes de información, se pueden hacer estimaciones de bastante validez. Por fortuna, algunos de los mejores censos de población, tales como el políptico de Irminon, y la satisfacción de los impuestos personales en la recaudación de impuestos de 1377, en Inglaterra, nos permiten calcular el porcentaje de personas casadas gracias a las relaciones de hogares, aplicando al número total de hombres y mujeres mencionado la proporción entre sexos que parezca más apropiada. En el cuadro 2 ya se ha dado una estimación de la misma.

La proporción entre sexos, calculada sobre la base de las pruebas suministradas por los cementerios, es bastante alta y más pronunciada a favor de los hombres, entre las edades de veinte y cuarenta años, debido al elevado porcentaje de muertes entre las mujeres. Al nacer, la proporción entre sexos debía ser probablemente la normal: 104 o 105 varones por cada 100 hembras, con un ligero aumento hasta los catorce años. Desde esta edad hasta los cuarenta, la combinación de trabajo duro, numerosos partos y la tuberculosis producía grandes estragos entre las mujeres, de modo que la proporción entre sexos en este grupo de edades era altísima: 120 a 130 hombres por cada 100 mujeres. Pasados los cuarenta años, las mujeres parecen haber sobrevivido en igual cantidad que los hombres, de modo que la proporción entre sexos no se incrementaba en los últimos años de la madurez. Evidentemente, esta situación es completamente diferente de la actual, con el vasto superávit de mujeres de avanzada edad en nuestra población. Dada esta reducción en el número de mujeres, el control de nacimientos parece haber sido innecesario para el control de la población, incluso aunque los sermones y la literatura confesional no hubiesen prevenido a las mujeres contra las prácticas que podían llevar al aborto, tales como ejercicios violentos, o el producir la muerte accidental a los niños, por ejemplo, durmiendo con ellos.

No obstante, la elevada proporción entre sexos en favor de los hombres también tenía excepciones. Los enterramientos entre los ca-

balleros de Avar, que tenían numerosas mujeres, producen una proporción entre sexos de un 100 por ciento. Esta proporción variaba también con el tamaño de los asentamientos: cuanto mayor era la población menor era aquélla. Pequeñas ciudades tales como Carlisle, Colchester y Kingston-on-Hull tenían una proporción entre sexos de 93 a 95 hombres por 100 mujeres, en la recaudación de impuestos de 1377. Las ciudades alemanas del siglo xv registraban un porcentaje parecido. Incluso las excavaciones efectuadas en algunos de los mayores asentamientos humanos de la primera Edad Media muestran una igualdad numérica entre hombres y mujeres. Como puede suponerse, esta proporción entre sexos tan baja iba acompañada por un menor número de matrimonios y menos hijos.

En una sociedad monógama, una elevada proporción entre sexos significaba, naturalmente, gran cantidad de célibes involuntarios, que probablemente causarían una fuerte incomodidad en una sociedad tan inclinada al matrimonio como es la actual; pero se da el hecho de que la sociedad medieval exaltaba el celibato. Un populárrísimo tratado explicaba por qué uno no debe casarse o, al menos, por qué los hombres no deben casarse. Se podría sugerir que el alegato era una simple racionalización del celibato determinado por el elevado porcentaje de hombres, pero este supuesto queda destruido por el hecho de que la civilización clásica, que probablemente tenía idéntica proporción entre sexos, no sentía el correspondiente entusiasmo por el celibato. Este entusiasmo era esencialmente religioso y cristiano, una negativa a los placeres de este mundo para obtener el premio del Cielo. Por ello, miles de hombres se hacían clérigos regulares o seculares. Parece que, en el siglo xiii, más de un uno por ciento de la población total, o el tres por ciento de los hombres adultos (de más de 13 años), pertenecía al clero, lo cual sólo parcialmente salvaba la desproporción entre hombres y mujeres. El general entusiasmo por el celibato y su contrapartida, la falta de interés por el matrimonio, deben haber restado importancia a esta diferencia. Esta circunstancia explica por qué el número de uniones extramatrimoniales y el de hijos ilegítimos fue relativamente pequeño, a pesar de la elevada proporción entre sexos.

Esta indiferencia hacia el matrimonio viene ilustrada asimismo por la concesión medieval de que las viudas no necesitasen volverse a

casar, a menos que ellas lo desearan, según consta en el artículo VIII de la Carta Magna: "Ninguna viuda será obligada a contraer matrimonio mientras ella desee vivir sin marido".

En la Europa oriental, la Iglesia Ortodoxa se opuso a unas segundas nupcias y prohibió que se contrajesen más de dos matrimonios, incluso tratándose de monarcas y otros importantes personajes que sentían la necesidad de tener herederos varones. Así León (VI) el Sabio, quien se casó cuatro veces antes de lograr el ansiado heredero, tuvo grandes problemas con el patriarca de Constantinopla.

Es muy difícil realizar cálculos seguros acerca de los porcentajes de gentes casadas en relación con la población total en la Edad Media. Al principio de la misma el porcentaje entre los siervos se elevaba del 28 al 34 por ciento del total, un porcentaje bastante bajo. Más tarde aparecen variaciones importantes en diversas ciudades: Basilea, 32,8; Ypres, 34,6; Friburgo, 38,7; Dresde, 49,3. Algunos de los porcentajes más elevados los hallamos en los pueblos en épocas de peste: Tirol, 42,9; Inglaterra, en 1377, del 45 al 55, mientras que en las ciudades alcanzaba únicamente del 35 al 45 por ciento. En general, se trata de porcentajes máximos, puesto que no se incluye el pequeño número de clérigos ni otras cifras menores que escapaban a su numeración e inclusión. El porcentaje de matrimonios en la baja Edad Media era más elevado que el normal, ya que la peste había hecho desaparecer un elevado número de solteros y al mismo tiempo había proporcionado a los supervivientes jóvenes buenas oportunidades de obtener tierras o empleos y así poder casarse. Tampoco es oportuno establecer comparaciones con los porcentajes modernos, ya que actualmente la gente vive muchos más años y, por lo tanto, durante mucho mayor tiempo de su vida se halla en edad de contraer matrimonio.

El matrimonio, en la Edad Media, dependía en gran manera de las condiciones económicas: el amor romántico tenía tan poco que ver en el asunto, que se suponía que éste se producía mucho mejor fuera del matrimonio. Entre la nobleza, el matrimonio se establecía por convenio entre las familias y se realizaba a edad temprana; la Iglesia lo autorizaba a partir de los doce años, y los catorce podían ser el límite para la custodia de herederas. Desde luego, el matrimonio a temprana edad podía ser el medio ideal de solucionar el pro-

blema del futuro de la propiedad, al frustrar las posibilidades de que a la muerte del padre la heredera cayese en las manos de un señor feudal de superior categoría. En los gremios, los matrimonios de viudas o herederas podían ser dispuestos a gusto de las familias que habían quedado huérfanas por la muerte del padre y maestro. En las haciendas, el mayordomo o encargado podía tomar disposiciones destinadas a asegurar la continuación de los servicios de la granja. Tal es el caso planteado ante un tribunal, en el que un mayordomo ofrecía dos viudas a dos muchachos: ambos solicitaron una opción para considerar el asunto hasta la siguiente sesión del tribunal de la hacienda, tres semanas más tarde, momento en que uno de los muchachos aceptó y el otro solicitó una opción más para poder reflexionar. El problema radicaba probablemente en la edad de las viudas: los muchachos preferían sin duda viudas que les llevaran como máximo de diez a quince años. En efecto, ¡una viuda medieval de cuarenta y cinco años podía esperar vivir otros veinte años! Si era un muchacho el heredero, solía preferir como esposa una muchacha que hubiera estado como sirviente en la ciudad cercana, de modo que hubiese podido reunir una dote de cierta importancia. Además, una mujer de veinticinco a treinta años podía ser más fuerte para el trabajo y tenía menos probabilidades de tener muchos hijos que una muchacha de dieciocho. Éstas eran las despiadadas realidades que se imponían en la vida medieval.

El cuadro de vida (cuadro 4) sirve para mostrar la esperanza de vida y la estructura de las edades de una población determinada. Los intervalos de edad aparecen en la primera columna (x a $x + n$): el año 0 va desde el nacimiento hasta el primer cumpleaños (aniversario); el año 1, desde el primero hasta el segundo cumpleaños, etc. El porcentaje de mortalidad (q_x) consiste en la proporción de muertes por intervalo de edad: restando de 100 el porcentaje de mortalidad se obtiene la probabilidad de sobrevivir al intervalo de edad en cuestión (p_x). La siguiente columna (l_x) propone una cierta cantidad, que suele ser 1.000, en el momento del nacimiento, con cifras para los supervivientes en las siguientes edades obtenidas multiplicando contra la probabilidad de sobrevivir al intervalo (p_x). A veces el número real de muertes por cada intervalo de edad es utilizado en la columna l_x . El número de años vividos en cada intervalo de edad (l_x) es calcu-

lado añadiendo (a) los años del intervalo, multiplicados por el número de personas que sobrevivieron al mismo, a (b) los años vividos por aquellos que murieron en el intervalo (suponiendo generalmente un promedio de la mitad del intervalo para aquellos que murieron durante el mismo). Los años de vida que quedan a una edad x (T_x) son obtenidos mediante la suma de la columna L_x desde abajo hacia arriba. Dividiendo las cifras de la columna T_x por las de L_a obtenemos la esperanza de vida al comienzo de cada intervalo de edad. Si la población es estática y no se ve afectada por la migración, la columna L_x nos da la proporción de cada grupo de edad en la población en cuestión, mediante la división de la cifra superior de la columna T_x por la cifra del intervalo o intervalos de edad cuyo porcentaje se desea. El cuadro de vida es de este modo de gran utilidad.

El cuadro de vida es muy significativo para la descendencia, ya que nos da la edad en el momento de la muerte, de modo que se puede calcular, en una población estable, cuántos niños debían nacer para reemplazar a los que vivían en cualquier tiempo. Esto nos indica el número de niños por familia, pero se podría calcular con procedimientos más complicados. Normalmente, dado el porcentaje de muerte de las mujeres, para una casada a los treinta años se podría esperar un promedio de cuatro hijos, para una de veinticinco un total de cinco y para una de veinte un total de seis. Estas cifras pueden parecer extrañas. Pero la razón es que morían tantas mujeres entre los veinte y los cuarenta años que la esperanza de vida femenina no avanzaba muy rápidamente en este intervalo. Esto es: las mujeres de veinte sólo tenían como probable período de engendrar hijos unos doce años por término medio (suponiendo como límite para ello los cuarenta años). Las mujeres, también por término medio, tenían un hijo más o menos cada 30 meses. Este lapso eran tan largo debido a la prolongada lactancia, a la cifra de hijos muertos al nacer, a los abortos y a otras dificultades. El rápido incremento en el número de hijos de las familias nobles y de la realeza, hacia el año 1.000, puede haberse debido al empleo de nodrizas. Eleanor de Aquitania y Enrique II tuvieron ocho hijos en nueve años, otra Eleanor tuvo doce hijos de Eduardo I, mientras que las esposas de Luis VIII y Luis IX tuvieron once y doce hijos cada una. La rápida expansión del feudalismo medieval en el *Drang nach Osten*, la Reconquista española y las

CUADRO 4

Cuadro de vida para la generación de hombres nacidos entre 1276 y 1300 en Inglaterra

<i>Intervalo de edad</i>	<i>Porcentaje de mortalidad por intervalo</i>	<i>Probabilidad de sobrevivir al intervalo</i>	<i>Número de supervivientes hasta la edad x de cada 1.000 nacidos</i>	<i>Número de años vividos en el intervalo de edad</i>	<i>Años de vida que quedan a la edad x</i>	<i>Esperanza de vida a la edad x</i>
$xa^0 \div n$	qx^a	px	lx	Lx	Tx	ex^0
0	15	85	1.000	899	31.298	31,30
1—4	11	89	850	3.449	30.399	35,76
5—9	4,35	95,65	756	3.698	26.950	35,65
10—4	4,65	95,35	723	3.530	23.252	32,16
15—9	5,68	94,32	689	3.348	19.722	28,62
20—4	12,6	87,4	650	3.045	16.374	25,19

25-9	13,66	86,34	568	2.645	13.329	23,47
30-4	11,01	88,99	490	2.315	10.684	21,8
35-9	12,7	87,3	436	2.042	8.369	19,19
40-4	18,44	81,56	381	1.730	6.327	16,61
45-9	16,67	83,33	311	1.425	4.597	14,78
50-4	25	75	259	1.132	3.172	12,25
55-9	25,66	74,34	194	845	2.040	10,52
60-4	43,86	56,14	144	562	1.195	8,3
65-9	39,39	60,61	81	325	633	7,81
70-4	45	55	49	190	308	6,29
75-9	69,56	30,44	27	88	118	4,37
80-4	71,43	28,57	8	25	30	3,75
85-9	100	0	2	5	5	2,5

FUENTE: Rusell, *British Medieval Population*, p. 181. Los porcentajes de mortalidad para las edades 0 y 1-4 son interpolados de los porcentajes de muerte de la India, donde la longitud de vida es prácticamente la misma que la de aquellas épocas. Los datos procedentes de los comentarios demuestran que estas cifras son razonables.

Cruzadas puede haber tenido asimismo influencia en el elevado porcentaje de hijos en las familias de la nobleza. Pero, en conjunto, las mujeres de los campesinos medievales tenían de cinco a seis hijos cada una.

MIGRACIÓN

A pesar de su reputación de presentar un carácter esencialmente estático, la Edad Media conoció fuertes movimientos migratorios. El desplazamiento de las grandes tribus tiene importancia en la historia medieval, ya que a ello se debe el hundimiento de la mitad occidental del Imperio Romano. También las Cruzadas han reclamado poderosamente la atención de los historiadores, pese a su falta de éxitos definitivos. Todos estos movimientos no implicaron apreciables incrementos de población. Sin embargo, algunos movimientos, como el *Drang nach Osten* y otras formas de colonización, contribuyeron al desarrollo de las zonas más intensamente cultivadas y elevaron la población total de extensas áreas. Junto a estos grandes desplazamientos, hubo un movimiento constante desde el campo hacia las ciudades, así como algún movimiento inverso, especialmente de una ciudad a otra. Movimientos tales como peregrinajes y comercio pertenecen más a la esfera de los viajes que a la de las migraciones.

Los estudios cuantitativos de los grandes desplazamientos tribales son muy escasos, de modo que el número de germanos que invadieron España (visigodos y suevos) puede calcularse que llegó hasta la elevada cantidad de dos millones, aunque 200 mil sería ya una estimación muy liberal. La única cifra casi segura es la de 80 mil para los vándalos cuando éstos cruzaron el estrecho e invadieron África en 429. La mayoría de las tribus probablemente no eran más numerosas.⁶ Estos germanos se portaron muy generosamente con la clase dirigente romana al apoderarse sólo de un tercio (o dos tercios) de sus rentas; en efecto, la mayoría de los grupos conquistadores se limitaban simplemente a arrojar fuera a las clases gobernantes, al apo-

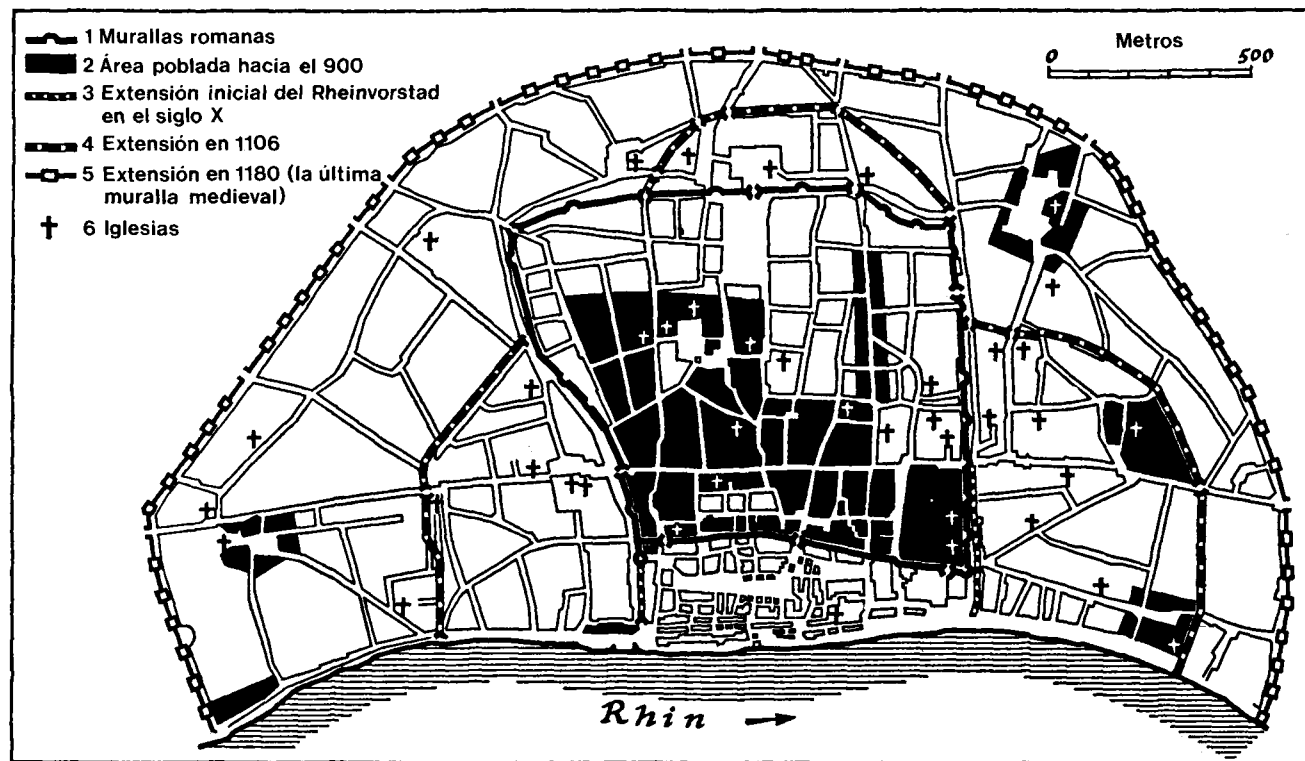
6. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire*, Nueva York, reimpresión en Dover, 1950, I, 104-105.

derarse de un territorio, como hicieron las tropas de Guillermo el Conquistador cuando expulsaron de sus antiguas posiciones a la nobleza de Inglaterra, unas mil familias en conjunto.

En realidad, hubo muchas colonizaciones en la Edad Media, y algunas se produjeron aparentemente sin que desde arriba se les prestase mucha atención, pero prácticamente todo se hacía con el permiso de algún señor. La colonización de las tierras del Imperio Bizantino, despobladas por la peste del siglo vi, ya ha sido mencionada; los pueblos formados por campesinos libres constituyeron un importante factor en la vida bizantina. En el siglo x comenzó la gran marcha germánica hacia el Este, a expensas de los eslavos, denominada *Drang nach Osten*. En gran parte fue dirigida en su propio beneficio por familias tales como los Billungs, de modo que los campesinos no consiguieron mejorar su posición con respecto a sus señores. Los españoles cristianos "poblaron" las zonas de las que habían expulsado a los moros, pero probablemente esta acción no significa que con ella se incrementase la población de estas tierras por encima de los niveles alcanzados bajo el dominio musulmán antes de las guerras. Los holandeses descubrieron el modo de arrebatar tierras al océano y los ingleses desecaron los *fens* (pantanos), obteniendo así ricas tierras en el siglo xiii.

La colonización presupone el permiso oficial del señor, quien a menudo la dirigía personalmente. Los grupos sajones se desplazaron desde la antigua Sajonia hacia la nueva, a lo largo del curso alto del Elba. Los colonizadores holandeses colaboraron en la desecación de pantanos muy lejanos. Tal vez el flautista de Hamelin fue un agente reclutador para emprender tal aventura en nuevas tierras. Los señores ingleses que poseían tierras en Irlanda incrementaron la población de sus tierras mediante gentes procedentes de Inglaterra, según es fácil de colegir por los apellidos de sus habitantes. Los señores franceses establecieron nuevas ciudades, los burgos.

Tal como se decía más arriba, las ciudades tuvieron porcentajes de matrimonios y de nacimientos más bajos que los de los pueblos campesinos. Puesto que en conjunto, y en el mejor de los casos, se produjo un incremento muy lento, es evidente que las ciudades no conseguían renovar y reemplazar su población y que, por lo tanto, dependían del campo para reparar la diferencia entre sus porcentajes



MAPA 3. — La ciudad histórica de Colonia (de Aubin y Niessen).

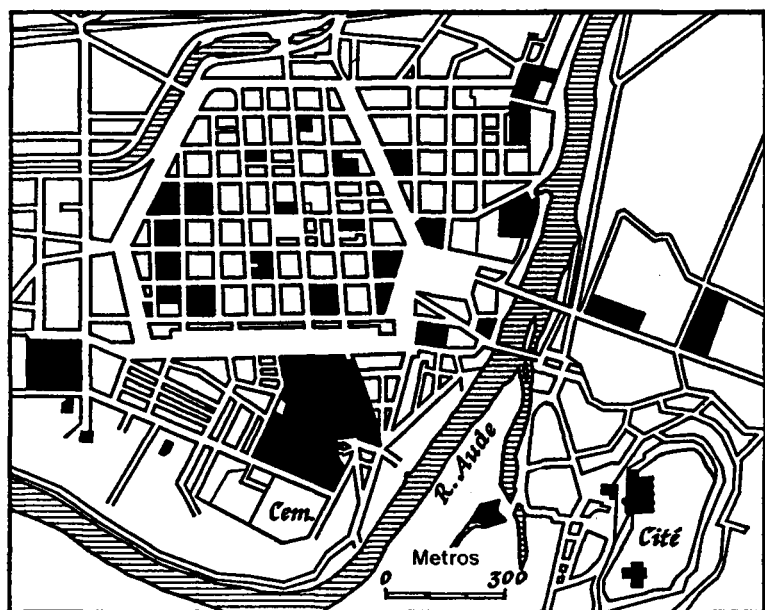
de nacimiento y muerte. Puesto que las personas de tipo o ideas similares suelen casarse entre ellas más fácilmente que personas de distinta apariencia y creencias, los matrimonios fuera de lo atípico en este proceso tenderían a desarrollar y preservar tipos físicos determinados en áreas concretas. A veces, dentro de una misma comunidad más de un tipo existía y mantenía su identidad mediante numerosos matrimonios dentro del propio grupo. Casos de este tipo serían, por ejemplo, las gentes de corta talla y pelo oscuro de Inglaterra, y las gentes de pelo rubio y ojos azules de Italia. Puesto que los campesinos tienden a contraer matrimonio con gentes de los poblados cercanos, el tipo físico cambiaba gradualmente cuando se iban desplazando de una zona a otra.

En general, la migración se realizaba lentamente hacia los pueblos de la vecindad y hacia la ciudad más próxima. La migración parece haberse producido poco más allá del límite de la jornada de viaje, a causa de su costo; esto era especialmente cierto en el caso de los campesinos, pues para los artesanos o para los trabajadores ciudadanos el trasladarse a otras ciudades o a la metrópoli de la región era más fácil. El movimiento hacia Londres, por ejemplo, declinaba rápidamente a partir de los 45 kilómetros de distancia: desde más lejos se producía principalmente a partir de otras ciudades. Los apellidos que muestran una procedencia extranjera indican una considerable migración desde largas distancias, quizás incluso más en la Iglesia que en los grupos ciudadanos dedicados al comercio. Los francos de Tierra Santa siguieron en contacto con sus familiares de Occidente. La familia del regidor de Londres, Arnald Fitzhedmar, originaria de Alemania, fue a Canterbury en peregrinaje y se quedó en Inglaterra. Mucha gente que marchó al extranjero para estudiar se estableció en países distintos al propio. La migración era pues tan común que, excepto para los siervos, parece que la autoridad impuso muy pocas restricciones. En Inglaterra, y probablemente en otros lugares, incluso los siervos podían dejar la hacienda a la que pertenecían con permiso del señor y teniendo en cuenta alguna consideración especial; y algunos, como es lógico, huían.

Tiempos difíciles y el hambre podían forzar la migración: miles de personas murieron en las calles de Brujas e Ypres en 1316: esto fue excepcional. Acostumbrados a hacer uso de sus ojos, los campesinos

nos podían ver fácilmente cuándo sus pastos estaban demasiado ralos o sus tierras excesivamente agotadas. El mal uso de la tierra era prevenido por común entendimiento y control de los campesinos y de los señores; limitando los arrendamientos, y restringiendo los matrimonios de aquellos que la poseían o que tenían otros medios de ganarse la vida, los campesinos protegían sus fuentes de alimentos y se protegían de la superpoblación.

Había gran número de variaciones en cuanto a los modos de posesión de granjas, lo cual constituye una fértil fuente de errores en los cálculos demográficos. Probablemente de un quinto a un tercio de las familias lo constituían personas solteras que tenían a su cargo a otras entradas en años o a subnormales. Muchos eran sirvientes asalariados que poseían unos pocos acres de tierra que les proporcionaban sólo un complemento a lo que ganaban como labradores, pastores e incluso carpinteros, herreros o mineros. Una persona sola no se ve obligada a ver a hombres, mujeres y niños sufriendo por vivir en



MAPA 4. — Carcasona, donde puede apreciarse la antigua cité y el casco más nuevo.

tierras demasiado escasas que no pueden proporcionar los alimentos requeridos.

La disminución del tamaño del terreno necesario para alimentar a una familia se debió probablemente, en parte, a las mejoras experimentadas por las labores agrícolas, aunque no en la calidad de las semillas, puesto que los productos obtenidos de las semillas parecen haber sido casi los mismos: cuatro veces la cantidad sembrada para el trigo y algo más para el centeno. Sin embargo, la puesta en práctica del sistema de rotación de cultivo en tres parcelas, en vez de en dos, permitió que se dispusiera de una sexta parte más de tierra en cultivo cada año, sin que ello produjese un grave agotamiento de la misma. Por otra parte, el incremento en el cultivo de alubias y guisantes, a partir del siglo x, contribuyó a la conservación de la tierra. El trabajo adicional que requería el laboreo de la tierra por el nuevo sistema parece haber sido suplido con la introducción del herraje de los caballos, el uso del arado con ruedas y la mejora de los arneses. El incremento de los campos labrados, o mejor de las personas que dependían sustancialmente de los campos cultivados, planteó la cuestión de la provisión de un cupo animal equivalente y de su subsistencia. Por ejemplo, ¿podía sustituir la pesca de peces en los lagos a ciertos alimentos animales, si no había más tierras para pastos, y las praderas o bosques no eran aprovechables?

En el siglo xii, la introducción de molinos de viento en gran escala disminuyó la demanda de fuerza animal para ciertos tipos de trabajo. Nuevos inventos, tales como el timón en lugar de usar un remo como gobernalles y mejores velas, sin duda se tradujeron en una mayor cantidad de pescado en los pueblos costeros.

Demográficamente, Europa era muy diferente en 1470 de lo que había sido en el año 500. En el punto de mayor depresión producida por la peste, la población era tres veces mayor de lo que había sido después de la peste del siglo vi. En todas las regiones se experimentaba un incremento de población, que fue especialmente notable en el área al Norte de los Alpes, en primer lugar, y seguido muy de cerca por el avance en la Europa oriental. Definitivamente, el Mediterráneo dejaba de ser el más importante centro de población.

En realidad, Europa todavía controlaba su población, aunque

ya comenzaban a aparecer aquí y allá ciertas manifestaciones de superpoblación en los años anteriores a la peste: este control de la población debería ser considerado como un triunfo del sentido común humano. Sin embargo, el celibato de los clérigos puede haber sido uno de los factores decisivos del declinar de la Iglesia, ya que, por lo general, todas las profesiones reclutan a sus sucesores entre los hijos de sus propios números. El aumento de población, dentro de los límites de la subsistencia, proporcionaba el adecuado ambiente para una cultura más complicada y sofisticada, estableciendo los fundamentos para los grandes avances de los tiempos modernos.

BIBLIOGRAFÍA

Como antecedentes del desarrollo de la población, véase C. M. Cipolla, *The Economic History of World Population*, Penguin, Londres, 1969⁵, y M. R. Reinhard, André Armengaud y Jacques Dupagnier, *Histoire Générale de la Population Mondiale*, París, 1968. La obra de William Petersen, *Population*, Macmillan, Nueva York, 1962, contiene unos capítulos acerca de la sociedad preindustrial que sitúan este período dentro del cuadro de la historia general de la población.

Se puede obtener una aproximación bibliográfica al período 500-1500 en mi obra *Late Ancient and Medieval Population*, Filadelfia, 1958 (*Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 43, n.º 3) y en un artículo suplementario: "Recent Advances in Medieval Demography", *Speculum*, XL (1965), 84-101. Aparecen artículos acerca de este tema en *Annales de démographie historique*, París, y en las secciones A y B del *Population Index*, Princeton. Para mayor información acerca del testimonio de los cementerios, véase la sección "Vor- und frühgeschichtliche Skelette", en el *Anthropologischer Anzeiger*. Yo estoy preparando un estudio y la correspondiente bibliografía acerca de este tema.

El estudio de método más detallado es el de R. J. Mols, S. J., *Introduction à la démographie historique des villes d'Europe du XIV au XVIII siècle*, J. Duclot, Gembloux, 1954-1956. Aunque este estudio se limita a las ciudades de la Baja Edad Media, su método puede

ser aplicado a todo el período. En la obra mencionada no se establecen tampoco relaciones entre los tamaños de las ciudades y sus comarcas; para ello puede consultarse mi obra *Medieval Regions and their Cities*, David and Charles, Newton Abbot, 1971.

Se ha escrito muchísimo acerca de los efectos de la peste. Acerca de las primeras epidemias medievales, véase mi "That Earlier Plague", *Demography*, V (1968), 174-181. Para el último período existe una cantidad inmensa de bibliografía, pero todavía no ha aparecido una obra definitiva. Lo mismo sucede acerca de los datos generales que se obtienen de los cementerios. Algunas de las obras más interesantes han sido hechas en Hungría; citemos como ejemplo el libro de Gy. Acsádi y J. Nemeskévi, *History of Human Life Span and Mortality*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1970, pp. 51-137. Recientemente, J. Szilagyi ha revisado en la misma publicación las estadísticas de los datos obtenidos en el estudio de los cementerios romanos, volúmenes XIII-XVIII, 1961-1968.

Para la historia de la población italiana, consúltese la obra de Julius Beloch, *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, Walter de Gruyter, Berlín, 1937, 1940, 1961. Muchos más datos nos ofrece D. Herlihy en su *Medieval and Renaissance Pistoia*, Yale University Press, New Haven, 1967.

En cuanto a la población alemana, véase Erich Keyser, *Bevölkerungsgeschichte Deutschlands*, S. Hirzel, Leipzig, 1938; también ofrece mucha información acerca del tamaño de las ciudades en su *Deutsche Städtebuch, Handbuch städtische Geschichte*, Stuttgart, 1939.

Acerca de Francia, E. Baratier, *La démographie provençale du siècle XIII^e au XIV^e siècle*, S. E. V. P. E. N., 1961, nos proporciona un magnífico estudio regional. Para el estudio de la despoblación en un momento específico de gran parte de Ruán, véase P. Desportes, "La population de Reims du XV^e siècle, d'après un dénombrement de 1422", *Le Moyen Age*, LXXII (1966), 463-529.

Para Inglaterra, véase mi obra *British Medieval Population*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1948, y también mi "The Preplague Population of England", *Journal of British Studies*, VI (1966), 21.

Capítulo 2

LA CIUDAD COMO AGENTE DE CIVILIZACIÓN; C. 1200 - C. 1500

por JACQUES LE GOFF

La oposición entre campo y ciudad comienza en el momento en que se pasa de la barbarie a la civilización.

KARL MARX, *La ideología alemana*

En la antigua Grecia y especialmente en Roma, la verdadera dicotomía que yacía en el corazón del mundo cultural grecorromano era precisamente la existente entre ciudad y campo. Y no es que la evidente primacía que el hombre civilizado concedía a la ciudad, frente a la barbarie del campo, careciese de opositores; desde Varrón a Columela, desde Catón a Virgilio, desde Cicerón a Paladio, filósofos, poetas y tratadistas de agricultura estuvieron de acuerdo con la vieja idea latina de que sólo en el campo existen virtudes. Pero la antítesis *urbanus-rusticus* fue un legado lingüístico para los hombres de la Edad Media; y la Cristiandad, hija de las colonias judías y griegas, y por lo tanto esencialmente ciudadana, reforzó el prejuicio contra el campo al convertir al campesino (*paganus*) en pagano, el rebelde contra la palabra del Dios cristiano.

A pesar de las apariencias, esta oposición no reaparece en el Occidente medieval, o por lo menos lo hace sólo parcialmente, cuando el renacimiento urbano, que comenzó en el siglo XII, fue acompañado por la revitalización de textos literarios y legales. Los poetas goliard-

dos, producto de las ciudades y de la cultura de la antigüedad, se burlaban de los campesinos como si fueran algo así como demonios rústicos. La *Declinatio rustici*, de la Alemania del siglo XIII, daba seis significados para la voz “campesino” —villano, rústico, diablo, ladrón, bandido y saqueador—; y en plural —miserables, mendigos, embusteros, bribones, gentuza e infieles—. Hay un eco de esto en Venecia, “la ciudad triunfante” según la describe Commynes, en el poema anónimo del siglo XV titulado *El alfabeto del villano*, que concluye diciendo: “nosotros somos las heces del mundo”.

Pero en la Edad Media la oposición fundamental se establecía entre ciudad y desierto. En torno a la ciudad había todo un mundo ordenado, habitado y cultivado, que incluía ciudad y campo. El desierto era lo no cultivado y salvaje; es decir, el bosque. En el ambiente eclesiástico y religioso la distinción entre los mundos urbano y eremítico era igualmente fundamental. Ya en el siglo IV, san Martín de Tours, según nos cuenta Sulpicius Severus, abandonó su sede episcopal urbana cuando sintió la necesidad de vivir en la soledad del yermo; para él, esto significaba un monasterio en medio del bosque, donde pudiera recuperar su energía espiritual.

Por otra parte, para toda una serie de gentes tradicionalistas, la ciudad, en lugar de ser un lugar que proporcionaba servicios y facilitaba la comunicación, era un nido de iniquidades, una recreación de la antigua Babilonia. ¿Acaso no fue la primera ciudad una creación de Caín? (Génesis, IV, 17.) La ciudad llevaba pues el estigma del primer pecador. En Deutz, ciudad gemela de Colonia, el gran abad Ruperto, a principios del siglo XII, establecía el contraste entre Caín y los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, que “no construyeron ciudades ni castillos, sino que huyeron de las ciudades y vivieron en chozas, y construyeron lo contrario de una ciudad o un castillo, un altar para honrar a Dios”.

Un siglo más tarde, hacia 1210, Gervasio de Tilbury, un inglés que fue mariscal del emperador Otón IV de Brunswick, recordaba en su *Otia Imperialia* el execrable linaje de la primera ciudad, donde dos cosas fueron impuestas a sus habitantes: la económica del invento de los pesos y medidas, que acabó con la inocencia de los intercambios preurbanos, y la militar de las murallas, que sustituyeron la segregación por la familiaridad.

Nadie estigmatizó tan rudamente a la ciudad, como instrumento de perdición, como san Bernardo, quien en el siglo XII iba a París para tomar consigo algunos estudiantes de la escuela de la ciudad y llevarlos a la escuela del claustro, donde podrían alcanzar la salvación: "Huid del polvo de Babilonia, huid y salvad vuestras almas".

Pero en aquel mismo tiempo, en París, otras gentes soñaban con un modelo urbano que se hallaba en el extremo opuesto en el sistema de valores cristiano: Jerusalén. Y así Felipe de Harvengt, prior de la abadía premostratense de Bonne-Espérance, decía: "Conducido por el amor al estudio, te encuentras ahora en París, y así has hallado la Jerusalén por la que tanto tiempo suspiraste. Es el hogar de David... del sabio Salomón".

El crecimiento de las ciudades a lo largo del siglo XII parece haber exacerbado la sensibilidad de los hombres respecto a ellas. Mientras que aquellos que se sentían atraídos por la sociedad y la cultura tradicionales las fulminaban, la fuerza atractiva de las ciudades actuaba aún más poderosamente. Payen Bolotin, un sacerdote de Chartres, se indignaba cuando veía que incluso los ermitaños penetraban en las ciudades.

En la Alta Edad Media se produjo un eclipse de las ciudades; según Mauricio Lombardo, hubo una "anemia urbana" que fue acompañada por una "anemia monetaria". Los centros de iniciativa cultural no fueron ya las ciudades, sino los monasterios y el palacio real —este último itinerante, a pesar del intento de Carlomagno de establecerlo en Aquisgrán—.

Pero la Alta Edad Media no fue un período enteramente negativo, puesto que el modelo urbano seguía siendo atractivo. Las ciudades siguieron constituyendo un escondrijo de tesoros; lugares donde se amontonaban riquezas en edificios y adornos, lugares que ofrecían fabulosos botines a la codicia de la naciente clase caballeresca. En *La canción de Rolando* se expresan crudamente los deseos feudales.

La riqueza de España por Carlomagno es devorada.
Los castillos conquistados y la ciudad desflorada.

Aimery de Narbona presenta a Carlomagno contemplando desde una colina la ciudad de Narbona: "Estaba bien protegida por

murallas y pilares y nunca se vio una ciudad más sólidamente emplazada... Nunca se contempló un panorama más bello. Había veinte torres construidas de brillante piedra. En el centro de la ciudad otra torre atraía la mirada. En la punta de su parte más alta se alzaba una bella bola de oro traída del otro lado del mar; en ella habían colocado un rubí que lanzaba destellos y brillaba con esplendor semejante al del sol naciente. En las noches oscuras, y esto no es mentira, se podía percibir su fulgor desde cuatro leguas de distancia. A un lado se hallaba la costa, al otro el torrencial río Aude, que llevaba a los habitantes de la ciudad todo lo que podían desear. En los grandes navíos que allí anclaban, los mercaderes llevaban a la ciudad tantas riquezas que nada faltaba de lo que puede ser agradable al hombre. El rey contempló la ciudad y su corazón la codició”.

Todo el pensamiento del hombre de la Alta Edad Media se evidencia en este párrafo: el prestigio de las murallas, de la piedra, de los sólidos edificios, la seducción de las líneas verticales que pueden contemplarse desde lejos, el lujo brillante y coloreado de los ornamentos, la prodigalidad de bienes. El sueño urbano de los guerreros occidentales de la Alta Edad Media se convierte finalmente en realidad con el saqueo y pillaje de Constantinopla en 1204.

Debido a todo esto, la vida urbana no sufrió un eclipse total en la Alta Edad Media. No fueron solamente las islas de vida urbana y especialmente las sedes episcopales las que mantuvieron la continuidad de la realidad y del ideal urbanos; Lewis Mumford indica que, si bien para ciertas gentes de la Edad Media y de épocas posteriores (san Bernardo por ejemplo) el claustro fue una anticiudad, un desierto, de hecho, el monasterio de la Alta Edad Media era en el fondo una nueva clase de ciudad. El famoso plano de St. Gall, que data del siglo ix, es en realidad el plano de una ciudad. Aunque el impulso proviniese de algún otro factor, especialmente del renacimiento comercial del exterior, en numerosas ocasiones las ciudades medievales tuvieron su origen en el desarrollo de un monasterio—St. Riquier, Fulda o Deutz, donde el abad Ruperto escribía con precisión e indignado pesar acerca del paso del estado monástico al urbano—. “El monasterio —dice Lewis Mumford— era en realidad una nueva clase de *polis*”; en efecto, en los claustros descubre aquellos aspectos de la organización y puntos de vista que caracterizarían

a la ciudad de la Baja Edad Media y de los tiempos modernos: comedimiento, puntualidad, orden y una utilización del tiempo de cada día que regulaba tanto el trabajo como el ocio. También había que considerar su estabilidad: era “una isla de serenidad y paz”.

De hecho, fue el renacer del comercio lo que determinó el nacimiento o el “renacimiento” de la ciudad como un área de paz. Ya en el siglo IX, el concilio de Meaux-París (845-846) consideraba la *civitas* como una zona de paz (*locus pacificus*) porque era un área de activo comercio. En el gran período de la organización urbana, el área de la ciudad era una zona desmilitarizada, donde sólo se permitía llevar armas a aquellos que preservaban el orden, en nombre de la autoridad pública. Así, en los privilegios garantizados a la ciudad de Ypres por el conde Felipe de Flandes, entre 1168 y 1177, se lee: “El que viva en las afueras de Ypres no puede llevar espada, a menos que se trate de un mercader u otra persona que cruce simplemente la ciudad a causa de sus negocios; si entra en la ciudad con la intención de permanecer en ella, debe dejar su espada fuera de la ciudad y sus suburbios. Si no lo hace así, se le confiscará la espada y deberá pagar una multa de 60 monedas”.

De este modo, la ciudad medieval marca un paso importante en la evolución del deseo de seguridad que Lucien Febvre considera como un capítulo esencial en la historia de los sentimientos comunitarios.¹ Se trata de un deseo de seguridad que podía ser destruido por toda clase de catástrofes, alguna de las cuales era peculiar de las ciudades, mientras que otras resultaban especialmente devastadoras en un medio urbano. Así, el fuego podía consumir aquellas ciudades que, a pesar del orgullo que sentían por sus edificios de piedra, estaban construidas principalmente con madera. Así, después de 1348, la epidemia enriqueció especialmente a las gentes que habían huido al campo desde las ciudades, en las que la promiscuidad multiplicaba los riesgos de infección. El campo se convirtió en un lugar de refugio al igual que en la época de las invasiones de los bárbaros. A fines de la Edad Media la huida ante la peste reforzó el papel de las grandes

1. Debe hacerse notar que en los siglos XI y XII, y en comparación con la inseguridad del campo abierto o del bosque, el castillo ofrecía un refugio seguro de carácter semejante al de la ciudad. Muchos de los textos que se mencionan asocian castillo y ciudad: en algunos aspectos el castillo, al igual que el monasterio, prefiguraba un modelo urbano.

mansiones de campo como agentes de civilización; esto es especialmente cierto en lo que concierne a las villas italianas, y sobre todo a las villas de los Medici en la Toscana.

La ciudad medieval conservó ciertos rasgos del modelo urbano monástico, rasgos que a menudo constituyeron límites, dificultades a su expansión. Carol Heitz ha demostrado hasta qué punto estuvieron dominadas en el período carolingio, tanto la arquitectura como la liturgia, por el simbolismo de la Jerusalén celestial. Werner Müller, al estudiar la encarnación de la "Ciudad Santa", descubrió que esta Jerusalén celestial fue el modelo perfecto de la ciudad medieval. Cuando Urbano II predicaba la cruzada en Clermont, en 1095, exaltaba a Jerusalén del siguiente modo: "ombbligo del mundo, ciudad real, situada en el centro del círculo de la Tierra". A partir de los primeros decenios del siglo XII, esta idea de la ciudad como un microcosmos "aumentó en fuerza y profundidad". De aquí provino el plano de ciertas ciudades rodeadas por un cerco de murallas y divididas en cuatro cuartos (*quartiers*) por las cuatro calles principales—de modo semejante a la *Roma quadrata* de la antigüedad—, que representaban las cuatro partes del mundo. El plano "cuatripartito", al que Werner Müller denomina "plano gótico" y que se encuentra exactamente realizado en Londres y Copenhague, aparece también, por ejemplo, en una serie de ciudades fundadas dentro del área de la Alemania del siglo XII: los mercados creados por los Zähringer en el sudoeste del Imperio, Villingen (1119), Freiburg-im-Breisgau (1120), Rottweil (entre 1120 y 1150), Friburgo (1157), Nuremberg (1181) y Berna (1191).

Pero la edad de oro de estas ciudades "cuatripartitas" fue el siglo XIII, en el que constituyeron la encarnación del nuevo espíritu de la organización cívica. En el centro de la ciudad, en el punto de intersección del *quadrivium*, generalmente había una plaza en la que se hallaban el tribunal de justicia, la picota, la fuente y el mercado; las funciones judiciales y económicas de la ciudad, que constituían aspectos esenciales de su cultura, se fundaban así sobre una sagrada tradición y conservaban en cierto modo una calidad de tabú que constituía una cierta dificultad para el progreso liberal y laico de la civilización urbana.

Más aún, la ciudad medieval retuvo la mentalidad económica de

la autosuficiencia de los monasterios de la Alta Edad Media. Todas las cosas debían ser producidas, si no dentro de los muros de la ciudad, por lo menos en su inmediata vecindad. El forastero no debía ser admitido o, por lo menos, debía ser confinado en edificios especiales (así, el *fondacco* veneciano, realizado sobre el modelo del *mitaton* de Bizancio y del *funduk* musulmán); si ello no era posible, el forastero debía ser situado en un ambiente judicial que hiciese de él un extranjero, disminuido a los ojos de la ley. La superproducción que obligaba a las gentes a buscar salidas fuera del mercado local, debía ser evitada. En todos estos puntos la ley benedictina parece ser la reguladora de la economía ciudadana y su mentalidad. La mejor ilustración de este punto la constituye la organización de los gremios, la cual, según ha demostrado claramente Gunnar Mickwitz, tendía a actuar como un cártel y a realizar el ideal malthusiano. Existen numerosos ejemplos de la persistente desconfianza que se sentía en la ciudad medieval respecto a los extranjeros, y especialmente hacia los mercaderes forasteros, para cuyo acceso a la ciudad se ponían toda clase de dificultades, de modo que aquélla pudiese beneficiarse de los cambios que la presencia de los mercaderes hacían posible mientras que se procuraba prevenir el que éstos se convirtiesen en peligrosos competidores. Aunque los italianos disfrutaron de importantes privilegios en algunas ciudades del Norte, los mercaderes extranjeros (incluso dejando aparte los *fondachi* venecianos) sufrieron limitaciones tanto de tiempo como de espacio. Su estancia era limitada generalmente a cuarenta días (un tipo especial de cuarentena), según sucedía en Bristol en 1188 y en Londres al principio del siglo XII con los mercaderes alemanes, lorenese, daneses y noruegos. En 1463, el consejo municipal de Londres ordenaba que todos los mercaderes extranjeros se congregasen en el área de Whitechapel, junto a Mark Lane. En casi todas partes los mercaderes forasteros eran segregados en un rincón del mercado y tenían que recoger sus mercaderías y salir tan pronto como sonaba la campana que indicaba la hora del cierre. Un acta de 1439 obligaba a todos los mercaderes que llegaban a un puerto inglés a dar el nombre del hostelero que debía alojarles durante su estancia y enviar un informe dos veces al año al Exchequer.

En realidad, las ciudades comenzaron a revivir desde principios del siglo XI gracias al desarrollo de la clase artesanal y al inicio del

comercio; pero, hablando en general, hasta el siglo XIII la mentalidad urbana era por encima de todo negativa y pasiva.

Contra la inseguridad del mundo feudal, surgió la paz de la ciudad, que acogía productos extranjeros tanto si procedían de los feudos rurales como del Oriente bizantino y musulmán.

En algunos lugares, desde mediados del siglo XII en adelante, y en todas partes a partir del siglo XIII, esta situación sufrió una profunda alteración. Aunque la ciudad siguió siendo un centro de intenso comercio, en este momento pasó a ser especialmente un centro de producción de bienes, de ideas y de modelos culturales y materiales. Las ciudades tomaron la iniciativa en todo. Entre la ciudad y el campo se desarrolló el diálogo entre ahorrador y despilfarrador que dio nombre al poema alegórico inglés del siglo XIV titulado *Winner and Waster*, con su instructiva moraleja.

Esta fuerza impulsora de las ciudades, que se produjo del siglo XIII en adelante, nadie la comprendió mejor en su tiempo que los superiores de las nuevas órdenes mendicantes —franciscanos, dominicos, agustinos y carmelitas— que se enraizaron en el centro de las ciudades.

Esto representó un giro completo en la tradición monástica, que pasó a sustituir el antiguo deseo de soledad por el de su presencia en el ambiente más estimulante, el de las ciudades; desde luego, este cambio de actitud encontró profunda resistencia por parte de las órdenes que poseían rasgos eremíticos, pero incluso en esas órdenes se alzaron voces que justificaron la elección de las ciudades. Así, Humberto de Romans, que fue general de los dominicos entre 1254 y 1263 y murió en 1277, en su libro *De eruditione praedicatorum* (libro II, cap. 72), da tres razones por las que los frailes debían preferir las ciudades para su apostolado: 1) Predicar era cuantitativamente más provechoso en las ciudades, puesto que allí había más gente. Esto subraya el papel de las ciudades en el desarrollo de la idea de cantidad en la mente humana, ese interés por las cifras que tendría como resultado que, pasados los siglos XIII y XIV, la Edad Media entrase en la era de la estadística. 2) La predicación era cualitativamente más necesaria en las ciudades, puesto que la moral era en ellas mucho más laxa (*ibi sunt plura peccata*). Esta idea acerca de la inmoralidad de las ciudades es la otra cara de la moneda acuñada con su

misión civilizadora. 3) A través de las ciudades la predicación influiría sobre el campo, ya que éste intenta siempre emular a la ciudad. Tenemos, pues, aquí una interesante expresión del papel que la ciudad desempeña como productora de modelos culturales que se exportan hacia el campo.

Otro famoso dominico del siglo XIII, san Alberto Magno, en un sermón predicado en Augsburgo en 1257 o 1263, tomó como base el texto de Matías V, 14: *Non potest civitas abscondi supra montem posita* ("No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte"), y comentaba: "Los doctores de la fe han sido comparados con una ciudad; esto es debido a que, como la ciudad, ellos proporcionan seguridad (*munitio*), urbanidad (*urbanitas*), unidad (*unitas*) y libertad (*libertas*)".

El principal papel de la ciudad en la Baja Edad Media consistía en la atracción que ejercía sobre el mundo exterior. La fuerza de esta atracción variaba en proporción directa con la importancia de la ciudad. El horizonte de las grandes ciudades era internacional, el de las pequeñas simplemente regional. Pero es importante hacer notar que la zona de atracción de la gran mayoría de las ciudades medievales se limitaba al territorio circundante. La obra de Hektor Ammann acerca de una serie de ciudades de Suabia demuestra que la mayor parte de los inmigrantes que llegaban a ellas procedía de distancias inferiores a los 50 km, mientras que otros pequeños grupos procedían de hasta unos 100 km. Charles-Edmond Perrin, al estudiar la ciudad de Metz en el siglo XIII, calcula que la mayor parte de los inmigrantes que llegaban a ella procedían de distancias menores de 40 km.; Philippe Wolff observó un fenómeno semejante en Toulouse, entre 1360 y 1450; sin embargo, Toulouse ejercía también atracción más allá de su propia región, por ejemplo en Bretaña, e incluso en el extranjero (especialmente en España).

Esta capacidad para atraer a los hombres tuvo una serie de importantes consecuencias. Proporcionó gran abundancia de brazos al patriciado urbano y a los artesanos e hizo posible que funcionaran numerosos talleres. Esto significó, por una parte, que los hombres quedaran encadenados en las empresas de la naciente burguesía; pero, por otra parte, les proporcionó libertad en el sentido legal. El proverbio alemán *Stadtluft macht frei* ("El aire de la ciudad hace li-

bre al hombre”) es una gran verdad. Y también podría decirse que el aire de la ciudad da la libertad incluso fuera de sus muros: la ciudad podía obligar a los señores rurales a dar la libertad a sus siervos, como sucedió en gran escala, en el siglo XIII, en diversas ciudades italianas, en Vercelli en 1243, en Bolonia entre 1256 y 1257 y en Florencia en 1289. En estos casos las motivaciones egoístas o de interés personal no siempre eran expresadas ni formuladas, y el contexto de todas estas medidas resultaba enormemente complicado; no obstante, la opinión tradicional de que el patriciado de la ciudad medieval liberaba al campesino de la servidumbre de la tierra para encastrarlo a la servidumbre del taller, es esencialmente cierta.

Uno de los resultados de esta captación del campo por la ciudad es que a menudo los así captados llevaban consigo sus costumbres y modos de pensar y los imponían en la ciudad. Según se ha dicho frecuentemente, la ciudad medieval estuvo impregnada por el campo, ya que la mayoría de sus habitantes eran en realidad campesinos. Frecuentemente el folklore urbano era simplemente el folklore del campo, y el área en la que florecía era a menudo la de una comunidad rural dentro de la ciudad. No obstante, aunque su origen fue campesino, parece que en la Alta Edad Media el folklore de la ciudad se hizo ciudadano. Los carnavales, en los que los gremios de la ciudad desempeñaban un papel predominante, con sus gigantes y enanos, sus dragones y monstruos procesionales, así como sus “salvajes” (como el “hombre verde” y el “hombre salvaje de Londres), eran estrictamente festivos ciudadanos. En su interesante libro sobre Rabelais, Mikhail Bakhtin enlaza la comedia carnavalesca de la Edad Media con la plaza pública de la ciudad. Entre 1150 y 1300 los monstruos y animales, que se convertirían en los símbolos protectores de las ciudades, comenzaron a aparecer como adorno de las velas, especialmente en los edificios públicos del norte de Francia y Bélgica. En la mayoría de los casos, este animal simbólico era un dragón: así sucedía en Tournai, Ypres, Bethune y Bruselas; y en Gante, cuyo *Drak*, reconstruido, que pesa 396 kg y mide 3,35 m de alto, se conserva todavía en lo alto de su campanario. Muchas veces este dragón estaba situado en lo alto de la torre del edificio que contenía el tesoro de la municipalidad y sus archivos. Sin duda se trata de una transposición del viejo dragón custodio del tesoro; la ciudad

se había adueñado de él.

Como ejemplo de este fenómeno social podemos tomar en consideración dos festivales que provienen del folklore urbano de la Baja Edad Media. En Tarascón se celebra el festival de la "Tarasca", en el que Louis Dumont reconoce a "la bestia epónima, protectora de la comunidad..., asociada con la gran cabalgata local de los gremios de comerciantes". En Londres tenía lugar la gran exhibición del Lord Mayor, en la que los gremios sacaban en procesión sus figuras de carnaval; un documento de 1417 parece referirse a esta antigua costumbre.

Pero las ciudades obtenían del campo no sólo hombres, sino también productos. Aunque no se puede decir cuál es el motivo que lo determinó, sabemos que se produjo una gran expansión del sector rural, el cual desde el siglo x y durante todo el siglo xi, amplió el área cultivada y multiplicó los cultivos. El renacer de las ciudades, aunque no pudo ser el determinante de este crecimiento, debió proporcionarles un irresistible impulso. El arado disimétrico, la mejora de los arreos, la utilización de caballos para arar y la rotación de tres cultivos, todo contribuyó al ritmo del crecimiento urbano. La ciudad medieval consumía el cereal que el campo producía y también compraba su vino y los productos que necesitaba para la industria, especialmente para obtener tintes. En el siglo xiii, por ejemplo, Amiens contribuyó a que la Picardía se cubriese de campos de glasto, y en el siguiente siglo Toulouse hizo lo mismo en el Lauragais y el Albigeois. Roger Dion ha demostrado de qué modo, en París, el comercio de vinos se incrementó a la par que el crecimiento de la ciudad. Un curioso texto de 1330 presenta a Montpellier en el centro de un mar de viñedos que se extendían en oleadas y obligaban a que el cultivo del trigo se alejase más y más, hasta el punto de que la ciudad tuvo que importarlo en cantidades crecientes. Antonio Petino ha demostrado de qué modo el azafrán conquistó las colinas de la Toscana en San Gimignano, Volterra y los alrededores de Lucca, mientras que en el siglo xiv conquistó las Marcas, los Abruzzos, Lombardía, Aragón, Cataluña y el Albigeois. Dos sectores de la economía recibieron un ímpetu espectacular gracias a la demanda urbana: el comercio de telas y la construcción.

Como centros de consumo y como mercados para la distribu-

ción de bienes, las ciudades recobraron el gran papel monetario que ya habían tenido en la antigüedad. El dinero se convirtió quizás, una vez más, en el símbolo de la prosperidad urbana. La monarquía francesa se apoderó en su propio provecho del control de las dos monedas que prosperaron en el siglo XII, la de Tours (el *tournois*) y la de París (el *parisis*).

Cuando se volvieron a acuñar monedas de oro —el genovés (1252), el florín florentino (1252) y el ducado veneciano (1284)—, éstas pasaron a ser una expresión de lo que Roberto López denomina “orgullo municipal”. Sobre el florín aparecía el lirio y el santo patrono de la ciudad, san Juan Bautista, en cuyo honor fue construido el baptisterio (“il bel San Giovanni” de Dante). Sobre el ducado se acuñó la imagen de san Marcos, con el Dux Dandolo a los pies del santo evangelista, patrono de la ciudad. La prosperidad comercial apoyaba la ideología urbana.

Las ciudades medievales, además de ser centros de atracción, fueron también centros de difusión.

Los bienes manufacturados, tanto como el dinero, mostraron la fuerza y la confianza en sí mismas de las ciudades. Y una vez más las telas nos proporcionan un excelente ejemplo. Cada ciudad importante tenía sus propias medidas para una bala de tela, y su sello sobre las telas que exportaba constituía, a la vez, una garantía de calidad y una expresión de la personalidad urbana. De este modo, la ciudad tomó de la esfera económica una nueva forma de seguridad: el control. La garantía que proporcionaba la ciudad consistía en que aseguraba el éxito de sus productos. Cualquier comerciante que intentara actuar independientemente perdía en seguida su crédito. En la segunda mitad del siglo XIV, Paolo di Messer Pace di Certaldo, de Florencia, en su *Libro di buoni costumi* (“Libro de buenas costumbres”), pone de relieve este extremo: “Nunca te dediques a negocios prohibidos por tu municipio, porque, si la fortuna te abandona, no tendrás a nadie a quien apelar..., cuida del honor, del bienestar y de la prosperidad de tu ciudad y de sus gobernantes, ponte tú y tus bienes en favor de su causa, no tomes nunca partido contra tu propia comunidad. ‘Tu comunidad’ y ‘tu ciudad’ deben ser las del lugar en que vives con tu familia y donde se hallan tus posesiones y tus parientes”.

Este extracto nos indica asimismo las bases sociales humanas de la vida en la ciudad. En primer lugar, una casa: sólo los príncipes y los grandes señores feudales podían trasladarse de una residencia a otra, y la casa fortificada (el castillo) era el modelo de la casa de un mercader; pero el mundo feudal estaba más ligado a las personas que a las casas, mientras que el mundo urbano confinaba a la sociedad dentro de los muros de sus casas y sus ciudades. La ciudad creó un nuevo tipo de paria, el hombre "sin casa ni hogar". Los estatutos comunitarios de las comunidades rurales de Lombardía, durante el siglo xiv, a imitación de los de los municipios urbanos, tendían a excluir "al indigente y al vagabundo, no al forastero". Después de la casa, y junto con la casa, lo más importante para el habitante de la ciudad era su familia. El grupo familiar lineal, con gran abundancia de hijos, siempre que ello era posible, sustituyó al concepto de deudos y amigos, el grupo de "amigos de sangre" (*amis charnels*). Así pues, junto a la comunidad urbana, tenemos aquí la segunda base de seguridad, la solidaridad familiar. Además, y siempre dentro de la misma ciudad, había un tercer círculo protector: los bienes y los parientes. Este nuevo tipo de familia creaba nuevas formas de sensibilidad; tenemos numerosas pruebas acerca de este punto, al menos en cuanto a las ciudades de la Italia medieval. Combinando fuentes literarias y demográficas, David Herlihy ha demostrado de qué modo en Florencia, a partir de 1350, se produjo un aumento del círculo familiar feliz y se incrementó el afectuoso interés por los hijos. Giovanni Morelli declaraba: "Bienvenidas sean la alegría y la felicidad al seno de tu familia, y que en su compañía consigas una vida feliz y saludable". Y Giovanni Dominici, en su *Regola del governo e cura familiare*, nos presenta un panorama de padres jugando a la pelota con sus hijos, de madres empleando largos ratos en peinar y aclarar los cabellos de sus hijas y de niños aprendiendo a bailar para deleite de sus padres y amigos.

La ciudad fue un centro de atracción y difusión, pero, por encima de todo, fue un centro de producción. La ciudad fue una encrucijada y una meta: a través de contactos, encuentros e intercambios, pudo desempeñar un papel creativo de gran importancia.

El taller urbano, resultado de la división del trabajo, fue en primer lugar un centro de intercambios y de creación de nuevas técni-

cas. Desde el taller monástico, centro de técnicas romanas —según el testimonio de *De diversis artibus*, del monje Teófilo de principios del siglo XII—, el impulso se volvió hacia el taller urbano, crisol de los aspectos material y espiritual de la civilización gótica. El paso de los talleres controlados por los señores a los talleres en los que se manufacturaban los tejidos en la ciudad fue un acontecimiento tanto técnico como social y económico, puesto que el telar vertical, puramente manual, dio paso a un telar horizontal movido a pedal. Una miniatura de mediados del siglo XIII, según manuscrito conservado en el Trinity College de Cambridge, nos proporciona una de las primeras imágenes de esta máquina. La grúa que ayudaba a descargar los barcos comerciales en los puertos ciudadanos se hizo tan familiar, que en pinturas que representan a Gante, Lüneburg y Danzig es utilizada como símbolo de la ciudad del siglo XV.

En el mundo de la cultura y las ideas es donde la ciudad medieval constituyó una verdadera encrucijada: un taller de modelos culturales, un lugar de reunión de experiencias. En el siglo XII tuvo lugar el gran movimiento que trasladó los centros distribuidores del conocimiento desde los monasterios a las ciudades. Se produjo un renacimiento de las escuelas episcopales gracias al impulso surgido de los decretos del tercero y cuarto concilios lateranenses (1179 y 1215). Se produjo asimismo un gran desarrollo de las escuelas monásticas urbanas, siendo una de las más famosas la de San Víctor en París, en las laderas del monte de Sainte-Geneviève. Aumentó también enormemente el número de los maestros que enseñaban de modo más o menos independiente; algunos de ellos tenían el apoyo de una comunidad religiosa, otros impartían sus enseñanzas con carácter privado, y el más famoso de estos nuevos maestros urbanos fue Abelardo. Por fin, se produjo el comienzo de un desarrollo institucional que en algunas ciudades conduciría a la formación de centros de educación superior que influirían en toda la Cristiandad. La *licentia ubique docendi* confería el derecho a impartir enseñanza en cualquier parte, tanto si el privilegio para ello era concedido por ley (por una bula papal) como si se obtenía simplemente por poseer una elevada reputación como maestro.

Dichas instituciones se formaron sobre el modelo de los otros gremios de trabajadores ciudadanos. En algunos lugares, como en

París, este gremio fue dominado por los maestros; en otros, por ejemplo Bolonia, por los estudiantes. El gremio tenía sus propios estatutos, privilegios y sello, y (aunque esto se adquiría con gran dificultad) derecho de huelga. Algunos de los maestros vivían de lo que les pagaban los estudiantes, con lo que se ganaban la acusación de los tradicionalistas de ser “vendedores de palabras” y también de sacrilegio, ya que “el conocimiento, ese don de Dios, no puede ser vendido”. Otros vivían de beneficios eclesiásticos, mientras que en algunos centros comerciales los salarios eran proporcionados por las autoridades públicas. Bolonia, Nápoles, Vercelli, Salamanca, Angers y Toulouse fueron los principales centros universitarios ciudadanos, fundados, con fortuna varia, en la primera mitad del siglo XIII. Surgió así una nueva y poderosa figura, la del graduado. Fue la segunda de las aristocracias creadas por la ciudad medieval, para contraponerlas a la nobleza de nacimiento y de sangre. Tras y casi junto al patriciado de la ciudad, fundado en primer lugar sobre la riqueza, estuvo la *élite* intelectual, creada por el éxito en el examen: los mandarines universitarios.

Los éxitos del nuevo modelo urbano fueron tales que, gradualmente, los grupos más extraños e incluso los más hostiles a la ciudad se adhirieron a él. Así, para los más brillantes de sus novicios, los cistercienses fundaron un colegio en 1245 junto a la universidad de París, el Collège des Bernardins.

Aunque la enseñanza era principalmente verbal, el nuevo gremio multiplicaba los libros, que constituían sus herramientas, y pronto éstos fueron objeto de un importante comercio. Se inventaron nuevos procesos que hacían posible una copia más rápida (la *pecia*); de ser un objeto casi sagrado, el libro se convirtió en una herramienta de trabajo; y se produjo un gran incremento en el número de los libreros (*stationarii*) relacionados con las universidades. De todos modos, los libros seguían siendo caros. Esto constituyó siempre una grave dificultad para la difusión de la universidad y de la cultura urbana.

Pero la verdadera influencia cultural de la ciudad se hallaba a un nivel más elemental que el mencionado; en efecto, no hay que olvidar que por debajo de la universidad se hallaban las escuelas —lo que actualmente se denominan escuelas primarias y secundarias, si bien a menudo las universidades desempeñaban el papel de estas últimas—.

En ellas un niño podía aprender a leer y escribir y otras cosas, sin verse obligado, como antes, a convertirse en clérigo. Henri Pirenne, en un famoso artículo, indicaba que ya en 1179 los burgueses de Gante obtuvieron el reconocimiento, por parte del conde, de las escuelas fundadas por ellos; y en 1191 obtuvieron una garantía de la condesa Matilde de que "si alguna persona capaz y conveniente deseaba abrir una escuela en la ciudad de Gante, nadie podría impedirlo".

Tras el artículo de Pirenne, Armando Saporì, Fritz Rörig, Amintore Fanfani e Yves Renouard, por mencionar sólo los que han creado obras más sobresalientes acerca de este tema, han proporcionado nuevos datos sobre la cultura de los mercaderes. Era por encima de todo una cultura práctica, que se fundaba en la escritura y la aritmética. Según Giovanni Villani, en Florencia y en 1338 había de 8.000 a 10.000 niños y niñas que aprendían a leer y seis escuelas de matemáticas en las que de 1.000 a 1.200 alumnos estaban aprendiendo los usos comerciales antes de pasar al terreno práctico junto a un mercader.

Según Rörig, lo que aseguraba la hegemonía de los mercaderes hanseáticos el norte de Europa era su "superioridad intelectual". Otra manifestación de esto se produjo en Italia con el perfeccionamiento de las técnicas comerciales: letras de cambio, contabilidad por partida doble, y la utilización de manuales escritos especialmente para los mercaderes (las *pratiche della mercatura*). La instrucción que proporcionaba la ciudad medieval fue una de las condiciones previas para el desarrollo económico y para la revolución industrial de los tiempos modernos.

Junto con esta instrucción práctica, la burguesía urbana de aquellos tiempos intentó imponer su propia cultura y sus puntos de vista éticos y políticos; la inspiración para ello era extraída de las obras de la antigüedad grecorromana, pero se fundaba especialmente sobre el patriotismo urbano y estaba formada por la ciudad y su entorno.

Según Hans Baron, estos puntos eran especialmente ciertos en cuanto a una parte de la burguesía de Florencia en los siglos xiv y xv. A este aspecto y esta fase del prehumanismo, Baron las denomina "humanismo cívico". El humanismo aparece como un fenómeno urbano a finales de la Edad Media, y ello sucede a todos los

niveles, aun cuando los humanistas creían que el campo debe complementar a la ciudad, como hacía la villa respecto al palacio, y el parque respecto a la plaza del mercado.

La imprenta, el vehículo del humanismo, fue asimismo una técnica relacionada íntimamente con la ciudad. Cuando, en 1470, Guillaume Fichet felicitaba al prior de la Sorbona por haber hecho imprimir las cartas de Gasparino de Bérghamo, que formaron el primer libro que se imprimió en París, decía: "Esas gentes que hacen libros, a quienes habéis traído a esta ciudad desde su propio país, Alemania, producen libros extraordinariamente bien hechos, que siguen perfectamente el texto que se les ha proporcionado... Merecéis, pues, el mismo encomio que Quintilius [*sic*]... por haber devuelto a Gasparino su dulce elocuencia y haber así estimulado a la gran mayoría de las nobles mentes de esta ciudad que sienten disgusto por la barbarie, permitiéndoles gustar y beber diariamente en el manantial de una elocuencia más dulce que la miel".

Tal vez el más importante camino por el cual la burguesía urbana difundió su cultura fue el de la revolución que efectuó en las categorías mentales del hombre medieval.

La más espectacular de estas revoluciones fue, sin duda, la concerniente al concepto y medida del tiempo.

El tiempo, en la Alta Edad Media, estuvo ligado estrechamente al reloj de la iglesia. Éste era litúrgico, seguía el mundo natural y se basaba sobre puntos naturales y fijos del día: la salida y la puesta del sol; era a la vez religioso y rural.

La necesidad de regular el tiempo de trabajo indujo a la ciudad, antes que nada, a exigir campanas especiales para la población laica de la ciudad, y ello condujo a la construcción de máquinas e instrumentos que dividían el tiempo en porciones iguales y fijas: relojes de pared y de bolsillo, que se basaban en las horas.

En Tournai, por ejemplo, ya en 1188, los burgueses señalaban orgullosamente, entre los privilegios que les garantizaba el rey Felipe Augusto de Francia, el derecho a tener una campana "en la ciudad, en un lugar apropiado", la cual debía sonar "para la satisfacción de los ciudadanos y para los negocios propios de la ciudad".

En lo referente a los relojes mecánicos, Carlo Cipolla dice que los primeros aparecieron en Milán (San Eustorgio) en 1309, en la

catedral de Beauvais antes de 1324, de nuevo en Milán (San Götardo) en 1335 —un reloj que daba las 24 horas del día—, en Padua en 1344, en Bolonia en 1356 y en Ferrara en 1362. En 1370, el rey Carlos V de Francia instaló un reloj que daba las horas en una de las torres del palacio real, de modo que cada parisino podía saber la hora “tanto si el sol brillaba como si no”.

Esta racionalización y laicización del tiempo marcó el paso de la naturaleza a la cultura y constituyó una contribución esencial a la vida ciudadana. Causó tanto efecto sobre sus contemporáneos, que el famoso cronista Froissart escribió un poema sobre el reloj de Carlos V, el rey que leía a Aristóteles:

El reloj es, si consideramos bien el asunto,
un invento importante y hermoso,
y útil e ingenioso también.
Nos permite conocer el tiempo de día y de noche,
que es buen artificio que sepamos esto bien,
incluso cuando el sol oculta por completo sus rayos;
por eso este reloj merece nuestro parabién.

Carlos V tenía en quién inspirarse, puesto que su abuelo, Felipe el Hermoso, que murió en 1314, tenía su propio reloj. Hasta el siglo xvi los relojes públicos mecánicos, y sobre todo los relojes domésticos, siguieron siendo verdaderas rarezas. Hubo muy pocos especialistas constructores de relojes. En 1368 el rey Eduardo III de Inglaterra dio un salvoconducto a tres holandeses de Delft “constructores de relojes que han venido a nuestro reino para practicar su oficio”.

En mayor escala, el sistema de vida ciudadana desarrolló una especial sensibilidad para la medida y la numeración, una mentalidad que se concebía en términos cuantitativos. En el siglo xiv, desde el interior de las ciudades, el Occidente medieval penetró en la edad de la estadística. El mejor ejemplo acerca de este punto es el famoso libro de Giovanni Villani en el que se disponía la ciudad de Florencia en tablas (aquí importa poco el hecho de que éstas fueran o no correctas).

Simultáneamente el ciudadano medieval se dio cuenta de la or-

ganización del espacio. De este modo, cuando se trataba de fundar una nueva ciudad, ésta era realizada según un plano en cuadriláteros o concéntrico. La organización del espacio de la ciudad se mostraba también en la creación de varios espacios fijos, sobre todo en las plazas, que tenían, o bien un propósito comunitario (en ellas se alzaba el palacio municipal o se reunía la asamblea general), o una función económica (plaza del mercado), o una función religiosa de algún nuevo tipo (por ejemplo, para que predicasen en ellas los frailes de las órdenes mendicantes, que solían hacerlo al aire libre y frente a sus iglesias).

Esta planificación del espacio en la ciudad no era necesariamente regular, ya que a veces debía seguir los accidentes del relieve. Indudablemente, desde este punto de vista, el gran triunfo de la planificación medieval de ciudades fue Siena, tanto por su plaza principal, que tiene la forma de una concha, como por su disposición general. En último término, las ciudades medievales respondían a necesidades estéticas, las cuales no podían ser reducidas a un modelo único. Se supone que el medio ambiente urbano debía irradiar belleza, y esta idea puede observarse no sólo al contemplar las ciudades, sino también en algunos textos. Así, por ejemplo, en 1290 el municipio de Siena requirió de los frailes dominicos que derribasen un muro que ocultaba su iglesia e impedía que pudiese ser vista a distancia, y daba como razón para esta solicitud que la iglesia contribuía a la belleza del panorama ciudadano.

Indudablemente, fueron también las ciudades —especialmente las italianas en la segunda mitad del siglo XIII— las que dieron nacimiento a una nueva clase de visión, la perspectiva. Las calles dispuestas en hileras, y las plazas que presentaban el problema de la mejor disponibilidad posible del espacio, acostumbraron a los ojos a contemplar el mundo a través de este nuevo cuadrículado perceptivo de la perspectiva por el que ellas mismas eran reguladas.

El urbanismo, que se desarrolló con gran amplitud en el siglo XIII y todavía más en el XIV, mezcló ideas que nosotros hemos aprendido recientemente a distinguir: belleza, exactitud, racionalización.

Las calles de París fueron pavimentadas en 1184 por orden del rey Felipe Augusto, pero las de Londres no fueron pavimentadas

hasta el reinado de Eduardo I, a fines del siglo XIII; en el siglo XIV la pavimentación se generalizó. Las fuentes monumentales, que tan necesarias resultaban tanto por higiene como por satisfacción estética, son un buen ejemplo de la multiplicidad de facetas que presenta el urbanismo medieval.

Las calles se hicieron más y más estrechas. Las casas con tejados saledizos se construyeron cada vez más altas, y a nivel del suelo se dispusieron cobertizos y la entrada a las bodegas, de modo que las calles perdían amplitud tanto a nivel de los techos como a nivel del suelo. Ello llegó hasta tal extremo que hubo que adoptar severas medidas para combatirlo, por ejemplo en Douai (1245) y en Ratisbona. En 1243 se dispuso en Aviñón que las calles y los puentes deberían tener por lo menos dos *cannes* de ancho (unos cinco metros). Además, a menudo se requería a los ciudadanos para que alineasen las fachadas de sus casas; y en Praga, en 1331, para construir una nueva casa, se necesitaba un permiso del consejo municipal.

Sin embargo, no se debe dar por sentado que la ciudad medieval fuese un modelo de nacionalidad y orden y un lugar de perfección.

Philip Jones nos recuerda insistentemente que hasta el siglo XVIII las ciudades de Italia, y las ciudades-estado de la Edad Media, yuxtaponían “una masa de incoherencias”. La benévola influencia de la ciudad medieval estaba limitada y contrapesada por un sinnúmero de injusticias debidas al egotismo y a la ignorancia, por la actitud de *laissez-faire* de los grupos que controlaban la ciudad, particularmente el patriciado. La ciudad medieval engendró dos modos de vida que alcanzarían su culminación en Occidente en el siglo XIX: la pobreza y el robo. La pobreza ciudadana no sólo estuvo más arraigada y fue más espectacular que la pobreza rural, sino que tuvo un carácter propio y especial que comprende desde los tugurios en los que se hacinaban numerosas personas hasta formas culturales que prefiguraban lo que Oscar Lewis ha denominado “cultura de la pobreza”.

A fines de la Edad Media, la “chusma ciudadana” era todavía más evidente que antaño. Este mundo de crimen y violencia poseía su propia organización y una jerga propia (a este respecto, tenemos un excelente testigo en François Villon), su fealdad y, en ocasiones, su encanto. Bronislaw Geremek nos ha mostrado la batalla que libraron las autoridades reales y municipales francesas contra los vaga-

bundos, los “caimanes” de París y otras ciudades, en los siglos xiv y xv. Un edicto de París contra “truhanes y pícaros”, de mediados del siglo xv, que condena a quienes pretendían ser mutilados o tullidos, nos evoca exactamente el mundo de *La ópera del mendigo* (*The Beggar's Opera*).

Había una causa determinante de que la injusticia y la desigualdad que reinaban en la sociedad urbana no fuesen evitadas por el gobierno, y esta causa eran las finanzas. La oligarquía ciudadana imponía impuestos desiguales e ilegales que no habían sido aprobados por las instituciones adecuadas; esto implicó la malversación de los fondos públicos y provocó la venta de la justicia. En el siglo xiii, las trapacerías de las finanzas ciudadanas provocaron en Francia una serie de intervenciones de la monarquía, la cual fue imponiendo lentamente su autoridad a las ciudades y cercenó sus privilegios. A fines del mencionado siglo, Philip de Beaumanoir estigmatizaba la explotación de los poderosos contra las pobres gentes ciudadanas, en su famosa obra *Coutumes du Beauvaisis*. Georges Espinas sostiene que en Douai, durante el “período revolucionario” que va de 1296 a 1311, la “revolución democrática” era simplemente “una rebelión contra la tiranía fiscal”. A. B. Hibbert ha demostrado que en Inglaterra, entre los siglos xiii y xiv, existía un descontento similar en la mayoría de las ciudades; por ejemplo, en Londres, Leicester, Lincoln, Oxford, King's Lynn, Norwich e Ipswich. La ciudad medieval también conoció verdaderos motines.

También debemos responder a la pregunta planteada por Roberto López de si los patricios de la ciudad, con el lujo y boato de sus oficios, no provocaron en cierto modo la ruina de las ciudades; de si las catedrales y las grandes casas consistoriales no impidieron que las fortunas urbanas fuesen más provechosamente invertidas, de modo que su construcción no sólo frenó la prosperidad de la ciudad, sino la totalidad de su desarrollo económico. Al revés de lo que Victor Hugo preconizaba, ¿no sería la catedral la que destruiría la economía? Sin duda, el problema está mal planteado. El modelo de la ciudad medieval del siglo xiii, y ello incluye las actitudes mentales de sus habitantes, no permitía ninguna otra alternativa de inversión. Además, la extravagancia en la construcción no dependía únicamente de la estructura socioeconómica, sino que dependía también

de la necesidad de compensar, mediante la ilusión estética (aunque ésta, en sí misma, producía valores reales), la realidad del subdesarrollo. El patrocinio de la ciudad era un instrumento del poder de los patricios, puesto que así se transformaba el descontento en satisfacción, o por lo menos en distracción en el campo estético; esto constituía, en realidad, un aspecto esencial del patriotismo, un orgullo ciudadano que podía cruzar las fronteras sociales.

Finalmente, no se debe olvidar que, aunque de alguna manera la ciudad medieval atacaba el mundo feudal, por ciertos aspectos de la igualdad social que allí se alcanzaba (limitada a determinadas áreas), por su espíritu de empresa económica y por cierta atmósfera de cálculo, en realidad la ciudad medieval se hallaba rodeada por un mundo feudal. Debía adaptarse al sistema feudal, y uno de los modos de lograrlo consistía en actuar como si ella misma fuese un señor feudal. Las *signorie* que florecieron en Italia a partir del siglo xiv pueden parecer un producto de las condiciones específicas de Italia, pero, pese a lo que se pueda decir, representaban un desarrollo normal dentro del sistema feudal medieval.

Este punto fundamental nos retrotrae a las relaciones entre ciudad y campo a fines de la Edad Media.

Todo el mundo está ya familiarizado con las célebres frases de Marx en su obra *La ideología alemana* y —en cooperación con Engels— en el *Manifiesto comunista*, que afirman que la burguesía urbana esclavizó al sector agrícola. En este aspecto, su dialéctica quedaba doblemente satisfecha, puesto que ésta fue una evolución positiva, dado que para Marx el campo representaba la barbarie, mientras que el egoísmo demostrado por la burguesía urbana revelaba por vez primera sus más depravados y sucios apetitos. “La burguesía —dice el *Manifiesto comunista*— ha sometido el campo a la ciudad, ha creado enormes ciudades, ha incrementado prodigiosamente la población de las ciudades en comparación con la del campo, y de este modo ha sustraído a la gran mayoría de la población de la embrutecedora estrechez de miras de la vida campesina. Del mismo modo que el campo ha sido sometido a la ciudad, que los países bárbaros o semibárbaros han sido sometidos a los civilizados, así han sido subordinadas las razas campesinas a las burguesas, el Este al Oeste.”

— Ciertamente, la opinión tradicional de los historiadores de las

ciudades, especialmente de las italianas, es la de que el municipio conquistó al *contado* y lo esclavizó. Los campesinos pasaron de la servidumbre de los señores a la servidumbre de los ciudadanos. La tesis no queda confinada a Italia. Jean Schneider ha demostrado admirablemente de qué modo Metz, durante los siglos XIII y XIV, llegó a dominar económica, social y políticamente a la región campesina circundante. Pero Plesner, al estudiar la inmigración rural de Florencia, y posteriormente Fiumi, quien reconsideró el problema en su totalidad, nos demuestran que este cuadro de las relaciones campo-ciudad debería ser corregido y en cierto modo invertido. El campo, por lo menos en la Italia medieval, obtenía tanto provecho como sufrimiento del dominio de las ciudades; puesto que, estrictamente hablando, como ya hemos sugerido, era el *contado* el que conquistaba a la ciudad, desde dentro, por inmigración. Aunque esto sea en cierto modo un simple juego de palabras y no coincida con la tesis tradicional, no obstante, la idea encierra algo de verdad. La oposición existente entre campo y ciudad, en la Edad Media, fue a menudo insignificante. A pesar del confinamiento y atrincheramiento de la ciudad en el interior de sus murallas, sus puertas permitían un activo tráfico en ambas direcciones para un comercio libre con el campo circundante.

No existe mejor ilustración de este hecho que el testimonio de la pintura medieval. Una sola obra maestra, los frescos de "El buen y el mal gobierno" pintados por Ambrogio Lorenzetti en el ayuntamiento de Siena entre 1337 y 1339, ha atraído la atención lo mismo de los historiadores del arte medieval de la ciudad, como Pierre Lavedan, que de los historiadores del paisaje rural italiano, como Emilio Sereni. Mientras que Lavedan ve en estos frescos "una revelación de la belleza y de la vida ciudadana", Sereni descubre en ellos "una pintura modelo del sector suburbano de las comunidades italianas: la seguridad general atrae a los habitantes fuera de los estrechos límites de la ciudad fortificada y los dispersa entre las ocasionales y aisladas granjas; al mismo tiempo, un verdadero ejército de policías protege los campos contra los daños que podrían ocasionar el ganado y los ladrones: a lo largo de las plantaciones de árboles se desarrolla una completa red de caminos rurales y de senderos que se abren paso entre los campos". Mirando más allá de los suburbios de

la ciudad, Sereni descubre en la vida y el paisaje de la campiña circundante "la civilizadora y organizadora influencia de la ciudad".

El debate anteriormente expuesto, ¿debe ser acreditado en favor de la ciudad, la más activa y beneficiosa de las partes en litigio? Ello equivaldría a una simplificación de la realidad.

La realidad es más bien que ambas partes constituían un todo único. En diferentes regiones, y sobre todo en diferentes períodos, la dirección y el valor de los intercambios complicaron y a veces invirtieron sus mutuas relaciones. La influencia civilizadora de las ciudades estableció un verdadero enlace entre ambas partes.

Hasta 1280 aproximadamente, en la mayor parte del mundo cristiano, la ola de prosperidad urbana inundó el campo, llevando consigo progreso técnico y económico, liberando al hombre y urbanizando las áreas rurales. A partir de 1280, aún más desde 1330 y más tarde de modo desesperado con la peste de 1348, la civilización urbana entró en crisis. Se produjo un verdadero endurecimiento de las arterias, cuando sus valores se hicieron rígidos; la medida del tiempo se convirtió en un instrumento apto para el dominio de las clases trabajadoras; el trabajo manual fue rechazado de la esfera de valores y, juntamente con Dante, se pudo recordar con nostalgia el pasado:

Florenzia, del primer cerco rodeada,
en donde aún sigue oyendo tercia y nona,
en paz vivía, sobria y recatada.

(*Paradiso*, XV, 97-99.)

La ciudad imponía su voluntad al campo circundante, pero el fresco de Lorenzetti ¿no expresa más bien un ideal que una realidad? Sintiéndose menos segura de sí misma y menos capaz de conocer la presión del campo, en cierto modo la ciudad fue ruralizada; según Antal, la reacción florentina contra lo "giottesco", en pintura, demuestra este extremo. Y, además, en cierto modo el campo escapaba a su dominio; los esfuerzos de las órdenes mendicantes por introducirse en el campo no alcanzaron éxito y la industria rural (la nueva industria del tejido especialmente) fue establecida contra la industria urbana.

Más tarde, en el transcurso del siglo xv, la ciudad tomó de nuevo la dirección, pero esto se llevó a cabo con dos importantes modificaciones. El nuevo y activo elemento no fue la gran ciudad, sino la pequeña, cuando una red de ciudades de mediano y pequeño tamaño extendió una especie de fina trama bajo la dilatada y floja urdimbre de una población diezmada por la peste y muy dispersada debido a la despoblación de los pueblos (*Wüstungen*). En realidad, estas pequeñas ciudades eran, desde otro punto de vista, grandes pueblos. Así pues, ¿campo o ciudad? La otra novedad fue que la ciudad quedó integrada en estados territoriales, unas veces siendo absorbida por ellos, o (como sucedió en Italia) extendiéndose hasta las dimensiones de la ciudad-estado. Bajo todas las apariencias, esto constituyó el cenit de la civilización y la influencia urbanas. Fue la edad de oro de los gremios, el período de los grandes mercaderes, de los Medici a los Fugger. Pero el estado había tomado el bastón de mando que antes enarbolaban las ciudades y se impuso la tarea de diseminar sus modelos.

Es realmente cierto que las actitudes mentales de la ciudad medieval eran indispensables para la formación del capitalismo y para la revolución industrial. Más allá de la medida y control del tiempo, puede ser visto el contorno de los estudios de tiempo y movimiento, tales como los de Frederick Winslow Taylor; más allá de la planificación comunitaria de las ciudades, la moderna organización del espacio; más allá de las escuelas ciudadanas, la educación y el progreso científico de nuestros días; más allá de su espíritu de iniciativa yacía el espíritu de empresa del mundo moderno. Pero todo esto no habría podido ser llevado a cabo sin el factor fundamental de la acumulación de capital, que dio a la evolución económica y social su fuerza motriz esencial. Y, como R. H. Hilton pone justamente de relieve, la economía y las actitudes mentales de las ciudades contribuyeron muy poco a este proceso. Los beneficios que producía el comercio y la industria urbanos eran invertidos principalmente en propiedades ciudadanas, y estas propiedades no constituyeron una fuente de formación de capital. Fueron los excedentes y los beneficios de la economía rural los que dieron origen a la formación del capital. La ciudad medieval fue ya la ciudad del Ancien Régime tal como la describe Fernand Braudel: "un ejemplo de desequilibrio profundo, de creci-

miento sin contrapeso, de inversiones que resultaban irracionales e improductivas para la nación”.

Pero tal vez sería mejor que nos despidiésemos de la ciudad medieval con la impresión que los ciudadanos medievales tenían de ella; es decir, la de que debían a la organización urbana un sentimiento de comunidad que era una de las grandes conquistas de la civilización. En este punto tal vez sería inexacto oponer ciudad y nación. Brygida Kurbis sostiene que, en la Polonia medieval, “el lenguaje nacional se formaba mucho más rápidamente en los centros urbanos, y esto sucedía tanto en la residencia de un señor feudal como en el taller de un artesano o en la plaza del mercado. Y, junto con el lenguaje, la conciencia nacional se iba haciendo más fuerte”. En un famoso sermón predicado en la iglesia de Santa Maria Novella de Florencia en 1304, el dominico fra Giordano da Rivolto decía de la ciudad: “Città (*civitas*) tanto suona come amore (*caritas*), perocchè si diletta le gente di stare insieme”. “Ciudad y caridad —que es como decir ciudad y amor— suenan de modo tan parecido porque los hombres gustan de vivir reunidos.”

BIBLIOGRAFÍA

Dejando aparte la amplísima bibliografía que hace referencia a la ciudad en general, esta guía contiene únicamente aquellos estudios que hacen referencia al tema de un modo más particular, o bien aquellos que parecían proporcionar una mejor introducción al problema y a los aspectos del fenómeno urbano que han sido tratados en el precedente capítulo.

No se debe olvidar que en este terreno, más que en ningún otro, el historiador debe hacer uso de otras disciplinas que se interesan por las ciudades: geografía, sociología, planificación urbana. Las comparaciones por encima del tiempo y entre áreas diferentes son particularmente ilustrativas a este respecto.

Para prevenirse de los peligros que presenta el adoptar un punto de vista urbano acerca de la historia, particularmente engañoso para la Edad Media, cuya civilización era esencialmente rural, léase la obra de M. Diamond, “On the dangers of an urban interpretation

of history", en E. Goldman (ed.), *Historiography and Urbanisation*, 1941, pp. 67-108.

Puntos de vista generales acerca de método e historiografía puede hallarlos el lector en tres obras colectivas: *Urban Research Methods*, ed. J. P. Gibbs, Princeton, 1961; *The Study of Urban History*, ed. H. J. Dyos, 1968; *The Historian and the City*, ed. O. Handlin y J. Burchard, M.I.T. y Harvard, 1963. La última de estas obras contiene un brillante artículo de R. S. López, "The Crossroads within the Wall", que toma la imagen y la idea de la obra de A. H. Allcroft, *The Circle and the Cross*, 1927: una ciudad es una encrucijada encerrada en un círculo, una convergencia de caminos protegida por una muralla.

Debemos recordar el impulso dado a la sociología y a la historia urbana por un famoso artículo de Louis Wirth, "Urbanism as a Way of Life", *American Journal of Sociology*, XLIV, 1938, reimpresso en *On Cities and Social Life*, Chicago, 1964. Mas allá de este pesimista análisis de la vida urbana —la ciudad es un centro de disgregación social donde los grupos familiares primarios declinan y el individuo es presa del aislamiento—, es posible captar, sin hacer juicios de valor, los siguientes rasgos de la vida en la ciudad medieval: la destrucción de la comunidad familiar extensa; un terreno favorable para el desarrollo del individualismo, sea éste desdichado o libre, destructivo o creador.

Los puntos de vista acerca de la ciudad de Max Weber, quien hizo una gran contribución a la historia y al estudio de la ciudad medieval (pero ¿es que había sólo una clase de ciudades?), son expuestos en su obra *The City*, Nueva York, 1958, que contiene una introducción por Don Martindale acerca de "The Theory of the City".

Sobre la historia de las ciudades hay dos obras particularmente sugestivas: G. Sjöberg, *The Preindustrial City*, Glencoe, 1960, y L. Mumford, el cual continuó su obra *The Culture of Cities*, Nueva York, 1938, con *The City in History*, Nueva York, 1961. Léanse también los artículos de Sylvia Thrupp, *Comparative Studies in Sociology and History*, IV (1961-1962), pp. 53-64, y Asa Briggs, *History and Theory*, II (1962), pp. 296-301.

También son útiles los dos volúmenes sobre "La Ville" en los

Recueils de la Société Jean Bodin, VI, Bruselas, 1955-1956, si bien predomina en ellos la perspectiva legal e institucional.

Las obras recogidas por Henri Pirenne acerca de las ciudades medievales, *Les villes et les institutions urbaines*, 2 vols., París-Bruselas, 1939, siguen siendo clásicas y fundamentales, aunque el punto de vista sea predominantemente económico por una parte e institucional por la otra. Lo mismo puede decirse de *The Medieval Town*, Princeton, 1958, un pequeño librito que contiene documentos escogidos y una introducción por J. H. Mundy y P. Riesenbergh. Hay un interesante esbozo historiográfico en la obra de F. Vercauteren, "Conceptions et méthodes de l'histoire des villes médiévales au cours du dernier demi-siècle", en el *12th International Congress of Historical Sciences*, Viena, 1965, v. 649-666.

Sobre la tríada ciudad-campo-bosque, se han abierto amplios puntos de vista comparativos gracias a las obras sobre filología e historia de las religiones; así G. Dumézil, especialmente en *Mythe et Épopée*, al establecer la oposición entre Mitra-ciudad-palacio-prosperidad-paz por un lado y Varuna-cosmos-bosque-guerra por el otro (pp. 147-149, 156), y E. Benveniste, en *Le vocabulaire des institutions indo-européennes* (París, 1969); véanse, por ejemplo, sus observaciones acerca de la puerta, que física y mentalmente era un elemento esencial de la ciudad medieval, permitiendo el acceso, dando la bienvenida y, al mismo tiempo, permitiendo la salida.

Hay un excelente estudio acerca del vocabulario en la obra de P. Michaud-Quantin, *Universitas. Expressions du mouvement communal dans le Moyen-Age latin*, París, 1970, cap. 4: "La cité, ses subdivisions et ses environs". Es muy notable la sugerencia de que en la Edad Media el término *civitas* podía aplicarse a un área más pequeña o más grande que la de una ciudad. A veces hacía referencia únicamente al antiguo centro de la ciudad (y aquí *civitas* se oponía a "ciudad", tal como, en efecto, sucedía tanto judicial como socialmente en muchas ciudades); a veces el término se extendía a la vecindad inmediata. Monald de Capo D'Istria, que escribía en el siglo xiv, dice que la palabra *civitas* incluye, junto con la ciudad, unos mil pasos más allá de las murallas.

Acerca de las relaciones entre ciudad y campo, son muy interesantes, aunque no estén especialmente relacionados con la Edad Me-

dia, los papeles y debates del coloquio *Villes et Compagnes. Civilisation urbaine et civilisation rurale en France*, ed. G. Friedmann, París, 1951. La obra de O. Dobiache-Rojdesvensky, *Les poésies des Goliards*, París, 1931, contiene un texto latino y una traducción francesa del *Declinatio rustici*, en la página 166. *L'alfabeto dei Villani* (en dialecto veneciano del siglo xv) fue editado por C. Muscetta y D. Ponchiroli, *Poesia del Quattrocento e del Cinquecento*, "Parnaso italiano" IV, Einaudi, Turín, 1959, p. 365.

Sobre el antagonismo entre campesinos y ciudadanos en Italia al final de la Edad Media, véase la obra de P. S. Leicht, *Operai, artigiani, agricoltori in Italia dal secolo VI al XVI*, Milán, 1946, p. 183 y s.

Los tradicionales puntos de vista de la esclavización del campo por la ciudad son contestados por J. Plesner en *L'émigration de la campagne à la ville libre de Florence au XIII^e siècle*, Copenhague, 1934, que podría ser complementado por el artículo de G. Luzzatto en *Studi di storia e diritto in onore di E. Besta*, Milán, 1939, II, 185-203, y por el de E. Fiumi, "Sui rapporti tra città e contado nell'età comunale", *Archivio Storico Italiano*, CXIV (1956), pp. 18-68. Véase también G. Volpe, *Studi sulle istituzioni comunali a Pisa: città e contado...*, nueva ed., Florencia, 1970.

Acerca del papel de la ciudad en la liberación de los campesinos, pueden consultarse las siguientes obras, ya clásicas: W. Silberschmidt, "Die Bedeutung der Gilde, insbesondere der Handelsgilde, für die Entstehung der italienischen Städtefreiheit", *Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte*, sec. alem., 51, 1931, cuya perspectiva es principalmente urbana, y P. Vaccari, *Le affrancazioni collettive dei servi della gleba*, Milán, 1939. Acerca de la totalidad del problema y desde un punto de partida esencialmente jurídico, hay una importante publicación del coloquio de Spa, *Les libertés urbaines et rurales du XI^e au XIV^e siècle*, 1968. R. Fossier se enfrenta juiciosamente con la idea del "triunfo de la ciudad" en su importante obra *Histoire sociale de l'Occident médiéval*, París, 1970, p. 317 y s.

Acerca de la formación del área urbana, además de la obra ya clásica de G. von Below, *Territorium und Stadt*, Munich-Berlín, 1922², hay una serie de interesantes obras especializadas: para Brujas, A. Verhulst, "Die Binnenkolonisation und die Anfänge der Lan-

gemeinde in Seeflandern", *Vorträge und Forschungen*, VII/VIII, ed. T. Mayer; Constance, 1964; para Lübeck, G. Fink, "Lübecks Stadtgebiet (Geschichte und Rechtsverhältnisse im Überblick)", en *Städtewesen und Bürgertum als geschichtliche Kräfte. Gedächtnisschrift für Fritz Rörig*, ed. A. von Brandt y W. Koppe, Lübeck, 1953, pp. 243-296; y, por encima de todo, para Metz, J. Schneider, *La Ville de Metz aux XIII^e et XIV^e siècles*, Nancy, 1950, que constituye un estudio ejemplar.

En su excelente obra *Histoire de la vigne et su vin en France des origines au XIX^e siècle*, París, 1959, R. Dion ha hecho un estudio especializado en la creación de nuevos viñedos debidos a la demanda urbana de vino, especialmente en cuanto a los viñedos de los alrededores de París (p. 219 y s.), como un hecho de civilización económica y humana ("civilización alimentaria").

El estudio de la evolución de las ciudades al principio de la Edad Media ha sido emprendido en un brillante y original artículo de M. Lombard, "L'évolution urbaine pendant le Haut Moyen Âge", *Annales, E. S. C.*, 1957, pp. 7-28, y estudiada como un todo en *La Città nell'alto Medioevo*, VI Settimana di studi del Centro Italiano di Studi sull' Alto Medioevo, Spoleto, 1950, que nos presenta de modo excelente el papel civilizador que tuvo la ciudad en la Alta Edad Media.

Para los modelos urbanos de la Alta Edad Media, véanse las obras siguientes: Mumford, *City in History*, cap. 9, para la ciudad-monasterio; C. Heitz, *Recherches sur les rapports entre architecture et liturgie à l'époque carolingienne*, París, 1963, para la imagen de la Jerusalén celestial, que fue tomada y seguida en detalle según la idea y planificación de la "ciudad gótica", en la obra de W. Müller, *Die heilige Stadt. Roma quadrata, himmlisches Jerusalem und die Mythe von Weltnabel*, Stuttgart, 1961.

El carácter "malthusiano" de la economía de los gremios ciudadanos ha sido demostrado por G. Mickwitz, *Die Kartellfunktionen der Zünfte und ihre Bedeutung bei der Entstehung des Zunftwesens*, Helsinki, 1936.

El antiguo reflejo de la desconfianza hacia los extranjeros demostrado por las ciudades occidentales de la Edad Media, en sus relaciones con los mercaderes forasteros, ha sido subrayado por

A. B. Hibbert en su obra "The Economic Policies of Towns", en *The Cambridge Economic History of Europe*, III (1963), pp. 157-229. En el mismo volumen, E. Miller demuestra que en el siglo xv "la xenofobia urbana se estaba convirtiendo ya en un nacionalismo económico" (p. 328 y s.). Tales juicios, que se basan principalmente en ejemplos ingleses, pueden aplicarse *grosso modo* a la totalidad de la Europa cristiana.

El ciclo de siete sermones pronunciados por Alberto el Grande como comentario a Matías V, 14 ("non potest civitas abscondi super montem posita") han sido publicados por J. B. Schneyer, "Alberts des Grossen Augsburger Predigtyzklus über den hl. Augustinus", *Recherches de Théologie ancienne et médiévale*, XXXVI (1969), pp. 100-147. En ellos se exalta a la ciudad, a la que glorifica especialmente por su belleza y por el gozo que da a sus habitantes y visitantes, y se compara a los doctores de la Iglesia con ella.

Acerca de las zonas de atracción e inmigración en el interior de las ciudades, hay asimismo un buen número de descripciones similares; así, para Metz, C. E. Perrin, "Le droit de bourgeoisie et l'immigration rurale à Metz au XIII^e siècle", *Annuaire de la Société d'histoire et d'archéologie de la Lorraine*, XXX (1921), pp. 513-639, y XXXIII (1924), pp. 148-152; para Toulouse, P. Woff, *Commerces et marchands de Toulouse, vers 1350 - vers 1450*, París, 1954, p. 79 y s., y mapas A, B, C; y para las ciudades de Suabia, H. Ammann, "Vom Lebensraum der mittelalterlichen Stadt. Eine Untersuchung an Schwäbischen Beispielen", *Berichte zur deutschen Landeskunde*, 31 (1963), pp. 284-316, con mapas.

Sobre el folklore urbano, véase: M. Bakhtin, *Rabelais and His World*, Cambridge, Mass., 1968; A. van Gennep, *Le Folklore de la Flandre et du Hainault, département du Nord*, París, 1935, que en las pp. 154-177 contiene una lista completa de todos los gigantes humanos o irracionales del Norte de Francia, Bélgica y Holanda, con un mapa de su distribución y una tabla que muestra las fechas de su aparición; G. Unwin, *The Gilds and Companies of London*, 1908, cap. XVI: "The Lord Mayor's Show"; L. Dumont, *La Tarasque. Essai de description d'un fait local d'un point de vue ethnographique*, París, 1951; acerca del carnaval, como "juego ciudadano", con referencia particular a la ciudad de Nuremberg en el siglo xv, véase

J. Lefebvre, *Les fols et la folie. Étude sur les genres du comique et la création littéraire en Allemagne pendant la Renaissance*, París, 1969; P. Saintyves, "Le tour de la ville et la chute de Jéricho", en *Essais de folklore biblique*, París, 1923, pp. 177-204.

Acerca de la visión cristiana de la ciudad existe un interesante y desconcertante libro de J. Comblin, *Théologie de la ville*, París, 1968.

Hay una traducción al inglés del texto de Messer Pace da Ceraldo, de R. S. López y I. W. Raymond, *Medieval Trade in the Mediterranean World*, Nueva York, 1955, p. 424. Véase también D. Herlihy, "Family Solidarity in Medieval Italian History", *Explorations in Economic History*, 7 (1969-1970), pp. 173-184.

Los estatutos municipales de las ciudades italianas nos muestran un microcosmos urbano que llevó un estilo de vida urbana al mismo corazón del campo: P. Toubert, "Les statuts communaux et l'histoire des campagnes lombardes au XIV^e siècle", *Melanges d'Archéologie et d'Histoire*, 1960, pp. 397-508.

Acerca de las ciudades como centros de enseñanza, P. Delhay, "L'Organisation scolaire au XII^e siècle", *Traditio*, V (1947), pp. 211-268; J. Le Goff, *Les intellectuels au moyen âge*, 1957, que relaciona las universidades con las ciudades y el comercio de la enseñanza con los otros comercios urbanos —lo cual es sostenido, desde un punto de vista legal e institucional, por G. Post, "Parisian Masters as a Corporation, 1200-1246", *Speculum*, 9 (1934), pp. 421-445. En cuanto a la oposición que se hizo a la venta del conocimiento, como si se tratara de una mercancía, léase G. Post, K. Giocarini y R. Kay, "The Medieval Heritage of a Humanistic Ideal: *scientia donum Dei est, unde vendi non potest*", *Traditio*, 1955. Acerca de la importancia que tenía para una ciudad el tener universidad, véase, J. Paquet, "Bourgeois et universitaires à la fin du Moyen Âge. À propos du cas de Louvain", *Le Moyen Âge*, 1961, pp. 325-340. Acerca de la cultura de los mercaderes de la ciudad medieval, H. Pirenne, "L'instruction des marchands au Moyen Âge", *Annales*, I (1929), pp. 13-28; F. Rörig, "Les raisons d'une suprématie intellectuelle: la Hanse", *ibid.*, II (1930), pp. 481-494; A. Saporì, "La cultura del mercante medievale italiano", *Rivista di Storia Economica*, II (1937-1938), pp. 89-125; Y. Renouard, *Les*

hommes d'affaires italiens du Moyen Age, nueva edición, París, 1968.

Entre otras muchas obras que hacen referencia a la difusión de la influencia cultural de las ciudades medievales, cabe indicar: J. Lestoquoy, *Les villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens*, París, 1952; P. Dollinger, *The German Hansa*, 1970; Y. Renouard, *Les villes d'Italie de la fin du X^e siècle au début du XIV^e siècle*, nueva edición, París, 1969; y un libro de implicaciones mucho más generales: F. Rörig, *Die europäische Stadt und die Kultur des Bürgertums im Mittelalter*, Göttingen, 1964³.

Hay también libros que tratan algún aspecto particular de esta cultura. El "puy", una asociación cultural sostenida por el patriciado de Arras, es situada en un contexto social mucho más amplio por M. Ungureanu, *Société et littérature bourgeoise d'Arras aux XII^e et XIII^e siècles*, Arras, 1955. El papel de los notarios de la ciudad italiana al escribir las crónicas de la ciudad, así como la formación de la cultura y el patriotismo ciudadano, son expuestos por G. Arnaldi, "Il notario-chronista e le cronache cittadine in Italia", en *La storia del diritto nel quadro delle scienze storiche*, Florencia, 1966. Sobre estas crónicas usadas como modelos literarios, políticos y mentales, véase H. Schmidt, *Die deutschen Städtechroniken als Spiegel des bürgerlichen Selbstverständnisses im Spätmittelalter*, 1958; J. B. Menke, "Geschichtsschreibung und Politik in deutschen Städten des Spätmittelalters (Die Entstehung deutscher Geschichtssprossa in Köln, Braunschweig, Lübeck, Mainz und Magdeburg)", *Jahrbuch des Kölnerischen Geschichtsvereins*, 33 y 34/35 (1958-1960); C. Dericum, *Das Bild der Städte in der burgundischen Geschichtsschreibung des 15. Jahrhunderts*, Heidelberg, 1961; N. Rubinstein "The Beginnings of Political Thought in Florence", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 5 (1942), pp. 198-225.

La gran obra de Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance, Civic Humanism and Republican Liberty in an age of Classicism and Tyranny*, nueva edición, Princeton, 1966, ha sido criticada por J. E. Seigel, "'Civic Humanism' or Ciceronian Rhetoric?", *Past and Present*, 34 (1966), pp. 3-48: el humanismo de Bruni, no muy diferente del de Petrarca, fue predominantemente literario y tuvo poco contacto con la situación social de la burguesía de Florencia en torno al 1400.

La personalidad y el patrocinio de la ciudad medieval y la elaboración de modelos estéticos dentro de las ciudades son tema de numerosas obras, la mayor parte de las cuales se refieren a Italia. Sobre la bibliografía ciudadana hay que destacar dos estimulantes libros: P. Francastel, "Imagination et réalité dans l'architecture civil du Quattrocento", en *Eventail de l'Histoire vivante*, París, 1953, II, pp. 195-206, y W. Braunfels, *Mittelalterliche Stadtbaukunst in der Toskana*, Berlín, 1953. Para una explicación social de la pintura, F. Antal, *Florentine Painting and its Social Background*, 1947. Acerca de las relaciones entre arte y política dentro de las ciudades, H. Wieruszowski, "Art and the Commune in the Time of Dante", *Speculum*, XIX (1944), pp. 14-33, y N. Rubinstein, "Political Ideals in Sienese Art", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, XXI (1958), pp. 179-207. Sobre las pinturas de las ciudades y la idea de la ciudad que ellas intentan comunicar, véanse: P. Lavedan, *Représentation des villes dans l'art du Moyen Âge*, París, 1954; G. Volpe, L. Volpicelli y otros, *La città medioevale italiana nella miniatura*, Roma, 1960; y una obra esencial para demostrar la urbanización del campo: E. Sereni, *Histoire du Paysage rural Italien*, traducción del italiano, París, 1964.

Los puntos de vista de R. S. López acerca de las fechorías cometidas por las ciudades en sus programas artísticos durante el siglo XIII (*Annales, E. S. C.*, 1952, pp. 433-438) han provocado un reciente debate en *Explorations in Economic History*, 1967-1968.

En el lado negro del cuadro: (1) acerca de la pobreza urbana encontramos las obras siguientes: M. Mollat, "La notion de la pauvreté au Moyen Âge: position des problèmes", *Revue d'Histoire de l'Église de France*, 1966, pp. 5-23; F. Graus, "Au bas Moyen Âge: pauvres de villes et pauvres de campagnes", *Annales E. S. C.*, 1961; B. Tierney, *Medieval Poor Law: a Sketch of Canonical Theory and its application to England*, Berkeley, 1959; (2) el vagabundaje y el crimen dentro de las ciudades es estudiado por B. Geremek, "La lutte contre le vagabondage à Paris aux XIV^e et XV^e siècles", en *Ricerche Storiche ed Economiche in Memoria di Corrado Barbagallo*, Nápoles, 1970, 11, pp. 213-236; (3) sobre la injusticia y las trapacerías financieras, G. Espinas, *Les finances de la commune de Douai des origines au XV^e siècle*, París, 1902; *Finances et comptabilité urbaines du*

XIII^e au XIV^e siècle, Simposium internacional de Blakenberg, 1962; Bruselas, 1964.

También debe recordarse que en las ciudades vivían los judíos, lo cual produjo efectos especiales sobre la cultura, sobre las actitudes humanas y sobre la economía. Un buen ejemplo, aparte de la enorme bibliografía existente sobre el tema, es un estudio de una comunidad urbana judía que muestra la difusión de las operaciones financieras de la ciudad y las deudas de los campesinos: R. W. Emery, *The Jews of Perpignan in the Thirteenth Century*, Nueva York, 1959.

Acerca de las ciudades como centros de herejía, puede consultarse J. Le Goff (ed.), *Hérésies et sociétés dans l'Europe préindustrielle (11^e-18^e siècles)*, París, 1968, y especialmente los artículos de C. Violante ("Hérésies urbaines et hérésies rurales en Italie du 11^e au 13^e siècles", pp. 171-198), J. Macek ("Villes et campagnes dans le hussitisme", pp. 243-258) y P. Wolff ("Villes et campagnes dans l'hérésie cathare", pp. 203-207).

En cuanto a la imagen que las ciudades deseaban ofrecer de sí mismas —de su belleza, su riqueza, su influencia—, véase la crónica de Benzo de Alejandría (de principios del siglo XIV), editada y prologada por J. R. Berrigan, "Benzo de Alejandría y las ciudades del Norte de Italia", en *Studies in Medieval and Renaissance History*, ed. por W. M. Bowski, Lincoln, Neb., 1967, pp. 127-192.

De las numerosas monografías acerca de las ciudades medievales, que nos muestran a la perfección el lado cultural del tema —arte, literatura, planificación urbana—, hay que poner de relieve un estudio ya bastante antiguo: F. Schevill, *Siena. The History of a Medieval Commune*, 1909, y dos estudios recientes, uno de una ciudad del Sur y el otro de una ciudad del Norte: M. B. Becker, *Florence in Transition*, II, Baltimore, 1968, y G. Williams, *Medieval London: From Commune to Capital*, 1963.

Acerca de la transición entre ciudad y ciudad-estado: J. Lejeune, *Liège. Naissance d'une nation*, 1948; P. J. Jones, "Communes and Despots: the City-State in Late Medieval Italy", *Trans. Royal Historical Society*, 5.^a ser., 15 (1965), 71-96; A. Tenenti, *Florence à l'époque des Médicis. De la cité à l'état*, París, 1969.

Para la creación de un nuevo medio ambiente de tipo secular en las ciudades de la Baja Edad Media, consúltese: C. Cipolla, *Clocks*

and Culture. 1300-1700, Londres, 1967, reimpresso en rústica como una parte de *European Culture and Overseas Expansion*, 1970; J. Le Goff, "Au Moyen Âge: temps de l'Église et temps du marchand", *Annales E. S. C.*, 1960, y "Le temps du travail dans la 'crise' du XIV^e siècle: du temps médiéval au temps moderne", *Le Moyen Âge*, 1963; P. Wolff, "Le temps et sa mesure au Moyen Âge", *Annales E. S. C.*, 1962.

Acerca del papel de las ciudades en el progreso técnico y científico, véanse las diversas historias de la ciencia y de la tecnología, por ejemplo: B. Gille en *Les origines de la civilisation technique*, vol. I de la *Histoire Générale des Techniques*, ed. M. Daumas, París, 1962, y G. Beaujouan en *La science antique et médiévale*, vol. I de la *Histoire générale des sciences*, ed. R. Taton, París, 1957.

El papel cultural y nacional de las ciudades polacas en la Edad Media ha sido mostrado por B. Kurbis, "Le problème de la culture intellectuelle dans les villes polonaises du x^e au xii^e siècle", en *L'Artisanat et la vie urbaine en Pologne médiévale*, Varsovia, 1962.

La forma adoptada por la red de pequeñas ciudades en la Baja Edad Media ha sido demostrado por H. Stoob, "Minderstädte. Formen der Stadtentstehung im Spätmittelalter", *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1959, pp. 1-28, y subrayado por J. Le Goff como parte de una investigación que estudiaba un apostolado religioso que tuvo una base urbana, la de los frailes entre los siglos xiii y xv: "Ordres mendiants et urbanisation dans la France médiévale", *Annales E. S. C.*, 1970, p. 924 y ss. El mismo fenómeno aparece asimismo, por ejemplo, en Hungría: G. Szekely, "Le développement des bourgs hongrois à l'époque du féodalisme florissant et tardif", *Annales Universitatis Scientiarum Budapestensis, Sectio Historica*, V (1963), pp. 53-87, y J. Szucs, *Das Stadtwesen in Ungarn im 15-17 Jh.*, 53, pp. 97-165.

El estudio fundamental de la paradoja de la ciudad medieval, que surge del feudalismo y al mismo tiempo lucha contra él, lo constituye la obra de J. L. Romero, *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, 1967.

La debilidad de la parte desempeñada por la ciudad medieval en la primaria acumulación de capital es subrayada por R. H. Hilton, "Rent and Capital Formation in Feudal Society", *Second Inter-*

national Conference of Economic History, París-La Haya, 1965, pp. 33-68.

La obra de P. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècles*, París, 1967, cap. 8: "Les villes", abre amplios horizontes acerca del papel de la ciudad.

Para establecer una comparación entre la civilización de las ciudades medievales de Occidente con las musulmanas de Occidente y con las de Oriente, es muy interesante la obra de L. Torres Balbas, "Les villes musulmanes d'Espagne et leur urbanisation", *Annales de l'Institut d'Études Orientales*, Algiers, 1942-1947, y la de M. Tikhomirov, *The Towns of Ancient Rus*, Moscú, 1959, cap. 7: "Urban Culture".

Capítulo 3

PAUTAS Y ESTRUCTURA DE LA DEMANDA, 1000-1500 *

por RICHARD ROEHL

Nuestro conocimiento de la historia económica de la Europa medieval se ha acrecentado enormemente durante los últimos cincuenta años. Este logro no es, desde luego, producto exclusivo del último medio siglo; durante el siglo XIX se dieron ya tan importantes pasos como en el XX, especialmente en cuanto al logro de fuentes útiles de material y a su interpretación y síntesis. Realmente, se puede decir que fueron Bloch, Dopsch y Pirenne quienes hicieron de la interpretación y la síntesis lo que ellas son en la actualidad; sus nombres parecen marcar una transición en la historia económica, que, de la simple descripción y narración, se ha convertido en una nueva técnica y un nuevo medio de investigación y explicación.

Numerosos investigadores han contribuido a la elaboración del panorama que ahora poseemos acerca de la economía de la Europa occidental durante el período medieval, y no es necesario que aquí pasemos revista detallada de sus múltiples componentes. No obstante, me gustaría llamar la atención sobre una característica que me parece común a la mayor parte de ellos, esto es, el hecho de que se orienten casi invariablemente hacia el aspecto *oferta* de las relaciones

* El autor desea expresar su reconocimiento y gratitud al Institute of International Studies por su apoyo financiero, a Edward F. Lucas por su ayuda en la investigación y, sobre todo, a Carlo M. Cipolla por su constante guía e inspiración.

económicas. Así, por ejemplo, los estudios agrarios normalmente hacen referencia a la producción o al rendimiento de los artículos agrícolas. Se examinan las actividades de los comerciantes para determinar: *a*) los orígenes de los miembros de esta clase (esto es, la oferta de cierto tipo de trabajo especializado y de un tipo de empresario), *b*) los artículos de los que se ocupan estos agentes, o *c*) la canalización del transporte y la distribución. Los cronistas urbanos hacen especial referencia a los artículos y servicios que ofrecen los ciudadanos y a la organización de la producción según la influencia ejercida por los impuestos y por el crecimiento y desarrollo de los gremios.

Evidentemente, existen excepciones a esta generalización. Muchos de los títulos que aparecen en la bibliografía de que disponemos no podrían ser descritos por el economista como exponentes de una aproximación al análisis bien sea de la oferta o de la demanda. Sin embargo, yo sugiero que la inmensa mayoría de las obras que pueden ser así clasificadas se orientan hacia el sector oferta.

Existen, a mi modo de ver, dos razones fundamentales para que así suceda. Primeramente, la amplitud con que los escritores han sido informados a este respecto por las teorías económicas, en las cuales existe una clara preferencia hacia este tema. La misma teoría de la economía clásica está orientada hacia el sector oferta. Adam Smith, por ejemplo, se preocupaba fundamentalmente por la "riqueza de las naciones". La principal inquietud de Malthus era la respuesta de oferta de la población a las crecientes exigencias de alimento. Marx se interesaba especialmente en las fuerzas y en las relaciones de producción, si bien reconocía más claramente que otros autores el importante papel que podía desempeñar la demanda. Así pues, la teoría económica clásica y neoclásica ignoraba esencialmente el problema de la determinación del nivel y composición de la demanda; se suponía siempre que la economía operaba automáticamente a nivel de pleno empleo y que, por lo tanto, los problemas fundamentales consistían en averiguar de qué modo respondían los agentes y factores económicos a este equilibrio intrínseco de la demanda.

La "revolución keynesiana" cambió esta situación. Al demostrar que la economía podía lograr el equilibrio a un nivel de demanda más bajo que el requerido por el pleno empleo de los recursos, Keynes apartó la atención de los teorizadores de su exclusiva preocupa-

ción por la oferta económica. Los historiadores de la economía habían comenzado a apreciar la enorme importancia que la demanda podía tener en la economía.

Así pues, la teoría de Keynes corregía uno de los prejuicios de la teoría clásica, pero además revelaba otro. La tarea de contrastar y aplicar la teoría keynesiana puso en evidencia, de modo creciente, la relativa escasez de los datos necesarios para el estudio de la demanda, si se los comparaba con otros muchos tipos de información económica. Éste es el caso de las estadísticas que manejan datos tales como rendimiento, producción, exportaciones, etc., los cuales son frecuentemente registrados y conservados, mientras que los datos que hacen referencia a los diversos componentes del consumo y las inversiones son mucho más difícilmente localizables. Por otra parte, incluso cuando estos datos aparecen, son ofrecidos casi siempre a nivel mínimo, para una sola casa o firma. Así pues, estas estadísticas son mucho menos fácilmente utilizables que las de la anterior categoría, las cuales frecuentemente aparecen en forma de conjunto. En mi opinión, son estas peculiaridades de los datos, junto con las tendencias de la teoría económica clásica, las que han determinado que en los libros de historia económica predomine la orientación hacia el sector oferta.

El presente ensayo intenta describir brevemente, pero del modo más explícito posible, los componentes de la demanda en la economía de la Europa medieval. Los problemas que plantean los datos no han sido enteramente solucionados, y difícilmente lo serán; y sus deficiencias, que ya se exponen más arriba, se aplican *a fortiori* a la crónica pobreza de datos acerca de la Edad Media. No existe posibilidad alguna de llevar a cabo un análisis cuantitativo riguroso. Por mi parte, no propongo computar las elasticidades de la demanda ni específicas ni de conjunto, ni calcular las tendencias del consumo ordinarias o marginales. Tales procedimientos ya han sido suficientemente utilizados por los estudiosos de la era contemporánea, con sus fuentes estadísticas muchísimo más amplias y adecuadas. Pero existen ciertas cifras y cálculos que hacen referencia al período medieval y que nos pueden facilitar ciertos órdenes de magnitud, ciertas dimensiones para las variables en que nos interesamos. Estas cifras y cálculos deben ser usados con gran precaución, pero creo que gracias

a ellos se puede llevar a cabo una labor mucho más eficaz que todo cuanto se ha hecho hasta ahora.

Hay ciertos temas conceptuales que deben ser mencionados desde el principio. La teoría económica define el conjunto de la demanda como compuesta por tres elementos básicos: consumo, inversión e intervención gubernativa (más, para completarla, un sector exterior). No obstante, para los propósitos de este estudio, es más realista y a la vez más práctico considerar el conjunto de la demanda como compuesta sólo de consumo e inversión, en cada uno de los cuales pueden ser aislados a su vez dos sectores, "privado" y "público". La entidad de la intervención gubernativa, tal como se ha desarrollado dentro del marco de las modernas naciones-estado, evidentemente no es comparable con la de los regímenes feudales y dinásticos que formaron el ápice de las formas de gobierno medievales. Las categorías de la moderna teoría económica fueron desarrolladas por una economía nacional integrada y a ella hacen referencia; más claramente, los conceptos de cálculo de la renta nacional y las leyes institucionales modernas tienen poco sentido en el contexto medieval, especialmente para su primer período. Además, la aristocracia, la Iglesia y la organización urbana, en algunas de sus funciones, tuvieron atribuciones de instancias públicas y casi gubernamentales, y algunas de sus funciones y actividades participaron de una naturaleza "pública". No siempre es asunto fácil, ni simple, distinguir en cuál de sus dos papeles, el público o el privado, está actuando un funcionario determinado, y hasta cierto punto los juicios y clasificaciones deben ser *ad hoc* y arbitrarios. En la Edad Media el gobierno estaba mucho más personalizado, y la verdad es que la distinción entre privado y público era muy imprecisa ante la conciencia de las gentes medievales, aunque se fue haciendo más clara a medida que avanzaban los tiempos. No obstante, creo que la taxonomía aquí adoptada puede ser muy útil para el análisis que se intenta realizar.

Debe ser claramente comprendido que la atribución de un papel significativo a la demanda en las operaciones de una economía determinada se basa en el presupuesto de que tal economía ha alcanzado ya cierto nivel de desarrollo o madurez. La demanda existe siempre, desde luego, y ello incluso en una economía en que todos los agentes

individuales son autosuficientes; pero su papel adquiere una mayor estrategia económica cuanto más elevado es el grado de monetización y mayor el número de mercados. Los grados de monetización y la actividad de los mercados están en cierto modo relacionados; en efecto, mientras que es posible observar un amplio uso del trueque, e incluso mercados de cambio directo, sin que exista un gran volumen de transacciones de dinero, lo contrario no se produce; esto es, un alto grado de monetización implica necesariamente una economía de mercado.

La distinción entre “Naturalwirtschaft” y “Geldwirtschaft”, cuando se aplica a la economía medieval, debe ser considerada errónea. El volumen *per capita* de la moneda circulante en la economía medieval varió considerablemente a lo largo del período, pero estas variaciones no fueron continuas ni generales. No obstante, el hecho fundamental es que la economía estaba hasta cierto punto monetizada, incluso en los denominados “siglos tenebrosos”, y que el proceso se fue acrecentando a partir del siglo x.

Al estudiar las modalidades de la demanda en la Europa medieval, es evidente que descubriremos numerosas excepciones a cualquier generalización. En primer lugar, no hubo una “economía europea” homogénea a lo largo de todo el período; variedad y diversidad constituyen las dos características más sobresalientes. Las más amplias dimensiones con que la economía medieval puede ser caracterizada son: 1) de región a región, 2) de acuerdo con la secuencia y cronología del desarrollo económico, y 3) por clases socioeconómicas. A nivel regional, por ejemplo, el debate concerniente a los rasgos económicos durante el Renacimiento ha permitido establecer que era perfectamente posible que la economía de un área determinada de la Europa occidental sufriese una relativa depresión, mientras que la vida económica de otras zonas gozaba de excelente salud. Tampoco se puede suponer que todas las regiones europeas atravesasen las mismas etapas, ni se desarrollasen en la misma proporción a través del tiempo; así, por ejemplo, el sur de Francia en el siglo xii se hallaba en un grado de desarrollo muy diferente del que tenía Sajonia.

A despecho de la indiscutible importancia de tales disparidades regionales y cronológicas, el más alto grado de diferenciación con

respecto a las pautas de la demanda era debido probablemente a la diferencia de clases. La composición por clases de la sociedad no fue más uniforme a lo largo de este período que los otros elementos antes mencionados. El porcentaje de pequeños propietarios en la población británica debió ser distinto en 1300 de lo que lo fue trescientos años antes o lo sería después; y el número relativo de habitantes de las ciudades en 1200 debió ser mucho mayor en el norte de Italia o en los Países Bajos que, por ejemplo, en España; pero las categorías de clase son aplicables a la totalidad de Europa durante todo el período y bajo este supuesto se puede intentar el estudio a nivel general.

Aunque la economía de la Europa medieval no fue una economía de subsistencia en el sentido estricto del término, hubo, no obstante, muchas gentes que vivieron prácticamente a nivel de subsistencia; muchas de estas personas eran miembros de los estratos más bajos de la clase agrícola, labradores o granjeros sin tierras o casi sin ellas; otros podrían ser clasificados como mendigos urbanos. Podemos obtener cierta idea del nivel de existencia de estas gentes gracias a una información concerniente al aprovisionamiento de los prisioneros en Perugia en 1312, que nos dice que a éstos se les entregaban veinte onzas de pan al día. Si aceptamos un porcentaje de conversión de 3.200 calorías por kilogramo —y hay que tomar las debidas precauciones para no hacer falsas equivalencias de calorías, según las que poseen las modernas mercaderías—, esto implica un consumo diario de menos de 1.800 calorías.¹ Aunque la dieta de los prisioneros pudiese ser complementada ocasionalmente con alimentos tales como sopa vegetal o las menos apetitosas partes de algún pescado, esta dieta ha de ser considerada como el mínimo posible para subsistir. También se debe subrayar que este bajo umbral alimenticio para la supervivencia era posible gracias a dos particulares rasgos de las circunstancias en que se hallaban los prisioneros: el clima de aquella zona es relativamente suave y además estaban ociosos físicamente la mayor parte del tiempo. (También debe señalarse que la población

1. Éste es el porcentaje de conversión empleado por W. Abel, *Geschichte der deutschen Landwirtschaft*, Stuttgart, 1962, p. 100.

medieval era de menor envergadura y estatura que sus descendientes actuales.)

Los campesinos que se dedicaban al laboreo de la tierra debieron requerir, desde luego, una mayor cantidad de calorías. Fuentes distintas nos permiten establecer que un total de 2.000 a 2.200 calorías diarias pudieron ser suficientes para mantener a un hombre vivo y permitirle realizar su trabajo, aunque no se hallase en un óptimo grado de salud; las mujeres debían consumir algo menos. La dieta establecida por Abel para una familia campesina de los siglos xvii y xviii propone una cifra cercana a las 3.000 calorías diarias.² Una cifra similar parece asimismo razonable para el período aquí considerado, aunque debemos subrayar que este ejemplo se refiere evidentemente a una familia sustancialmente por encima del más bajo nivel del campesinado, ya que Abel atribuye a esta familia una propiedad de 35,5 hectáreas, casi 90 acres. Un cuarto de *virgate*, o medio, eran las dimensiones más comunes de la propiedad del pequeño campesinado, que constituía una parte considerable de la clase agrícola. Un cuarto de *virgate* tenía una extensión aproximada de entre seis y diez acres, y muy probablemente su medida se aproximaba más a la menor que a la mayor de estas cifras. Para una familia formada por cuatro o cinco personas, esto implica un total de uno y medio a dos acres *per capita*; compárase con los quince que corresponden a la hipotética familia compuesta por seis personas que propone Abel. El término medio de las propiedades agrícolas en Alemania durante la Edad Media era mayor que en otras muchas regiones de Europa, pero a pesar de ello la descripción de Abel ha de ser considerada como correspondiente a una familia campesina moderadamente acomodada.³

Así pues, podemos trazar un cuadro de una ración media diaria de algo más de 2.000 calorías para campesinos y otros trabajadores cercanos al extremo inferior de la escala social, un nivel de algo así como 3.000 calorías para campesinos medianamente acomodados y otro de quizás hasta 4.000 calorías o más para aquellos que estaban en una posición relativamente alta. Como ya se ha sugerido, las ne-

2. *Op. cit.*

3. A. Grotjahn, "Ueber Wandlungen in der Volksernährung", *Staats-und socialwissenschaftliche Forschungen*, XX (1902), 4.

cesidades de alimentación varían directamente de región a región con el rigor del clima, y la naturaleza y la dureza del trabajo a realizar tendrían también un efecto directo sobre las necesidades alimenticias. Así, por ejemplo, Lane nos dice que los marinos venecianos, a los que él describe como "razonablemente bien alimentados", recibían por término medio una ración diaria de casi 4.000 calorías, en 1310.⁴ Una serie de datos suministrados por Spooner están, en general, de acuerdo con estas conclusiones.⁵

No obstante, hay que tener en cuenta también el problema de la distribución a lo largo del tiempo. La variación de un día a otro, que se oculta tras estas cifras medias, podía ser muy importante, en ambas direcciones. Festines y celebraciones ocasionales elevarían el nivel de consumo muy por encima del término medio, mientras que el descenso de las reservas durante el invierno y cuando se aproximaba la época de la cosecha podía disminuir la dieta drásticamente. Esta precaria situación, con el nivel medio de consumo tan próximo al puro mínimo de subsistencia, se relaciona con la trágica frecuencia con que el hambre hacía su aparición entre la sociedad medieval.

Hay calorías y calorías, y por lo tanto es interesante averiguar la forma en que el campesino medieval conseguía las suyas. No tenemos noticias acerca de los alimentos que contenía el hogar de un campesino de la Edad Media; así pues, las conclusiones referentes a la clase de comida consumida por ellos deben ser deducidas indirecta y especulativamente.⁶ Los materiales que nos permiten trazar pautas de consumo son muy escasos y de naturaleza extremadamente discontinua; y todavía queda por hacer mucho trabajo de investigación

4. F. C. Lane, "Salaires et régime alimentaires des marins au debut du XIV^e siècle", *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, XVIII (1963); esto ha sido traducido y aparece en la colección de sus ensayos, *Venice and History*, Baltimore, 1966.

5. En los *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, XVI (1961). Véanse también las cifras facilitadas por C. Clark, *The Economics of Subsistence Agriculture*, Londres y Nueva York, 1967, especialmente el capítulo octavo; véanse también el apéndice de J. C. Drummond a A. Wilbraham, *The Englishman's Food*, Londres, 1939.

6. J. Z. Titow, *English Rural Society 1200-1350*, Londres, 1969, p. 80 y s. Hay un sumario de algunos de los datos ingleses en E. A. Kosminsky, *Studies in the Agrarian History of England in the Thirteenth Century*, Oxford, 1956, p. 230 y s. Véase también el examen que hace G. Duby, *L'Économie Rurale et Vie des Campagnes dans l'Occident médiéval*, París, 1962, p. 139 y s.; y los comentarios del excelente estudio regional de R. H. Hilton, *A Medieval Society*, Nueva York, 1966, p. 110 y s., y capítulo 4, *passim*.

de base, antes de que la información obtenida pueda ser trabajada de modo que permita establecer una síntesis general; pero, dentro de las restricciones impuestas por el estado actual de los datos, podemos ofrecer algunas consideraciones.

Los cereales constituían la base de la dieta de las clases inferiores y eran consumidos por su valor calórico; aunque el pan no fuese el único alimento consumido, estaba firmemente establecido como el producto básico de consumo. Este pan de las clases inferiores era corrientemente de centeno o cebada, a veces de avena o de granos mezclados, raramente de trigo. Casi tan comunes como el pan en la mesa de los pobres eran diversas comidas básicas tipo gachas o polentas. Finalmente, la bebida más frecuentemente consumida era la cerveza, obtenida de cereal fermentado, generalmente cebada (no obstante, el vino y, en mucho menor amplitud, el hidromiel sustituían a la cerveza en algunas regiones).

Cebada, centeno e incluso avena constituían, por lo tanto, los elementos básicos más importantes de la dieta de las clases más bajas de la sociedad. La mayoría de los campesinos producían por sí mismos la mayor parte de los cereales que consumían; en consecuencia, en tiempos normales los elementos básicos para la subsistencia de los campesinos tenían sólo una pequeña expresión en términos de demanda efectiva de mercado, aunque el conjunto (productos de mercado más productos que no pasaban por el mercado) de la demanda de grano, por parte de los campesinos, fuese muy grande. El fino y ligero pan de trigo era una rareza y un lujo para los campesinos, y virtualmente todo el trigo que se producía era consumido por los miembros de las clases más acomodadas. No obstante, muchos agricultores producían por lo menos algo de trigo, y éste les servía para efectuar transferencias, unas veces como medio de pago de los impuestos, diezmos u otros tributos, y otras como producto de venta en el mercado. Así pues, el trigo era, para los campesinos, casi exclusivamente la única cosecha convertible en dinero, o por lo menos la única apta para aliviarlos de sus obligaciones. Esta situación explica el hecho de que las relativamente abundantes estadísticas de precios que ocasionalmente se encuentran acerca del comercio de granos durante la Edad Media se refieran de modo primordial al trigo.

El campesino, como es natural, no subsistía únicamente de pan

negro y cerveza, pero la importancia primordial de estos alimentos viene atestiguada por el hecho de que fuesen precisa y únicamente estos dos productos de consumo los que estuviesen regulados por una tasa. Desde luego, el campesino complementaba esta dieta, en mayor o menor grado, con una serie de productos, el más importante de los cuales eran probablemente las legumbres —los diversos tipos de leguminosas: guisantes; alubias, garbanzos, que se podían obtener en la mayor parte de Europa—. (A este respecto, es interesante subrayar que muchas veces se denomina a las legumbres “la carne de los pobres”.) De modo adicional, el campesino podía consumir además pequeñas cantidades de productos lácteos, aunque éstos no eran demasiado frecuentes en su menú. En ocasiones se podían obtener frutas y hortalizas, a menudo secas, pero esto dependía del clima de la región en cuestión y de las estaciones. Aunque el uso del azúcar se fue incrementando de modo gradual, especialmente para las clases elevadas, para el campesino la miel constituía el principal agente edulcorante y era consumida en grandes cantidades. El pescado constituía un producto muy importante de la dieta de los campesinos, y también de las demás clases. Éste es un tema que merece y necesita una mayor y más profunda investigación. Los campesinos comían carne raramente; quizás por término medio el total no pasara de 200 gramos a la semana. Se trataba principalmente de carne de cordero y de cerdo (en Inglaterra predominaba el primero y en Alemania el segundo). Ternera, pollo y venado no eran comida corriente de las clases inferiores. El consumo de carne *per capita* variaba enormemente dentro de Europa, siendo en general más bajo el nivel de consumo en la Europa meridional y mediterránea que en el Norte, donde la densidad de población todavía no había obligado a sus habitantes a adoptar una dieta severa.⁷

Así pues, el patrón de la dieta básica, entre las clases inferiores,

7. Véase W. Abel, “Wandlungen des Fleischverbrauchs und der Fleischversorgung in Deutschland seit dem ausgehenden Mittelalter”, *Berichte über Landwirtschaft*, XXII (1937), y K. Hintze, *Geographie und Geschichte der Ernährung*, Leipzig, 1934, p. 90 y s. Como siempre sucede, ciertas regiones más adelantadas fueron capaces de superar las coerciones impuestas por las situaciones tradicionales; así, por ejemplo, el sistema de “marcite”, utilizado con gran éxito en Lombardía durante el siglo xv, integraba el cultivo de forraje con la alimentación de ganado estabulado. Debo esta información a Carlo Cipolla.

era bastante simple: unos pocos productos, principalmente carbohidratos, constituían el núcleo principal. Las diferencias socioeconómicas se reflejaban, como ya se ha indicado, en los niveles medios del consumo calórico, y también en la distribución de productos complementarios en la dieta diaria. Un aumento en los ingresos se reflejaba en una inclinación hacia los productos alimenticios denominados protectores, los cuales contienen mayor cantidad de vitaminas, proteínas y otros elementos de nutrición, y en un movimiento de alejamiento de los alimentos que son consumidos principalmente por su contenido en calorías.⁸ Aquellos que podían permitirse el lujo de obrar así, podían consumir una menor proporción de sus calorías en forma de pan, gachas y cerveza (aunque a este respecto debemos hacer notar que la cerveza no era consumida solamente por sus cualidades nutritivas, sino también por gusto). Dada esta estructura básica, algunos aspectos de la psicología de masas se hacen más claros. En aquellas sociedades en que gran número de productores primarios, a pequeña escala, viven en incómoda proximidad con el hambre, el *status* socioeconómico es juzgado, naturalmente, por la cantidad de comida que se consume: el hombre rico será aquel que logra comer hasta la saciedad. En el mundo medieval, donde la mayor parte de los individuos eran de constitución débil y solían estar desnutridos por la simple razón de que había relativamente poca comida, el ser robusto y de aspecto saludable era símbolo de bienestar y seguridad. La manera más apropiada de celebrar algo era un festín. En sus pinturas de hombres, mujeres y niños atiborrándose de comida y bebida, Brueghel el Viejo, aunque refiriéndose a un tiempo ligeramente posterior, capta el verdadero espíritu de una orgía medieval.

Las implicaciones que pueden obtenerse de esta descripción de la dieta del campesinado para la estructura de la demanda son muy directas. La mayor parte de lo que el campesino consumía lo producía él mismo. Así pues, sólo una parte muy pequeña del volumen total de la demanda pasaba por los mercados. El productor medio debía obtener sólo un pequeño excedente comerciable, y el beneficio

8. En relación con esto pueden verse ciertos interesantes comentarios en H. Ilzhöfer, "Die Deckung des Vitaminbedarfes in früheren Jahrhunderten", *Archiv für Hygiene*, CXXVII (1941).

que éste le producía lo debía emplear principalmente en pagar las diversas obligaciones bajo las que operaba. Las malas cosechas podían implicar graves privaciones, pero las buenas cosechas eran muy bien recibidas, porque significaban más para comer y más para vender; en realidad, solamente en la moderna economía las cosechas abundantes han llegado a implicar serios disgustos para el productor agrícola medio. Finalmente, debemos señalar que los cambios en la demanda de productos alimenticios básicos podían depender de modo fundamental de los movimientos demográficos, mientras que otros productos podían mostrar una mayor elasticidad en relación tanto con los precios como con los beneficios.

La naturaleza de la demanda campesina, de productos distintos a los alimenticios, puede ser ampliamente deducida del precedente estudio de la dieta. Cualquier clase con tan precarias posibilidades de sostenimiento físico presentaría una tendencia marginal a consumir comida muy próxima al 100 por ciento. La tendencia media del consumo alimenticio sería también muy elevada, aunque probablemente menor que el valor marginal. Esto es, la familia campesina dedicaría una gran proporción (del 80 al 90 por ciento) de sus ingresos reales al aprovisionamiento de comida, y cualquier incremento en sus ingresos reales se traduciría casi exclusivamente en mejoras de la dieta, tanto cuantitativas como cualitativas. La pequeña parte de los ingresos no dedicada al consumo de comida se dedicaría a proveer las demás necesidades básicas de la vida —vestidos, casa y calor—.

El vestido del campesino medieval era funcional y poco más.⁹ Estaba consagrado a mantener el cuerpo protegido de los elementos, a los que frecuentemente permanecía expuesto. Blusas de tela muy basta, blusones, justillos y polainas eran las prendas más típicas, aunque en muchos casos estos nombres eran meros eufemismos que designaban los harapos de tela o piel que el campesino se enrollaba en torno al cuerpo y las piernas. Los elementos del vestido muy raramente eran reemplazados por nuevas piezas, puesto que los vestidos originales eran indefinidamente recosidos, remendados y apedaza-

9. Puede hallarse información, con ilustraciones, acerca del vestido en V. Husa y otros, *Traditional Crafts and Skills*, Londres, 1967, pp. 26-27 y otras.

dos. La tela requerida, si no era la tejida en casa, hecha con lino sin blanquear, era escogida entre los productos más baratos y bastos del tejedor. La demanda campesina de productos textiles y de tela era, por lo tanto, muy pequeña y se hallaba en un nivel muy bajo y muy elástico, en términos tanto de precios como de beneficios —las compras siempre podían ser pospuestas—.

El campesino podía obtener su vivienda por sí mismo, pero normalmente esto corría a cargo del señor, como requisito del acuerdo de vasallaje, ya que muchos campesinos hubieran sido totalmente incapaces de realizarlo por sí mismos. En general, las viviendas campesinas eran poco más que rústicas chozas que apenas podían ser consideradas “amuebladas”. Los inventarios de este período que han llegado hasta nosotros indican que las más comunes pertenencias de un hogar campesino eran un cofre de madera ordinaria, unos pocos taburetes, a veces una mesa o un banco, una o dos yacijas para dormir y algunos utensilios de cocina de cobre o estaño.¹⁰ Calentar el interior de la cabaña no era problema fácil de resolver, especialmente en las regiones más septentrionales. Uno de los recursos a los que se recurría más comúnmente consistía en introducir parte del ganado dentro de la choza para aprovechar el calor que irradiaba de sus cuerpos.¹¹ La casa pertenecía a uno de dos estilos básicos: dos habitaciones en un mismo nivel o dos pisos con una habitación cada uno; el ganado, en tal caso, era colocado en la habitación contigua o en la inferior.¹² Hacia finales de la Edad Media parece haberse adoptado con preferencia el último esquema. En el interior de la choza, el fuego era necesario tanto para cocinar como para calentar. El carburante era obtenido generalmente de la madera caída en el suelo de los terrenos comunales y en las escombreras, y también, si el señor lo permitía, de las selvas y bosques; además, también se usaba turba como carburante.

10. Véase H. S. Bennett, *Life on the English Manor*, Cambridge, 1960, 1.^a ed. 1937, p. 233 y s.; Duby, *L'Économie Rurale*, *op. cit.* pp. 529-530, 607; J. G. Hurst, “The Medieval Peasant House”, en A. Small, *The Fourth Viking Congress; York, 1961*, Edimburgo, 1965, y M. W. Labarge, *A Baronial Household of the Thirteen Century*, Nueva York, 1965, p. 34 y s.

11. M. W. Barley, *The English Farmhouse and Cottage*, Londres, 1961, p. 10.

12. R. K. Field, “Worcestershire Peasant Buildings, Household Goods and Farming Equipment in the Later Middle Ages”, *Medieval Archaeology*, IX (1965).

Una reflexión acerca del estilo de vida campesina nos proporciona una idea bastante clara sobre lo débil que era la demanda de mercado que se producía en este sector. Ciertamente, el conjunto de la demanda que esta clase generaba, en cuanto a comida, vestido y vivienda, era sustancial, puesto que constituía el grupo individual más vasto de la sociedad, que incluía del 80 al 90 por ciento del total de la población; pero la mayor parte de lo que esta clase consumía lo producía por sí misma, mientras que otra parte se la proporcionaba su señor según los términos de los acuerdos de vasallaje; el campesino acudía al mercado sólo para adquirir una pequeña parte de sus necesidades totales. Este rasgo es uno de los más importantes de la economía medieval y es compartido con otras economías que no han experimentado el moderno crecimiento económico.

Cuando alejamos nuestra atención del campesinado y la dirigimos hacia otras clases de la sociedad, surgen ante nosotros inmediatamente graves problemas de terminología y nomenclatura. La tradicional división de la sociedad medieval entre los que cazaban y luchaban, los que trabajaban y los que oraban, es excesivamente simplista, sobre todo respecto a la primera categoría. En la Edad Media, la nobleza se basaba esencialmente en el nacimiento y, por lo tanto, no existía una necesaria correlación entre situación social y posición económica. Así pues, era perfectamente posible que algunos de los más prósperos campesinos, aunque fuesen inferiores socialmente a lo que podemos denominar la pequeña nobleza, fuesen, no obstante, económicamente superiores. La tierra era la principal fuente de riqueza en esta economía, y un noble nacimiento estaba generalmente asociado con el señorío heredado sobre vastas tierras. Pero siempre había hijos menores, cuyo mejor recurso podía ser el acceso a algún beneficio eclesiástico; el término "señores de la Iglesia" era una designación verdaderamente significativa. Desde luego, la riqueza podía disiparse, y el derecho a las tierras podía perderse por diversas razones. Algunos nobles, cuyos señoríos eran de modestas proporciones, difícilmente podían ser distinguidos de los campesinos más acomodados, incluso en el caso de que las distinciones legales siguiesen vigentes. La escala del *status* económico dentro de la aristocracia era, por lo tanto, de una gran amplitud; y las diferencias en los standards

de vida entre la baja nobleza y los miembros de las cortes reales, o de las cortes religiosas, eran inmensas. De este modo, puede resultar un verdadero contrasentido hablar de "señores" o de "nobles" en ciertos casos, y esta gran diversidad ha de ser tenida siempre en cuenta. Desde luego, se debe contar, de un modo o de otro, con los miembros de estos grupos, aunque sea inevitable que se produzcan distorsiones de la realidad. A continuación examinaremos los miembros más acomodados de la sociedad medieval; entre ellos incluiremos a unos pocos de los más prósperos campesinos, a los nobles y a otros individuos cuyos señoríos incluían sustanciales cantidades de tierras o de rentas, a los diversos oficiales de la administración, en particular a los de los feudos, y a los artesanos que habían alcanzado el éxito económico, así como a los mercaderes, artesanos y señores de pueblos grandes y ciudades.

Estos miembros de las clases media y alta, aunque numéricamente constituyesen una minúscula parte de la población total, podían generar importantes niveles y concentraciones de demanda. Es evidente, por ejemplo, que su consumo de alimentos era por término medio más elevado que el de los campesinos. Ellos comían el ligero pan hecho con harina de trigo, el trigo que los campesinos cultivaban pero no consumían. Además, hay que tener en cuenta que uno de los rasgos distintivos de su dieta era precisamente la abundancia y la variedad de alimentos.¹³ De hecho, había una tendencia bastante fuerte hacia el consumo de los artículos más refinados, lo cual, como siempre, constituía un fenómeno social. El rango social, la dignidad y el prestigio, particularmente entre las familias cortesanas, hallaban su expresión en el número de criados y en el modo en que éstos eran mantenidos.¹⁴ En una sociedad en que la mayoría frecuentemente estaba hambrienta, la comida adquiría gran importancia social: si el ideal campesino de una apropiada celebración era un festín, los individuos de las clases acomodadas demostraban su superioridad me-

13. Véase Labarge, *Baronial Household*, cap. 4; W. E. Mead, *The English Medieval Feast*, Londres, 1931.

14. Duby, *L'Économie Rurale*, op. cit., p. 221 y s.; W. O. Hassall, *How They Lived*, Oxford, 1962, pp. 130, 149-152, y Labarge, *Baronial Household*, op. cit., p. 53 y s. Véanse también los interesantes comentarios de Sir John Hicks, *A Theory of Economic History*, Oxford, 1969, pp. 22-23.

diante la frecuencia de los festines que celebraban.

El aprovisionamiento de los hogares de las clases media y alta debe haber causado, por lo tanto, un gran impacto sobre la demanda. La naturaleza de este impacto era en parte una función de resonancias específicas. Teniendo en cuenta que los poderosos tenían campesinos que dependían de ellos, los cuales cancelaban sus obligaciones con el señor en forma de servicios en su heredad y/o como pago en especies, el consumo de alimentos del señor en mayor o menor extensión no requería el recurso a los mercados.¹⁵ Por otra parte, cuando las rentas tomaron la forma de pago en dinero, los señores tenían que comprar su comida. En general, la tendencia a lo largo de este período —aunque lejos de ser unilineal— se dirigía hacia el pago de los deberes del campesino sobre una base monetaria: el porcentaje de los contratos de arrendamiento satisfechos mediante pagos en moneda era mucho mayor en 1500 de lo que había sido quinientos o seiscientos años antes. Esto tenía gran importancia, puesto que, aunque el campesino acudiese al mercado para vender una parte de su producción, solamente con la finalidad de pagar sus impuestos y otras obligaciones, no obstante se iba familiarizando de modo creciente con los procesos de compra-venta en el mercado. Y los ricos, por su parte, se acostumbraban a confiar en el mercado para satisfacer sus necesidades y deseos. El significado de tales actitudes no debe ser olvidado.

Las clases acomodadas constituían una importante fuente de demanda no sólo de productos básicos que podían obtenerse en la localidad, tales como cereales, pescado, carne y productos lácteos, sino también, por ser sus dietas muy variadas, de muchos productos de más especializada incidencia y producción, como por ejemplo los vinos de Gascuña y Burdeos, que cruzaban el canal hacia Inglaterra con destino a sus copas y no precisamente para las de los campesinos.¹⁶ Los productos especiales procedentes de los países ribereños

15. Véanse, por ejemplo, los artículos que ciertos campesinos suizos debían entregar a modo de pago en especies, documento n. 79, en G. Franz, ed., *Quellen zur Geschichte der deutschen Bauernstände im Mittelalter*, Darmstadt, 1967.

16. Véase M. K. James, "The Fluctuations of the Anglo-Gascon Wine Trade during the Fourteenth Century", *Economic History Review*, ser. 2, IV (1951); y Y. Renouard, "Le grand commerce des vins de Gascogne au Moyen Âge", *Revue Historique*, CCXXI (1959). Véase también el examen de Labarge, *Baronial Household*, op. cit., cap. 6.

del Mediterráneo eran degustados en los países nórdicos, muy lejos de sus provincias naturales. Y, entre todos estos productos, los más evidentes eran las especias. Los gustos, naturalmente, variaban de unas regiones a otras, pero las dificultades para la preservación de los alimentos y las limitaciones de la tecnología del transporte contemporáneo eran los responsables de que se acentuasen las diferencias en el gusto, y probablemente hicieron más por que éstas se mantuvieran que cualquier otro factor.

Las clases media y alta también tenían gran importancia para un importante sector de la demanda de telas, paños y otros artículos. Esto era mucho antes de la época en que se crearon los mercados masivos para textiles baratos y bastos; y los hiladores y tejedores satisfacían mucho más los deseos de productos refinados de las gentes acomodadas que los del pueblo.

Al igual que señalábamos en el caso de la dieta, también el consumo de telas tenía y tiene una función social. Los tejidos finos y la confección refinada eran reservados para las gentes de "calidad". Donde el mecanismo de los precios era inadecuado para reforzar las prerrogativas sociales, se recurría a una legislación adecuada al caso. Las leyes suntuarias, que regulaban el vestido y las telas con todo detalle, mantuvieron en su lugar a los pobres rurales y urbanos, e incluso a los miembros de la clase media. La asociación de tal legislación con períodos de aumento en los precios y salarios es buena prueba de la susceptibilidad de las autoridades ante cualquier exceso de tipo suntuario por parte de sus "inferiores".¹⁷

Los grupos más acomodados eran asimismo los principales consumidores de los varios productos de la madera. Se requería una gran cantidad de leña para mantener calientes las grandes, húmedas y aireadas habitaciones de sus residencias, y además existía la necesidad de amueblarlas. La madera era usada también para la construcción, aunque en las casas de las gentes adineradas ésta fue desplazada gradualmente por la piedra y el ladrillo. Esta transición se realizó de modo sustancial, durante el siglo XIII, en las regiones septentrionales

17. Véase, por ejemplo, F. E. Baldwin, *Sumptuary Legislation and Personal Regulation in England*, Baltimore, 1926; Franz, *Quellen*, op. cit., documentos n.ºs 82 y 122; Hassall, *How They Lived*, op. cit., p. 196.

de Europa y algo antes en el Sur, donde los recursos en madera comenzaron a escasear en fecha más temprana.¹⁸

El examen precedente hace referencia a los miembros de las clases alta y media de la sociedad medieval en general, refiriéndose por igual a los que residían en el campo y a los residentes en pueblos y ciudades. Respecto a diversos propósitos, ésta es la estructura más conveniente para analizar los esquemas del consumo; no obstante, deseamos poner también de relieve algunos rasgos que son peculiares al sector urbano de la economía. El factor más importante a considerar es que los habitantes de pueblos y ciudades dependían en alto grado de los mercados para satisfacer sus necesidades. Esto se aplica por encima de todo a los problemas del abastecimiento de alimentos. Desde luego, algunos de los residentes en los pueblos, sobre todo en los más pequeños, podían recibir productos de las tierras que poseían en los terrenos circundantes, ya que, como terratenientes, tenían derecho a compartir las cosechas, o a que se les pagasen las rentas en especies; pero, en comparación, esta situación se refería solamente a una pequeña fracción de la demanda total; y es ciertamente evidente que pueblos y ciudades representaban una importante fuente de demanda tanto para los pequeños como para los grandes productores agrícolas.

Es también evidente que el standard de vida material de algunos de los más bajos estratos de la sociedad urbana era muy similar al de su contrapartida rural, y que para tales individuos era necesario dedicar virtualmente todo su presupuesto a asegurarse la satisfacción de las más elementales necesidades de la vida. Su dieta dependía aún más completamente de los cereales que la del campesino, puesto que este último tenía oportunidades para obtener cultivos de huerta, para alimentar unos pocos animales, para cazar y para recolectar productos silvestres, oportunidades de las que carecía el ciudadano pobre. En conjunto, la demanda total de mercado, generada por los habitantes de pueblos y ciudades, debe haber sido de magnitud bastante sustancial; y además aumentó significativamente, tanto en términos

18. Véase G. P. Jones, "Buildings in Stone in Medieval Western Europe", cap. 8 del vol. II de la *Cambridge Economic History of Europe*, Cambridge, 1952, espec. la sec. 1.

absolutos como relativos, a lo largo de este período.

El alojamiento también constituía un problema para el que vivía en un núcleo urbano. El exceso de la demanda sobre la oferta de alojamiento urbano no es un fenómeno original ni propio de la era moderna; una situación parecida era probablemente normal en los pueblos y ciudades de la Europa medieval. Las consecuencias eran las mismas que se producen actualmente: las gentes humildes se alojaban en albergues miserables, pero no baratos; por lo tanto, se hallaban incluso en peor situación que muchos campesinos. Por su parte, las clases media y alta tenían que gastar una buena parte de sus ingresos en obtener acomodos algo más confortables. De todas maneras, esto significa que se debía construir un considerable volumen de unidades de alojamiento, lo cual implica, a su vez, una sustanciosa demanda de materiales de construcción, de servicios de transporte para trasladar tales materiales y de puestos de trabajo para los dedicados a la construcción.

Una vez dicho todo esto, hay que advertir, sin embargo, que no se debe conceder demasiada importancia al sector urbano de la economía medieval. La vida urbana está presente, después de todo, en cualquier economía campesina, y la Europa medieval constituía una sociedad agraria que, incluso a finales de este período, se hallaba sólo moderadamente urbanizada. Yo creo que las ciudades desempeñaron un papel muy importante en la historia económica de la Edad Media, especialmente como productoras o inductoras del comercio; pero, a nivel del conjunto de la demanda, las influencias de orden más común pesaron mucho más que las de carácter exclusivamente urbano.

Y ahora dedicaremos nuestra atención a una clase distinta y muy importante dentro de la sociedad medieval, la de los eclesiásticos, así como al impacto ejercido por la Iglesia medieval sobre los modelos y estructuras de la demanda. La Iglesia era una de las pocas cosas comunes a toda la Europa occidental durante la Edad Media. Se trataba de una institución, con una administración centralizada y un idioma oficial, que fácilmente adoptaba las diversidades locales y regionales, las lingüísticas y otras parecidas. Heredera de una estructura de organización muy complicada, penetró e integró la sociedad

con abundantes y significativas implicaciones económicas. Por ejemplo, según se ha escrito recientemente, "el único impuesto regular con que la población era agobiada en aquel tiempo era el que se imponía en beneficio de la Iglesia, el diezmo".¹⁹ En un nivel en cierto modo distinto, podemos anotar que la demanda de pescado, a la que nos hemos referido varias veces como elemento importante de la dieta, era, por lo menos parcialmente, consecuencia de dictados teológicos. El consumo de vino tenía también conexiones con la teoría y la práctica religiosas. Incidentalmente podemos apuntar que las mayores extensiones de viñedos, en particular los que producían mejores vinos, generalmente se localizaban en torno a los pueblos y las ciudades que constituían la residencia de los clérigos más importantes y sus cortes.²⁰

Cualquier institución que hubiese actuado en una escala semejante a aquella en que lo hacía la Iglesia medieval, hubiese dejado una impronta profunda sobre la sociedad, aunque sólo fuera a causa de la extraordinaria cantidad de sus miembros. En efecto, constituiría una interesantísima empresa el cálculo del porcentaje de individuos que tomaban las sagradas órdenes respecto al total de la población de la Europa medieval en diversos momentos del período.²¹ Para empezar, estaban los miembros de la jerarquía eclesiástica, que incluía desde el más humilde párroco de aldea hasta la curia papal; estaban, además, los clérigos regulares, los canónigos, los monjes, etc. La primera categoría probablemente se hallaba en relación más o menos directa con la cuantía del total de la población, aumentando o disminuyendo en suave correlación con los rasgos demográficos generales. En cambio, la importancia relativa del segundo grupo debió aumentar a lo largo del período medieval. Proliferaban catedrales y monasterios, las antiguas órdenes se extendían y de vez en cuando aparecían otras nuevas. En relación con este contexto, son de particular interés las órdenes mendicantes, cuya esfera de acción era la ciudad; la aparición y la creciente importancia de estas órde-

19. Titow, *English Rural Society*, op. cit., p. 55.

20. Véase Duby, *L'Économie Rurale*, op. cit., p. 237.

21. Desde luego, se han realizado varios estudios en relación con este tema; por ejemplo, J. C. Russell, "The Clerical Population of Medieval England", *Traditio*, II (1944).

nes son indicativas de la gradual urbanización de la sociedad medieval.

No obstante, para los propósitos del presente estudio, no es necesario realizar un tratamiento separado de la clerecía, particularmente al referirnos a los esquemas de consumo. El meollo del problema consiste en que, en muchos aspectos, los clérigos no podían ser distinguidos de los demás miembros de su respectiva clase social. El típico párroco de aldea vivía en el mismo nivel material, poco más o menos, que su "rebaño", y su dieta, vestido y alojamiento eran análogos a los de sus vecinos campesinos. En el otro extremo del espectro, los modelos de consumo de aquellos que residían en la corte eran bastante similares, tanto si se trataba de una corte eclesiástica como de una secular. Los paralelos se mantenían a través de toda la escala socioeconómica.

Esta homogeneidad de clase es muy importante para el historiador de la Edad Media, ya que, al ser los miembros del orden eclesiástico más cultos que la mayor parte de los laicos, una parte sustancial de la historia medieval se refiere a la Iglesia. Los eclesiásticos solían ser los más habituales cronistas, los que redactaban los documentos y los que escribían las cartas. Si no fuera por la Iglesia, tendríamos muchos menos datos acerca de la economía y la historia de la Edad Media de los que ahora poseemos.

Parece oportuno dar un ejemplo de la importantísima información que se puede obtener gracias a esta fuente. Hasta ahora hemos dicho muy poca cosa acerca de los hábitos de consumo de los miembros de la clase media. Podemos considerar, como una aproximación a este nivel intermedio de vida, las relaciones que tenemos acerca de los hogares de dos sacerdotes ingleses del siglo xv.²² Se mantenían a un nivel modesto gracias a una dotación en forma de renta. Aunque producían una parte de su propia comida, de la mitad a tres cuartas partes de su presupuesto era dedicado a la obtención de alimentos, los cuales consistían principalmente en pan, carne y cerveza —parece

22. K. L. Wood-Legh, *A Small Household of the XVth Century*, Manchester, s.f. desde luego, existen fuentes no eclesiásticas; compárese, por ejemplo, "A Household Expense Roll, 1328", presentado por G. H. Fowler en la *English Historical Review*, LV (1940), y J. Heers, *Le Livre des Comptes de Giovanni Piccamiglio, hommes d'affaires Génois*, París, 1959.

que el vino era reservado especialmente para obsequiar a los visitantes ocasionales—. Consumían carne de ternera, cordero y cerdo, que compraban durante todo el año, probablemente fresca. Comían pescado todas las semanas y su dieta se complementaba con cierta variedad de productos de lujo tales como manteca, huevos, leche, higos, uvas, pollos, etc. La provisión de combustible consumía algo así como la veinteava parte de la renta anual. La casa en sí misma, considerada como una parte de la "existencia", parece haber sido bastante confortable.²³ Tenemos muy pocos datos acerca del consumo de otros artículos, por ejemplo tejidos.

Esta descripción nos da una impresión general acerca del standard de vida de la clase media, aunque desde luego ciertos detalles específicos podían variar de una región a otra. En las áreas meridionales, por ejemplo, el vino reemplazaba a la cerveza como bebida de consumo corriente.

Hay otros dos temas más o menos peculiares de la Iglesia a los que debemos prestar cierta atención. Ambos se refieren a lo que antaño se denominó "consumo público". El primero concierne a las construcciones eclesiásticas mayores que los simples y omnipresentes edificios tales como iglesias rurales y capillas, o sea las grandes iglesias, monasterios y catedrales. Desde luego, tratar las construcciones religiosas bajo la rúbrica del consumo público, y no como inversión pública, es en parte una distinción arbitraria; no obstante, es evidente que la construcción de catedrales y monasterios, así como los cultos que tenían lugar en ellos, constituía un tipo de consumo tanto para las autoridades eclesiásticas como para los feligreses. Hay una amplia gama de actividades, tales como este tipo de construcciones, y también en parte las operaciones militares, que son características de la sociedad medieval y que resultan muy difíciles de clasificar, ya que frecuentemente se asemejan más a un "servicio público" que a ninguna otra cosa. Se ha sugerido, al referirse a este período, que "una parte muy sustancial del producto total iba a parar a 1) consumo eclesiástico o religioso, 2) consumo político y 3) consumo de

23. Sobre el tema general del alojamiento existe un excelente estudio debido a A. H. Thompson, "The English House", editado en una magnífica colección de ensayos publicados por G. Barraclough, *Social Life in Early England*, Londres, 1960.

las gentes ilustres.²⁴ Creo que este sistema de clasificación es bastante acertado, y, si ciertas actividades militares pueden ser incluidas en el segundo apartado, considero que esta clase de construcciones eclesiásticas pueden ser consideradas como consumo.

Lamentablemente, los historiadores de la arquitectura no han mostrado hasta ahora gran interés en las implicaciones económicas que tiene la construcción de edificios. Temas tales como la comparación de los costes de construcción para la edificación de los diversos estilos arquitectónicos, los efectos de los cambios de la moda sobre la demanda de los materiales de construcción y el impacto económico de los progresos en los conocimientos de ingeniería, han sido muy poco estudiados. De modo similar, se han realizado muy pocos intentos de evaluación de las implicaciones económicas que podía tener específicamente la construcción de edificios religiosos. Una excepción notable la constituye el reciente artículo de Johnson que llega a la conclusión, aunque refiriéndose esencialmente al nivel local, de que los efectos deben haber sido realmente sustanciales.²⁵ Las escasas pruebas que poseemos procedentes de otras fuentes me inclinan a estar de acuerdo con las conclusiones de Johnson.

El otro aspecto del "consumo público" concierne a las funciones protectoras realizadas por la Iglesia. En realidad, en la Edad Media la Iglesia era la única institución protectora, ya que ninguna otra poseía la riqueza, organización, ubicuidad y predisposición necesarias para desempeñar este papel. La Iglesia ofrecía hospitalidad a los peregrinos y a otros viajeros, principalmente en los monasterios; tenía hospitales para esas personas, así como para los ancianos, enfermos e inválidos, y con frecuencia patrocinaba asilos para el cuidado de huérfanos y viudas. Diversas comunidades religiosas realizaban regularmente donaciones de pan y otros artículos.²⁶ Además, siendo una de las pocas instituciones capaces de retener los sobrantes de una co-

24. F. C. Lane, "Consumption and Economic Change", *Journal of Economic History*, XV (1955).

25. H. T. Johnson, "Cathedral Building and the Medieval Economy", *Explorations in Entrepreneurial History*, IV (1967); véase también la bibliografía citada en la obra mencionada y en los subsiguientes números de esta publicación periódica.

26. Un ejemplo típico aparece en la *Cronica Monasterii de Melsa*, ed. E. A. Bond, vol. II, Londres, 1943, pp. 64-65.

secha hasta la próxima, la Iglesia, en tiempos de calamidad pública, podía entregar raciones de emergencia que protegían a los desheredados de la inanición total.

En algunas regiones, tales servicios de protección eran realizados también —o en su lugar— por otras instituciones: los grandes señores seculares o, más frecuentemente, los patricios de la ciudad y las autoridades de las comunidades ciudadanas. Las actividades de estos organismos eran importantes y no deben ser olvidadas, pero en última instancia era siempre a la Iglesia hacia la que los desventurados volvían sus ojos. El punto que aquí ha de ser considerado se refiere al volumen de bienes y servicios así consumidos, que forzosamente debía ser muy grande, ya que el sector “público” era muy importante en el conjunto del consumo.

Hay algunos otros artículos que merecen se les preste particular atención, debido simplemente a la extraordinaria magnitud de su consumo total; mientras que la demanda individual de tales elementos puede no haber sido demasiado grande, en su conjunto el consumo asume considerable importancia. El grano, desde luego, era el fundamental artículo de consumo de este período, pero me refiero más bien a otros que pueden haber disfrutado del papel de productos de mercado de masas. Un artículo de esta clase fue, por ejemplo, la sal, que gozaba de extraordinaria demanda por ser el preservativo fundamental —por no decir virtualmente el único— para conservar numerosos alimentos: carnes, pescado, manteca.²⁷

La madera era otro artículo de este mismo tipo. Como ya se ha indicado, la madera, junto con la turba, era utilizada tanto para la calefacción doméstica como para cocinar. Era también el principal combustible que se consumía en aquellos procesos de producción que requerían cualquier grado de combustión, y la demanda en este aspecto fue aumentando progresivamente con el transcurso del tiempo. Los derechos para recoger las pequeñas ramas que el viento arrancaba —por no mencionar el derecho a cortar madera fresca— eran conservados y protegidos celosamente. Los testimonios que poseemos de este período suelen reflejar la valiosa naturaleza de tales

27. Consúltase Duby, *L'Économie Rurale*, op. cit., p. 252.

derechos, sobre el bosque o la selva, en los precios que alcanzaban las transferencias de los mismos.

Todavía no se ha escrito la historia del profundo interés que tenían las selvas y bosques para la economía medieval; sería necesario un grueso volumen para hacer justicia a este tema,²⁸ y en el presente texto solamente se puede hacer una breve mención a los diversos elementos de la demanda que se hallaban relacionados con ellos.

La madera fue durante todo este período el más importante material de construcción; constituía, en efecto, el soporte estructural fundamental de la mayor parte de las casas, particularmente de las residencias más modestas; la construcción, tanto en las áreas urbanas como en las rurales, dependía fundamentalmente de la madera. Las casas, tiendas, utensilios y equipo en los pueblos, y los edificios e implementos agrícolas en el campo, absorbían grandes cantidades de madera de diferentes calidades y características. Por otra parte, la construcción de barcos dependía exclusivamente de este material, y, dada la tecnología de la época, solamente la renovación de los navíos hubiese generado un sustancial aumento de la demanda. Esta situación, junto con la expansión general del transporte fluvial y marítimo durante este período, tuvo como resultado que la demanda de madera para la construcción de barcos fuera intensa e incesante durante la mayor parte de la época.²⁹

Al hablar de madera no nos referimos a un elemento homogéneo. Para numerosos propósitos como, por ejemplo, acabados interiores, o para ciertos tipos de muebles, se preferían unos tipos de madera a otros. Por tal razón, uno de los materiales más importantes en el comercio regional de la Europa medieval fue la madera de mejor calidad y de características específicas.

Pero la madera no era el único producto valioso proporcionado por los bosques. En ellos podían ser obtenidos muchos artículos medicinales o dietéticos, tanto para el consumo de los campesinos como para el de sus señores; además, en los bosques los cerdos y los jabalíes comían bellotas y raíces. Las ramas eran buscadas para construir

28. Véanse los comentarios de Titow, *English Rural Society*, op. cit., p. 51.

29. Véase Duby, *L'Économie-Rurale*, op. cit., p. 244 y s.

las vallas que encerraban y excluían al ganado de ciertas zonas y campos, según imponían las necesidades del cultivo rotativo. No hay pues, que admirarse de que exista tanta documentación acerca de litigios, y otras querellas menos civilizadas, dedicados a la resolución de problemas concernientes al uso de selvas y bosques, puesto que éstos constituían un recurso muy valioso.

Otro ejemplo de demanda amplia y generalizada puede ser el caso de las bujías. Tal vez resulte difícil para nosotros, en nuestra época, darnos cuenta de lo que significa vivir en un mundo que estaba fundamentalmente determinado por el paso del sol. En efecto, para el hombre medieval, una hoguera o el uso de bujías (complementadas en ocasiones con la luz que se obtenía al quemar haces de juncos, el aceite o el sebo) eran las únicas alternativas que tenía para defenderse de la oscuridad en cuanto se ponía el sol.³⁰ Si bien es cierto que las bujías hechas con cera fueron casi un lujo para los pobres durante toda la Edad Media, es evidente que la demanda de ellas por parte de las demás clases sociales debió ser bastante fuerte, según nos lo demuestra la gran frecuencia con que los fabricantes de bujías aparecen en la escena de la vida cotidiana de este período. Si pensamos, aparte de su principal utilidad para la iluminación, en la demanda resultante del uso religioso de las bujías, se puede presumir fácilmente que el consumo de este artículo debió ser bastante considerable.

Por último, debemos mencionar la demanda de servicios. El tema de los servicios, tales como el transporte y aquellos que eran de naturaleza esencialmente comercial, sobre todo la banca y los seguros, posee una amplia bibliografía.³¹ Sin embargo, yo creo que hay otros muchos servicios, muy comunes, que no han recibido la atención que merecían; por ejemplo, los de los cerveceros, panaderos, molineros, herreros, carpinteros, barberos (que eran a la vez cirujanos y sangradores), etc., de cada localidad. Además, había numerosos servidores domésticos, tales como de nodrizas, lavanderas, etc.,

30. Véase los comentarios de E. E. Power, *Medieval People*, Londres, 1924, p. 23 y Labarge, *Baronial Household*, *op. cit.*, pp. 36, 99 y s.

31. Véase, entre otros, R. S. López, "The Evolution of Land Transport in the Middle Ages", *Past and Present*, 9 (1956); la publicación original se realizó en el *Bollettino Civico dell'Istituto Colombiano*, 1953, del cual no dispone el autor.

que servían a las gentes acomodadas tanto en la ciudad como en el campo.³² Según Mols, la proporción de servidores, en la población de las ciudades, durante el siglo xv, alcanzaba cifras que oscilaban entre el 9 y el 18 por ciento.³³ En todas las ciudades preindustriales suele suceder que el volumen del consumo de este y otros servicios es bastante elevado en relación con la proporción del consumo total; y yo sospecho que esta descripción se puede aplicar perfectamente a la economía medieval. Un estudio minucioso de este tema constituiría una valiosa contribución a nuestro conocimiento de la historia económica medieval; y establecer una comparación de la importancia relativa de los sectores secundario y terciario podría producir estimulantes conclusiones.

Parece apropiado dedicarnos ahora a hacer algunas consideraciones acerca del tema de la demanda de inversiones. Por desgracia, los problemas que plantea el componente inversión de la demanda, en la economía medieval, han sido menos estudiados incluso que los del consumo. Hasta hace muy poco eran muy escasos los investigadores que se habían dedicado a este problema. Así pues, las consideraciones que a continuación exponremos deben ser necesariamente más breves, generales y de tanteo que las del precedente estudio acerca del consumo.

El más amplio sector de la economía, la agricultura, aparece como el punto de partida evidente. Algunas observaciones sobre la inversión están implícitas en las anteriores observaciones acerca de las estructuras y niveles del consumo. Por ejemplo, es evidente que los campesinos tenían poca o nula capacidad para realizar inversiones con sus propios recursos.³⁴ En el orden normal de las cosas, bastantes dificultades tenían ya para asegurarse la satisfacción de las necesidades fundamentales de la vida. Los pocos elementos de material básico que un campesino podía tener eran para trabajar —principalmente herramientas agrícolas—, y se trataba de utensilios muy rústi-

32. Véase, por ejemplo, Labarge, *Baronial Household*, *op. cit.*, cap. 3.º.

33. R. Mols, *Introduction à la Demographie Historique*, vol. II, Lovaina, 1955, p. 181.

34. Véanse los comentarios de S. Pollard y D. W. Crossley, *The Wealth of Britain*, Londres, 1968, p. 35 y s., y cap. 1-2, *passim*.

cos proporcionados por su señor como parte del contrato de vasallaje o hechos por él mismo. (La incapacidad del campesino medio se refleja en las pruebas que nos ofrecen algunas áreas de cultivo en aparcería, en las que el campesino no podía extraer de sus propios recursos ni siquiera las semillas para la siembra.) Por otra parte, como se trataba de objetos duraderos, podían transmitirse de unas generaciones a otras.³⁵

En adición a las graves limitaciones que tenía el campesinado para realizar inversiones, existían también ciertas circunstancias institucionales de naturaleza adversa. Las condiciones de tenencia a menudo establecían que el campesino sólo tenía derecho a reclamar una pequeña proporción de cualquier incremento que él pudiese lograr en la producción. Por otra parte, las regulaciones comunitarias, bajo las cuales se realizaba la mayor parte de la producción agrícola, podían dificultar e incluso imposibilitar la introducción de innovaciones que elevasen la productividad. La combinación de todas estas dificultades institucionales, junto con los muy limitados recursos con que contaba el productor medio, tuvieron una importancia determinante sobre el bajísimo índice de inversión en el sector agrícola; aunque la productividad marginal de capital en este sector pudiese ser frecuentemente bastante elevada, el campesino no podía traducir este factor en una demanda efectiva de inversión.

Las inversiones que pese a todo se producían en el sector agrícola deben ser consideradas básicamente como resultado de las actividades de los grandes señores o de otras gentes que cultivaban y producían en gran escala. Ellos eran, probablemente, los únicos que tenían la posibilidad y sentían el incentivo de invertir en este sector. Las escasas e imperfectas indicaciones y cifras que poseemos sugieren la inversión de un cuatro o cinco por ciento de los beneficios, lo cual parece una estimación razonable. No obstante, se ha de subrayar que estas cifras se refieren a la inversión en bruto y que, por lo tanto, incluyen una parte considerable que debía ser dedicada a reemplazar artículos depreciados especialmente los edificios. La formación de capital neto apenas debió alcanzar a la mitad de la inversión en bruto; probablemente un nivel del uno al dos por ciento de inversión

35. Véase R. K. Field, *op. cit.*, en *Medieval Archaeology*.

neta puede ser considerado como representativo.³⁶ La mayor parte de esta inversión, por parte de los grandes señores, debió tomar la forma de mejoras en la tierra, irrigación, cultivo de terrenos baldíos, etc. No hay que menospreciar tales formas de capitalización; en realidad, en algunas de las zonas agrícolas más importantes, este tipo de formación de capital revestía gran importancia; los canales de riego de los Países Bajos y del valle del Po constituyen un buen ejemplo del valor potencial de este tipo de inversión. No obstante, el punto que debe subrayarse es que la mayor parte de la inversión neta en agricultura representaba una ampliación de capital (esto es, la extensión y aplicación de técnicas ya conocidas a nuevas tierras) más que una intensificación de capital.

El problema de la inversión de capital en la tierra debe ser considerado con ciertas precauciones. Con una tecnología determinada, el cambio o adquisición de tierras de cultivo normalmente no constituye una inversión productiva, sino simplemente un cambio de propietario. No obstante, si el propósito o, al menos, el resultado de la adquisición es la consolidación, en tal caso es posible que tenga lugar cierta formación de capital. Recíprocamente, la división, partición o fragmentación de las tierras deben ser consideradas como pérdida de capital, y sabemos que este proceso alcanzó proporciones importantes en varias épocas y lugares durante el período medieval. En general, este tipo de pérdida de capital se halla en correlación con un fuerte aumento de la densidad de población en un territorio dado, si bien esto no siempre es así, produciéndose notables excepciones (por ejemplo, en el norte y centro de Italia, donde desde el siglo xi en adelante se promulgaron leyes para frenar la creciente densidad de población al fomentar la desintegración de los grandes latifundios).

Uno de los más importantes elementos en que se invertía capital en la agricultura medieval, era el ganado.³⁷ Los animales eran, en

36. Pueden hallarse algunos ejemplos en F. G. Davenport, *The Economic Development of a Norfolk Manor, 1086-1565*, Londres, 1906, p. 37 y s.; E. Robo, *Mediaeval Farnham*, Farnham, 1935, pp. 6-7; y documento n.º 19 ("The Cost of a New Barn") en Titow, *English Rural Society*, op. cit.

37. Aunque en general se reconoce su importancia, hasta ahora se ha realizado muy poco trabajo acerca de este tema. No obstante, véase el importante estudio de M. M. Postan, "Village Livestock in the Thirteenth Century", *Economic History Review*, ser. 2, XV (1962).

términos relativos, caros de adquirir y costosos de mantener. A falta de un forraje especializado y de alimentación en el establo, la cría de los animales requería la utilización de grandes extensiones de tierra, las cuales, si se las compara con las tierras cultivables dedicadas a la producción de cereales, resultaban muy poco eficaces como productoras de alimentos —y especialmente de calorías— para el consumo humano. Así pues, no es difícil de entender por qué el productor agrícola medio era normalmente incapaz de mantener el ganado en óptimas proporciones con los demás factores de producción, esto es, como complemento del trabajo humano y como productor de fertilizantes para la tierra; superado cierto límite, los animales comenzaban a competir con los humanos en el uso de la tierra; y, en general, las densidades de ambas poblaciones variaban inversamente (si bien las plagas, tanto entre los humanos como entre los animales, solían alterar estas tendencias). Como ya se indicaba más arriba, esta situación debió tener un efecto nocivo sobre las pautas de consumo: generalmente, en las áreas más densamente pobladas de la Europa medieval, el nivel medio de consumo de productos animales *per cápita* era significativamente inferior al de las áreas menos pobladas.³⁸

Si desviamos el foco de nuestra atención de la agricultura, los problemas de la formación de capital son todavía más complejos. Nosotros estamos acostumbrados a considerar como económicamente subdesarrolladas a ciertas sociedades que a menudo constituyen en realidad “economías duales” con un sector primario “tradicional”, por un lado, y un sector secundario “capitalista”, por el otro, pero esto no era lo que ocurría en la Edad Media. La industria se hallaba predominantemente en el estadio de la artesanía, empleando un capital fijo de equipo verdaderamente mínimo, y, tal como ha comentado recientemente J. R. Hicks, “la industria artesanal... es apenas diferenciable del comercio”.³⁹ El capital humano, bajo la forma de hábiles y experimentados artesanos, debió ser, en este sector, tan importante como el capital material.

Los pocos ejemplos de producción de capital intensivo que existían en la Europa medieval eran los que estaban asociados con los

38. Véanse las referencias de la nota 7 precedente.

39. *A Theory of Economic History*, op. cit., p. 141.

trabajos de la minería, la metalurgia y las industrias de la construcción de barcos y de la navegación. La minería de diversos minerales y ciertas fases de la producción de productos metálicos podían requerir sustanciosas inversiones de capital; en realidad, las minas y las fraguas constituían el principal componente del total del capital fijo en la economía. Los molinos eran otro importante elemento del volumen del capital fijo. Había molinos impulsados por energía animal, por medio del agua y, posteriormente, por medio del viento, en todas las regiones europeas. La mayor parte eran utilizados para moler cereales panificables y para hacer cerveza, y también para la obtención de aceite; pero también se construía un número creciente para ser usado en los trabajos metalúrgicos e incluso para el batanado de las telas en la industria textil. Las instalaciones de los astilleros y los mismos navíos absorbían asimismo grandes cantidades de capital fijo.

El capital fijo, no obstante, no era el único que se requería. Pollard argumenta convincentemente que, durante las primeras fases de la revolución industrial en Gran Bretaña, el capital de explotación era de importancia mucho mayor que el fijo.⁴⁰ Yo creo que esto se puede aplicar con mayor razón aún a la economía medieval. En este terreno todavía es preciso realizar más profundas investigaciones, pero para apreciar cuan grande era la demanda de capital de explotación, basta considerar las enormes cantidades de capital que debían estar empleadas en los almacenes de materias primas en los bienes ya acabados y en los *stocks* de bienes en tránsito. Una vez más los barcos constituyen un ejemplo típico de una industria en la cual la inversión de capital, bajo la forma de capital de explotación, era de considerables proporciones. Es importante señalar que esta relación entre capital fijo y capital de explotación da por resultado el hecho de que la razón capital total / rendimiento fuese para la economía mucho más elevada de lo que generosamente se cree.

Debido básicamente al estado de las comunicaciones y de la tecnología del transporte, la demanda de capital de explotación era muy importante, pero los incrementos en la productividad, creados

40. S. Pollard, "Fixed Capital in the Industrial Revolution in Britain", *Journal of Economic History*, XXIV (1964).

por este tipo de inversiones, eran generalmente bastante pequeños. El capital comercial era mucho más importante que el capital industrial. Así pues, las ganancias producidas por las inversiones enriquecían mucho más a los mercaderes que a los productores. Un dato claramente indicativo, a este respecto, reside en el hecho de que el precoz desarrollo experimentado por los instrumentos de crédito durante la última parte de este período se hallase asociado casi exclusivamente a las necesidades del sector comercial.⁴¹

La estructura y los modelos de la demanda de inversión tienen ciertas implicaciones en cuanto a los modos de operar de los mercados de capital. Tales mercados eran, desde luego, mucho menos eficaces y complicados que los que se han desarrollado con la economía moderna, pero existían y podían proporcionar ya cierta movilidad al capital; no obstante, el mercado de capital tenía una incidencia muy desigual entre los distintos sectores de la economía. En la agricultura, como ya hemos visto, la mayor parte de las inversiones eran realizadas por los mayores y más ricos productores, y su financiación era generalmente interna, extraída de sus propios recursos. No era raro que los miembros de las clases media y alta pidiesen préstamos —y frecuentemente se realizaban entre ellos— con el propósito de emprender ciertas acciones de mejora o para comprar más tierras; y las deudas así contraídas podían constituir en ocasiones pesadas cargas y grandes quebrantos. Los intereses que se cargaban sobre tales préstamos podían ser muy elevados, pero reflejaban más bien el precio del riesgo, por la posible falta de pago, que una tasa real de compensación por la inversión efectuada por el prestamista. La cuestión es que tales ampliaciones de crédito raramente representaban inversión en la formación de capital productivo.

Desde luego, era improbable que el productor agrícola medio dispusiera de excedentes suficientes para permitirse la autofinanciación de inversiones productivas. Como se indica más arriba, sus oportunidades para formar nuevos capitales eran muy escasas, y esta situación, junto con el gran riesgo intrínseco a la producción agrícola a tal nivel, significaba que era extremadamente difícil para el pe-

41. Véase R. S. López y I. W. Raymond, ed., *Medieval Trade in the Mediterranean World*, Nueva York, 1955, espec. la parte 3.^a.

queño agricultor obtener préstamos con la finalidad de realizar inversiones productivas. Precisamente entre los campesinos el tipo de deuda más frecuente era con mucho el de préstamo para bienes de consumo;⁴² lo cual no debe sorprendernos, puesto que, como ya se ha visto, la mayoría de los campesinos vivían miserablemente, en el límite mismo de la simple subsistencia. Los préstamos que se les hacía eran por lo general a corto plazo y se solían extender desde la estación de la siembra a la de la cosecha, siendo frecuentemente rescatados en especies. La cargas por intereses que se realizaban sobre estos préstamos podían alcanzar fácilmente el 100 por ciento o más y revestían un carácter de pura explotación. Una vez más, estos préstamos no representaban ni mucho menos deudas contraídas con la intención o con el resultado de realizar inversiones productivas.

Los mercados de capital eran más aplicables en el sector secundario; y, como sugiere la descripción de los respectivos papeles del capital fijo contra el de explotación, el mercado más activo era el relacionado con la creación del crédito comercial. Las tarifas de interés que se podía obtener sobre la ampliación de créditos para la producción, o para riesgos comerciales, eran aumentadas enormemente por las bonificaciones que se hacían por factores tales como el riesgo y la inseguridad.⁴³ Eran pues muy poco dignos de confianza como fuentes de esperadas ganancias, producto de los aumentos de la productividad, y los datos que poseemos acerca de las tarifas de interés de este período deben ser interpretadas con gran cuidado. Por otra parte, los instrumentos de crédito no siempre ponen de manifiesto la clase de préstamo en cuestión y los informes a menudo ocultan los términos reales, o hacen referencia solamente al total que debe ser pagado, de modo que es imposible calcular la verdadera tarifa del interés. Evidentemente, los mercados de capital tenían la mayor importancia en los asentamientos urbanos; no obstante, incluso en este sector estamos muy mal informados, por lo que respecta al período medieval. La lista de ciudadanos de Bernau que en 1461 tenían deu-

42. Véase Duby, *L'Économie Rurale*, op. cit., p. 492 y s.

43. Para una discusión analítica acerca de la importancia de los márgenes de riesgo y de inseguridad, véase D. C. North, "Innovation and the Diffusion of Technology: A Theoretical Framework", que aparece en los *Proceedings of the Fourth International Conference of Economic History*, Bloomington, 1968.

das con los prestamistas de dinero judíos plantea muchas más preguntas de las que responde.⁴⁴ Por los términos en que están redactados los préstamos, se pueden hacer algunas especulaciones acerca de los propósitos con que aquéllos fueron contratados, etc. Se trata de un tema que, desde luego, requiere la atención de los investigadores.

Como categoría final, debemos anotar la contribución de un pequeño volumen de "inversión pública", el cual podía adoptar formas muy diversas. En ocasiones, individuos particulares u organismos públicos asumían la responsabilidad de construir y mantener carreteras, puentes, muelles y canales;⁴⁵ además, en las ciudades había obras públicas a realizar, tales como construcción y cuidado de las murallas, realización de servicios sanitarios, aunque fuesen muy rudimentarios, aprovisionamiento de agua, baños públicos, hospitales, etc. En los lugares en que las autoridades de la ciudad, u otros funcionarios públicos, sufragaban los costes de tales inversiones por medio de una colecta general, la tributación que se imponía comenzaba a asumir (o a reasumir) un carácter verdaderamente público.

La mayor parte de la inversión pública se relacionaba con la formación de lo que se denomina capital social para gastos generales. Este tipo de inversión puede ser condición altamente deseable, e incluso necesaria, para el posterior progreso económico, pero las tasas directas e inmediatas de recuperación sobre este tipo de formación de capital normalmente no son muy grandes. Una de las mayores diferencias que existen entre la composición de la demanda en la economía medieval y la demanda moderna radica precisamente en la escasez, en la primera, del componente de una inversión pública productiva.

Este ensayo empieza afirmando los progresos realizados en el estado de nuestros conocimientos respecto a la economía medieval. Las páginas anteriores habrán servido al menos para indicar lo mucho que todavía queda por hacer en este terreno, puesto que un gran número de los puntos tocados en este estudio de las pautas y la es-

44. Presentado por G. Sello en *Forschungen zur Brandenburgischen und Preussischen Geschichte*, IV (1891).

45. Por lo que se refiere a puentes, por ejemplo, véase Labarge, *Baronial Household*, *op. cit.*, p. 155.

estructura de la demanda se hallan claramente necesitados de una más amplia y profunda investigación y elaboración. La agenda para la futura investigación es realmente impresionante.

BIBLIOGRAFÍA

Existe muy poca bibliografía referida directamente al tema de las pautas y la estructura de la demanda en la economía medieval. Las siguientes referencias no pretenden ser exhaustivas; simplemente indican algunas sugerencias para la introducción a los distintos temas:

A nivel conceptual muy amplio o teórico, el punto de partida evidente es la obra de J. M. Keynes, *The General Theory of Employment Interest and Money*, Nueva York, 1936. La estimación de Keynes acerca del importante papel de la demanda tuvo un precedente, en un sentido muy limitado, en E. W. Gilboy, "Demand as a Factor in the Industrial Revolution", que apareció por primera vez en la miscelánea de E. F. Gay, *Facts and Factors in Economic History*, Cambridge, Mass., 1932, y fue posteriormente publicada por R. M. Hartwell, *The Causes of the Industrial Revolution in England*, Londres, 1967. También puede resultar interesante la consulta de un ensayo muy posterior de Gilboy, *A Primer on the Economics of Consumption*, Nueva York, 1968.

Para una introducción histórica de carácter general, el libro más interesante y completo es el de G. Duby, *L'Économie Rurale et la Vie des campagnes dans l'Occident Médiéval*, París, 1962. También son útiles las obras de B. H. Slicher van Bath, *The Agrarian History of Western Europe A. D. 500-1850* (traducido al inglés por O. Ordish), Londres, 1963, y de C. T. Smith, *Historical Geography of Western Europe Before 1800*, Londres, 1967. Para el estudio de un subperíodo concreto, con importantes cambios económicos, véase el libro de H. A. Miskimin, *The Economy of Early Renaissance Europe 1300-1460*, Englewood Cliffs, 1969.

La información acerca del consumo en la economía medieval es bastante variada. En primer lugar, se hallan las fuentes que podríamos denominar estudios de anticuario. Son muy numerosas y pueden

ser de considerable valor para el historiador; un par de ejemplos típicos podrían ser: H. T. Turner (ed.), *Manners and Household Expenses of the Thirteenth and Fifteenth Centuries*, Roxburghe Club, 1814, y U. T. Holmes Jr., *Daily Living in the Twelfth Century*, Madison, 1962.

También hay mucho material utilizable en los diversos boletines de las series "Enquêtes ouvertes" acerca de la "Vie matérielle et comportements biologiques", que empiezan en 1961, en *Annales; Économies, Sociétés, Civilisations*.

Una introducción breve y general del tema aquí tratado es el interesante ensayo de A. E. Levett, *The Consumer in History*, Londres, 1929.

La obra de W. Sombart resulta muy importante por su temprano reconocimiento del significado de las pautas de consumo. Los dos trabajos clásicos de este autor son su *Der moderne Kapitalismus*, Leipzig, 1902, y *Luxus und Capitalismus*, Munich, 1922²; de esta última obra existe traducción inglesa.

Finalmente, existe un amplio número de estudios y monografías específicos. Como más representativos de este amplio grupo, podríamos destacar el excelente estudio de E. Fiumi, "Economia e vita privata dei fiorentini nelle rilevazioni statistiche di Giovanni Villani", *Archivio Storico Italiano*, III (1953), y el de G. Luzatto, "Il costo della vita a Venezia nel Trecento", incluido en sus *Studi di Storia Economica Venezia*, Padua, 1954. La segunda edición de la obra de W. Abel, *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur*, Hamburgo y Berlín, 1966, constituye una excelente y útil síntesis e interpretación extraída del campo de la historia de los precios. El estudio de D. Knoop y G. P. Jones, *The Medieval Mason*, Manchester, 1967³, contiene una gran riqueza de material, especialmente acerca del problema de los salarios; obras similares que hagan referencia a temas parecidos serían altamente deseables. El estudio de A. R. Bridbury, *England and the Salt Trade in the Later Middle Ages*, (Oxford, 1955, constituye un modelo que podría resultar provechoso seguir para el estudio de otros puntos que hiciesen referencia al comercio en la Europa medieval. También sería bien recibida alguna imitación del magnífico artículo de Y. Renouard, "La consommation des grands vins de Bourbonnais et de Bourgogne à la cour pontificale d'Avignon", *Annales*

de Bourgogne, XXIV (1952), reimpreso en *Études d'Histoire Médievale*, de Renouard, o del de E. Baratier, "Production et exportation du vin du terroir de Marseille du XIII^e au XVI^e siècle", *Bulletin Philologique et Historique*, 1959.

Sobre el tema de la inversión en la economía medieval, el estado de la bibliografía toca su nadir, ya que sólo en los últimos años se han iniciado trabajos realmente serios. Tenemos valiosos estudios realizados por los dos más importantes historiadores británicos de la economía: R. H. Hilton, "Rent and Capital Formation in Feudal Society", *Proceedings of the Second International Conference of Economic History Aix-en-Provence, 1962*, París, 1965, y M. M. Postan, "Investment in Medieval Agriculture", *Journal of Economic History*, XXVII (1967). No obstante, a pesar de sus títulos, ambos artículos se refieren casi exclusivamente a Inglaterra.

Lo más aproximado que tenemos a un estudio general acerca de la existencia y el funcionamiento de un mercado de capitales, está realizado por un investigador que no es un historiador profesional; se trata de la parte segunda de la obra de S. Homer, *A History of Interest Rates*, New Brunswick, 1963.

También pueden hallarse referencias adicionales en las notas a pie de página del presente texto. La referencia principal es la *Cambridge Economic History of Europe*, vols. I-III, particularmente valiosa en lo referente a temas que se relacionan con las ciudades.

Capítulo 4

LA EXPANSIÓN DE LA TECNOLOGÍA, 500-1500

por LYNN WHITE JR.

El desarrollo de la tecnología es la parte de la historia económica menos estudiada y la que cambia más rápidamente. Los historiadores prefieren trabajar con documentos más explícitos, tales como los que nos han dejado los mercaderes, banqueros y terratenientes —es decir, aquellos que manejan artículos tangibles—. Desgraciadamente, los campesinos, artesanos e ingenieros que fabrican tales artículos por regla general emiten pocas palabras. Estas circunstancias y los gustos de los historiadores se han combinado para falsear las actividades del pasado. Actualmente, nuestros puntos de vista están siendo rectificados gracias al interés que está surgiendo por estudiar, dentro de lo posible, las mejoras en los métodos de producción y transporte, la aparición de nuevos tipos de artículos y los cambios en los modos de vivir y pensar que alteraron el mercado de bienes de consumo y las modalidades de inversión.

Este ensayo intenta recopilar los datos de que disponemos acerca del desarrollo de las más importantes ramas de la tecnología en Europa durante el milenio anterior al momento en que Colón, Vasco de Gama y Magallanes rompieron la barrera del Océano y abrieron la primera época global en la historia de la humanidad, a la que podríamos denominar “los cuatrocientos cincuenta años del imperialismo europeo”.

El lapso del milenio que comprende la Edad Media posee una fascinación propia, simplemente como fenómeno, pero para noso-

tros, que nos hallamos en el final de la Edad Europea, tiene el interés adicional de ser el período en el cual Europa cimentó su autoconfianza y la competencia técnica que, a partir de 1500, le permitieron invadir el resto del mundo conquistando, saqueando, comerciando y colonizando. Los romanos fueron tan depredadores como los europeos de comienzos de la Edad Moderna, pero aquéllos no estaban equipados para extender su dominio más allá de la cuenca del Mediterráneo. Carecían: 1) de productividad agrícola, 2) de técnicas industriales, 3) de superioridad absoluta en las armas y 4) de las artes náuticas de las que disponía Europa hacia 1500. El instrumental que hizo posible la expansión marítima de Europa fue primordialmente medieval.

Sabemos muy poco acerca de los elementos físicos que influyen en el grado de dinamismo tecnológico de una sociedad. La necesidad nada explica hasta que se la experimenta, y no podemos explicarnos por qué algunos grupos responden a necesidades —o a deseos— que en otros grupos no se llegan a formular o a sentir. Probablemente la actitud de una cultura hacia las mejoras tecnológicas se relaciona con lo que la mayoría de sus componentes piensan acerca de las relaciones del hombre con la naturaleza, con el grado de reverencia que cada uno experimenta por la tradición, con la autonomía que el individuo posee en relación con el orden establecido, tanto con el humano como con el natural, y con la respetabilidad que en tal sociedad haya alcanzado el trabajo manual. Algunas culturas muy refinadas, especialmente de la India, han mostrado muy poco interés por el cambio tecnológico; otras, como la de China desde la dinastía Han hasta la Ming, han sido enormemente creadoras a este respecto.

Este ensayo registrará, pero no intentará explicar, el hecho, fácilmente observable, de que Europa desde el siglo vi comenzase a presentar innovaciones tecnológicas más significativas que las que poseían las culturas vecinas, emparentadas y más complicadas, de Bizancio y del Islam. A mediados del siglo xiv, tras la invención del reloj mecánico, aumentó el número de artesanos con la suficiente habilidad para hacer las más intrincadas máquinas metálicas, y Europa superó a China y consiguió el liderato del mundo en cuanto a tecnología. Algunas innovaciones fueron tomadas en préstamo de otras culturas, especialmente de la China; otras fueron generadas en su

seno. El resultado final del desarrollo técnico medieval fue el equipo físico del incipiente mundo capitalista moderno.

Dado que prácticamente todos los relatos escritos y todos los monumentos famosos de la antigüedad fueron producidos en las ciudades, nosotros solemos pensar que las antiguas sociedades fueron esencialmente urbanas. En realidad, eran sociedades primordialmente agrícolas, y ello hasta un grado que difícilmente conseguimos comprender.

No es una conjetura atrevida establecer que, incluso en las más prósperas regiones, se necesitaban más de diez personas que trabajasen la tierra para que fuese posible que una sola persona viviese sin trabajar en ella. Las ciudades eran verdaderos islotes de civilización en un océano de primitivismo rural. Los ciudadanos eran sostenidos por un margen terriblemente escaso de producción agrícola excedente, el cual podía ser destruido fácilmente por sequía, inundación, plagas, desorden social o guerras. Dado que los campesinos se hallaban más cerca de las fuentes de alimentos, en tiempo de escasez acumulaban todos los alimentos que podían e impedían que los abastecimientos llegasen a las ciudades. Esto reducía la población de las ciudades tanto directamente, por el hambre, como indirectamente, por destruir el mercado ciudadano de productos del campo.

La vida urbana, con los elevados cenáculos de cultura de los cuales las antiguas ciudades eran creadoras y guardianas, era frágil debido a que la agricultura antigua tenía un bajo nivel de productividad por campesino. A despecho de su crueldad y su talento legislativo, los romanos fueron al fin destruidos políticamente por su fundamental debilidad tecnológica. La gran plaga de fines del siglo II y la anarquía del siglo III provocaron el hundimiento de una sociedad que era fundamentalmente vulnerable.

La agricultura había sido inventada en el Próximo Oriente adoptando una forma muy conveniente para esta región de suelos ligeros y clima árido. La herramienta fundamental fue el arado arrastrado por un par de bueyes. Cada otoño se cambiaba la mitad del terreno cultivable; la otra mitad se dejaba en barbecho para que regenerase su fuerza. El arado no hacía surcos en la tierra, sino que simplemente removía el terreno; se necesitaba realizar una segunda pa-

sada del arado, en sentido transversal, para pulverizar la tierra e impedir la evaporación de la escasa humedad, y para que las sustancias nutritivas del subsuelo subiesen a la superficie por atracción capilar.

Lentamente, a lo largo de varios milenios, el Próximo Oriente había desarrollado una densa aunque paupérrima población rural capaz de sostener el semicírculo de grandes ciudades que se alzaban en torno del Mediterráneo oriental, desde Alejandría hasta Tesalónica. Aunque esta región fue enormemente perjudicada por la peste y por el caos del siglo III, conservaba recursos suficientes para conseguir una rápida reconstrucción. Los bizantinos del siglo VI, los musulmanes de los siglos VII y VIII, prácticamente, no se dieron cuenta de su decadencia y caída. Pero en las provincias del Noroeste, que, en cualquier caso, eran las de más reciente incorporación a la civilización y las menos pobladas del Imperio Romano, se produjo una larga, catastrófica y continuada desintegración de la cultura urbana que la característica miopía de los historiadores occidentales ha inducido a creer erróneamente que era la condición humana general durante la Alta Edad Media.

La razón esencial para que se produjese tal colapso en el Occidente fue precisamente el hecho de que la parte norte del Imperio, el oeste del Mediterráneo y el Ebro, y especialmente el norte de los Alpes y del Loira, eran, desde el punto de vista agrícola, las partes más débiles del mundo romano. Los métodos de cultivo inventados en el Próximo Oriente, introducidos muy pronto en Europa, no eran practicables más que en terrenos arenosos bien drenados o gredosos y de baja fertilidad. En el Próximo Oriente, el problema radicaba en la conservación del agua; en el Norte, el problema consistía en el drenaje de los campos. Los mejores suelos del Norte eran aluviales, la mayoría eran arcillas muy plásticas en las que el arado de arrastre meridional apenas podía penetrar.

Los romanos no eran gentes estúpidas. Sabemos que en la Galia, en Bretaña, en Germania y en el valle del Po intentaron nuevos métodos agrícolas. Plinio, por ejemplo, nos habla de un tipo de arado con ruedas y tirado por ocho bueyes utilizado en la región alpina, y gracias a Virgilio sabemos que este arado con ruedas tenía un timón curvado; no obstante, no se trataba del fuerte y eficiente arado con ruedas medieval, que poseía un armazón cuadrangular.

A pesar de sus experimentos, los romanos nunca consiguieron adaptar los modelos de la agricultura importada del Próximo Oriente a los suelos y al clima radicalmente distintos de su región noroccidental. Este fracaso explica en gran parte la falta de elasticidad de que dieron prueba en el Oeste, especialmente si se la compara con su actitud en el Este, durante los siglos III a VIII.

El primer acontecimiento importante en la historia de Europa, durante la Alta Edad Media, fue el desarrollo, entre los siglos VI y fines del VIII, de un nuevo sistema de agricultura apropiado a las tierras septentrionales. A medida que los elementos de este sistema iban surgiendo y se consolidaban en un nuevo modelo de cultivo, éste probaba ser el método agrario más productivo, en relación con las posibilidades humanas, que el mundo había visto hasta entonces. En la época de Carlomagno su impacto era ya lo suficientemente importante para desviar el centro de la agricultura europea de las orillas del Mediterráneo hacia las grandes llanuras septentrionales, donde todavía sigue radicando. Las depredaciones de los vikingos en el siglo IX y de los magiares a principios del X pospusieron sus beneficiosos efectos hasta finales del siglo X. Pero, de un modo u otro, antes del año 1000 se comienza ya a percibir un rápido y firme aumento en la población, en el urbanismo y en el comercio en la mayor parte de la Europa occidental, que sería incomprensible si no hubiesen existido mayores cantidades de comida y un aumento de la productividad campesina, la cual permitía que una mayor proporción de la población abandonase la agricultura y se dedicase a otras tareas.

La revolución agrícola de la Alta Edad Media comenzó, harto oscuramente, en el siglo VI, cuando los eslavos crearon su pesado arado con ruedas. Puesto que en la *Lex Salica*, de principios del siglo VI, los germanos del Rin todavía utilizaban la palabra *carruca* para indicar un carro de dos ruedas, parece que todavía no poseían aquel tipo de arado; pero en la *Lex Alemanorum*, del año 720, la palabra *carruca* designaba ya el arado de origen eslavo. Este tipo de arado había sido introducido en el valle del Po un poco antes; es mencionado ya en el año 643. Según las pruebas que hasta ahora poseemos, este arado no llegó a las islas Británicas hasta las invasiones escandinavas del siglo IX.

Hubo varias formas de este tipo de arado, y su difusión y aplica-

ciones son muy discutidas, pero su efecto general es claro y evidente. Su primera gran ventaja residía en que podía remover suelos muy duros, los cuales producían mayores cosechas que los suelos ligeros normalmente cultivados con el arado de surcos. En segundo lugar, se ahorra trabajo humano, gracias al hecho de que la vertedera del arado pesado podía revolver el surco, haciendo innecesario el volver a arar la tierra en sentido transversal. Tercero, el drenaje de los campos era favorecido por una nueva manera de arar formando largas bandas o surcos; en efecto, la vertedera normalmente volcaba la tierra hacia la derecha, y así gradualmente se amontonaba el lodo hacia el centro de la banda labrada y se lograba un surco de drenaje entre las bandas. Evidentemente, el campesino septentrional había encontrado por fin el tipo de arado conveniente para su ecología.

No obstante, su adopción no fue asunto fácil; la reja del arado vertical (una cuchilla que corta el suelo en la línea del surco), la reja horizontal y la vertedera angular que rompe, afloja y revuelve la tierra tajada, se combinaban para ofrecer mucha más fricción con el suelo que el antiguo arado. Mientras que el arado romano era arrastrado generalmente por un yugo de dos bueyes, el nuevo arado a menudo exigía hasta ocho bueyes, y pocos campesinos poseían tantos animales. La solución era la unión de intereses; se unían los bueyes de varios campesinos en un único equipo y luego se dividían las bandas labradas de acuerdo con la contribución hecha por cada uno. Tal colaboración, sin embargo, era muy difícil en zonas poco pobladas o en poblados tan pequeños que la muerte o el robo de un par de bueyes pudieran destruir el equipo. Así pues, aunque el nuevo arado producía el aumento de población, al aumentar la producción de alimentos, su adopción era muy difícil si no existía cierta densidad de población previa.

Y, aún más paradójicamente, la existencia de cierta densidad de población campesina determinaba ya una dificultad para su adopción. En efecto, como el arado romano normal exigía una segunda pasada del arado, en sentido transversal al de la primera, ello en general determinaba campos en cierto modo cuadrados, pero el trazado de las largas bandas de surcos, que constituía el modo más eficiente de empleo del grande y pesado arado medieval, destruía todas las marcas existentes en los pequeños campos, y, por lo tanto, de-

saparecían las señales de los derechos de propiedad individual. Psicológicamente, esto debió crear problemas tan complicados, que es fácil comprender por qué el nuevo arado se difundió en primer lugar por las tierras que hasta entonces habían estado sin cultivar o habían permanecido abandonadas durante largo tiempo. Las terribles epidemias se extendieron una vez más por Europa en el siglo vi, lo cual probablemente marca el nadir de la población europea, después del largo declinar de fines del Imperio Romano. A partir de este momento, hay pruebas, escasas y difusas al principio, pero cada vez más abundantes con el transcurso del tiempo, de roturación de tierras y de nuevos asentamientos; probablemente, el pesado arado debió dominar en estas zonas del norte de Europa por primera vez roturadas.

El choque psicológico implícito en los nuevos reajustes sociales necesarios para poner en uso el pesado arado puede ayudarnos a comprender lo muy abierta que se hallaba la mentalidad medieval hacia los cambios tecnológicos y hacia el cambio en general. La nueva forma de los campos en bandas implicaba modelos radicalmente nuevos de cooperación entre los campesinos, incluso más amplios que la simple organización de equipos para la utilización de los pesados arados. Los campos rectangulares y de pequeño tamaño podían ser vallados con relativa facilidad, pero hubiese sido estúpido colocar vallas a los campos extremadamente alargados y estrechos, determinados por las bandas de surcos. El nuevo arado exigía que toda la tierra cultivada, que correspondía a una aldea, estuviese dividida en dos campos grandes y abiertos, uno para la siembra otoñal y el otro que se dejaba en barbecho durante un año para que recuperase su fertilidad. Cada uno de estos dos enormes campos estaba en general ligeramente cercado para impedir la entrada de los animales, pero no existían barreras entre las propiedades privadas dentro de los campos. Esto significaba que todas las tareas agrícolas tenían que ser realizadas bajo el estricto control de un consejo del poblado: las épocas de arar, sembrar, escardar y recolectar eran reguladas por cada comunidad no sólo de acuerdo con la tradición, sino en relación con las variaciones del tiempo y otros factores. El pesado arado del norte de Europa redujo el individualismo pero contribuyó a crear entre los campesinos un fuerte sistema de autogobierno de sus propios asuntos. Cuando el incremento de excedentes agrícolas permitió

que un mayor número de campesinos se trasladase hacia las ciudades, éstos llevaron consigo un hábito de autonomía comunal mucho más potente que institución alguna conocida bajo el Imperio Romano. Tan pronto como las ciudades comenzaron a crecer una vez más en Europa, simultáneamente se iniciaron las luchas, a menudo con gran éxito, que las convertirían en comunas burguesas libres, las cuales solamente prestaban una obediencia nominal a más altas autoridades.

El método del campo abierto tuvo varios efectos secundarios de gran importancia. Bajo los romanos, germanos y celtas, el cultivo de los cereales no estaba estrechamente relacionado con la cría de animales domésticos, aunque, naturalmente, incluso el ligero arado romano necesitaba para su utilización de una pareja de bueyes. En este período, el ganado vacuno y los corderos de un villorrio generalmente forrajeaban por el bosque o por los pastos silvestres, y por lo tanto sus excrementos se perdían y no eran utilizados en los campos. Bajo el sistema de los dos campos, los animales solían pastar por el campo en barbecho, o también por el rastrojo del campo cultivado, después de efectuada la cosecha; de este modo, los excrementos que caían sobre los campos abiertos fecundaban la tierra y la enriquecían para la siguiente cosecha.

La guadaña es el símbolo de la extensión de esta fusión de la economía pastoril germánica con el cultivo de cereales propio del Mediterráneo. En efecto, aunque entre los romanos ya existía la guadaña, ésta era tan poco utilizada, que se ha dudado muchísimo acerca de su posible datación. La guadaña es la herramienta típica para cortar el heno, y, bajo los francos, el uso de las guadañas para cortar el forraje y alimentar el ganado en los establos llegó a ser tan común que Carlomagno intentó cambiar el nombre del mes de Julio para denominarlo "mes de la siega del heno". El estiércol de los henniles era cuidadosamente recogido para esparcirlo por los campos. Así pues, hacia el siglo VIII, el campesino del Norte había elaborado un sistema agrario que producía más carne, más productos lácteos, cueros y lana que ningún otro conocido hasta entonces, y que, al mismo tiempo, incrementaba las cosechas de cereales.

A finales del siglo VIII, otro notable progreso apareció en las fértiles llanuras que se extienden entre el Sena y el Rhin. Existen pruebas de que, en la región báltica, los campesinos desde hacía largo

tiempo plantaban sus campos en la primavera más bien que en el otoño, según se hacía en la zona mediterránea. En el reino de Carlomagno, sabemos que muchos campesinos dividían sus tierras no en dos campos, sino en tres: uno se dejaba en barbecho, otro se sembraba en otoño, generalmente con trigo, centeno y cebada, y un tercer campo se plantaba en primavera principalmente con avena y vegetales de la familia de las alubias. Como este nuevo sistema de los tres campos exigía más esfuerzo de la tierra que el antiguo sistema de la rotación de cultivo en dos campos, sólo podía ser aplicado en terrenos de gran fertilidad, y ello a pesar de que el uso extensivo de plantas de la familia de las alubias en el plantío de primavera, al depositar nitrógeno en la tierra, reforzaba su productividad.

• Las ventajas del sistema de tres campos sobre el de dos eran considerables. Dos siembras en estaciones distintas aseguraban al campesino contra las malas cosechas y las hambres consiguientes. Con tres campos en vez de dos, el trabajo de arar la tierra podía ser repartido más fácilmente a lo largo del año. Por intrincadas razones internas del sistema, el cambio de una economía de dos campos a una de tres permitía a una comunidad campesina aumentar su producción por campesino en un 50 por ciento, en el supuesto de que pudiese obtenerse la suficiente tierra nueva. El resultado fue que se produjo una vasta ola de nuevas roturaciones de tierras.

No todos los poblados del Norte pudieron encontrar nuevas tierras para roturar y obtener plenas ventajas de la nueva tecnología. No obstante, por todas partes, en aquellas regiones en que las lluvias veraniegas hacían factible la siembra primaveral, los campesinos se apresuraron a averiguar qué beneficios podían obtener de la nueva forma de agricultura. Donde no pudo ser roturado un nuevo tercer campo, donde el suelo era pobre, o donde los intereses creados impedían la división de los dos campos preexistentes en tres, los campesinos recurrieron al sistema de dividir el campo plantado en dos partes (a menudo desiguales), sembrando una en otoño y la otra en primavera. Los campesinos conocían su oficio y no eran conservadores cuando veían un modo mejor y más provechoso de hacer las cosas. La estupidez campesina es un mito inventado por los habitantes de las ciudades que han olvidado a sus antepasados campesinos.

El incremento en el cultivo de guisantes, alubias, lentejas y gar-

banzos, en la siembra primaveral, en el sistema de rotación por trienios, aumentó el consumo de proteínas entre la gente del pueblo, y es de suponer que con un efecto beneficioso para su energía. Pero la cosecha de avena, que era también típica de la siembra de primavera, fue quizás más importante aún, al proporcionar al campesino del norte de Europa la posibilidad de utilizar por primera vez la fuerza de los caballos en la agricultura, el transporte y la industria.

Desde que fue domesticado, el caballo había constituido un auxiliar del hombre solamente en la guerra. El primer tipo de arreos, los yugos, habían sido diseñados y desarrollados para los bueyes, para cuya anatomía son muy apropiados; pero los yugos son absolutamente ineficaces para los caballos, les oprimen el cuello y les impiden respirar bien, así como que circule la sangre e irrigue su cabeza, con el resultado de que un par de caballos enlazados con el yugo apenas consiguen arrastrar más de 225 kilos en total, es decir, un carrito ligero con dos hombres, pero no más si se trata de un largo trayecto.

Métodos más eficaces de enjaezar caballos se desarrollaron en China y en el Asia central y se difundieron posteriormente por Occidente. La forma más antigua —una correa pasada ante el pecho y sujeta a barras laterales— aparece por primera vez en Europa en un bajorrelieve irlandés perteneciente al siglo VIII. La forma actualmente más común de enjaezar caballos —un collar rígido al que se sujeta la carga por medio de barras o tirantes laterales— aparece representada por vez primera en una miniatura carolingia fechada alrededor del año 800. Con los nuevos arneses, que eran mucho más caros que el tipo anterior, los caballos podían arrastrar una carga cuatro o cinco veces mayor que la que arrastraban uncidos al yugo; así pues, los caballos eran utilizables por primera vez en los pesados trabajos agrícolas, y también para el arrastre. Además, al ser los caballos mucho más rápidos que los bueyes, el ahorro de trabajo humano que se lograba, al sustituir el buey por el caballo, era realmente enorme.

Pero una vez más existían ciertos obstáculos. Los bueyes requieren poco cereal para su alimentación, mientras que los caballos necesitan mucho. El mejor grano para el alimento de los caballos es la avena, y el excedente de avena necesario fue producido, gracias a la cosecha primaveral, en el sistema rotativo de tres campos. Hacia finales de la Edad Media podía observarse ya una definida correla-

ción entre la rotación trienal y el uso del caballo en la agricultura y el transporte. Excepto en áreas muy limitadas del norte de España, Provenza y norte de Italia, las lluvias de verano eran insuficientes al sur del Loira y los Alpes para permitir la sustitución del sistema del doble campo por el del triple campo. El resultado de tal situación fue que el campesino mediterráneo careció de la cantidad de avena necesaria para abandonar la utilización del lento buey por el más rápido, pero más costoso, caballo como animal auxiliar para los trabajos agrícolas. Ésta fue la principal razón de la expansión relativamente más rápida de la agricultura en la Europa septentrional durante las postrimerías de la Edad Media.

Otro obstáculo para la utilización económica del caballo es la fragilidad de sus cascos, especialmente en climas húmedos como los del norte de Europa. Hace un siglo, era cosa corriente en los museos europeos la exhibición de herraduras de clavos romanos, e incluso celtas, pero el hecho de que ningún texto antiguo mencionase su uso, y que no apareciesen en ningún monumento de la antigüedad, indujo a revisar las pruebas arqueológicas. En la actualidad, sólo los ingleses son capaces de encontrar herraduras de clavos romanos, y el motivo de que esta utilísima invención tardase casi siete siglos en cruzar el canal es totalmente inexplicable. En Eurasia, la herradura apareció casi simultáneamente en la Siberia central, Bizancio y Alemania hacia el año 900. El hecho de que la primera prueba de la utilización del caballo en los trabajos agrícolas provenga de Noruega y se remonte a las últimas décadas del siglo ix puede relacionarse con este descubrimiento.

La velocidad del caballo permitía un gran ahorro de tiempo en las tareas de gradar para cubrir la simiente, de romper los terrones y de rastrillar los campos para facilitar la cosecha. Se inventó una nueva forma de grada con puntas de hierro, y la primera prueba de la utilización del caballo para gradar proviene del sur de Alemania y se remonta al año 1050.

Como el caballo es un animal rápido e impetuoso, antes de que los caballos pudiesen ser utilizados para arrastrar pesadas cargas tuvieron que ser inventados los modernos arneses. Si la carga es sujeta directamente a los tirantes, un giro a la izquierda dirige toda la tensión sobre el tirante derecho, y viceversa, con el riesgo consi-

guiente de que se rompa el arnés y se vuelque el carro. Probablemente un caballo podía arar o gradar con los tirantes directamente sujetos a la herramienta, puesto que los surcos tienden a formar líneas rectas; pero los caminos no suelen ser así, y la solución fue el balancín, una barra con articulación en su parte central en la que se sujeta la carga y que va atada por cada uno de sus extremos al final de cada uno de los tirantes. Su función es la de equilibrar la tensión de ambos tirantes. Aparece representada por primera vez en la tapicería de Bayeux, no más tarde de 1077. El balancín hizo posible la construcción de grandes carros para el uso de campesinos y mercaderes, carros que aparecieron a principios del siglo XII (*longae carretae*) y eran capaces de llevar grandes cantidades de mercancías o varias personas.

El pesado arado, los campos abiertos, la nueva integración entre agricultura y ganadería, la rotación del cultivo en tres campos, los modernos arneses, las herraduras de clavos y el balancín, se combinaron hacia el año 1100 en un sistema de explotación agraria total que proporcionó una vasta zona de próspero desarrollo del campesinado que se extendió, a través de la Europa septentrional, desde el Atlántico hasta el Dnieper. Un curioso poema latino, *Ruodlieb*, escrito en el sur de Alemania hacia 1050, nos proporciona panoramas incidentales de una rústica pero enormemente vigorosa y productiva sociedad campesina, de la que no existía precedente alguno en la historia. Esta sociedad fue el producto de la revolución agrícola que había tenido lugar a lo largo de los anteriores quinientos años.

Durante los siglos siguientes no hubo, en la tecnología agraria, descubrimientos comparables a los mencionados, por lo menos en el Norte. Algunos refinamientos del cultivo, tales como arados adicionales de los terrenos en barbecho, incrementaron la producción, pero ello se logró a un coste de trabajo que los hacía económicamente onerosos. Dado que, en respuesta a las nuevas aportaciones de alimentos, la población aumentó, fueron puestas en explotación tierras marginales, las cuales se agotaron en seguida y fueron pronto abandonadas. Hacia finales del siglo XIII la agricultura del norte de Europa comenzaba a presentar ciertas deficiencias. Las catástrofes del siglo XIV produjeron nuevos problemas, para los que hubo muy escasa respuesta tecnológica, y las condiciones de vida del campesi-

nado del Norte parecen haber empeorado entonces rápidamente en muchas regiones.

La historia de la tecnología agraria del Mediterráneo no está tan bien estudiada como la del Norte. Por razones climáticas, en el Sur no se pudo adoptar tan ampliamente el sistema de la rotación de cultivo trienal, y, por lo tanto, como ya hemos visto, no se pudo cambiar el uso del buey por el del caballo en los trabajos agrícolas. No obstante, en el siglo xi, cuando en la Europa septentrional se dejaron de incorporar innovaciones en el terreno agrícola, en el norte de Italia se comenzaban a hacer notables progresos que nos permiten comprender el vigor que mostraría esta región en las siguientes generaciones.

Durante un milenio, el valle del Po sería el corazón económico de Italia. Hoy en día, una película de agua corre por todo él descendiendo de los Alpes y los Apeninos, dirigida por una asombrosa red de canales de dimensiones variables. El resultado es una intensiva, vasta y muy productiva agricultura. Los romanos habían practicado la irrigación, pero no en tales dimensiones y de un modo tan complicado. El autor sospecha, aunque no la puede probar todavía, la existencia de cierta influencia islámica que aportó a Europa métodos desarrollados en la India para productos tales como el arroz, el algodón y el azúcar de caña, los cuales requieren tal tipo de irrigación o, por lo menos, se desarrollan mejor con éste. Los comienzos de tal red de canales se remontan por lo menos al siglo xi. En 1177 y 1229, la ciudad de Milán construyó para la irrigación el Naviglio Grande y el Muzza, que siguen siendo en la actualidad los dos mayores canales de la región. También en otras zonas de Italia fueron emprendidas obras semejantes, aunque no tan ambiciosas; por ejemplo, en Toscana.

Italia fue también la puerta a través de la cual penetraron en Europa, procedentes de Asia, diversos productos agrícolas e incluso animales. El búfalo de agua, un animal vigoroso bajo el yugo y fuente de rica leche, fue traído desde la India hacia el año 600, pero no se difundió fuera de Italia. El sorgo, procedente del África subsahariana, llegó en siglo ix. A finales del siglo x, los gusanos de seda y las moreras, procedentes fundamentalmente de China, eran criados y cultivados en los alrededores de Brescia. En fecha desconocida, se-

guramente poco posterior a la anterior, el trigo, tan rico en proteínas, fue introducido por el Islam; y a principios del siglo xiv (tal vez bajo influencia china) se hacía pasta de harina de trigo duro en diversas formas. A finales del siglo xv se introdujo el cultivo de arroz, primero en el curso inferior del Arno y más tarde en el valle del Po. Con la irrigación intensiva y el cultivo de huertas, los italianos se interesaron muy particularmente en nuevos frutos y hortalizas: melones procedentes de Armenia, espárragos, alcachofas, albaricoques y otros. A medida que estos productos se extendían por el Norte, la dieta alimenticia europea mejoraba paulatinamente.

Durante el principio de la Edad Media, en el norte de Europa, y durante el final de la misma, en el norte de Italia, se desarrollaron nuevas tecnologías para la producción de nuevos productos alimenticios, lo cual produjo tan amplio y constante excedente de comida, que la cultura urbana dejó de ser precaria, como lo había sido desde la antigüedad. Además, la eficiencia del agricultor individual llegó a ser tan grande, que una mayor proporción de la población —no podemos calcular exactamente su magnitud— pudo desplazarse hacia las ciudades. Ni siquiera el espantoso declinar demográfico de los siglos xiv y xv afectó a la nueva relación entre las poblaciones rural y urbana. Las raíces de la moderna tendencia al crecimiento de la población urbana se hallan en la originalidad tecnológica de los campesinos medievales.

A lo largo de toda la Edad Media, los molinos de agua fueron más comunes que la iglesias, así como más distintivos, ya que todas las sociedades han tenido santuarios, pero pocas han tenido máquinas poderosas. Las aceñas aparecen casi simultáneamente en China, Dinamarca y norte de Anatolia en el siglo i antes de Cristo, pero en Europa no se difundieron hasta comienzos de la Edad Media. Hacia 1086, el *Domesday Book* de Guillermo el Conquistador indica que, de los 3.000 asentamientos humanos que había en Inglaterra —la mayoría muy pequeños—, los más poseían dos molinos. Aunque no tenemos estadísticas comparables de la mayor parte de Europa, hay muchas razones para creer que por todos los sitios prevalecía la misma pauta. Hacia el siglo xi, en toda Europa, tanto en el Norte como en el Sur, se vivía bajo la presencia de poderosas máquinas que

ahorraban trabajo al hombre. Cada comunidad de cierto tamaño poseía constructores de molinos que los hacían y reparaban.

Durante más de nueve siglos, a partir de su primera aparición, no poseemos pruebas de que en parte alguna de Europa se utilizase la fuerza del agua para cualquier otro proceso que no fuera la molienda del trigo. Más tarde, quizás ya en 822 y con toda seguridad en 861 —ambos ejemplos se dan en Picardía—, aparece también el molino para moler la cebada y hacer cerveza. Esto es muy importante, porque hay numerosas razones que nos inclinan a creer que una nueva máquina se hallaba implicada en el proceso: unas series de mazos verticales movidos mediante trinquetes sobre el eje de la rueda del molino. Probablemente hacia 990 en el Dauphiné y con toda seguridad hacia 1040 tanto en Grenoble como en Lérins, tales molinos de mazos eran utilizados para elaborar el cáñamo y para batanar la tela. Hacia 1087 el batán había alcanzado las fronteras de Normandía y poco después se difundió por toda Francia, prosiguiendo hacia Inglaterra y Alemania a finales del siglo XII. El batanado era muy laborioso, y el nuevo proceso revolucionó la industria textil hasta el punto de que su foco más importante en Inglaterra se trasladó durante el siglo XIII del Sudeste hacia el Noroeste, donde los batanes eran más fáciles de disponer.

Junto a la de los textiles, la industria más importante era la metalurgia. En tiempos de los últimos francos se incrementó la producción y el uso del hierro, el cual reemplazó al bronce en la mayor parte de los casos. Por ejemplo, la elaboración de bisagras y adornos ornamentales de hierro para puertas se remonta tan sólo al siglo X. Los campesinos utilizaban ya muchos utensilios de hierro, de los que hemos mencionado ya la guadaña. Como veremos, las armaduras se hicieron más pesadas. Pero el hierro es un metal difícil de trabajar, puesto que requiere gran fuerza y elevadas temperaturas. La existencia en el sur de Alemania, antes de 1028, de un lugar denominado Schmidmühlen sugiere que los herreros ya utilizaban molinos de agua para mover los martillos o los fuelles de sus forjas. Las pruebas definitivas de la utilización de la fuerza motriz del agua en las industrias del metal se dilatan muchísimo: en 1135 había una poderosa trituradora en Estiria; un molino afilador existía en Normandía en 1204; hacia 1224 se menciona un molino en Suecia en el que “se

trabajaba el hierro". El siglo XIII proporciona ya abundantes pruebas de la mecanización de las forjas desde Calabria en el Sur hasta Inglaterra y Silesia en el Norte. Hacia 1269 hay una clara indicación de que existían fuelles hidráulicos para las operaciones de fundición en Moravia, y hacia 1384 se producía hierro fundido en Lieja. En Augsburgo se hacía alambre, mediante la fuerza motriz del agua, en 1351, y el molino para laminar metal aparece cerca de Nevers en 1443. Una vez inventado, cada nuevo ingenio se difundía rápidamente.

En la Baja Edad Media existía una pasión por la mecanización de la industria como no se había conocido en ninguna otra cultura. Había molinos para curtir, cerca de París, en 1135; la primera serretería data de 1204 y se alzó en Normandía; en el Forez, hacia 1251, hubo incluso un molino para moler mostaza, y en Artois, hacia 1348, uno para preparar colorantes; en 1433, en el Dauphiné, había un torno impulsado por agua. A finales del siglo XV, cualquier gran ciudad industrial, como Milán o Augsburgo, podía ser descrita tal como un viajero de mediados del siglo XVI describió a Bolonia: una acequia procedente del río Reno proporciona agua "que mueve diversas máquinas..., para moler grano, para hacer pucheros de cobre y armas de guerra, para moler hierbas y también bugallas (para tinter), para hilar seda, para pulimentar armas, para agudizar diversos instrumentos, para serrar planchas". La Europa que hacia 1500 emprendía el dominio del globo, poseía una capacidad industrial y una habilidad muchísimo mayores que las de cualquiera de las culturas de Asia —por no mencionar las de África y América—, a las que iba a desafiar.

El gran desarrollo de la tecnología mecánica en Europa, desde el siglo XI en adelante, debe ser considerado no como una acumulación de hechos aislados, sino como un único fenómeno de la más alta importancia histórica. Las zonas muy llanas, en las que la corriente de los ríos era demasiado perezosa para los molinos, cayeron en decadencia; así, en 1044 encontramos los primeros molinos movidos por la fuerza de las mareas operando en las lagunas venecianas. Los molinos de viento de eje vertical fueron inventados en el siglo X en la Persia oriental, pero no existen pruebas de que desde allí se extendiesen por otras regiones del Islam. El molino de viento de eje horizon-

tal apareció en Yorkshire en 1185 como una invención independiente; al cabo de siete años, los caballeros cruzados alemanes lo llevaron a Siria; al cabo de diez años, el papado intentaba imponer tributos sobre este invento. A principios del siglo XIV, un cronista inglés se lamentaba diciendo que la búsqueda de largos maderos para las aspas de los molinos de viento era la causa principal de la desforestación.

Junto con la búsqueda de nuevas fuentes de energía y nuevas aplicaciones de la misma, se produjo un notable desarrollo del diseño de maquinaria.

El medio básico de establecer conexión entre un movimiento oscilante y otro rotatorio continuo es el manubrio. Éste era ya conocido en China bajo la dinastía Han, pero no apareció en Occidente hasta cerca del año 830, en las proximidades de Reims. Como el manubrio es un elemento mecánico que sólo puede difundirse como parte de un ingenio mayor, y como aparece por primera vez en Europa formando parte de la piedra de moler giratoria, y luego en la gaita, y ninguno de estos instrumentos era conocido en China, es probable que se trate de una reinvencción occidental. A principios del siglo XII, los manubrios eran de uso común en toda Europa. El manubrio compuesto gira por primera vez en 1335 como parte del diseño de una máquina de dudosa utilidad realizada por un físico italiano al servicio de la reina de Francia. La idea no penetró en la conciencia de la masa hasta que en 1420 un desconocido carpintero flamenco, constructor de barcos, inventó el berbiquí y la barrena. Desde el momento en que la idea estuvo en manos de los artesanos, se difundió rápidamente: hacia 1440, manubrios compuestos y bielas aparecían incorporados a numerosas máquinas en Alemania e Italia.

Al igual que los movimientos naturales del cuerpo son oscilantes, el empuje consciente, en los diseños de maquinaria de finales de la Edad Media, tendía a explorar y ampliar la novedad del movimiento giratorio continuo. Hacia 1122-1123, el libro del monje alemán Teófilo describe el más primitivo volante para lograr tal tipo de rotación. Es curioso que el péndulo, que sirve idéntica función, por movimiento oscilante, no fuese conocido hasta Leonardo da Vinci, ni ampliamente aplicado al diseño de máquinas antes de la

obra de Jacques Besson, la cual no fue publicada por entero hasta 1578: el entusiasmo por lo nuevo determinó que se abandonase durante largo tiempo el estudio de las aplicaciones del antiguo invento.

El álabe aparece por dos veces en las máquinas de juguete de Hero de Alejandría, pero su primer uso práctico se debió producir probablemente en los molinos para cerveza carolingios, mencionados más arriba. Fue básico para el posterior desarrollo de la automación. Por ejemplo, la primera máquina automática que tenía más de un tipo de movimiento fue un aserradero mecánico diseñado hacia 1235 por el ingeniero picardo Villard de Honnecourt: el golpe cortante de la sierra es efectuado por álaves colocados sobre el eje de una turbina; el golpe de regreso depende de la oscilación de un resorte (una novedad del siglo XIII), mientras que una rueda sujeta sobre el eje contribuye a mantener el tronco sujeto contra la sierra.

El mayor triunfo del diseño de máquinas, a finales de la Edad Media, fue el reloj de pesas. Esta invención debe ser interpretada en el contexto de su época. Hacia 1260, el franciscano inglés fray Roger Bacon preveía un mundo de automóviles, submarinos y aeroplanos. Hacia 1267, un cirujano y obispo italiano subraya que "cada día se inventa un nuevo instrumento y un nuevo método para la extracción de flechas". En un sermón predicado en Santa Maria Novella, en la Florencia de 1306, el orador, al mismo tiempo que nos proporciona la mejor prueba del descubrimiento toscano de los anteojos, hacia 1280, canta las alabanzas del movimiento tecnológico en boga. En efecto, dice que no todas las artes han sido ya inventadas. "Hay muchas todavía que no han sido descubiertas; cada día podría surgir algo nuevo, y todavía quedarían nuevas cosas por descubrir... No han pasado ni veinte años desde que fue descubierto el arte de hacer anteojos que nos proporcionan una perfecta visión, uno de los mejores y más necesarios artes del mundo. Así pues, hace muy poco tiempo que fue hallado un nuevo arte que no había existido jamás. Yo he visto al hombre que lo descubrió y lo puso en práctica y pude hablar con él".

Nos encontramos aquí con un modo de obrar que no posee un antecedente histórico: marca la invención del invento como un proyecto total. Este modo de obrar fue propio de los técnicos europeos desde fines del siglo XIII en adelante.

Gracias a las traducciones masivas de los tratados griegos y árabes, durante los siglos XII y XIII, la astrología experimentó una verdadera resurrección. A fines del siglo XIII, un buen médico era también un buen astrólogo, ya que para hacer un diagnóstico perfecto y curar las enfermedades era preciso tener en cuenta el horóscopo de cada enfermo. La habilidad profesional de un médico dependía en parte de su capacidad para realizar observaciones exactas de los movimientos de los astros. Para ello, los relojes de agua resultaban ya insatisfactorios, sobre todo en el frío Norte, donde fácilmente se helaban, en especial por la noche; así pues, era preciso algún nuevo ingenio para medir el tiempo.

Los relojes de arena y vidrio eran también poco satisfactorios, y no sólo porque la arena ensanchaba muy pronto el orificio a través del cual se deslizaba: la dificultad principal radicaba en que, a diferencia de lo que sucede con los líquidos, la arena no se nivela por un igual, con lo cual no permite establecer verificaciones exactas. El problema de la abrasión del vidrio por la arena no se solventó hasta principios del siglo XIV, y ello se logró gracias al uso del tipo de "arena" que desde entonces se ha venido utilizando: cáscara de huevo finamente molida. Pero en aquel entonces esto fue únicamente utilizado en la navegación, para calcular que las guardias tuviesen una misma duración.

En 1269, un ingeniero militar picardo, Pedro de Maricourt, dedujo que una esfera de hierro magnético, montada de modo que no tuviese fricción alguna y paralela al eje terrestre, giraría sobre sí misma una vez al día por simpatía con las esferas celestes, y constituiría, por lo tanto, el reloj perfecto. Desgraciadamente, nadie pudo montar este artefacto desprovisto de toda fricción, y de este modo comprobar la teoría. En 1271, Roberto el Inglés nos habla de ciertos planes para construir un reloj movido mediante contrapesos, pero admite que el problema del escape todavía no había sido resuelto. Casi al mismo tiempo, en la corte de Alfonso X el Sabio de Castilla, el rabí Isaac ben Sid de Toledo no sólo diserta acerca de nuevos tipos de relojes de agua que, según afirma, son muy superiores a ninguno de los conocidos hasta entonces, sino que también describe, incluso con un diagrama, un reloj movido por contrapesos y equipado con un freno consistente en una caja dividida en su interior en com-

partimientos y conteniendo mercurio que fluye de sección a sección a través de pequeños agujeros. Es evidente que hubo muchos hombres de preclara inteligencia que a partir de 1260 se ocuparon del problema del reloj, pero la solución definitiva no fue descubierta hasta 1330 y bajo dos formas: los escapes de ruedas y el eje del volante.

Desde aquel momento, y casi de un modo explosivo, los relojes mecánicos se difundieron por toda Europa. El más complicado de todos fue realizado en 1364 por Giovanni de' Dondi, quien fue profesor de medicina y astrología sucesivamente en las universidades de Pavía y Padua. Su engranaje y la perfecta coordinación de centenares de partes metálicas móviles —ya que este artefacto era, además de un reloj, un planetario y un calendario perpetuo— lo señalan como una de las grandes realizaciones de la humanidad.

La difusión de los relojes creó e incrementó un nuevo cuerpo de artesanos capaces de hacer y reparar relojes, y que, al mismo tiempo, podían aplicar sus habilidades mecánicas a campos afines. Hacia la segunda mitad del siglo xiv —una época funesta en tantos aspectos—, la capacidad de innovación de la técnica europea había progresado de una manera extraordinaria.

Nuevos productos y nuevos mercados cooperaron en el proceso hasta extremos que nosotros solamente comenzamos a comprender. Este punto puede ser ilustrado con la historia del libro impreso.

La rueca —que incidentalmente nos ofrece el primer ejemplo en Europa de movimiento accionado por una cuerda— fue conocida en China en el siglo xi y aparece por primera vez en Occidente, en Speyer, hacia 1280. La aparición del telar de lizo y pedal hacia 1190 (tal vez procedente también de China) había acelerado de tal manera la producción de tela ordinaria, que un tejedor podía absorber la producción de varios hiladores activos; esto, por otra parte, motivó que el hilado se convirtiera en la parte relativamente más costosa de la producción de textiles. La rueca, o torno de hilar, aunque todavía carecía de araña (descubierta en 1480) y de pedal (creado en 1520), incrementó la producción de hilados, y, por lo tanto, los tipos de tela más comunes pudieron ser más baratos. Así pues, en el siglo xiv se produjo un gran incremento en el consumo, especialmente de ropa blanca usada para hacer camisas, ropa interior, sábanas, toallas, pañuelos, servilletas y cosas semejantes. Esto

quiere decir que existió una cantidad creciente de retales de tela blanca, los cuales constituían el material básico europeo para la fabricación del papel.

El papel es también un invento chino, difundido al Islam en el siglo VIII. No existe prueba segura de que la producción de papel en el Islam estuviese mecanizada. Es típico del estilo distintivo de la tecnología medieval europea el que, en los dos primeros ejemplos que poseemos de manufactura de papel en la Cristiandad latina —en Fabriano en 1276 y en Játiva en 1280—, aparece para la preparación de la pulpa la utilización de la fuerza hidráulica, lo cual abarataba el precio del papel; seguramente el aumento de las posibilidades de conseguir trapos de tela blanca en la siguiente centuria permitió disminuir todavía más los precios del papel. El pergamino y la vitela seguían siendo muy caros; se calcula que el pergamino para una Biblia de gran tamaño requería las pieles de 200 a 300 corderos. Aunque Gutenberg imprimió ocasionalmente sobre vitela, no hubiese sido económicamente factible la inversión del capital necesario para el complicado aparato que se necesitaba para imprimir un libro si la proporción del coste del material de las páginas hubiese seguido siendo tan onerosa. En realidad, para la invención de la imprenta no solamente era imprescindible el papel, sino el papel barato.

El incremento de la vida urbana, del comercio y de las comunicaciones en general benefició a la literatura y aumentó, gracias a ello, el mercado de libros. Pero este mercado se vio también favorecido por la invención de los anteojos a fines del siglo XIII y en la Toscana, como mencionábamos más arriba. Los lentes de aumento habían sido utilizados por científicos, como Roger Bacon, desde dos o tres décadas antes de que se inventasen los anteojos, pero parece que las gafas, más que una aplicación práctica de la óptica, fueron producto del desarrollo empírico de la reciente invención italiana de un vidrio perfectamente transparente y de nuevos métodos de tallar gemas, cristal y vidrio. De las palabras del predicador de Santa Maria Novella en 1306, se deduce que muchos de los que escuchaban usaban gafas; y, hacia mediados del siglo, Petrarca alardea de que él nunca las ha necesitado, lo cual permite suponer que por aquel entonces eran de uso corriente entre los hombres de su misma edad. Entre las generaciones anteriores, los hombres de letras empleaban sus años de

juventud en leer y sus décadas de presbicia en hablar. Desde finales del siglo XIII, esas personas pudieron leer durante toda su vida, con lo cual el mercado de libros, obviamente, experimentó un poderoso incremento.

Además, antes de la invención de la imprenta los libros eran terriblemente caros, ya que, a pesar del abaratamiento del papel, la enorme cantidad de trabajo de copista requerido para cada volumen y la creciente demanda de libros mantuvieron los precios muy altos. Se calcula que en 1440, mientras Gutenberg, en Maguncia, perfeccionaba la imprenta con sus tipos móviles fundidos, el salario de un profesor corriente en la universidad de Pavía, si lo gastara por entero en la adquisición de libros, le permitiría comprar dos volúmenes de leyes (que eran muy grandes) y diez de medicina. Gutenberg, al ahorrar trabajo caro, puso el precio de los libros al alcance de un enorme mercado potencial, con el resultado de que en la segunda mitad del siglo XV la imprenta se convirtió en Europa en una gran industria. Pero el invento de Gutenberg, y la naturaleza del mercado que él sirvió, debe ser entendido en el mismo contexto que invenciones tales como la rueda, los cristales ópticos y los molinos movidos por la fuerza hidráulica para hacer pulpa de papel. El dinamismo de la industria de finales de la Edad Media implicaba estímulos de diversa índole: un invento engendraba nuevos inventos. La Europa que, a partir de 1500, comenzaba a dominar el mundo estaba preparada para llevar a cabo esta empresa gracias a un creciente deseo de hallar nuevas fuentes de energía natural, de descubrir nuevos mecanismos que permitiesen el ahorro de trabajo y nuevos modos de producción; este deseo había surgido alrededor del año 1000 y todavía no se ha extinguido a fines del siglo XX.

Al mismo tiempo, la Europa medieval mostraba un talento sin precedentes para desarrollar el arte de matar. La humanidad siempre había hecho guerras, pero la mayor parte de ellas habían sido poco eficaces en cuanto al arte de matar. A partir del siglo VIII, Europa fue a la cabeza del mundo en el desarrollo de la tecnología militar.

El más significativo invento en la historia de la guerra, anterior al invento de la pólvora, fue el estribo. Mientras un guerrero montado tuvo que aferrarse a su caballo con las rodillas, sus acciones no

podieron incluir el asalto directo; por lo tanto, el arco, las flechas y las jabalinas fueron sus armas favoritas; el uso de la espada fue forzosamente muy limitado, mientras que la lanza se tenía que blandir al extremo del brazo. Se intentó sostener la lanza con ambas manos, pero como esto impedía su uso juntamente con el del escudo, su empleo de esta guisa sólo fue posible cuando la caballería luchaba contra guerreros a pie.

En conjunción con una silla provista de un alto pomo, y de bordin trasero del arzón, los estribos unían a caballo y caballero hasta formar un solo organismo. De este modo, la larga lanza podía ser llevada cómodamente bajo la axila derecha; el brazo del guerrero simplemente guiaba el golpe, que era dado por el ímpetu del caballo de guerra a la carga; con ello, el incremento de la violencia era extraordinario.

La idea generadora del estribo apareció a fines del siglo II antes de Cristo en la India, en la forma de un sobrecincho holgado bajo el vientre del caballo en el que se apoyaban los pies del jinete. Pronto se le añadieron unas pequeñas anillas en las que se metían los dedos gordos de los pies. La idea pasó a China, donde, a causa del clima, que exigía el uso de zapatos, el estribo fue ensanchado en el siglo V de modo que permitiese meter el pie entero. A fines del siglo VII, el estribo pasó de China a Occidente, alcanzando a los ejércitos musulmanes en el Irán en el año 694 y llegando al reino de los francos hacia el 730.

Los francos fueron, por lo tanto, el último de los pueblos que montaban a caballo que conocieron el estribo, pero fueron los primeros en darse cuenta de sus radicales posibilidades. Carlos Martel, o sus consejeros militares, decidió que el nuevo método de combate a caballo, mediante el choque, era con mucho el más efectivo de los que se conocían, y que el ejército franco, el cual hasta entonces se había compuesto casi enteramente de infantería, debía ser orientado rápidamente hacia la caballería, equipada y preparada según el nuevo estilo. En 732 comenzó la operación, confiscando las tierras de la Iglesia y distribuyéndolas entre los vasallos con la condición de que estuvieran dispuestos a luchar según el nuevo método. Cuando se enfrentó y derrotó a los invasores musulmanes procedentes de España, en Poitiers, en el 733, su ejército —como el de sus enemigos—

era todavía en su mayor parte de infantería; pero la exasperación que le produjo su falta de movilidad, la cual le había impedido explotar su victoria adecuadamente, le llevó a activar rápidamente sus reformas militares. Confiscó nuevas tierras a la Iglesia, que fue compensada a expensas del pueblo mediante el establecimiento de diezmos, y creó una nueva clase de guerreros, una clase privilegiada pero obligada a acudir a la batalla con el nuevo tipo de cabalgadura.

El combate por choque a caballo, del que el estribo es el presupuesto técnico, es la clave fundamental de la institución feudal de servicio al señor, siendo asimismo imprescindible para comprender la imagen que el señor tenía de sí mismo y de muchos aspectos de la cultura caballeresca. El nuevo modo de luchar era tan difícil, que su práctica requería un fuerte entrenamiento desde la edad juvenil mediante combates contra otros hombres jóvenes, de modo que se desarrollase un sentido corporativo de su única función. El deporte más admirado era la justa, que estilizaba el combate a caballo con la máxima magnificencia. El pendón, que originalmente era una tela sujeta en el asta de la lanza, detrás de la hoja, para impedir que aquélla penetrase tan profundamente en el cuerpo de la víctima que fuese demasiado difícil retirar el arma, se convirtió en un ornamento en el cual lucían las insignias personales. Como la violencia de la guerra a caballo requería siempre una más pesada armadura que enmascarar al jinete, las insignias que se ostentaban en el pendón pasaron a adornar también los escudos y la cota, para permitir la identificación, y pronto se convirtieron en las "armas" de la aristocracia. Incluso en el momento en que los guerreros feudales se convirtieron en una clase gobernante, además de ser una *élite* militar, consideraban que debían gobernar a causa de su especial habilidad para la lucha, no que debían luchar a causa de su derecho a gobernar: en teoría, si no acudían a la lucha a requerimiento de su señor, perdían su derecho feudal.

La violencia del combate afectó asimismo profundamente a las industrias del metal, a causa de la constante búsqueda de armaduras más fuertes. Hasta finales del siglo XIII, a excepción de los yelmos, hechos de láminas remachadas, las armaduras eran de cotas de malla o de láminas o anillos cosidos sobre telas acolchadas. En el siglo XIII, la aplicación de la fuerza hidráulica a la forja de los metales permitió

reemplazar tales métodos de cobertura por armaduras de lámina de metal. A fines del siglo xv, una buena armadura era a la vez una obra de arte y un soberbio alarde tecnológico que implicaba articulaciones ajustadas formadas por docenas de láminas de acero especialmente diseñadas.

Por este tiempo, sin embargo, las armaduras estaban casi en desuso para fines militares, aunque, al igual que los torneos, eran apreciadas como símbolo de un *status* social. Europa, en esta época, estaba desarrollando proyectiles de tal potencia que ningún caparazón de metal podía constituir una defensa efectiva.

El proceso comenzó con la aparición, a fines del siglo xi, de una poderosa ballesta que tanto los bizantinos como los árabes consideraron una novedad creada por los franceses y que adoptaron rápidamente, como lo hicieron con la mayor parte de las innovaciones militares occidentales. Pero el siguiente cambio no consistió ya en armas de mano, sino en una nueva forma de artillería.

En 1004, los chinos utilizaban un enorme lanzapiedras consistente en un tablón que pivotaba sobre un caballete, siendo activado por hombres que tiraban al unísono de cuerdas colocadas al extremo del tablón, lejos del proyectil. Aparece por primera vez en Europa en 1147, en manos de los soldados franceses que sitiaban la ciudad de Lisboa, entonces musulmana. Durante el asalto a dicha ciudad, esta máquina era movida por equipos de 100 hombres. Para ahorrar trabajo, hacia fines del siglo xii, en el extremo más corto del tablón pivotante se colocaba un cajón lleno de tierra y piedras, el cual podía ser levantado lentamente por medio de polea y cabrestante, mientras que el proyectil era soltado de sus calzos por medio de un disparador. Además de reducir el gasto de esfuerzo humano, esta catapulta o trebuchete, según fue denominada la máquina, hizo posible una precisión en el disparo totalmente imposible de alcanzar con la actuación en equipo, en la que la velocidad y la fuerza del impulso podían variar. Teniendo el mismo peso el cajón y el proyectil, y la misma longitud la viga y el disparador, se podía golpear un mismo punto del muro de una fortaleza repetidamente y de este modo destrozar gradualmente la mampostería. Pronto se observó que la fricción del aire sobre la bala provocaba también ligeras diferencias en el disparo. Hacia 1244 se producían ya en Inglaterra piedras redondas

para el trebuchete, las cuales eran calibradas exactamente según las especificaciones de un ingeniero militar; así pues, la bala de cañón fue antes que el cañón. El trebuchete demostró ser tan útil, que la artillería de torsión y tensión, heredada del mundo antiguo, cayó en desuso.

El hecho de que en 1248, en Egipto, el salitre fuese denominado "nieve de China" indica probablemente que la pólvora llegó a Europa, a través del Islam, procedente de China. En 1258 se utilizaron cohetes en Colonia, y aproximadamente un año más tarde Roger Bacon los conoció. El problema de si el cañón (esto es, un tubo de metal a través del cual la expansión de unos gases expelle un proyectil) fue inventado primero en China o en Europa todavía no ha podido ser aclarado. Los cañones aparecen en Occidente en 1320, y en China se tiene prueba segura de su existencia en 1332. El Islam copió el cañón de Occidente, e igual hicieron los japoneses en el siglo xvi. Los contactos entre Europa y China a principios del siglo xiv eran tan intensos, que el préstamo se pudo haber producido en ambas direcciones.

Las consecuencias del uso de la artillería con pólvora en Europa aparecieron lentamente, y las armas manuales no se convirtieron en armas efectivas hasta la segunda mitad del siglo xv. No obstante, hacia 1500 los europeos poseían con mucho el mejor equipo militar del mundo y habían creado una gran industria química para producir la pólvora y una poderosa metalurgia para la fabricación de cañones. Así pues, habían producido un arsenal capaz de conquistar el globo.

Para alcanzar las zonas del mundo situadas más allá de los océanos, Europa necesitaba embarcaciones y métodos náuticos apropiados para largos viajes por mar.

El progreso en este sentido, más allá de los límites alcanzados por los romanos, comenzó en el siglo vi. Ya en la primera centuria antes de Cristo se utilizaron a veces aparejos de velas náuticas que permitían cambios de bordada contra el viento, en pequeños barquitos que circulaban entre los puertos mediterráneos o entre las islas griegas. No obstante, este tipo de aparejo nunca fue aplicado en tiempos de Roma a los grandes barcos mercantes, probablemente porque el diseño de las quillas no estaba de acuerdo con el de las ve-

las. Los cambios de bordada, sin una quilla que se hunda profundamente dentro del agua, provocan considerables oscilaciones. Para viajes cortos, en los que siempre se esté a la vista de tierra, se puede permitir el uso de este aparejo, pero para viajes largos, en los que se ha de navegar durante días sin ver la tierra (como a menudo hacían los romanos), habría sido muy difícil realizar una navegación cuidada en tales circunstancias, por lo que se preferían velas cuadradas y se procuraba evitar los cambios de bordada, aunque éstos eran posibles, si bien muy penosos, incluso con velas cuadradas. Hacia finales del siglo vi, en el puerto de Marsella, había tres grandes barcos mercantes denominados *latenae*, esto es, equipados con velas latinas. Evidentemente, las quillas de estos navíos penetraban lo suficiente en el agua para permitir cambios de bordada, con todas sus considerables ventajas.

En algún momento de la Edad Media se produjo un cambio en los procedimientos de construcción de barcos, el cual debió revolucionar la economía del comercio marítimo. Hoy en día consideramos natural que para construir un barco se comience por colocar una quilla, se levante luego el esqueleto de cuadernas y finalmente se sujete el casco sobre este esqueleto. No obstante, pruebas obtenidas recientemente demuestran que, hasta fecha tan tardía como la del reinado del emperador Heraclio (610-641), los carpinteros de las riberas del Mediterráneo (como los del Océano Índico y los vikingos) realizaban su obra al revés: primero levantaban la envoltura del casco, uniendo laboriosamente cada plancha a la vecina mediante machihembrados, espigas y clavijas; cuando el caparazón estaba terminado, tallaban e insertaban dentro del casco todas las cuadernas y abrazaderas necesarias. Con este método se construían barcos muy fuertes, pero muy caros en cuanto a esfuerzo humano, incluso para una sociedad en la que existía la esclavitud. La invención medieval de construir un barco de modo que la primera secuencia fuese levantar el esqueleto, redujo notablemente la inversión necesaria para su construcción y, por lo tanto, aumentó el provecho del capital invertido. No tenemos actualmente evidencia alguna de que el nuevo método se pusiera en práctica en el Mediterráneo antes del siglo xi, pero nos sentimos inclinados a aventurar que el cambio estuvo relacionado con el extraordinario desarrollo del comercio por mar, du-

rante el siglo x, en los puertos italianos como Amalfi, Venecia y Pisa. Tal vez la arqueología submarina nos proporcione tal fecha.

Otro gran progreso, tanto respecto a la seguridad como al beneficio, provino de la introducción en Europa, durante el último decenio del siglo xii, de la brújula magnética, que procedía de China; su uso se extendió ampliamente en pocos años. A fines del siglo xiii, la brújula y las detalladísimas cartas de navegación referidas al Mediterráneo que aquélla hizo posibles tuvieron un gran desarrollo, lo que permitió que un barco de una ciudad occidental como Venecia o Génova, que anteriormente sólo habría podido realizar un viaje hacia el Levante durante todo un año, consiguiera hacer dos de tales viajes. Naturalmente, el beneficio del capital se incrementó, los navegantes obtuvieron mejores condiciones de empleo y todo el comercio se revitalizó en gran manera.

En el norte de Europa, durante los comienzos del siglo xiii, tuvo lugar un gran paso hacia la navegación moderna. Los primitivos timones eran remos laterales y, en cambio, todos los timones modernos van firmemente articulados a la popa del barco. El remo lateral resulta ser mucho más vulnerable a la rotura durante las tormentas en el Océano que el timón moderno, el cual aparece primeramente en una pila bautismal en la catedral de Winchester y en los sellos del mar del Norte y de las ciudades bálticas, y fue adoptado más tarde en el Mediterráneo durante el siglo xiv.

A fines del siglo xiii algunos aventureros europeos se sintieron impelidos a lanzarse por las rutas del mar. En 1291, dos barcos genoveses, equipados por la familia Vivaldi, navegaron a través del estrecho de Gibraltar para llegar hasta la India y sus tesoros, sin que se sepa el resultado de tal expedición. Durante los doscientos años siguientes hubo arriesgadas expediciones de portugueses, españoles, italianos, flamencos y normandos hacia el oeste y el sur del Atlántico, las cuales sirvieron para el descubrimiento y la colonización de nuevas islas y para el perfeccionamiento de los aparejos y cascos de los barcos, necesario para poder resistir las condiciones oceánicas y adoptar nuevos métodos de navegación. En la última década del siglo xv, los europeos, navegando con barcos poderosos y armados con cañones invencibles, pusieron rumbo a las Indias Orientales y a las Occidentales.

Hacia 1500, el dinamismo tecnológico de la Edad Media había proporcionado a Europa un seguro aprovisionamiento alimenticio, una gran competencia mecánica e industrial, enormes ventajas en el terreno militar y una habilidad para aventurarse por los mares que hizo posible, a los occidentales de aquel tiempo, unir las hasta entonces separadas historias de los pueblos en una sola experiencia de toda la humanidad. Ésta fue una acción que marcó una época, ya que no podía suceder más que una vez.

Pero la potencia creadora de la Edad Media es más evidente para nosotros, que nos aproximamos al año 2000, que para los hombres del 1500. Gran parte de la labor realizada por los técnicos medievales permaneció oculta durante siglos.

Una serie de ilustraciones pueden demostrar este punto. En las postrimerías de la Edad Media hubo una gran curiosidad e interés por la utilización del aire. Hacia 1010, un monje benedictino anglosajón llamado Eilmer construyó un planeador, se arrojó con él desde la torre de la abadía de Malmesbury y voló unos 180 metros; el aparato se estrelló y él se rompió las piernas. La causa de este desastre fue, según el diagnóstico de su propio protagonista, que olvidó ponerle una cola en la parte posterior —“caudam in posteriore parte”—. A fines del siglo XII, según ya hemos visto, apareció en la región del mar del Norte el molino de viento con eje horizontal. Posiblemente a mediados del siglo XIII y con toda seguridad en el siglo XIV, se utilizaba la resistencia del aire en los escapes de ventilador para moderar la caída de los pesos en sorprendentes mecanismos, primero en los relojes de agua y posteriormente en los relojes mecánicos. Hacia 1425 llegó a Europa la cerbatana, trayendo consigo su nombre malayo (malayo, *sumpitan*; árabe, *zabatana*; italiano, *cerbottana*; español, *cerbatana*; inglés, *sarbacand*), y ello condujo a hacer experimentos con armas de aire y con aire comprimido. En 1474, una pintura de Nuremberg muestra a un elaborador de vinos utilizando una forma especial de fuelle para hacer pasar el vino, a través de un tubo, de un barril a otro. El libro de notas de un ingeniero sienés de 1430 muestra la más antigua de una larga serie de pinturas, del siglo XV, en la que se ve una peonza giratoria de juguete, la cual probablemente procedía de China y que, hacia finales del siglo, inspiraría a Leonardo el diseño del helicóptero. Este

mismo manuscrito sienés muestra también la primera bomba de succión, que utiliza la presión del aire para elevar el agua. Finalmente, no más tarde de los primeros años de la década de 1480, un anónimo ingeniero italiano, siguiendo la tradición sienesa, descubrió el fundamento del paracaídas. Al cabo de algunos años, Leonardo diseñó otro.

Entre todos estos mecanismos, sólo el molino de viento y la bomba de succión se difundieron y desarrollaron con bastante rapidez. Eilmer de Malmesbury nunca fue olvidado —John Milton, por ejemplo, le menciona— y su acción fue conocida por los pioneros de la aviación del siglo xix. No obstante, los planeadores no tuvieron objeto hasta que el hombre pudo construir un mecanismo capaz de propulsar al planeador. El helicóptero padeció idéntico obstáculo: hasta que se consiguió realizar un motor muy ligero pero poderoso, constituyó un verdadero callejón sin salida tecnológico. La escopeta de aire comprimido y la bomba aspirante resultaron ser las principales bases empíricas para poder proseguir los estudios científicos acerca del vacío y la compresión, pero no contribuyeron a nuevos descubrimientos tecnológicos hasta el pleno dominio del vapor en el siglo xviii. El aire comprimido usado para el transporte de materiales —y aplicado por primera vez de un modo masivo a la manipulación de los cereales a finales del siglo xix— no pudo ser ampliamente desarrollado hasta que se realizaron poderosos fuelles mecánicos con mayor flexibilidad de colocación que la exigida por una turbina. En cuanto al paracaídas —publicado por vez primera en 1615, en un famoso libro de máquinas, por Fausto Veranzio, obispo dalmata—, no tuvo aplicación alguna hasta el descubrimiento y la puesta en funcionamiento del globo aerostático, a fines del siglo xviii; pero cuando, al cabo de trescientos años en que la idea del paracaídas permaneció dormida, surgió una aplicación para él, aquella idea dormida despertó en la conciencia occidental. Hoy en día el paracaídas es básico para la recuperación de las cápsulas espaciales, por no mencionar las obvias y masivas aplicaciones militares. Una parte muy grande de la deuda que el mundo moderno tiene para con los técnicos medievales procede de su audacia puramente especulativa; en efecto, muchas de las ideas que tuvieron no fueron aplicables inmediata o tempranamente, pero aquellas ideas, al modo de genes conceptuales recesivos,

permanecieron inactivas en el repertorio de los ingenieros hasta que surgieron nuevas necesidades y nuevas circunstancias que hicieron posible su puesta en marcha.

La creatividad tecnológica estaba en consonancia con el espíritu de la cultura medieval occidental. Los monjes, que fueron durante varios siglos el grupo más instruido de la sociedad, se dedicaron al trabajo como a una forma de oración. En el siglo XII, el biógrafo de san Bernardo, contemporáneo suyo, describe con orgullo las distintas norias que en su abadía de Claraval trabajaban en los varios procesos industriales. En 1248, al instalar a un grupo de canónigos premostratenses en un monasterio en decadencia, el arzobispo de Maguncia los alaba como a excelentes ingenieros y dice: "He descubierto hombres a mi gusto..., no sólo dan prueba de un sentimiento religioso intachable y llevan una vida santa, sino que además son muy activos y hábiles en la construcción de caminos, en la construcción de acueductos, en el desecado de marismas —semejantes a las que en esta zona tanto han perjudicado al monasterio— y, en general, en todas las artes mecánicas".

Un siglo antes, por vez primera en la tradición occidental, el canónigo Hugo de San Víctor había concedido a las artes mecánicas un lugar importante en el esquema de la actividad humana. A mediados del siglo XV, mientras la primera oleada de conquistadores europeos estaba todavía creciendo, los artistas, de un modo repentino e incongruente, vistieron las representaciones alegóricas de la Templanza, considerada entonces como la más importante de las siete virtudes, con una panoplia de la nueva tecnología: ostentaba sobre su cabeza el triunfo del diseño de máquinas, el reloj mecánico; en su mano derecha sostenía unos anteojos, el principal descubrimiento para el hombre maduro letrado; y estaba colocada sobre la torre de un molino de viento, la más reciente forma (aparecida hacia 1390) de la máquina motriz. En las postrimerías de la Edad Media se consideraba a los avances tecnológicos como algo profundamente virtuoso, como una manifestación de la obediencia del hombre al mandato divino de que la humanidad debía gobernar la Tierra. A pesar de las deudas crecientes y de la secularización de las actitudes antaño religiosas, el carácter beneficioso de la técnica sigue siendo un axioma, actualmente, para el mundo occidental.

BIBLIOGRAFÍA

El más amplio estudio existente acerca de la tecnología medieval europea es el de Bertrand Gille en *Histoire Générale des techniques*, ed. Maurice Daumas, vol. I, París, 1962, pp. 429-598, y vol. II, 1965, pp. 2-139. Véase también Lynn White, Jr., *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962. La obra *History of Technology*, ed. Charles Singer, etc., vol. II, Oxford, 1956, y vol. III, 1957, constituye una mina de información, pero es irregular en cuanto a la precisión de los datos que aporta. Cualquier estudioso de la tecnología europea anterior a 1800 debe tener muy en cuenta el libro de Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, 4 vols., Cambridge (Inglaterra), 1961-1965, en lo referente a las relaciones entre Europa y China. El libro de Franz M. Feldhaus, *Die Technik der Vorzeit, der geschichtlichen Zeit und der Naturvölker*, Leipzig, 1914, es muy útil respecto a una sorprendente cantidad de temas, y lo mismo sucede con la obra de Umberto Forti, *Storia della tecnica dal Medioevo al Rinascimento*, Florencia, 1957.

Respecto a la agricultura y sus técnicas en el norte de Europa, véase el capítulo escrito de nuevo por Charles Parain en *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. I: *The Agrarian Life of the Middle Ages*, ed. M. M. Postan, Cambridge (Inglaterra), 1966², pp. 125-175; y, respecto a la agricultura italiana, el capítulo enteramente nuevo redactado por Philip Jones, *ibid.*, pp. 352-383; también, y principalmente para el Norte, B. H. Slicher van Bath, *The Agrarian History of Western Europe, A.D. 500-1850*, Nueva York, 1963. La obra de Georges Duby, *L'Économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, 2 vols., París, 1962, es excelente para el período final, pero descuida los cruciales progresos realizados antes del siglo ix.

Respecto a la explotación de la energía natural, la obra ya clásica de Marc Bloch, "The Advent and Triumph of the Water-mill", puede ser consultada actualmente en un volumen de sus papeles seleccionados: *Land and Work in Medieval Europe*, tr. al ing. por J. E. Anderson, Berkeley y Los Ángeles, 1967, pp. 136-168. Para la región de Francia es fundamental la obra de A. M. Bautier, "Les

plus anciennes mentions de moulins hydrauliques industriels et de moulins à vent", *Bulletin philologique et historique*, 1960, pp. 567-626, mientras que la obra de E. M. Carus-Wilson, "An Industrial Revolution of the Thirteenth Century", *Economic History Review*, XI (1941), pp. 39-60, constituye un examen modélico del batán en Inglaterra. El único estudio documentado que existe de la fuerza motriz del agua en Europa es el de Bradford B. Blaine, *The Application of Waterpower to Industry during the Middle Ages*, tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles, 1966.

En cuanto al desarrollo del diseño de máquinas, véase Theodor Beck, *Beiträge zur Geschichte des Maschinenbaues*, Berlín, 1899, obra que todavía no ha sido superada. Véanse también Bertrand Gille, *Engineers of the Renaissance*, Cambridge, Mass., 1966, y White, *op. cit.*, pp. 103-129; véase asimismo Carlo M. Cipolla, *Clocks and Culture, 1300-1700*, Londres, 1967.

El estribo y sus implicaciones son estudiados por White, *op. cit.*, pp. 1-38, el cual basa su obra en la de Richard Lefebvre des Noëttes, *L'attelage, le cheval de selle à travers les âges*, 2 vols., París, 1931. En cuanto al desarrollo de la artillería química, J. R. Partington, *History of Greek Fire and Gunpowder*, Cambridge (Inglaterra), 1960, es fundamental, si bien se trata de una obra bastante difícil. La relación entre tecnología militar y náutica y el nuevo imperialismo es examinada por Carlo M. Cipolla, *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion, 1400-1700*, Londres, 1966.

No existe un estudio adecuado del primer desarrollo del aparejo de velas náuticas. Las secuencias en que era construido un barco en la Edad Media son descritas por Lionel Casson, "Ancient Shipbuilding: New Light on an Old Source", *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, XCIV (1963), pp. 28-33. El estudio esencial sobre el timón de popa sigue siendo el de Richard Lefebvre des Noëttes, *De la marine antique à la marine moderne*, París, 1935. Sobre la brújula, véase Frederick C. Lane, "The Economic Meaning of the Invention of the Compass", *American Historical Review*, LXVIII (1963), pp. 605-617.

En cuanto a los cambios de actitud respecto a la tecnología, y al desarrollo de una actitud unificada y especulativa referente a los inventos, véanse Peter Sternagel, *Die artes mechanicae im Mittelalter*.

Begriffs-und Bedeutungsgeschichte bis zum Ende des 13 Jahrhunderts, Regensburg, 1966; Lynn White, Jr., "The Invention of the Parachute", *Technology and Culture*, IX (1968), pp. 462-467, e *idem*, "The Iconography of Temperance and the Virtuousness of Technology", en *Action and Conviction in Early Modern Europe: Essays in Memory of E. Harris Harbison*, ed. J. E. Seigel y T. K. Rabb, Princeton, 1969, pp. 197-219.

Capítulo 5

LA AGRICULTURA MEDIEVAL, 900-1500

por GEORGES DUBY

INTRODUCCIÓN

Al iniciarse el siglo x, la unidad de la civilización europea era un hecho incontestable que se expresaba en la noción de la Cristiandad latina —una fe y un pueblo bajo un Papa y un Emperador—, que se alimentaba de una herencia cultural común, el legado de la antigua Roma, y —lo que es particularmente importante para nuestro propósito presente— se basaba en la igualdad de la manera de vivir: todas las naciones de esta parte del mundo tenían modos de vida muy similares, los pueblos comían más o menos las mismas cosas y todos estaban directa o indirectamente ligados a la tierra y a su cultivo. Así pues, fundamentalmente, una civilización campesina prevalecía en regiones cultivadas por campesinos que no se movían de sus casas y que constituían la casi totalidad de la población. En efecto, los príncipes, sacerdotes, soldados, hombres de negocios y artesanos de las ciudades eran, en una parte esencial de sus vidas, gentes campesinas.

Esta unidad nos permite considerar nuestro tema en conjunto. Sin embargo, en nuestro intento por conseguir un panorama completo de los problemas, debemos tener siempre en cuenta que este territorio era todavía en aquel entonces extremadamente diverso. Como las comunidades campesinas conservaban sus propias provincias, sus propios cantones, los eriales originales, y vivían aisladas en un mundo de comunicaciones primitivas, llenas de desconfianza ha-

cia los extraños y hacia todo lo forastero, y como cada pueblo, cada señorío tenía su propia historia y sus propias costumbres, nos vemos forzados constantemente, cuando emprendemos una investigación de detalle, a hacer continuos reajustes de nuestras generalizaciones al referirnos a cada localidad. Cualquier intento de síntesis se ve dificultado por tres amplios grupos de factores diferenciadores:

1) En primer lugar, debemos considerar la diversidad de las condiciones físicas. La agricultura es una lucha continua entre el hombre y la naturaleza: el suelo, las semillas y el clima son tres fuerzas indómitas que todavía han de ser completamente domesticadas, pero en la Edad Media la extrema ineficacia del instrumental agrícola daba a la naturaleza una abrumadora superioridad sobre el trabajo del campesino. La Europa occidental es incontestablemente una de las regiones del mundo más variadas en cuanto a condiciones agrícolas. Así pues, cualquier estudio serio acerca de la economía rural en Europa, en este período, requiere un profundo conocimiento de la geografía natural regional. En ningún otro campo de la investigación histórica resulta tan necesaria la colaboración del geógrafo. En particular, el historiador debe poder apreciar los contrastes fundamentales entre región y región debidos a las diferencias climáticas, cuyos tres tipos principales son: a) las regiones montañosas y la costa atlántica, demasiado húmedas para obtener buenos resultados con la vid y los cereales, y que, por lo tanto, sólo proporcionan pastos y bosques; b) las regiones mediterráneas, muy aptas para ciertas cosechas de plantío, pero sujetas a los rigores de los cálidos veranos, a una erosión violenta y al rápido agotamiento del suelo, que determinan la necesidad de adoptar severas medidas de drenaje e irrigación; c) la zona intermedia, en la cual las lluvias irregulares determinan considerables variaciones anuales en las cosechas de cereales.

2) Una mayor diversidad procede de condiciones que son más estrictamente históricas: el desigual estado de desarrollo alcanzado por las distintas regiones de Europa. Hacia el 900, algunas de ellas, en el Norte y el Este, estaban emergiendo apenas de la prehistoria; a medida que las tribus comenzaron a establecerse en estas regiones, un paisaje reconocible comenzó a tomar forma en ellas. Por otra parte, en las regiones mediterráneas y en la Galia, donde el desarrollo rural

estaba mucho más avanzado, todavía existían numerosos vestigios de una antiquísima organización: la red de mercados, la estructura de los grandes dominios, el uso de contratos escritos. En muchas provincias francesas —el Périgord o, el Mâçonnais, por ejemplo—, el paisaje rural era muy poco distinto a comienzos del siglo x de lo que es ahora o de lo que había sido siete siglos antes, al final de la colonización romana. Estas diferencias en el desarrollo regional son el trasfondo de ciertos retrasos en la evolución de la economía medieval y explican por qué los más vigorosos y persistentes brotes de progreso se produjeron en las regiones que habían comenzado a desarrollarse más tardíamente. Parece evidente, por ejemplo, que el desarrollo en el período carolingio fue mucho mayor en la Germania que en las regiones del norte de la Galia. Más tarde, en el siglo xii, las transformaciones y mejoras logradas gracias a los nuevos progresos en las técnicas agrícolas fueron más revolucionarias en las regiones eslavas, al este del Elba, que en Normandía.

3) Finalmente, otras causas de diversidad son debidas a la naturaleza de la propia investigación histórica y constituyen un considerable impedimento para la observación de los fenómenos económicos en su totalidad. Las fuentes escritas de que disponemos para un país determinado en un momento dado están muy lejos de mantener cierta igualdad. Por ejemplo, si consideramos las postrimerías del siglo xi, nos encontraremos con que poseemos abundante información acerca de la Campania o de Cataluña, nada en absoluto acerca de Polonia y muy poco material acerca de Escandinavia. Aparte de esta desigual distribución, los textos son enormemente distintos en naturaleza y en riqueza de información. Así, por ejemplo, los documentos procedentes de Italia, que en su mayor parte son de arrendamientos de tierras, y los documentos del norte de Francia, en su mayoría de trasposos o donaciones a la Iglesia, o bien acuerdos entre señores feudales rivales, presentan al historiador aspectos totalmente distintos de la vida rural. Esta diversidad original de las fuentes, debida a diferencias en los niveles de cultura y a las tradiciones legales, se hace todavía más aguda para el historiador a causa de la desigual conservación de los documentos (por ejemplo, en Inglaterra los archivos se hallan en mucho mejor estado que en Francia) y por el hecho de que la investigación histórica, que nunca se ha efectuado con

igual intensidad en todos los países europeos, ha tomado distintas direcciones en cada uno de ellos.

La naturaleza de las fuentes y las tradiciones científicas se han combinado en favor de la exploración arqueológica de la casa rural y del instrumental agrícola en Escandinavia y la Europa oriental; hacia el estudio del país y su estructura legal en Francia y Alemania; hacia el estudio de las relaciones entre ciudad y campo en Italia. La riqueza de los archivos ingleses, la temprana abundancia de datos numéricos en las fuentes escritas y la práctica de los historiadores de aplicar las técnicas del economista a la interpretación de tales datos, han determinado que la historia económica de la agricultura en Inglaterra haya progresado muchísimo más que la de sus vecinos. Divergencias semejantes a las mencionadas son razones que vienen a añadirse a las anteriores para obligarnos a hacer constantes reajustes si queremos evitar la distorsión de la perspectiva en nuestro *tableau d'ensemble*.

LAS FUENTES

Las fuentes del material que está al alcance del historiador de la vida rural son muy complejas. Se pueden obtener abundantes conocimientos mediante la observación del paisaje actual: la investigación basada en la cartografía (mapas, registros de tierras, fotografías aéreas), la agrología (análisis del suelo y de la vegetación de superficie), la toponimia (nombres de los villorrios e incluso de los mismos campos) y la arqueología (excavaciones en los emplazamientos de antiguos y abandonados asentamientos humanos) puede poner de manifiesto huellas de antiguas explotaciones agrícolas. Pero con tales métodos es siempre difícil datar las huellas de modo preciso. Para ser exactos, los resultados deben ser corregidos con referencia a textos, por lo que la mayor parte de lo que nosotros podamos descubrir acerca de la economía rural medieval depende inevitablemente de estas escasas y con frecuencia espinosas fuentes escritas. En cuanto a la distribución de estas fuentes de documentos, podemos distinguir — con las debidas precauciones en cuanto a las discrepancias regionales que se mencionan más arriba— entre tres amplios períodos:

1) Mientras que las fuentes escritas son relativamente abundantes para el siglo ix y para la parte de Europa gobernada por los carolingios, la documentación de que disponemos para el período siguiente es mucho menos abundante. En efecto, el esfuerzo realizado por Carlomagno y sus sucesores para imponer la obligación de establecer documentación escrita acerca de los dominios reales y eclesiásticos decayó lentamente a medida que el Imperio declinaba. Sin embargo, lo que todavía persistió por algún tiempo fue la costumbre de redactar inventarios periódicos de los señoríos y de sus vasallos. De aquí proviene, pues, que en aquellas regiones que soportaron la impronta del dominio carolingio hubiese cierta continuidad entre los *polípticos* del siglo ix y los *censiers* o *coutumiers* del siglo xii. Sin embargo, a partir del año 900, durante más de dos siglos, y por toda la Europa rural, las escrituras de cesiones de tierras y trabajos y los negocios entre señores y campesinos cesaron totalmente para dar paso a la redacción de documentos y al recurso a los textos. Éstos llegaron a estar basados en ceremonias públicas, en declaraciones y gestos rituales, ante testigos, y también en la memoria colectiva, esa depositaria del sutil fluido del cuerpo de leyes denominado costumbre. Las altas jerarquías de las principales instituciones religiosas, que constituían la *élite* de las clases cultas, dejaron de llevar cuentas en la administración de sus posesiones.

Sin embargo, mantuvieron sus propios archivos, que conservaron en buen orden y con cuyos materiales compusieron cartularios y reunieron transcripciones de los pergaminos en los que se registraban los derechos de las casas religiosas sobre sus tierras y siervos. Ésta es la razón de que algunos textos hayan llegado hasta nosotros, pero, puesto que no se trata de documentos administrativos, sino de registros de documentos, estos textos contienen poca información en cuanto a datos numéricos, y los detalles que proporcionan en cuanto a la administración y a la economía interna del feudo son muy escasos. En cambio, nos ponen de manifiesto el gran incremento que se produjo en donaciones caritativas que transfirieron la tierra de manos laicas a las de la Iglesia, y la resistencia que ello provocó. Final y principalmente, estos documentos proporcionan bastante luz acerca de la estructura legal que había tras la economía señorial, en especial respecto a las prestaciones de servidumbre y arrendamiento.

Las deficiencias de las fuentes imponen singulares restricciones a nuestro conocimiento; en particular, nos impiden apreciar qué lazos, si los había, existían entre el crecimiento de los mecanismos, perceptible en las fuentes carolingias, y la gran expansión evidente en el siglo XIII. Y aún debemos subrayar dos excepciones: *a*) el declinar en la extensión de cuentas o documentos, que fue menos pronunciado en Italia, y *b*) un acontecimiento político que se produjo en 1086, el cual hizo emerger repentinamente a la Inglaterra rural de sus siglos de oscuridad: el nuevo rey, Guillermo el Conquistador, ordenó que fuese redactado, por clérigos normandos, un inventario general de todas las posesiones señoriales que existían en todo el reino que acababa de conquistar. Aunque no sea fácil de interpretar, el *Domesday Book*, resultado de tal inspección, nos proporciona el primero, e incomparable elemento estadístico para una historia de la economía rural de Europa.

2) Entre 1150 y 1180, el progreso cultural en los países más desarrollados de la Europa occidental se tradujo en un retorno a la costumbre de establecer relaciones detalladas de los negocios diarios. A medida que la alfabetización se desarrollaba, las gentes tenían más confianza en el valor legal de los documentos escritos que en las promesas verbales, los gestos rituales y los testimonios inseguros. Dos signos evidentes de la reimplantación de la redacción de documentos escritos lo constituyeron el renacimiento de la institución de los notarios en los países mediterráneos, comenzando por las ciudades-estado italianas, y la necesidad que experimentaron tanto los señores como los campesinos de fijar las peculiaridades de la costumbre estableciendo sus derechos respectivos sobre pergaminos, que en las tierras del imperio se denominaron *Weistümer* ("registros de costumbres") y en Francia cartas de *franchise* o cartas de "libertad" —puesto que establecer los límites de la explotación señorial mediante su descripción escrita parecía ya una liberación legal para los súbditos de un señor—. A partir de este momento, muchos señores feudales, dirigidos por los más poderosos de entre ellos, los grandes establecimientos monásticos, emprendieron de nuevo la administración de sus feudos. Emplearon cada vez más administradores competentes cuya administración se basó en inventarios y en la redacción de cuentas.

La mayor parte del creciente número de documentos que resul-

taron de las nuevas prácticas de administración se ha perdido; no obstante, tales documentos son todavía numerosos en los archivos de Inglaterra, donde, desde el siglo XIII en adelante, es posible estudiar con gran precisión las realizaciones de la economía feudal. También en Inglaterra y en esta misma época surgió una literatura "agronómica" que se refiere a cómo administrar los feudos de modo competente.

3) Cuando se llega a los siglos XIV y XV, las fuentes son muy distintas. En primer lugar, existe una gran abundancia de material, lo que implica que debemos modificar nuestros métodos de investigación y recurrir a métodos de muestreo. En segundo lugar, los cambios en cuanto al contenido nos proporcionan nuevos puntos de vista sobre el pasado rural. En particular, los documentos de la administración pública, especialmente los relacionados con el sistema fiscal público, nos proporcionan datos demográficos menos descorazonadores. Los restos de cuentas de establecimientos religiosos, de las cortes reales y —en el sur de Europa— de unos cuantos hombres de negocios, nos proporcionan la primera evidencia utilizable concerniente al consumo de productos agrícolas. Además, los innumerables registros notariales que se llevaban en las ciudades del Mediterráneo y en los pueblos de mayor tamaño nos proporcionan asimismo unos pocos elementos muy convenientes para una evaluación cuantitativa de los fenómenos económicos. Con todo este material a nuestra disposición, ya no resulta imposible utilizar el método estadístico. Por otra parte, la historia de la técnica se vuelve menos insegura. Las prácticas agrícolas son descritas con más detalle en los contratos de arrendamiento, los pintores y escultores dedican sus manos a describir la realidad y su obra nos proporciona una iconografía preciosa acerca del instrumental agrícola y el paisaje rural; y, finalmente, la mayor parte de los útiles medievales descubiertos por los arqueólogos corresponden a estos dos siglos. Así pues, las fuentes de material perteneciente a la Baja Edad Media nos permiten 1) establecer una visión mucho menos discontinua de los fenómenos rurales, 2) obtener cifras y 3) abandonar el punto de vista unilateral, puramente aristocrático, proporcionado por las fuentes primitivas.

LAS CONDICIONES DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA

Cifras de población

Como ya hemos sugerido en nuestro examen de las fuentes, los datos numéricos para un estudio demográfico de la vida rural medieval son tardíos en cuanto a datación, fragmentarios y difíciles de interpretar. Los primeros, después del *Domesday Book*, conciernen también a Inglaterra: las cuentas de los señoríos feudales nos permiten estudiar la población de ciertos dominios tales como las dependencias del obispado de Winchester. Pero, en lo que a Europa como un todo concierne, debemos esperar hasta los años próximos a 1300, cuando las mejoras en la técnica fiscal produjeron un incremento en el número de listas de impuestos. En realidad, estas listas nunca nos permiten conocer con certeza el número de habitantes de una región dada, ni siquiera en una determinada localidad. Lo que nos proporcionan es alguna idea acerca de los rasgos generales de la población, y esto es tal vez más útil que ninguna otra cosa.

Estos rasgos son examinados en detalle más adelante; por el momento, nos limitaremos a dar un esquema de los aspectos más importantes. El amplio movimiento de crecimiento que parece haber comenzado ya en el siglo x, si no antes, continuó en proporciones que variaban considerablemente de un pueblo a otro. (Esto, naturalmente, impide establecer generalizaciones, partiendo de observaciones locales, hasta comprender todo un reino o toda una provincia.) La intensidad de esta progresión dependía ampliamente de los hábitos de herencia, que podían actuar como un freno sobre los porcentajes de matrimonios y de nacimientos e inducir a los jóvenes a emigrar. El crecimiento de la población era, pues, causa de migraciones (resulta evidente, de cualquier estudio minucioso de estas cuestiones, que el campesinado medieval era extremadamente móvil), lo cual permitía el establecimiento de nuevas poblaciones y la puesta en explotación de zonas que estaban deshabitadas y carentes de cultivo, así como el crecimiento de las ciudades.

Sin embargo, cualquiera que fuese la magnitud de estos desplazamientos de población, el crecimiento interior era tan intenso, que

la densidad de población de cada parroquia había comenzado a ser excesiva hacia fines del siglo XIII, incluso en las zonas de reciente colonización. Esta superpoblación y los fenómenos concomitantes de mala nutrición son los principales factores que se descubren tras la inversión de las tendencias de la población y que se hacen evidentes en los primeros datos estadísticos.

El comienzo de la regresión es el dato más difícil de fechar, puesto que no se produjo en todas partes al mismo tiempo. En Provenza se inició antes de 1320, en Inglaterra parece haber coincidido con la serie de malas cosechas que se sucedieron de 1317 a 1319. En la mayor parte de las provincias europeas el lento declinar inicial dio paso a un catastrófico descenso tras la epidemia de 1348-1350. A las depredaciones de la peste se deben añadir las depredaciones de la guerra, que devastó ciertas regiones durante más de medio siglo.

Sin embargo, el descenso de la población rural no tuvo en todas partes iguales proporciones. La regresión parece haber afectado doblemente a aquellas regiones, pueblos y villorrios menos favorecidos desde el punto de vista agrícola. Aunque las pérdidas de vidas humanas no eran probablemente mayores que en las regiones de buena agricultura, las posibilidades de traslado desde lo malo a lo bueno —temporalmente mal cultivado debido a la gran mortalidad— privaron a las tierras improductivas de gran número de sus supervivientes. Así pues, en la segunda mitad del siglo XV, en que un nuevo incremento de la población empezó a dejarse sentir a través de Europa, existía un fuerte contraste entre las diversas regiones. En conjunto, todas estaban menos pobladas que a fines del siglo XIII, pero las zonas fértiles, donde la población nunca había descendido, desde hacía tiempo, de modo sensible, y donde, por lo tanto, era todavía abundante, pronto se destacaron de las zonas que habían quedado casi desiertas debido a la dureza del clima o a la pobreza del suelo.

Comunidades de trabajo

1. *La familia.* La unidad básica de la economía agraria era la familia, el equipo de trabajo formado por el grupo de parientes, sus servidores y sus animales de tiro. Esta unidad social vivía en una

parcela de tierra cercada que a menudo era designada por el patronímico del grupo familiar. Este *mansus*, *croft*, *masure*, *cour*, *toft* o *Hof* —por darle algunos de los nombres por los que era designado en los distintos dialectos— servía como base para todos los requerimientos fiscales del señor y, más tarde, del Estado. Como resultado, cuando observamos la familia campesina medieval, vemos que el punto de vista adoptado en los documentos es casi siempre el de los hombres que la explotaban —lo que equivale a decir que la observamos de forma muy imperfecta—. En este aspecto de la historia medieval queda por hacer una gran cantidad de trabajo; las soluciones a muchas de las preguntas hasta ahora sin respuesta, concernientes a este tema, pueden apuntar importantes servicios a nuestro conocimiento de los principales aspectos de la economía rural en este período. Además, es posible que a partir del siglo XIII y en ciertas regiones se pueda estudiar la historia de la familia en profundidad utilizando los testamentos y los archivos notariales, y este campo de investigación puede ser considerado como uno de los más fructíferos todavía susceptibles de ser explorados.

a) La estructura del parentesco campesino no parece haber experimentado ninguna modificación apreciable durante la Edad Media. La familia era la de tipo conyugal que encontramos descrita en ciertos inventarios carolingios de principios del siglo IX, en los cuales el grupo familiar aparece limitado a los representantes de dos o, cuando más, tres generaciones. La cohesión de este grupo era directamente dependiente de las costumbres que gobernaban la devolución de las posesiones familiares en el momento de la sucesión, y parece que, por esta razón, la cohesión varió en cierto modo durante el período estudiado. Aunque siempre hubo, incluso en los más ínfimos niveles de la sociedad rural, propietarios de tierra (los “alodios”) exentos de la sumisión a un señor, la mayor parte de las familias trabajan las tierras pertenecientes a un señor, lo cual determinaba que la estructura de las familias campesinas estuviese influida por el régimen legal de la concesión de tierras. Hasta el siglo XII, y durante toda la época en que las cifras de población permanecieron muy bajas, los señores tuvieron buen cuidado de evitar que sus posesiones se viesan privadas de brazos que las trabajasen y perdieran su unidad; y así, dado que la concesión de tierras era entonces hereditaria, fueron

prohibidas en las sucesiones las divisiones, ventas y cualquier tipo de parcelación. En consecuencia, los hijos de una familia campesina, o bien debían permanecer en el hogar trabajando la tierra en común durante el indefinido período en que podían disfrutar de la herencia en su totalidad, o bien debían buscar fortuna en otra parte, uniéndose en operaciones de roturación de nuevas tierras y fundando hogares propios en aquellas nuevas tierras. En el siglo XIII, cuando la población rural era mucho más elevada, cuando la circulación de la riqueza aumentó y hubo abundancia de trabajo, encontramos, por una parte, un gran aumento en el número de arrendamientos y vemos, por otra, que los campesinos alcanzaron el derecho de dividir y parcelar las herencias a cambio del pago de impuestos sobre traspasos y sucesiones. Estas facilidades favorecieron la fluidez del patrimonio campesino, la relajación de los vínculos familiares, el desarrollo de la empresa individual, el auge de unos y la ruina de otros.

Esta fase de expansión, que coincidió con un continuo incremento de la población rural, fue seguida hacia mediados del siglo XIV por un movimiento inverso: mientras que las catástrofes demográficas y las migraciones concomitantes conducían a la desintegración de la estructura familiar (en un pueblo del Languedoc, en el siglo XV, el 13 por ciento de los campesinos que pagaban impuestos desaparecen de los registros, cada diez años, sin dejar un heredero masculino que los pague), parece que de nuevo, y ante la necesidad, los lazos familiares se hicieron más estrechos. Las unidades familiares numerosas, sujetas al estricto control del heredero masculino de más edad, volvieron a restablecerse; y los *affrètements*, asociaciones fraternales de propietarios que frecuentemente agrupaban a hombres de distintas familias, aumentaron en número. Estos compactos grupos eran, en efecto, la única defensa válida contra las dificultades producidas por la despoblación.

b) El estudio de los *servants* es muy difícil, si se exceptúan los señorios rurales más ricos. Desde luego, es cierto que los señores feudales estaban muy lejos de ser los únicos que poseían siervos permanentes; un buen número de campesinos empleaban también trabajadores auxiliares que formaban parte de sus familias. En el siglo XI, la condición de los domésticos, en la mayor parte de las provincias europeas, todavía se hallaba bajo el rótulo legal de esclavitud. Hombres

y mujeres considerados como servidores eran en realidad posesiones del grupo familiar por nacimiento y estaban sujetos a obedecer a este señor colectivo al que debían todas las cosas y quien no les debía a ellos absolutamente nada. Este tipo de trabajo servil, forzado, estaba también muy difundido en los *mansi indominicati* (los grandes dominios de las familias aristocráticas) y en las grandes casas religiosas. La mayor parte de los esclavos tenían sus propias familias, a las que mantenían con el producto de las tierras concedidas en tenencia; en esta posición de relativa independencia económica, seguían siendo servidores personales en una parte de su tiempo diario y debían ciertos días de servicio a su señor, días en que el trabajo era a la vez gratuito y de aplicación ilimitada. El amo también reclutaba, entre los más hábiles de sus hijos, servidores para trabajar todo el día en su propio hogar. Esta total alienación de una clase de hombres condenados por su nacimiento a pasar toda su vida sirviendo a otras personas en un trabajo a la vez ilimitado y sin recompensa alguna, persistió en ciertas regiones durante largo tiempo, especialmente en Inglaterra, donde, hasta el siglo XIII, las grandes explotaciones agrícolas monásticas eran sostenidas gracias al trabajo prestado por siervos según este sistema. Sin embargo, en casi todas partes, existía una tendencia general hacia la relajación de los vínculos de servidumbre. En el siglo XIII, la mayor parte de los siervos caseros eran contratados y pagados: los registros notariales del sur de Europa han conservado numerosos contratos estipulando las condiciones del servicio. Algunos inventarios de fines del siglo XIII y ciertos registros de cuentas nos proporcionan los primeros datos sobre las condiciones de estos empleados a sueldo. Parece que esta fuerza de trabajo era extremadamente móvil (en un gran dominio del Artois, por ejemplo, nueve de quince empleos cambiaron de manos entre 1325 y 1328), pero bien pagada: los siervos domésticos obtenían raciones anuales de grano y una asignación en moneda (que variaba según la responsabilidad) para vestidos, así como la *companagium*, que consistía en algún tipo de comida para acompañar el pan. Se ha podido establecer que los servidores que trabajaban en las casas rurales de Hospitallers (Provenza) en 1338 gozaban de mejores condiciones que los campesinos que laboraban en pequeñas granjas independientes; sobre todo, aquéllos vivían de modo mucho más seguro, puesto que su salario no

se veía afectado por los avatares del mal tiempo y las oscilaciones de las cosechas. A partir de la segunda mitad del siglo xiv, parece que la despoblación y la consiguiente reabsorción del proletariado rural se tradujo en un incremento de los sueldos, escasez de trabajo y una general reducción del número de los siervos domésticos. Sin embargo, en Inglaterra los *servientes*, o trabajadores domésticos, inventariados en la recaudación de impuestos de 1377 eran todavía muy numerosos.

c) De los documentos fechados en los tres siglos que cierran nuestro período de estudio y susceptibles de análisis estadístico, resulta evidente que las unidades campesinas familiares pertenecientes a un mismo pueblo o dependientes del mismo señor difieren considerablemente entre sí en lo que se refiere tanto a potencia humana (veinte o treinta empleados en los grandes dominios aristocráticos) como a superficie trabajada. Las diferencias eran todavía mayores, y tenían repercusiones incluso más importantes sobre el funcionamiento de la explotación, en lo que se refiere a los animales de trabajo. En la Europa medieval, los bueyes eran criados en primer lugar y muy especialmente por su fuerza para tirar del arado. Hacia 1200, en el norte y el este de la cuenca de París, así como en Flandes, los bueyes fueron reemplazados por caballos. El uso de estos animales de más rápido movimiento incrementó la potencialidad del arado y, por lo tanto, el número de cultivos a lo largo del año, con el consiguiente incremento en la fertilidad de la tierra. Sin embargo, en los tratados agronómicos ingleses del siglo xiii se aconseja el uso de bueyes mejor que el de caballos, debido a que aquéllos son más baratos de mantener, y, de hecho, las yuntas de bueyes siguieron siendo usadas en toda Europa. Hay pues buenas razones para suponer que la calidad de los animales de trabajo mejoró entre los siglos x y xiii, y que este progreso fue uno de los factores determinantes de la expansión de la agricultura en este período. De todos modos, es cierto que existía escasez de ganado pesado, esencial para la utilización de los más efectivos instrumentos de cultivo, y que la principal debilidad de la agricultura medieval era debida precisamente a esta deficiencia.

La preocupación fundamental en aquellos tiempos era la alimentación de la población campesina, población que se hallaba siempre

al borde mismo del hambre como resultado de las fluctuaciones demográficas. Por esta razón, el espacio reservado para las plantas forrajeras estaba severamente restringido y las reservas de forraje para el invierno, necesarias para la alimentación del ganado de tiro, eran excesivamente escasas. Éste es el motivo por el cual a lo largo de toda la Edad Media, e incluso en las más ricas explotaciones agrícolas, hubo siempre escasez de ganado estabulado para cubrir las necesidades de los campos. Los animales de tiro eran muy caros; la parte de capital que su adquisición representaba, por familia, era tal vez mayor —y definitivamente menos segura— que la parte representada por los arrendamientos y completamente desproporcionada en relación con su relativa importancia. Existen numerosos detalles que atestiguan el valor de las yuntas de animales necesarios para arrastrar el arado: el sirviente principal era denominado en todas partes el *bovarius*, puesto que tenía los bueyes a su cargo. Uno de los medios más seguros que utilizaban los señores para ejercer presión sobre sus feudatarios consistía en apoderarse de sus animales de arrastre; y lo primero que hacían los campesinos, cuando advertían que había tropas merodeando por sus campos, era poner a sus animales fuera de peligro. Un gran número de explotaciones agrícolas rurales carecían de medios suficientes para adquirir animales para arrastrar el arado, de modo que se ponían de acuerdo con un capitalista que les prestaba un animal, o el dinero suficiente para costear uno, a cambio de ciertas ventajas, las cuales eran tanto mayores cuanto más necesario era el préstamo.

Debido a todas estas circunstancias, había muchos campesinos que no tenían animales de tiro; en ciertas granjas del obispado de Winchester, durante el siglo XIII, esto sucedía con el 40 por ciento de los feudatarios. Esta clase de gentes poco favorecidas se hallaba tan por debajo de las demás, que la distinción social básica, en la Francia rural del siglo X, dividía al campesinado en dos clases bien diferenciadas: la de los que tenían que trabajar la tierra con sus propias manos y, muy superior a ésta, la de los *laboratores*, quienes eran lo suficientemente ricos para poseer una yunta de animales para arrastrar el arado.

d) La fuerza de trabajo potencial representada por el equipo de trabajo doméstico nunca estuvo suficientemente adaptada a las nece-

sidades de la hacienda, que variaban considerablemente de estación a estación. Durante los períodos más tranquilos, cuando no había suficiente trabajo para toda la familia, se vendía el ganado sobrante —lo cual creó la necesidad de establecer mercados de ganado estacionales— y algunos miembros de la familia abandonaban la granja para buscar trabajo temporal en algún sitio. A veces todos los miembros de la familia dejaban la granja: los inspectores de impuestos que visitaban un pueblo de la montaña de Provenza en el invierno de 1340 encontraron un tercio de las casas cerradas y barradas —sus habitantes habían descendido a los pueblos del valle en busca de un jornal suplementario—. Durante los meses invernales, en el siglo xiv, las ciudades estaban llenas de campesinos desocupados que ofrecían su trabajo a los artesanos. Inversamente, ciertos trabajos de la tierra —tales como el arado, el cuidado de las viñas, la siega del forraje, la recolección, etc.— requerían considerables refuerzos del equipo de trabajo durante períodos cortos, muy determinados por las condiciones climáticas. Siguiendo las costumbres de la Alta Edad Media, las explotaciones agrícolas señoriales de los siglos x y xi conseguían esta ayuda indispensable por medio del trabajo obligatorio, y sin remuneración alguna (*corvées*), de las familias que dependían de ellas. Las más definidas formas de trabajo auxiliar —que eran las más ventajosas económicamente y, por lo tanto, las que tardaron más tiempo en desaparecer— estaban agrupadas en torno a los momentos culminantes del calendario agrícola. El sistema de *corvée* se hallaba todavía en vigor en los grandes señoríos monásticos ingleses del siglo xiii, y en esa época no había desaparecido aún totalmente de ningún sitio. No obstante, en el momento en que el dinero se convirtió en un medio más dúctil para los propósitos rurales —en Francia ello ocurrió a finales del siglo xi—, los grandes señores abandonaron su costumbre de reclutar, para los trabajos agrícolas, a trabajadores forzados que, con toda razón, consideraban en primer lugar poco productivos y en segundo lugar costosos, pues era preciso proveerlos de los alimentos adecuados; en lugar de ellos, reclutaron jornaleros a sueldo procedentes de las granjas campesinas con poca tierra, cuyos hombres estaban encantados de vender su tiempo libre. Tales granjas crecían continuamente en número al aumentar la población, hasta que se produjeron las grandes mortandades del siglo xiv. Así pues, el tra-

bajo temporero desempeñó un papel muy importante en la economía rural, especialmente durante el siglo XIII y principios del XIV. Se ha calculado que, por aquel entonces, por lo menos un tercio de la población campesina inglesa trabajaba a sueldo. Por este motivo, grandes cantidades de dinero se desplazaban desde los más ricos terratenientes a los más pobres granjeros. El descenso en la población determinó un considerable bajón en las posibilidades de trabajo e impuso la necesidad de una mejor adaptación del terreno trabajado a las posibilidades de trabajo del grupo familiar. Esta adaptación fue lograda 1) mediante la reducción del terreno a labrar o 2) mediante el refuerzo del grupo familiar, aumentando su cohesión o creando los *affrèvements*, cuyo número era ya muy considerable a mediados del siglo XIV.

2. *El pueblo*. Las explotaciones agrícolas demasiado pobres para emplear jornaleros obtuvieron los necesarios refuerzos de trabajo mediante acuerdos de ayuda mutua entre los vecinos, puesto que, generalmente, la unidad familiar básica pertenecía a una comunidad más amplia que comprendía los varios grupos que trabajaban un mismo *terroir*. Desde luego, también existían formas de habitación muy dispersas en que las granjas familiares estaban enormemente distanciadas unas de otras, pero normalmente la tierra era trabajada dentro de la estructura de un pueblo, cuya población y densidad dependían de si las características de la tierra cultivable permitían el trabajo de amplios espacios abiertos o hacían necesario el cultivo de pequeñas y dispersas parcelas. El tipo perfecto de comunidad campesina era aquella en que el pueblo se hallaba en el centro de una amplia extensión de campos abiertos; las parcelas de las diferentes familias se agrupaban formando una única masa coherente que a menudo era protegida con una cerca exterior. En torno a este compacto núcleo de casas y huertos, dentro del cual cada familia era su propio dueño y señor, se hallaba el amplio anillo de tierras arables, que constituía un conjunto de parcelas enormemente complicado, sin límites ni cercas, puesto que, excepto cuando el grano estaba creciendo en los campos, la propiedad individual era una consideración secundaria, y la totalidad de las tierras arables se convertía en una extensión de pastos colectivos. En la periferia se hallaban los yermos y los bos-

ques, el uso de los cuales era casi enteramente comunal. Este sistema agrario estuvo muy difundido en los siglos x y xi por toda Europa, y a lo largo de todo el período estudiado se puede observar un reforzamiento gradual de la solidaridad de la comunidad campesina como resultado de ciertos factores externos.

Sin embargo, en ciertas regiones esta tendencia hacia la concentración de los asentamientos campesinos se produjo como resultado interno de la misma evolución de la agricultura. En el noroeste de Alemania, por ejemplo, el cultivo de cereales progresó gradualmente durante los siglos xii y xiii a expensas del primitivo sistema agrario basado en la cría de cerdos y en la explotación depredatoria de los recursos ofrecidos por los bosques. Las viviendas, que antiguamente habían estado muy dispersas entre las espesuras de robles, gradualmente se fueron aproximando unas a otras, a medida que se fueron creando granjas para la explotación de los cereales. El progresivo reforzamiento de la estructura parroquial —establecida en casi todas partes a partir del siglo x, pero que gradualmente se fue haciendo más rígida, especialmente durante la guerra contra la herejía en el siglo xiii— también favoreció la concentración. Resultaba de gran interés para la comunidad presentar un frente unido ante los señores, especialmente ante aquellos que esgrimían una autoridad disciplinaria y fiscal sobre la totalidad de los miembros de la parroquia. Su solidaridad se expresa en la redacción de los *Weistümer*, en las negociaciones con los señores para establecer las cartas de libertad, en el reparto y la colecta de los impuestos, y —al final de la Edad Media, cuando el temor a los grupos de soldados merodeadores se hizo universal— en la organización colectiva de la defensa. Un incentivo final para la cohesión de las comunidades campesinas se produjo una vez que el progreso en las operaciones de roturación y las prohibiciones señoriales redujeron el área de pastos comunes a tan escasas proporciones, que se hizo preciso ejercitar un estricto control sobre la roturación de nuevas parcelas para ponerlas en cultivo. Probablemente como resultado de la presión demográfica y el ansia de tierras, a finales del siglo xiii y comienzos del xiv los controles colectivos se hicieron más severos en algunas regiones y condujeron a restricciones en la utilización de las tierras comunales, a ampliaciones en los derechos de apa-

centar el ganado en los barbechos y a la imposición de establecer la rotación obligatoria de los cultivos.

Además, los lazos de vecindad tendían a aflojarse como resultado de las crecientes diferencias en las condiciones económicas en el seno de la sociedad campesina —éstas condujeron a mayores divergencias entre los intereses de los pobres y los ricos, y a conflictos internos, particularmente en lo concerniente a los derechos de apacentar los ganados— y como resultado de la gradual evolución que estaba experimentando el sistema agrario. El creciente interés en los productos de los bosques, en la hierba, en la viticultura y en las cosechas hortícolas determinó el que, en el siglo XIII, parcelas de terreno cada vez más grandes fuesen cercadas y cerradas al pasturaje colectivo, y desembocaron en el desarrollo de formas de trabajo y de habitación que eran totalmente ajenas a las habituales en la comunidad campesina. En primer lugar, algunos señores, especialmente las nuevas comunidades de monjes cistercienses o canónigos regulares, y luego las gentes de la ciudad o los campesinos ricos que ya habían roto los lazos con la comunidad del villorrio, crearon grandes y aisladas explotaciones agrícolas en las regiones no cultivadas situadas entre las tierras roturadas y cultivadas. Este separatismo, completamente ajeno al espíritu de solidaridad del *terroir*, parece haberse difundido después del primer cuarto del siglo XIII. Por aquel entonces, las nuevas técnicas de administración de la hacienda en los grandes dominios señoriales, con la introducción de *fermes*, *métairies* y *podere* en ciertas regiones recién colonizadas, apresuraron la dispersión de las familias campesinas. Probablemente fue entonces cuando el sistema de campo abierto dio paso al sistema de *bocage*, en el cual la tierra fue dividida en parcelas mediante cercas —lo que pone de manifiesto un nuevo individualismo agrario—. El sistema de *bocage* no solamente adaptó mejor la campaña a los nuevos métodos de producción, sino que favoreció la cría de ganado.

Los sistemas de cultivo

La organización de la producción agrícola estaba —y está— determinada por los standards de vida y por los hábitos de dieta de la población. En el siglo x, el sistema agrícola que prevalecía en toda Europa era todavía similar al sistema descrito en fuentes carolingias tales como los preceptos administrativos redactados para las grandes explotaciones agrícolas de los monasterios; el principal cuidado era la producción de la sustancia base de la alimentación, esto es, el grano. La dieta tradicional de cereales —y, en menor cuantía, guisantes y arvejas— consumidos bajo la forma de pan, gachas o una espesa cerveza semejante a sopa, se hallaba pues presente en todos los campos cultivados. Esta civilización campesina, esclava de sus hábitos de comida, insistía en cultivar cereales incluso en aquellos lugares en que el clima no era apropiado para ellos, por ejemplo, a lo largo de la costa atlántica, evidentemente demasiado húmeda. El primer resultado de la expansión general que estaba comenzando a producirse a través de Europa en el siglo x fue precisamente un incremento en la importancia proporcional del cultivo de los cereales, en el sistema de agricultura practicado a lo largo del mar del Norte y en los litorales del Báltico, en las islas occidentales, en Escandinavia, Sajonia y los países eslavos. En todas partes esta expansión de la agricultura condujo a la producción de mejores especies; en las áreas más primitivas, por ejemplo, el mijo dejó de ser cultivado y el trigo sustituyó lentamente a la cebada y al centeno en regiones tan evolucionadas como el Languedoc. El progreso produjo apreciables cambios en la superficie de los campos; yermos y bosques, los antiguos hogares de rebaños y pastores y de los agricultores itinerantes que talaban y quemaban la vegetación, se convirtieron en tierras de cultivo permanente. La cría del ganado se fue subordinando a la agricultura; y, dado que el ganado vacuno y el lanar desempeñaban un papel importante en la renovación de la fertilidad de los campos —el primero por colaborar en la labranza del terreno y el segundo por abonarlo—, la cría de ganado y la agricultura evolucionaron conjuntamente. Pero la cría del ganado siempre fue marginal y claramente insuficiente. Cálculos muy aproximados han demostrado que, incluso en regiones de su-

puesta abundancia de pastos tales como Inglaterra, el número total de cabezas de ganado estaba muy por debajo de las modernas estimaciones del mínimo requerido para un equilibrado cultivo de los terrenos arables.

No obstante, en los países más desarrollados este sistema de agricultura basado en los cereales comenzó a trastornarse debido a las exigencias de la creciente mejora de los standards de vida aristocráticos y urbanos. La demanda de vino de la más alta calidad fue aumentando a lo largo del período estudiado; la expansión urbana, la construcción de casas y de barcos, el trabajo de los metales, el curtido, el tejido, todos estos menesteres, exigían crecientes cantidades de madera y leña, de cuero, lana e hilados (lino y cáñamo), así como de productos para teñir tales como *gaide* y azafrán. Además, los ricos, seguidos pronto por los menos ricos —puesto que la difusión y popularización de los usos aristocráticos alcanzó, hacia el siglo xiv, incluso al mundo campesino—, se acostumbraron a añadir, a su dieta básica de pan, alimentos complementarios, particularmente carne. Hacia fines del siglo xiii, cuando las fuentes de información empiezan a derramar un poco de luz sobre la vida cotidiana, comenzamos a descubrir la importancia creciente del *companagium* (jamón, arenques, queso) en todos los niveles de la sociedad, incluso entre los siervos y mendigos. Hay muchas razones que inducen a creer que el consumo de productos animales alcanzó un incremento aún mayor, en el siglo xv, cuando cada ciudad tuvo su propio matarife (que era al mismo tiempo empresario, mercader de ganado, vendedor de carne y mercader de cuero); y todos los matarifes gozaban de gran prosperidad, siendo los nuevos hombres de la economía ganadera y sus dueños absolutos.

Como resultado de tal situación, el sistema de cultivo se diversificó y fueron puestos en explotación nuevos productos los cuales 1) ampliaron el dominio de los cultivos de huerta a expensas de los grandes cultivos propiamente dichos (por ejemplo, los viñedos), 2) condujeron a una explotación más racional de los bosques y prados, 3) extendieron el uso de cercas permanentes, 4) recargaron el calendario de los cultivos con nuevas necesidades de trabajo y 5) tendie-

ron a incrementar el número de los corderos criados, a fin de obtener más lana, y a modificar las funciones económicas de la cría de vacuno como productor de carne y leche, además de sus tradicionales funciones de ayuda en las labores agrícolas. El dilatado mercado de consumo que se hallaba tras todos estos cambios en el sistema de producción, no era en su mayor parte rural. Estas modificaciones eran sintomáticas de la apertura de la economía campesina a los cambios económicos generales y se produjeron conjuntamente con la gradual penetración de la moneda y el crédito. Estos cambios estimularon el desarrollo de gran cantidad de pequeñas ciudades-mercado habitadas por comerciantes en vino, cereales y ganado y por prestamistas de dinero. Finalmente, estos cambios fueron más profundos en regiones cercanas a las ciudades y las líneas de comunicación, donde el transporte de los productos excedentes era relativamente fácil. El siglo XIII contempló la aparición de nuevas formas de paisaje, casi enteramente desprovistas de tierras de labrantío, dedicadas a la viticultura o a pastos para el ganado. En Francia, cada ciudad tenía su cinturón de viñedos que la rodeaba totalmente, mientras que regiones de vinos de la mejor calidad —a veces dedicadas al monocultivo— exportaban sus productos a lo largo del Sena, el Loira y la costa atlántica; en 1245, un viajero franciscano se asombraba de que los habitantes de Auxerre pudiesen vivir de sus embarques de vino, enviados a París por el río, y sin necesidad de cultivar cereales. Nuevas formas de ganadería, que se apartaban completamente de la economía del cultivo de cereales, se desarrollaron 1) en Inglaterra, a lo largo de los límites de los bosques y pantanos; 2) en las regiones montañosas del continente (la totalidad de los efectivos del *Schwaighöfe*, en los Alpes alemanes, provenía de sus rebaños de vacas lecheras), y 3) en las regiones mediterráneas, el sur de Francia y, en mayor extensión todavía, las penínsulas Ibérica e Itálica. En estos lugares la cría de cordero aumentó en tal proporción, que hacia el siglo XIII se hizo necesario regular los largos desplazamientos de los rebaños hacia y desde los pastos de montañas (en el siglo XV, sólo en la Apulia, tales migraciones afectaban a más de medio millón de cabezas de ganado). Las comunidades dedicadas al cultivo de cereales libraron una amarga batalla contra los ganaderos, cuyos rebaños cruzaban por sus tierras e invadían sus pastos comunales; pero general-

mente tenían que darse por vencidos ante aquella economía especulativa, respaldada por el dinero y la influencia. En el sur de Italia, la agricultura fue de este modo relegada gradualmente hacia el interior por una economía pastoril extensiva que lo iba conquistando todo y empobrecía la tierra.

Cabe preguntarse si la extensión de la demanda urbana de productos del bosque, derivados de la ganadería y vino, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, y la consiguiente contracción de la producción de cereales que aquella determinó, no se hallaba tras la escasez de comida que se produjo en las más desarrolladas regiones en las décadas próximas a 1300. En las regiones más densamente urbanizadas (Flandes y Lombardía), un resultado evidente de esta crisis del cereal consistió en la introducción de nuevos métodos agrícolas —especialmente el uso de animales auxiliares— dentro del sistema existente. Esto condujo a una intensificación en las prácticas agrícolas; hacia el siglo XIII se cultivaron plantas forrajeras en los barbechos situados en torno a las ciudades flamencas, mientras que en la llanura del Po la asociación, altamente productiva, de prados y tierras de labrantío perfectamente fertilizadas consiguió un feliz equilibrio entre la producción de queso, cuero y carne y la producción de grano.

Técnicas y extensiones cultivadas

A pesar de estas graduales mejoras, la creencia popular seguía fiel a la producción de cereales, el buen producto que facilitaba el *panem quotidianum*, el principal y fundamental alimento de la humanidad. Se consideraba que el trabajo de la tierra consistía de modo fundamental en cavar, sembrar, recoger la cosecha y arar, prácticas de las cuales dependía la vida en todas las regiones de la tierra y que indiscutiblemente jugaban un papel fundamental en la economía rural de la Edad Media en relación con el número de hombres requeridos para llevarlas a cabo. En vista de la importancia económica del cultivo de los cereales, el historiador tiene que enfrentarse con la ardua cuestión de las técnicas agrícolas.

1. Para poder explicar satisfactoriamente cualquier fenómeno

económico perceptible —tendencias demográficas, evolución de los feudos, comercialización de los productos de la tierra—, necesitaríamos ser bastante explícitos acerca de las proporciones entre productos y semillas y sus fluctuaciones a lo largo del período estudiado. Estrictamente hablando, esto es totalmente imposible. No hay datos de ningún tipo hasta mediados del siglo XII y no existe continuidad en ellos hasta los registros de cuentas de los feudos ingleses del siglo XIII. Para ser válida, la interpretación debe basarse en muchas series continuadas de tales datos, pero los rendimientos eran extremadamente variables, dependiendo de la calidad de los suelos (el rendimiento del trigo en dos feudos cluniacenses muy próximos estaba en la relación 6:1 y 2:1 respectivamente) así como del clima, especialmente del régimen de lluvias (en un pueblo de Borgoña, el rendimiento fue de 10:1 en 1380 y de 3:3 en 1381; en un pequeño feudo perteneciente a un financiero florentino, el rendimiento descendió desde una proporción anual de 4:1 o 5:1 a 16:1 en 1348). Las fuentes de los siglos XIII y XIV registran a veces elevados niveles de productividad: por ejemplo, en las tierras pertenecientes a la abadía de St. Denis, cerca de París, el rendimiento del trigo estaba en la razón 8:1; en un dominio del Artois, éste alcanzaba un 15:1 en 1335. Teniendo en cuenta todo esto, no obstante, podemos establecer la conjetura, bastante probable, de que la mayor parte de los campesinos europeos se contentaban con un rendimiento de grano que oscilase entre tres o cuatro veces la semilla que habían sembrado. Estas proporciones parecen increíblemente bajas, y todavía más si se las compara con las modernas proporciones para extensiones similares de tierra, y esto a pesar de que las semillas eran sembradas menos apretadamente que ahora. Es evidente, pues, que la tierra era muy dura en una época en la cual la civilización, en su conjunto, dependía de la agricultura para su progreso. Después de 1150 aproximadamente, en que una investigación más detallada se hace ya posible, los rendimientos parecen haber sido en cierto modo más elevados de lo que habían sido en la época carolingia. En el siglo IX, los rendimientos medios no parecen haber sido muy superiores a la razón 2:1. En Polonia, e incluso en Normandía, en torno a Neufbourg, este nivel de rendimiento tan bajo era obtenido incluso en el siglo XIII. A pesar de todo existen razones para creer que se produjo un aumento gene-

ral en la productividad entre los siglos IX y XII —un período para el cual las fuentes de material relevantes son, desgraciadamente, muy escasas—. El crecimiento fue realmente significativo: un rendimiento de 3:1, contra el anterior de 2:1, representaba un provechoso incremento del 100 por ciento, lo que hacía posible disminuir la cantidad de tierra cultivable necesaria para alimentar una familia; y, por lo tanto, también disminuyó la porción del dominio reservada para el señor y se pudieron hacer reducciones en la fuerza de trabajo y aliviar las *corvées*. Este aumento en la productividad fue probablemente determinado por la mejora en las técnicas fertilizantes.

2. Evidentemente, no se produjo progreso alguno en el abono de la tierra; aparte de Flandes y Lombardía, según ya se ha señalado, el desarrollo de la cría de ganado tuvo lugar de un modo independiente y en detrimento de la agricultura. El ganado estabulado era muy raro, y, por consiguiente, el abono animal lo era también; generalmente era guardado para los huertos y viñedos, y el aumento de éstos motivaba que los campos de cereales carecieran de él. La escasez de abono resulta evidente de la lectura de gran número de textos del siglo XIII, los cuales se refieren a él como un producto caro y difícil de obtener; algunos contratos de arrendamiento de granjas, en la cuenca de París, estipulaban que el abono debía ser esparcido sobre la tierra por lo menos una vez cada diez años; algunos prohíben al granjero que venda abono a otros granjeros. En lo que concierne a la organización de la rotación de cultivos, tampoco hubo cambios capaces de incrementar la productividad. Al contrario, parece que la presión demográfica y la esperanza de aumentar la producción de cereales condujeron, en los siglos XII y XIII, a la extensión de la rotación de cultivo a tres años —lo cual forzaba a la tierra a producir durante dos años consecutivos y a descansar solamente durante uno—, a expensas de sistemas menos intensivos. En las regiones en que el suelo no era tan rico, como en el noroeste de Francia, esta restricción en el período de barbecho (poco cuerda, según el prudente autor del *Fleta* inglés) produjo generalmente un descenso definitivo de la productividad: sobre un período de seis años, la tierra proporcionaba cuatro cosechas en lugar de tres, pero cada una de aquéllas era más pobre que cualquiera de éstas. En regiones, como Alsacia, en que la difusión de la viticultura restringía el abono de la tierra, se volvió al

sistema de la rotación bianual. La única mejora evidente de las técnicas fertilizantes fue la del arado de la tierra. Esta práctica servía dos propósitos distintos en las diversas regiones: en los países mediterráneos se realizaba sólo para airear y romper la superficie endurecida del suelo y detener la proliferación de malas hierbas; la penetración del arado en estos terrenos tenía que ser escasa, para salvaguardar la fina capa de tierra fertilizada; en cambio, en las regiones húmedas de Europa la tierra debía ser revuelta en una buena profundidad para beneficiarla de los reconstituyentes efectos de la quema de la vegetación superficial. Por eso parece que los progresos en las técnicas agrícolas del norte y oeste de Europa consistieron en la adopción de un instrumento para arar más poderoso, arrastrado por yuntas de animales más fuertes y provistos de una reja asimétrica y una vertedera muy efectiva. La mejora en la metalurgia rural del hierro en los siglos XI y XII, la difusión de los herreros de aldea y la preocupación de los administradores de los dominios señoriales por mejorar el instrumental agrícola y los arados, así como el privilegiado *status* de los labradores arrendatarios, son indicaciones claras de estas mejoras en las técnicas agrícolas, las cuales condujeron a la sociedad rural, desde sus comienzos, hacia la riqueza. Pero estas mejoras nunca arraigaron en los países del Sur, de suelos ligeros, y nunca llegaron a alcanzar a toda la masa del campesinado. En las regiones más desarrolladas los pobres no pudieron soportar el pesado gasto adicional requerido para el uso de la *charrue* y la yunta de animales; continuaron pues trabajando la tierra a mano con la azada o utilizando el antiguo *araire* de madera. De cualquier modo, esta mejora confirmó la superioridad social de los *laboureurs* sobre los *manouvriers* y la superioridad agrícola de las regiones amplias y abiertas en que aquéllos pudieron difundirse, en particular el norte de Francia y la llanura germano-eslava.

3. A pesar de este evidente progreso, las series de datos numéricos precisos, proporcionados por los registros de cuentas de los feudos ingleses, nos muestran que en el transcurso del siglo XIII, en las tierras señoriales mejor administradas, mejor abonadas y mejor trabajadas, los rendimientos agrícolas tendían a disminuir. Todo nos induce a suponer que las necesidades de alimentos de la siempre creciente población exigían una explotación abusiva de la tierra y que

ésta se hallaba próxima a quedar exhausta. El persistente agotamiento por falta de abono, por exceso de trabajo y por falta de descanso de la tierra cultivable, parece haber sido un rasgo inherente al sistema agrario de la Europa medieval. Ello conducía al periódico abandono de los campos que habían quedado agotados, por lo que ya no resultaba rentable su explotación así como a su reemplazo por nuevas tierras de labrantío roturadas en extensiones vírgenes de cultivo y cuyas reservas nutricias permanecían intactas. En aquellos tiempos la agricultura parece haber requerido muy lenta rotación de los cultivos, dentro de una vasta extensión de tierras vírgenes. La práctica de la agricultura de rozas (roturación de tierras cubiertas de bosques) fue pues una permanente tarea de restauración que compensaba el constante deterioro de la tierra excesivamente trabajada. Debido únicamente a las necesidades agrícolas, el campesino medieval fue primero y ante todo un colonizador.

Entre los siglos x y xiii las operaciones de roturación se intensificaron en toda Europa. En muchas regiones, la roturación fue algo más que una mera compensación; se convirtió en una verdadera conquista. Este avance de las tierras de labrantío a expensas de los pastos, pantanos y bosques tomó la forma, muy a menudo, de un progresivo ensanchamiento de las tierras roturadas en torno a los pueblos. Este fenómeno, generalmente, no ha dejado rastros escritos: lo conocemos únicamente a través del paisaje actual, el despliegue de los campos y las roderas de las carretas, la vegetación actual y los nombres de lugares que conmemoran la forma primitiva de la superficie. Los progresos realizados fueron considerables: en un pueblo de Lombardía, la tierra en barbecho, que ocupaba casi la mitad del territorio en 1240, había disminuido en dos tercios ochenta años más tarde. Pero el avance iba a veces mucho más allá de los asentamientos rurales; tierras que habían sido abandonadas en los tiempos difíciles eran puestas de nuevo en cultivo y antiguas unidades agrícolas volvían de nuevo a la vida; animados por los señores, que veían posibles provechos en la población de sus baldíos, los campesinos crearon nuevos poblados aislados, que en ocasiones pueden ser reconocidos por sus nombres (Neuville, Villanova, o nombres germánicos terminados en *-rode*, *-reuth*, etc.) o por sus formas (los "pueblos-ca-

lle" de Lorena, los *Waldhufendörfer* germánicos). Han llegado hasta nosotros algunas de las cartas escritas de población, organizando algunos de estos nuevos poblados. Sin embargo, es difícil establecer una fecha precisa para estos progresos. En ciertas regiones, como en el Mâconnais francés, la tierra utilizable estaba ya ocupada hacia el año 1.000. Las zonas pantanosas de la costa de Flandes, que se habían ido rellenando de aluviones y atraían colonos desde mediados del siglo xi, comenzaron a ser desecadas mediante la sistemática construcción de diques en el segundo cuarto del siglo xii; como sucedió también con las del valle del bajo Loira a finales del siglo xii, al tiempo que se realizaban grandes roturaciones en los bosques ingleses para facilitar el asentamiento humano. En la Île-de-France el movimiento se hallaba en su punto culminante hacia 1200; simultáneamente, el movimiento de colonización hacia el este del Elba estaba alcanzando su apogeo.

Esta considerable expansión de las tierras cultivables, que mantuvo a Europa a salvo de graves escaseces de alimentos durante dos siglos y medio, fue estimulada por la presión demográfica, por el progreso técnico (la *charrue* hizo posible explotar tierra fértil que había sido excesivamente dura para los instrumentos de que se disponía previamente) y por las concesiones de capital hechas a los colonos por los señores, por instituciones religiosas adineradas, asociadas a terratenientes, o por empresarios (antiguos administradores o ciudadanos). El gran movimiento de roturación de nuevas tierras, que respaldó el vertiginoso incremento de la población, es desde luego el más espectacular y decisivo rasgo económico de la totalidad del período estudiado.

4. No obstante, en casi todas partes esta expansión llegó a su fin a mediados del siglo xiii. Parece que todas las tierras susceptibles de ser dedicadas al trabajo, por medio de las nuevas técnicas, ya habían sido puestas en producción por aquel entonces. La roturación de tierras tal vez había ido ya demasiado lejos y había reducido en exceso la extensión de los bosques, siendo así que el valor de éstos seguía ascendiendo y había asimismo disminuido en demasía el área de los pastos, los cuales eran indispensables para el mantenimiento del ganado y la obtención de abono. Parece que los colonos habían reclamado demasiadas tierras marginales que, al cabo de unos pocos

años de mediocres cosechas, los decepcionaban totalmente en sus esperanzas, y debían abandonarlas para que volviesen a ser recuperadas por el bosque. En las fuentes posteriores a 1250 descubrimos numerosas referencias a fracasadas empresas de roturación y los primeros rastros de *Wüstungen*, tierras de labrantío invadidas de nuevo por la maleza, así como pueblos abandonados. Sin embargo, esta detención, estos fallos y estos tempranos fracasos no hicieron disminuir el porcentaje de crecimiento demográfico; la superpoblación se hizo, pues, inevitable. Durante la segunda mitad del siglo XIII y los comienzos del XV, la escasez de tierras en los pueblos se fue haciendo más aguda a cada generación —y una generación, en aquellos tiempos, era muy corta—. Los precios de las tierras de cultivo ascendían de modo incesante, el número de familias campesinas enteramente desprovistas de tierras aumentaba y, en muchas zonas, las parcelas disminuían hasta el extremo de que la inmensa mayoría de las granjas no pasaban de ocho acres (3,25 hectáreas). La cría de animales en pequeña escala, la dedicación a trabajos artesanales y el empleo a jornal en la hacienda de algún rico señor proporcionaban recursos suplementarios a este proletariado. Pero el desarrollo de la desnutrición debida a la superpoblación, lo precario de los instrumentos utilizables y los bajos rendimientos medios del grano hicieron que esta superpoblación fuese todavía más desastrosa de lo que puede parecer tras una visión precipitada de las estadísticas. Esta situación condujo a los primeros azotes del hambre, a sus secuelas, las epidemias, y al descenso demográfico posterior a 1350.

Las regiones en que la mejora de la tierra y la expansión económica y demográfica prosiguieron simultáneamente a lo largo de los dos siglos últimos de la Edad Media fueron pocas y estaban muy distanciadas entre sí. El ejemplo más conspicuo de una región que consiguió mantener un alto nivel de vida fue el del norte de Italia. Mientras que el capital urbano financiaba la construcción de vastos anfiteatros y terrazas para el cultivo del trigo y para el de árboles y viñedos en torno a las ciudades y los castillos que se alzaban sobre las colinas, en la llanura del Po el esfuerzo tenaz y colectivo por avenar y canalizar las corrientes para irrigación, esfuerzo emprendido antiguamente por las grandes comunas, fue continuado por los dés-

potas que se habían apoderado de las grandes *signorie*.

Pero en casi todas las demás regiones de Europa las primeras regresiones de tierras, tras un engañoso progreso en el siglo XIII, se agravaron un siglo más tarde, esta vez bajo los efectos de la despoblación. A lo largo de las áreas fronterizas de las tierras recién colonizadas, en todas las regiones agrícolas marginales, incapaces de atraer inmigrantes que llenasen el vacío dejado por el exceso de muertes sobre los nacimientos, los campos y poblados mostraban un claro retroceso. El análisis del polen conservado en las turberas de la Alemania central muestra que la proporción de grano en la vegetación de estas regiones descendió considerablemente entre 1350 y 1450 en favor, primero, de los árboles de crecimiento más rápido y, luego, de los más altos hayedos; en Inglaterra se han descubierto las huellas de más de 2.000 asentamientos rurales abandonados a fines del siglo XV y principios del XVI. Y, en las zonas que siguieron siendo cultivadas, el hundimiento demográfico hizo posible, en general, el agrupamiento de varias granjas en una sola unidad mayor, económicamente más viable; en el siglo XV la proporción de terratenientes de mediana cuantía, en un pueblo del Languedoc, ascendió del 26 al 40 por ciento, habiendo disminuido correlativamente la proporción de pequeños terratenientes.

LAS FASES PRINCIPALES

Los pocos datos cronológicos que podemos observar respecto a la gradual evolución de la producción rural en Europa del año 900 al 1500, el aspecto general de la curva de población, las principales etapas en la colonización de tierras y quizás, y por encima de todo, los cambios que pueden ser observados en la distribución y contenido de la documentación a nuestro alcance, nos proporcionan ocasión, en conjunto, para establecer tres fases principales en la historia de la economía rural medieval. Es difícil señalar una fecha exacta para la transición de una etapa a otra, especialmente por el hecho de que ello sucedía en diferentes épocas en las distintas regiones. Pero lo que sí podemos hacer, en el presente estadio de nuestro conocimiento, es situar las zonas de transición entre las fases: la primera, en

las dos últimas décadas del siglo XII; la segunda, en el primer cuarto del siglo XIV. Y a partir de aquí podemos observar las tres fases una tras otra, procurando relacionar nuestras precedentes advertencias acerca de los mecanismos de producción con las consideraciones del medio ambiente social, las relaciones políticas y la economía en su conjunto.

En realidad, los movimientos en la economía agraria no están determinados únicamente por la cuantía de la población, el estado del desarrollo tecnológico y el sistema de explotación agrícola, sino que dependen de otros tres factores generales:

1. El poder. La estructura social heredada de la Alta Edad Media era notablemente jerárquica; la distribución de la riqueza y de la posesión de tierras (que incluía a los hombres que las trabajaban) era, pues, estremadamente desigual. En todo el período estudiado y a través de toda Europa existieron pequeñas granjas de campesinos independientes, pero eran muy pocas y estaban muy separadas unas de otras; virtualmente se hallaban indefensas y estaban amenazadas por todos lados. Una pequeña parte de los hombres que ostentaban el poder —los jerarcas de la Iglesia y de las grandes congregaciones religiosas, los príncipes seculares, los miembros de la aristocracia militar, los grandes caudillos, cuyos privilegios y solidaridad se acrecentaban incesantemente—, a los cuales pronto se unieron unos cuantos menos importantes dedicados al comercio y que habían hecho su fortuna en las ciudades, poseían casi toda la tierra. Las prerrogativas que debían a la supervivencia de ciertas formas degradadas de la antigua institución de la esclavitud, junto con su monopolio del poder político, les proporcionaban el derecho a dirigir y explotar a la masa trabajadora. En consecuencia, la economía rural se hallaba bajo el control total de esta vaga y mal definida institución, la *seigneurie*. Debemos añadir que la mayor parte de las fuentes de que disponemos están relacionadas directamente con este “señorío” y sólo incidentalmente con el campesinado.

2. Otro factor era la creciente presión ejercida por el cambio económico. En el año 900 las ciudades habían desaparecido casi por completo del paisaje europeo y la actividad mercantil estaba prácticamente anulada. Pero a partir del siglo XI el comercio comenzó a re-

surgir, la circulación monetaria se intensificó, las ciudades renacían una vez más y un movimiento de expansión comenzó a abrirse camino en el campo, enseñando a los campesinos a contar, cambiar y economizar, y despertando en ellos el sentido del provecho.

3. Un factor final fue la progresiva mejora en las técnicas fiscales y el reforzamiento del Estado. Gradualmente, y a veces en época tan temprana como el siglo XII, los recaudadores de impuestos reales se fueron volviendo más insistentes y más exigentes. Tan pesadamente fue oprimida la economía rural por los impuestos, que gran parte de su historia puede ser explicada por sus consecuencias: los fenómenos de paralización, la escasez de capital y la cada día más amplia brecha económica existente entre el campo y las ciudades, que estuvieron siempre mucho menos oprimidas por el peso de los impuestos.

Años 900 a 1180

La incertidumbre histórica es casi total en la primera fase, a causa de la falta de documentos y, especialmente, de datos numéricos. La base de la observación la constituye invariablemente el señorío, especialmente el de la Iglesia.

1. La difundidísima costumbre de hacer donaciones de tierra a la Iglesia prosiguió en los siglos X y XI, lo cual, juntamente con la práctica de dividir las herencias, fue devorando lentamente las fortunas de la aristocracia laica. En realidad, también se produjeron transferencias en la dirección opuesta, para compensar el empobrecimiento de las familias nobles, las cuales se las ingeniarón para obtener de la Iglesia concesiones virtualmente gratuitas de nuevos feudos o para retener por la fuerza las propiedades alienadas por sus desconsideradamente caritativos antepasados. Además, en los últimos años del siglo XI se produjo una reacción defensiva: lentamente se adoptaron leyes para contener la constante división de los patrimonios entre los herederos y para establecer un control familiar sobre las donaciones de los herederos copartícipes, lo cual limitaba la prodigalidad respecto a las instituciones religiosas. Parece que estas medidas aportaron cierta estabilidad, en el siglo XII, en la distribución de las ha-

ciendas: la extensión de las nuevas tierras roturadas y la creación de nuevos pueblos —organizadas ambas acciones muy a menudo por dos grandes señores, uno de ellos un laico que abría el bosque a la colonización el otro un eclesiástico que proporcionaba el capital y reclutaba los brazos para el trabajo— hizo posible que la aristocracia de grandes terratenientes absorbiese impunemente las nuevas comunidades religiosas, particularmente los cistercienses, que se incrementaban y prosperaban sin cesar.

2. Los cartularios monásticos nos informan acerca de las actitudes económicas de los grandes señores, que no lograban consumir el producto de sus feudos *in situ*, ni siquiera aunque se mantuviesen en constante movimiento. Su primera preocupación consistía en traspasar a otro la pesada carga de la administración; así pues, daban en arriendo sus haciendas a cambio de determinada cantidad que debía ser pagada lo más a menudo posible y calculada de modo que proporcionase una constante y superabundante cantidad de vituallas a la casa señorial. Esta modalidad de administración indirecta, practicada ampliamente en los feudos de las grandes abadías inglesas del siglo XII, estuvo enormemente difundida. Literalmente, “creó” la abigarrada clase de lo que los textos de Alemania y del noroeste de Francia denominan *ministeriales*, cuyo *status* variaba enormemente de región a región, según nos demuestran los términos de los contratos, que establecen los vínculos entre ellos y sus “señores”; estos *ministeriales* alcanzaron un pesado ascendiente sobre los siervos y fueron los primeros en beneficiarse de la expansión agraria y de los incrementos en la producción.

3. Como sucedía en los tiempos carolingios, cada gran unidad territorial era dividida en dos partes: el dominio (*demesne*), que era trabajado en beneficio directo del señor, y los arrendamientos (*tenements*), concedidos a las familias campesinas. Ni la extensión ni el papel económico del dominio parecen haber disminuido en este período de modo significativo. El creciente número de abadías cistercienses y otras comunidades religiosas de nuevo estilo que imponían a sus monjes el trabajo manual y se negaban a explotar el sudor de otras gentes, se hallaba quizá tras esta difusión de la explotación directa de las grandes haciendas en ciertas regiones. La tierra reservada al señor era trabajada por un equipo permanente de siervos, la

familia, sistema que era favorecido por la persistente existencia de distintas formas de esclavitud. El comercio de esclavos a lo largo de las costas mediterráneas fronterizas con el Islam nunca cesó de un modo definitivo, pero sus últimas trazas en los puertos del canal de la Mancha son de principios del siglo xi y ya habían desaparecido completamente de cualquier otro punto de la Europa civilizada. No obstante, la fuerza de trabajo necesaria para las grandes explotaciones señoriales era fácilmente renovada mediante el reclutamiento forzoso de jóvenes domésticos procedentes de las familias arrendatarias todavía sujetas por lazos de servidumbre.

4. Durante este período de expansión demográfica y de conquistas agrícolas, el número de arrendamientos de tierra creció considerablemente; los que ya existían y que, debido al aumento en la productividad, habían llegado a ser excesivamente grandes para las necesidades de una sola familia, fueron subdivididos; por otra parte, las nuevas roturaciones crearon gran número de explotaciones. La intensificación de los cambios comenzó a tener repercusiones sobre la mayoría de las regiones campesinas en el siglo xi y gradualmente aumentó la cantidad de dinero circulante. En el norte de Italia, en la segunda mitad de este siglo, el comercio de productos de la tierra pasó a centrarse en los mercados ciudadanos, y en ellos surgió una nueva clase de hombres, los *negociantes* de los mercados ciudadanos, los agentes comerciales entre la ciudad y el campo. En este mismo momento, los campesinos franceses comenzaban a darse cuenta de las diferentes clases de moneda que se hallaban en circulación, a interesarse por las ferias y a solicitar exenciones aduaneras. Sin embargo, no existe una clara evidencia de que señores y arrendatarios desearan convertir los pagos en especie en pagos en moneda. El cambio más evidente, que afectó a las obligaciones de tenencia de tierras, fue la disminución de las *corvées*, hecha posible por las mejoras en los arados y el instrumental agrícola en los grandes dominios y por una mayor facilidad para reclutar trabajo remunerado. En el sur de Europa, donde las *corvées* siempre parecen haber sido menos duras, desaparecieron totalmente o quedaron reducidas a unos pocos días de servicio anual, arando o transportando productos en la carreta. En el antiguo territorio carolingio, la obligación de los arrendatarios no libres, de trabajar tres días a la semana de modo totalmente gra-

tuito, y las entregas de productos que hacían las familias dependientes de un señor, desaparecieron hacia el siglo x. Aquí las *corvées* todavía tenían un valor económico definido: proporcionaban el refuerzo de hombres y, especialmente, arados necesario para trabajar las haciendas en los momentos culminantes del calendario agrícola; pero eran definitivamente menos onerosas que las descritas en los inventarios del siglo ix. Fue entonces cuando los lazos económicos entre la ocupación y el trabajo en los grandes dominios fueron cortados, ya que las entregas en dinero redimieron los servicios en trabajo. Los impuestos exigidos sobre ventas o divisiones de tierras se hicieron menos excepcionales a partir de fines del siglo xi. Después de 1150, las rentas fijas en dinero reemplazaron los pagos en productos de la cosecha (denominados en Francia *champarts* o *tasques*) que habían sido exigidos anteriormente en las zonas recién roturadas. Junto con estas dos nuevas fuentes de ingresos, los deberes de *corvée* proporcionaron de dinero las arcas de los señores, pero en muy pequeña cantidad.

5. Los elementos de la *seigneurie* más rentables, según las primeras estimaciones que permiten establecer los documentos que poseemos, de la segunda mitad del siglo xii, son: *a*) los grandes dominios (que producían cuatro veces más beneficios que las tierras que poseía la abadía de Cluny); *b*) las instalaciones que el señor ponía a disposición de las familias de sus deudos y vecinos: iglesia, molino, panadería, herrería y taberna; *c*) los diezmos exigidos sobre todas las cosechas en el territorio de la parroquia, los cuales se suponía que debían ser entregados al obispo, a los sacerdotes y a los pobres, pero que de hecho iban a parar a las manos del señor, ya fuese éste laico o eclesiástico. Los beneficios procedentes de las dos últimas fuentes aumentaron constantemente, a lo largo de este período, bajo los efectos del incremento de la población, los progresos en la roturación de tierras y cierta mejora en el standard de vida campesina (el pueblo comía más pan, usaba más tela y más metal, y, por lo tanto, tenía que recurrir más veces al molino y la panadería, al mayal y la forja). El general aumento en los ingresos señoriales explica la creciente opulencia que parece haber sido el distintivo de la totalidad de la aristocracia en esta época.

6. Uno de los más importantes factores en la historia económica

de este período fue la puesta en marcha de nuevos métodos de explotar a los hombres que trabajaban la tierra y de transferir los excedentes de la producción rural a los “almacenes” de los ricos. La disolución de la autoridad pública, que condujo a lo que nosotros denominamos feudalismo, desembocó en la aparición de un completo cuerpo de impuestos exigidos por el ocupante del castillo a cambio de la protección que ofrecía. Estas “costumbres” o “ayudas”, junto con las multas que imponía para castigar las violaciones de la paz, eran exigidas a las familias campesinas que vivían dentro del área cubierta por la protección y jurisdicción de la fortaleza. Los impuestos se fijaban a capricho del señor, especialmente los concernientes a lo que en Francia era denominado *taille* o *tolte* (ambas palabras significan “coger”), y en Alemania *bede* (“requisa”). Eran extraídos de las economías de los hogares protegidos y exigidos cada vez que el señor necesitaba dinero. Estas exacciones eran muy onerosas, mucho más que los deberes de arriendo, y en tal medida, que anulaban todas las diferencias económicas que debían haber existido entre los arrendatarios y los pequeños dueños de tierras independientes, y entre hombres libres y siervos. Agrupadas para su común defensa, las comunidades pueblerinas, especialmente las de Francia, a veces obtuvieron estipulación escrita de qué impuestos debían pagar y cuándo. Pero estas cartas de “costumbres”, a veces denominadas cartas de “libertad”, nunca abolieron por completo tales exigencias; se limitaban a definir las, y frecuentemente los arrendatarios y pequeños propietarios pagaban por tal delimitación mayores contribuciones. En Francia estas “costumbres” comenzaron a ser pagadas en dinero en el siglo XII. La conversión es uno de los signos más seguros para fechar la penetración del medio monetario en la sociedad campesina; debido a estos pagos, la mayor parte de los salarios en moneda que obtenía la población rural le era arrebatada. No era la clase señorial como un todo la que se beneficiaba de estos tributos, sino simplemente un pequeño número de señores, aquellos que habían heredado el derecho de jefatura y castigo en un territorio dado; su superioridad económica se imponía en el seno de la aristocracia.

Años 1180 a 1320

A partir del siglo XIII la historia rural se beneficia de fuentes de material más abundantes, aunque muchos de los rasgos revelados por ellas pueden haber comenzado antes sin dejar huellas en las fuentes a nuestro alcance; así pues, las innovaciones de este período pueden haber sido tal vez menores de lo que parecen. Sin embargo, es cierto que la influencia de la economía urbana llegó a ser en esta época más pronunciada que antes. Las ciudades se hicieron más grandes, y la mayor parte de su población estaba integrada por hombres que eran casi campesinos y obtenían su propio alimento y el de sus vecinos de sus tierras personales, que alimentaban asimismo sus propios cordeles y cuidaban sus viñedos; las ciudades se convirtieron también en los centros de muchas *seigneuries*, y los productos de la campiña circundante llegaban a ellas directamente y no a través de cambios comerciales. Así pues, sólo una limitada cantidad de los alimentos y las materias primas consumidos por la ciudad era adquirida a los hombres del campo. No obstante, la creciente demanda de tales productos incrementó el progreso de la economía rural e intensificó el papel desempeñado por los mercaderes, la ferias, la moneda y el crédito. Corrientes comerciales regulares aprovisionaron de cereales las zonas más densamente urbanizadas de Flandes y el litoral mediterráneo y se produjo un evidente incremento en el tráfico de ganado por las rutas terrestres en los embarques de madera y vino por las rutas acuáticas (a principios del siglo XIV, Burdeos exportaba a Inglaterra un total anual de 700 mil hectólitros de vino). El dinero era menos escaso en las bolsas de los campesinos: sabemos, por ejemplo, que en el siglo XIII los campesinos de la región de París ofrecían enormes sumas a sus señores a cambio de cartas de "libertad" que anulasen los últimos vestigios de servidumbre; los de Orly ofrecían 4.000 *livres*. Es muy dudoso que pagasen todo ese dinero de golpe; pedían préstamos, pero sus acreedores confiaban en ellos porque sabían que su situación financiera era firme y eran capaces de obtener regulares y sustanciosas ganancias en los mercados. En esta época, cada explotación agraria, excepto las más pequeñas, cuyos poseedores no tenían nada que vender a no ser su propio trabajo, se hizo ampliamente ac-

cesible al comercio.

1. La primera consecuencia de tal situación fue una disminución de la solidaridad económica en el seno de la sociedad rural. Manejar dinero, regatear los precios con el comerciante de granos o el tratante de vinos, unirse a un equipo de jornaleros o marcharse durante unos meses para probar suerte en la ciudad, eran actos individuales inspirados por un sentido personal de iniciativa que inevitablemente ponía a prueba la cohesión del grupo familiar. Las fortunas personales se hicieron más fluidas; y no es del todo debido a que tengamos mejores fuentes de material el que podamos observar un marcado incremento en las escrituras de propiedad, de compra y de venta, y en la división de herencias, todo lo cual atestigua una movilidad creciente en este dominio. En el interior de los pueblos, la relativa uniformidad económica existente entre la mayoría de los agricultores, uniformidad debida a las onerosas "costumbres" y "exacciones" pagadas al señor, desapareció en esta época. En primer lugar, el papel predominante desempeñado en lo sucesivo por la empresa individual, junto con la continuación de la expansión demográfica y la creciente escasez de tierra adecuada para la explotación agraria, determinó la aparición de pequeños grupos de campesinos ricos deseosos de gobernar las comunidades o de abandonarlas para evitar las oscilaciones de la productividad y obtener así mejores provechos de su capital.

Por otra parte, una amplia proporción de la clase campesina se iba empobreciendo de modo progresivo. En estas zonas, a pesar del creciente aumento de la población, del comercio y (según podría parecer) de la prosperidad, la pobreza aumentaba también de modo creciente, con lo que se engrosaban la filas del proletariado, el cual quedaba a merced de la explotación de los señores y los campesinos ricos. Muchas familias campesinas que no habían buscado su salvación en la ciudad eran incapaces de ganar su vida sin trabajar a cambio de un salario o de ocupar sus manos en oficios especializados. La irregularidad de las cosechas —y, por lo tanto, del precio de la comida y del trabajo que se podía conseguir en la época de la recolección— agravaba la precaria situación de esta clase duramente oprimida, diezmada por las muertes en cada época de hambre y frecuentemente imposibilitada incluso de casar a sus hijos. (Estas circunstan-

cias eran probablemente las causas subyacentes de la inversión que se produjo en las tendencias demográficas a fines del siglo XIII.) En su desventura, los pobres se convirtieron en presa fácil de los prestamistas de dinero entonces florecientes: campesinos ricos cuyos préstamos a sus convecinos eran restituidos mediante cierta cantidad de días de trabajo; judíos ciudadanos, en el sur de Francia y en España, que compraban las cosechas a bajo precio en las épocas de penuria, y "lombardos", cuyas barracas comenzaron a convertirse en una característica habitual de los mercados franceses a finales del siglo XIII. El hambre de tierras y el hambre propiamente dicha favorecieron el renacimiento de la servidumbre; para lograr una concesión de tierras, los hombres jóvenes tenían que someterse, junto con sus herederos, a los grandes terratenientes, quienes, de otro modo, se negaban a concederles tierras. En algunas provincias esta situación condujo al desarrollo de una forma de servidumbre que en sus orígenes y naturaleza era específicamente económica. Al mismo tiempo, las difíciles condiciones de vida entre los *enfants* (braceros, jornaleros y hombres jóvenes que vivían en forzoso celibato) o los *pâtres* (campesinos sin tierra que vivían de la cría de ganado en pequeña escala) provocaban incidentes aislados que a veces desembocaron en revueltas, pillajes y merodeos.

2. La nueva situación en la economía rural produjo también un cambio de actitud entre los señores, al surgir entre ellos el sentido del provecho. En algunas regiones, por lo menos (en Inglaterra, por ejemplo, según se demuestra por el gran éxito y el tono de los acuerdos referentes a la administración de propiedades aconsejando oprimir y cobrar al máximo), la misma aristocracia cayó en este deseo inmoderado de lucro, a pesar de que el código caballeresco condenaba el amor al dinero y la avaricia del burgués. No obstante, el lucro se desarrolló especialmente en el caso de los empresarios, mayordomos y mercaderes que actuaban como intermediarios entre los campesinos y los grandes señores terratenientes, por un lado, y los dueños del comercio urbano, por otro. Esta clase de hombres desempeñó un papel predominante en la iniciación de las tendencias económicas de esta época.

3. Parece que, en lo concerniente a la distribución de la propiedad de la tierra, este movimiento de la economía afectó a la aristo-

cracia menos que al campesinado. En efecto, sólo unos pocos de estos individuos lograron deslizarse en las filas de los grandes señores, pero, excepto en el norte de Italia y tal vez en España, éstos no fueron “hombres de negocios” propiamente dichos, sino más bien miembros de familias nobles o, algo más abajo en la escala social, descendientes de *ministeriales*. La masa de las señorías permaneció en las manos de la Iglesia y de la aristocracia militar.

4. Muchos miembros de esta clase adinerada abandonaron sus dominios. Aunque la mayor parte de la baja nobleza continuó viviendo entre los campesinos y las comunidades benedictinas, se vio abrumada por las deudas y rodeada de dificultades, lo cual condujo a que pusiera fin a las concesiones de tierras y volviera a la administración directa; numerosos señores prefirieron vivir en las ciudades, por lo menos durante una parte del año, como sus iguales de Italia, España y sur de Francia hacían ya desde tiempo atrás. Sus exigencias de dinero se hicieron más agudas, en parte debido a este cambio de residencia, pero principalmente porque los convencionalismos de su nueva vida los obligaban a vivir en medio del lujo y la disipación. El desarrollo de los nuevos estados, por otra parte, hacía pesar sobre ellos cargas cada vez más onerosas, mientras que les arrebatava una gran parte de sus recursos, al asumir el soberano los máximos poderes de justicia y paz. Acosada por la necesidad, la nobleza ciudadana volcó su atención hacia los beneficios que podía obtener de sus tierras.

5. Las condiciones económicas estaban a favor de las grandes explotaciones agrícolas. La presión demográfica mantuvo muy elevados los precios de los productos agrícolas e hizo descender más y más el nivel de los salarios. La calidad de su equipo de trabajo, su situación dentro de las parroquias, incluso su poder, colocaron a los grandes dominios en óptima posición para la producción y la distribución de los productos de la tierra; sus dueños negociaban la venta de los excedentes de las granjas campesinas vecinas, obteniendo óptimos beneficios. Su control sobre la organización del calendario agrícola, la rotación de cultivos y la administración de las tierras comunales, el trabajo que proporcionaban, los salarios y la asistencia que dispensaban, todo ello colocó a los grandes señorios en una posición hegemónica sobre la economía campesina en su conjunto. Pero

siguió siendo cada vez más frecuente el que estos grandes dominios no fuesen administrados por sus propietarios. A partir de fines del siglo XII, primero las grandes familias, los obispos y los capítulos de las catedrales y luego los señores de menor importancia, adoptaron la costumbre de confiar la administración del dominio a un *fermier*. Al principio las concesiones se hicieron vitalicias, pero más tarde este período fue limitado. Esto hizo posible establecer periódicos reajustes de la renta, la cual podía ser pagada en dinero o en especies, para ponerla de acuerdo con los incrementos de la productividad, mientras que se tomaban toda clase de precauciones para impedir que el beneficiario intentase depreciar el capital. Para los señores, éste fue un medio cómodo de traspasar a otros la carga de la administración; para el pequeño grupo de empresarios, fue un medio de ascender hasta la posición económica de los grandes señores, de dominar la comunidad campesina y de enriquecerse más rápidamente.

6. Para la viticultura y la ganadería se preferían métodos distintos de administración indirecta. También se utilizaron las concesiones, pero en general se realizaban por períodos de tiempo más cortos y en relación con cantidades de dinero mucho menores; el hombre que proporcionaba su trabajo y el que proporcionaba la tierra, o el capital, entraban en sociedad para compartir los riesgos y los beneficios. Las formas extremadamente variadas de repartir las cosechas hicieron posible que una más amplia parte del campesinado participase en la administración del capital señorial. Los más tempranos y sagaces éxitos que parecen haberse producido a este respecto se realizaron en Italia, donde la ciudad y el campo estaban más íntimamente unidos y donde el sistema de *coltura promiscua* estaba desarrollando una combinación más íntima entre la agricultura y las actividades vitivinícolas y ganaderas.

Años 1320 a 1440

En la primera mitad del siglo XIV hay una mutación de énfasis en las fuentes de material, las cuales ya no se refieren exclusivamente a los señoríos: las masas de cuentas señoriales, en particular, desaparecen como resultado del abandono de la administración directa. Tal

vez se trate de un efecto ilusorio, alimentado por este cambio en las fuentes, pero parece como si en estas épocas, en que la historia agraria estaba dominada por el descenso de la población y por la consiguiente reabsorción del proletariado rural, el señorío hubiese perdido su poder sobre la economía campesina, por lo menos en Occidente, puesto que en la Europa oriental la despoblación produjo resultados opuestos; es decir, una consolidación de los dominios aristocráticos y una agravación del régimen de *corvées* y servidumbre. En la Europa occidental la evolución puede ser resumida en los siguientes puntos:

1. Los grandes feudos eran muy prósperos en torno a 1300, pero sus márgenes de beneficios eran extremadamente bajos. La reducción, en los pueblos, del número de trabajadores pobres, que al no poseer tierras propias se veían forzados a comprar parte de su comida y, por lo tanto, debían buscarse trabajo, determinó un descenso en los precios de los cereales y un aumento de los precios del trabajo, lo cual hizo descender los beneficios de los señores al máximo o los anuló por completo. Aquellos señores que todavía dirigían sus dominios prefirieron dejar de hacerlo, y el *fermage* hizo grandes progresos durante el siglo xiv. Pero llegó a ser difícil —excepto en unas pocas regiones privilegiadas, como Lombardía, que escapó a la depresión— encontrar *fermiers* para las grandes explotaciones de cereales, que necesitaban gran cantidad de trabajo a sueldo. Las concesiones de tierras se realizaron en adelante sobre parcelas mucho menores, como se había hecho anteriormente con los arrendamientos en aparcería, y los grandes dominios fueron divididos en concesiones de tamaño medio, más apropiadas para las posibilidades de una sola familia campesina, cuyos miembros se vieron reforzados por la consolidación de los vínculos familiares y por un más amplio uso de la propiedad conjunta.

2. Los quebrantos de esta época, las destrucciones motivadas por las guerras y la desolación que sembraba la peste, forzaron a los señores a ser menos duros con sus vasallos y siervos, a pesar de que también ellos se veían afectados por las calamidades y quizás estuviesen más necesitados de dinero que en épocas anteriores. Su principal problema consistía en convencer a los campesinos de que permaneciesen en sus tierras, en repoblarlas cuando se despoblaban y en vol-

verlas a poner en orden cuando el paso de los ejércitos o una larga temporada en total abandono las habían deteriorado. Algunos señores intentaron reforzar los lazos de servidumbre y vincular a los campesinos más estrechamente a la tierra, pero fracasaron: era demasiado fácil fugarse, y esta emigración contribuyó poderosamente a la total desaparición de la servidumbre en la mayor parte de la Europa occidental (en el Este, en cambio, ésta se hallaba en franco progreso). El único modo de mantener o atraer arrendatarios, *fermiers* o *metayers* consistía en acceder a sus demandas y aligerar sus deberes. Las familias campesinas eran mucho menos numerosas y entregaban una cantidad cada vez menor de los beneficios de su trabajo; de aquí proviene que en esta época los beneficios obtenidos por los señores fuesen cada vez menores. Esta disminución es ya perceptible en 1320 en ciertos condados ingleses y aumentó en la segunda mitad del siglo xiv. Entre 1430 y 1456 la renta obtenida por los Caballeros Teutónicos de su feudo de Coblenza descendió en un 40 por ciento; los arrendatarios de un señorío en Normandía pagaban 152 *livres* en 1397, 112 en 1428, 52 en 1437 y 10 en 1444.

3. Este declinar de las haciendas señoriales acaeció indiscutiblemente en provecho de la economía campesina, la cual, no obstante, se vio perjudicada por las restricciones en el consumo urbano (las crisis demográficas fueron a veces más agudas en la ciudad que en el campo), según nos lo atestigua, en primer lugar, el constante descenso del precio de los cereales. La economía campesina sufrió también exacciones de otro tipo. A partir del siglo xiv, los documentos muestran claramente hasta qué punto el campesinado era explotado por los empresarios y especialmente por los cobradores de impuestos. La abundante información que puede ser obtenida de los registros notariales del sur de Europa nos proporciona una vívida imagen de las actividades de los omnipresentes corredores de cereales, de lana, de tintes que, procedentes de los mercados ciudadanos, llegaban a las granjas cuando había mayor escasez de dinero, así como de la presencia de los especuladores de ganado y de los prestamistas de dinero. Todos ellos se aprovechaban del hambre de dinero que padecía el sector campesino, ya acostumbrado al comercio, y que en aquel momento atravesaba una situación aún peor que la de las ciudades. En realidad, tal vez concedamos demasiada importancia a tales acti-

vidades debido al hecho de que aparecen con tanta frecuencia en las fuentes de que disponemos. Las cosas son muy distintas en lo que respecta a la presión ejercida por los impuestos, que, aquí sí que no cabe la menor duda, pesaron mucho más fuertemente sobre el sector rural a partir del siglo xiv. Es seguro que ésta fue una de las principales transformaciones en la economía de este período. Es evidente asimismo que la importancia de este cambio fue claramente comprendida, según nos lo demuestran las insurrecciones campesinas de la época: la Jacquerie francesa en 1358 y la revuelta de los campesinos ingleses en 1381, dirigidas por hombres que se sentían más agraviados por la avaricia de la soldadesca y de los recaudadores de impuestos, que por las secuelas de la explotación señorial. Es fácil comprender que los inhumanos impuestos que había que pagar al Estado impedían que la economía campesina se cerrase completamente al comercio exterior —las exigencias de los señores debían ser satisfechas de algún modo, y los campesinos se veían obligados a vender para conseguir dinero—. Sin duda, los impuestos fueron la causa principal de que el ascenso del standard de vida de los campesinos fuese tan lento.

4. Sin embargo, existe una razón que nos induce a creer que el standard de vida no sufrió un hundimiento total e incluso se elevó ligeramente durante este período, el cual, por lo tanto, no debe ser juzgado bajo un prisma excesivamente pesimista, por lo menos en lo que concierne a la economía campesina. Como el número de individuos, de la clase campesina era escaso, a fines del siglo xiv aquéllos se encontraron en un medio económico en que el capital no se había depreciado excesivamente y, en cambio, el dominio ejercido antaño por la clase señorial había disminuido considerablemente y se debilitaba con rapidez; en realidad, probablemente su situación era menos miserable que la de sus antepasados cien años antes. Sus tierras eran más extensas o de mejor calidad; el espacio aprovechable para el pasto del ganado había aumentado enormemente; y, lo que es más, las artesanías especializadas se habían desarrollado poderosamente en los pueblos: el movimiento de expansión de la industria del tejido en el campo alcanzó en este momento su punto culminante.

Las investigaciones arqueológicas, de textos e iconográfica acerca de la vida diaria de este período apenas se están iniciando;

posiblemente cuando se desarrollen confirmarán la impresión de que los campesinos a fines de la Edad Media estaban mejor alimentados, vestidos y alojados de como lo estaban en el siglo XIII, época de superpoblación y de gran prosperidad de los señores. De todos modos, parece como si los supervivientes de la gran depresión demográfica hubiesen adquirido considerables reservas de vitalidad.

Hacia 1440 se hicieron evidentes los primeros y escasos signos de recuperación en todas las regiones que habían padecido la despoblación. Se inició una nueva ola de expansión, pero fue muy lenta en emprender el camino. Las cifras de población comenzaron a ascender y la tierra que había quedado en barbecho durante algunos años comenzó a tentar de nuevo a los colonizadores. No obstante, las regiones en que la expansión hizo progresos evidentes antes de 1550 fueron pocas y estaban muy alejadas unas de otras. Esta expansión, que se basaba en la riqueza en tierras de la aristocracia y en el trabajo campesino, fue puesta en movimiento por el mismo pequeño grupo de ávidos hombres de negocios cuya actividad ya vimos desarrollarse en el clima expansionista del siglo XIII. Pero, si bien este movimiento se inició desde un nivel mucho más alto que el de la expansión que había comenzado antes del año 1000, este nuevo rasgo de progreso nunca consiguió (hasta que se produjo el desarrollo agrícola del siglo XVIII) impulsar la producción, la disponibilidad de productos de la tierra y la densidad de los asentamientos agrarios, hasta el nivel alcanzado antes del año 1300, durante el gran movimiento de conquista rural que sostuvo el florecimiento de la civilización medieval.

BIBLIOGRAFÍA

GENERAL. Los estudios generales de mayor utilidad, y que proporcionan más amplia información bibliográfica, pueden ser hallados en las obras de Duby y Postan que se citan a continuación.

Abel, W., *Agrarkrisen und Agrarkonjonctur. Eine Geschichte der Land- und Ernährungswirtschaft Mitteleuropas seit dem hohen Mittelalter*, Hamburgo-Berlín, 1966 ².

- Geschichte der deutschen Landwirtschaft von frühen Mittelalter bis zum XIX Jahrhundert*, vol. II de *Deutsche Agrargeschichte* (ed. G. Franz), Stuttgart, 1962.
- Bloch, M., *French Rural History; An Essay on its original characteristics*, trad. al inglés de J. Sondheimer, Londres, 1966.
- Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, vol. II, París, 1956².
- Cipolla, C. M., *Storia dell'economia italiana*, vol. I, Turín, 1959.
- Deuxième conférence internationale d'histoire économique, Aix-en-Provence*, 1962; París, 1965.
- Duby, G., *Rural Economy and Country Life in the Medieval West*, trad. al inglés por Lady Cynthia Postan, Londres, 1968.
- Franz, G., *Geschichte des Bauernstandes*, vol. VI de *Deutsche Agrargeschichte*, Stuttgart, 1963.
- Hilton, R. H., "The Content and Sources of English Agrarian History before 1500", *Agricultural History Review*, 1955.
- Jones, P. J., "Per la storia agraria italiana nel medio evo; lineamenti e problemi", *Rivista storica italiana*, 1964.
- Lütge, F., *Geschichte der deutschen Agrarverfassung vom frühen Mittelalter bis zum XIX*, vol. III de *Deutsche Agrargeschichte* (ed. G. Franz), Stuttgart, 1963.
- Luzzato, G., *Storia economica d'Italia. I: L'Antichità e il Medio Evo*, Roma, 1949.
- Postan, M. M., ed., *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. I: *The Agrarian Life of the Middle Ages*, Cambridge, 1966².
- Slicher van Bath, B. H., *The Agrarian History of Western Europe, 500-1850*, Londres, 1963.
- Vicens Vives, J., *Manual de Historia Económica de España*, Barcelona, 1964³.
- Violante, C., "Storia ed economia de l'Italia medievale", *Rivista storica italiana*, 1961.

DEMOGRAFÍA. Para un estudio cabal del tema, el lector puede consultar el vol. I, cap. 1 de la obra *Fontana Economic History of Europe* (que también ha sido publicado separadamente en forma de folleto: J. C. Russell, *Population in Europe 500-1500*).

- Abel, W., *Die Wüstungen des ausgehenden Mittelalters. Ein Beitrag zur Siedlungs- und Agrargeschichte Deutschlands*, Jena, 1943.
- Baratier, E., *La démographie provençale du XIII^e au XVI^e siècle avec chiffres de comparaison pour le XVIII^e siècle*, Paris, 1961.
- Hallam, H. E., "Some Thirteenth Century Censuses", *Economic History Review*, 1958.
- Russell, J. C., *Late Ancient and Medieval Population*, Filadelfia, 1958.

Titow, J. Z., "Some evidences of the Thirteenth Century Population Increase", *Economic History Review*, 1961.

"Some Differences between Manors and their Effects on the Condition of the Peasant in the Thirteenth Century", *Agricultural History Review*, 1962.

Villages désertés et histoire économique, XI-XVIII^e siècles, Paris, 1965.

CONDICIONES NATURALES Y PRODUCCIÓN AGRÍCOLA. Las obras citadas a continuación describen los principales problemas. Para estudios regionales debemos hacer referencia a las obras de los geógrafos.

- Beresford, M. W., y Saint Joseph, J. K. S., *Medieval England. An Aerial Survey*, Cambridge, 1958.
- Darby, H., ed., *An Historical Geography of England*, Cambridge, 1936.
- Dion, R., *Histoire de la vigne et du vin en France, des origines au XIX^e siècle*, Paris, 1959.
- Géographie et Histoire agraire*, Nancy, 1959.
- Higounet, C., *La grange de Vaulerent. Structure et exploitation d'un terroir cistercien de la plaine de France, XII^e-XV^e siècles*, Paris, 1965.
- Postan, M. M., "Village Livestock in the Thirteenth Century", *Economic History Review*, 1962.
- Sereni, E., *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, 1961.
- Verhulst, A., *Histoire du paysage rural en Flandre de l'époque romaine au XVIII^e siècle*, Bruselas, 1966.

ESTRUCTURA SOCIAL. Los estudios realizados por Finberg, Hilton y Miller son modelos del método histórico.

Bader, K., *Dorfgenossenschaft und Dorfgemeinde*, vol. I: *Das Mittelalterliche Dorf als Friedens und Rechtsbereich*, vol. II: *Studien zur Rechtsgeschichte des mittelalterlichen Dorfes*, Weimar, 1957, 1962.

Duboulay, F. R. H., *The Lordship of Canterbury. An essay on medieval Society*, Londres, 1966.

Finberg, H. P. R., *Tavistock Abbey. A Study in the social and economic History of Devon*, Cambridge, 1951.

Genicot, L., *L'Économie rurale namuroise au bas Moyen Âge (1199-1429)*, vol. I: *La Seigneurie foncière*, Namur, 1943; vol. II: *Les hommes: la noblesse*, Lovaina, 1960.

Herlihy, D., "Population, Plague and Social Change in rural Pistoia 1201-1430", *Economic History Review*, 1965.

Hilton, R. H., *Social structures of rural Warwickshire in the Middle Ages*, Oxford, 1950.

Leicht, P. S., *Operai, artigiani, agricoltori in Italia del secolo VI al XVI*, Milán, 1946.

Miller, E., *The Abbey and Bishopric of Ely. The social History of an Ecclesiastical Estate from the Xth century to the early XIVth Century*, Cambridge, 1951.

Platelle, H., *Le temporel de l'abbaye de Saint Amand, des origines à 1340*, París, 1962.

Raftis, J. A., *The Estates of Ramsey Abbey. A study in Economic Growth and organisation*, Toronto, 1957.

Steinback, F., *Ursprung und Wesen der Landgemeind nach rheinischen Quellen*, Colonia, 1960.

Verhulst, A. E., *De Sint-Baafsaddij te Gent en haar Grondbezit*, Bruselas, 1958.

SIGLOS X A XII. Como introducción al tema, son particularmente interesantes los libros de Duby y Lennard.

Deléage, A., *La vie rurale en Bourgogne jusqu'au début du XI^e siècle*, Mâcon, 1941.

- Duby, G., *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise*, Paris, 1953.
- Galbraith, V. H., *The making of Domesday Book*, Oxford, 1961.
- Lennard, R., *Rural England, 1068-1135. A Study of Social and Agrarian Conditions*, Oxford, 1959.
- Perrin, C. E., *Recherches sur la seigneurie rurale en Lorraine d'après les plus anciens censiers (X^e-XII^e siècles)*, Estrasburgo, 1935.
- Postan, M. M., *The "Famulus", the estate Labourer in the XIIth and XIIIth centuries*, Cambridge, 1954.
- Van de Kieft, C., *Étude sur le chartrier et la seigneurie du prieuré de la Chapelle-Aude (XI^e-XIII^e siècles)*, Amsterdam, 1960.

SIGLO XIII. La monografía regional de Hilton puede ser recomendada como el mejor libro sobre el contexto de este período.

- Conti, E., *La formazione della struttura agraria moderna nel contado fiorentino, I: Le campagne nell'età precomunale*, Roma, 1965.
- Hilton, R. H., *A medieval society. The West Midlands at the End of the Thirteenth century*, Londres, 1966.
- Kosminsky, E. A., *Studies in the Agrarian History of England in the XIIIth century*, Oxford, 1958.
- Plesner, J., *L'émigration de la campagne à la ville libre de Florence au XIII^e siècle*, Copenhague, 1934.
- Postan, M. M., "The Rise of a Money Economy", *Economic History Review*, 1944.
- Renouard, Y., "Le grand commerce des vins de Gascogne au Moyen-Âge", *Revue Historique*, 1959.

SIGLOS XIV Y XV. Existen numerosos estudios de detalle. Los que se enumeran a continuación proporcionarán al lector una comprensión inmediata de los puntos más importantes.

- Duby, G., "La seigneurie et l'économie paysannes. Alpes du Sud, 1338", *Études rurales*, 1969.
- Bean, J. M. W., *The Estates of the Percy Family, 1416-1537*, Oxford, 1958.

- Boutruche, R., *La crise d'une société. Seigneurs et paysans du Bordelais pendant la guerre des Cent Ans*, Estrasburgo, 1947.
- Cipolla, C. M., "Revisions on Economic History: the Trends in Italian Economic History in the later Middle Ages", *Economic History Review*, 1949.
- "L'Economia milanese. I movimenti economici generali, 1350-1500", *Storia di Milano*, Milán, 1957.
- Craeybeckx, J., *Un grand commerce d'importation. Les vins de France aux anciens Pays Bas (XIII^e-XVI^e siècles)*, París, 1958.
- Fourquin, G., "Les débuts du fermage: l'exemple de Saint Denis", *Études rurales*, 1966.
- , *Les campagnes de la région parisienne à la fin du moyen âge (du milieu du XII^e siècle au début du XV^e siècle)*, París, 1964.
- Haenens, A. D., *L'abbaye de Saint Martin de Tournai de 1290 à 1350. Origines, évolution et dénouement d'une crise*, Lovaina, 1961.
- Hilton, R. H., y Fagan, H., *The English Rising of 1381*, Londres, 1954.
- Holmes, G. A., *The Estates of the Higher Nobility in XIVth century England*, Cambridge, 1957.
- Le Roy Ladurie, E., *Les paysans du Languedoc*, París, 1966.
- Plaisse, A., *La baronnie de Neufbourg. Essai d'histoire agraire, économique et sociale*, París, 1957.
- Postan, M. M., "The Fifteenth Century", *Economic History Review*, 1938-1939.
- Verhulst, A., "L'économie rurale de la Flandre et la dépression économique du bas moyen-âge", *Études rurale*, 1963.

Capítulo 6

LA INDUSTRIA MEDIEVAL, 1000-1500

por SYLVIA L. THRUPP

LA INDUSTRIA MEDIEVAL

BAJO UNA PERSPECTIVA EVOLUCIONISTA

Los desperdicios industriales que la gente deja tras de sí constituyen los más antiguos documentos que poseemos acerca de la sociedad humana. En Europa, los restos de este tipo que han sido examinados hasta ahora sugieren que cierta actividad industrial, de una u otra clase, se ha estado produciendo en ella incesantemente desde hace por lo menos cuarenta mil años, según los cálculos más moderados. No obstante, desde el punto de vista del modo en que este tipo de actividad se encuadraba en la organización general de las sociedades, este inmenso espacio de tiempo se considera dividido, corrientemente, en tres etapas. La etapa de la horda cazadora primitiva cubre unas tres cuartas partes de tal período. Casi todo el lapso restante es consumido por varias series de civilizaciones, fundamentalmente agrarias, a las cuales es costumbre agrupar bajo la etiqueta, en cierto modo negativa, de “preindustriales”. La organización del moderno industrialismo, infinitamente más compleja y que se inició con los primeros progresos realizados en Gran Bretaña a fines del siglo XVIII, domina este panorama sólo durante un medio por ciento de todo el período. Un rápido vistazo a los principales contrastes entre estas tres etapas nos ayudará a establecer la debida perspectiva acerca de los problemas medievales y de los progresos logrados en aquella época.

Las tres épocas de la evolución industrial

En la primera etapa la actitud de los hombres hacia el medio ambiente que los rodeaba era casi enteramente predatoria; la actitud de los hombres entre sí era cooperativa, por lo menos dentro de la pequeña horda cazadora que recorría un territorio determinado. En tal género de vida, cualquier tipo de pertenencias, que no sean instrumentos o armas portátiles y los vestidos que puedan ser considerados funcionales constituyen un verdadero estorbo. Consecuentemente, las gentes que viven en tal etapa del desarrollo humano no adquieren objetos ni dependen de especialistas: cada niño tiene que aprender a hacer y reparar lo que será esencial para su vida. Puesto que nosotros consideramos que un hombre que tiene cuanto desea vive en la opulencia, un antropólogo norteamericano denomina al mundo aborígen como la primera edad de la opulencia. Esta descripción tal vez sea conveniente a partir del momento en que los instrumentos de caza fueron mejorados mediante el tallado de bordes cortantes y el hallazgo de proyectiles más contundentes; y la opulencia sería estable solamente mientras la población estuviese tan esparcida que su densidad no llegase a reducir las cantidades requeridas de vegetales y animales comestibles. Cualquier alteración persistente de este equilibrio podía obligar a la población, más pronto o más tarde, a considerar su hábitat de modo distinto, procurando conseguir algún tipo de alimento suplementario, lo que daría origen a la ganadería o a la agricultura. Finalmente, a medida que la población crecía gracias a las intermitentes inmigraciones procedentes de Asia, la ganadería y la agricultura se convirtieron en las principales fuentes de alimentos, siendo la caza una fuente auxiliar.

El sudeste de Europa tomó la delantera en la transición definitiva a la vida sedentaria gracias a la introducción directa de técnicas agrarias muy evolucionadas procedentes del Próximo Oriente. Dondequiera que el nuevo tipo de vida era adoptado, generaba rápidamente nuevas necesidades y técnicas para satisfacerlas, mediante casas más sólidas, vestidos más confortables y mejores procedimientos de producción de comida y bebida. Numerosas pruebas arqueológicas sugieren también que los grupos familiares no estuvieron limita-

dos a consumir solamente lo que sus propios miembros producían, sino que tenían la posibilidad, aunque sólo fuera como un medio de mantener relaciones amistosas dentro de un territorio determinado, de realizar intercambios de productos. Esto condujo por fin a que se produjesen objetos con el único fin de cambiarlos. A veces, comunidades enteras, si disponían de materia prima excepcionalmente apropiada, podían dedicarse a este propósito. Un ejemplo bien conocido, que se remonta al principio del segundo milenio antes de Cristo —lo cual no quiere decir que sea el más antiguo—, se localiza en los ricos depósitos de pedernal de Norfolk; el pedernal era extraído con picos de cuerno y hueso y se tallaba allí mismo. No hay medio de averiguar, por las pruebas que nos ofrecen los esqueletos humanos que allí se encuentran, si las familias de estos artesanos de la minería estaban o no enteramente dispensadas de trabajar la tierra, pero sí existe evidencia de que los hombres trabajaban en esta industria durante la mayor parte del año. Trabajos profesionales que podían estar combinados o enteramente disociados de la agricultura se difundieron rápidamente gracias a continuos progresos en la técnica que requerían una aguda inteligencia; tal fue el caso del invento del horno para cocer la cerámica, y todavía más el de la metalurgia. Los herreros proveyeron de mejores armas a los caudillos militares y con la difusión del uso del hierro comenzó la mejora de los instrumentos agrícolas y los materiales de construcción. No obstante, bajo los caudillos militares, las nuevas técnicas progresaron poco, convirtiéndose en el soporte de una nobleza de guerreros. Al principio, la industria constituyó un medio para aumentar la prosperidad sólo cuando el poder gubernamental se organizó desde los centros urbanos, que alimentaban una economía de mercado y atraían a una población heterogénea. En las ciudades, con mercaderes que les proporcionaban los materiales que necesitaban y que podían incrementar la venta de sus productos mediante la exportación, los artesanos podían desarrollar una mayor habilidad y experimentar más libremente gracias a la división del trabajo.

Pero el expansivo poder de la industria urbana se vio fuertemente limitado por la ineficacia de la Europa preindustrial para autoabastecerse. La mayor parte de la población trabajadora tenía que vivir siempre dispersa por el campo, en pequeños poblados, culti-

vando cereales en un terreno árido para el que no disponía de fertilizantes y criando animales a los que no podía alimentar de un modo adecuado; estas gentes estaban sobrecargadas de trabajo durante la estación de la cosecha, pero tenían suficiente tiempo libre durante el invierno, época en que podían dedicarse a las tradicionales industrias rurales. A medida que el crecimiento de la población reducía el tamaño de las haciendas, estas industrias tendían a pasar a manos de las familias que poseían menos tierras. Los problemas fundamentales, esto es, el de la escasa producción de cereales y el de los animales mal alimentados, podían haber sido resueltos más rápidamente si los grandes terratenientes hubiesen dejado regularmente a los campesinos una parte de las tierras y el suficiente tiempo libre para experimentar técnicas, como finalmente hicieron en gran escala en Inglaterra en el siglo xviii. También la industria hubiera incrementado el rendimiento de su limitada fuerza de trabajo de completa dedicación, si hubiese podido dedicar una parte de la misma a la mejora del equipo mecánico. Desde luego, se producían mejoras en ambos frentes, pero en el mejor de los casos eran mejoras vacilantes y caprichosas; y a veces, en áreas vastísimas y durante largos períodos, no se producía adelanto alguno.

Algunos historiadores han descrito ciertas ciudades de la antigüedad o de la Edad Media en las cuales la mayoría de la población trabajadora vivía de la industria y donde existía más de un mercado —el puerto suburbano de la antigua Atenas y la Florencia medieval son ejemplos excelentes—, presentándonoslas como ejemplos de industrialización. Parece un poco absurdo insistir una y otra vez en el prefijo de “preindustrial”, pero, hasta que sea aceptada una terminología mejor, debemos continuar con la actual, puesto que comúnmente entendemos que “industrialización” significa entrar en la tercera etapa, la nuestra, en la que la producción a gran escala ha ido transformando incesantemente las condiciones de vida de los trabajadores.

Vista desde la perspectiva de las últimas décadas del siglo xx, la característica más importante de la triunfante industrialización es el haber logrado, a través de la organización de los cauces de la inversión a ese propósito, autoafianzar el crecimiento económico. En este momento, un país puede normalmente esperar que la producción to-

tal de cada año exceda a la del año anterior en cierto porcentaje que será mayor que el de aumento de su población en el mismo período. En resumen, los cálculos estadísticos mostrarán un incremento regular del rendimiento por cabeza, incluso en el caso de una población nacional que crezca sin pausa alguna. El producto de la tierra se incluye en el cálculo del rendimiento total, pero la industria dominará ampliamente el programa.

*Contribución de la industria medieval al desarrollo económico:
problemas de cálculo y fuentes de datos*

Los siglos que van del año 1000 al 1500 se caracterizan por producirse en ellos la formación de ciudades en todas las regiones de Europa, excepto en las zonas de cultura tribal del lejano Norte. Las mayores ciudades constituían los nudos de una red comercial que en el Sudeste extendían sus mallas hasta alcanzar el comercio islámico, reunía a los miembros de los grupos adinerados y los inducía a competir socialmente en exhibiciones de su riqueza, mientras que sus artesanos contribuían a tales despliegues de boato cultivando su habilidad artística. Las ciudades más pequeñas hacían lo que podían por incrementar el comercio y la industria y por crear demanda de mejores productos en los pueblos cercanos. Este período se distingue también por haber sido el primero en hacer un uso sustancial de la automación en los procesos industriales, que de otro modo hubiesen requerido pesados esfuerzos.

Estos movimientos confieren a dicho período un lugar de fundamental importancia en la evolución industrial de Europa. Sin embargo, si tuviésemos estadísticas medievales comparables con aquellas por las que se calculan hoy en día los porcentajes de desarrollo económico, para cualquiera de los territorios regidos por los modernos sistemas de gobierno, los datos correspondientes a la industria serían enormemente decepcionantes. Se acepta corrientemente que un país dominado por señores rentistas, que no estén directamente interesados en el desarrollo económico, dedicará escasamente un cinco por ciento de su esfuerzo económico total anual a nuevas mejoras de su equipo productivo, incluyendo en él los medios de trans-

porte; una proporción que no puede contribuir en más de un uno por ciento al progreso de la producción total anual. Este desarrollo tampoco puede ser firmemente acumulativo, puesto que un país tan atrasado puede ser peculiarmente vulnerable a las malas cosechas, al hambre y a las enfermedades epidémicas, que pueden interrumpir temporalmente todos los esfuerzos económicos. Phyllis Deane calcula que Inglaterra alcanzó un porcentaje de crecimiento claramente estable, de un uno por ciento, a mediados del siglo XVIII, época en la que las cosechas de cereales eran de dos a cuatro veces mayores que las obtenidas en las haciendas medievales, la organización del crédito era muchísimo mejor y el empresariado industrial se hallaba en pleno ascenso. De hecho, no tenemos ninguna estadística de conjunto válida de ningún país, ya que su recopilación en países pobres es azarosa y probablemente no sería posible incluir en ella el valor de los productos hortícolas que los campesinos suelen consumir a medida que van madurando, ni el de la producción de los objetos hechos por los mismos campesinos para su uso personal o para el uso de sus hogares, ni se puede calcular con cierta precisión el valor de la industria marginal dedicada a satisfacer el comercio local. Y en un pueblo medieval estos conceptos eran verdaderamente sustanciales. Pero este tipo de comparaciones, como nos es dable realizarlas, sugiere por lo menos que, en todas las demás formas de producción consideradas en conjunto —incluyendo la elevada proporción de cosechas no comercializadas pero consumidas por los campesinos productores o que pasaban directamente a las cocinas de los señores, sobre la totalidad de cualquier territorio de Europa cubierto en la actualidad por un gobierno moderno—, los mejores porcentajes medievales de desarrollo económico general, si pudiesen ser calculados por décadas para equilibrar los efectos de las buenas y las malas cosechas, serían probablemente de un medio por ciento.

Las áreas más urbanizadas y comercializadas deberían alcanzar porcentajes mejores que el mencionado, puesto que las regiones más distantes y atrasadas debían registrar porcentajes muy inferiores que harían bajar el promedio. Los porcentajes de crecimiento de la producción en y en torno a las ciudades manufactureras en rápida expansión del nordeste de Francia, Flandes y el valle del Po, en los siglos XII y XIII, pueden haber alcanzado cifras varias veces superiores

a los promedios del conjunto de Francia o Italia. Estas condiciones óptimas disminuyeron cuando perdió fuerza el crecimiento general de la población que se produjo hacia finales del siglo XIII. El aumento del tamaño de las ciudades se había detenido mucho antes de que la catástrofe de la peste negra hubiese disminuido la población en cerca de un tercio en la mitad occidental de Europa, y a partir de entonces una serie errática de epidemias locales de distintas clases impidió cualquier extensa reactivación del crecimiento de la población hasta finales del siglo XV. Hay que conceder que el resultado neto de todas estas desgracias fue estimular una agricultura más eficaz, al aliviar las presiones para que se sembrasen cereales en tierras pobres y elevar, por lo tanto, los niveles de consumo de comida tanto en los pueblos como en las ciudades. En cambio, la respuesta de la industria no puede ser resumida tan simplemente. La producción por persona parece haberse acrecentado en algunas regiones y algunas décadas, pero en otras disminuyó y en las restantes zonas siguió siendo más o menos igual. Es preciso, pues, que se realicen muchas más investigaciones cuantitativas, extendiendo mapas de los resultados con los hallazgos efectuados por los estudios de la demografía local, antes de que podamos llegar a cualquier sólida conclusión valedera para la totalidad de Europa.

Las fuentes escritas relativas a la industria son bastante abundantes en los países occidentales desde el siglo XIII en adelante, pero, cuanto más se retrocede en el tiempo, más escasas resultan. Las más antiguas noticias son breves descripciones de los artículos comercializados y relacionados de disposiciones jurídicas y fiscales destinadas a adaptar la actividad industrial a las estructuras administrativas feudales. A estas fuentes les suceden relaciones de gremios, las cuales, aunque discontinuas, son más amplias y proporcionan ocasionales testimonios acerca de la capacidad de producción. Los datos acerca de impuestos son cada vez más amplios y con frecuencia constituyen una guía excelente para averiguar los tipos de ingresos de los pequeños y grandes productores. Los costes de la construcción y de la producción con fines militares acostumbran a estar mejor documentados. Los problemas de funcionamiento son revelados en contratos y litigios y en los pleitos por defraudación en los precios, en las regulaciones de salarios o en los niveles de calidad. Los testamentos de ar-

tesanos o mercaderes, los inventarios de sus existencias y las cuentas de los comerciantes proporcionan detalles acerca de las inversiones, los créditos y las relaciones existentes con aprendices y servidores. Desgraciadamente, muy pocas cartas o cuentas escritas por artesanos han llegado hasta nosotros; no obstante, ocasionalmente algún grupo de artesanos causó alguna impresión sobre sus contemporáneos, la cual aparece reflejada en fuentes literarias; téngase en cuenta que cada industria ciudadana era un motivo de orgullo cívico. La preocupación de los gobiernos de fines de la Edad Media por controlar y desarrollar la industria dio origen también a una especie de literatura "administrativa", la cual, aunque plagada de exageraciones, prejuicios y disculpas específicas, puede proporcionar cierta ayuda para distinguir las industrias que se hallaban en condiciones de admitir nuevas competencias, de las que no lo estaban. La mayor parte de las fuentes escritas están plagadas de testimonios procedentes de las ciudades, pero para equilibrar el cuadro hay que agregar las aportaciones procedentes de la arqueología de los pueblos.

LA INDUSTRIA RURAL HASTA EL AÑO 1300

Aspectos continuistas

La antigua y parcial actividad industrial de las zonas rurales se extingue totalmente sólo cuando la agricultura es reorganizada según líneas modernas y bajo la competencia que le oponen los modernos métodos de producción en masa. En Europa sobrevivió a la urbanización del mundo antiguo y a largo plazo fue reforzada por la urbanización medieval.

El problema principal que plantea el mundo ex-romano es el del grado de continuidad en la planificación de la producción industrial en los señoríos, realizada por el señor con su propio capital. El interés de la cuestión se manifiesta en las excavaciones de las últimas villas romanas y en los más antiguos documentos que poseemos, los cuales datan de finales del siglo VIII y del IX, y se refieren a la dirección de las grandes haciendas de aquella época. Al principio las villas romanas eran construidas simplemente como casas de campo, en las

que los propietarios podían pasar los cálidos meses del verano más agradablemente que en las ciudades; cuando comenzó el verdadero éxodo desde las últimas ciudades imperiales hacia el campo, es muy probable que no se produjesen muchos cambios en la habitual dirección de las villas, a excepción de ciertos esfuerzos encaminados a reducir los dispendios y lujos y a conseguir un equipo de trabajo suficiente para satisfacer el mayor número posible de las necesidades diarias de la casa. Para un hacendado romano siempre fue prudente mantener a sus esclavos continuamente ocupados durante todo el año. Unas cuantas de las villas romanas del siglo iv que han sido excavadas en Inglaterra han proporcionado las suficientes artesas llenas de tela como para demostrar que eran centros de manufactura comercial, pero la mayor parte de ellas muestran poco o ningún rastro de industria, aparte de alguna pequeña fragua. Al parecer, todo fue destruido durante las invasiones del siglo v.

A lo largo de los tres siglos siguientes, casi la única evidencia relevante se halla en la información acerca del comercio interregional y en el creciente número de concesiones mediante las cuales los señores laicos y eclesiásticos obtenían el derecho de gravar con impuestos y de dirigir el comercio local canalizándolo hacia mercados supervisados por ellos, donde sus delegados podían reclamar peajes y resolver pleitos. A pesar de que los testimonios, a partir del siglo ix en adelante, indican que la masa principal de los asuntos así canalizados se refería a productos agrícolas y materias primas para la industria, era corriente ceder algunos tenderetes a los artesanos; en efecto, ya en los tiempos de la antigua Roma los artesanos utilizaban los mercados locales como punto de salida de sus productos, desde artículos de metal hasta vestidos confeccionados. Sabemos que en el siglo viii se vendían vestidos confeccionados gracias a la fama de que gozaban los mantos de lana denominados *frisios*, ya que eran puestos en el mercado por mercaderes de tal origen. Algunos de los mantos vendidos en Europa eran de origen británico. Precisamente el más antiguo testimonio de una queja acerca de la calidad de las exportaciones inglesas la constituye una carta de Carlomagno al rey Offa de Mercia, del año 798, en la que se menciona que tal tipo de mantos presentaban deficiencias en los últimos tiempos. Las telas inglesas formaban parte también del comercio vikingo.

Entre tanto, los propietarios de tierra, enfrentados a continuos cambios en los métodos de cultivo y en los tipos de los productos cultivados, cambiaban asimismo de un modo constante sus métodos de gerencia. En general, se recurría al trabajo de los siervos, lo cual reducía las necesidades industriales del señorío. De tal modo, disponían de un pequeño equipo permanente con el cual cultivaban la tierra del patrimonio (*demesne*) con la ayuda de trabajo gratuito por parte de los arrendatarios, que al mismo tiempo cuidaban de sus propias granjas; así pues, los señores solamente debían preocuparse de facilitar ciertas herramientas para el dominio, unos pocos graneros para el almacenamiento de los productos, el instrumental que requiría la cosecha en la hacienda y las rentas pagadas en especies por los arrendatarios, así como alojamiento para el equipo permanente.

Las fuentes del siglo ix que poseemos presentan los señoríos como dependientes de los servicios que prestan tanto los arrendatarios como el equipo de los siervos sin tierras propias. La mayor parte de la planificación ideal para el trabajo en las heredades reales carolingias, según aparece previsto en el famoso documento *De Villis*, se ocupa de asegurar los medios de solaz más convenientes para las partidas reales de caza. Las uvas no deben ser prensadas con los pies sucios, sino en las prensas para vino. La casa principal debe estar confortablemente equipada, de modo que no tenga que precipitarse todo el mundo en el último momento a comprar o pedir prestadas las camas, los manteles, los platos, los efectos de cocina y las herramientas para reparaciones. En la práctica, esto es probablemente lo que debía suceder, a juzgar por el inventario de un "palacio" feudal de catorce habitaciones en Annapes, en los Países Bajos, ya que en él vemos que el equipo total se limitaba a unas sábanas para la cama, un mantel, una lámpara, dos copas para beber, unos morillos de hogar y dos jofainas. No se hace mención alguna a la *gynaecea* prescrita en el plan ideal, donde las mujeres a su debido tiempo tejerían y coserían los vestidos hechos con la lana y el lino obtenido en la hacienda. Por otra parte, los servidores de la lechería y del ahumadero de carnes deberían haber acumulado grandes cantidades de quesos, salchichas y jamón, habría cuatro prensas para cerveza y cinco series de aparatos para moler cereales.

En el plan ideal, el oficial encargado de un grupo de dominios

reales, el senescal, debía preocuparse de que hubiese artesanos de todas clases en su distrito. Desde el punto de vista militar, hubiese sido peligroso para cualquier distrito tener pocos herreros, carpinteros, carreteros o curtidores. Estos oficios eran, desde luego, esenciales también en tiempos de paz para los campesinos de cualquier distrito rural, pero los oficiales de las haciendas reales deben haber contribuido a mantener a los artesanos muy dispersos, haciéndoles saber que era más fácil conseguir pequeñas concesiones de tierras a cambio de competentes servicios artesanos, que como pago por trabajos agrícolas. Según se nos describe en el *De Villis*, una de las obligaciones del senescal, cuando recibía la orden de embarcar los productos de la hacienda para aprovisionar al ejército, era hacer empaquetar la harina en recipientes impermeables de piel; y también lo era armar al conductor de cada carro con una lanza con punta de hierro, un escudo, un arco y flechas. Aunque a veces el senescal tuvo que recurrir a los talleres que producían tales cosas, es muy probable que procurase tener a mano ciertos remanentes procedentes de las entregas por arrendamiento de los hombres que poseían fraguas y talleres, anexos a sus casas, en los pueblos del contorno. Estos hombres debían vivir, en parte, de los productos que lograban obtener de una pequeña granja y, en parte, de construir y vender herramientas, armas, carros, ruedas de carros y diferentes artículos de piel, o también gracias a los pagos que obtenían por trabajar los materiales entregados por los clientes. Había una demanda constante de armas, puesto que los hombres libres, capaces de prestar servicio militar, se suponía que debían proporcionarse su propio equipo, y también había siempre demanda de ruedas. Cualquier individuo que tuviera un carro corría el riesgo de perderlo en un momento dado, al serle requisado para ayudar al transporte del ejército, en cuyo caso podía suceder que no volviese a recuperarlo jamás.

Así pues, excepto para la elaboración de alimentos, los talleres de los feudos centralizados, por lo regular, hubiesen sido necesarios solamente en aquellos lugares en que el trabajo y los materiales fuesen escasos en relación con especiales necesidades; como podía ser el caso de puntos de especial peligro militar y en monasterios de reciente fundación o muy aislados. El monasterio bávaro de Staffelsee tenía a principios del siglo ix dos docenas de siervas trabajando en

una *gynaeece*. Un diseño del monasterio de St. Gall, y de las dependencias que se agrupaban a su alrededor, muestra una casa para artesanos con cuartos de trabajo y pabellones para dormitorio de curtidores, zapateros y guarnicioneros, orfebres, herreros, forjadores de espadas y de escudos, carpinteros y bataneros. Junto a la fábrica de la cerveza había un gran taller de carpintería con un espacio reservado para fabricar barriles. Con las telas tejidas por las mujeres de los siervos en sus hogares, los monjes de St. Gall, si el plan se hubiese materializado, habrían podido cubrir todas sus necesidades, a condición de que hubiesen establecido un plan de división de trabajo racionalizado y disciplinado. Pero las inversiones que esto requería no eran corrientes al oeste del Rhin, excepto en las industrias artísticas que muchos monasterios sostenían, en las grandes panaderías y fábricas de cerveza necesarias para sus comidas diarias y para limosnas y hospitales.

Los monjes de Ferrières, en este mismo siglo, compraban sus hábitos y sus sandalias ya hechos; y la adquisición de telas, que eran cortadas y cosidas por hermanos legos que trabajaban sólo por el sustento, o por otros servidores, se convirtió asimismo en una práctica monástica normal. Es bien sabido que en muchos monasterios cistercienses revivió la antigua organización industrial, pero de ninguno de ellos nos ha llegado una relación de las operaciones de sus talleres. También es bien sabido que algunas casas religiosas de Alemania siguieron obteniendo los servicios de siervas, para el tejido, hasta fecha tan tardía como el siglo xiv. Tampoco existen datos exactos acerca de la fecha en que este tipo de trabajo dejó de existir.

La difusión de los monasterios y el incremento en su tamaño estimularon el comercio en otros aspectos. Los artesanos itinerantes que construyeron los edificios obtenían dinero abundante para gastar en bebidas y vestidos. Se abrieron nuevas canteras y hubo trabajo para los picapedreros. Llegaron peregrinos y un tropel de mercachifles se estableció en torno a las puertas del monasterio; y, en puntos estratégicos de las rutas de los peregrinos, unos hacían zapatos, y otros vendían bebidas y provisiones. Así, en el siglo xi, la extraordinaria popularidad que alcanzó el culto a Santiago determinó el establecimiento de centenares de pueblos a lo largo de las rutas que a través de Castilla y León llevaban a Santiago de Compostela, pueblos

que prosperaban y crecían gracias al ir y venir de los peregrinos.

El comercio dentro de los pueblos y entre los pueblos y las aldeas de un mismo distrito progresó también a medida que aumentaba la densidad de población y la cantidad de moneda en circulación. Los arqueólogos que están excavando actualmente los lugares ocupados por pueblos ahora desiertos, comienzan a establecer penosamente algunas correlaciones entre estas dos variables y los tipos de industrias locales y artículos que pudieron ser llevados a tales sitios desde otros lugares. Las excavaciones realizadas en Europa central, Rusia, Inglaterra y el sur de Francia están acumulando pruebas acerca de la versatilidad de los herreros de pueblo para realizar pequeños enseres domésticos y también de la habilidad y actividad de los ceramistas. La idea popular de que los campesinos solamente compraban instrumentos agrícolas de hierro y sal, dejando a sus esposas el trabajo de realizar todos los demás artículos que podían necesitar, ante las pruebas mencionadas y otras semejantes, no es ya sostenible.

Uno de los más antiguos documentos publicados hasta ahora, que ilustra la circulación de bienes de consumo en una región del norte de Francia, describe el comercio en el decenio de 1080 a 1090 hacia dentro y hacia fuera del feudo de Méron, cuyos señores, los monjes de St. Aubin en Angers, decidieron en aquel entonces instituir, o quizás sólo revisar, los impuestos que pesaban sobre él. Los artículos industriales que podían ser transportados a hombros de un hombre, o sobre un burro, eran modestos; se pagaba un penique o medio penique sobre las plumas, una carga de lana, una mesa o una cama, y sobre las pieles de gatos, corderos y otros animales, si éstas habían de ser llevadas hasta el mercado en interés de un tercero. El equipo de novia, que probablemente incluía el anillo de la esposa, tenía una tarifa de cuatro peniques. Otros artículos —como cuchillos, arneses, arcos, flechas y escudos— considerados menores, cuyo robo no acarreaba persecución, debían circular sin duda en Anjou por donación, venta y robo desde que fueron inventados en el Neolítico. Las tarifas que se imponían en Méron nos parecen descorazonadoramente elevadas, pero el hecho de que fueran fijadas por regulación escrita significa que tales tasas debieron caer automáticamente a medida que se elevaban la calidad y los precios a lo largo de los dos si-

glos siguientes.

Otras cargas señoriales, que podían ser exigidas arbitrariamente a voluntad del señor, tendían a desanimar el espíritu de empresa, al disminuir los ahorros de los vasallos. Esto incrementaba la tendencia de la producción a concentrarse en bebidas para celebraciones y a ahorrar únicamente aquellos artículos que se podían ocultar para ser dispensados, sin provecho alguno, en pequeños préstamos a aquellos vecinos para los que las cargas podían llegar a ser verdaderamente opresivas, o en la adquisición de pequeñas parcelas de tierra, ya bajo cultivo, que podían ser arrendadas a otros sin ningún provecho y que eran objeto de interminables litigios. Al mismo tiempo, los señores tomaban parte en ciertos movimientos de innovación que tendrían efectos económicos más positivos.

Movimientos innovadores

El primero de estos movimientos fue la modificación y mejora de los molinos para hacer harina y su mayor difusión. El antiguo mundo mediterráneo había desarrollado varios tipos de molinos de agua: uno muy primitivo, apto sólo para corrientes de agua poco profundas, otros adaptables a los ríos y otro que requería una caída de agua controlada por el hombre. Se cree que el tipo más simple se había difundido hacia el Norte, hasta el Báltico, en las primeras décadas de la era cristiana. Puesto que se sabe que este tipo de molino tenía una rueda horizontal, A. P. Usher sugirió que debía ser probablemente idéntico, en principio, al denominado molino griego o escandinavo, muy difundido en áreas rurales en el siglo XIX. Con rueda y pesos en el mismo eje, y sólo un pequeño encaje de hierro, se hizo muy popular, porque cualquier carpintero podía realizar uno en una semana. Además, podía ser albergado en un cobertizo, y, aunque la molienda que efectuaba era lenta, no había necesidad de pagar a un molinero para que la controlase.

Los otros tipos de molinos de agua, en uso entre los romanos, tenían ruedas verticales engranadas en un eje movido mediante pesos que regulaban su velocidad, y su construcción requería una inversión mucho mayor. Además, tenían ruedas impelidas por debajo y podían

estar anclados, flotando en un río, o ser contruidos en un banco del río, o tenían ruedas impelidas por arriba mediante el agua llevada por un acueducto y cuya caída servía a varios molinos situados a lo largo de una pendiente. Una doble hilera de ocho de estos molinos, con eje de hierro, contruidos cerca de Arlés en el siglo iv, probablemente para el abastecimiento del ejército, debía sobrepasar el rendimiento de un molino con rueda impelida por debajo que se encuentra cerca de Nápoles y cuya energía es estimada en casi tres caballos, con capacidad para moler tanta harina como la que podían obtener cuarenta esclavos con aparatos manuales.

Cuando el tipo de molino impelido desde arriba fue abandonado, tras la destrucción de los acueductos de Roma, todavía quedaron bastantes excelentes ingenieros-carpinteros italianos y herreros para anclar molinos de ruedas en el Tíber. El problema de la existencia continuada de molinos fijos o flotantes en otros ríos italianos todavía no ha sido suficientemente estudiado. El código de leyes lombardo y otros códigos germánicos definen los molinos de tal manera que sugieren, como Usher señala, que el tipo a que se refieren es el más simple, carente de engranajes. Según las leyes germánicas, un molino era propiedad privada de una clase única y estaba bajo protección especial contra daños premeditados, puesto que el propietario debía permitir libre acceso a su posesión, incluso en su ausencia, a cualquiera que pagase por su utilización. El cuadro que esto evoca es el de los miembros de un grupo campesino entrando en el pequeño molino que utilizaban en común, como se solía hacer en los molinos escandinavos del siglo xix, para echar su propio grano en la tolva, situada por encima de los pesos, cuando la encontraban vacía. Esta modalidad de molienda eventual parece haber estado muy ampliamente difundida en los primeros tiempos de la Edad Media. Donde no era posible implantarla, probablemente en el Norte, no había más remedio que acudir al mortero con su mano, a los molinos de mano o a la utilización de infortunados animales uncidos a una barra sujeta a las piedras de moler, que eran obligados a dar vueltas sin cesar. En algunas zonas del bajo Rhin, las noticias que tenemos de finales del siglo ix nos indican que los vasallos estaban obligados a moler para su señor, y con sus propios utensilios, cantidades de grano previamente establecidas.

Los molinos de mano siguieron utilizándose diariamente en las húmedas tierras bajas y, también, en las secas mesetas hasta bien entrado el siglo XII, cuando en el Norte ya se utilizaba el molino de viento. Por esta época, los molinos de agua con engranajes, de tamaños muy distintos, se habían ido difundiendo por los valles de los ríos septentrionales por lo menos durante trescientos años. La habilidad técnica para la construcción se había logrado gracias a la experiencia obtenida por los herreros y carpinteros de las aldeas con el primitivo molino escandinavo; los engranajes de hierro habían sido reducidos al mínimo, puesto que los carpinteros habían aprendido a labrar en madera incluso los dientes de las ruedas. La importancia del molino con engranajes reposa precisamente en el hecho de que podía ser adaptado a una amplia variedad de fines industriales.

El trabajo liberado por la molienda de la harina en los molinos fue principalmente el femenino, por lo que las mujeres pudieron disfrutar de más tiempo para dedicarlo al cultivo intensivo de las huertas de vegetales, lino y cáñamo; y, si en las proximidades existía un mercado de telas, podían también dedicarse a realizar más trabajo textil durante el invierno. En una comunidad con un buen servicio de molienda y cuya subsistencia se basara principalmente en el pan, la suma neta de reserva de tiempo libre pudo llegar a ser, por cada cinco adultos, del orden de casi todo el trabajo de un día por semana de una persona. Cuando los costes de molienda eran muy pequeños, como en el caso de los pequeños y baratos molinos que no requerían los servicios de un molinero profesional el tiempo libre extra era muy valioso. En el examen del *Domesday* de la Inglaterra de 1086, la gran mayoría de los más de cinco mil molinos registrados, de los cuales se expresa el rendimiento anual para sus respectivos señores, producían una renta de unos pocos chelines, algunos de ellos menos de un chelín. Es muy posible que estos últimos fuesen del tipo más antiguo, y pueden haber existido todavía otros situados en pequeñas parcelas de hombres libres que no estuviesen registradas en el *Domesday*. Pero donde la ausencia de estos molinos daba a los nuevos y grandes molinos señoriales un monopolio natural sobre una hacienda, los costes de molienda subían rápidamente, llegando a ser fijados por la costumbre, en cuanto a los arrendatarios del señor, en una dieciseisava parte de cualquier cereal que fuese llevado al mo-

lino. En resumen, para que la mujer de un campesino tuviera más tiempo libre, era preciso que éste entregase el $6 \frac{2}{3}$ por ciento del grano con que contaba para la alimentación de su familia.

Algunos campesinos, considerando absurda esta situación, persistieron en la molienda manual de los cereales en el hogar, y no se discierne con claridad hasta qué punto llegaban los derechos legales del señor para prohibir esta práctica. Como es sabido, el derecho constituía una parte del sistema de monopolio de *banalités* claramente definido en el siglo XII y era prácticamente general, aunque no universal, en Inglaterra, Francia y Alemania. Todos los escritores que nos han dejado relatos acerca de la vida rural en la Edad Media citan ejemplos de malvados señores que ordenaron la confiscación y destrucción de los molinos de mano. Hay que tener en cuenta que, dado el hecho de que los molinos de agua, y los molinos de viento, se estropeaban con gran frecuencia y ocasionalmente podían permanecer sin reparar durante meses por falta de carpinteros especializados en mecánica, o también por completa negligencia a causa de la mala administración del feudo, era esencial para los campesinos el tener acceso a los molinos de mano. Las destrucciones de molinos, al elevar su precio, alentaban a los artesanos a construirlos en mayor número, ya que tenían la venta asegurada.

En regiones bien regadas por corrientes de agua fácilmente aprovechables, los carpinteros, más o menos especializados en la construcción de molinos, desarrollaron un orgullo profesional que los indujo a aumentar la velocidad de molienda del molino y su capacidad mediante mejores engranajes; y, en los lugares en que era posible derivar una corriente de agua y someterla a control por medio de represas, construyeron ruedas de cangilones. Estas mejoras y la capacidad de concurrencia en los negocios, cuando los molinos habían de ser comprados, vendidos o arrendados, contribuyeron a que los costes disminuyeran ligeramente para los usuarios.

El incremento de la población produjo inevitablemente la progresiva subdivisión de todos los señoríos que se habían mantenido obstinadamente intactos mediante la poderosa tradición de permitir que sólo un hijo heredase la tierra. Pero todas las familias campesinas, tanto las de herencia restringida como aquellas que mediante la subdivisión o por el reparto entre los herederos estaban reducidas a

cinco acres (unas 2 Ha.) o menos para la manutención del hogar, tuvieron que enviar afuera a los hijos sobrantes, y las hijas que no podían ser colocadas como sirvientas o no se lograba casarlas en la localidad tenían que buscarse su propio camino por los medios que fuesen. Estas gentes jóvenes, obligadas a abandonar el hogar paterno, seguían, en tanto que ello fuera practicable, el viejo esquema de dedicarse a la limpieza de los bosques y a roturar las tierras en barbecho cercanas a sus antiguos hogares, formando así nuevas aldeas y pueblos en que reproducirían la antigua forma de vida que ellos conocían. En las regiones en que existían vetas de minerales fácilmente explotables, algunos llegaban a convertirse en mineros con poco más capital que un pico y una pala, y en zonas mineras bien provistas de bosques podían fabricar su propio carbón para su pequeña fragua. Otros buscaban trabajo en las ciudades industriales y comerciales. Pero muchos preferían la ruptura menos drástica de trasladarse a un centro de mercado rural, donde podían combinar el trabajo intensivo en una pequeña parcela de tierra con algún oficio.

En los siglos XII y XIII, este último movimiento fue realmente considerable. Los príncipes y grandes propietarios procuraron incrementar los desplazamientos mediante la fundación planificada de nuevos centros en las fronteras de asentamiento y también en cualquier lugar donde existiesen buenas oportunidades para trabajar la tierra, para el comercio o para la industria, que no hubiesen sido todavía explotadas. Los que se establecían en estas nuevas zonas en explotación recibían pequeñas parcelas de tierra y una renta fija en dinero, así como madera para construir. La nueva comunidad podía estar situada directamente junto a una hacienda ya existente, o bien la totalidad de una comunidad preexistente podía ser promovida a un *status* más elevado por medio de diversos privilegios.

La mayor parte de estos experimentos fracasaron en su intento de generar una mayor actividad manufacturera que la que se iba haciendo corriente en el desarrollo general de los pueblos. Los campesinos que gozaban de mayor prosperidad se hacían confeccionar los trajes en los pueblos y compraban mayor número de enseres domésticos; y, para los que carecían de tierras, había bastantes medios de ganarse un jornal con que comprar pan y cubrir otras necesidades. Entre los escasos centros de mercado de un distrito que finalmente con-

seguían progresar gracias a la industria, algunos incluso llegaban al principio a desplazar a la industria de los pueblos vecinos. La mayor parte de la gente que poseía parcelas en Stratford-on-Avon en 1252, dos generaciones después de que el pueblo hubiese sido fundado como un centro de mercado privilegiado, procedía al parecer de lugares situados dentro de un radio de veintiocho kilómetros y había estado practicando distintos oficios en aquella zona. No obstante, algunos de ellos tenían una ligera especialización; tal vez se dedicaban al acabado de la tela, procedente de los telares de los pueblos, puesto que el señor había instalado un batán y tres calderos para el tinte.

Por toda Europa había pequeños pueblos semejantes al descrito. Los que tenían una población de hasta mil quinientos habitantes, o tal vez incluso el doble en el área mediterránea, podían ser considerados rurales. Los artesanos y comerciantes más afortunados seguían cultivando huertos o viñedos; los que no habían alcanzado el éxito se fusionaban con los campesinos. Los patios de las casas del pueblo estaban llenos del ruido que producían los cerdos y los gansos, y, al ponerse el sol, las calles se llenaban de animales que regresaban a sus establos procedentes de los campos y prados.

Si el lento ascenso del poder adquisitivo del campesinado fue el más ampliamente difundido estímulo a la industria rural de este período, hubo también otras influencias que actuaron más directamente desde las ciudades. Su comercio exigía un constante movimiento de construcción y reparación de los medios de transporte; parte de este trabajo era hecho en los pueblos situados a lo largo de las rutas y en los pequeños puertos pesqueros. Génova tuvo varios pequeños puertos satélites de este tipo en los que se construían barcos. Los sacos y el lienzo para embalar en que se embarcaban la lana y el cereal con destino a los mercaderes ciudadanos, así como las cuerdas y sogas para hacer los fardos más de prisa, podían ser elaborados a más bajo coste con el cáñamo o la corteza de los propios pueblos en que se originaban los embarques. Las industrias extractivas, a su vez, creaban demanda de vestidos de lana ordinaria y de cuero para los mineros, los pescadores y los que trabajaban en la preparación de la sal, lo que mantenía bien ocupados a los habitantes de los pueblos.

Una influencia final, que será más ampliamente estudiada en la sección dedicada a los posteriores descubrimientos medievales, fue la

del traslado de industrias desde las ciudades hacia el campo a causa de los bajos costos. Ésta fue muy pronunciada en Inglaterra durante el siglo XIII.

Estos movimientos innovadores se produjeron más tarde en la Europa oriental que en la occidental; al parecer, el molino mecánico no llegó a Polonia, bajo forma alguna, antes del siglo XII. Dado que el poder principesco estaba por delante del poder productivo, a mediados del siglo X se intentó un experimento para forzar este último, consistente en enviar a los siervos a trabajar en pueblos con industrias especializadas, donde debían obtener su propio alimento y producir algún producto especializado para el uso de los grandes cuerpos de oficiales ducales y miembros de las clases militares. En aquel tiempo, éstas no poseían grandes feudos, sino que vivían en comunidad en los fuertes. Se han descubierto más de cuatrocientos de esos pueblos, los cuales llevan el nombre del producto en que estaban especializados. Estos pueblos proporcionaban harina, pertrechos militares, botes y trineos, mantas e incluso trabajos de orfebrería. La lista despierta reminiscencias del *De Villis* carolingio cuando cita los servicios de las cacerías reales. Los pueblos de servicios, con la ayuda de un sistema de monopolios ducales sobre las pocas industrias en las ferias periódicas frecuentadas por los mercaderes occidentales, y que debían ser obtenidas a cambio de dinero, formaban parte de un sistema para conservar las rentas del dinero para la adquisición de productos extranjeros de lujo y armas. En el siglo XI, a medida que el incremento de la masa de dinero de que se disponía permitía el establecimiento de mercados rurales estables, las entregas forzadas de productos dieron paso a una producción voluntaria para la venta. Este proceso, que ya se había desarrollado en las ciudades para una producción en pequeña escala mediante la libre empresa, fue fuertemente estimulado por el impulso hacia Oriente determinado por la colonización alemana.

Industrias extractivas y metalurgia

La mente popular suele asociar la Europa medieval con caballeros cubiertos de hierro, campanas de iglesia y rejas de arado, lo cual dificulta la comprensión del hecho de cuán pobre en metal fue aque-

lla época. En realidad, todos los metales eran preciosos. La producción total de todos ellos, considerados en conjunto, probablemente nunca sumó más de unas pocas libras de peso por cabeza de la población de Europa en cualquier año. Los contingentes usados por los herreros eran conseguidos mediante una recolección cuidadosa de toda clase de fragmentos. Los campos de batalla eran escrupulosamente controlados para recoger de ellos las rotas armaduras de los muertos, las cuales eran reparadas y usadas de nuevo.

En los peores momentos de escasez de metales, en los primeros siglos posteriores a la caída del Imperio Romano, la gente no era consciente de esta dificultad, y la mayor parte de las minas en que los romanos habían trabajado fueron abandonadas con la más completa indiferencia. Entre las minas abandonadas se encontraban las muy profundas que los romanos habían excavado en España, las cuales estaban provistas de corredores zigzagueantes de modo que simplificaban los problemas de ventilación y de drenaje mediante bombas. En el norte de Italia se siguió extrayendo algo de mineral de hierro y plata de los Alpes, y también se excavó en minas de poca profundidad en Renania, Brabante, Normandía y alguna otra área; los suecos "pescaban" fragmentos de rico mineral de hierro en sus lagos. Todas las técnicas usadas eran realmente prehistóricas.

La cristianización reforzó en cierto modo las provisiones de mineral, al poner fin a la práctica pagana germánica de quemar el cuerpo muerto de un hombre junto con sus más valiosas posesiones. Pero, hacia el siglo ix, los recursos disponibles para la acuñación de moneda, armas y herramientas se habían aprovechado hasta tal extremo que se creó una lenta expansión de la minería. Volvieron a abrirse minas de oro de los Alpes austríacos que habían sido abandonadas en el siglo v. Hacia el siglo xii había ya un activo movimiento de prospección, del que resultó una serie de nuevos descubrimientos de minas de plata, cobre, hierro, estaño, plomo y oro que prosiguieron a lo largo del siglo xiii. La mayor parte de ellas constituían montañas enteras en los Alpes orientales, los Cárpatos, la región del Harz en Sajonia y los Pirineos, siendo Devon y Cornualles las mejores fuentes de estaño y plomo. Algunos de los incrementos de la producción fueron realmente espectaculares. En Inglaterra, por ejemplo, la producción de estaño, uno de los pocos metales sobre los cuales

disponemos de algunas cifras, aumentó, en el último cuarto del siglo XIII, cerca de cinco veces.

Si, según dicen los alemanes, el aire de la ciudad nos hace libres, otro tanto podría decirse del polvo de las minas. Los grandes señores feudales permitían a cualquier persona cercar y registrar una concesión, tomando un 10 por ciento del producto obtenido, en virtud de una nueva elaboración de la tradición legal del derecho de regalía. En las montañas y en los páramos desiertos, no se podía encontrar a nadie para cerrar tratos, pero en otros lugares los mineros, que generalmente levantaban sus fraguas y realizaban la fusión del metal en el lugar, donde se hallaba la mina, también debían compensación a algún señor de la localidad por la utilización de su madera y su corriente de agua. Los mineros cooperaban en pequeños grupos en las pesadas tareas de la extracción del mineral del suelo y también en la de partirlo en pequeños trozos mediante un pesado mazo. Mostraron gran ingenio al adoptar el molino de agua para lograr un mayor desmenuzamiento del mineral, y en algunos sitios al conseguir, mediante una corriente de aire bien dirigida, aumentar el calor en el horno de fundición. Siempre lograron mantener una independencia formal en el control de sus propias costumbres de trabajo y en sus tratos con las autoridades administrativas. Por otra parte, muchas veces contrajeron deudas con los mercaderes que les compraban su metal, y siempre les debió resultar difícil liberarse de tal problema, por las continuas subidas de los costes. Por tal motivo, junto a los mineros-metalúrgicos independientes, hubo hombres que trabajaban a sueldo para ellos, o bien a porcentaje sobre lo extraído para contratistas financiados por mercaderes.

Los costes de la extracción de minerales aumentaban tan pronto como las minas llegaban a ser tan profundas que en ellas comenzaba a aflorar el agua. Se intentó succionar el agua por medio de bombas, pero el coste era demasiado elevado, y hasta el siglo XVI no se alcanzó el éxito. A finales del siglo XIII las más profundas minas de cobre y plata de Sajonia eran ya pozos de fango en los que resultaba imposible trabajar. Los precios de la fundición también aumentaron a causa de la competencia que les hacían otras industrias respecto al consumo de madera y carbón, y también a causa de la preferencia que mostraban los propietarios de bosques por las talas planificadas,

como medio de defensa contra los estragos que provocaba el uso sin restricción alguna. El carbón superficial parece haber sido recogido también para ser utilizado para las distintas necesidades de calor. Pero en la industria del hierro, que era la que necesitaba más combustible, la única solución para reducir el consumo del mismo era recortar la producción de metal. En los antiguos distritos metalúrgicos de Francia y Alemania, los herreros comenzaron a formalizar convenios para compartir lealmente las reducciones. Los permisos para operar en las antiguas áreas de trabajo del hierro de la selva de Dean llegaron a ser limitados.

La sal se extraía de minas en algunas regiones de tierra adentro, pero en su mayor parte era obtenida de las aguas del mar mediante la evaporación solar y con una lenta ebullición con combustible barato. Los calderos para la evaporación eran alquilados a campesinos que dedicaban a este asunto una parte de su tiempo y se encargaban de su entretenimiento, por lo que representaban una inversión muy pequeña por parte del señor feudal.

LA INDUSTRIA CIUDADANA EN LOS SIGLOS XII Y XIII

La función de las ciudades medievales, desde el punto de vista industrial, fue la de satisfacer y mantener la demanda de productos de mejor calidad que la que podía proporcionar el trabajo rural. En el mundo mediterráneo no se había producido ruptura alguna en la confianza depositada en tal tipo de mercado, y el estudio que actualmente se realiza del panorama de la industria ciudadana en el noreste de Francia y Flandes está poniendo al descubierto gran cantidad de datos que muestran cierto grado de continuidad en la producción urbana durante las primeras centurias de la Edad Media. Dondequiera que los mercaderes invernanaban, allí había artesanía industrial. En Kiev, Novgorod y otras ciudades comerciales de Rusia se realizaban iconos y cruces de cobre, para la exportación interior, en fecha tan temprana como los albores del siglo x. En el siglo xi, Colonia y Londres disfrutaban de gran reputación como centros productores del más fino trabajo en oro, y Lieja y Milán en cuanto a las armas. En el siglo xii, la demanda de bienes elaboradas en las ciudades ha-

bía aumentado perceptiblemente, y siguió progresando más o menos rápidamente durante unos doscientos años. Los mayores volúmenes de venta en las ferias los constituían las telas. Cualquier artículo que fuese cálido y de un tejido más regular o más suavemente acabado que la tela campesina, podía hallar un excelente mercado.

Las industrias ciudadanas, durante esta época de expansión, van a ser consideradas aquí desde tres puntos de vista. ¿Cuáles eran las fuentes y el papel del capital? ¿Hasta qué punto llegaba la división del trabajo? ¿Existen pruebas acerca del grado de intensidad del trabajo?

Capital fijo

El punto de partida más lógico es, evidentemente, la provisión de capital para la construcción de las ciudades. El área amurallada que cubría Gante, en este período, se multiplicó por ocho, y la de numerosas ciudades italianas por diez, incluyendo además una incesante construcción de zonas suburbanas y una mayor elevación de los edificios. Aparte del problema de la construcción de casas, la de iglesias parroquiales, catedrales y fortificaciones representaba una enorme inversión. El coste de estos edificios no industriales, con programas de construcción muy prolongados, recaía principalmente sobre la población laica. Las nuevas fortificaciones, los puentes y las oficinas para el gobierno de la ciudad, eran pagados mediante peajes o impuestos sobre las bebidas que afectaban a todo el mundo. Los mercaderes pagaban de buen grado por la construcción de las primeras iglesias junto a las plazas donde se celebraba el mercado de la ciudad y probablemente corrieron con la mayor parte de los gastos de construcción de las iglesias parroquiales, a medida que las ciudades crecían. Las grandes familias de mercaderes eran también los piadosos fundadores y benefactores de las nuevas casas monásticas y las casas e iglesias construidas para las nuevas órdenes mendicantes. Asimismo contribuyeron a la construcción de las nuevas catedrales. Roberto López, hace algunos años, indicaba que la construcción de algunas de las grandes catedrales debió haber gravitado tan pesadamente sobre la economía de los mercaderes, que pudo mutilar severamente la inversión local en el comercio y la industria.

Por otra parte, las corporaciones eclesiásticas eran dueñas de grandes extensiones de terreno en la ciudad e invertían fuertes cantidades de dinero en edificar casas y tiendas. Puesto que, en su inmensa mayoría, las tiendas medievales eran en realidad talleres artesanales, con una o dos habitaciones encima o detrás, en los que la esposa del dueño podía ocuparse en algún trabajo de artesanía, la inversión de capital en este tipo de empresa tenía el carácter de capital fijo, ya que era susceptible de producir una renta. Hasta cierto punto, esto sucedía también con las casas de vivienda, donde las más pobres familias y las gentes más humildes e inexpertas vivían amontonadas en las grandes ciudades. La mayor parte de las gentes que trabajaban en la ciudad textil de Arras pagaban un alquiler a una u otra de unas pocas y ricas casas religiosas. Los nobles terratenientes que poseían parcelas en una ciudad en crecimiento se contentaban fácilmente con percibir una renta fija sobre el suelo, dejando la tarea de la construcción especulativa a los mercaderes o artesanos que habían arrendado la tierra para pasto del ganado vacuno o de los caballos. Exceptuando el peligro de incendios, este tipo de empresa carecía prácticamente de riesgos. A menor escala, oportunidades similares se producían también en las pequeñas ciudades fundadas por señores feudales: los herederos de parcelas por las que debían pagar un impuesto construyeron en sus huertas talleres y habitaciones para la venta o para alquilar.

Los más espectaculares proyectos de edificios, financiados por fundadores reales o eclesiásticos, fueron los únicos que lograron reunir cientos de trabajadores bajo la dirección de un solo oficial y sobre la base de trabajo a sueldo. Las minas de mayor envergadura tenían cientos de trabajadores que actuaban en grupos organizados. La masa de obreros no especializados necesarios para la preparación de los cimientos para cualquier gran edificio de piedra, los albañiles y carpinteros, los herreros que habían de estar a mano para poder reparar las herramientas, los hombres que mezclaban el mortero y el equipo necesario para izar los materiales con las cabrias, eran reclutados en gran parte mediante levas. Los albañiles eran obreros migratorios a los que se pagaba según sus varios grados de habilidad. En el París del siglo XIII, la proliferación de grandes planes de construcción de edificios hizo posible que gran número de albañiles se esta-

blecieran en dicha ciudad: a finales de aquel siglo pagaban impuestos cerca de cuatrocientos albañiles.

La mayor parte de los molinos harineros que prestaban servicios a las ciudades del norte de Europa antes del año 1300 habían sido contruidos por señores feudales laicos o eclesiásticos que, bajo la presión de los artesanos, estaban deseosos de construir este tipo de molinos. El obispo Bartolomé de Beauvais, en el tercer cuarto del siglo XII, construyó cerca de treinta batanes y aún otro más, con la ayuda de un préstamo hecho por un grupo de curtidores, para moler la corteza de roble que constituía la fuente de ácido tánico para aquella industria.

En el sur se estaba creando un ingenioso sistema de financiación corporativa de las aceñas por grupos de ciudadanos. En Toulouse, en el siglo XII, los molineros y otros artesanos tomaron la iniciativa a este respecto. Los molinos eran los del tipo impelido por debajo, que podían ser puestos en funcionamiento más fácilmente y a más bajo costo, sujetándolos a barcas ancladas en un banco del río; pero se pudo obtener el capital necesario para aumentar su fuerza y entonces se los colocó en canales abiertos en la tierra y reforzados con empalizadas de madera, a través de los cuales la corriente del Garona, que allí era ya muy rápida, impulsaba a mucho mayor velocidad. Se construyeron los suficientes molinos no sólo para abastecer de harina a toda la ciudad, sino para satisfacer sus necesidades de telas, machacar los tintes y la corteza para los curtidores y afilar las navajas de los cuchilleros. Los usuarios de los molinos de harina pagaban una dieciseisava parte del cereal molido, puesto que los dueños preferían este pago a una entrega en dinero, ya que de este modo se protegían contra las fuertes subidas del precio de los cereales que provocaban las cosechas deficientes.

En otras ciudades del sur de Francia existían también formas en cierto modo similares de empresas corporativas en la molinería, pero carecemos de estudios globales acerca de su actuación, así como de la efectividad de la utilización en Italia de los molinos flotantes. Un código del siglo XIII en el cual se detallan los deberes de los molineros de harina en Piacenza y territorio circundante, hace referencia a la obligación que tenían de ayudarse entre sí en el traslado de sus molinos desde lugares en donde la corriente del agua era escasa hasta

otros mejores. Evidentemente, debió haber un gran número de pequeños molinos, algunos simplemente sujetos a una estaca en un canal de drenaje. Cada una de las casas religiosas de una ciudad poseía uno, pero también los hubo de gran tamaño. Una entrada en el registro de contratos que llevaba el notario Manuellus de Orlandis señala la venta, en 1292, de la mitad de los derechos de un molino cubierto que tenía tres ruedas en un lado y dos en el otro. Para cada curso de agua había un oficial conocido como el archimolinero, el cual se suponía que debía realizar una patrulla de inspección dos veces al año. Otro signo más de la importancia concedida a los molinos de agua era la ley por la cual no se podía cortar árbol alguno, en un territorio dado, sin el permiso formal de todos los archimolineros.

Un inventario del equipo fijo dentro de las ciudades, durante este período, probablemente pondría en evidencia cuan importantes fueron las muflas y los moldes de los fundidores de campanas y de otros metalúrgicos, los hornos de los panaderos y los hornos y toneles de los fabricantes de cerveza. Otros equipos importantes eran los telares, los recipientes para almacenaje y los útiles móviles para los procesos de calentar, mojar y lavar las telas. Estos fragmentos de capital, que podían encontrarse en los repletos talleres y los desordenados patios situados junto a los barrios de viviendas, eran en su mayor parte propiedad individual de los maestros o sus ayudantes. Junto con algunos instrumentos manuales, estos artefactos se obtenían mediante cuidadosas estrategias familiares de ahorro e inversión y con la ayuda de préstamos de los mercaderes.

Las más valiosas concentraciones de "plantas" industriales solían encontrarse en las afueras de una ciudad, o en un suburbio junto al río, o en un asentamiento satélite; aquí se encontraban los astilleros, los molinos y las mayores curtidurías y tintorerías, y aquí también solían encontrarse algunas corporaciones de financiamiento de la industria. Además del sindicato de propietarios que hemos visto en el negocio de la molinería de Toulouse, existía cierto *pool* de capital compuesto por miembros de los gremios, dedicado a alquilar lugares convenientes con posibilidades de hacer las instalaciones precisas para su uso en común y con los menores gastos posibles. El ejemplo mejor conocido es tal vez el de los tintoreros situados en la orilla del río, controlados por el gremio de tejedores de lana de Florencia.

En el norte de Europa no se producía tanto esfuerzo corporativista; los únicos casos de que tenemos noticia son los pequeños molinos para triturar cortezas explotados por los gremios de curtidores. La empresa a la que, por su carácter, mejor se podría aplicar el calificativo de "moderna" era la de la construcción de grandes barcos en astilleros situados en los puertos de las ciudades costeras. Estos astilleros fueron aumentando en tamaño a medida que se creaban nuevos tipos de barcos. Sin embargo, no había producción masiva de barcos pequeños.

Capital de explotación

El capital de explotación que necesitaba la industria ciudadana para operar era en su conjunto mucho mayor probablemente que el valor de su equipo. Cualquier artesano que aspirase a vivir como productor independiente tenía que poder comprar los materiales que necesitaba, así como cubrir todos los costos en que incurriría antes de recibir algún pago por su producto acabado. En las apacibles pequeñas ciudades de la Alta Edad Media, las necesidades habían sido pequeñas debido a que muchos de los usuarios proporcionaban sus propios materiales, llegando incluso a llevar su propia masa al panadero. Estas prácticas no se extinguieron totalmente, pero se redujeron hasta carecer de importancia a medida que los artesanos proporcionaron al mercado más y más bienes acabados y desarrollaron la capacidad productiva necesaria para la exportación. ¿Cómo obtuvieron el capital de explotación necesario para poder actuar de ese modo?

Documentar la respuesta mediante hechos y cifras procedentes del siglo xi y de principios del siglo xii, cuando este movimiento estaba adquiriendo su primer impulso, es prácticamente imposible, a causa de la escasa información detallada que ha llegado hasta nosotros procedente de cualquier lugar o grupo. No obstante, las líneas generales de la situación son bastante claras. En primer lugar, se puede considerar como pura leyenda cualquier idea de que pobres niños campesinos, absolutamente desprovistos de dinero, podían alcanzar el éxito en la ciudad como maestros artesanos sólo a base de aprender un oficio, habiendo comenzado como simples aprendices y

mediante el ahorro de una parte de su salario como trabajador durante unos años. Los sueldos eran excesivamente bajos para permitir, ni siquiera al hombre dotado de mayor fuerza de voluntad, ahorrar una parte de los mismos. La demostración de una fuerte capacidad de ahorro pudo tal vez ayudar a muchos jóvenes sirvientes a casarse con la hija o la viuda de su patrono y por este medio alcanzar a la vez algo de capital para abrir un taller y formar un pequeño stock de materiales. Pero las historias acerca de éxitos individuales de este tipo no tienen importancia para el incremento de la capacidad productiva. Ni cuentan tampoco para el incremento en la habilidad de producir para exportar, lo cual a su vez reclama los medios suficientes para adquirir los materiales idóneos con que organizar el contacto con mercados a distancia y para permitir la espera sin quebrantos de los pagos a largo plazo.

Probablemente los artesanos no hubiesen podido, por sí solos, crear industrias para la exportación; para ello tuvieron que confiar en los servicios que les prestaban los mercaderes, quienes se fueron inclinando a apoyarlos con aportaciones de capital de explotación bajo la forma de créditos en materias y de pagos por adelantado sobre las ventas. Finalmente, según aparece en las bien documentadas industrias textiles, los mercaderes acabaron por organizar la totalidad de los procesos de producción. Los artesanos pudieron despreocuparse de sus cuidados acerca del capital de explotación, pero al mismo tiempo perdieron su independencia. Los mercaderes pudieron asumir esta posición de dominio —según se explica más detalladamente en los capítulos de este volumen que hacen referencia al comercio y la estructura de la demanda— a causa de los grandes beneficios que obtenían en la totalidad del comercio al por mayor, incluyendo el creciente comercio de productos alimenticios, que los convertía en el grupo más adinerado en todas las ciudades.

El beneficio mercantil constituía asimismo una parte importante en la respuesta acerca de las necesidades de capital de explotación por parte de los artesanos independientes, necesidades de hombres que se contentaban con producir para el mercado local. Se tiene la tendencia a creer que un hombre al que se identifica como panadero, carnicero o carpintero no se ocupaba en otra cosa sino en hacer pan, cortar y vender carne o trabajar con el martillo y la sierra; y, sin em-

bargo, en la realidad, los hombres que alcanzaban mayores éxitos, en estos y cualesquiera otros oficios manuales, también comerciaban con materiales relacionados con su oficio. Tan pronto como se tienen relatos acerca del comercio local, los panaderos y carniceros aparecen traficando con el heno y otros forrajes, y los carpinteros con la madera; y muchas veces no se limitaban a artículos que se hallasen en la línea de sus quehaceres: cualquier artesano estaba siempre alerta para conseguir oportunidades de mayores beneficios mediante la compra de restos de lotes de cereal o vino, o bienes de segunda mano de cualquier clase, para revenderlos rápidamente. En Génova, grupos mixtos de artesanos constituían asociaciones para emprender pequeñas aventuras en el comercio de exportación. De todo ello se puede concluir que la vigilancia de las oportunidades de provecho mercantil era esencial para el éxito de un artesano.

La *élite* de los artesanos poseían también frecuentemente parcelas de viñedos y otras tierras productivas y confiaban en inversiones de este tipo y en la propiedad de casas para lograr entradas auxiliares de dinero. Así, vemos que diez de los primeros veinticinco laicos de Londres que entre 1259 y 1261 registraron sus testamentos en el palacio de justicia de la ciudad de Husting fueron artesanos, y que ocho de ellos poseían una o más casas de alquiler además de aquella en que vivían. Uno de ellos era un herrero procedente de Normandía que había conservado su casa en Ruán. Otro era un confeccionista de tocas que tenía tierras en el Cambridgeshire. De este tipo de pruebas se pueden deducir dos conclusiones razonables: primera, parece que los más prósperos entre los pequeños terratenientes y el campesinado realizaron una sustancial contribución a las necesidades de capital de la industria ciudadana gracias a compartir las herencias con miembros de su familia que residían en las ciudades; segunda, es evidente que a los artesanos de las ciudades les parecía más seguro colocar sus ahorros en la adquisición de casas para alquilarlas (las cuales podían reparar por sus propias manos) que aumentar el tamaño de sus talleres y su equipo. Muy pocos hombres de los que producían para el mercado local tenían un equipo fijo de más de cinco hombres y aprendices.

El problema del capital de explotación era facilitado asimismo mediante acuerdos de crédito parecidos a los tradicionales entre los

artesanos rurales y los comerciantes, pero influidos por las complicadas prácticas en uso entre los mercaderes. En ambos casos, el costo del crédito era inferior a las tarifas de los prestamistas sobre los préstamos a gentes en apuros, ya que se reducía el riesgo de falta de pago.

En el campo, los vecinos y parientes salían como mutuos fiadores de la honesta devolución de las deudas. El más amplio mundo del maestro artesano de la ciudad llegó a estar igualmente unido mediante la difusión de fraternidades parroquiales o laborales, o bien gremios. Éstos llegaron a acumular tal cantidad de funciones administrativas y privilegios, en la mayoría de las ciudades medievales, que se convirtieron en las bases de la organización política. Su función de mantener unidos a todos los hombres que realizaban un mismo trabajo, como si fueran "hermanos" que estaban de acuerdo en proporcionarse créditos unos a otros, fue realmente duradera. El hermano que recibía ayuda debía tener muy buena reputación, y desde luego, cuantas más propiedades tuviera, como salvaguardia de la devolución del préstamo, mejor.

Para el hombre que no tenía más propiedades que sus herramientas, y que difícilmente lograba pagar el alquiler de su casa en una callejuela escondida, la única ventaja material que podía obtener al asociarse al gremio era el derecho que esto le confería de obtener niños y muchachos para trabajar como aprendices en su casa sin paga alguna. Si éstos eran demasiado infelices y no trabajaban bien, podía vender los restantes años de su aprendizaje a otro maestro, pero muy a menudo los desdichados aprendices lograban escaparse antes de que la venta pudiese ser cerrada. Las pequeñas corporaciones de maestros sin capital de explotación llevaban una existencia precaria y sus miembros estaban siempre expuestos a verse obligados a buscar trabajo a sueldo, permaneciendo en pie en ciertos lugares de la plaza adonde iban a alquilar su trabajo. Todas las grandes ciudades tenían cierto número de estos lugares, donde era costumbre permanecer de pie esperando ser alquilado, generalmente junto a la iglesia.

Una solución de compromiso, menos degradante, que permitía que un hombre de esta clase pudiese trabajar en su casa, la ofrecía el sistema de trabajar para otros. La mayoría de los maestros de un gremio de tipo medio evitaban los largos contratos con más de uno o

dos servidores y solamente tomaban uno o dos aprendices. Cuando tenían una gran cantidad de encargos que cumplir, acostumbraban a alquilar hombres extras para un día o una semana, pero podía ser mucho más conveniente pasar los encargos, junto con el material que deseaban que se usase, a los gremios de maestros más pobres o a forasteros, a los que pagaban a tanto la pieza. También se llevaba a cabo un uso fortuito de este sistema por mercaderes que conocían especiales oportunidades de venta en pequeños artículos variadísimos. David Herlihy ha publicado los contratos establecidos con los sombrereros pisanos, a los que se encargaban grandes cantidades de sombreros de estilo francés por cantidades fijas que cubrían los precios de la lana utilizada, la cual en aquel tiempo, alrededor de 1260, alcanzaba un precio más alto que el que los sombrereros podían cargar sólo por su trabajo. En París, los mercaderes podían obligar a los pequeños artesanos a trabajar su material tanto si querían como si no, y los ciudadanos de dicha ciudad llevaban artesanos a trabajar a sus casas para hacer distintos artículos de uso particular.

Los curtidores pisanos fueron autores de una interesante innovación que redujo los costos a finales del siglo XIII. Anteriormente sus encargos de pieles y cueros eran establecidos regularmente cada seis meses, período en el cual estos materiales permanecían sumergidos en una solución fría para curtirlos. Una nueva técnica, en la que se utilizaban distintas sustancias y agua caliente, llegó a realizar el curtido en diez días. Los resultados eran verdaderamente excelentes—según Herlihy demuestra en su relato acerca de tal innovación—en la confección de los grandes escudos, hechos con dos cueros de vaca o de caballo, que los jefes militares encargaban para sus tropas; y, con un poco más de manipulado, se demostró que este procedimiento era también adaptable a los distintos usos de la piel en los nuevos tipos de vestidos que se estaban poniendo de moda. Este rápido método de los curtidores pisanos se generalizó por toda Italia.

No obstante, el incremento y la mejora en la manufactura industrial de las mejores telas se debió enteramente al capital de los mercaderes, tanto en Flandes como en las regiones adyacentes del nordeste de Francia, en el valle del Po y en Florencia, y también en buen número de ciudades españolas. Los mercaderes monopolizaron toda

clase de operaciones de compra-venta, a través de los trabajos realizados por artesanos en sus propias casas y por los que pagaban según tarifas establecidas y a tanto la pieza. La producción se repartía así en cientos de talleres en los cuales el trabajo más difícil era realizado por los más hábiles artesanos y el menos complicado por los operarios en sus propios hogares o en los hogares campesinos de los pueblos cercanos. Los maestros más expertos equipaban sus propias tiendas y pagaban su propio equipo de trabajadores a sus expensas, sin contar con los fondos entregados por los mercaderes para pagar a los empleados por la producción semanal de la tienda. Nuestro conocimiento del sistema proviene, en lo que se refiere al Norte, de los códigos reguladores redactados en el siglo XIII, más de un siglo después de que las manufacturas para exportación se hubiesen puesto en marcha en aquellas latitudes. Al basarse en la importación de la mejor calidad de lana obtenible, que era la inglesa, la industria apenas había cambiado; pero, en cambio, el elemento de control colectivo sobre ella pudo hacerse mucho más estrecho. Los códigos de ciudades flamencas que han llegado hasta nosotros establecen los sueldos según el precio de la comida; establecen asimismo una supervisión por una oficina de inspectores del trabajo formada por los más expertos maestros. Dichos inspectores, con el rango de oficiales de la ciudad, tenían poder para confiscar cualquier tela que no tuviera la calidad y los requisitos técnicos especificados en los contratos, para imponer multas y para enviar, a quienes se rebelaran, ante los magistrados de la ciudad a fin de aplicarles mayores castigos. Se ha calculado que en la ciudad de Douai, hacia mediados del siglo XIII, había más de ciento cincuenta mercaderes pañeros, cada uno de los cuales tenía empleadas a casi un centenar de personas, pero carecemos de datos acerca de beneficios y costes, y de qué modo sus ganancias se veían afectadas por las huelgas que se produjeron de modo intermitente desde 1245 en adelante.

Los pañeros del Norte contaban con obtener sus mejores beneficios de las gruesas y ricas telas, de excelente acabado, que sólo los ricos podían comprar. Los florentinos y genoveses lograron eclipsarlos llevando estas telas del Norte hacia el Sur para ser todavía mejor acabadas y teñidas. No obstante, los del norte de Italia empleaban su capital en organizar la producción de telas más ligeras que no ne-

cesitaban un acabado tan largo; en el siglo XII llevaban a cabo este propósito importando algodón y mezclándolo con el lino o la lana locales.

División del trabajo

La famosa reflexión de Adam Smith acerca de la división del trabajo, en el capítulo inicial de *La riqueza de las naciones* (a pesar de que su insistencia sobre el lucro habría molestado a los clérigos medievales), no dice cosa alguna que hubiese parecido nueva o sorprendente a los seglares que dirigían las industrias en las ciudades medievales. Ninguno de ellos hacía gran uso, en sus talleres, de la división del trabajo, sobre cuyas ventajas insiste Smith, y todos habrían intentado defender sus propias prácticas poniendo de relieve el carácter y la extensión de su mercado.

Los pequeños artesanos que no tenían más bienes que su habilidad manual, no intentaban hacer cosas tales como agujas de trozos de metal, empresa que en manos de un solo hombre, según subraya Smith, sacando en cierto modo punta al tema, reportaría un minúsculo beneficio. El taller de un hombre, o de un hombre y su esposa, solía estar especializado en una o más de las zarandajas y artículos de semilujo que se solían comprar en los mercados, especialmente las mujeres —hebillas y cinturones, pequeñas imágenes esculpidas, redecillas de seda para el cabello, etc.—. París tenía abundantes talleres de esta clase, y su número, en cualquier época, sobrepasaba la larga lista en la cual el preboste de la ciudad codificaba las reglas de los gremios a fines del siglo XIII. La demanda de tales artículos en su conjunto estaba por aquel entonces en franca expansión, pero nunca pudo haber sido muy grande para un solo artículo, y de hecho su importancia dependía de la respuesta del artesano al deseo del consumidor de individualizarse dentro de los rasgos generales de la moda, más que de presentar innovaciones. El principio fundamental de las leyes de los gremios de París, de proteger al usuario de los fraudes mediante la obligación a que se sometía a los artesanos de utilizar un tipo particular de metal o cuero, era sólo en parte factible.

Los mayores talleres independientes estaban especializados en cosas cuya demanda era menos volátil y que presentaban específica-

ciones particulares, como podían ser las armas en tiempo de guerra o los encargos de grandes campanas para las iglesias. Los fundidores de latón de Milán, que hacían los cascabeles que tradicionalmente tintineaban en los arneses de los caballos, tenían cada uno de ellos numerosos ayudantes, según nos informa un fraile que escribía en 1288; éste dice también que en la ciudad había treinta de tales funciones y cerca de un centenar de talleres de armeros. De una disposición de 1270, más o menos, que limita a los zapateros de Londres a tener ocho servidores cada uno, se puede deducir que algunos de ellos, que compraban cueros en España en grandes cantidades, debían exceder de este número. Dos de los socios de este gremio decidieron dedicar toda su actividad al comercio y pusieron un encargado en su taller con un salario de 13 chelines y 4 peniques anuales.

Las leyes que regulaban la industria textil flamenca aspiraban a que se estableciese una separación entre cada uno de los muchos procesos que debía sufrir la lana durante su manipulado. La clasificación de sus diversas calidades era hecha por las mujeres en los mismos almacenes; el batido de las grandes piezas de algodón, para sacudirles el polvo, era hecho por los hombres. A continuación la lana era entregada a las mujeres que trabajaban, solas o con sus hijos, en talleres caseros de la ciudad o de los pueblos vecinos, para que la lavasen, cardasen e hilasen (sin rueca), y para que diesen apresto al hilado con manteca de cerdo o mantequilla derretida. El resto del trabajo era realizado principalmente por parejas de obreros mediante movimientos mecánicos. Los telares para los tejidos más recios exigían dos hombres, los cuales hacían correr alternativamente la lanzadera y presionaban los pedales y barras que colocaban la hebra en su lugar. Un maestro tejedor sólo podía tener tres telares, para los cuales necesitaba cinco asistentes y la ayuda de varias mujeres que iban de tienda en tienda para echar una mano en la tarea de atar los hilos de la urdimbre. Desde el telar, la tela pasaba al batán para ser desgrasada y espesada con tierra alcalina disuelta en agua caliente y orina y para ser luego lavada. En lugar de invertir dinero en batanes que golpeasen la tela con mazos de madera, los pañeros del Norte se inclinaban por el antiguo método de hacerla "pasear", es decir, pisotear por los pies desnudos de varios hombres. Un maestro batanero sólo podía tener cuatro o cinco cubas, y los hombres que trabajaban

en ellas eran amonestados tan frecuentemente por trabajar desnudos, que es de suponer que así lo hacían. A los tintoreros, que venían después en el proceso de manipulación de la tela, se les permitía tener hasta dieciocho tinajas, las cuales, si estaban continuamente en uso, podían requerir los servicios de unos veinte hombres a pleno rendimiento. Seguían otros tres procesos de acabado: el estiraje sobre bastidores con poleas, el cardado (se frotaba la tela con una especie de cardador para levantar el pelo) y el igualado del pelo por medio de tijeras de hojas muy anchas, que se hacía sobre una mesa inclinada. Es muy posible que estos últimos procesos de acabado se realizasen, en la práctica, uno a continuación de otro, y que la organización total del trabajo fuese más indiferente de lo que parece a las regulaciones.

La división del trabajo en la época medieval era llevada hasta los límites que permitía el número de los componentes de un grupo de trabajo, estando limitado dicho número por el equipo de herramientas que un solo maestro podía aportar, por el trabajo que podía atender y por el que podía vigilar. La expansión de los mercados textiles alteró la situación solamente imponiendo una organización del control más laxa sobre los pobres trabajadores domésticos, cuya productividad por cabeza era increíblemente baja. Sin embargo, la oferta de este tipo de trabajadores era tan abundante, que no existía incentivo alguno para agruparlos o para animar cualquier tipo de experimento que permitiese mecanizar su trabajo. El gasto más importante que producía el emplearlos se reducía al salario de un funcionario público que llevaba la cuenta de las entregas y las devoluciones del material, unas pocas libras solamente. En los proyectos de construcción de grandes edificios, tenía que haber capataces aptos para organizar efectivamente el trabajo de gran número de hombres y percibir las diferencias en el valor de su trabajo en una escala de salarios tan compleja como las de las modernas factorías. En la construcción de un castillo, estos capataces solían ser ingenieros militares con larga experiencia en problemas de organización. En la construcción de iglesias, los capataces eran arquitectos y contaban con la colaboración, en tales asuntos, de clérigos con una larga experiencia de burocracia autoritaria.

Intensidad del trabajo

El problema de la intensidad del trabajo industrial en la Edad Media, además de tener un considerable interés psicológico, es de enorme importancia económica. Los intentos hechos por calcular la productividad física por cabeza, en cualquier industria en particular, han de considerar la longitud de la jornada de trabajo y las clases de interrupciones en la misma que se podían producir, así como el número y duración de las detenciones del trabajo a lo largo del año.

A primera vista, los hábitos de trabajo medievales parecen ser terriblemente penosos. Al igual que la jornada en las granjas, el trabajo en los talleres comenzaba al amanecer; pero, mientras que el trabajo en los campos terminaba forzosamente al ponerse el sol, hay numerosas leyes gremiales que unas veces permiten y otras prohíben el trabajo a la luz de las candelas, y también hay ocasionales querellas acerca de las molestias que causaba al sueño de los vecinos el ruido de las herramientas, todo lo cual demuestra que buen número de artesanos se veían obligados a trabajar hasta altas horas de la noche. Las pruebas proceden de latitudes en las que la luz solar, en verano, tiene una duración de más de diecisiete horas.

Las razones que impulsaban a tolerar o a prohibir la autoexplotación más allá de estos límites resultan evidentes si se hace una lectura cuidadosa de las leyes gremiales de cualquier tipo de oficio. Las partes del código regulador establecido en París a finales del siglo XIII relativas a doce de las principales artesanías de la piel, nos servirán como ilustración. Nueve de estas doce series de leyes se refieren a la cuestión del trabajo a la luz de las candelas, como sigue: cuatro lo prohíben en absoluto, dos lo permiten libremente, una lo prohíbe durante el verano por ser "excesivamente penoso" pero implícitamente lo permite en el invierno, y dos lo autorizan cuando hay trabajo urgente o cuando se fabrican objetos para el propio uso. Observando con atención las demás regulaciones para estos oficios, se puede ver que el trabajo nocturno era una de las ocupaciones características de aquellos hombres, que vivían de modo muy precario, vendiendo por la mañana lo que habían hecho por la tarde y la noche anteriores. Las leyes recién codificadas intentaban impedir estas ven-

tas por parte de los hombres agremiados, puesto que esto los ponía en relación con los buhoneros profesionales, un grupo despreciado por su pobreza y siempre bajo la sospecha de dedicarse al robo. Los confeccionistas de cinturones adornados con motivos metálicos, por ejemplo, aunque todavía permitían el trabajo nocturno en ciertas ocasiones de emergencia, interrumpieron por esta época la práctica de vender sus creaciones en las calles de la ciudad y en los pueblos cercanos. Este grupo incluía hombres demasiado pobres para cuidar de un modo apropiado al único aprendiz que les estaba permitido, y los oficiales del gremio recibieron la orden de tomar a su cargo a los muchachos cuyos maestros se empobrecían. Estas leyes, aunque muy fuertes por esta época, no pudieron eliminar la "venta diurna del trabajo nocturno"; lo único que lograron fue arrojar a esta miserable clase de trabajadores del seno del gremio. Los que hacían collares de caballo se las arreglaron para retener tanto el trabajo nocturno como la venta ambulante dentro de su gremio mediante la aceptación de inspectores que vigilasen los paquetes que iban a venderse, para evitar que hubiese materiales deficientes. Ni el trabajo nocturno ni las ventas directas constituyeron un problema para los hombres que preparaban el cuero más fino, ni para los que hacían las partes de cuero de las sillas de montar que eran entregadas a las tiendas de los constructores y decoradas para su venta a los nobles. La demanda de artículos como los citados era activa, y así los artesanos que los hacían podían utilizar productivamente la totalidad de su jornada de luz solar. En cambio, los hombres pobres que realizaban pequeños artículos baratos no podían hacerlo.

Sin importar que el comercio fuera activo o no, el tiempo de trabajo de todos era recortado por los designios de la Iglesia, que establecía que más de una cuarta parte del año era tiempo sagrado. Si se contemplan desde este ángulo los hábitos del trabajo medieval, si no parecen ser muy pausados, sí por lo menos están llenos de interrupciones, de períodos de descanso. En primer lugar, estaban los fines de semana. Según la manera de pensar del clero, detener el trabajo al mediodía del sábado para prepararse para el domingo era un deber religioso. No obstante, concedían que un sirviente debía obedecer las órdenes de su maestro a este respecto; en consecuencia, en muchos oficios la interrupción debió hacerse a las 3 o las 4 de la tarde. La

misma norma se aplicaba a la vigilia de cualquier fiesta de carácter sagrado, es decir, al día antes de la fiesta. La práctica real, a tal respecto, aparece mucho menos clara, y el número de días santos observados variaban de una localidad a otra y de un oficio a otro. Las cuatro principales festividades marianas, los días santos de los apóstoles y los evangelistas, la semana de Navidad y la semana de Pascua (esta última, teóricamente, era una quincena) eran los principales períodos de fiesta. Si se añaden las fiestas de los santos locales y un día en cada oficio dedicado al santo patrono, la reducción del año laboral, deducidos los fines de semana y las fiestas que coincidían con éstos, era realmente considerable. En Narbona, los molinos de la ciudad estaban activos 265 días al año; en Toulouse, 281 días; la construcción de iglesias en París, en 1320, se realizó durante 275 días.

En el Norte, el tiempo invernal reducía asimismo la producción. Cuando un cronista menciona que hubo "una gran helada", podemos imaginarnos los molinos inmovilizados por el hielo y muchos talleres, sin calefacción alguna, inmovilizados también por tener los artesanos las manos heladas. Las tormentas representaban un continuo peligro para los molinos. La lluvia, en cualquier estación, retardaba el acabado de las telas, que requería el secado al aire libre, después de la serie de lavados necesarios en el proceso de fabricación. El calor del verano hacía bajar el nivel de las ventas en el interior de las grandes ciudades, especialmente porque los ricos usuarios se trasladaban al campo. Algunos trabajadores de París y muchos de los Países Bajos abandonaban los trabajos artesanales en agosto para acudir a las faenas de la recolección en el campo. En Pisa, la principal actividad veraniega era matar mosquitos o sudar la malaria. Sin embargo, esta peligrosa estación era la única época en que los herreros pisanos, que pasaban todo el invierno extrayendo hierro y fundiéndolo en la isla de Elba y en las zonas costeras, todavía más infestadas de mosquitos, podían llevar el mineral a la ciudad para convertirlo en armas y herramientas.

Los obreros metalúrgicos eran probablemente los que trabajaban más jornadas a lo largo del año, porque esgrimían la excusa, contra la prohibición de trabajar en los días festivos, de que no podían dejar que se apagase el fuego de sus hornos. Además, las más remotas mi-

nas de las montañas, al principio, no estaban provistas de capillas. Algunas industrias de servicios mantenían planes de trabajo muy duros. Los servidores de las panaderías eran comúnmente obligados a trabajar durante toda la noche y sólo tenían libres los domingos. Por otra parte, durante los veranos secos se inutilizaban muchos molinos de viento, lo cual obligaba a recurrir a la molienda a mano del cereal y ponía fuera de juego tanto los fuelles de horno movidos por el agua como otros aparatos.

Los empresarios de la industria textil del Norte, basada enteramente en el trabajo manual, no tenían este problema particular. Las ciudades en las que operaban disponían de un sonido especial para sus negocios, el de las campanas de una iglesia determinada, o del ayuntamiento, actuando a modo de sirena de fábrica para marcar el inicio y el fin de la jornada de trabajo. Pero todavía no resulta muy claro si las horas de trabajo, en verano, eran o no más largas que en invierno, si eran alargadas o acortadas a medida que la luz cambiaba con la alteración gradual de las estaciones. Tomando en consideración los días más largos y los más cortos, E. Perroy calcula que totalizaban unas 250 jornadas al año. La única cosa que parece haber sido realmente regularizada eran las medidas de una pieza de tela según su calidad. La pieza de tela más fina tenía unas 44 yardas de largo (40 m.), tras los últimos encogimientos, y cerca de una yarda de ancho (unos 90 cm.), o la mitad de aquella longitud (20 m.) por igual ancho (unos 90 cm.). Dos tejedores podían producir una pieza de tela en una semana de invierno, lo cual supone unas 45 piezas, más o menos, al año. Los procesos de acabado eran más rápidos, pero incluían tantos lavados y secados, que su coordinación en tiempo húmedo debió de haber sido particularmente difícil. Perroy subraya esta lentitud de la producción, indicando que el tejido y acabado de una pieza de tela de largo corriente requería de tres a cuatro semanas, sin contar el tiempo empleado en la preparación del hilado. En una fábrica de mediados del siglo XIX en la que todavía se utilizaba el trabajo de los niños para enrollar la lana limpia antes de hilarla, pero en la que todas las demás operaciones estaban más o menos mecanizadas, la misma pieza de tela podía ser realizada en unas ochenta horas, esto es, en menos de una semana estival de la Edad Media. Aunque el trabajo medieval era intenso y el manipulado de

la tela húmeda resultaba muy arduo, la industria obligó a los hombres a convertirse en máquinas.

TENDENCIAS DE LA INDUSTRIA C. 1300-1500

Retrocesos y progresos

Las guerras financiadas mediante la imposición de pesados impuestos, las contracciones sufridas por el comercio a larga distancia, las incursiones de la peste, la competencia entre las ciudades por captar los mercados que permanecieron más o menos estáticos durante largos períodos, la deliberada opresión ejercida sobre la producción por los gremios más privilegiados y las persistentes insuficiencias en la provisión de dinero, entenebrecieron la escena de la Baja Edad Media hasta el decenio que empieza en 1470. Las industrias que fabricaban productos capaces de alegrar la vida eran las que más prosperaban en las ciudades: las cervecerías y tabernas se multiplicaban; pero también se producían esfuerzos racionales para paliar las dificultades. Este punto será ilustrado con varios ejemplos regionales de intentos realizados por cambiar el destino.

El descontento en cuanto a los problemas planteados por la industria en los primeros años del siglo xiv siguió las líneas ya familiares; la única cosa que resulta nueva es la acentuación de los trastornos en Flandes a causa de las dificultades para conseguir la lana suficiente para los telares. No se produjo, sin embargo, una agravación general de los conflictos. En realidad, hacia 1340 surgió una revitalización de la actividad en dos áreas: en Bohemia, gracias a la puesta en explotación de nuevas minas de oro, plata y cinc, y en el sur de Alemania, al seguir el ejemplo italiano de comercializar las posibilidades de las ciudades pequeñas y los centros rurales para la realización de tejidos de lino y otras telas baratas de tejido mixto. Los inquilinos del antiguo monasterio de Saint Gall, que antiguamente hacían telas para su uso propio y para el de sus señores, habían convertido el pequeño pueblo situado junto a su monasterio en una de las principales ciudades productoras de lino. Una capa alemana para la lluvia, parecida a un poncho mexicano y muy barata, se impuso por

aquel entonces en el mercado. Estos modestos pero sólidos progresos contrastan poderosamente con la ruina de la aristocrática industria del tejido en el sur de Flandes. Más hacia el Norte, las ciudades de Brujas, Gante e Ypres se hallaban en un estado de fluctuante decadencia; en efecto, la industria flamenca de tejidos de lujo se había transferido a las regiones productoras de lana de Inglaterra y a las grandes ciudades del reino de Aragón.

Las vetas de oro de las minas de Bohemia se agotaron muy pronto y los mineros que extraían la plata fueron diezmados por las guerras husitas. Las únicas áreas mineras que continuaron progresando fueron las que contenían los ricos minerales de hierro y cobre de Suecia; las minas de este último mineral eran explotadas gracias al capital de la Liga Hanseática alemana. Los herreros alemanes, normandos e italianos, dado que el precio del combustible había subido de modo considerable, hacían ahorro de trabajo mediante el uso de martillos movidos por la fuerza del agua para la forja del hierro, y en el siglo xiv comenzaron a hacer pruebas con fuelles movidos del mismo modo. Sin embargo, los precios del hierro siguieron subiendo hasta el siglo xv. Las máquinas no siempre resultaban eficientes. En 1410, un equipo de obreros con poca experiencia que trabajaban en una forja perteneciente al obispo de Durham, tras haberla equipado con un par de fuelles mecánicos, tuvo que disponer que la esposa de uno de los hombres que trabajaban en ella se cuidase continuamente del ajuste de los fuelles. En los intervalos libres, esta vigorosa criatura ahorrraba al obispo la adquisición de un martillo mecánico rompiendo ella misma el hierro ya forjado, y todo ello por un penique al día y tres medidas de cerveza al año.

La minería de la Europa central y oriental comenzó a progresar de nuevo una vez acabadas las guerras de los husitas. Dirigidas por ingenieros alemanes, manejadas principalmente por mineros alemanes y financiadas por el capital de familias de mercaderes tan famosas como los Fugger de Augsburgo, que tenían un dedo metido en cada uno de los más provechosos pasteles de Europa, las minas estaban sometidas a una dirección centralizada e integradas en una amplia red de los mejores talleres de fundición. Sin embargo, por muy impresionantes que fuesen los progresos en la ingeniería, hasta después de 1460 las casas de la moneda anduvieron escasas de plata y

los hornos todavía desperdiciaban un 30 por ciento del metal en escorias y, por falta de combustible, permanecían fríos la mayor parte del tiempo. Rolf Sprandel calcula que, a finales del siglo xv, Europa producía no más de 40 mil toneladas de hierro al año, y que el 25 por ciento del muy elevado precio de cualquier forma de hierro que había de pagar un artesano manufacturador, era debido a las cargas comerciales y de transporte.

Basta comparar las primeras pequeñas armas de fuego que salieron de la fundición experimental de Eduardo III en la Torre de Londres durante la década de 1340 —de 24 pulgadas de largo (60 cm.)— con la “darling”, de tres toneladas, perteneciente al duque de Borgoña y fabricada hacia 1460, a la que se denominaba “Catalina” y que sólo podía ser arrastrada penosamente a lo largo de unos 8 kilómetros por día, para darse cuenta de que la creciente producción de metales iba dirigida principalmente a la guerra. Los gobernantes (aunque este gobernante en particular se vio obligado a pedir prestado al 25 por ciento), una vez habían adoptado la artillería, no se podían permitir el lujo de discutir los precios. Roger Lejeune, quien al escribir la historia del principado de Lieja hizo un especial estudio de su industria de armas y su metalurgia a lo largo del siglo xvi, cuando la mayor parte de sus forjas ya habían sido mecanizadas, dijo que ese siglo, desde el punto de vista industrial, fue la edad de la madera.

Los beneficios en la metalurgia del hierro deben haber sido indudablemente mayores en Suecia, donde el mineral de “bog” era desusadamente rico y donde, además, existía una extrema habilidad para su refinado; la calidad excepcional del “osmund” alcanzaba precios máximos dondequiera que fuera exportado. Por otra parte, los beneficios que proporcionaba el trabajo del hierro no eran suficientemente elevados para poder atraer al capital de modo que proporcionase una solución realmente satisfactoria de los problemas tecnológicos que afectaban a esta industria. Tampoco los salarios anuales eran suficientes, en aquellos lugares donde la escasez de combustible hacía detener la producción, para pagar a los trabajadores necesarios, a menos que algunos hombres tuviesen una pequeña parcela de tierra u otro empleo auxiliar. Por ejemplo, se calcula que en 1475 cerca de la cuarta parte de la población del territorio del alto Rhin,

de la Oberpfalz, trabajaba en la industria del hierro, incluyendo 750 mineros, más de 3.000 hombres dedicados al transporte, 5.180 leñadores y otros grupos dedicados a trabajos especiales o complementarios, con lo que la cifra total de trabajadores alcanzaba a 11 mil; y, sin embargo, una estimación probablemente en exceso generosa sitúa la producción de hierro en casi 10 mil toneladas por año. Si los 1.638 obreros empleados en las forjas se agrupaban en equipos de tres hombres —cada uno de ellos compuesto por un herrero para el horno principal, uno para atender al martillo mecánico y un ayudante—, la producción de cada equipo debería haber sido de unas 17 toneladas al año, cifra muy por debajo de la que se alcanzó en 1410 en la forja de Weardale, del obispo de Durham, la cual estaba mucho menos mecanizada, y en la que dos herreros, con la irregular ayuda de un “forman” y de sus esposas, producían 27 toneladas, todas las cuales, excepto 5,8 toneladas, habían sufrido ya el segundo calentamiento y habían sido cortadas en piezas para ser transportadas a otros talleres. No hay medios para comparar este hierro de Weardale con el más tardío hierro de Oberpfalz, en cuanto a calidad y valor. La comparación de la producción física de los equipos de las distintas forjas nos indica solamente que la organización de la forja alemana debió de verse obstaculizada por frecuentes paros. En el caso inglés, del que poseemos datos semanales, no hubo más interrupción que la de los días santos o festivos; el personal administrativo del obispo proporcionaba los suministros de mineral y de combustible de modo muy eficiente. Los talleres estaban abiertos 267 días al año, incluyendo los sábados, que eran los días de pago. El herrero que trataba el mineral, el hombre mejor pagado, estaba ausente solamente una semana; su colaborador en el segundo horno parece haber actuado solamente cuando le venía en gana, y una tercera parte del tiempo no lo hacía. Posiblemente él y el “forman” trabajaban también, irregularmente, en alguna otra forja o en las tierras de la familia.

Los problemas de la industria textil eran más simples, ya que requerían muy poca o ninguna inversión empresarial en instalaciones fijas. Sin embargo, a partir de 1300 estas industrias requirieron una mayor adaptabilidad a los cambios en el carácter de la demanda de lo que los hábiles obreros de las ciudades flamencas, demasiado ab-

sortos en obtener una reforma en el gobierno de sus ciudades y en sus luchas contra los franceses, podían lograr. Otra causa, y no menos importante, de la decadencia de la industria textil flamenca fue la política de Eduardo III de Inglaterra de “compre tejidos ingleses”, y su equivalente en España. El gusto italiano por tejidos más ligeros, que pudieran ser forrados de piel para hacerlos más cálidos, cuando se propagó hacia el Norte, contribuyó a reducir el mercado para los tejidos más gruesos, que durante dos siglos habían sido considerados como el colmo del lujo. Aunque el suministro de lana fina no se hubiese vuelto tan caprichoso, muchos de los tejedores flamencos, al igual que algunos dueños de hilanderías del Yorkshire en nuestra propia centuria, que continuaron haciendo tela de camisas de franela cuando los hombres habían dejado ya de vestir camisas de franela, finalmente se hubieran hallado en serias dificultades, al quedarse sin más consumidores que unos pocos clientes del anticuado mundo del Báltico capaces de apreciar las telas lujosamente acabadas. Ciertamente, los flamencos habían sido siempre suficientemente flexibles para poder vender la tela directamente del telar, si esto era lo que el cliente deseaba. Sería un grave error creer que eran estúpidos; al contrario, en la agricultura habían sido los principales innovadores en el siglo xiv. Si las relaciones sociales dentro de las ciudades y entre las ciudades y el campo no hubiesen sido tan profundamente enturbiadas por un gobierno desafortunado y por la intervención inglesa y francesa, y si el esfuerzo borgoñón por unificar los territorios en torno a ellas, con Brujas como capital cortesana, se hubiese producido más pronto, los flamencos habrían podido destinar fondos mercantiles a una organización más amplia capaz de trabajar con lana de inferior calidad que no fuese de procedencia inglesa, y habrían compensado sus precios más bajos con una mayor rapidez en las transacciones.

Sólo poseemos estadísticas de la decadencia de las manufacturas de la ciudad de Ypres, las cuales habían disminuido hacia 1370 hasta un 15 por ciento de su punto máximo, alcanzado al principio del siglo xiv. El hecho de que Ypres disminuyese más que cualquier otra de las demás ciudades textiles, resalta aún más la importancia de su decadencia; por otra parte, sabemos que a lo largo de este siglo miles de obreros flamencos volvieron de nuevo a los campos o emi-

graron.

La más brillante recuperación de las manufacturas en las regiones avasalladas por la competencia inglesa se produjo en Arras, gracias a la invención, realizada por un patricio pañero, del arte de la tapicería industrial. Perfectamente regulada, esta industria fue capaz, a partir de 1320, de proporcionar de nuevo empleo a miles de pobres tejedores en Arras y más tarde en otras ciudades; gracias a esta industria, el mundo de ensoñación de la caballería romántica pudo resplandecer en bellos colores en las paredes de los dormitorios y los comedores de todos los ricos que gustaban de ello.

Por otra parte, en el nordeste de Francia y los territorios de los Países Bajos, la artesanía del tejido descendió a niveles rurales para telas conocidas con una variedad de nombres que se acogen a la denominación genérica de "pequeñas telas". Esto implica una vuelta al estrecho telar de un solo tejedor y a la producción de piezas cortas, obtenidas con la lana de unos pocos corderos mezclada a veces con lino. Con un acabado ligeramente más suave de lo que había sido tradicional en los pueblos, esta industria simplificada fue pregonada, para su venta como "la nueva tapicería", puesto que con ella se generaba algún capital mercantil. Hubo algunos intentos por simular la antigua industria urbana mediante la elaboración de códigos regulando la industria de los centros rurales. Así, el conde de Hainault instituyó una carta de privilegios a la pequeña ciudad de Ath en 1328; entre sus reglas se incluía la prohibición de tejer telas para su venta durante el mes de agosto, a fin de que todos los sirvientes pudiesen ser empleados en las tareas de la cosecha.

El conde pagaba por los cobertizos en los que se trabajaba y por las cubas para el batanado; de hecho, pensaba en todo, excepto en la provisión de capital de explotación. En las ciudades del Brabante se consiguió mantener la industria textil, a principios del siglo xv, a costa de usar los fondos municipales para garantizar las ventas y los subsidios de comida para los pobres; a pesar de ello, la población del Brabante declinó entre 1437 y 1472 a causa de la mortalidad y la emigración. La ciudad de los Países Bajos que alcanzó más éxito al urbanizar la ligera industria textil rural, fue Hondschoote. Esta ciudad era cinco veces mayor en 1485 que en 1400; sus exportaciones de tejidos experimentaban una aceleración constante, la cual prosi-

guió en el siglo xvi.

La industria inglesa se desarrollaba en el interior y en el exterior de las ciudades, haciéndose más rural a medida que el capital mercantil provincial organizaba la extensión del trabajo hacia las granjas. E. M. Carus-Wilson ha atribuido esta gravitación de la industria hacia los pueblos a las ventajas que éstos presentaban en cuanto a la provisión de agua para los batanes. Sin embargo, éste era sólo uno de los factores de coste implicados, y probablemente uno de los de menor significación, a medida que los tejidos más ligeros y estrechos, que necesitaban menos acabado, fueron alcanzando mayor favor.

Los italianos compensaron la caída de la demanda de telas recias mediante la plantación de moreras para alimentar los gusanos de seda, y con una soberbia habilidad produjeron sedas, brocados y terciopelos más caros que en parte alguna, sin encontrar competidores. Los habitantes de Lucca, ya en el siglo xiii, hicieron bajar los precios de coste de su trabajo mediante la automatización del proceso de torsión de la seda antes de que ésta pasase al tejedor. Sus grandes hilanderías, movidas por la fuerza del agua, poseían hasta doscientos husos; las tiendas de seda de Florencia utilizaban una máquina, con la mitad de esta capacidad, que operaba manualmente.

Los libros de cuentas italianos, que son la mejor clave que poseemos acerca de los beneficios del comercio en general y del beneficio empresarial derivado de las manufacturas, confirman la impresión de que este último era en general más bajo. Un análisis detallado de las cuentas de Francesco Datini y sus consocios acerca de la transformación en tejidos de la lana procedente de España, en la década de 1390, un período en el cual los beneficios del comercio en general alcanzaban un 12 por ciento y más, muestra que en el proceso de manufactura los beneficios eran de un 8,9 por ciento. El trabajo real realizado duró siete meses, pero el intervalo entre el pago de la lana, en España, y la venta de la tela confeccionada, en Venecia, fue de cerca de nueve meses; y los trámites para la compra de la lana, que procedía de corderos de las islas Baleares, habían sido hechos más de tres años antes. Un empresario sedero florentino, durante las dos décadas siguientes, logró un ocho por ciento de beneficio sobre el producto de cerca de treinta telares. Un miembro de la familia Strozzi, durante parte de este período, obtuvo un beneficio del 17,6

por ciento en sus industrias laneras, pero posteriormente sus beneficios descendieron a poco más del 10 por ciento. Los Medici totalizaron provechos del 15 por ciento en sus industrias sederas durante las décadas de 1430 y 1440, pero sólo alcanzaron el seis por ciento en sus dos talleres de lana. Se trataba de pequeñas empresas, pero Raymond de Roover está seguro de que, si hubiera existido alguna ventaja en aumentar la escala de producción, los Medici la hubieran aprovechado.

Al norte de los Alpes, si hay que prestar oídos a todas las historias acerca de una "profunda decadencia" que se presentaban ante las autoridades, solicitando una legislación proteccionista de una clase u otra, la población industrial en este último cuarto del siglo xv se hallaba en una situación verdaderamente penosa; por ejemplo, los tejedores de Ruán se lamentaban en 1480 de que la reciente construcción de una hilandería había dejado a quinientos hombres sin trabajo y estaba destruyendo la demanda de tejidos al haber volcado en el mercado gran cantidad de material de baja calidad. Sin embargo, Michel Mollat, al investigar acerca de esta queja, descubrió una amplia y positiva evidencia de que la construcción de la hilandería y otras actividades empresariales habían hecho aumentar rápidamente, y durante bastantes años, el empleo total en la industria textil dentro y fuera de la ciudad, así como en cierto número de otras industrias, entre ellas la reciente y estimulante industria de la impresión de libros. Las únicas gentes que se vieron en dificultades fueron quienes, en pequeño número, se resistieron a las innovaciones. El ejemplo es típico. La totalidad del clima económico estaba cambiando. Las estadísticas acerca del comercio inglés procedentes de las cuentas de exportación, al igual que las cifras de producción de Hondschoote, muestran una firme y acelerada progresión en los negocios textiles, lo que es especialmente sorprendente en el caso inglés, por contraste con un largo período de estancamiento en un nivel mediocre durante las primeras décadas del siglo; y ello se debe a que el nuevo proceso no era, como lo fue el de fines del siglo xiv, un mero asunto de plagio de los negocios flamencos.

El cambio fue menos profundo en el mundo mediterráneo, donde sólo Milán destaca por haber experimentado un notable progreso comercial, pero en esta ciudad, realmente, el progreso nunca se

detuvo. Milán adoptó la industria sedera muy tardíamente y ello solamente en relación con su tradicional política de diversificación de intereses. Florencia, por otra parte, tenía demasiados intereses en las manufacturas de lujo de giro lento; el nuevo clima económico favorecía a los bienes más baratos y de más rápido giro. Otro símbolo de los rasgos futuros aparece en el hecho de que la construcción de barcos veneciana empezase a resentirse del peligro de la próxima desforestación de su territorio. El Estado, en los últimos años del siglo, tuvo que intervenir en esta industria, ya que la construcción de barcos privada se había trasladado a la otra orilla del Adriático. El malestar económico que se había estado extendiendo por todo el litoral islámico del Mediterráneo se debía en parte al agotamiento de casi toda la madera de sus bosques. Aunque el coste de la madera presentase duros problemas en el norte de Europa, éstos eran todavía más serios en el norte de Italia.

Exposición de los principales rasgos y tendencias

Este vistazo a ojo de pájaro del esfuerzo industrial medieval, sólo incidentalmente ha ilustrado las teorías explicativas que pueden aplicársele. Se han dado ejemplos de los más evidentes tipos de acción recíproca entre el crecimiento de la población, la provisión de moneda y la tecnología, teniendo siempre en consideración las técnicas agrícolas como factor limitativo. Flandes y el norte de Italia son con mucho las áreas más interesantes, a causa de la fertilidad de su suelo y la facilidad con que podían importar provisiones de comida extra de las regiones cercanas, lo cual favoreció una elevada densidad de población. Esta situación proporcionaba a tales regiones un inmenso depósito de buena parte del tiempo libre de trabajo del campesino, que podía ser empleado en el trabajo industrial rural, y al mismo tiempo les permitió también urbanizar a una mayor proporción de la población. Contra un máximo probable del 15 por ciento en cualquier otra región, Flandes y el norte de Italia urbanizaron al menos el 25 por ciento de su población; más de la mitad de esta proporción podía normalmente dedicar la mayor parte de su tiempo de trabajo anual a la producción de bienes industriales.

El problema de calcular la efectividad del esfuerzo industrial medieval es especialmente difícil entre 1280 y 1480. Desde el punto de vista de la investigación demográfica, este lapso de tiempo se divide en tres fases: 1) una continuación del crecimiento de la población, pero en una proporción progresivamente declinante e interrumpida en 1293-1294 y 1315-1317 por un grave y general período de hambre; 2) los años de la "peste negra" y sus inmediatas secuelas; 3) un siglo de diversas epidemias erráticas que constantemente frenaban las cifras de crecimiento.

En la primera de estas fases, es evidente que las propiedades de hasta el 40 por ciento del campesinado se habían quedado reducidas a pequeñas posesiones incapaces de proporcionar alimentos a toda una familia, y que, si bien en algunas regiones estas personas podían obtener trabajo industrial auxiliar, en Flandes era cada vez más difícil encontrar trabajo de este tipo. El potencial productivo no era utilizado plenamente ni en las ciudades ni en el campo. Por otra parte, los maestros más hábiles, que lograban obtener dinero extra mediante la venta de los materiales realizados con su trabajo y con el préstamo de dinero, prosperaban a ojos vistas. Este tipo de hombres aparece por todas partes, comprando parcelas de terreno en torno a las ciudades y manejando varios negocios a la vez. Algunos de ellos, en la pobre y pequeña ciudad de Montbrison, en el Forez, a principios del siglo xiv, poseían rentas varias veces mayores que las de los profesionales de las familias terratenientes. Uno de ellos, que comenzó como carnicero, se dedicó luego a hacer sebo y cuero y más tarde al comercio de la tela y el metal, siendo además prestamista de dinero en grandes cantidades.

Generalmente, el debate se centra sobre la segunda fase, cuando la peste redujo repentinamente la población en cerca de un tercio. Se ha argüido que este hecho debió determinar un incremento de la productividad de los supervivientes, puesto que la misma cantidad de equipo fijo que había servido para la población de antes de la peste estaba todavía en servicio; sin embargo, por lo que a la industria se refiere, esto es ilusorio. El equipo fijo era principalmente casero; con una casa vacía, aquél carecía de utilidad, aunque tenía su importancia como capital en reserva para el futuro y en las tarifas de valoraciones de los especuladores que lo compraban. Lo mismo sucedía con la

parte de trabajo que podían realizar los molinos y que quedaba sin utilizar. Algunos artesanos salieron tal vez gananciosos gracias a las herramientas de sus camaradas muertos que salían al mercado y por el descenso en los precios de los alimentos, contra el alza de los precios de los productos industriales, ya que los empresarios tenían que pagar más por un trabajo bien hecho. Los asalariados especializados pudieron comer más pan blanco, en Alemania los carniceros vendieron más salchichas y cada ciudad se jactaba de las excelencias de su cerveza; existía cierta preocupación acerca de la mala salazón del pescado y los doctores aconsejaban a los ricos que tomaran bebidas destiladas, ya que, con moderación, eran buenas para la salud. Sin embargo, hasta el tercer cuarto del siglo xv la nutrición no fue adecuada para hacer al cuerpo apto para resistir las enfermedades epidémicas. Cada enfermedad epidémica grave que diezma una ciudad, quebrantaba seriamente todos los negocios durante semanas o meses, ya que la mayor parte de la gente huía entonces hacia el campo.

Relaciones laborales

En la industria medieval en su conjunto, los asalariados a tanto la pieza, y a tanto el día, la semana, o el año, eran más típicos que la relación casi familiar entre maestro y aprendiz. En la minería, en la metalurgia y en muchas otras ramas de la fabricación del metal, en todos los trabajos relacionados con la construcción, a excepción de las agrupaciones de albañiles establecidas en las ciudades a finales de la Edad Media, en las operaciones técnicas de los molinos y las salinas, en las industrias textiles rurales y en las del cuero, y también en nuevos o poco usuales trabajos especializados de las industrias ciudadanas, especialmente en las que se ampliaban rápidamente, la habilidad técnica era desarrollada y remunerada simplemente por la diferencia en las tarifas de pago. El aprendizaje de niños y adolescentes era factible sólo en trabajos que no requerían gran esfuerzo muscular.

Dada la preeminencia del trabajo asalariado, en cierto sentido siempre hubo un mercado de trabajo con muchos de los rasgos del actual: los salarios estaban relacionados con la productividad, subían o bajaban de acuerdo con la mejor o peor organización de empresa-

rios y empleados, y como respuesta a los cambios en la oferta y la demanda; en cuanto a los sueldos de las mujeres, los límites eran los acostumbrados. No obstante, se producían importantes diferencias en el modo en que el sistema actuaba, operando unas veces en favor de los empresarios y otras en favor de los asalariados. Los grandes constructores, como ya hemos visto, tenían siempre el derecho de expropiación; y, en cualquier trabajo que tuviese el carácter de servicio público esencial (todo lo relacionado con el aprovisionamiento, y en las ciudades la industria de la construcción), las autoridades públicas mantenían las cargas que debían pagar los patronos a los mismos niveles fijos, procurando presionar para hacer bajar los salarios que aquéllos debían pagar a sus colaboradores. Unas veces, la organización gremial era autorizada únicamente con la condición de que los maestros no “conspirasen” para elevar los precios, pero, tanto si se sabía que lo hacían como si no, ellos siempre podían tener servidores que se ponían de acuerdo para solicitar salarios más altos y que eran condenados a la cárcel. Otras veces la escasez de dinero circulante proporcionaba la excusa para pagar a los obreros en especies, según valoraciones puramente arbitrarias; y, en la confusión que acompañaba generalmente a las reacuñaciones de moneda, los asalariados eran siempre los perdedores. Pero, por encima de todo, lo que mantenía a los más pobres trabajadores en su estado miserable era su misma pobreza, que los ponía a merced de los usureros y perpetuaba entre los artesanos la antigua inclinación del pequeño campesino, dueño de algunas tierras, a explotar a sus iguales sin piedad, mientras éstos tenían hijos pequeños que mantener, o a veces por su falta de previsión.

Esta cultura de la desesperanza se fue modificando gradualmente, tanto en las ciudades como en los pueblos, a medida que se hizo posible que el trabajo de las mujeres aumentara las entradas de dinero de la familia en unos peniques. Tras la pequeña historia de Chaucer acerca de la mujer empresario, la esposa de Bath, hay una larga historia que no ha sido suficientemente estudiada. La frecuente prohibición de adelantar dinero a las hilanderas, en las regulaciones de los grupos compuestos de trabajadores agremiados especializados y empresarios mercantiles, en las industrias textiles de Italia y Francia, ha sido considerada generalmente como un signo de su sujeción

a través de la usura, pero también puede ser considerada como un rasgo inevitable de una remuneración diferencial por una mayor habilidad. La hilaza podía ser hilada irregular y embarulladamente; las madejas perfectamente iguales y suaves eran más valiosas. Trabajando según tarifas por horas, las mujeres eran remuneradas poco más que los niños; produciendo excelente trabajo por pieza, pudieron obtener el sistema más racional de remuneraciones diferenciales. Algunas de las cuarenta personas que recibieron un pago retrasado de los ejecutores del testamento de Jehen Boinebroke, un rico pañero de Douai, de pequeñas sumas que se les debía por piezas especiales hechas para él hacia los años 1290, eran mujeres, tejedoras y tintoreras. Las mujeres aparecen en muchos otros trabajos, realizados por su propia cuenta. Y es completamente cierto que desempeñaban un importante papel en la acción de muchas fraternidades religiosas que actuaban en las ciudades como sociedades benéficas en favor de los enfermos.

Otra circunstancia que trabajaba en contra de la degradación del asalariado ciudadano era el hecho de que los contratos de trabajo estuviesen sometidos al cumplimiento de una serie de derechos que posteriormente un mercado de trabajo puramente impersonal echó por la borda. Bronislaw Geremek, analizando estos derechos en los negocios de París, llega a la conclusión de que sería erróneo hablar en aquel entonces de un proletariado. Sin embargo, plantea otro punto que ha sido pasado por alto en los estudios de tipo histórico: un trabajador de la construcción, por ejemplo, al que repetidamente se le asignaba un mismo tipo de tarea, podía llegar a ser clasificado como poseedor de una experiencia demasiado limitada para intentar dedicarse a una tarea mejor pagada. De esta manera, una división del trabajo demasiado extrema podía privar a un hombre de la oportunidad de prosperar.

El estudio de Geremek acerca de este punto le lleva a subrayar un aspecto del aprendizaje que también había sido descuidado. ¿Cuáles eran los secretos del trabajo o comercio que se suponía se enseñaban a un aprendiz y por cuya asimilación sus padres estaban pagando? Sugiere este autor que tales secretos no consistían tanto en la habilidad manual necesaria en el oficio como en el arte de manejar un pequeño negocio, de realizar las compras y ventas de una manera

prudente. Solamente es necesario añadir que la costumbre del aprendizaje se enraizó mucho más en los negocios organizados en gremios, en los cuales los "secretos" por los que un miembro podía ser castigado si los traicionaba consistían en los detalles de los acuerdos acerca de cómo sostener una línea común en cuanto a precios y salarios.

El mero hecho de que los patronos, aprendices y asalariados trabajasen junto a otros no eliminaba la discordia, si sus intereses divergían. Por muy fuerte que fuese la dedicación común a un oficio, ésta no podía impedir que los hombres jóvenes, cuyas perspectivas de convertirse a su vez en patronos eran escasas, se sintiesen a menudo descontentos. No obstante, hasta que las asociaciones gremiales de patronos obtuvieron el reconocimiento oficial, los dependientes fueron incapaces de organizarse de una manera efectiva; y, al producirse cualquier protesta de los patronos para obtener mejoras, los intereses de los asalariados se alineaban con los de aquéllos. Esta misma situación prevalecía en las industrias de exportación, en las cuales los salarios dependían directa y abiertamente del precio de la pieza acabada que recibían los patronos de los mercaderes. Éste era asimismo el caso dondequiera que el producto acabado consistiese en un conjunto de distintas partes hechas separadamente en diferentes tipos de talleres, como, por ejemplo, en el comercio de sillas de montar, en el cual los marcos de madera, las cubiertas y tiras de piel y los estribos metálicos eran manufacturados por maestros organizados separadamente, los cuales, junto con los pintores que decoraban la piel, dependían todos, en cuanto a su trabajo, de los maestros guarnicioneros.

Pero en otros oficios la discordia entre patronos y dependientes era endémica, ya en el siglo xiv, por una serie de razones distintas. Los asalariados eran, naturalmente, los primeros en sufrir cualquier descenso en la demanda. Los acuerdos de los patronos para restringir la producción creaban inevitablemente un sentimiento de injusticia. En este sentido, el ejemplo mejor documentado de abuso de poder del gremio proviene de Londres, donde durante una generación, empezando hacia 1290, los tejedores destruyeron sistemáticamente los telares de cualquiera de sus miembros al producirse su muerte. Realizaron verdaderos abusos para poder elevar los precios, provocando

con ello la indignación pública. Por su parte, los dependientes que se quedaban sin trabajo, más pronto o más tarde lograban encontrar empleo en el campo, donde los mercaderes, disgustados con el creciente poder de los gremios, comenzaban a adelantar dinero a nuevos productores para que pudieran comprar telares. Un medio más discreto de restringir la producción consistía en bloquear la admisión de hombres jóvenes a la maestría, mediante el expediente de convertir el examen habitual de su habilidad, ante los oficiales del gremio, en la exigencia de que produjesen una suntuosa "obra maestra". Muchos gremios se las arreglaron para institucionalizar este sistema, manifestando que al actuar así protegían al público contra los malos artesanos.

Sin embargo, no fueron estas injusticias las que decidieron a los asalariados a organizarse en defensa de sus intereses, sino más bien la experiencia de mejores condiciones en el mercado de trabajo en la generación que siguió a la Peste Negra. Ésta y las siguientes epidemias contribuyeron a que se produjeran tales desequilibrios en la oferta y la demanda de jóvenes obreros, que, a pesar de todos los esfuerzos de los gobiernos para mantener bajos los salarios, las tarifas por trabajos de buena o mala calidad subieron casi universalmente. Los dependientes que estaban inscritos en gremios formaron entonces fraternidades aparte para intentar mantener sus ventajas y conseguir otras nuevas. La costumbre de trasladarse de un lugar a otro en busca de mejores condiciones de trabajo se hizo entonces más común. El punto culminante de toda esta agitación se produjo entre los años 1370 y 1390, en que el descontento en las ciudades emergía a menudo junto al descontento del campesinado, produciéndose una ideología más o menos revolucionaria. Muchos de los insurgentes de la denominada "revuelta de los campesinos" de 1381, en Inglaterra, eran jóvenes artesanos.

El carácter ascendente de los salarios se niveló hacia 1390, y lo obtenido por los dependientes se refleja en una creciente demanda de carne, pan de trigo, bebida y los tipos más baratos de zapatos y vestidos. La reducción de la población presionaba sobre los campos, permitiendo que la agricultura proporcionase sus productos a precios más bajos; la reducción de los costes, determinada por la disminución en el tiempo necesario para la manipulación de materiales tales

como el cuero, permitió asimismo hallar nuevos recursos en la demanda industrial. Las reducciones de costes de este tipo explican en gran parte la impaciencia que demuestran muchas de las quejas contemporáneas acerca de la mano de obra deficiente. Nuevos conocimientos reemplazaban a los viejos, y la migración de los artesanos favorecía la propagación de las innovaciones.

Para mucha gente resulta extraño que en la Baja Edad Media, en tales circunstancias, no se lograra dar un paso más profundo hacia la mecanización. Consideran estas personas a los pequeños patronos y sus dependientes como irracionalmente obstruccionistas, en especial en Flandes, donde todos ellos se opusieron siempre al batanado mecánico. Sin embargo, la razón que daban acerca de tal actitud, la de que los mazos dañaban la tela, pudo haber sido cierta al principio de su introducción, cuando los batanes estaban provistos de bloques de madera que podían quebrarse con el uso; este problema fue más tarde solventado al calzar los bloques con una suave capa de hierro, pero esta solución, naturalmente, encarecía el coste de la construcción del batán. La oposición ejercida en Normandía contra los molinos, a finales del siglo xv, era de un tipo distinto: los pequeños propietarios urbanos admitían su eficacia y únicamente les hacían la objeción de que sólo estaban al alcance de los más ricos industriales, los cuales poseían el capital suficiente para construirlos. Los batanes, decían, debían estar abiertos al uso de cualquier patrono. No eran ludistas que consideraban la máquina como un enemigo; simplemente deseaban que ésta fuese incorporada a su propia modalidad de producción en pequeña escala, sin alterar la distribución de poder económico existente. Esta idea fue realmente puesta en práctica en algunas pequeñas comunidades en la parte septentrional de los bajos Alpes, por medio de la propiedad comunal de molinos hidráulicos, los cuales eran del tamaño requerido para enfurtir la tela y para moler la harina que necesitaba la comunidad local.

En cuanto a las actitudes concernientes al beneficio privado a través de la empresa, las opiniones que contaban eran las de los hombres que tenían acceso al crédito mercantil. Estas actitudes dependían de sus expectativas de beneficio, las cuales eran más elevadas en el comercio, y más seguras en la adquisición de tierras y de casas, de lo que podían ser a través de la expansión de una sola empresa indus-

trial o de las nuevas modalidades de manufacturación. Los primeros impresores hallaron grandes dificultades para encontrar quien les respaldase económicamente. Otro problema lo constituía la escasez de mecánicos hábiles; y otro, durante largos períodos de la Baja Edad Media, la vulnerabilidad de las inversiones en la construcción de molinos en el valle del Danubio, debida al elevado índice de destrucción determinado por las inundaciones que repetidamente destruían sus canales y cimientos. Una respuesta a este problema era, desde luego, el utilizar caballos para mover los molinos; este procedimiento hizo posible generalizar el uso de la energía mecánica, a pequeña escala, en cualquier localidad. Los cerveceros más prósperos de las ciudades tenían frecuentemente un molino en su patio para moler la malta. Reacciones constructivas de este tipo se hicieron más corrientes a fines del siglo xv a medida que la demanda ascendía con el aumento de población.

El gran logro económico de los siglos transcurridos a partir del año 1000 consistió, pues, en una ampliación de las perspectivas de la economía de mercado y de los incentivos para extender y utilizar los conocimientos prácticos productivos. Pero la organización disciplinada de una sociedad industrial iba más allá de lo que podía ser imaginado por cualquier obrero ciudadano o rural en 1500. La ociosidad y una modesta seguridad eran los valores que prevalecían. La industria era todavía la Cenicienta de la economía.

BIBLIOGRAFÍA

Notas bibliográficas sobre diversos libros y artículos de interés e importancia más recientes que los relacionados en *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. II, *Trade and Industry*, Cambridge University Press, 1952.

General

Harry A. Miskimin, *The Economy of Early Renaissance Europe, 1300-1460*, Prentice-Hall, 1969, proporciona una información

clave en diagramas y ofrece una explicación de las diferencias existentes entre la Europa septentrional y oriental e Italia en este período, en términos de desequilibrios en la provisión de moneda.

Estudios regionales y del papel desempeñado por determinadas ciudades

H. Van der Wee, *The Growth of the Antwerp Market and the European Economy*, La Haya, 1963, presenta la extremada sensibilidad de la industria, en el Brabante de fines de la Edad Media, a los factores monetarios. El libro de J. L. Charles, *La ville de Saint-Troud au moyen âge*, Lieja, 1965, constituye una aportación reciente a los principales estudios belgas acerca del papel de la industria en la historia de una ciudad en particular. Algunas de las mejores descripciones en inglés acerca de las inversiones en las industrias ciudadanas en Italia y acerca de su gestión, pueden ser halladas en la obra de Raymond de Roover, *The Rise and Decline of the Medici Bank, 1397-1464*, Harvard University Press, 1963; en la de David Herlihy, *Pisa in the Early Renaissance*, Yale University Press, 1958; en la de David Herlihy, Robert S. López y Vsevolod Slessarev, ed., *Economy, Society and Government in Early Medieval Italy*, Ensayos en memoria de Robert L. Reynolds, University of Wisconsin Press, 1969, y en la de Richard A. Goldthwaite, *Private Wealth in Renaissance Florence*, Princeton, 1968. La extensión del movimiento de la industria rural hacia las ciudades está bien descrita, y además de modo muy completo, en E. Fournial, *Les villes et l'économie d'échange en Forez, XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1967. Uno de los mejores relatos acerca de la industria en un distrito forestal inglés es el de Jean R. Birrell, "The Forest Economy of the Honour of Tutbury in the 14th and 15th centuries", *The University of Birmingham Historical Journal*, VIII (1962).

Nacional e Interregional

Un estudio bien equilibrado, breve y muy ceñido de los resultados del desarrollo en Inglaterra, es el de Edward Miller, "The English Economy in the Thirteenth Century", *Past and Present*, julio

1964. Sobre una primitiva experiencia en Polonia, véase Karol Modzelewski, "L'organisation ministériale en Pologne médiévale", *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations* (nov.-dic. 1964); y acerca de las relaciones entre el desarrollo en la Europa occidental y oriental, véase la obra de Herbert Ludat, *Vorstufen und Entstehung des Stadtwesens in Osteuropa*, Colonia, 1955.

Acerca de algunas industrias en particular.

Los mejores estudios sobre las industrias de la construcción y de la minería, junto con el estudio de E. M. Carus-Wilson acerca de la industria lanera en Flandes, Italia e Inglaterra, son los de la *Cambridge Economic History of Europe II, Trade and Industry*, 1952. Respecto a las industrias del tejido flamenca y francesa, véase también E. Perroy, *Le travail dans les régions du Nord; l'industrie drapière*, conferencia dada en la Sorbona, mimeografiada, 1961. Acerca de las industrias del cuero y el tejido en Cataluña, véase la obra de Ch. E. Dafourcq, "Prix et niveaux de vie dans les pays catalans et maghrébins à la fin du XIII^e siècle et au début du XIV^e siècle", *Le moyen Âge*, t. LXXI (1965). Respecto a la industria sedera italiana, véase Florence E. de Roover, "Andrea Banchi, Florentine Silk Manufacturer and Merchant in the 15th century", en *Studies in Medieval and Renaissance History*, ed. W. M. Bowsky, III, 1966. Rolf Sprandel resume más extensas investigaciones sobre la industria del hierro en "La production du fer au moyen âge", *Annales, Economies, Sociétés et Civilisations* (1969). El estudio de Germain Sicard, *Les moulins de Toulouse au moyen âge*, 1953, resulta definitivo en cuanto a la financiación y la gestión de la molinería en Toulouse. A. R. Bridbury, en *England and the Salt Trade in the Later Middle Ages*, Oxford, 1955, describe las técnicas y los problemas de la producción de la sal en Bretaña, Países Bajos, Lünebourg e Inglaterra. Elspeth M. Veale, en *The English Fur Trade in the Later Middle Ages*, Oxford, 1966, describe las técnicas y modalidades de la industria de la preparación de las pieles en Londres. J. T. Tinniswood, en "English Galleys, 1272-1307", *The Mariners Mirror*, vol. 35, 1949, describe los métodos de construcción de barcos y proporciona

una lista de las cuentas de costes supervivientes. Para algunos nuevos puntos de vista acerca de la comercialización de la industria textil rural inglesa, véase Edward Miller, "The English Cloth Industry in the Thirteenth Century", *Economic History Review*, XVIII (1965). Uno de los más interesantes, entre los numerosos libros dedicados al nacimiento de la impresión de libros, es el de L. Febvre y H. J. Martin, *L'apparition du Livre*, París, 1958.

Las condiciones de empleo y la influencia de los gremios

El mejor, con mucho, de los análisis existentes acerca de las condiciones de empleo, es el de Bronislaw Geremek, *Le salariat dans l'artisanat parisien du XIII^e au XV^e siècle*, París, 1968, traducido de la edición polaca original de 1962. Acerca de los gremios, véase el trabajo de Silvia L. Thrupp en la *Cambridge Economic History of Europe*, III, 1963, y en *The International Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, 1968, en cuanto a un estudio más breve. Para un estudio comparativo de las condiciones de trabajo medievales, con reproducciones de dibujos contemporáneos de hombres trabajando, véase la obra de Philippe Wolff, *Histoire générale du Travail. Le Moyen Âge*, París, s.f. Para un estudio acerca de las migraciones de trabajo, véase a Sylvia L. Thrupp, "Aliens in and around London in the Fifteenth Century" en *Studies in London History*, ed. A. E. J. Hollander y W. Kellaway, Londres, 1970.

Capítulo 7

COMERCIO Y FINANZAS EN LA EDAD MEDIA, 900-1500

por JACQUES BERNARD

RUTAS COMERCIALES Y MERCANCÍAS

En la Edad Media, sólo el comercio y la actividad financiera íntimamente ligada a aquél podían ofrecer a un hombre la posibilidad de enriquecerse y lograr una rápida promoción social. De este modo, el comercio introdujo cambios y movimientos en una economía y una sociedad que eran esencialmente rurales y que por ello estaban dominadas por la inercia.

Por otra parte, los lazos con el mundo exterior, que constituyen la esencia misma del comercio, eran en sí mismos poderosos contribuyentes al progreso. En la Europa occidental, ni el clima, ni el relieve, ni las largas distancias suponían grandes obstáculos para la circulación de las personas y las mercancías; al contrario, se veía favorecida por la variedad de recursos, por una densa red de vías de comunicación acuática y por la longitud de su accidentada línea costera.

No obstante, como todos los demás elementos interdependientes de la economía, el comercio y las finanzas a gran escala experimentaron en los diez siglos de la Edad Media aquellas grandes fluctuaciones que constituyen la esencia de la historia económica.

Tras el estancamiento de los siglos oscuros, caracterizado por el debilitamiento del comercio extranjero en la Europa occidental, el

período que se extiende aproximadamente desde el siglo xi hasta mediados del xiv fue, por contraste, una época de prosperidad en todos los frentes. La colonización de las llanuras de la Europa oriental y de las áreas costeras del Báltico, así como las Cruzadas en el Mediterráneo, empresas que eran un signo evidente de la vitalidad del Occidente cristiano, ampliaron considerablemente las perspectivas comerciales, que fueron estimuladas también por el aumento en la población y en la producción. El continuo aumento de los precios —que alcanzó a cerca del 30 por ciento entre 1150 y el comienzo del siglo xiv—, el aumento de los beneficios y la consiguiente acumulación de capital apoyaron y estimularon a todos los que se dedicaban al comercio. Los más notables entre éstos fueron los miembros de las grandes casas comerciales y bancarias italianas. Italia, por una parte, y Flandes, por la otra, estaban relacionadas estrechamente por medio de las ferias que se celebraban en la Champaña.

Hacia 1330-1340 esta tendencia sufrió un total trastrueque. La superpoblación resultante de la anterior prosperidad, las pérdidas en las cosechas, las pesadas medidas fiscales, las perturbaciones monetarias que la guerra, por aquel entonces endémica, imponía a los gobernantes, y finalmente la Peste Negra de 1348 a 1350, contribuyeron a una larga contracción de la economía, la cual se prolongó hasta finales del siglo xv. La ofensiva de los turcos y los descalabros de las Cruzadas marcaron el final de las grandes empresas cristianas, que a partir de entonces retrocedieron o se limitaron a los puntos de avanzada de las islas del Mediterráneo oriental y del Egeo. Pero, como compensación, los progresos realizados en el siglo precedente en las técnicas comerciales y financieras, y en la concentración de capital, se difundieron ampliamente. Esta organización más complicada debilitó las ferias de Champaña, que, además, sufrían ya entonces la competencia de la apertura de un enlace marítimo directo entre Italia y Brujas. Brujas se convirtió a partir de aquel momento en un centro comercial y financiero de primera importancia. La Hansa germánica, surgida de una necesidad de protección y seguridad ajena al verdadero espíritu de empresa, alcanzaba su cima entonces, mientras que en Inglaterra se comenzaba a tejer la lana que se producía, iniciando así su primera revolución industrial.

Al liberar al mundo “del espectro de la superpoblación y del

hambre",¹ las catástrofes demográficas y monetarias del siglo xiv preparaban el camino para un nuevo equilibrio. En la segunda mitad del siglo xv, Europa recuperó el vigor económico y la superabundancia de vida que antaño se habían manifestado en las Cruzadas y que ahora, en los grandes viajes de los descubrimientos, se proyectaban sobre el más amplio escenario de los océanos del mundo.

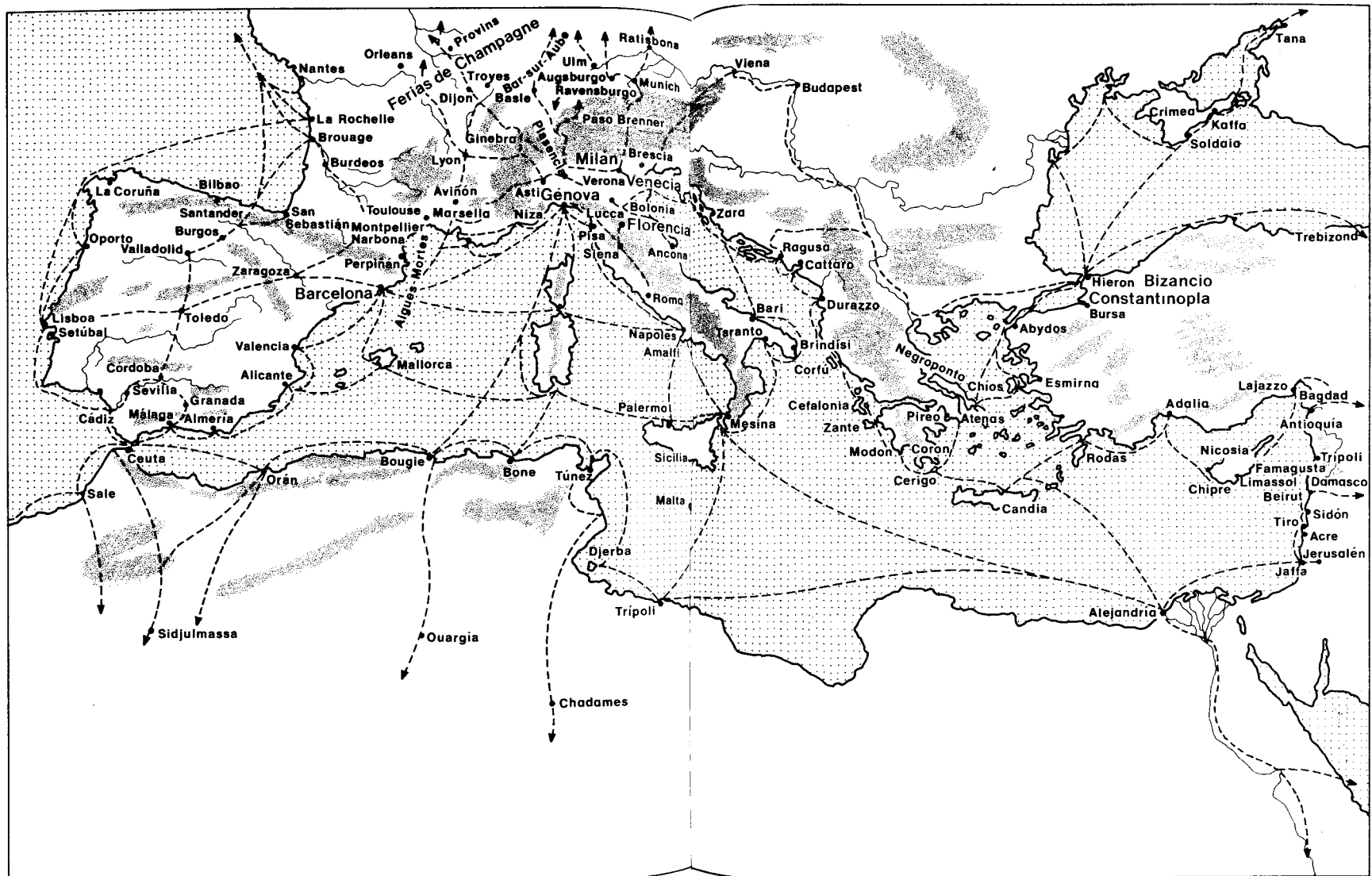
En la Edad Media el comercio en gran escala estuvo íntimamente asociado a dos áreas que al principio se desarrollaron de modo muy independiente, pero que pronto empezaron a fertilizarse mutuamente: el Mediterráneo, en el cual Italia mantenía una posición sin rival posible, y los estrechos mares del norte de Europa, dominados económicamente por los Países Bajos.

El Mediterráneo, escenario a la vez de todos los conflictos y de los incesantes intercambios entre Europa y Asia, fue ante todo el camino del comercio de las especias. Esta mágica palabra, cargada con todo el prestigio del "hechizo de Oriente", incluía de hecho todos los productos exóticos y algunos otros no tan exóticos. Su elevado valor, los enormes beneficios que ofrecían y la demanda universal que existía de ellos eran los mejores acicates para contrarrestar los riesgos de esta peligrosa y lejana empresa. Estos factores convirtieron a las especias en la mercadería internacional más altamente valorada y una de las que más contribuyeron al renacer del comercio internacional.

La mayor parte de estos tesoros provenía del más lejano Oriente, de India, Ceilán y Java ("la más grande y más rica isla del mundo", según Marco Polo), de las Molucas, la gran área de las especias para sazonar alimentos, y finalmente de China, cuyo puerto de Cantón era el centro distribuidor de la pimienta, la seda cruda, el jaspé y la porcelana.

Los árabes eran los intermediarios indispensables de este tráfico, puesto que controlaban tanto las rutas terrestres como las marítimas. En el océano Índico equipaban a veces enormes barcos de tres o cuatro mástiles, con doscientos o trescientos marineros y cincuenta o sesenta cabinas, que podían albergar a gran número de mercaderes.

1. E. Perroy, "Les crises du XIV^e siècle", *Annales E.S.C.* (1949).



El Mediterráneo, con las principales rutas comerciales.

Pero los navegantes árabes usaban también navíos menores, con aparejo latino o cuadrado según el tiempo, antecesores de los botavaras, "sabuks", "zarugs" y "baghlas" que todavía navegan por aquellos mares. Sus pilotos, buscando su rumbo por medio de las estrellas, los condujeron, con la ayuda de los monzones, hasta el golfo Pérsico o el mar Rojo. Al llegar a la parte superior del mar Rojo, y corriendo el riesgo de ser dispersados por los poderosos vientos del Norte que prevalecen en esta región, la preciosa carga alcanzaba finalmente el puerto de Alejandría, donde era trasladada a las galeras cristianas.

Entretanto, hombres infatigables conducían caravanas de bestias de carga y camellos a lo largo de las rutas transcontinentales, extensión de las rutas marítimas del golfo Pérsico, o cruzaban las estepas del Asia central, Turquestán y la meseta del Irán. Estas rutas acababan en Bagdad, desde donde se dirigían a las *scali* de Levante (Jaffa, Acre, Beirut, Trípoli y Antioquía) o, a través de Anatolia, a Bizancio.

La sustitución de los califas árabes por los turcos y la pérdida de Siria y Palestina por los cristianos hicieron más difíciles tales comunicaciones. Pero durante un siglo —desde cerca de 1250 hasta cerca de 1350— la "paz mongola" abrió nuevas rutas, a través de Asia, al comercio europeo y permitió a éste zafarse de las trapacerías, tasas y tributos monetarios y comerciales que se debían pagar a los "intermediarios árabes"² que controlaban las salidas de Egipto y Siria. Esta ruta mongola comenzaba en Tana, en el norte del mar de Azov, penetraba a través del Turquestán hasta el corazón de los desiertos y estepas del Asia central y acababa en Quinsai y Khambalik (Pekín), la capital del Gran Khan. Las principales estaciones de este viaje eran Sarai y Astrakán, Ourgendj, Otrar y Almaligh. Una ruta más meridional era la que utilizó Marco Polo, que comenzaba en Trebisonda, o Lazzaio, en el golfo de Alejandría, siguiendo por Tabriz y Astrabad, con posibles variantes hacia Ormuz y el golfo Pérsico, y alcanzaba Bokhara, Samarcanda, Kokand y el paso de Kashgar.

Al lento ritmo de los caballos, asnos, camellos y bueyes, y de los grandes carros que transportaban de 6 a 30 cántaros genoveses (cada uno de los cuales pesaba cerca de 47 kg), el *viaggio del Gattaio*

2. J. Heers, *L'Occident aux XIV^e et XV^e siècles*, 1963, p. 142.

exigía por lo menos un año. Pero este viaje estaba jalonado por una serie de estaciones, puestos de parada importantes y grandes mercados internacionales donde la moneda italiana era de curso legal y donde los pesos y medidas italianos eran admitidos. Las aventuras de Marco Polo, que más tarde inspirarían a Cristóbal Colón la idea de alcanzar el imperio del Gran Khan por el Oeste, fueron consideradas con incredulidad por muchos de sus contemporáneos (1271-1295), pero el manual de Pegolotti, realizado indudablemente entre 1310 y 1340, ya presenta la codificación de una práctica y una experiencia carentes de todo misterio.

El mar de Azov y el mar Negro, rodeados por colonias venecianas y genovesas, constituían no sólo el punto de partida y de término para el tráfico asiático, sino que, además, recibían los productos que procedían de los grandes ríos que descendían hasta allí desde las profundidades de Ucrania, Rusia y los países del Danubio: esclavos, pieles, cereales, madera y metales preciosos, mercaderías que pasaban a unirse a las que eran llevadas por el Bósforo, especialmente las sedas y especias procedentes de la India y del Catay.

La ofensiva de los turcos otomanos y la ruina de la hegemonía mongola destruyeron esta buena organización durante el siglo xv y provocaron el regreso de numerosos barcos italianos a los puertos de Siria y Egipto, a Beirut y Alejandría. Los europeos se vieron obligados por tal motivo a buscar otro medio de obviar el obstáculo que representaban los musulmanes; habiendo conseguido esquivarlos por el Norte gracias a la ruta mongola, que corría a través de toda la amplitud del continente, intentaron ahora descubrir una ruta meridional a través del mar.

Las dificultades que se produjeron a lo largo del siglo xv fueron asimismo la causa que impulsó a los cristianos a producir por sí mismos —en Chipre, Sicilia, Calabria, Valencia, Andalucía y los archipiélagos del Atlántico— una parte de lo que antes compraban en Alejandría y los puertos de Levante: seda, azúcar, cochinilla y cera. El descubrimiento de alumbre en Tolfa, en los Estados papales, en 1462, fue descrito como “nuestra más brillante victoria contra los turcos”, quienes poseían las minas de Focea, puesto que gracias a ellas la industria textil se liberó de una pesada servidumbre.

Pero estas medidas de emancipación llegaron demasiado tarde,

debido a que prácticamente a lo largo de todo el período estudiado fue necesario que el flujo de bienes procedentes del Este fuese compensado con las exportaciones del Oeste. Los productos agrícolas del frente cristiano del Mediterráneo —grano, aceite, frutos, vino, sal y también textiles, madera, hierro y armas, y más tarde papel— fueron objeto de un activo comercio costero, y aún hubo excedentes para la exportación. Este comercio carecía de importancia si se comparaba con la industria textil de Cataluña, Languedoc, Lombardía y, sobre todo, Florencia, pero el desarrollo de esta última estuvo muy relacionado con el progreso económico de los países nórdicos, los cuales contribuyeron decisivamente a restaurar la balanza de pagos de Europa.

Los países mediterráneos no producían solamente especias, y el noroeste de Europa no estaba enteramente dedicado a la producción de materiales en bruto; no obstante, es posible decir, de modo muy general, que, en contraste con el Sur, el Norte producía más bien productos necesarios para vivir que productos de lujo. En el Norte, bajo un cielo ventoso y lluvioso en el cual el sol brillaba sólo ocasionalmente, había una tierra dura, llanuras cubiertas de prados, minas, bosques y mares poco profundos rebosantes de vida, y todo ello producía incansablemente enormes cantidades de materias primas de las que los países mediterráneos, en general, estaban totalmente desprovistos. El primero de estos productos, de los que existía vital necesidad en cantidades masivas y a bajos precios, era el grano, cereal al que se suele designar como “trigo”. El cereal crecía durante la época cálida de los veranos continentales, a lo largo de las grandes llanuras aluviales que se extendían desde Ucrania hasta la cuenca de París. Francia, el país “del pan, el vino y la alegría”, era uno de los graneros de Europa, y en ciertos años también Inglaterra proporcionaba cierta cantidad de cereal para la exportación. Los cereales de Picardía pasaban a través de Le Crotoy (un lugar muy pobre para ser el puerto de una región tan fértil), los de la Île de France pasaban por Ruán, y los del Loira y Aquitania a través de Nantes y Burdeos. Estos cereales iban a lugares tales como España y Flandes, donde escaseaban tales productos, bien a casusa de las condiciones naturales de aquellos países, bien a causa de la excesiva concentración urbana. A

estos países, en los cuales el asentamiento humano se remontaba a la prehistoria y en los que el suelo había sido constantemente removido por la azada o por el arado desde el Neolítico, la colonización germánica de las tierras del este del Elba vino a añadir un vasto y nuevo patrimonio, cuya producción de cereales fue uno de los ingredientes básicos del comercio del Báltico.

En el ámbito de la nutrición humana, el del debate entre “don Carnaval y doña Cuaresma”, el mar no fue menos importante que la tierra arable o de pastos. Tanto los ricos como los pobres consumían enormes cantidades de pescado, salado y dispuesto en barriles, ahumado o desecado, y ello tanto por necesidad como por convicción religiosa. Los arenques eran pescados desde la primavera al invierno en las frías aguas del Báltico, el Sund, el mar del Norte y las zonas orientales del Canal; la merluza y el congrio provenían de los secaderos de Cornualles, las islas del Canal y Bretaña. Se trataba de un envío tan frecuente, que la “carga” de pescado (de cerca de dos toneladas de peso) era la medida del tonelaje de un barco en los puertos septentrionales.

En el Atlántico existía además otra medida tipo: el barril de vino, que se convirtió en el tonelaje náutico y, por ello, en el símbolo y vehículo de otro importante tráfico. Los vinos de Borgoña y del Rhin descendían por los largos ríos hasta el mar, rivalizando con los del sudoeste de Francia, que los hombres de La Rochelle o los mercaderes de Burdeos, de La Rouselle cambiaban gustosamente por pescado o tejidos. Todo esto dio un decisivo estímulo al tráfico marítimo, según atestigua el costumario marítimo conocido como *Les Rôles d'Oléron*. El vino de Aunis, cargado en La Rochelle, tenía un buen mercado en Flandes y los países hanseáticos. El vino gascón, en virtud de la unión política existente entre Inglaterra y Gascuña, hallaba su mejor mercado en Inglaterra. Desde la región de Burdeos y el *Haut Pays*, la vendimia anual y el “rake” (en otoño e invierno) podían ser transportados fácilmente por los ríos Gironda y Garona o por mar. En los años de mejores cosechas, en los comienzos del siglo xiv, se embarcaban de 80 a 100 mil toneladas de vino anuales. Resinas, miel, plumas y glasto, y el “bois brussin”, con el que se hacían los peines para la industria textil, proporcionaban cargas suplementarias a los barcos que realizaban el comercio de vinos.

Los puertos por los que se embarcaba el vino no se hallaban muy alejados de las salinas costeras, que el soleado clima permitía se extendieran hasta zonas tan septentrionales como las marismas de Guérande, ni de los fondeaderos donde se cargaba la sal de la "Bahía". La "Bahía" era el nombre genérico que se daba al golfo de Vizcaya en su conjunto, pero más concretamente se aplicaba a la bahía de Bourgneuf, entre la isla de Noirmoutier y la costa meridional del Poitou, y a la bahía de Brouage, al otro lado de la boca del río Charente, que quedaba protegida por la isla de Oléron. Tan asiduos como los cargueros de vino, los buques cargueros de sal visitaban esta zona año tras año, principalmente procedentes de Inglaterra y los países hanseáticos.

Los productos agrícolas y otros alimentos formaban la base del comercio con el norte y el noroeste de Europa, desde el golfo de Vizcaya hasta el Báltico, y estaban circunscritos prácticamente a esta región. La producción minera e industrial de Inglaterra y de la Europa central seguía siendo de cortos vuelos. Ni una ni otra bastaban para establecer vínculos entre aquellas vastas regiones y las del Mediterráneo y desde allí con el comercio mundial, cosa que, en cambio, sí pudo lograr la lana, especialmente los tejidos ingleses.

Éstos eran los únicos productos que gozaban de demanda universal y podían ser vendidos en los más distantes mercados.³ La región manufacturera más importante era Flandes, lo cual incluía el Artois (Arras, St. Omer), el sur de Flandes (Douai, Lille y Tournai) y las grandes ciudades productoras de tejidos del Norte (Ypres, Gante y Brujas). En toda esta zona la actividad industrial estaba íntimamente relacionada con una antigua tradición, con una elevada densidad de población, una agricultura intensiva y el vigor general del comercio. En el siglo xiv, la industria textil fue nuevamente ampliada, cuando el Brabante (Bruselas, Lovaina y Malinas) alcanzó un gran desarrollo, con lo que la industria textil flamenca comenzó a encontrarse en serias dificultades.

El comercio textil de Flandes y Brabante tenía establecida una alianza económica con Inglaterra que tuvo considerables repercusiones políticas, puesto que de Inglaterra procedía la materia prima, la

3. Renouard, 1968.

lana, el más antiguo producto inglés de exportación y el que proporcionaba, en derechos de aduana, la parte más sustancial de los recursos financieros de la corona. A comienzos del siglo xiv, la organización del "Staple" y la privilegiada compañía de los comerciantes laneros habían conseguido obtener el control de este comercio para Inglaterra. Verdaderas flotas, bien organizadas, recogían la lana de Hull, Boston, Ipswich y Londres para una única salida continental del "Staple", que se trasladó de Amberes a Brujas y a St. Omer, para establecerse definitivamente en Calais en 1390.

A partir del siglo xiv, la gran industria textil flamenca comenzó a declinar a causa de una combinación de problemas domésticos y de la competencia inglesa. Inglaterra había iniciado su "primera revolución industrial",⁴ en el siglo xiii, gracias a un gran incremento en el número de batanes. A mediados del siglo xv, sus exportaciones de telas habían aumentado prodigiosamente y sobrepasaban incluso a las de lana: 54 mil piezas de tela (el equivalente a 12.500 sacos de lana), contra 8.000 sacos de lana. Los osados mercaderes aventureros que exportaban tejidos a los Países Bajos y a otras zonas fueron eclipsando lentamente a los laneros de Calais, que continuaron realizando su seguro comercio de la lana. Desde el Báltico hasta España, e incluso en el Mediterráneo, las piezas de tela fueron el producto de embarque típico de los barcos ingleses y garantía siempre de un amplio beneficio.

Las lujosas telas de Flandes —"tela flamenca y tela excelente fueron términos equivalentes durante largo tiempo"⁵—, reemplazadas más tarde por las de Brabante e Inglaterra, constituyeron la contrapartida del comercio de las especias y otros productos de lujo, para formar parte de la base de la gran red de intercambios establecida entre los dos polos del comercio europeo: Italia y Flandes.

Mercaderes del Artois y de Flandes cruzaron los Alpes para penetrar en Italia transportando las telas procedentes del norte de Europa; éstas aparecieron en Génova, Marsella y Montpellier a fines del siglo xii, en Milán, Piacenza, Bolonia y Florencia a princi-

4. E. Carus-Wilson, 1967.

5. H. Pirenne, *Histoire économique de l'Occident médiéval*, Brujas, 1951, p. 621.

pios del siglo siguiente, y se las halla registradas en Venecia en 1265. Estas telas eran vendidas asimismo en París, en el Poitou y en Guienne, así como en España.

Comerciendo en dirección contraria, los mercaderes lombardos —de Novara, Vercelli y, sobre todo, Asti— se habían acostumbrado desde hacía ya largo tiempo a viajar hacia el Norte. Se los encuentra en París en 1034, y en las ferias de Ypres aparecen ya en 1127. A fines del siglo XII, los genoveses también viajaban hacia el Norte.

A los flamencos e italianos, algunos de ellos cambistas de dinero y otros comerciantes en telas y especias, les pareció pronto oportuno hacer un alto en su camino y concurrir a las ferias de Champaña, Troyes, Lagny y Bar-sur-Aube, las cuales tenían una duración, entre todas, de casi un año. Se trataba de ciudades de excelente emplazamiento sobre las rutas que conducían, o bien por mar y remontando el valle del Ródano, vía St. Gilles, o a través de los pasos alpinos de Mont-Cenis, St. Bernard o Mont Genève, y luego remontando los valles de los ríos Saôna y Sena, a través de las aduanas de Bapaume, hasta las ciudades y ferias del Artois y Flandes.

El rápido declive de las ferias de Champaña estuvo determinado parcialmente por la política de los reyes de Francia, pero mucho más por las avanzadas técnicas comerciales que los italianos establecían en Flandes e Inglaterra.

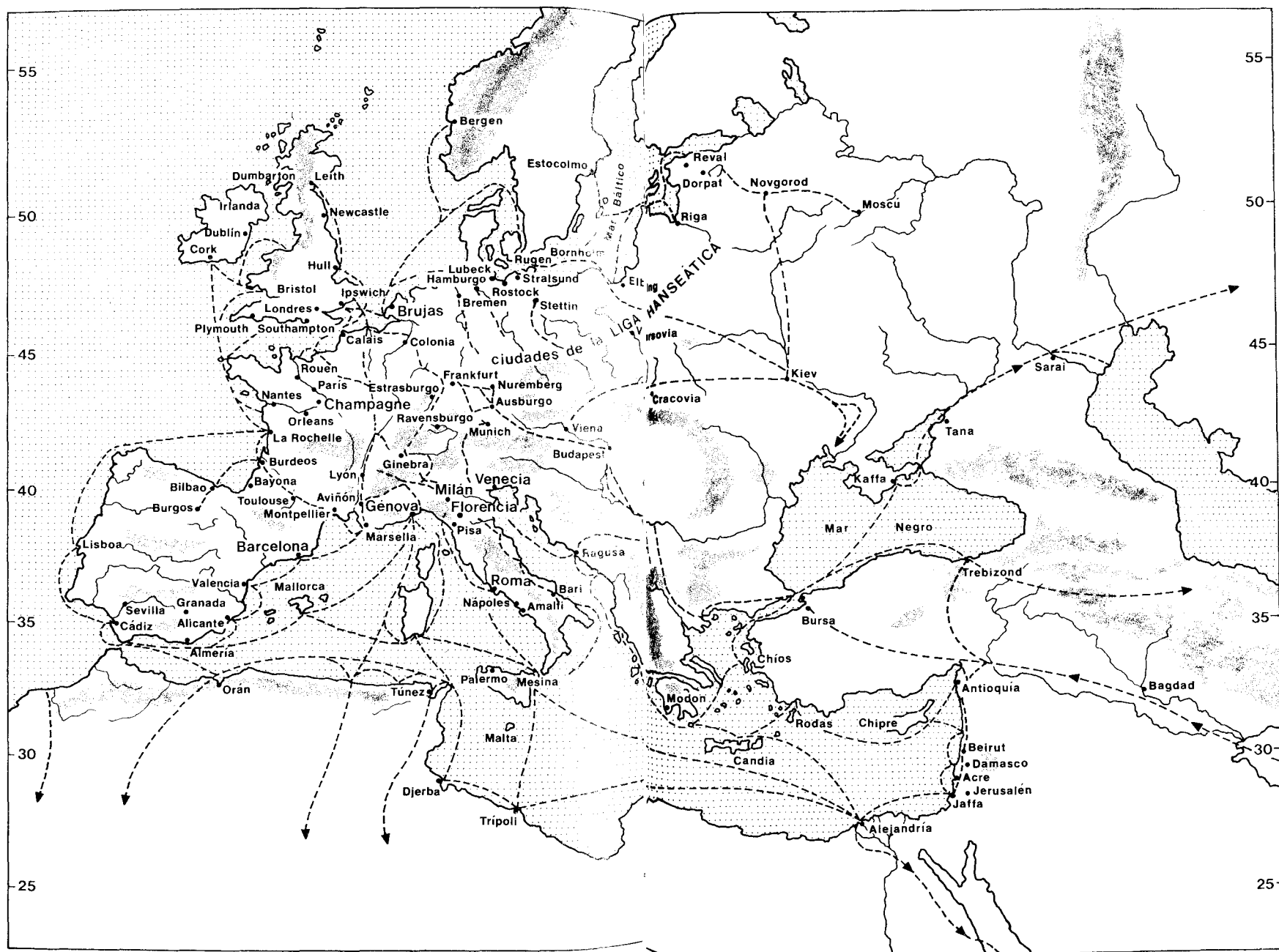
También las rutas terrestres, de las que dependían las ferias, perdieron una buena parte de su tráfico, que fue superado por el marítimo. Se puede decir que fue una galera genovesa la que inauguró la ruta marítima directa entre el Mediterráneo y Flandes, en 1277. Pronto fue seguida por las naves de los venecianos (hacia 1317 como fecha más tardía), los florentinos y los catalanes. En los siglos XIV y XV, las galeras italianas, las carracas, llegaban cada año a los puertos exteriores de Brujas, Amberes, Sandwich y Southampton, tras un largo viaje que duraba varios meses y en el cual se tocaban muy pocos puertos (tal vez entre cinco y quince). Transportaban no sólo cargas de especias, aromáticos y frutos, sino también fibras textiles y alumbre, y su carga normal de retorno era lana inglesa.

Estos lazos marítimos regulares rivalizaban con las grandes rutas terrestres a través del continente, pero no las destruían. El transporte

terrestre generalmente era más caro, pero también más rápido, y por lo tanto era preferido por aquellos mercaderes que no gustaban de los largos y peligrosos viajes por mar. Las ferias de Lyon y Ginebra, que reemplazaron a las de Champaña, estaban situadas en rutas distintas y desempeñaban asimismo una función diferente. Al este de la ruta romana hacia Francia (la *Strata Francigena*), los genoveses y, sobre todo, los alemanes y venecianos usaban normalmente para cruzar los Alpes los pasos de St. Gothard, Septimer y Brenner, que unían las llanuras de Padua y Venecia con el mundo de "Oltralpe", especialmente el sur de Alemania —Nuremberg, Augsburgo, Munich, Ratisbona y Ravensburg—, donde el comercio, la actividad bancaria, la minería y la industria textil y metalúrgica crearon una intensa vida económica en el siglo xv.

Los tejidos que procedían del Norte y estaban vinculados por esta ruta con los mercados del Mediterráneo daban vida a la industria italiana, especialmente la de Florencia; esto tenía dos aspectos: en primer lugar, estaba el acabado de las telas, el "arte de Calimala", cuya banda roja garantizaba al producto un prestigio por lo menos igual al de la tela flamenca sellada y orillada; en segundo lugar, estaba la manufactura de la tela, "el arte de la lana", que recibía la materia prima de España, norte de África y, sobre todo, Inglaterra, puesto que los italianos desde principios del siglo xiv dominaron el comercio de la lana inglesa. La experiencia italiana fue utilizada para trabajar la lana de más calidad del Occidente con los tintes de más calidad del Oriente; esto proporcionó una síntesis de los mejores elementos de la economía internacional. El prestigio de las telas florentinas, sin embargo, no debe hacernos olvidar las demás áreas productoras de tejidos, como Lombardía, Languedoc y Cataluña, o el desarrollo, en los siglos xiv y xv, de la industria sedera italiana, cuyos productos llegaron a rivalizar con las sedas de Oriente, incluso en los mercados de Levante.

La industria textil del Norte y del Sur fue el estímulo decisivo que la Europa occidental debía a la actividad de su extensivo y vigoroso mercado interior, para proporcionar productos para la exportación, lo que contribuyó poderosamente a restablecer la balanza de su comercio con el mundo musulmán. Al principio el déficit era consi-



Europa, con las principales rutas comerciales.

derable, puesto que los árabes —por no hablar de sus grandes reservas de metal— controlaban directamente no sólo las áreas que producían los más valiosos artículos, sino también la producción de oro de las ricas áreas de Asia, los Urales, Etiopía, Nubia y el Sudán, que era transportada, mediante caravanas, a través del desierto hasta el norte de África. No obstante, el equilibrio fue siendo restablecido lentamente a partir del siglo ix. Se robaban esclavos, que eran exportados desde zonas todavía paganas, y había también un tráfico deshonesto que fortalecía el potencial de lucha del infiel: madera para la construcción de barcos, estaño, hierro, armas y cereales. Más tarde, a partir del siglo xiii, las telas de Flandes (vendidas en zonas tan septentrionales como Novgorod) e Italia aparecieron en todos los mercados, en la Rumania, en Oriente y en el norte de África, hasta el Sahara. A esto deben añadirse las “exportaciones invisibles”, tales como el transporte marítimo, cuyos fletes enriquecían a los propietarios de barcos cristianos que eran dueños del Mediterráneo. Esta inversión de sentido en la balanza comercial puede ser claramente observada en las operaciones de los hermanos Manduel de Marsella, de 1230 en adelante.

En el terreno monetario, esta situación viene expresada por el hecho de que en el siglo xiii los países occidentales comenzaron a acuñar de nuevo monedas de oro. Desde la época de Carlomagno estos países habían acuñado únicamente monedas de plata, puesto que el comercio era muy limitado y la producción de oro insignificante. En realidad, a partir del siglo x, con el nuevo incremento de las exportaciones, el oro circuló ya con mayor abundancia, en la forma de bezantes bizantinos (hiperperes) o dinares árabes (mangones, marabotines), o imitaciones occidentales de tales monedas. El nuevo derrotero tomado por el comercio llevó el oro musulmán a los grandes circuitos del comercio europeo y a la vez lo devolvió a sus países de origen —bien directamente, bien vía Bizancio, que era acreedora de Occidente y deudora de Oriente—. Un nuevo hito fue alcanzado en el siglo xiii: Génova acuñó el “genovino” y Florencia sus primeros florines de oro (*fiorini d'auro*), que llevaba un dibujo emblemático de lirios. Su ejemplo fue seguido por Perugia, Lucca y Venecia (en 1284) y por otros países de Europa, que consiguieron así la autonomía financiera, pero todavía no existía la abundancia de moneda que

resulta indispensable para un comercio en rápida expansión. En los dos últimos siglos de la Edad Media, por muy rápida que fuese la circulación monetaria, Europa experimentó una gran carestía de dinero. Un vacilante bimetalismo vino a empeorar todavía más la situación, puesto que no podía adaptarse a las fluctuaciones del valor real de ambos materiales; y éstos, a su vez, estaban vinculados a las variaciones en la producción y a los cambios, realizados a menudo a muy largas distancias. Solamente a fines del siglo xv se produjeron progresos técnicos significativos que incrementaron la producción de la plata de las minas de la Europa central, justamente en el momento en que la gran necesidad de oro —*auri sacra fames*— se había convertido en uno de los más poderosos factores impulsores de los grandes viajes de descubrimiento.

LOS GRANDES CENTROS COMERCIALES Y FINANCIEROS

Un comercio tan complicado estaba basado necesariamente en un entero complejo de ciudades, pero hubo sólo unas pocas ciudades privilegiadas que se convirtieron en centros escogidos del comercio mundial.

Bizancio. Fue la ciudad de las ciudades, la segunda Roma. A comienzos del siglo xiii todavía continuaba las tradiciones del antiguo mundo con verdadero prestigio y ejercía un poderoso dominio sobre las imaginaciones occidentales. La magnificencia del lugar era lo primero que causaba asombro a todas las gentes —“ninguno era tan osado que no temblase ante ella” (Villehardouin)—. La ciudad parecía inexpugnable, situada sobre un istmo, protegida por tierra por una formidable muralla y por el este por las defensas marinas naturales del Bósforo y el Cuerno de Oro. Este último, protegido por un acantilado y fortificado con torreones, formaba un inmenso puerto natural en el cual los más grandes navíos podían penetrar hasta casi alcanzar los muros de la ciudad. La situación general no era menos impresionante. Constantinopla se halla en la unión misma de Europa y Asia, nombres mitológicos que fueron al principio aplicados a las dos estrechas franjas costeras que se hallan a cada lado del Helesponto y que más tarde se aplicarían a los dos continentes.

La administración imperial cobraba diezmos en las dos aduanas de Hieron y Abydos sobre todo el comercio que provenía del Egeo y del mar Negro. El alcance y la variedad de este comercio dio a la ciudad, por encima de sus florecientes bazares, un sabor cosmopolita sin paralelo en Europa. Ya en 1180 había en Bizancio una colonia italiana que contaba con unos 60 mil individuos, y en el siglo xiv el suburbio de Pera era en realidad una ciudad genovesa.

Siendo un importante centro comercial, Constantinopla constituía asimismo un centro industrial de primer rango. Sus gremios y el gobernador de la ciudad subordinaban su industria a la autoridad del Estado. Éste tendía a mantener precios altos mediante el mantenimiento de una baja producción, puesto que la industria bizantina producía sobre todo artículos de lujo: sedas, armas, orfebrería, esmaltes, marfiles, aunque también productos algo menos valiosos, como el algodón o el lino. Esta industria de exportación sirvió durante largo tiempo para mantener el equilibrio económico de la ciudad, que, sin embargo, con el transcurso del tiempo, se fue haciendo más y más débil. Bizancio se vio obligada a invertir dinero para sus importaciones de productos orientales, especialmente materias primas para sus talleres, y recibía del Oeste, que compraba sus productos de lujo, sólo una parte del dinero que este último obtenía de los productos que empezaba a exportar al mundo musulmán. De esta forma la moneda bizantina de oro, la *nomisma* (más tarde denominada hiperpere o bezante), siguió siendo hasta el siglo xi una moneda internacional verdaderamente fuerte, aunque posteriormente se fue debilitando.

La Rumania era ya sólo una vacilante estructura del intelecto griego y su base territorial se veía erosionada lentamente por los árabes, primero, y luego por las conquistas turcas. Más tarde, el imperio de Oriente sufrió nuevas usurpaciones por parte de los italianos. El germen de esta situación puede entreverse ya en los privilegios obtenidos por los venecianos a fines del siglo x; y después de la cuarta Cruzada, en 1204, la historia del comercio bizantino se entremezcla con la expansión marítima y comercial de las grandes ciudades italianas.

Italia. La “maestría italiana” (Renaudet) precede con mucho al Renacimiento. En todos los ámbitos, pero especialmente en el eco-

nómico, Italia se hallaba a la cabeza de Europa. Este dominio provenía en parte de la persistencia de las técnicas, incluso de aquellas que habían alcanzado amplia difusión, y de las superiores formas de organización de tradición clásica, tanto romana como bizantina. En gran parte, ello era debido también a la excepcional situación geográfica de la península. Pero todas estas ventajas no hubiesen tenido importancia alguna a no ser por los esfuerzos individuales. Comerciando y luchando con los árabes a lo largo de una disputada frontera marítima, la necesidad de defenderse y la esperanza de obtener botín impulsaron su osadía y su iniciativa. La abundante población de una tierra fragmentada, montañosa y a menudo árida, no encontraba ni dentro ni fuera del país ningún gran espacio para colonizar, en comparación con los que estaban al alcance de los pueblos del oeste y del norte de Europa; así pues, "el comercio era la frontera de los italianos".⁶

La revolución económica, cuyo modelo surgió en el siglo xi, estuvo íntimamente relacionada con el nacimiento de las comunas y con la economía de las ciudades, y éstas surgieron a su vez de una evolución agraria, agrícola y demográfica que creó capital y servicios. Entre 1100 y 1250, gran número de ciudades italianas pasaron de 5.000 o 6.000 habitantes a 30 y 40 mil. La ciudad perdió su carácter de señorío rural colectivo, en cierto modo autosuficiente, y los mercaderes acabaron por obtener su control político; de modo que la ciudad encontró una nueva razón de ser en el mundo exterior, en el comercio, las finanzas y la industria.

La colonización italiana. En el siglo x se produjo la aparición de la primera generación de ciudades mercantiles: las ciudades del sur de Italia, especialmente Bari y Amalfi, que mantenían contactos con Bizancio, Levante, Egipto, España y Berbería. Pero la conquista normanda acabó con la prosperidad de los puertos de la Apulia y la Campania; en cambio, las Cruzadas ofrecieron inmensas posibilidades de expansión a las grandes ciudades marítimas de la Italia septentrional: Venecia, Pisa y Génova. A fines del siglo xi, éstas poseían ya el suficiente capital en hombres, dinero y barcos para sostener las grandes empresas de la aristocracia occidental.

6. R. S. López, en *The Cambridge Economic History*, 11, p. 304.

Las conquistas, y más tarde las concesiones, hechas por los príncipes cristianos de Oriente, combinadas con la fácil tolerancia de los potentados musulmanes de Egipto y Berbería, permitieron el establecimiento de numerosas colonias italianas. Tales colonias fueron fundadas en Jerusalén, Jaffa, Cesárea, Acre, Laodicea, Arzuf, Gibelet, Beirut, Trípoli, Antioquía, Alejandría y a lo largo de toda la costa del norte de África, desde Ceuta a Gabes. Su poder oscilaba entre la plena soberanía y una simple tolerancia. La cuarta Cruzada, de 1204, y más tarde la restauración de los Paleologi, en 1261, abrieron las regiones costeras y las islas del imperio griego a los venecianos y genoveses y les permitieron el acceso al mar Negro; Kaffa, Tana y Trebisonda se convirtieron en los primeros puntos de parada en las rutas continentales a través de Asia.

La colonización italiana, que flanqueaba el mundo islámico con una línea costera latina, como la de los fenicios y los griegos de la antigüedad, se reducía a una línea discontinua de centros marítimos y comerciales, a menudo yuxtapuestos, o incorporados, a ciudades florecientes de larga tradición histórica. En ciertas regiones del imperio griego, especialmente en Creta, los venecianos gobernaban toda la zona; pero, en la mayor parte de las colonias italianas de Levante y África, éstas se establecían sobre bases muy distintas. En cualquier lugar que les fuese confiado —unas cuantas casas, una calle, un almacén, una zona del puerto o simplemente un edificio (*funduk*, *fondaco*)—, los marinos, mercaderes y residentes permanentes podían dedicarse libremente a sus negocios. Estaban bajo la autoridad de sus propios “bailiffs”, “viscounts” o “cónsules”, gozaban de importantes privilegios judiciales, fiscales y aduaneros, y podían mantener libremente sus cultos. En una palabra, eran ciudadanos libres y mercaderes privilegiados que actuaban de igual modo que lo hacían en sus propias ciudades de origen.

Estas intrépidas colonias, que convivían con un mundo hostil que presionaba sobre ellas por todos lados, sólo podían sobrevivir y prosperar mediante el mantenimiento de estrechos vínculos marítimos con su “metrópoli” o “ciudad madre”. Los peligros de los viajes marítimos, tanto como la rivalidad entre las ciudades cristianas y la piratería musulmana, determinaron que la navegación se convirtiese en una actividad colectiva e impuso la creación de un sistema de

flotillas y convoyes. Desde la primera Cruzada, los navíos italianos lograron reunir cuantiosos efectivos y navegar sin impedimento alguno; fueron dueños del Mediterráneo hasta el siglo xv, y, en beneficio del infiel, su convoy *Trafego* garantizaba los contactos entre el norte de África y los puertos de Egipto y Siria.

Venecia y Génova. Tras la victoria naval genovesa de La Meloria en 1284, comenzó la decadencia de Pisa, que fue completada por su anexión a Florencia en 1406. Esto dejó el campo libre a Venecia y Génova, cuya rivalidad —que culminó en las guerras de Chioggia, 1376-1381— fue una de las características de toda la Edad Media.

Las dos ciudades eran enormemente grandes para la época; hacia 1330, Génova tenía cerca de 100 mil habitantes, y Venecia todavía más. Su prosperidad se fundaba en el comercio internacional en gran escala, su principal actividad; pero cada una de ellas mantenía una poderosa originalidad. Existía ya un gran contraste entre sus emplazamientos, porque pocos sitios hay más diferentes que las húmedas islas del archipiélago del Rialto y el profundo puerto y las escarpadas montañas de la ciudad ligure. El dominio de Génova sobre el mar Tirreno, donde el infiel operaba y donde también se hallaba su rival Pisa, nunca fue tan completo como el de Venecia sobre el Adriático. Por su situación, por tradición y a causa de su expansión naval, Venecia fue mucho más “bizantina” y levantina que Génova. La cuarta Cruzada proporcionó a Venecia un reconocido poder sobre el Imperio de Oriente, pero esto fue la culminación de un esfuerzo a largo plazo, que ya había sido iniciado por los privilegios obtenidos en 992. En los puertos de Siria, y especialmente en Alejandría, Génova se hallaba menos enraizada que su rival, la cual estaba firmemente asentada sobre las grandes rutas de Asia. Los venecianos fueron los grandes comerciantes especieros de Europa. Por otra parte, el mar Negro se convirtió en un lago genovés tras la restauración del imperio griego en 1261. Desde las casas de cambio de la Gothia y a lo largo de la “ruta mongola”, los pesos y medidas genoveses eran de uso corriente. Tras la gran retirada del siglo xv, los genoveses mantenían en Brusa, en la Anatolia turca, una posición similar a la de los venecianos en Alejandría. El suburbio genovés de Pera, en Constantinopla, y sobre todo la isla de Quíos se convirtie-

ron en "los centros de un inmenso comercio distributivo".⁷ Éste se basaba no sólo en las especias, cereales, vino, esclavos y madera, sino sobre todo en la seda, el algodón y el alumbre, que eran llevados desde allí, a veces directamente, hasta Flandes e Inglaterra.

Génova, menos "oriental" que Venecia, aventajaba a su rival en la cuenca occidental del Mediterráneo, donde dominaba a Córcega y Cerdeña, y mantenía bases en toda la costa de Berbería; su orientación y sus asentamientos impulsaban a los genoveses hacia el Atlántico. En 1277 establecieron los primeros vínculos marítimos directos con Flandes e Inglaterra; su espíritu de aventura también los llevó hacia el Sur, en busca del oro del Sudán, puesto que sus exploradores, que se habían aventurado hasta Sidjulmassa y Touat, habían visto transportar el codiciado metal a través del Sahara. En 1290, los Vivaldi desaparecieron en el "mar tenebroso", más allá de Marruecos, pero en el siglo xv Lanzarotto Malocello redescubrió una de las islas Canarias; más tarde, los genoveses, que estaban establecidos en gran número en Sevilla, Sanlúcar, Cádiz y Lisboa, se vieron asociados a las nuevas empresas de la península Ibérica; la carrera de Colón en Lusitania y Andalucía es una mera reproducción, más dramática, de la de muchos de sus compatriotas.

También dentro de Europa, Venecia y Génova estaban bien diferenciadas: los mercaderes de ambas ciudades frecuentaban las ferias de Champaña y luego fundaron en Brujas idénticas y adyacentes logias. Pero la ciudad del Rialto poseía vínculos carentes de obstáculos con un vasto y próspero *hinterland* en las llanuras de Lombardía, mientras que Génova carecía de ellos. De este modo Venecia tenía fáciles contactos con los centros comerciales, financieros e industriales del sur de Alemania; prueba de ello es el famoso almacén conocido como el *Fondaco dei Tedeschi*, reconstruido en 1318 y 1505.

La actividad mercantil de estas dos ciudades impulsó un complementario desarrollo de las técnicas comerciales y financieras. Mientras que en Venecia se creaban los primeros bancos propiamente dichos, surgidos de las mesas de los cambistas de moneda del Rialto, debemos al inventivo ingenio de los genoveses el desarrollo de los seguros marítimos y la creación de las compañías por acciones (o

7. J. Heers, 1961.

maone). Su fusión condujo a la creación de importantes y originales instituciones, como la Casa y el Banco de San Jorge.

Venecianos y genoveses, aunque eran mercaderes por encima de todo, fueron asimismo los creadores de cierto número de industrias de exportación que producían bienes de lujo o de consumo corriente. Ambas ciudades desarrollaron una importante industria de construcción de buques y de productos relacionados con ella. En Génova, esta industria, al igual que la navegación y los viajes marítimos, estuvo en manos de la empresa privada, mientras que en Venecia estuvo sometida al estricto control del Estado.

En realidad, todas las empresas genovesas estaban impregnadas de un marcado individualismo, mientras que las de Venecia debían someterse al juicio público y a las presiones del Estado. Este contraste explica en parte la diversidad de destino político de las dos repúblicas; la primera, dividida entre varias facciones y privada de una base territorial, perdió su independencia en diversas etapas entre 1396 y 1541, mientras que la última, entre 1404 y 1422, estableció un Estado sobre tierra firme que debía perdurar más de tres siglos.

Las ciudades del interior. La reputación de los prestamistas y banqueros de Asti, Piacenza, Lucca y Siena —conocidos en general como “lombardos”— palidecía ante la de los florentinos. La ciudad del Arno, que contaba con unos 100 mil habitantes a principios del siglo xiv, gozaba de una situación geográfica especialmente favorable. Se alzaba en una confluencia de ríos y en una encrucijada de caminos que le proporcionaba fáciles vínculos con Milán, Venecia, Génova y el mar; era asimismo rica en recursos agrícolas, gracias a su gran *binterland* de Toscana, que contaba con una población de unos 350 mil habitantes.

Pero la prosperidad de Florencia se basaba sobre todo en tres actividades complementarias: comercio, industria y banca. Sus grandes hombres, la flor del *popolo grosso* y de las artes superiores, eran la aristocracia de la ciudad. El comercio de Florencia se realizaba esencialmente mediante viajes por tierra, por lo menos hasta la conquista de Pisa (1405) y Liorna (1421), cuando los florentinos tomaron posesión de las naves de sus rivales en Porto Pisano y enviaron sus propias galeras a Levante y Alejandría, a Berbería y Cataluña, a

Flandes e Inglaterra. Pero fueron su industria textil y su banca, asociadas en un comercio que había resultado ser más seguro y más regular que el que se realizaba por mar, las que dieron a la economía florentina su especial carácter. Sus exportaciones de telas alcanzaron un total de 90 mil piezas en 1338 y su red internacional de banca representaba una exportación de servicios a gran escala. Sus bancos tenían sucursales en todos los grandes centros comerciales, entre ellos Milán, Aviñón, Lyon, París, Brujas y Londres.

La victoriosa cruzada de Carlos de Anjou (1265-1268) —promovida por el Papa y financiada por los hombres de negocios toscanos— y la alianza política que unió a los florentinos con los príncipes de Anjou, el Papa y los güelfos, dieron el impulso decisivo a estas sociedades de comercio, banca e industria. Los siglos xiv y xv vieron el apogeo de los más famosos de estos negociantes, aunque más tarde se produjesen resonantes, aunque no perdurables, bancarrotas. Entre estos comerciantes cabe citar a los Frescobaldi, los Bardi, los Peruzzi (bancarrota en 1343 y en 1346) y, más tarde, entre 1397 y 1494, los Medici. Los más grandes de los Medici, Cósimo y Lorenzo (el “Magnífico”), se convirtieron en los dueños políticos de la ciudad y en los mejores y más discretos mecenas del arte de su tiempo. Uno de sus agentes, Américo Vespucio, fue el “descubridor” de América, ya que fue el primero en considerar la nueva tierra descubierta como un continente. En su persona se produjo una verdadera fusión de la ciencia florentina con las artes del comercio y la banca.⁸

Milán, cuya actividad económica puede ser rastreada hasta el siglo xii, se benefició enormemente con la apertura de los pasos alpinos, sobre todo el St. Gothard en 1230. Esta circunstancia proporcionó a la capital de la Lombardía la posibilidad de aprovechar las ventajas que le confería su incomparable posición en el punto de cruce de todas las rutas que atraviesan los Alpes y la península. Pero el crecimiento de su red comercial fue resultado también de la gran extensión y riqueza del Estado milanés, y sobre todo provino del desarrollo de su poderosa industria textil —lana, algodón, terciopelo y seda—. Esta efervescencia económica, a su vez, dio vida a las ciudades satélites de la Lombardía, en particular a Verona, cuyo creci-

8. Y. Renouard, 1968.

miento industrial y urbano se produjo probablemente antes que el de Florencia, Prato y Bolonia. A esto hay que añadir, en el siglo xv, los elegantes productos de su industria metalúrgica: se puede decir que sus armas y armaduras evolucionaron hasta alcanzar la perfección. En el primer cuarto del siglo xv, el valor de las exportaciones de las ciudades lombardas a Venecia era de tres millones de ducados, lo cual quedaba casi compensado por sus importaciones de algodón, lana, colorantes, especias y telas de oro y seda. Este dato proporciona cierta medida de la importancia de los movimientos de moneda y mercancías que llevaban a cabo Milán y la Lombardía.

A pesar de su superioridad, los italianos tenían formidables rivales en el Mediterráneo occidental; la competencia provenía de los puertos del Languedoc y Provenza, de Montpellier y Marsella, que se habían revigorizado en el siglo xv gracias a las empresas de Jacques Coeur; y, sobre todo y muy especialmente, de los catalanes. Éstos habían construido un vasto imperio territorial y comercial cuya cabeza era Barcelona y que alcanzó su máximo esplendor entre 1282 y 1348. Pero ésta, a su vez, sufría la rivalidad de los marinos y mercaderes del reino independiente de Mallorca (1276-1343), cuyo puerto se convirtió en frecuente punto de parada de las rutas marítimas internacionales. Barcelona quedó entonces relegada a una esquina muerta del Mediterráneo, al hallarse entorpecido su desarrollo por desórdenes monetarios y cargas fiscales y financieras excesivas, y en 1348 comenzó su "período de dificultades".

El Norte. El norte y este de Europa constituyeron una bien articulada unidad económica desde las primeras décadas del siglo xiii, y esta unidad se integraba con los países del Mediterráneo, pero su desarrollo comercial fue muy desigual.

La Hansa, el sur de Alemania, Francia y España. La organización más coherente y más sólidamente fundada del norte de Europa, aunque sus métodos eran mucho más rudimentarios que los de las ciudades italianas, fue la de la Hansa alemana. Creada hacia 1230 gracias a la alianza entre Lübeck y Hamburgo, alcanzó su máximo apogeo en el siglo siguiente, cuando la paz de Stralsund le proporcionó el dominio absoluto del Báltico y los estrechos daneses. La Hansa, con Lübeck como capital, formó a continuación una confederación de ciudades comerciales cuyos puertos se dedicaban tanto a

la construcción de navíos como al comercio: Colonia, Hamburgo, Bremen, Rostock, Stralsund, Stettin, Danzig, Elbing, Wismar, Riga, Dorpat, Reval y Visbi. Sus *koggen* navegaban desde el golfo de Vizcaya, donde cargaban vino y sal, hasta el Báltico y Escandinavia, donde cargaban cereales, madera, pieles, pescado, minerales en bruto y metales. Este gran tráfico se basaba en una red de sucursales que se extendían desde Novgorod, Estocolmo y Bergen hasta Brujas, el mercado principal de los países del Este, y Londres, donde bajo la protección de su "Steelyard" gozaban de privilegios que los ingleses consideraban exorbitantes.

A fines del siglo xiv, una poderosa vida económica surgía también en el sur de Alemania. Su fuerza provenía de la explotación de la plata, el cobre, el estaño y el zinc de las minas de Turingia, el Harz, Bohemia y Hungría; de la industria metalúrgica y textil (en lino y fustán), y del floreciente tráfico comercial que unía a Venecia y Brujas con las ferias de Frankfurt, Nordlingen y Leipzig. Sus grandes ciudades —Augsburgo, Nuremberg, Constanza, St. Gall y Ravensburg— se convirtieron, en cuanto al comercio, la banca y la industria, en los centros de un poderoso capitalismo, el único en Europa que podía ser comparado con el de las grandes compañías italianas. El más importante de todos ellos era el *Grosse Gesellschaft* de Ravensburg, fundado por Joseph Hompys en 1380, el mismo año en que Hans Fugger, antecesor de los príncipes financieros del siglo xvi, se estableció con toda modestia en Augsburgo.

El comercio de Occidente estaba mucho menos desarrollado; sin embargo, en Inglaterra, la revolución industrial del siglo xiv fue acompañada por la progresiva emancipación del comercio británico. Hasta esa época el comercio se hallaba prácticamente en manos de flamencos, la Hansa, financieros y tratantes de lanas italianos, e incluso de comerciantes de vinos gascones. La nueva distribución geográfica de la industria, combinada con el comercio de productos procedentes de Aquitania y la península Ibérica, convirtió a Bristol en un gran puerto. La mayor de todas las ciudades inglesas, Londres, así como Hull, Southampton, Bristol y Chester, se vieron vinculadas entonces a los puertos de salida de las ciudades esparcidas a lo largo de la costa del Canal y del mar del Norte (Dartmouth, Yarmouth, Ipswich), que proporcionaban la mayor parte del material, barcos y

tripulación.

Francia era esencialmente un país agrícola, bastante alejado del comercio en gran escala. El prestigio de París, en el siglo xiv, cuando la ciudad contaba ya con unos 100 mil habitantes, era debido principalmente a su universidad y su papel político. Las casas italianas establecían sucursales en ella, y los orígenes del gremio de París —la sociedad de los “Marchands de l'Eau”— nos prueban su importancia como puerto fluvial, así como la importancia de la navegación por el Sena. No obstante, la feria de Lendit no puede ser comparada con las grandes ferias internacionales, y la vida económica de la ciudad estuvo encaminada principalmente a satisfacer las necesidades de su población. Pero la abundancia de productos agrícolas (cereales, vino, glasto y sal) y algunos industriales (lino y otras telas) contribuyó a sostener la actividad de algunos puertos importantes, como Burdeos, La Rochelle, Nantes, Ruán y Le Crotoy (punto de salida de los cereales de Picardía), así como de los pequeños puertos costeros de Normandía y Bretaña, que enviaban un verdadero enjambre de pequeñas embarcaciones a los grandes puertos de los estuarios.

Castilla estableció contacto con el mar por medio de los puertos del golfo de Vizcaya y Cantabria —Bilbao, San Sebastián, Santander—, que abastecían a los pescadores y comerciantes marítimos. Por otra parte, el desarrollo de la navegación entre el Mediterráneo y el Atlántico y, más tarde, el descubrimiento y la explotación de los archipiélagos del Atlántico y de la costa de África dieron un nuevo y poderoso impulso a los puertos de Andalucía (Sevilla, Sanlúcar, Cádiz) y Portugal. En el siglo xv, los vascos y los portugueses enviaban regularmente sus grandes barcos hacia el canal de la Mancha y el mar del Norte cargados con mercancías procedentes del Sur.

Brujas. Inevitablemente, todo este gran comercio internacional se vio atraído hacia Flandes, ya que esta región era la más densamente poblada, la más industrializada y mejor situada de todo el norte de Europa. También era inevitable que Brujas, que había eclipsado a los puertos rivales de St. Omer-Gravelinas y Dordrecht, se convirtiera en punto focal del comercio terrestre y marítimo.

La gran ventaja de su emplazamiento, lentamente disminuida por los aluviones que iba depositando el Zwin, fue restablecida con

la creación de los puertos abiertos de Damme (1180) y Ecluse (1290), en los que se veían obligados a fondear los barcos de más de seis pies de calado; pero embarcaciones más ligeras, que los liberaban de su carga, podían ascender por el Reie hasta la misma Brujas, donde podían hacer uso de grandes muelles, de una famosa grúa y de los enormes almacenes que se encontraban en los alrededores del puerto: mercado de la lana, mercado del agua, mercado de las telas (este último, que culminaba en una magnífica torre-campanario puntiaguda, custodiaba también las tiendecillas de los cambistas de moneda). En torno a la plaza de la lonja se levantaron, con el transcurso del tiempo, las casas de los genoveses y florentinos, y la logia de los venecianos; no muy lejos se alzaban los edificios de los castellanos y los ingleses y de la Hansa, fundada en Oosterlingplein en 1478. La Hansa se desenvolvía perfectamente entre unas gentes cuyo lenguaje difería muy poco del suyo propio, y por ello los alemanes convirtieron su sucursal del Zwin en uno de los pilares de su organización comercial, frecuentando la ciudad asiduamente a pesar de las numerosas controversias que este hecho provocaba. Pero el Zwin atraía también a los marinos y mercaderes de Francia, los barcos de Normandía, Bretaña, Poitou y Bayona. Los "Rôles d'Oléron" pasaron a toda vela a incorporarse a las costumbres navales del Damme.

El influjo que ejercían los extranjeros en Brujas era compensado por el retraimiento de los flamencos. En su período de máxima actividad, que concluyó hacia 1300, estos últimos habían frecuentado, comerciando, todos los mercados de Europa, a veces unidos en vastas asociaciones tales como la "hansa" de Londres y la "hansa" de las diecisiete ciudades; en cambio, en el siglo xiv, los ciudadanos de Brujas abandonaron la navegación y los viajes comerciales y permitieron que los extranjeros, cuyo espíritu de iniciativa habían alentado ellos mismos, se estableciesen allí. Mucho más que las antiguas ferias de Flandes —las cinco ferias cuyo declive determinó su fortuna—, la "Venecia del Norte", que ya era en sí misma un importante mercado regional y nacional, se convirtió en un genuino "mercado mundial"⁹ más importante incluso que la propia Venecia. Sus hombres eran intermediarios y mercaderes de los productos que provenían del norte

9. H. Van Werveke, 1944; Van Houtte, J. A., 1952.

y el sur de Europa: la lana y los tejidos ingleses (en cuanto a la primera, Brujas constituía un punto de venta sólo de modo episódico); productos brutos procedentes del Báltico; sal de Bourgneuf y de Brouage; vinos del Sudoeste; especias, naturalmente, y también alumbre, glasto, fibras textiles y productos colorantes; todo ello indispensable para una gran región industrial. Este movimiento de dinero, productos y hombres determinó la espontánea aparición de una *Bourse* de comercio, dos en realidad, una en la plaza principal de la ciudad y otra en la casa de Van der Beurze (1257-1457), quien dio su nombre a la institución. Esta circunstancia hizo de Brujas un importante centro financiero para la recepción, cambio y préstamo de dinero. Los italianos, de los que había gran número en los bancos del Zwin, eran maestros incontestables en este asunto, pero había también cambistas nativos, según nos atestiguan las cuentas de Collard de Marke y de Guillaume Ruyelle, las cuales se refieren al período que va de 1366 a 1370.

No obstante, a fines del siglo xv, los puertos de Zeeland, sobre todo Middelburg y Arnemuiden (punto de cita de los barcos bretones), reemplazaron frecuentemente a Sluys en cuanto a conocimientos de embarque. Pero todos estos puertos fueron eclipsados por Amberes, que se convirtió en el principal puerto de salida de determinados artículos. El crecimiento del puerto de Amberes, que ya se advertía en el siglo xiv, acabó, en el siglo xvi, por arruinar el, en otro tiempo, absoluto dominio de Brujas; y, aun teniendo en cuenta los aluviones que lentamente cerraban el Zwin, la apertura del Escalda occidental a la navegación, la riqueza del *hinterland* de Brabante y factores políticos tales como el patrocinio de Maximiliano, que era enemigo de Brujas, todo ello no basta para explicar el triunfo de Amberes, que en realidad constituyó el triunfo del liberalismo sobre las viejas restricciones económicas de la Edad Media. Los hombres de Brujas estaban impregnados del espíritu corporativo, restrictivo y regimentado propio de su época; se aferraban obstinadamente a sus derechos de mercado, corretaje y aduanas, y a innumerables prohibiciones comerciales con las que arruinaban a los mercaderes que frecuentaban su ciudad; siguiendo por este camino, llegaron a prohibir la importación de telas inglesas, mientras que Amberes les daba la bienvenida. El puerto sobre el Escalda no sólo llegó a atraer

a los mercaderes aventureros, sino también a las colonias extranjeras, especialmente a las de los italianos, y a las grandes firmas del sur de Alemania, tales como los Fugger, que establecieron una Agencia en Amberes en 1508. El puerto se convirtió en el centro del comercio del alumbre en 1491, y en 1501 se produjo la arribada del primer barco portugués cargado de especias. Amberes reemplazó de este modo a Brujas, el puerto medieval del comercio europeo. Situada Amberes en la misma región, tan perfectamente ordenada, se convirtió, en el Renacimiento, en el principal centro financiero y comercial de un mundo muchísimo más amplio, y su Bolsa (1485-1531) estuvo "a disposición de los mercaderes de todas las naciones y de todas las lenguas".

El atractivo del gran comercio internacional no nos debe hacer olvidar la importancia del comercio regional y local, sobre el que existen muchos menos datos. Dado que es menos interesante y existen menos fuentes que hagan referencia a él, los investigadores le han prestado hasta ahora escasa atención. Las transacciones diarias a pequeña escala, tanto en dinero como en productos, incluso en las operaciones más importantes, pero de las que sólo se realizaban contratos verbales, obviamente no dejaron huella alguna en los archivos. Las listas de las tasas de peajes o portazgos cargados, muchas de las cuales han subsistido hasta nuestros días, no son sustituto suficiente de testimonios escritos más explicativos. Hablando en general, los datos administrativos sobre el comercio local son muy escasos. Sin embargo, en aquellos lugares en que existen archivos notariales, éstos proporcionan excelentes ejemplos informativos.

El comercio de tipo puramente local ha estado siempre asociado a las ciudades. Éstas atraen los productos agrícolas o las materias primas que se producen en la campiña circundante y ofrecen a cambio de ellas sus productos manufacturados. Tan modestos objetivos, acordes con unas moderadas necesidades, daban lugar a intercambios directos entre consumidor y productor. Estos tratos solían tener lugar en las calles y plazas, frente a los puestecillos de los comerciantes o los talleres de los artesanos, y así la ciudad entera se convertía en un "foro". Pero las principales transacciones se concentraban en el "mercado", que tenía lugar una vez o más por semana, bien al aire

libre, bien en un edificio construido a tal propósito. La ciudad y los privilegios urbanos no se originaron con el mercado, pero éste fue uno de los más importantes elementos de la estructura urbana fundamental.

Después de la Guerra de los Cien Años, los reyes de Francia no sólo fundaron ferias, sino que además crearon gran número de mercados, a los que consideraron como el mejor medio para revigorar la debilitada o arruinada vida económica. Los preámbulos de estas fundaciones reales, que aluden a las cualidades del lugar y a su situación general ("una ciudad... emplazada en un bello paraje y rodeada de una fértil campiña", "un burgo grande y hermoso, emplazado en un bello y fértil territorio"), muestran claramente la estructura de las relaciones que unían a las pequeñas ciudades y a los burgos con su medio ambiente rural. Así, en la segunda mitad del siglo xv, vemos repetirse el proceso que en la Alta Edad Media dio origen a las primeras y rudimentarias relaciones comerciales locales y regionales.

Desde época muy temprana, los derechos reales para establecer ferias y mercados habían sido usurpados por los señores feudales locales, que obtuvieron gracias a ello pingües sumas en forma de impuestos y de pagos de distintos derechos. Este control quedó más tarde transferido, en su totalidad o en parte, a las autoridades ciudadanas y llegó a extenderse a todas las actividades económicas de la ciudad. El espíritu de esta regulación, que dimanaba de las actitudes autoritarias y proteccionistas de las corporaciones y gremios, tendía a centralizar todo el comercio en la plaza del mercado, especialmente el que hacía referencia a los artículos básicos. De este modo podían prevenir el acaparamiento, el monopolio, la competencia y la especulación, y disminuir o reducir a la nada el papel de los intermediarios. El comercio local siempre permaneció supeditado, en mayor o menor grado, a estas coerciones, mientras que el internacional procuró liberarse de ellas.

En las ciudades que alcanzaron un mayor desarrollo y que vieron ampliarse ante ellas el campo de sus actividades económicas, el comercio no podía permanecer en este nivel elemental. Junto a las figuras principales y protagonistas: los productores agrícolas y los artesanos, aparecieron los intermediarios, verdaderos mercaderes, tales como los sederos, que pronto se organizaron a su vez en gremios.

Hubo más tarde toda clase de vínculos entre el comercio local y regional de artículos de primera necesidad y el gran comercio internacional a grandes distancias. Pirenne observaba que “desde sus inicios el comercio de la Edad Media no se desarrolló a partir del comercio local, sino a partir del comercio de exportación”. No obstante, es cierto que el origen del comercio de exportación estuvo vinculado a la actividad de los mercados interiores, de modo semejante a lo que sucede en nuestros días en escala mucho mayor. A medida que progresaba y aumentaba, el comercio local estimulaba la producción de excedentes exportables y atraía importaciones del exterior. Los mercaderes y los maestros artesanos de materias primas, cuando no se embarcaban en viajes comerciales, se convertían en verdaderos empresarios sedentarios, “mercaderes negociantes”. Los privilegios económicos que obtenían gracias a vivir en las ciudades y al arraigo que tenían en la localidad en que habitaban, a menudo los enfrentaban a los magnates del comercio internacional y a los mercaderes extranjeros establecidos en ella. Pero por la fuerza de las circunstancias se convertían en auxiliares de un comercio internacional que necesitaba exportar e importar a través de las vías de distribución y abastecimiento controladas por las autoridades ciudadanas locales.

Por esta razón, el comercio local y regional que se desarrolló en torno a las pequeñas y medianas ciudades, algo alejadas de las principales rutas de tráfico, desempeñó también un papel importante en las grandes economías metropolitanas, como sucedió con las ciudades italianas que estaban unidas al *contado* que las rodeaba. Esta situación estaba especialmente difundida en Francia, donde en la misma ciudad de París, una economía que se basaba fundamentalmente en el comercio local destinado a satisfacer las necesidades de una vasta población se reforzaba con el vigor y la versatilidad de una fuerza de trabajo especializada y con la riqueza natural de la campiña circundante. Antes de que se produjera la época dorada del comercio del glasto, la economía de Toulouse se basaba sobre todo en sus vínculos con los campos de cultivo y con la campiña de su entorno. El ejemplo de Burdeos es asimismo revelador: el gran incremento del comercio de vinos se remonta sólo al siglo XIII; hasta esa época, su comercio estaba organizado dentro de la estructura de un sistema completo de producción de alimentos diversificados y una actividad ma-

nufacturera más bien modesta. La vida económica estaba centrada en el viejo mercado "lou Mercat" del faubourg Saint-Eloi y en el minúsculo puerto adyacente de Peugue. El desarrollo de la industria del vino y su exportación en gran escala nunca reemplazaron enteramente a los campos de trigo, a los pastizales, a los huertos y bosques, a la pesca y al complejo de intercambios locales que durante largo tiempo habían garantizado la estabilidad de las economías local y regional. Bien entrada ya la Edad Media, multitud de pequeños navíos, de carros tirados por yuntas de bueyes y otras bestias de carga seguían llevando a los almacenes y tinglados de los muelles de la gran ciudad, y de las ciudades ribereñas cercanas, muchas otras cargas de productos, además de los barriles de vino para la exportación o las balas de algodón y los toneles de pescado de importación. Junto a estos productos se cargarían y descargarían cereales del Bordelais y del *Haut Pays*, sal de Saintonge y Médoc, heno de los tre-medales, ganado vacuno, salazones, miel, caza, pescado fresco, os-tras y mariscos, pieles baratas, materiales para la construcción, piedras de molino, madera para construcción y para calefacción, productos resinosos, cáñamo de los valles y lana de la campiña circundante. El área de producción y consumo de todos estos productos podía extenderse, río arriba, prácticamente hasta la totalidad de la cuenca aquitana, pero río abajo raramente alcanzaba más allá de la línea del río Gironde y del "Pertuis" de Aunis y Saintonge. Entre tanto, los comerciantes de la gran ciudad, los carpinteros, herreros, forjadores del cobre, fabricantes de cuerdas y redes, hacían posible con su trabajo el equipo y aprovisionamiento de los barcos, de los marinos y de los mercaderes viajeros, de modo que se convertían unos y otros en auxiliares de un comercio en gran escala. Pero una gran parte de su producción estaba concebida de modo que satisficase las necesidades de la población local, y muchos mercaderes de Burdeos, que nunca se aventuraron más allá del río, conseguían la mayor parte de sus beneficios del comercio con las regiones del interior.

LOS MECANISMOS DEL COMERCIO Y LAS FINANZAS

Características generales del comercio medieval

Si bien, en lo que se refiere a cuantía, mercancías y métodos, un enorme abismo separaba el comercio al por mayor internacional del comercio al detalle, muchos mercaderes y firmas comerciales combinaban ambos tipos de comercio. Su centro comercial era con frecuencia sólo una pequeña tienda con un almacén en uno de los lados y que solía asemejarse a un bazar, puesto que los mercaderes, aun cuando pareciesen estar especializados en un artículo determinado, comerciaban en toda clase de cosas. En un viaje a Burdeos, un pañero inglés podía convertirse fácilmente en vinatero.

Cada empresa comercial conllevaba numerosos riesgos, determinados por los azares del mar o provocados por los hombres y por la inseguridad de las condiciones económicas. Cada viaje era una aventura, debido a lo cual difícilmente mejoraba el nivel de vida de los hombres que se dedicaban a ellos. En los primeros tiempos, el dudoso origen tanto de los beneficios como de los mismos comerciantes —muchos de ellos aventureros en el más peyorativo sentido de la palabra—, la desafortunada conexión entre piratería y comercio, los modelos rurales y señoriales de la Iglesia y su desprecio ante todas las transacciones monetarias, determinaron que durante largo tiempo se considerase con la máxima sospecha todo lo concerniente al comercio marítimo. Los mismos moralistas de la antigüedad, recordando con añoranza una edad de oro, ya remota, en que predominaba la vida rural, consideraron al comercio como algo impío. No obstante, con el transcurso del tiempo esta actitud fue cambiando, abriéndose paso la noción del progreso económico. El comerciante, que difícilmente podía hallar gracia ante Dios, se encontró de pronto con que los senderos de un comercio honorable se abrían ante él. Pero los grandes prestamistas de dinero, como los grandes hombres de negocios italianos de los siglos xiv y xv, todavía sentían en el fondo de sus almas algo de mala conciencia, y ello los indujo a incrementar sus obras piadosas, a abrir una cuenta a nombre del “Señor

Dios" (*messer Domeneddio*) y a enriquecer a los franciscanos, servidores de "nuestra señora la Pobreza".

Tanto si la clase comerciante y las primeras creaciones de capital se originaron en empresas aventureras (Pirenne), como si se apoyaron en predios rústicos (Sombart), el comercio en gran escala fue al principio casual y estacional y los mercaderes que se relacionaban con él eran sobre todo itinerantes. Los *piepowders* que recorrían los caminos terrestres se convirtieron en "comerciantes de vías fluviales" y en "comerciantes marítimos". Se trataba de categorías universales y aparecen tanto en los "Rôles d'Oléron" como en el "Consulado del Mar", en el Atlántico y en los estrechos mares del Mediterráneo. Se los encuentra en la tierra y en el mar; tanto entre los mercaderes de telas flamencos que en el período de comercio más activo viajaban hasta Génova, como entre sus colegas italianos que subían hacia el Norte, alcanzando las ferias septentrionales a través de los pasos alpinos; y lo mismo entre los comerciantes de vino gascones, los mercaderes ingleses y los "seefahrender Kaufmann" del Báltico (Vogel). Pero en cualquier caso se trataba de figuras anónimas. Figuras históricas más interesantes son las que presentan determinados mercaderes, como el veneciano Romano Mairano, en el siglo XII, y el genovés Benedetto Zaccaria, en el XIII.

Este tipo de comercio podía ser realizado con la ayuda de elementales formas de organización. Los grandes navíos iban juntos, formando convoyes que tenían un propósito común, y a veces albergaban a verdaderos ejércitos de comerciantes; pero los barcos pequeños transportaban unos pocos, a veces sólo uno, de estos individuos. Se trataba de verdaderos aventureros, ricos únicamente gracias a un azaroso crédito y que llevaban consigo productos con los cuales podían traficar sin ni siquiera abrir sus bolsas, o bien con un lastre de coronas o ducados que encerraban en cofres junto con sus escrituras selladas y revalidadas ante notario. Eran a la vez mercaderes y fletadores de barcos. Contrataban el navío y la carga para un tortuoso viaje cuyas etapas, itinerario fundamental y destino final eran fijados con gran frecuencia a medida que transcurría el viaje, o se alteraban en cualquier puerto extranjero de acuerdo con alguna "noticia" que llegaba a oídos del empresario-mercader.

Evidentemente, este comercio, a la vez azaroso y nómada, no

podía ser manejado sin establecer lugares fijos de reunión, que solían ser preferentemente las ciudades, “las hijas del comercio y la industria” (Pirenne). El barrio de los mercaderes (*suburbium*, *faubourg*), el *portus* de las ciudades septentrionales (en el sentido original de la palabra) y la plaza del mercado constituían los lugares de donde venían las exigencias económicas fundamentales. De este modo, las palabras “burgués” y “poorter” se convirtieron en sinónimos de mercader, e incluso de propietario de barcos. Pero antes del siglo xiv muy pocas ciudades del Mediterráneo podían proclamarse centros comerciales y financieros de categoría internacional, y aun sólo de modo incompleto, ya que éste era esencialmente el papel de las ferias. Las de Flandes fueron las primeras y prepararon el camino para el desarrollo comercial de Brujas. Las de Lyon y Ginebra eran más financieras que mercantiles, y a partir del siglo xv correspondieron a una nueva época en los métodos y relaciones comerciales. Desde el siglo xii hasta finales del xiii, los puntos de reunión por excelencia del comercio itinerante, y todavía estacional, fueron las seis ferias de las cuatro ciudades de la Champaña (Lagny, Bar, Provins y Troyes), que se extendían desde enero hasta octubre. El ritual de tales ferias, con su especialización en la venta de telas y especias, las costumbres de sus clientes italianos y flamencos, la protección, las franquicias y garantías legales que ofrecían a los mercaderes, el progreso que brindaban en cuanto a operaciones de crédito, transferencias de fondos, cambios, compensaciones por deudas y garantía de préstamos, nos resulta ahora bien conocido.

La decadencia de las ferias de Champaña hacia 1300 es una faceta de la “revolución comercial” que se produjo en el período de 1275 a 1325 (Edler de Roover). Pone de relieve, entre otras cosas, la relativa decadencia de los viajes comerciales, en favor de lo que se ha denominado “comercio sedentario” (N. S. B. Gras). Se trata de una evolución natural: los mercaderes aventureros que habían alcanzado el éxito en sus primeras empresas, o sus descendientes a los que ellos habían enriquecido, tendían a abandonar el comercio viajero y confiaban a otros —procuradores, agentes, apoderados, secretarios, delegados e incluso a los mismos capitanes de barco— la tarea de transportar, acompañar, vigilar y negociar con los artículos que eran objeto de su comercio y con los beneficios que éstos proporcionaban.

Tales agentes podían ser itinerantes o residentes, comerciantes en cualquier producto o en productos determinados y actuar sobre bases permanentes o temporales. Cierta número de estos comerciantes sedentarios se contentaban con trabajar sobre la base de una comisión, como corredores, importadores y distribuidores, en el interior de su ciudad o en su rico *hinterland*, de los productos adquiridos en el puerto de embarque y llevados hasta allí a riesgo del vendedor. Su capital era invertido en préstamos a largo plazo o simplemente en préstamos para el consumo. Muy a menudo, además, especialmente en Francia, donde existía una verdadera pasión por poseer tierras y cargos públicos, en lugar de los beneficios del 30 o el 40 por ciento que podían ser obtenidos en las peligrosas aventuras comerciales, muchas gentes preferían el seguro beneficio del 5 o 10 por ciento que producían la tierra o los bienes raíces, ya que, además, su posesión implicaba responsabilidad y podía procurar el rango de la *noblesse*.

Tal fue la historia, en los siglos xiv y xv, de la familia Eyquem de Burdeos, antepasados de Montaigne. En la misma época, los comerciantes ingleses contrataban, cada vez con mayor frecuencia, representantes en el extranjero; los mercaderes hanseáticos rara vez dejaban sus oficinas y el gran mercader veneciano Guglielmo Querini (1400-1468), que poseía una gran fortuna en tierras, nunca puso los pies fuera de Venecia. Pero el progreso más importante a este respecto fue el establecimiento de sucursales permanentes, en todos los centros comerciales importantes, de las grandes compañías comerciales y bancarias italianas. En el siglo xiv se inició una nueva era en la organización del comercio en gran escala.

Íntimamente unido a este nuevo estado de cosas estuvo el uso de técnicas más complicadas en los métodos de asociación, de representación y comunicación, en los seguros, métodos de pago, cambios y créditos, la contabilidad y los métodos bancarios. Los italianos fueron los inventores y los principales usuarios de cada una de estas mejoras.

A este nivel, la naturaleza capitalista del comercio de gran envergadura y de las finanzas internacionales se hizo claramente evidente en los siglos xiv y xv. El volumen del comercio medieval y la cantidad de negocios realizados carecen de importancia si se compa-

ran con el comercio actual, pero esto tiene escaso significado, ya que eran muy sustanciales si se tiene en cuenta la población y la importancia relativa de otros sectores de la economía. Por no hablar del comercio local y regional, las 120 mil toneladas de pescado salado procedente de Escania, con la ayuda de 24 mil toneladas de sal importada, son equiparables a la captura anual de un gran puerto pesquero moderno como Boulogne. Los 102 mil barriles de vino que exportó Búrdeos en 1308-1309 constituyen una cantidad bastante apreciable si se la compara con las 270 mil toneladas de productos varios que el mismo puerto envió a Inglaterra en 1961.

También algunas cifras nos permiten observar hasta qué punto era importante el comercio de cereales. En la primera mitad del siglo xiv, el valor total de las exportaciones inglesas era de unas 250 mil libras; Inglaterra exportaba de 35 a 40 mil sacos de lana (que pesaban en conjunto unos 15 millones de libras) y 50 mil piezas de tela (cada una de las cuales medía 28 yardas de largo —unos 25 m—); y hay que tener en cuenta que esta última cifra representaba sólo un tercio de la producción flamenca de tejidos en su punto culminante. El valor asignable a los productos exportados desde las principales ciudades hanseáticas, en los años próximos a 1370, alcanzaba los 3 millones de marcos de Lübeck. A comienzos del siglo xiv, la producción de tejidos de lana en Florencia había alcanzado la cifra de 100 mil *pezze*, que tenían un valor de 1.200.000 *fiorini d'auro*. En el siglo xv, el comercio con Lombardía proporcionó a Venecia 2.800.000 ducados, y a través de Venecia las ciudades lombardas importaron por valor de 300 mil ducados únicamente en pimienta. Venecia recibió 10 mil toneladas métricas de productos procedentes de Oriente, lo cual era bastante menos del total de 13 a 15 mil toneladas métricas que los grandes puertos del Mediterráneo, en su conjunto, enviaron hacia el Atlántico y los puertos del canal de la Mancha. Se puede admitir que algunos de estos productos eran muy pesados, por ejemplo, el alumbre, pero en cambio otras cargas de enorme valor eran muy ligeras. En cuanto al tonelaje, estas cifras sobrepasan las alcanzadas por el comercio de Sevilla con América en la primera mitad del siglo xvi.¹⁰

10. Heers, 1961.

La cantidad de capital invertido en el comercio y la banca era proporcional a la magnitud de este movimiento de productos. En 1310, el capital (*corpo*) de los Peruzzi era de 149 mil libras *affiorino*. En 1451 el capital de la banca de los Medici era de cerca de 88.300 florines. En 1318, el capital de los Bardi era de 875.638 florines, lo que significaba un valor de cerca de 130 mil libras en una época en que la renta de la corona inglesa era únicamente de 30 mil libras. Cuando los Bardi y los Peruzzi hicieron bancarrota, el rey de Inglaterra les debía casi 1.400.000 florines.

Los beneficios sobre el capital, aunque no tan elevados como se ha afirmado a veces, eran sin embargo considerables. Dado que variaban, por una parte, en proporción con los riesgos corridos y, por otra, en proporción con el grado de organización, el beneficio variaba también de un tipo de operación a otro, siendo menor en general en los siglos xiv y xv que en los siglos xi y xii. Un préstamo sencillo que transcurriese de modo satisfactorio hasta llegar a su término, podía proporcionar un beneficio del 30 por ciento o más; los arrendamientos de barcos podían producir un 100 por ciento e incluso más, al igual que el comercio de ciertos productos exóticos. Pero en el siglo xiv los asociados a determinadas compañías florentinas que realizaban depósitos adicionales (*fuori del corpo*) recibían un interés fijo del 7 al 8 por ciento, mientras que los no asociados recibían entre el 6 y el 10 por ciento. Las mismas compañías florentinas cargaban del 7 al 15 por ciento sobre sus préstamos, pero, si éstos se hacían a extranjeros, los porcentajes podían elevarse hasta el 30 por ciento. Entre 1318 y 1324 los beneficios de la casa Peruzzi fluctuaron entre el 14,3 y el 20 por ciento anual sobre el capital invertido, pero hay que tener en cuenta que este porcentaje quedaba muy reducido tras la deducción de gastos.

En esta sociedad, el volumen del comercio y de las transacciones comerciales era pues relativamente importante; se produjo entonces el desarrollo y la racionalización de las empresas, el culto a las cifras y el desarrollo del crédito y la especulación. El papel de las finanzas se hizo fundamental y el tráfico de dinero se desarrolló aparte de las demás actividades económicas. Los hombres se esforzaron sin cesar en maximizar sus beneficios y los negocios se ampliaron sin preocuparse por fijar límites para acabar con la competencia económica. Se-

gún muchos historiadores han reconocido, contra la opinión de Sombart, se trata de rasgos de un sistema comercial y financiero capitalista.

A partir de este momento, el incremento del capitalismo, el culto al dinero, la frenética persecución del beneficio, que no tenía en consideración cosa alguna aparte la fría razón, se desarrollaron contra la moral y contra toda clase de obstáculos materiales. Esto es particularmente cierto en un tipo de capitalismo despiadado tipificado por Jehen Boinebroke, de Douai, un comerciante en tejidos que murió en 1286, o por William Servat, de Cahors (1280-1320). En efecto, muchos de aquellos manejos comerciales o financieros iban claramente en contra de la ética cristiana y de sus aplicaciones prácticas —la idea del precio justo y la prohibición de prestar dinero a interés, lo cual era denominado usura—. Pero los canonistas admitían que los precios estaban vinculados a las leyes de la oferta y la demanda; y, en cuanto al préstamo a interés, atemperaban el rigor de su doctrina con consideraciones basadas en la idea del riesgo, de los daños al acreedor e incluso de las oportunidades de obtener otros beneficios que éste podía perder (*damnum emergens, lucrum cessans*). Por otra parte, había una serie de trucos que permitían ocultar el interés y de este modo obedecer la letra de las leyes, aunque no su espíritu. Así, se establecían cambios o ventas ficticios, “cambios secos”,¹¹ o el reconocimiento de una deuda mayor que la suma realmente prestada, etc.

En los siglos xiv y xv, la libre empresa capitalista se desarrolló también en contra de las regulaciones y del proteccionismo económico de las ciudades y de los grupos de trabajadores, puesto que éstos intentaban evitar los efectos de la recesión económica por medio de asociaciones, prohibiciones, privilegios y monopolios. Pero los altos muros que elevaban tenían gran número de grietas. El campo se fue industrializando y las grandes ciudades manufactureras producían para la exportación. Los puertos y los centros comerciales y financieros no podían desprenderse de las actividades de las que dependían, y éstas eran internacionales en su misma naturaleza. Lejos del atesoramiento ciego, las operaciones de banca y la posibilidad

11. Véase p. 346.

de conceder créditos a los príncipes y a la aristocracia, abrieron el horizonte a inmensos beneficios, aunque esta posibilidad quedaba disminuida por los terroríficos riesgos implicados.

Todos estos cambios, así como el progreso realizado en la organización de las técnicas comerciales y financieras durante los dos últimos siglos de la Edad Media, no deben oscurecer el hecho de que esta evolución estuvo muy poco difundida y no tuvo lugar de un modo repentino. Italia estaba, a este respecto, a la cabeza de Europa, incluyendo las ciudades hanseáticas, y fue alcanzada muy lentamente por las ciudades del sur de Alemania. En la época de esplendor de las compañías italianas y del famoso comercio sedentario, la mayor parte de los comerciantes de la Europa occidental todavía dirigían los negocios por sí mismos o actuaban en pequeña escala en efímeras asociaciones. A comienzos del siglo xvi, en los puertos franceses del Atlántico, los seguros marítimos, la doble contabilidad y las letras de cambio eran muy poco usados. Entre los siglos xiv y xvi hubo mercaderes viajeros por todas partes, navegando con sus cargueros —hanseáticos, ingleses, franceses, españoles e incluso italianos, como el joven veneciano Andrea Barbarigo—. Si llegaban a hacerse sedentarios, era gracias a la movilidad de sus procuradores, agentes, dependientes o servidores. Frecuentemente realizaban sus transacciones con recursos escasos y métodos rudimentarios. No intentaban amasar fortunas como las de los grandes prestamistas, pero esperaban lograr la honesta y tranquila competencia de un “hombre honorable”. Esta mezcla de hombres y métodos tan distintos proporciona la justificación para realizar el estudio global de los productos y de los métodos financieros que hemos intentado, pero nunca hay que olvidar los diversos matices que con el transcurso del tiempo pueden modificar el panorama.

Técnicas

El medio ambiente político y legal. Reyes, señores y ciudades echaban sobre el comercio pesadas cargas que en su origen eran mercantilistas o solamente fiscales. Los mercaderes extranjeros se alzaron contra los privilegios y prohibiciones que protegían a los habi-

tantes de la ciudad. Había derechos de corretaje, productos protegidos, monopolios de comercio al por menor y las actas de navegación inglesas de 1381 y 1485. El comercio estuvo sometido a numerosos tributos debidos a portazgos y aduanas, de carácter tanto nacional como local: fronteras reales de Inglaterra, la *Pfundzoll* de la Hansa, ayudas y derechos de aduanas en Francia, las *gabelle* en Génova, el impuesto de compra en Venecia y peajes de todas las clases imaginables. Los portazgos o peajes eran en principio derechos de regalía usurpados a menudo por los señores locales y por las ciudades. Cada ruta tenía gran número de estos puestos o pasos aduaneros, y algunos, como los de Bapaume, Péronne y los pasos de los Alpes y el Jura (por ejemplo, Jougne), eran prácticamente insoslayables. En el siglo xiv había unos cincuenta puestos de peaje sobre el Rhin, más de treinta en el Elba y el Weser, cuarenta en el Garona, entre Toulouse y Burdeos, y más de setenta en el Loira, entre Rouanne y Nantes. Los barcos pagaban derecho de paso en los puntos esenciales (en el "Ras" de Bretaña —los *Brefs de Bretagne*—, en los puestos de portazgo del Sund y en los estrechos de Mesina) y se pagaban derechos de anclaje, de grúa y de quillaje en los estuarios, puertos y fondeaderos. Estos derechos eran generalmente pequeños, pero su número era tan elevado que representaban una pesada carga sobre el precio de los artículos transportados, carga que a veces alcanzaba hasta un 20 por ciento, y en el Sena y el Rhin hasta un 50 por ciento e incluso más.

Había también numerosas excepciones a esta ley, las cuales constituían en buena parte la razón de ser de las ferias. En ellas se garantizaban privilegios y exenciones a los mercaderes extranjeros (por ejemplo, a los comerciantes gascones y a los de la Hansa alemana en Londres), y la carga que representaban los portazgos podía ser aliviada escogiendo las rutas más ventajosas. Los barcos que solamente se detenían echaban el ancla fuera de los puertos, "más allá de aduanas y franquicias", y yendo por mar abierto podían esquivar los *Brefs de Bretagne*.

Aunque los gobiernos cobraban pesados portazgos al comercio, por lo menos, gracias a su "paz", ofrecían un mínimo de seguridad; con lo cual se extendía a través de todo el territorio y a lo largo de todo el año la protección sobre hombres y mercancías que al princi-

pio había constituido el rasgo esencial de las ferias solamente. También hicieron todo lo posible por limitar los derechos sobre naufragios y precios en las costas, los cuales habían sido condenados por concilios en los siglos xi y xii. Controlaban estrictamente todas las "patentes de corso" y todas las represalias contra los mercaderes extranjeros, y en su lugar establecieron los debidos procesos legales o procedimientos de acuerdo. También procuraron garantizar la autenticidad, validez y ejecución de los acuerdos comerciales por medio del registro obligatorio. En los territorios gobernados por la costumbre y la tradición, los contratos eran respaldados mediante la adición de sellos públicos; y, en los países con legislación escrita, mediante las firmas autógrafas de los notarios, ya fuesen papales, imperiales, reales, episcopales o municipales. Más tarde, en el transcurso del siglo xiv, debido a la aparición de nuevas necesidades y a los progresos realizados en el campo del comercio y las finanzas, los negocios fueron parcialmente liberados de esta sujeción al notario por medio de actas que podían ser selladas y garantizadas privadamente con sólo la firma de las partes actuantes, lo cual fue especialmente corriente para las letras de cambio.

Las necesidades específicas del comercio condujeron también a la creación de una ley internacional de comercio (*Lex Mercatoria*, *Jus Mercatorum*, *Ley Mercantil*) y a establecer regulaciones para el tráfico marítimo (*Rôles d'Oléron*, *Consulado del Mar*). Junto a estas regulaciones hubo jurisdicciones comerciales y marítimas específicas: en Inglaterra, la "Piepowder Court" o, más tarde, la "Chancery"; las cortes del Almirantazgo o los tribunales mercantiles de Venecia, Génova, Florencia, Pisa y Barcelona; el preboste de la Ombrière, en Burdeos. Era frecuente que estas cortes juzgasen a peregrinos, mercaderes y marinos por procedimientos enormemente expeditivos: "de un día al otro", "entre una marea y la siguiente", "en el espacio de tres mareas".

El transporte y los riesgos en él implicados. Los portazgos y otros factores podían contribuir a disminuir la atracción económica del transporte fluvial, pero su capacidad era mucho mayor (un carro transportaba menos de una tonelada, mientras que una barcaza podía transportar de 15 a 100 toneladas e incluso más) y, sobre todo, seguía siendo un medio más barato que el empleo de bestias de carga y

carros. El transporte por mar, cuya capacidad de carga era todavía mayor y que a menudo era el único medio posible, tenía, salvo para algunos productos, una ventaja todavía más asombrosa que puede ser comprobada mediante un par de comparaciones. A mediados del siglo xiv, el tráfico anual registrado en el portazgo de Jougne (3.000 fardos o 4.500 cántaros) era, según el profesor Heers, escasamente una cuarta parte de la carga que podía transportar un solo barco genovés de gran tamaño. En el siglo xv, el coste del transporte desde Ginebra hasta Asti era de 45 sueldos por cántaro, mientras que de Génova a Southampton, por mar, era sólo de 10 sueldos.

Las grandes carracas genovesas de mediados del siglo xv, con su aparejo bien dividido entre sus tres mástiles, constituyeron el final de una evolución en la cual el progreso en la construcción de navíos había permitido la de barcos muy grandes y muy maniobrables. Los pueblos mediterráneos permanecieron fieles a sus galeras, la mayor de las cuales, la galera mercante, *galeazza de mercanzia*, que viajaba hasta la Romania, Levante y Flandes, transportaba de 200 a 250 toneladas. Las de Venecia eran equipadas por el Estado y realizaban viajes organizados y relativamente seguros (los *mude*) llevando cargas valiosísimas. Pero tanto los venecianos como los genoveses permitieron la libre navegación (*navigazione libera*) y el tráfico ordinario a los navíos menores, tales como los equipados con aparejo latino del siglo xiii (los *cogs*, carracas y naves). Con la excepción de las grandes galeras que los genoveses —los cuales las reemplazaron por carracas—, los venecianos, los florentinos y los catalanes enviaban a Flandes e Inglaterra, había navíos de velas cuadradas que, con los nombres de naves, *koggen* y *bulks*, reinaban sin rival posible sobre el Atlántico y los mares vecinos. En el siglo xiv, los grandes barcos mercantes fueron adaptados a las mayores cargas que exigía la creciente expansión económica, y transportaron de 100 a 200 toneladas. Los *koggen* hanseáticos fueron el prototipo de estos navíos, y los barcos genoveses del siglo xv alcanzaron hasta las 800 o 1.000 toneladas. De todos modos, estos grandes buques nunca sustituyeron completamente a los pequeños navíos de menos de 50 toneladas, los cuales, técnica y económicamente, eran más flexibles y resultaban irremplazables para determinado tipo de comercio.

Los porcentajes de los fletes reflejaban en general los movimien-

tos de precios y servicios, y también variaban de acuerdo con las numerosas contingencias técnicas, económicas y políticas, especialmente según los riesgos que representaban el mar y los hombres. El coste del transporte de la lana entre Londres y Calais, en el siglo xiv, era sólo de un dos por ciento sobre el precio de compra; en cambio, este porcentaje, en el transporte del vino desde Gascuña hasta Inglaterra, en los siglos xiv y xv, oscilaba entre un 10 y un 50 por ciento. El transporte de la sal desde la "Bahía" de Bourgneuf a Danzig, en 1449, representaba el 50 por ciento sobre el precio del coste. En Génova, en 1462, los fletes de los grandes barcos contratados para los puertos del Mediterráneo o los de la Europa septentrional variaban desde un 0,4 para la seda y un 1,8 para las especias hasta el 13 por ciento para el plomo y el 16 por ciento (del precio de venta, en este caso) para el alumbre. "Éstos eran los tremendos resultados del control del transporte pesado que practicaban los genoveses" (Heers).

El equipo de los barcos, cuando no era controlado por el Estado (como sucedía en Venecia, aunque solamente con las galeras), generalmente provocaba la unión de los poseedores de acciones de este equipo (*carati, loca*) en el navío. El dueño del navío, tanto si tenía acciones como si no, era ante todo un comerciante interesado en el embarque, pero el capitán del barco, que frecuentemente poseía acciones de propiedad del navío, ganaba dinero con su propia carga privada, y de este modo podía ser a la vez, con pleno derecho, un comerciante ocasional o inveterado: *mercator et nauta*. Génova, Venecia, las ciudades hanseáticas, Londres, Hull y Bristol eran simultáneamente centros comerciales y puertos de equipo. No obstante, fue surgiendo una espontánea división de funciones que en cierto modo agrupaba, por una parte, a los grandes puertos comerciales que proporcionaban fletes y capital, y, por otra, a los pequeños puertos costeros que proporcionaban barcos y marinos. En esta última categoría se hallaban los puertos de Zeeland, Norfolk, Suffolk, Cornwall y Devon, Bretaña, Bas Poitou, Saintonge y Bayona, así como los del País Vasco y Cantabria. En cualquier caso, tanto los cargamentos como los propietarios de navíos aparecen en los contratos relativos al transporte marítimo: contratos de flete, conocimientos de embarque y las combinaciones de ambos.

La noción de riesgo estaba íntimamente relacionada con el transporte marítimo: riesgos del mar y especialmente por parte de los hombres —“*risicus et fortuna Dei, maris et gentium*—. Se hicieron grandes esfuerzos por disminuirlos mediante métodos empíricos basados directa o indirectamente en la idea de asociación. Junto con la agrupación de los propietarios de barcos, se realizaba la división de los cargamentos, distribuyéndolos en varios barcos y diferentes flotillas. “Mis especulaciones no van confiadas a un solo buque” (Shakespeare, *El mercader de Venecia*). Y es bien sabido que los barcos se hacían a la mar formando convoyes; los *mude* de Venecia, las flotillas de la lana, las flotillas del vino, con sus cientos de velas, y las flotillas de la “Bahía” (*Baienflotten*). Pero persistía la “navegación libre” y siempre había gente bastante osada para arriesgarse en viajes individuales. Sin embargo, el viento y las corrientes, las rutas obligadas y los pasos, así como la naturaleza estacional de la mayor parte de la economía, provocaban la reunión en grupos de tales barcos.

También se hizo un intento, de acuerdo con las costumbres de la mar, por disminuir los riesgos mediante el procedimiento de que todas las partes interesadas, propietarios del barco y del cargamento, compartiesen las pérdidas principales (*avaries-dommages*). Luego, en compensación por tan pesada carga, uno de los participantes, o a veces un tercero, se hacía responsable de los riesgos corridos por el otro o por los otros. Esto se practicaba de varias formas: con poderes, en ventas de productos en la mar que se hacían efectivas al tocar tierra y que viajaban a riesgo del vendedor (algo parecido a la moderna noción del C. I. F. = coste, seguro [*insurance* en inglés], flete), en préstamos marítimos que implicaban considerable riesgo, en préstamos de comercio marítimo o seguro, en ventas artificiales o ventas con derecho a nueva compra del barco o su cargamento (*emptio venditio*). Estos procedimientos eran los precedentes del interés del seguro marítimo mediante recurso a tercera parte, bien del barco mismo o de su cargamento. El desarrollo de tales procedimientos parece haber sido realizado por los genoveses, y los primeros ejemplos datan de 1350, pero su modelo fue probablemente el seguro terrestre de los florentinos. El coste de tal seguro variaba bastante. En Génova, a mediados del siglo xv, era generalmente de menos del 10

por ciento para un solo viaje: a veces era inferior al 7 por ciento, siendo incluso del 5,5 por ciento para un viaje entre Génova e Inglaterra. Estas cifras permiten reflexionar acerca de los progresos hechos por el seguro marítimo en la cobertura de riesgos, así como de los progresos en los conocimientos navales y la navegación.

Técnicas comerciales y financieras. La disminución, transferencia o, mejor aún, eliminación de los riesgos fue sólo uno de los factores, desde luego perjudiciales, que influyeron sobre las operaciones comerciales de cualquier clase. Pero éstas estaban también condicionadas por un considerable número de coerciones: las formas tomadas por el capital, el desarrollo del crédito, la facilidad y rapidez de las transacciones, cualesquiera que fuesen las distancias implicadas, los tipos de regulación y las facilidades de pago, el racional funcionamiento de las empresas. El ingenio de comerciantes y hombres de negocios descubrió procedimientos que, mejor o peor, fueron adaptándose a estas condiciones. No obstante, estos procedimientos eran relativamente imperfectos, por lo que fueron en este aspecto de primordial importancia las relaciones personales fundadas en la confianza, la buena reputación, una naturaleza honorable e incluso "la cortesía". En efecto, todas estas cualidades se incluían en el epíteto "hombre digno", u "hombre honorable", cuando se aplicaba a los ciudadanos —ciudadanos "de buena fama y de reputación sin tacha" (*bonae famae et illesae reputationis*)—. Para tales hombres, los juramentos hechos sobre los evangelios o sobre alguna reliquia constituían un método subsidiario de contrato y de prueba.

Las asociaciones estuvieron muy difundidas en la Edad Media, y en el terreno financiero y comercial proporcionaron capital, crédito y seguridad. La forma más simple de asociación fue la de dos hombres que tenían iguales intereses (*societas vera*) y se unían únicamente para una sola operación o un solo viaje, pero a veces la asociación tenía un carácter más duradero. En ocasiones un socio proporcionaba el capital, o la mayor parte del mismo, y el otro los servicios, o éstos y una pequeña parte del capital. Este tipo de asociación, o variantes del mismo, estuvo en uso en todos los países a lo largo de toda la Edad Media y mucho tiempo después. En Italia fue conocido como *commenda*, *societas maris* o *colleganza*; en Francia, como *commande*; en Gascuña, como *Cabau*, y en las ciudades hanseáticas, como

Sendeve, Wederlegginge o *gegenseitige Ferngesellschaft*. Estaba adaptado a un comercio y un crédito rudimentarios que implicaban grandes riesgos y considerables provechos, aparece muy generalizado hasta el siglo XIII y no desapareció hasta algún tiempo después.

Las grandes compañías comerciales y bancarias de Piacenza, Lucca, Siena, Pisa y, sobre todo, Florencia, durante los siglos XIV y XV, fueron de nivel muy distinto, tanto cronológica como técnicamente. Entre éstas se contaban las compañías de los Alberti, Scali, Acciaiuoli, Frescobaldi, Bardi, Peruzzi y Medici, y con ellas pueden compararse las *Grosse Gesellschaft* de Ravensburg (1380-1530). Algunas de estas firmas, como las de los Medici o las de Francesco di Marco Datini de Prato (que nos legó abundantes archivos con los que nosotros asociamos el nombre del profesor Melis), eran agrupaciones de asociaciones casi independientes en las que la familia dominante conservaba la parte más importante. Esta forma de asociación evitaba hasta cierto punto los riesgos que habían determinado el hundimiento de las centralizadas compañías florentinas del siglo XIV.

Pero estas poderosas compañías conservaban todavía algunas de las características de formas de asociación más elementales. En ellas no había realmente nada gigantesco, puesto que no tenían más de veinticinco o treinta asociados en conjunto. Se disolvían o reformaban a intervalos muy breves, en cada sesión de ajuste de cuentas. Su continuidad esencial estaba asegurada, ya que se basaban en la familia, y la continuidad de la familia que dominaba la compañía proporcionaba a ésta su misma razón de ser social. Reunían un considerable grupo de capital, conocido como el *corpo*, al que se unía un capital adicional (*sopracorpo* o *fuori del corpo*) compuesto por los beneficios reinvertidos y también por depósitos de sus asociados y de terceras partes, cada uno de los cuales recibía un interés fijo. Estas compañías, que no tenían personalidad jurídica distinta de la de cada uno de los asociados, constituían lo que nosotros denominaríamos compañías de responsabilidad, siendo los asociados "responsables respecto a terceras partes de sus mercancías y teniendo responsabilidad ilimitada para cada una de las deudas de la compañía" (Renouard). Con la creación de las compañías de responsabilidad limitada reconocidas por la ley en Florencia en 1408, los asociados pasivos de las compañías dejaron de tener responsabilidad ilimitada, y gracias a

ello su número se acrecentó notablemente.

Todavía más moderna es la forma de las agrupaciones de hombres para poner barcos en servicio, barcos cuya propiedad era dividida en acciones (*partes, loca, carati, sortes*), sobre todo los "compere" y "maone" de Génova en los siglos xiv y xv. Estas dos instituciones, que se reunieron en 1407 para formar la *Casa di San Giorgio*, eran agrupaciones de acreedores del Estado. Parte de las rentas públicas les eran garantizadas como fianza y como pago de intereses, y en el caso de los "maone" estos ingresos podían provenir de la explotación de tierras en el extranjero. Los documentos librados a los socios (*loca, luoghi*) eran propiedad personal negociable; no eran acciones en el estricto sentido de la palabra, y el interés acumulado no constituía dividendos propiamente dichos. Sin embargo, estas sociedades muestran ya varias de las características de las modernas sociedades por acciones.

En ciertos aspectos, las "maone" se parecen a las compañías coloniales de los tiempos modernos. Pero, algunas de éstas, las "compañías reguladas", surgieron de otro modelo, del que la Edad Media ofrece también numerosos precedentes. La Hansa germánica surgió como una agrupación de mercaderes, de modo semejante a los "negociantes" y los "mercaderes aventureros", o incluso, a un nivel más humilde, como las *societas navium baiocensium* y las "hansas" de río, tales como los "mercaderes del agua" de París y los mercaderes que frecuentaban los ríos Loira (siglo xiv) y Garona (hacia 1470). Todas ellas fueron creadas sobre el modelo de los gremios, hansas, corporaciones, compañías y fraternidades de mercaderes. Como asociaciones de trabajadores, sentían la necesidad de obtener protección económica y material, la cual les era asegurada mediante privilegios y monopolios. Estas compañías, creadas o confirmadas a veces por cartas reales, eran agrupaciones no de capital, sino de comerciantes individuales que se sometían a ciertas leyes comunes respecto a precios, cantidades, fletes y cargamentos, organización de convoyes y disputas entre miembros del grupo. Así llegaban a disfrutar de un monopolio en su área de influencia y les era garantizado un tipo determinado de tráfico.

En ciertos casos, las asociaciones ofrecían también los medios de asegurar la representación comercial, una idea que en la Edad Media

progresó pese a los innumerables obstáculos legales que se le oponían. Así pues, el socio viajero tomaba el lugar del socio pasivo. Un mercader sedentario podía también delegar desde lejos, a bordo de una nave o en tierra, en un agente, dependiente, servidor o simplemente colega para una operación determinada (*quant a ce*). El poder de tales hombres procedía de una procuración que, a falta de otro título mejor, recibía el solemne y fundamental de representación comercial. Con el progreso de la organización del comercio y de las técnicas comerciales, los representantes sedentarios y los corresponsales fueron sustituidos por agentes ocasionales móviles: agentes del *Ferngesellschaft*, posaderos y corredores (frecuentemente ambas funciones iban unidas) que necesariamente representaban a mercaderes extranjeros y estaban, por lo tanto, predispuestos a realizar este tipo de trabajo. La solución más racional y, al mismo tiempo, más moderna era la de establecer sucursales permanentes y agencias en los principales centros comerciales, y esto era lo que hacían las compañías comerciales y bancarias. En el siglo xiv, las principales compañías de Florencia estaban representadas en Barletta, Bolonia, Génova, Nápoles, Perugia, Venecia, Aviñón, Brujas, Londres y París, y muchas de ellas tenían sucursales en muchos otros sitios. Entre 1440 y 1450, los Medici abrieron sucursales en Roma, Nápoles, Venecia, Ginebra, Pisa, Londres, Aviñón, Milán y Lyón. Las oficinas de la *Grosse Gesellschaft* de Ravensburg estaban esparcidas por toda Alemania, Suiza, Flandes, Francia, Italia y España. Las ciudades hanseáticas no poseían nada comparable a esta organización, pero tenían oficinas (*Kontore*), con delegaciones permanentes en Novgorod, Bergen, Brujas y Londres (la *Steelyard*), que daban resultados equivalentes en su área de representación.

La dirección del comercio a distancia y la existencia de un verdadero mercado internacional presuponen el desarrollo de la correspondencia comercial y la existencia de una red de información. Una vez más, también en este terreno nos proporciona Italia el modelo, con sus cartas privadas (*lettere private*), cartas de compañías (*lettere di compagnia*) y sus correos, por ejemplo la *Scarsella* de las compañías florentinas, en la segunda mitad del siglo xiv. Por todas partes, de modo más o menos amplio, las cartas sustituyeron a los contactos directos y a los acuerdos notariales.

Este tardío triunfo de la correspondencia privada sobre los instrumentos públicos fue debido, entre otros medios, al uso de las letras de cambio, las cuales aportaron una nueva solución a los irritantes problemas determinados por las transferencias de moneda, y a los métodos de pago, cambio y crédito.

El trueque mediante el cual, por ejemplo, el vino de Gascuña podía ser cambiado por telas inglesas, pescado o estaño, era un modo de soslayar las dificultades del transporte y cambio de dinero en efectivo, pero este rudimentario procedimiento sólo podía tener un uso muy limitado, y así la gran mayoría de los negocios sufrían de un modo u otro las imperfecciones del sistema monetario. Entre estos inconvenientes pueden enumerarse las falsificaciones, la inestabilidad de la moneda debida a las mutaciones que le infligían los gobernantes, la extraordinaria variedad de monedas surgida de la fragmentación del orden feudal y de la usurpación de los derechos de acuñación, la inadecuada relación existente en los cambios entre monedas de oro y plata, y la escasez de metales, en unas épocas más aguda que en otras, pero casi siempre endémica en toda Europa.

No obstante, había algunas monedas, casi todas de oro, que constituían el agente por excelencia del comercio internacional, con un valor seguro, estable y universalmente aceptado, por lo que eran utilizadas como moneda internacional. Tales eran el *gros* veneciano, el *gros tournois* de San Luis, el *gros* de Flandes y el *groat* de Eduardo III de Inglaterra, entre las monedas de plata; entre las de oro, se hallaban los florines de Florencia y Génova, el ducado veneciano, el escudo de oro frances y, en Inglaterra, el *noble* de Eduardo III y, más tarde, el *rose-noble* y el *angel*.

Las fluctuaciones en el porcentaje de los cambios entre el oro y la plata, los distintos índices de depreciación de las varias monedas y la necesidad de una moneda como común denominador, planteaban la necesidad del uso de una unidad dineraria para llevar la contabilidad. Existían las libras francesa e inglesa, el *Pfund* alemán, la *lira di ducato* veneciana, la *lira di buona moneta* genovesa, el *fiorino di fiorino* o *lira a fiorino* florentina, el escudo de Flandes y sus submúltiplos *sous* y *deniers*. Estas monedas fuertes para la contabilidad estaban respaldadas por las monedas reales, que se hallaban o se habían hallado en circulación: *deniers*, *groats*, florines y ducados. De

este modo, muchas transacciones podían ser contabilizadas en los libros sin necesidad de dinero contante y sonante.

El sistema utilizado para establecer la compensación entre deudores y acreedores en las ferias de Champaña y, todavía más, el uso de liquidaciones bancarias (*giro di partita*) y la garantía de los banqueros a los descubiertos de sus clientes, llevaron en el siglo XIII a la creación de una verdadera moneda bancaria. Más tarde, en el primer cuarto del siglo XIV, comenzó a usarse el papel moneda en la forma de cheques y letras de cambio.

Los orígenes, la evolución y las características de tales letras son ahora bien conocidos, gracias a la labor del profesor Raymond de Roover. Su base general es, desde luego, un contrato para el cambio y transferencia de fondos, y su carácter más preciso se deriva del efecto de contra-cambio, a modo de negocio a crédito en el cual el interés quedaba oculto en el porcentaje del cambio, siendo éste más elevado en los lugares que detentaban "la cabeza del cambio" y marcaban las cotizaciones "seguras", que en aquellos que marcaban las cotizaciones "inseguras". La moneda de las primeras constituía el tipo o modelo y era cambiada contra un número variable de monedas de los lugares que daban cotizaciones inseguras. Así, en Brujas el ducado respondía por un variable número de *groats* flamencos, pero, por otra parte, constituía la cotización segura (el escudo) de Londres y Barcelona. Estas operaciones fueron del agrado de los teólogos, quienes no prestaban atención al interés oculto en los porcentajes de cambio. Pero, para compensar esta benevolencia, condenaban severamente el "cambio seco" o *ricorsa*, donde el porcentaje de cambio futuro era predeterminado de modo arbitrario por las partes interesadas.

La práctica del endoso se produjo posteriormente para dar a la letra de cambio todos los rasgos del papel moneda. Esto se debió producir bastante más tarde de lo que suele suponerse, tal vez a mediados del siglo XV, puesto que un temprano ejemplo ha sido señalado en 1430. Por otra parte, las órdenes obligatorias no eran meras notas promisorias, ya que eran pagaderas al portador o a su representante y únicamente a ellos.

El crédito se alimentó también de otras varias fuentes, utilizando procedimientos a menudo más antiguos y sumarios que las le-

tras de cambio. La "commenda" representaba la apertura de una relación de crédito entre el hombre que la concedía y el que la recibía. La mayor parte de las ventas de productos que formaban la red del comercio internacional eran hechas a crédito. Algunas veces el crédito era garantizado por el comprador al vendedor, como sucedía con las compras italianas de la lana inglesa, pero era más frecuente el otro tipo de crédito. El comercio de la lana inglesa que practicaba la familia Cely a mediados del siglo xv se basaba en una cadena completa de operaciones de crédito. La venta en el mar de un cargamento que viajaba a riesgo del vendedor dependía a la vez de los seguros y del crédito. Esto estaba relacionado con los préstamos marítimos "al mayor riesgo" que se derivaban del *foenus nauticum antiquae* y combinaban el seguro y el crédito; el pago dependía de la arribada sana y salva del barco (*sana eunte nave*) o del éxito del viaje. Esta forma de préstamo estuvo en uso en el Mediterráneo a partir del siglo xii y ha sobrevivido en todos los puntos costeros de Europa hasta la actualidad. Tuvo numerosas variantes: préstamos sobre el casco del buque, garantizados al dueño del navío para su equipo, provisión de avíos y reparaciones; préstamo del cambio marítimo (*cambium maritimum, cambium traiecitium*), en el cual el interés quedaba disimulado en la tarifa de cambio; préstamo del seguro, garantizado generalmente por el propietario del barco al propietario de la carga, gracias a lo cual el seguro no debía ser pagado hasta que el barco hubiera llegado a su punto de destino (21 días después, según los *Rôles d'Oléron*), de modo que así aportaba una garantía de crédito. Por otra parte, no parece que las ventas de rentas, que se han intentado identificar con préstamos encubridores del interés, fuesen en realidad instrumentos de crédito.

Según ha demostrado el profesor Postan utilizando las listas e inventarios que registran las operaciones de crédito de los mercaderes ingleses, la parte relativa desempeñada por el crédito en el marco del volumen total del comercio medieval era verdaderamente considerable. A fines del siglo xiii, los préstamos de una firma lombarda en Inglaterra alcanzaban una cifra de 1.100 libras, contra las 1.400 libras que constituían el resto de su capital; y, en 1424, la herencia dejada por William Lynn, un mercader de fibras textiles, contenía préstamos pendientes de pago por valor de 3.027 libras, de un total

de 4.842 libras, 7 chelines y 2 peniques. La misma observación podría hacerse respecto a varios mercaderes gascones del mismo período, y a un nivel más elevado podemos hacer notar que en el testamento del dux Rinieri Zeno (cuando murió, en 1268), que ascendía a la suma de 50 mil *lire di piccioli*, los préstamos importaban cerca de la mitad del total.

El desarrollo del crédito postulaba un desarrollo correspondiente de la banca. El toque de difuntos para los judíos, que habían sido los grandes prestamistas de la Alta Edad Media, sonó en muchos ámbitos: en el progreso económico general, en el éxito comercial y financiero de los italianos, en la práctica indirecta de la usura (dinero prestado a interés) por los cristianos, en la persecución y, finalmente, en las expulsiones (en 1182 y 1306 en Francia, en 1290 en Inglaterra y en 1370 en los Países Bajos). La sospecha que despertaban fue transferida a las “mesas de préstamos” de los lombardos y los cahorsinos, que prestaban sobre seguro, usando su propio capital y especializándose en préstamos para el consumo. Estos cambistas de moneda eran ciudadanos del lugar en que ejercían su oficio, no extranjeros como sus antecesores; y, en contraste con éstos, elevaron el nivel de su negocio desde el simple cambio manual hasta el de operaciones de banca propiamente dichas. Recibían depósitos de individuos particulares, y trabajaban sobre autorización verbal por medio de transferencias y movimientos compensatorios en sus libros diarios y mayores. Estos libros tenían la misma autoridad que los registros notariales y al igual que ellos eran garantizados por el cuidado y supervisión de la autoridad pública. Operando de acuerdo con el principio de la reserva fraccional y utilizando los excedentes de sus depósitos en diversos tipos de inversiones, estos banqueros, prestamistas de dinero, cubrían los descubiertos de sus clientes, y de este modo, así como con sus liquidaciones, pudieron crear la moneda “fiduciaria” de las operaciones bancarias. Con algunas variantes, éste fue el modo de actuar de los cambistas de moneda de los *banchi di scritta* de Venecia, lo mismo que los del mercado nuevo y el mercado viejo de Florencia y los *bancarii* de la Piazza Bianchi de Génova. Entre los últimos nombrados, fueron notables los Lomellini, cuyos libros muestran diversas analogías con los de los banqueros y cambistas de moneda de la “Halle d’Eau” de Brujas, como

Collard de Marke y Guillaume de Ruyelle (1366-1370), que nos son familiares gracias a la obra ya clásica del profesor R. de Roover.

A un nivel distinto del de estos bancos locales, la banca fue también sostenida por los banqueros-mercaderes de las grandes firmas italianas, que añadían esta forma de actividad a sus empresas comerciales e industriales.

Gracias a las sucursales que estas compañías tenían en los centros comerciales más importantes y a las ferias de Lyon y Ginebra, sus operaciones tuvieron carácter internacional. Estos grandes banqueros garantizaban no sólo los cambios de mano a mano, sino también el mercado de letras de cambio. Al mismo tiempo, como retribución de un doble provecho ("pro portagio et cambio") y sin que se produjese ningún movimiento de efectivo, transferían el dinero a sus clientes y hacían transacciones entre uno y otro lugar. Entre sus clientes más importantes, en el siglo XIV, se hallaba la corte papal de Aviñón, cuyas transferencias de fondos completaban las de las compañías, según ha demostrado claramente Yves Renouard.

Se ha dicho que el *sopracorpo* de las compañías daba la bienvenida a los fondos de una multitud de depositarios. Gracias a esta acumulación de capital, estas compañías se convirtieron en poderosas empresas de crédito.

El primer lugar entre los consumidores y usuarios del crédito lo ocupaban los papas, reyes y magnates, que eran muy insistentes y a los que a menudo no se podía negar lo que solicitaban. Las firmas genovesas adelantaron unas 80 mil libras de París al rey Luis IX para su cruzada en Egipto, y sus deudas eran suscritas por los hombres de Piacenza. Los banqueros güelfos, exilados de Florencia y Siena, financiaron la cruzada de Carlos de Anjou en 1265, prestándole unas 250 mil libras *tournois* a considerable riesgo. Entre 1372 y 1376, los Alberti Antichi prestaron más de 400 mil florines al papa Gregorio XI. Los Riccardi, Frescobaldi, Bardi y Peruzzi prestaron inmensas sumas a los reyes de Inglaterra. En el momento en que las dos últimas compañías mencionadas hicieron bancarrota, el rey Eduardo III les debía 900 mil y 600 mil florines respectivamente. Según Villani, estas deudas valían un reino lo cual en este caso no era sólo una imagen literaria. Más tarde, los préstamos de los Portinari a Carlos el Calvo, María de Borgoña y Maximiliano

contribuyeron a la liquidación de la sucursal del banco de los Medici en Brujas, una adversidad prácticamente diaria. En contrapartida, podemos señalar sus privilegios legales, la exención de cargas sobre la exportación, la venta que se les hacía de aduanas y los beneficios derivados de la acuñación de moneda, e incluso ocasionales devoluciones de lo prestado; privilegios y beneficios que, sin embargo, no siempre compensaban lo que se les debía ni los salvaban de la bancarrota, destino normal de estas grandes operaciones a la vez peligrosas e insoslayables. Los numerosos acreedores del Estado, muchos de ellos de escasos medios financieros, estaban mejor protegidos en Génova, donde en el siglo xv las devoluciones de las deudas contraídas estaban garantizadas por la Casa y el Banco de San Jorge, fundado en 1408. Venecia, Florencia (el "Monte") y Milán tuvieron cada una su respectiva institución equivalente.

Pero los grandes comerciantes-banqueros seguían haciendo sus principales operaciones con los mercaderes e industriales a los que concedían crédito bien fuera mediante entradas en sus libros, bien por la compra de sus letras de cambio. El principal negocio de los más importantes bancos internacionales era el mercado de estos medios de crédito y especulación.

Así pues, en los siglos xiv y xv existía un genuino mercado de dinero. Éste comprendía, geográficamente, los principales centros comerciales (relacionados más arriba, en la página 344), donde las compañías comerciales y bancarias tenían sucursales que operaban con valores en papel. Como todo mercado gobernado por las leyes de la oferta y la demanda, el mercado de dinero estaba sujeto a fluctuaciones estacionales, e incluso cíclicas, relacionadas con la abundancia o la escasez de moneda, que ocasionaban la alternativa de períodos de escasez (*strettezza*) con otros de plenitud (*larghezza*), la contracción y expansión del crédito, y el que la moneda fuese más barata o más cara. El movimiento de los cambios reflejaba estas fluctuaciones y estaba gobernado también por la tarifas de interés oculto y por una serie de factores: las fluctuaciones monetarias, el balance de cuentas entre dos lugares distintos y la especulación.

El mercado del dinero no dependía, en sentido estricto, del comercio, puesto que, en las cuentas de los grandes comerciantes-banqueros, la cantidad de las operaciones de cambio era mayor que la de

los negocios comerciales. La mayor parte de los negocios hechos a través de letras de cambio —préstamos en los que el interés estaba disimulado en las tarifas de cambio y recambio y en la especulación— eran puramente financieros y planeados para simular una devolución de capital. El trabajo bancario de estas compañías, por los beneficios que producía, llegó a adquirir preeminencia sobre las actividades estrictamente comerciales. Este punto puede ser observado en la carrera de Jacques Coeur, comerciante, propietario de barcos e industrial, pero sobre todo financiero y el “gran prestamista de dinero” de un reino. Pidiendo préstamos él mismo, llegó a adelantar al rey de Francia 100 mil escudos (150 mil libras *tournois*) para la reconquista de Normandía. Realmente, un mundo en el cual los directores de operaciones ya no son industriales y comerciantes, sino banqueros, tiene un aspecto verdaderamente moderno.

El desarrollo de esta compleja organización de negocios requería el perfeccionamiento de las técnicas de contabilidad, y en este ámbito, como en tantos otros, los italianos fueron los grandes innovadores. Sobre la base de un registro de los Massari de Génova, de 1340, se adjudicó a los genoveses la invención de la contabilidad por partida doble, que Sombart consideraba la piedra de toque del capitalismo moderno. Pero recientemente el profesor Melis ha descubierto un registro de doble entrada de 1336, en los archivos de un banco de Pisa. De este modo ha podido reconstruir la aparición de esta técnica en Florencia en el primer tercio del siglo xiv y ha mostrado los pasos seguidos en su desarrollo desde las ferias de Champagne y el libro de cuentas de Rinieri Fini (1296-1305).

En los siglos xiv y xv, junto a las nuevas artes comerciales y bancarias, se inventaron métodos para instruir a los hombres que las practicaban. El aprendizaje del arte de los negocios tomó la forma de un entrenamiento práctico al servicio de un mercader (a veces un miembro de la misma familia) o de una firma. Manuales tales como el famoso *Pratica della mercatura* de Francesco di Balduccio Pegolotti (1310-1342) o el de Giovanni di Antonio di Uzzano (1442) intentaban reunir y presentar estas experiencias; pero la práctica de los negocios tendió siempre a basarse en el conocimiento teórico, en la aritmética y el cálculo. Este último había progresado enormemente en el siglo xiii, gracias al uso del cero, de los numerales árabes

y de la colocación de las cifras en posiciones fijas y determinadas. La simplificación de los registros, producida en el siglo xiv gracias al uso de la datación "moderna" (1.º de enero, etc.) y a la medida del tiempo, realizada con toda precisión mediante la división del día y de los relojes en 12 o 24 horas iguales, son también testimonios de un nuevo espíritu, el del número y la precisión, que aparece en la crónica de Giovanni Villani, el espíritu de la planificación, la contabilización y la dirección científica de los negocios. Éstas son las devociones implícitas en el moderno culto a Mammon, un mundo separado de los ideales religiosos de la Edad Media cristiana.

BIBLIOGRAFÍA

La extensión de este tema es tal, que aquí sólo podemos ofrecer una introducción a su bibliografía. Hay datos bibliográficos muy completos en la mayoría de las obras citadas, especialmente en la *Cambridge Economic History*, y a tales bibliografías remitimos al lector para las obras generales. Y, puesto que las finanzas y el comercio implican cambios, cada área y cada parte del tema están inextricablemente unidas unas a otras. Así pues, aparte de su tema fundamental, casi todas las obras especializadas hacen referencia a puntos de importancia general. Todas estas obras, sin excepción alguna, son recomendables, en particular las obras ya clásicas de Henri Pirenne, los historiadores italianos como A. Saporì y G. Luzzatto y el historiador francés Y. Renouard, quien ha sido el gran animador de la investigación acerca del comercio y las finanzas de la Edad Media.

1. MERCANCÍAS Y RUTAS COMERCIALES

El mundo mediterráneo

W. Heyd, *Geschichte des Levantehandels in Mittelalter*, Stuttgart, 1879; A. Schaure, *Handelsgeschichte der romanischen Völker des Mittelmeergebiets bis zum Ende der Kreuzzüge*, Munich-Berlín, 1906. Es-

tas dos antiguas obras siguen teniendo especial importancia debido a su información factual.

C. M. Cipolla, *Money, prices and civilisation in the Mediterranean World*, Princeton, 1956. Esta obra está perfectamente acorde con las promesas de su título.

R. S. López y I. W. Raymond, *Medieval Trade in the Mediterranean World. Illustrative documents translated with introductions and notes*, Nueva York, 1955. La selección de textos, los comentarios, las notas y la bibliografía que proporciona convierten este libro en una obra indispensable.

R. H. Bautier, "Les grands problèmes politiques et économiques de la Méditerranée médiévale", *Revue Historique*, 1965. Véase también *Les navigations méditerranéennes et leurs liaisons continentales, XI^e-XVI^e siècle*, Actas de la 11.^a Conferencia internacional de Historia marítima, Bari, 1969.

I. Italia y la Diáspora

La preeminencia económica de Italia y la ubicuidad de los italianos han determinado numerosas obras que estudian este fenómeno de importancia general. Incluso desde sus campos particulares, las obras de Cipolla, De Roover, Doehaerd, López, Luzzatto, Melis, Renouard y Saporì constituyen una importante contribución a la historia de las finanzas y el comercio europeos en la Edad Media.

F. Carli, *Storia del commercio italiano*, 2 vols., Padua, 1934-1936.

R. Cessi, *Le colonie medievali in oriente*, Bologna, 1942.

G. Luzzatto, *An Economic History of Italy from the Fall of the Roman Empire to the beginning of the Sixteenth Century*, trad. inglesa de P. J. Jones, Londres, 1961.

A. Saporì, *Le Marchand Italien au Moyen Âge*, París, 1952. Esta obra, indispensable, comprende cuatro conferencias y una muy completa bibliografía. Junto a este libro debemos mencionar el de Y. Renouard, *Les hommes d'affaires Italiens du moyen âge*, nueva edición preparada por B. Guillemain con las notas del autor, París, 1968.

C. M. Cipolla, *Storia dell'economia italiana. Saggi di storia economica*, vol. I, Turín, 1959.

II. Las grandes ciudades italianas

Venecia: G. Luzzatto, *Storia economica di Venezia, dall'XI al XVI secolo*, Venecia, 1961.

Génova: E. H. Byrne, *Genoese shipping in the 12th and 13th centuries*, Cambridge, Mass., 1930.

R. Dochaerd, *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont d'après les archives notariales génoises, aux XIII^e et XIV^e siècles*, 3 vols., Bruselas-Roma, 1941. Esta selección de documentos tiene una introducción interesantísima.

J. Heers, *Gênes au XV^e siècle: activité économique et problèmes sociaux*, París, 1961. Este libro, con sus mapas y gráficos, contiene una gran cantidad de información cuantitativa acerca del volumen y las fluctuaciones del comercio genovés. Corrige muchas ideas preconcebidas acerca del comercio a fines de la Edad Media y es fundamental para este período.

Florenzia: A. Doren, *Studien aus der florentiner Wirtschaftsgeschichte*, 2 vols., Stuttgart-Berlín, 1901-1908; R. Davidsohn, "Der florentiner Welthandel des Mittelalters", *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1929.

Milán: G. Franceschini, *Storia di Milano*, 4 vols., Milán, 1954; C. M. Cipolla, *L'Economia milanese. I movimenti economici generali, 1350-1500*, Milán, 1957.

III. Bizancio

Entre las obras recientes, las más interesantes son las siguientes: F. Thiriet, *La Romanie vénitienne au moyen âge. Le développement de l'exploitation du domaine colonial vénétien (XII^e-XV^e siècles)*, París, 1959; H. Ahrweiler, *Byzance et la mer*, París, 1966.

IV. Provenza y el Languedoc

G. Rambert (dir.), *Histoire du commerce de Marseille*, vols. I y II, París, 1949-1951; L. J. Thomas, *Montpellier, ville marchande. Histoire économique et sociale*, Montpellier, 1936.

V. *La Península Ibérica*

J. Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, 4 vols., Barcelona, 1957-1959; *An Economic History of Spain*, trad. al inglés por F. M. López Morillas, Princeton, n.º 4, 1969³.

Cataluña: C. Verlinden, "La place de la Catalogne dans l'histoire commerciale du monde méditerranéen", *Revue des cours et conférences*, 1937-1938; "The Rise of Spanish Trade in the Middle Ages", *Econ. H. R.*, 1948.

C. Carrere, *Barcelone, centre économique à l'époque des difficultés, 1380-1482*, 2 vols., París-La Haya, 1967.

Portugal: A. Castro, *A evolução económica de Portugal dos séculos XII a XV*, Lisboa, 1964.

El norte de Europa

A. R. Lewis, *The Northern Seas: shipping and commerce in Northern Europe A.D. 300-1100*, Princeton, 1958.

I. *Flandes, Países Bajos, Brujas y Amberes*

L. Genicot y otros, *Histoire de Belgique*, Tournai, 1961.

R. Haepke, *Brugges Entwicklung zum mittelalterlichen Weltmarkt*, Berlín, 1908.

J. A. van Houtte, "La genèse du grand marché international d'Anvers à la fin du Moyen Âge", *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 1940; "Bruges et Anvers, marchés 'nationaux' ou 'internationaux' du XIV^e au XVI^e siècle", *Revue du Nord*, 1952.

H. van Werveke, *Bruges et Anvers. Huit siècles de commerce flamand*, Bruselas, 1944.

II. *La Hansa y el Este*

E. Dacnell, *Die Blütezeit der Deutschen Hanse...*, 2 vols., Berlín, 1905-1906.

K. Pagel, *Die Hansa*, Berlín, 1942.

P. Dollinger, *The German Hansa*, trad. inglesa de D. S. Ault y S. H. Steinberg, Londres, 1970.

Estas dos obras tratan el tema con gran lucidez.

L. K. Goetz, *Deutsch-Russische Handelsverträge des Mittelalters*, Lübeck, 1922; M. Malowist, "Poland, Russia and Western Trade in the Fifteenth and Sixteenth Centuries", *Past and Present*, 1958.

III. Inglaterra

Además de la *Cambridge Economic History*, véanse las obras siguientes:

E. Lipson, *Economic History of England*, vol. I, Londres, 1956¹¹; el elevado número de ediciones de este libro demuestra la necesidad que había de una obra de este tipo.

E. Carus-Wilson y O. Coleman, *England's Export Trade, 1275-1547*, Oxford, 1963.

E. Power y M. M. Postan, *Studies in English Trade in the Fifteenth Century*, Londres, 1933.

E. Carus-Wilson, *The Overseas Trade of Bristol in the later Middle Ages*, Bristol, 1937.

Las tres últimas obras se basan en gran parte en una utilización, realizada con gran maestría, de la única prueba existente de las cuentas aduaneras. Su información estadística es de cardinal importancia para la Baja Edad Media. Véanse además los ensayos recopilados de E. Carus-Wilson, *Medieval Merchant Venturers*, Londres, 1967².

IV. Francia

F. Levasseur, *Histoire du Commerce de la France*, vol. I, París, 1911. Aparte de esta obra, ya anticuada, no existen estudios generales acerca del comercio en Francia, pero para la Baja Edad Media hay una serie de excelentes monografías que, entre todas, cubren buena parte del tema; por ejemplo, M. Mollat (Normandía), H. Touchard (Bretaña), C. Higounet y J. Bernard (Burdeos), P. Wolff (Toulouse) y J. Schneider (Metz). Las ferias de Champaña constituían asimismo vínculos que unían a Francia con las grandes rutas comerciales internacionales.

V. *Las ferias y las rutas comerciales*

F. Bourquelot, *Études sur les foires de Champagne aux XII^e, XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1865.

G. Bourquelot, *Les Foires de Champagne*, Memoires de l'Académie des Sciences et Belles Lettres, París, 1938.

R. H. Bautier, "Les Foires de Champagne", en *La Foire*, Société Jean Bodin, Bruselas, 1953; y sus "Les registres des foires de Champagne", *Bulletin Philologique et Historique*, 1942-1945 (también publicado en separata).

M. Brésard, *Les foires de Lyon aux XV^e et XVI^e siècles*, París, 1914.

A. Schulte, *Geschichte des mittelalterlichen Handels und Verkehrs zwischen Westdeutschland und Italien mit Ausschluss von Venedig*, Leipzig, 1900.

J. T. Tyler, *The Alpine Passes in the Middle Ages*, Oxford, 1930.

V. Chomel y J. Ebersolt, *Cinq siècles de circulation internationale vue de Jougne: un péage jurassien du XIII^e aux XVIII^e siècle*, París, 1951.

Los principales artículos comercializados

A. Saporì, *I beni del commercio internazionale*, en *Studi di storia economica...*, Florencia, 1955.

E. Power, *The Wool Trade in English Medieval History*, Oxford, 1941.

H. Laurent, *Un grand commerce d'exportation au moyen âge. La draperie des Pays-Bas en France et dans les pays méditerranéens: XII^e-XV^e siècles*, París, 1935.

A. P. Usher, *The History of the Grain Trade in France, 1400-1710*, Cambridge, Mass., 1913.

P. Wolff, "Un grand commerce médiéval; les céréales dans le bassin de la Méditerranée occidentale", en *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1959.

Entre una inmensa cantidad de artículos acerca del comercio de

vinos, véanse los de Y. Renouard en *Études d'Histoire Médiévale*, y también los siguientes:

J. Cracybeckx, *Un grand commerce d'importation: les vins de France aux anciens Pays-Bas: XIII^e-XVI^e siècle*, París, 1958. Acerca del comercio del vino gascón con Inglaterra, la obra fundamental es la tesis, no publicada, de M. K. James, "The Non-Sweet Wine trade of England during the Fourteenth and Fifteenth Centuries", tesis de licenciatura, Oxford University, 1952.

Estas obras muestran claramente que los productos principales del comercio internacional eran bienes pesados, dirigidos a un vasto mercado.

2. ORGANIZACIÓN, TÉCNICAS COMERCIALES Y FINANCIERAS

Métodos de transporte

J. F. Willard, "Inland Transportation in England during the Fourteenth Century", *Speculum*, 1926.

P. M. Mantellier, *Histoire de la communauté des marchands fréquentant la rivière de la Loire*, 3 vols., Orléans, 1854-1869.

R. Dion, "Orléans et l'ancienne navigation de la Loire", *Annales de Géographie*, 1938.

G. Fourquin, "La batellerie à Paris au temps des Anglo-Bourguignons (1418-1436)", *Le Moyen Âge*, 1963.

F. Lane, *Venetian Ships and Shipbuilders of the Reannnaissance*, Londres, 1934; excede en parte del período estudiado, pero es una obra indispensable.

T. Sottas, *Les messageries maritimes de Venise aux XIV^e et XV^e siècles*, París, 1938.

J. Bernard, *Navires et bens de mer à Bordeaux (vers 1400-vers 1550)*, 3 vols., París, 1968.K

Hay una verdadera mina de información acerca de barcos en una magnífica publicación periodica, el *Mariner's Mirror*. Contiene artículos y referencias acerca de las obras de los grandes especialistas ingleses, en particular las de R. C. Anderson. Véanse también los "Proceedings of the International Conference of Marine History",

publicados bajo la dirección de M. Mollat. Acerca de los *kogge*, el prototipo de los grandes buques mercantes de los siglos xiv y xv, véase P. Heinsius, *Das Schiff der Hansischen Frühzeit*, Weimar, 1956. En 1962 se produjo el gran descubrimiento de un *kogge* enterrado en el barro del río Weser, lo que produjo el excelente estudio, *Die Bremer Hanse-Kogge*, Bremen, 1969.

Técnicas comerciales y financieras

I. General

Acerca de las prácticas notariales y de los notarios, así como de los tratos comerciales en general, véanse varias de las obras ya mencionadas: Dochaerd (1941), Saporì (1952), López y Raymond (1955), y Renouard (1968). Véase además: A. E. Sayous, "Les transformations des methodes commerciales dans l'Italie médiévale", *Annales* (1929).

II. Dinero y precios

M. Bloch, "The problem of gold in the middle ages", en *Land and Work in Medieval Europe*, trad. al inglés por J. E. Anderson, Londres, 1967; y también "Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europa", *Cahiers des Annales* (1954).

M. Lombard, "L'or musulman du VII^e au XI^e siècles", *Annales*, E. S. C. (1947).

H. van Werveke, "Monnaie de compte et monnaie réelle", en la recopilación de sus obras *Miscellanea Mediaevalia*, Gante, 1968.

E. J. Hamilton, *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragon and Navarre 1351-1500*, Cambridge, Mass., 1936.

R. Romano, "Les prix au Moyen Âge; dans le Proche-Orient et dans l'Occident Chrétien", *Annales*, E. S. C. (1963).

III. Finanzas y Banca

G. Unwin, *Finance and Trade under Edward III*, Machester, 1918.

M. M. Postan, "Credit in Medieval Trade", en *Essays in Economic History*, ed. E. Carus-Wilson, vol. I, Londres, 1954.

J. G. Dillen y otros, *History of the Principal Public Banks accompanied by Extensive Bibliographies of the History of Banking and Credit*, La Haya, 1934.

R. de Roover, *Money, Banking and Credit in Medieval Bruges*, Cambridge, 1948.

C. M. Cipolla, *I movimenti dei cambi in Italia del secolo XIII al XV*, Pavia, 1948; R. de Roover, *L'évolution de la lettre de change (XIV^e-XVIII^e siècles)*, París, 1952-1953.

M. Mollat, *Les affaires de Jacques Coeur: Journal du procureur Dauvet*, 2 vols., París, 1952-1953.

IV. *Compañías comerciales y bancarias*

A. Saporì, *La crisi delle compagnie mercantili dei Bardi e dei Peruzzi*, Florencia, 1936.

Y. Renouard, *Les relations des Papes d'Avignon et des compagnies commerciales et bancaires de 1316 à 1378*, París, 1941.

R. de Roover, "The Story of the Alberti Company of Florence 1302-1348", *Business History Review*, 1958; y su libro *The Rise and Decline of the Medici Bank: 1397-1494*, Cambridge, Mass., 1963.

A. Schulte, *Geschichte der grossen Ravensburger Handelsgesellschaft 1380-1530*, 3 vols., Stuttgart-Berlín, 1923.

V. *Seguros*

E. de Roover, "Early Examples of Marine Insurance", *Journal of Economic History*, 1945; F. Melis, *I primi secoli delle assicurazioni: secoli XIII-XVI*, Roma, 1965.

VI. *Contabilidad*

F. Melis, *Storia della ragioneria. Contributo alla conoscenza e interpretazione delle fonti più significative della storia economica*, Bolonia, 1950.

T. Zerbi, *Le origini della partita doppia: Gestioni aziendali e situazioni di mercato nei secoli XIV e XV*, Milán, 1952.

Esta bibliografía deja una serie de áreas en la oscuridad, especialmente en los ámbitos geográficos del Imperio bizantino y en los países de la Europa oriental, porque no hay obras generales disponibles para aquellos que no sean estudiosos especialistas del mundo bizantino o eslavo. Además, hay lagunas en nuestro conocimiento del comercio regional y local que ya han sido señaladas, pero en este terreno los estudios de ciudades individuales mencionados más arriba, junto con la bibliografía del vol. III de la *Cambridge Economic History* ("Mercados y Ferias"), nos dan la posibilidad de llenar esta laguna por lo menos en parte. Y finalmente contamos con la que podríamos llamar historia estadística, dinero y precios, y los problemas que conciernen al volumen y fluctuaciones del comercio; aquí penetramos en un vasto campo de investigación en el cual el profesor Cipolla, en particular, nos ha abierto brillantemente el camino.

Capítulo 8

MEDIDAS ECONÓMICAS GUBERNAMENTALES Y HACIENDA PÚBLICA, 1000-1500

por EDWARD MILLER

No resulta empresa fácil obtener una visión general de las medidas económicas y fiscales de los gobiernos medievales. Durante las cinco centurias que siguieron al primer milenio, los “Estados” se constituyeron a base de elementos muy diversos: restos de los antiguos imperios, agrupaciones feudales y tribales, y las fragmentadas sociedades de escandinavos al Norte y de eslavos al Este. La reintegración de estos elementos determinó comunidades de carácter y organización muy distintos, de acuerdo con una cronología que no fue precisamente igual en los distintos lugares. Por esta razón, el estudio de las medidas de los distintos gobiernos no puede basarse en una línea continua de progreso a través del tiempo; y es difícil incluso establecer criterios rígidos y rápidos que definan qué era y qué no era un “Estado”. En cualquier momento, a lo largo de la Edad Media, órganos “infra-estatales” gozaron de una amplia libertad para imponer medidas fiscales y económicas, contando, en ciertas circunstancias, con una virtual independencia. Los verdaderos creadores de tales medidas pueden haber sido las ciudades italianas, los principados feudales o la federación de ciudades bálticas en el Norte hanseático, mejor que reino o imperio alguno. Es pues preciso aceptar el hecho de que las autoridades públicas eran mucho más diversas de como lo son actualmente.

Es asimismo necesario aceptar que a los gobiernos medievales

les era imposible llevar a cabo muchas de las medidas que entran dentro de la competencia de los gobiernos modernos, debido a lo limitado de los recursos administrativos de que disponían y al imperfecto control político de los territorios bajo su dirección teórica. Además, es evidente que, muchos de los objetivos sociales y económicos subyacentes a las medidas adoptadas por los gobiernos modernos, o no existían o bien adoptaban un énfasis muy distinto, de modo que las medidas fiscales pueden ser consideradas en términos de oportunismo ante estrecheces presupuestarias, ya que las medidas económicas frecuentemente representan concesiones tácticas ante intereses de tipo político. Sin embargo, admitir todo esto no quiere decir necesariamente que se niegue la existencia de medidas económicas y fiscales durante la Edad Media, pero éstas deben ser siempre consideradas en términos de objetivos asimismo medievales, llevados a cabo bajo condiciones medievales y con recursos medievales. Contemplado desde este ángulo, además, es posible discernir un módulo de progreso a través del tiempo, aunque éste no fuera en modo alguno uniforme. Se suponía que la mayor parte de los gobiernos de la Baja Edad Media tenían la obligación de intervenir en el campo económico y algunos de ellos fueron capaces de movilizar considerables recursos para empresas importantes. La situación en el siglo xi era, sin embargo, muy distinta. El imperio carolingio y el califato de Córdoba se habían desintegrado, Inglaterra era comparativamente una reciente federación de reinos diversos y el imperio germánico una federación de ducados que exhibía síntomas de una nueva inestabilidad feudal. La evolución política de los eslavos y de Escandinavia estaba todavía en gestación y las instituciones de gobierno eran en todas partes más o menos primitivas. Las autoridades públicas, incluso en aquellos lugares en que se consideraban a sí mismas en posesión de un carácter realmente público, tenían unas posibilidades de acción necesariamente limitadas.

HACIENDA PÚBLICA

El gobierno como señorío

Esas autoridades poseían asimismo recursos muy limitados, procedentes principalmente de los beneficios de señorío. Normalmente, los gobernantes, como señores de un territorio dado, eran al mismo tiempo propietarios de ciertos dominios dentro de aquél. De estos dominios obtenían rentas del mismo tipo que aquellas que otros propietarios obtenían de sus tierras, incluyendo el producto de las haciendas y entregas en especies de los feudatarios, las cuales o bien se consumían *in situ* o bien se enviaban a las principales residencias del gobernante. Esta economía natural del Estado se hallaba en vías de rápida desaparición en la Inglaterra normanda, y probablemente ya en la sajona; pero las rentas en especies, predominantes en los ingresos del conde de Flandes en 1187, eran todavía perceptibles entre los fondos de la corona de Francia en 1227, y disminuían rápidamente en el ducado de Borgoña durante el siglo xiv, aunque eran todavía abundantes en el xiii. Además, incluso en la Baja Edad Media, los gobernantes escandinavos seguían confiando ampliamente en los productos obtenidos de los dispersos dominios reales. Así pues, en los primeros tiempos, y en las áreas periféricas incluso más tarde, los gobiernos medievales se mantenían literalmente sobre pies de barro.

Sin embargo, y en general, a partir del siglo xi los gobernantes, al igual que todos los señores feudales, exigían de modo creciente que las rentas de sus tierras les fuesen entregadas en dinero y no en productos. Los feudos que no habían sido enajenados eran arrendados a cambio de rentas en dinero, sacando el mayor partido posible de impuestos más o menos arbitrarios sobre los arrendatarios del feudo y sobre la utilización de monopolios señoriales tales como molinos, prensas de vino y hornos. Además, los gobernantes solían gozar de poderes feudales del tipo de los que procedían del señorío directo de grandes extensiones de tierra. Como propietarios de grandes haciendas, podían exigir los servicios de los que habitaban en ellas —para la guerra, para construir fortalezas, puentes o caminos—, con lo cual satisfacían en parte las necesidades del Estado. Dentro

de esos territorios, además, podían lograr un suplemento a sus rentas señoriales mediante los cobros de las multas judiciales, derechos de mercado, peajes sobre bienes en tránsito, derechos de sucesión, que debían pagar los arrendatarios feudales, y "ayudas de gracia", que eran concedidas por los feudatarios en épocas de especial penuria. Muchos de estos señores y gobernantes heredaron incluso de la época en que la Iglesia estuvo cautiva en manos de laicos, el derecho de hospitalidad y de contribuciones financieras de establecimientos eclesiásticos, así como el derecho a ocupar tierras episcopales y abaciales que quedaban vacantes. Estos derechos sobre la Iglesia eran todavía explotados duramente en Inglaterra en la época de Eduardo I y fueron realmente vitales para la monarquía germánica hasta que la Guerra de las Investiduras acabó con ellos.

Esta estructura de rentas determinó la naturaleza de las medidas fiscales. Extender los dominios —por guerra, compra, matrimonio o por la reanudación de feudos y poderes administrativos desaparecidos en épocas pretéritas— era un excelente método de ampliar los recursos. Una consecuencia de la conquista normanda de Inglaterra fue el aumento de los feudos reales; y la historia de Francia, desde las conquistas de Felipe Augusto hasta la anexión de la Champaña por el matrimonio de Felipe el Hermoso, contempló un rápido progreso hacia la coincidencia del dominio real con la nación, lo cual fue finalmente logrado cuando Gascuña, Borgoña y Breña fueron absorbidas, hacia el fin de la Edad Media. Las medidas de expansión señorial siguieron siendo una de las características de la formación del Estado hasta el amanecer de los tiempos modernos; así aconteció en los principados germánicos, en el rudimentario imperio escandinavo de la reina Margarita, en la Suecia de Sten Sture, en la España unida bajo Fernando e Isabel. La disolución de los monasterios ingleses por Enrique VIII puede ser considerada tal vez como un tardío pero dramático aserto de esta venerable tradición medieval.

Las rentas podían ser maximizadas tanto por medio de una intensiva explotación de los recursos como por la ampliación de los mismos; especialmente cuando se desarrollaron oficinas financieras especializadas, se pudieron establecer registros y se lograron métodos más complicados para el control e intervención de cuentas. Los progresos administrativos en esta dirección fueron muy desiguales y

precoces en Inglaterra, en la Italia central y septentrional y en Sicilia, y muy retrasados en Alemania; pero la tendencia general de la mayoría de los gobiernos fue la de hacer mejor uso de sus bienes. Luis VI de Francia y los condes de Flandes y Holanda del siglo xii eran dueños de colonias agrícolas; y las fortunas de muchos príncipes alemanes se fundaron en su participación en el gran movimiento de colonización dentro y más allá de las fronteras de Alemania. La explotación de derechos de regalía sobre las minas de plata proporcionó rentas realmente vitales a los margraves de Meissen en el siglo xiii y a los duques de Sajonia en el xv. El alumbre de Tolfa proporcionaba 100 mil florines al año al papa Pío II; y el control sobre las minas del Tirol permitió al emperador Maximiliano negociar el apoyo financiero de los Fugger. Otra rama de la intensificada explotación señorial consistió en fomentar el desarrollo urbano, porque, si los gobernantes suprimían algunas de las cargas que soportaban los ciudadanos, a la larga obtenían mayores beneficios por la presencia en sus tierras de un mayor número de centros de actividad económica. Por lo demás, los dirigentes de las ciudades eran de índole muy diversa: el emperador Federico Barbarroja y los arzobispos de Colonia, los duques de Meissen y los condes de Champaña, los reyes ingleses, franceses y españoles y los príncipes germánicos y eslavos que pusieron en explotación las tierras vírgenes de la Europa oriental.

También los más amplios derechos de señorío eran explotados más intensamente. La actividad administrativa y la jurisdicción pública en expansión proporcionaban más amplios emolumentos. Los deberes y servicios feudales eran conmutados por pagos en dinero. Los beneficios proporcionados por los derechos de peaje y de mercado se hicieron más provechosos a medida que el comercio se acrecentaba. Los judíos y otros grupos vulnerables eran sometidos a impuestos arbitrarios. En el norte de Italia, en lugar de prestación de servicios militares, se exigían subsidios de guerra, ya en el siglo xii; y en el xiii se hacía lo mismo en las ciudades francesas, mientras que en las inglesas se negociaban alcabalas. Incluso así, a partir del siglo xn, la limitada potencialidad de las fuentes de rentas tradicionales se fue haciendo cada vez más evidente, en un momento en que las posibilidades de la actividad del gobierno se iban ampliando, en el que los

soldados mercenarios iban reemplazando el servicio de los hombres que hacían la guerra gratuitamente, y en el que los precios se elevaban y el valor de la moneda descendía. La inflación de los gastos del gobierno coincidía con ciertas tendencias que actuaban en favor de la estabilidad e incluso de la reducción de los ingresos del erario público: la limitación de los deberes feudales a unas ocasiones específicas y unas normas consuetudinarias, la resistencia a la explotación fiscal de los procesos administrativos, la fijación de las cargas pagadas por las comunidades urbanas y por algunas comunidades rurales y el logro de exenciones de impuestos tradicionales, como el Dane-geld inglés, por la Iglesia y las órdenes militares. Finalmente, cuanto más se aumentaban los dominios y derechos reales, tanto más fácilmente se dispensaba su pago a ciertos súbditos a cambio de lealtad en el servicio, o bien se los enajenaba para así asegurarse una rápida devolución en un momento de necesidad.

El recurso al crédito

La ampliación de las fuentes de crédito que la general expansión económica ponía al alcance de los gobernantes, podía ser motivo asimismo de tentación para dispersar el capital. Esto sucedía, especialmente, cuando aquéllos explotaban tales fuentes de crédito de manera esporádica y falta de sistema. Enrique III de Inglaterra, por ejemplo, pidió empréstitos a su hermano, a los obispos, a las órdenes religiosas, a ciudadanos judíos e ingleses y a algunos miembros de la aristocracia; esta forma de pedir préstamos fue típica asimismo de los gobiernos germánicos y del este de Europa durante la mayor parte del resto de la Edad Media. La mayoría de los acreedores se vieron pues en una situación privilegiada para pedir como garantía de sus préstamos, bajo la forma de fianza, propiedades y derechos principescos, con lo cual resultaba que para cubrir las necesidades del momento presente se empeñaban las rentas futuras. Cuando Federico I fue nombrado margrave de Brandemburgo en 1415, nueve décimas partes de sus fuentes de ingresos se hallaban entregadas como fianza o enajenadas; y Francia a comienzos del siglo xv y la Inglaterra de los Lancaster se hallaban en mala situación con tan

precarios métodos de subvenir a los gastos del Estado. En ocasiones, los medios para conseguir crédito eran causa directa de la inestabilidad fiscal y política.

No siempre fue éste el resultado, especialmente con la aparición de los mercaderes-banqueros italianos como financiadores internacionales primero del papado y finalmente de la mayor parte de los gobiernos del sur y el noroeste de Europa. Por lo menos hasta la crisis de confianza que siguió a la negación de sus deudas realizada por Eduardo III en 1340, que se originaron en una serie de empréstitos como pago de los intereses y privilegios comerciales, fueron aumentando las posibilidades y se incrementó la flexibilidad de la acción gubernamental. Hacia el final de la Edad Media, banqueros de la Alemania meridional habían pasado a unirse a los italianos, y simultáneamente se elaboraron nuevos métodos para asegurar los créditos. Felipe el Bueno de Borgoña desarrolló la práctica, que ya había sido introducida en Brabante y Hainault, de vender las rentas hereditarias y vitalicias por medio de la intervención de las ciudades; y todavía antes las ciudades italianas, en las que los préstamos obligatorios o voluntarios habían sido un recurso constante de la política fiscal, habían creado ya sus deudas consolidadas. Los préstamos al gobierno de Venecia fueron consolidados en deuda a interés fijo en 1262. Florencia consolidó su deuda flotante en 1347; y en 1405 fue establecida en Génova una asociación de acreedores del Estado, la *Casa di San Giorgio*, llegando a ser muy pronto una especie de agencia financiera del Estado genovés.

El tipo de operaciones realizado por la *Casa* es indicativo de las condiciones requeridas por un sistema de crédito público para que éste alcance el éxito. Hacia mediados del siglo xv, para asegurarse el pago de las tarifas de interés sobre la deuda pública, la *Casa* había ya asumido la responsabilidad en cuanto al cobro de los impuestos directos e indirectos, así como sobre los productos de las cecas y el monopolio de la sal. De modo similar, en las contemporáneas Venecia y Florencia las deudas consolidadas exigían el respaldo de la tributación directa, a base de impuestos sobre el comercio o sobre los beneficios de los monopolios del Estado. Así pues, la lección que se derivó de las finanzas públicas de Inglaterra en los reinados de Eduardo I y Eduardo III, de Borgoña bajo Felipe el Bueno, de

Nápoles bajo Carlos el Sabio y de Francia bajo Luis XI es que, para recurrir al crédito sin caer en un verdadero desastre, es preciso disponer de ingresos seguros procedentes de impuestos para cubrir el pago de los intereses y poder reembolsar periódicamente el capital prestado. En Brandemburgo, por ejemplo, sólo se hicieron evidentes ciertos signos de progreso hacia un sistema de financiación estable, basado en el crédito, cuando Albrecht Achilles persuadió a los Estados de su electorado para que asumiesen la responsabilidad de sus deudas acumuladas y de paso los obligó a pagar ciertas contribuciones para lograr su reducción.

El desarrollo de los impuestos

Por lo demás, las posibilidades de disponer de créditos tuvieron un papel importante en el desarrollo de nuevas fuentes de ingresos, las cuales finalmente alcanzaron una preeminencia que excedió enormemente a la de las antiguas. De este modo se arbitraron poderes para imponer un tipo de impuestos directos generales que durante mucho tiempo había permanecido en la sombra, en realidad, desde el colapso del Imperio Romano. Estos impuestos habían aparecido prematuramente en Inglaterra alrededor del año 1000 en la forma de impuesto para librarse del dominio danés, pero los privilegios redujeron de tal modo su aprovechamiento, que fue abandonado a mediados del siglo XII. Un desarrollo más continuado se inició con los impuestos exigidos por los papas para financiar las Cruzadas, en el siglo XII, y, a menudo por decreto y a toda la Iglesia occidental, en el siglo XIII, para aliviar "las cargas y necesidades de la Iglesia romana". Otros gobernantes comenzaron también a exprimir los recursos que una economía en expansión colocaba en las manos de sus súbditos. Federico II exigió casi anualmente "una subvención general" a sus posesiones de Sicilia, y sus derechos pasaron a sus sucesores anjevinos en el reino de Nápoles, con lo que éstos obtuvieron de esta fuente casi la mitad de sus rentas, especialmente en tiempos de Carlos el Sabio. Los impuestos directos aparecieron también muy pronto en la mayoría de las ciudades-estado de la Italia septentrional (en Pisa, por ejemplo, fue exigido en primer lugar sobre las propieda-

des rurales situadas en el territorio colindante, y más tarde se exigieron también sobre las propiedades ciudadanas y sobre los bienes muebles). En el siglo XIII, Teobaldo IV de Champaña convirtió los pagos fijos de sus ciudades en impuestos variables sobre la propiedad; Alfonso de Poitiers multiplicó los impuestos sobre los fuegos en Toulouse; y los reyes de Inglaterra, Aragón y Castilla alcanzaron grandes éxitos en la obtención de contribuciones periódicas de sus súbditos. Durante los siglos XIV y XV, después de numerosas vicisitudes, se estableció en Francia un impuesto directo (la *taille*) que proporcionó a Luis XI más del 83 por ciento de sus rentas. Impuestos similares fueron muy frecuentes en Baviera en el siglo XIV, aunque en Cleves y Württemberg no fueron conocidos hasta el siglo XV, mientras que en Suecia el intento de Karl Knutsson de introducir impuestos extraordinarios determinó su deposición en 1457.

Si los papas en la plenitud de su poder pudieron imponer impuestos por decreto, y si, hacia el siglo XIII, la capacidad para imponerlos era atributo de la autoridad pública en las ciudades-estado italianas, la imposición de tributos más o menos generales siempre representaba una ardua empresa. Para la mayor parte de los gobernantes, la imposición de tributos especiales no constituía un derecho: los impuestos debían ser solicitados de aquellos que debían pagarlos. El intento de establecer impuestos generales directos fue una de las principales causas que determinaron la aparición, a partir del siglo XIII, de asambleas representativas en las que se reunían los distintos grupos que habían de pagar los impuestos, en las personas de sus procuradores o delegados. Al mismo tiempo, el destino de estas asambleas era dirigido en parte por el sesgo de las incidencias de los impuestos. Mientras que en Pisa la nobleza y el clero se vieron privados de su primitiva inmunidad a los impuestos y en Inglaterra estas mismas clases nunca alcanzaron tal inmunidad, en otros lugares (en Francia, Baviera y España, por ejemplo) estuvieron exentas de ellos. Donde esto sucedía, los impuestos caían sobre los hombros del campesinado y la burguesía, y la nobleza y el clero sentían muy poco interés por unirse al tercer estado para limitar la incidencia de los impuestos o incluso para defender el derecho a consentir su pago. Hacia fines de la Edad Media, sin embargo, la *taille* francesa se estaba convirtiendo en una carga impuesta por edicto del gobierno y el ca-

mino del desarrollo hacia el sistema de financiación del Antiguo Régimen quedaba abierto.

Normalmente, sin embargo, los impuestos directos, incluso al final de la Edad Media, eran todavía ocasionales y debían ser ampliados mediante el recurso a cargas indirectas. Los derechos de aduanas sobre los bienes en tránsito a través de las fronteras fueron desarrollados como fuentes de ingresos por Federico II en Sicilia y por Carlos Roberto en Hungría; los derechos de paso por el Sund fueron muy provechosos para los reyes daneses y los derechos de importación y exportación contribuyeron a aumentar los recursos de los duques de Bretaña durante el siglo xv. Pero fue en Inglaterra donde más se confió en los derechos de aduana para lograr suplementos sobre los ingresos tradicionales e intermitentes ganancias gracias a los impuestos directos. Los derechos de exportación sobre la lana fueron establecidos en 1275 y más tarde las cargas sobre otras exportaciones e importaciones vinieron a unirse a ellos: esta rama de los ingresos se amplió para subvenir a los gastos de la guerra en la década de 1290, al producirse el estallido de la Guerra de los Cien Años; Eduardo I utilizó las asignaciones sobre las aduanas como fianza de sus deudas; y estos derechos proporcionaron casi la mitad de las rentas públicas en los primeros años del reinado de Enrique VI. Realmente, la política fiscal de la Inglaterra de finales de la Edad Media estaba confiada al destino del comercio inglés.

Pero quizás todavía más típico que la imposición de tributos sobre el comercio extranjero fue la explotación de derechos aduaneros sobre el comercio interior. Este modo de actuar fue esencialmente una "locura germánica" que proporcionó una parte de las exiguas rentas de la corona imperial a fines de la Edad Media, una cuarta parte de las de los duques de Austria en el siglo xiii y de las de los condes del Tirol en el xiv, y no menos de la mitad de los recursos de los condes de Cleves en 1481. Por otra parte, Alemania no tenía el monopolio de los portazgos; al contrario, esta modalidad en la obtención de rentas aparece en casi todas partes, aunque a veces (como sucedió en Hungría) éstas se hallaban hasta tal punto en manos de la nobleza provinciana, que proporcionaban una base muy poco adecuada para la reconstrucción de la política fiscal. No obstante, los derechos de aduana constituyeron una poderosa contribución para

los intentos de Casimiro el Grande de proporcionar bases financieras a la monarquía polaca en el siglo xiv, y en fecha aún más temprana fueron una fuente de recursos realmente vital para los reyes de Castilla, bajo la especial forma de impuestos sobre los rebaños de corderos que se trasladaban de un punto a otro siguiendo los pastos de invierno y verano (trashumancia). En algunos sitios, por otra parte, los beneficios obtenidos con los derechos de aduana y portazgos eran eclipsados por los provechos obtenidos con los monopolios del Estado, especialmente con el de la venta de la sal. Este derecho de regalía, establecido por vez primera en Sicilia en el siglo xii, hizo su aparición algo más tarde en Pisa, Venecia, Estados pontificios y otros lugares de Italia. Durante el siglo xiv fue introducido en Francia y Polonia, y en el primero de estos países llegó a producir más del cuatro por ciento de las rentas reales a finales del siglo xv. Estas *gabelas* eran, más que onerosas, vejatorias, pero resultaban verdaderamente sustanciosas para los gobiernos.

Entre los impuestos indirectos, las alcabalas obtenidas en las ciudades, especialmente las que gravaban la venta de bebidas alcohólicas, solían ser más lucrativas que las procedentes de derechos de aduana o de monopolios del Estado. "Ayudas" de este tipo proporcionaban entre el 15 y el 30 por ciento de los ingresos de la casa real francesa en la segunda mitad del siglo xv; eran la principal fuente de que disponían los duques de Austria para ampliar sus rentas a fines de la Edad Media y fueron siempre básicas para las finanzas cívicas en Italia. En muchos sitios se establecieron alcabalas, del mismo modo que los impuestos directos, con el consentimiento de asambleas representativas, pero existió siempre una tendencia, evidente tanto en Sajonia como en Castilla, a que desapareciese este tipo de control. Al igual que la *taille* francesa se convirtió en impuesto por decreto, así la liberación de las alcabalas de la traba que representaba el sometimiento al consentimiento popular fue sintomática del desarrollo de la independencia fiscal como prerrogativa de los príncipes.

Otras muchas fuentes contribuyeron a enriquecer las rentas públicas durante la Baja Edad Media, pero en general sólo una o dos de ellas tenían importancia realmente significativa en un país y una época determinados, ya que dependían de las circunstancias políticas y económicas. Los derechos de aduana sobre el comercio exterior

eran importantes en aquellos lugares en que el comercio estaba dominado por un artículo de exportación, como era el caso de la lana inglesa. Las alcabalas sobre ventas domésticas ejercían una atracción natural para centros de intercambios intensivos, tales como las ciudades-estado italianas, y para regímenes políticos que ejercían un riguroso control sobre sus ciudades, como los del Nápoles anjevino, la Austria del siglo xv o la Francia de Luis XI. Estas alcabalas fueron también una oportuna forma de impuestos para los padres de la ciudad de Génova cuando, en 1490, desearon liberar a los propietarios de la ciudad de la carga de los pesados impuestos directos, y para los reyes de Castilla una vez se hubieron librado de la necesidad de obtener el consentimiento del pueblo para imponerlos. La tributación directa, por otra parte, era más atractiva cuando, como sucedía en Inglaterra, se podía lograr que todas las clases contribuyesen a su pago; o cuando, como en Francia, la aquiescencia tácita de la nobleza y el clero al pago del impuesto aseguraba la de la burguesía y el campesinado; o cuando, como en Florencia en el siglo xv, el gobierno de la ciudad deseaba aligerar las cargas que pesaban sobre el comercio y la industria ciudadanos mediante el recurso de hacer que gravitasen sobre el campesinado. Los métodos y los motivos podían ser muy distintos, pero el rasgo general de la época era el de una expansión general de los ingresos del gobierno, así como de los diversos medios mediante los cuales esta expansión era lograda.

Límites de la estabilidad financiera

La historia de la expansión de las rentas revela numerosas desigualdades de desarrollo. Los nuevos impuestos ascendían a más del 90 por ciento de los ingresos reales en Francia durante las últimas décadas del siglo xv, pero en Suecia y Noruega el desarrollo de los impuestos era una mera previsión para el futuro; el control de las asambleas representativas sobre los impuestos directos en Castilla convirtió la pobreza de sus reyes en "una burla en las narices de sus súbditos", y la mayor parte de los príncipes alemanes sólo habían iniciado la puesta en marcha de las nuevas fuentes de ingresos, así como la administración efectiva de las mismas. Por otra parte, la

idea de que las rentas públicas constituían un ingreso privado del gobernante, del cual él podía disponer a capricho, tardó mucho en desvanecerse. La eficacia financiera, además, dependía en alto grado del hecho meramente accidental de la personalidad del príncipe, e incluso los más eficientes príncipes no lograban que los ingresos que resultaban adecuados para tiempos normales fuesen suficientes para los de crisis. En tales circunstancias, los desastres internos o externos tenían exagerados efectos sobre la estabilidad financiera. En Inglaterra hubo períodos de aguda dificultad financiera ocasionados por la guerra, y por descontentos políticos, bajo reyes tan fuertes como Eduardo I, al final de su reinado, o tan débiles como Enrique VI, durante la mayor parte del suyo; y Francia conoció el desastre financiero bajo el incompetente Carlos VI a comienzos del siglo xv. Se debe añadir también que las nuevas fuentes de ingresos que los gobernantes comenzaban a utilizar eran muy mal consideradas por sus súbditos. Los diputados a los Estados Generales franceses de 1484 denunciaron la tendencia que tenían la *taille* y otros impuestos, “instituidos en primer lugar a causa de la guerra”, a convertirse en “inmortales” en tiempos de paz, y persuadieron a Carlos VIII a que declarase su repugnancia a obligar a sus súbditos a que metieran tan repetidamente las manos en sus bolsillos para sacar dinero. No obstante, y de acuerdo con las nuevas circunstancias, se reservaba el derecho a realizar nuevas solicitudes de dinero “para que el rey pueda, como debe hacerlo, emprender grandes cosas y defender el reino”.

Las desigualdades del desarrollo fiscal y lo precario de estos nuevos recursos, tan penosamente obtenidos, contribuyen a explicar por qué la historia de las finanzas gubernamentales medievales constituye tan frecuentemente una relación de expedientes más o menos desesperados. Las cantidades tomadas en préstamo sobrepasaban muchas veces las posibilidades de devolución previstas. Los grupos más vulnerables de la sociedad —judíos, ciudadanos y mercaderes extranjeros— eran obligados a realizar préstamos o se les imponían pesados tributos. Los derechos de aduana eran elevados sin razón alguna y sin tener en cuenta el coste de los artículos. La moneda era manipulada por “falsificadores” que se hallaban en elevada posición. El comercio de la lana inglesa fue sobrecargado de impuestos simplemente para elevar los ingresos, y las cargas fueron tan pesadas que

determinaron consecuencias de largo alcance. Medidas de este tipo surgían de necesidades financieras críticas y afectaron vitalmente al desarrollo y a la prosperidad económica. En este sentido, representaban la frontera en la cual las medidas de política fiscal y económica se cruzaban, y bajo ellas el bienestar económico aparecía a menudo como una víctima de las conveniencias financieras.

MEDIDAS ECONÓMICAS DE GOBIERNO

La provisión de bienes

Las medidas económicas de los gobiernos medievales, sin embargo, alcanzaron dimensiones que trascendían a las de los expedientes fiscales, incluso aquellos que, a los ojos occidentales actuales, parecen elementales. A fines de la Edad Media, los hombres rogaban a Dios con estas palabras: "De hambre, guerra y peste, libéranos, Señor". La guerra podía consistir en una fatalidad arrojada por los reyes sobre sus súbditos, y la peste en un castigo divino, pero el hambre era una experiencia común y corriente para la mayor parte de la gente durante casi toda la Edad Media. Era una consecuencia directa de las fluctuaciones de las cosechas en un medio ambiente en el cual el transporte de artículos de gran volumen nunca fue fácil y en el que existían demasiadas barreras para un libre fluir de los bienes. En consecuencia, el problema del abastecimiento de artículos comestibles básicos fue universal y perenne. Fue particularmente agudo cuando la densidad de la población medieval fue mayor, en torno a 1300, y en períodos de dislocación determinada por guerras o plagas. Afectó a todos los países directa o indirectamente, pero constituyó una grave preocupación especialmente para los gobiernos que actuaban sobre áreas de elevada urbanización y para aquellos en que o sobre los que los ciudadanos tenían mayor influencia.

Los métodos para luchar contra el problema fueron muy diversos. En la Italia septentrional y central, y en menor extensión en España, se realizaron grandes esfuerzos por incrementar las cantidades de los productos alimenticios mediante la organización del cultivo de nuevas tierras y mediante la oferta de incentivos a aquellos hombres

que ponían en cultivo tierras en barbecho, mientras que en el siglo xv los duques de Milán ordenaron que toda la superficie cultivable fuera cubierta de pasto para mantenerla en condiciones de ser utilizada y asegurar para el futuro buenas cosechas de trigo. Una vez más, y principalmente en los territorios de las ciudades-estado italianas, todo lo concerniente a los productos alimenticios estuvo en manos de las autoridades ciudadanas, que extendieron su control sobre las comarcas cercanas. En Bolonia, en 1305, se consideraba que era "mejor tener trigo procedente de las tierras propias que... de las tierras de otro", haciéndose eco del aforismo de Aquino de que "la ciudad es más rica si tiene abundancia de bienes procedentes de sus propios territorios, que si esta abundancia proviene de los mercaderes". Con esta finalidad, tanto el campo como el campesinado fueron estrictamente controlados. Las exportaciones de grano realizadas por el campesinado a cualquier otro punto que no fuese su "capital" urbana, fueron prohibidas; las autoridades de la ciudad procuraban que toda la tierra posible fuera cultivada y algunas veces prescribían las cantidades específicas de cereal que debían ser entregadas a los mercados ciudadanos, y los precios de venta eran estipulados o cuidadosamente regulados de antemano. Tales medidas alcanzaron verdaderos éxitos; así, por ejemplo, en Pisa se logró limitar a un 25 por ciento el incremento de los precios de los cereales, entre 1266 y 1322, período en el cual el valor de la moneda disminuyó en un 66 por ciento.

Las restricciones en la exportación de cereales, por lo menos temporalmente en época de escasez, fueron muy comunes durante toda la Edad Media (en Francia, por ejemplo, a partir del siglo xiii), pero la idea de la autosuficiencia era mucho más fácil de proclamar que de realizar. Hubo regiones en las que la carencia de determinados productos alimenticios fue prácticamente crónica; por esta razón, en Noruega, entre 1315 y 1316, se prohibió la exportación del pescado por mercaderes extranjeros, a menos que a cambio aportasen cereales, malta o harina; y el arzobispo de Salzburgo procuraba incrementar la producción de sal en sus territorios porque gobernaba "un lugar estéril que necesitaba los servicios de los mercaderes que se llevasen la sal... y dejaran tras ellos otras vituallas". También en el norte de Italia el crecimiento urbano sobrepasó el límite permitido

por los recursos productivos de los *hinterlands* entre ciudades, y tuvieron que realizarse intentos deliberados para estimular la afluencia de productos alimenticios mediante el establecimiento de importantes incentivos tales como rebajas aduaneras y compras masivas, especialmente en Nápoles y Sicilia. A veces, como sucedió en Venecia, el comercio de cereales era colocado bajo el control del gobierno, y en Pisa los alimentos de reserva eran almacenados en graneros municipales para venderlos en épocas de escasez a precios fijos y a menudo subvencionados.

Sin embargo, lo normal era dejar a la empresa privada la tarea de facilitar los artículos de importación para compensar las deficiencias temporales, semejantes a las que se produjeron en el siglo XIV en Inglaterra, y las más regulares deficiencias de la Baja Edad Media en los Países Bajos. No obstante, lo que sí resultaba bastante común eran las medidas tomadas para regular los términos del comercio de productos alimenticios en los mercados interiores. En casi todos los países occidentales y a lo largo de todo el período medieval se observaba con cierta sospecha la formación de círculos de asociación entre los comerciantes de productos alimenticios; éstos fueron totalmente prohibidos en Pavía en el siglo XII, y prohibiciones de tipo semejante eran todavía reiteradas en el siglo XV por los duques de Bretaña. En Inglaterra y con idénticos propósitos, Eduardo III inauguró el comercio al por menor de todos los productos alimenticios; los intermediarios y los procedimientos especulativos de los acaparadores fueron prohibidos en todas partes y la venta de los productos más indispensables fue confiada a la plena publicidad de los mercados públicos. En los difíciles tiempos que siguieron a la Peste Negra, los costes de los bienes de consumo constituyeron un tema de aguda preocupación. La legislación del trabajo en Inglaterra debió vigilar tanto el aumento de los precios como el de los salarios, y en Francia las regulaciones de precios fueron más abundantes que las de los salarios. Estas medidas, por lo demás, constituyeron novedades sólo en sus alcances y urgencia, puesto que las regulaciones de los precios de la comida se remontaban en las tierras mediterráneas a los tiempos carolingios y constituyeron un rasgo característico y muy consistente de la legislación comunal. Incluso en Inglaterra, a partir de los siglos XII y XIII, los precios y la calidad del pan, la cerveza y el vino fueron

controlados por series de “tasas” administradas por las autoridades locales y comisiones judiciales establecidas por el gobierno central.

Productos necesarios y de lujo

Estas “tasas” inglesas son indicadoras también de que existía una preocupación por los alimentos que iba más allá de la provisión de lo necesario, puesto que, si bien el pan y la cerveza estaban al alcance del hombre medio, sus superiores eran aficionados también al vino. En realidad, los productos que la gente deseaba incluían “lujos” junto a productos necesarios básicos, y la estructura política de los Estados medievales satisfacía tales deseos. Reyes y príncipes, nobles y patricios ciudadanos, así como los altos dignatarios de la Iglesia, constituían no sólo los círculos dirigentes de la época, sino también los consumidores por excelencia de bienes que les resultaban apetecibles porque eran caros y raros. Sus preferencias de consumo desempeñaron un papel importante en la conformación de muchas de las medidas comerciales de la Edad Media y actuaban de modo tanto más efectivo cuanto que las medidas que dictaban coincidían con los intereses fiscales de los príncipes. Los proveedores de bienes codiciables se hallaban en excelente posición para pagar privilegios comerciales y podían constituirse perfectamente en potenciales banqueros gubernamentales. De este modo, una norma para los consumidores podía ser promovida por una medida de gobierno.

Resultado de tales presiones en muchos países fue conceder a los mercaderes extranjeros una posición enormemente favorable en el comercio, y ello debido en gran parte a que inicialmente el desarrollo económico, en las diferentes regiones del mundo medieval, había sido verdaderamente difícil. Empresas industriales bien desarrolladas y mercaderes con los recursos técnicos y el capital necesarios para un comercio en gran escala, solamente existían en algunas zonas. Los proveedores de pieles de la Liga Hanseática del Báltico, los hombres de Colonia y Flandes, los mercaderes de vino de Burdeos y, sobre todo, los distribuidores italianos de los productos de la industria del norte y el centro de Italia, y de los bienes comercializados del Levante y el Lejano Oriente, eran representativos de las regiones eco-

nómicamente más desarrolladas, para las que el resto de Europa constituía, en mayor o menor grado, un territorio colonial. Por otra parte, las provincias occidentales menos evolucionadas intentaban atraer hacia sí a los mercaderes de los centros más desarrollados. Los venecianos proporcionaban artículos de primera necesidad para muchos de los pueblos gobernados por Rodolfo de Habsburgo, por lo que, para atraerlos a sus territorios, les concedió numerosos privilegios; del mismo modo, Carlos de Anjou intentó atraer a los florentinos a Nápoles y Carlos Roberto facilitó la actividad de los mercaderes italianos en Hungría. La política comercial de Eduardo I de Inglaterra y de sus sucesores siguió líneas similares. La *Carta Mercatoria* de 1303, como respuesta al aumento en las tarifas aduaneras, codificaba los derechos de los mercaderes extranjeros en Inglaterra; una serie de estatutos emitidos entre 1335 y 1345 les concedían libertad para intervenir incluso en determinados sectores del mercado al detalle; y los mercaderes hanseáticos, durante los últimos decenios de la Edad Media, gozaron de condiciones comerciales mejores incluso que las de los ciudadanos británicos. A este propósito, se hizo efectiva la propuesta de Eduardo I: “el rey comprende que los mercaderes extranjeros son muy valiosos y útiles a los magnates”.

Se consideraba que su utilidad era incrementada por el hecho de que tales mercaderes aportaban bienes codiciables y contribuían poderosamente a cubrir los recursos fiscales de la corona, pero en ciertas circunstancias la protección gubernamental a los mercaderes extranjeros provocaba el apoyo de los intereses productivos o comerciales dentro del mismo país con el que comerciaban. Los mercaderes extranjeros, en efecto, eran también consumidores de la lana y de otros excedentes agrícolas de los magnates ingleses; y en Castilla, por ejemplo, hasta el siglo xv, la ayuda real a los genoveses y a otros exportadores de lana extranjeros reflejaba los intereses monopolizadores de la asociación de ovejeros denominada la Mesta, de la que se derivaban las más importantes rentas reales. Por otra parte, en los Países Bajos, los intereses industriales y los empresarios mercantiles favorecieron una política comercial muy semejante, particularmente a partir del declive del comercio flamenco directo por mar y de la difusión de la manufactura textil en Holanda y Brabante. A mediados del siglo xiii, Margarita de Constantinopla ofrecía ali-

cientes a los mercaderes extranjeros para que visitasen los puertos de Flandes, y, a fines del mismo siglo, los condes de Holanda y Flandes se enzarzaron en dura competencia para atraer a los comerciantes ingleses y alemanes hacia Dordrecht y Brujas respectivamente. El carácter de las medidas comerciales no había cambiado de modo fundamental, pero las razones para proseguirlas habían ganado en diversidad.

La provisión de ayudas al comercio

A fin de hacer efectivas las medidas tomadas para asegurar la afluencia de productos necesarios o de lujo, se reconoció por doquier que era necesaria la provisión de facilidades comerciales, y finalmente llegó a considerarse, aunque de modo harto impreciso, que tal provisión también contribuía a un mayor y más general desarrollo económico. Esta apreciación se vio agudizada por preocupaciones fiscales; en efecto, cuando Luis de Baviera propuso su tesis de que "es oportuno que el Estado tenga súbditos ricos", probablemente debía referirse a su capacidad para pagar impuestos. Por otra parte, el conde de Holstein, en 1253, consideraba que la protección que otorgaba a los mercaderes proporcionaba "provecho y ventajas" tanto a los mercaderes como a sí mismo. De modo general, todos los gobernantes confesaban tener presente la "común utilidad" en las medidas comerciales que adoptaban. La iniciativa oculta tras tales medidas provenía a menudo de intereses privados, y la gran presión ejercida por tales intereses influyó de modo creciente sobre la noción de cuáles eran los deberes y la capacidad de un gobernante. Tales nociones, a su vez, ayudaron a determinar el carácter de las medidas económicas de los gobiernos.

En las condiciones de vida medievales, la primera ayuda comercial deseable consistía en dar una estructura de orden para la actividad económica. Precisamente en este hecho se basa el significado de las especiales condiciones de paz que los reyes de Inglaterra garantizaban a los comerciantes, ciudades y mercados, así como las pacíficas negociaciones de los duques de Brabante, en el siglo XIII, para proteger a sus súbditos de las expoliaciones de los mezquinos prínci-

pes de la zona del Rhin y la preocupación de Lübeck y sus asociados del Báltico para lograr seguridad a lo largo de sus rutas marítimas y terrestres del Norte. El orden era especialmente necesario en una Alemania fragmentada y desbaratada. Emperadores como Federico Barbarroja y Federico II proclamaron una "tierra pacificada" general para salvaguardar la "felicidad" de sus súbditos; y, una vez colapsada la monarquía, cada uno de los príncipes por sí solo o puestos todos de acuerdo siguieron actuando con fines similares dentro de un contexto más restringido. Según Giovanni de Viterbo, a mediados del siglo XIII era un positivo deber de los gobernantes establecer un orden en sus tierras de modo que "las ciudades sean gobernadas y vivan pacíficamente, que crezcan, se enriquezcan y reciban gran incremento". En este sentido, es evidente que la paz servía "una común utilidad" aparte de crear riqueza sobre la cual los príncipes podían fijar impuestos.

Además, haciendo prevalecer la paz se servía una serie de intereses: los de los mercaderes, las ventajas fiscales de los príncipes y la obligación de éstos de buscar el bien común. De modo similar, cuando los gobernantes establecían o autorizaban el establecimiento de mercados y ferias, podían responder simplemente a las demandas de los nobles, de los mercaderes o de las ciudades. Por otra parte, Felipe de Alsacia, en Flandes, y los condes de Champaña demostraron que la institución y el desarrollo de las ferias podían proporcionar notables incrementos de las rentas, mientras que Federico II consideraba que su concesión de una feria a Lübeck proporcionaría buenos provechos a sus leales súbditos; del mismo modo se asignó una feria a Troppau, en 1247, con el fin de sacar a los burgueses de la pobreza en que los había sumido la invasión mongol. La actitud de los príncipes respecto al gran movimiento de fundación de ciudades y de emancipación urbana, durante los siglos XII y XIII, puede ser contemplada también a la misma luz. En extensión verdaderamente considerable, este movimiento fue consecuencia de la iniciativa burguesa operando en una atmósfera de expansión económica. El patronazgo principesco, por otra parte, constituyó un factor positivo en tal ecuación. Si bien es cierto que las concesiones fueron ganadas muchas veces mediante insurrecciones y que la autorización para ciertas libertades tuvo que ser comprada frecuentemente con dinero, mu-

chos gobernantes desempeñaron un papel deliberado y positivo en la fundación de las ciudades. Sin duda sus motivos eran mixtos: se implicaban en ellos el deseo de establecer centros administrativos para el ejercicio de su autoridad, el de extender sus recursos feudales y el de promover una política de contrapeso contra la cada vez más poderosa nobleza. Sin embargo, la idea de que estaban contribuyendo al desarrollo económico no estaba ausente de las mentes de algunos de ellos, e incluso en aquellos casos en que las motivaciones de tipo político o fiscal eran las predominantes en sus decisiones, su patronazgo tuvo evidentemente una parte importante en la expansión de la economía medieval.

El establecimiento de ciudades, mercados y ferias, como los principales centros de comercio, en el Occidente medieval tuvo un especial interés por facilitar el flujo de mercancías y el paso de los mercaderes, ya que en las rutas terrestres y marítimas entre las ciudades subsistían las dificultades para el comercio. En la Europa que emergía de la era de disgregación feudal, los caminos y los puentes estaban en pésimas condiciones y los ríos se hallaban llenos de obstáculos. A mediados del siglo xiv, Felipe de Leyden proclamaba ya que el cuidado de los medios de comunicación era una responsabilidad de la autoridad pública. Por otra parte, los condes de Flandes ya habían hecho algunas contribuciones para proveer a su territorio de canales y para mejorar las rutas acuáticas naturales; los reyes ingleses y Carlos de Anjou, en Nápoles, habían intentado asegurar las rutas internas, e incluso en Alemania, durante el siglo xiv, la provisión de rutas y puentes fue considerada "util para el país y valiosa para los mercaderes". Desde luego, las autoridades públicas carecían a menudo de recursos administrativos y financieros para poder hacer efectivas esas buenas intenciones, y con demasiada frecuencia fracasaron en sus deseos de reducir o abolir las aduanas interiores que cerraban las rutas del Oeste. Es decir que en Inglaterra todas las "barreras ultrajantes" fueron abolidas por un estatuto en 1275 y que la autorización para establecer nuevas barreras aduaneras tenía que ser objeto de licencia real; y en Flandes, después de una larga querella, el nivel de las tarifas aduaneras fue codificado en inventarios fijos a mediados del siglo xiii. Pero también es cierto que en Francia las aduanas del Loira continuaron dividiendo el reino en dos partes mu-

cho después del final de la Edad Media y que en Alemania los periódicos intentos por reducir las barreras en el Rhin, fijadas frecuentemente por príncipes que se ponían de acuerdo entre ellos, fueron igualmente frustrados por el desastroso estado financiero de algún príncipe que incitaba a los demás a elevar las tarifas a mayores niveles. Se tomaron algunas medidas para mitigar las cargas internas que pesaban sobre el comercio, pero tales intentos tuvieron un efecto mucho menor, en la reducción de los costes del transporte de bienes, que el de la expansión del comercio por mar.

Los mercaderes, especialmente los extranjeros, presentaron otras demandas a los gobiernos de los territorios en los que comerciaban. En efecto, necesitaban acceso a procesos legales rápidos a fin de reforzar los contratos sin excesivos aplazamientos, y también necesitaban acceso a procedimientos que les permitiesen cobrar las deudas de aquellos con los que sostenían tratos. Este tipo de ayudas se las ofrecían, entre otros, Carlos de Anjou en Nápoles y Eduardo I en Inglaterra, los cuales tenían fijada su atención en los comerciantes extranjeros a los que deseaban atraer a sus tierras. También eran deseables monedas estables de valor consistente, objetivo difícilmente logrado en una Europa en que los derechos de acuñación estaban casi tan difundidos como el derecho a establecer barreras aduaneras. Los intentos realizados por centralizar la acuñación comenzaron en Inglaterra en fecha muy temprana y con éxito casi total, pero en Francia no se iniciaron hasta principios del siglo XIII y sólo alcanzaron pleno éxito en el siglo XVI. Si los dispersos derechos de acuñación determinaban un estado caótico en los sistemas monetarios, la expansión de las transacciones mercantiles requería monedas mayores que los pequeños peniques de plata, y monedas semejantes, que habían constituido casi las únicas piezas durante la época feudal. Un primer intento por solucionar este conflicto se produjo, como es bastante natural, en los centros comerciales de Italia. Se acuñaron grandes monedas de plata en Venecia, en 1203, y en Florencia, en 1237, mucho antes de que la práctica se difundiera por otros países; fue emprendida una acuñación en oro en Florencia y Génova, en 1252, y en Venecia, en 1254, y hacia 1350 una provisión similar fue realizada en Inglaterra, Francia, Hungría y Bohemia. Además, por esta época, Nicolás Oresme declaraba claramente que el logro de una buena acuñación

en sus dominios era uno de los principales deberes de un buen gobernante; pero, al igual que el principio de que las aduanas debían ser reducidas para servir a la utilidad común, también esta prescripción fue demasiado a menudo sacrificada a las conveniencias fiscales. Los príncipes podían lograr rápidos beneficios rebajando o manipulando los valores monetarios. La tentación de obrar en tal sentido fue incrementada durante las últimas décadas de la Edad Media, cuando una escasez repentina de lingotes de reserva alteró los valores de los metales preciosos; y este hecho, en unión con los desequilibrios entre monedas surgidos de las manipulaciones mencionadas, forzó también a los gobiernos a tomar medidas de control de cambios para preservar sus propias reservas de metal. A partir de 1300 más o menos, se produjo en la Europa occidental algo así como una "guerra monetaria" que generó medidas para la regulación de los pagos ultramarinos y preocupaciones acerca de los metales que constituirían la obsesión del futuro mercantilismo.

Aparte de la provisión de ayudas económicas, algunos gobernantes, para atraer al comercio y a los comerciantes a sus territorios, tuvieron que desarrollar una positiva y deliberada diplomacia económica, una auténtica regulación económica. Sus razones fueron frecuentemente de tipo fiscal, puesto que cualquier tipo de comercio (aunque fuese en tránsito) podía ser sujeto a tasas por las autoridades públicas. Esta posibilidad puede haber sido la principal inspiración de los intentos realizados por los Habsburgos, a finales de los siglos XIII y XIV, para atraer el comercio italiano a las ferias de Champaña a través del paso de St. Gotthard, cuya vertiente septentrional era controlada por ellos, y también para dirigir a través de sus tierras el comercio del vino de Alsacia, vía la Selva Negra, hacia Suabia y Baviera. Las ambiciosas perspectivas y proyectos de Carlos IV en Bohemia no dejaban probablemente de considerar los posibles provechos a obtener. Intentó desviar el comercio de Flandes y de la región del Rin con la Europa oriental, desde la ruta de Viena hacia su propio reino, desarrollar el comercio directo entre Venecia y Bohemia e incluso establecer una ruta entre Venecia y Flandes vía Praga, el Elba y el mar del Norte. Y, a pesar de que sus éxitos en estos terrenos fueron menos que medianos, es evidente su interés por el comercio de su país.

Carlos IV llevó a cabo esta labor mediante una paciente diplomacia económica y, aparte del provecho que pudiese obtener personalmente, parece haber tenido un genuino interés por el desarrollo económico de su principado de Bohemia. Este interés, o el interés por explotar las ventajas económicas ya obtenidas, no fue en modo alguno un fenómeno aislado. Ya a mediados del siglo XII, los arzobispos de Colonia apoyaban a los mercaderes de la capital en sus ambiciones por convertirse en los únicos intermediarios entre el sur de Alemania y el noroeste de Europa mediante el procedimiento de impedir a los barcos que remontasen el Rhin más allá de Colonia. Un poco más tarde, también en Hamburgo, bajo el patrocinio de los condes de Holstein, se realizó un control comercial por métodos algo distintos; el tráfico a través de la ciudad estaba gravado con pesadas cargas, pero los bienes que se compraban en ella estaban libres de todo impuesto; este control contribuyó a la preponderancia de Hamburgo, junto con Lübeck, como foco del comercio Este-Oeste y del tráfico Norte-Sur a lo largo del Elba. Bastante más tarde, los condes de Holanda intentaron convertir a Dordrecht, mediante métodos similares, en el centro de control de todos los productos que procedentes del Rhin iban hacia el mar, y ello no sólo para aumentar sus beneficios, sino también para lograr un mayor desarrollo económico de su territorio. En este sentido, el patrocinio del comercio por los príncipes servía a la "utilidad común".

Regulación industrial

En la mayoría de los países medievales, durante la mayor parte de la Edad Media, las medidas económicas fueron en primer lugar y de modo preeminente medidas comerciales, no sólo porque servían al interés fiscal de los gobernantes y las necesidades de consumo de la sociedad, sino también porque los intereses industriales capaces de hacer oír sus voces con efectividad, normalmente, sólo surgieron en fecha relativamente tardía. Además, el control de una industria organizada sobre una base artesanal de pequeña escala estaba fuera de las posibilidades de la mayor parte de los gobiernos medievales. Así pues, este terreno era abandonado generalmente a la actuación de

agentes tales como las autoridades ciudadanas o las corporaciones industriales dentro de las ciudades. Inevitablemente, existen excepciones a esta ley general, excepciones que, como es natural, incluyen a las ciudades-estado italianas, las cuales, hasta que el dominio de los mercaderes sobre los gobiernos fue destruido durante los dos últimos siglos de la Edad Media, utilizaron su autoridad política para establecer medidas encaminadas a mantener muy bajos los costes de manufacturación; y ello de dos maneras: indirectamente, por un control sobre la comida para mantenerla barata, y directamente, permitiendo la formación de asociaciones de mercaderes, mediante la restricción del desarrollo de los gremios de artesanos, que podían haber elevado los precios por medio de una acción colectiva. A corto plazo, estos procedimientos elevaban los niveles de los beneficios mercantiles, pero a la larga provocaban el endurecimiento de los antagonismos sociales, y, como sucedió con medidas similares en las ciudades industriales de Flandes y otros lugares, originaron las revoluciones artesanales que socavaron la preeminencia política y económica de que disfrutaba el patriciado comercial de las ciudades en el siglo XIII. Además, los intereses del consumidor, o los comerciales, ocasionalmente consiguieron el apoyo gubernamental mediante medidas industriales. En Inglaterra, por ejemplo, la "tasación" de 1196, que regulaba la calidad y fijaba las medidas estándar de las piezas de tela, parece haber sido planeada en primer lugar para proteger a los compradores, y quizás a los mercaderes exportadores, contra los fraudes de los tejedores ingleses; pero, durante la mayor parte del siglo XIII, estas medidas fueron utilizadas principalmente para controlar (o intentar controlar) el mercado de importación de tejidos. Únicamente cuando las manufacturas nativas alcanzaron gran expansión, durante el siglo XIV, estas medidas fueron utilizadas extensamente para conseguir que los exportadores ingleses pudiesen adquirir bienes que no causasen decepción alguna a sus compradores ultramarinos.

Sin embargo, hacia el siglo XII y por una serie de variadas razones, surgió en algunos lugares una actitud más positiva hacia la producción industrial. Los arzobispos de Salzburgo estimulaban la producción de sal en sus territorios como parte de una actitud tradicional de abastecimiento. Algo más tarde, Eduardo III de Inglaterra animaba a los trabajadores textiles de Flandes a establecerse en su

reino como parte de una serie de medidas políticas y económicas encaminadas a aplicar una presión diplomática sobre Flandes en preparación de la próxima guerra con Francia. Por otra parte, tanto en el norte como en el sur de Europa, algunos gobernantes parecían mostrar un gran interés por el desarrollo de sus dominios según el modelo de las regiones vecinas más evolucionadas. Cuando Carlos de Anjou autorizó a ciertos empresarios a explotar minas y establecer forjas, probablemente se limitaba a extraer el máximo provecho posible de sus créditos señoriales; pero la invitación de Carlos II a los obreros de la seda y la lana florentinos para que se establecieran en Nápoles sugiere ya un claro deseo de lograr un mayor progreso económico, siguiendo el modelo del norte de Italia. En la misma época, los condes de Holanda descubrieron en Flandes un buen modelo a seguir. Para competir con la industria flamenca y con la ciudad de Brujas, intentaron convertir a Dordrecht no sólo en un puerto comercial internacional, sino también en un importante centro de la manufactura textil, atrayendo hacia allí a la lana inglesa y garantizando a los tejedores extranjeros que se estableciesen en ella la exención de impuestos durante diez años. Por este procedimiento se esforzaron por obtener fletes de vuelta, especialmente de los mercaderes alemanes que podían ser persuadidos para que frecuentasen el puerto de Dordrecht.

No obstante, las medidas holandesas y anjevinas del siglo XIII indican simplemente una dirección concreta y consciente dentro de unas tendencias económicas generales. Hasta entonces la economía europea había estado dominada por ciertas áreas más desarrolladas —la Italia industrial, la región del Rhin y Flandes, especialmente—, y las rutas comerciales del mundo occidental estuvieron asimismo dominadas por los alemanes del Norte y, sobre todo, por los italianos septentrionales. Además, dentro de cada gran región europea había marcadas desigualdades económicas: así, entre la Italia central y septentrional y el resto de las tierras del Mediterráneo occidental, o entre Flandes y los demás países del noroeste de Europa. De todos modos, en la Baja Edad Media estas diferencias se hicieron menos marcadas. Los reyes anjevinos hicieron todo lo posible por mejorar el desarrollo económico de Nápoles, la industria textil española se hizo más activa, Barcelona pasó a unirse a Venecia y Génova en las

rutas marítimas del Mediterráneo. Francia, bajo Luis XI, penetró asimismo en el comercio del Mediterráneo y los portugueses y castellanos comenzaron a explorar los horizontes africanos y atlánticos. Por otra parte, en el Norte, la manufactura textil de Inglaterra, Holanda y Brabante comenzaba a socavar la anterior supremacía de los tejedores flamencos. Los mercaderes holandeses e ingleses empezaban a aparecer en las rutas marítimas que antes frecuentaron únicamente los alemanes e italianos; y los mercaderes de la Alemania meridional, bohemios e incluso húngaros, comenzaban a reclamar su parte en los beneficios comerciales. La aparición de nuevos intereses intensificó la competición en una época de dislocación económica y contracción de mercados determinada por las epidemias de peste negra. En sentido literal, el siglo xiv inauguraba una nueva fase en la historia de la economía europea.

Medidas de gobierno e intercambio de intereses

La nueva fase económica introdujo novedades en cuanto a medidas económicas. Los reyes y príncipes experimentaban la misma necesidad que en el pasado de incrementar sus propios recursos, y a tal fin se veían obligados a solicitar de las asambleas representativas la concesión de nuevos impuestos a través de los cuales los intereses económicos pudiesen hacer explícitas sus demandas y se pudiesen establecer los necesarios convenios. Por esta razón, las medidas económicas gubernamentales de esta época reflejan un más amplio espectro de iniciativas que las de las anteriores generaciones, tendencia, ésta, que fue apoyada y estimulada por nuevas creaciones en la estructura de los gobiernos. Los elementos burocráticos asumieron un papel cada vez más importante en la administración, difundiéndose, desde las más desarrolladas comunidades políticas del siglo xiii, hacia los países periféricos de Occidente. Estos elementos eran reclutados en gran medida entre las filas de la burguesía y contribuyeron poderosamente a implantar actitudes y aspiraciones burguesas en el mismo centro del aparato gubernamental. El personal administrativo que servía al rey Luis XI de Francia contribuyó, tanto como sus propios cálculos políticos y su personal predilección,

a hacer de él un "rey de mercaderes".

Desde luego, la aparición de nuevos intereses no desterró por completo la tradicional influencia política ejercida por la nobleza terrateniente. Esta influencia contribuyó, hasta finales de la Edad Media, a la persistencia, a veces incluso en difícil yuxtaposición con otras normas, de medidas de previsión de tipo tradicional. Los gobiernos siguieron respaldando las regulaciones de precios y de calidad de los bienes de consumo y a menudo se inclinaron a favorecer la afluencia de dichos bienes, incluso aunque fuesen introducidos por extranjeros. A veces, por otra parte, adoptaron medidas que servían a la causa de los grandes señores terratenientes como empresarios agrícolas o como receptores de rentas agrícolas. Los intereses de la Mesta, y los pagos que ésta hacía a la corona, preservaron durante largo tiempo la posición privilegiada de los mercaderes de lana italianos en Castilla, y así los propietarios pudieron seguir moviendo libremente sus rebaños de corderos entre los pastos de invierno y de verano a pesar del daño que causaban en las tierras de cultivo. En Inglaterra eran los agricultores los que garantizaban el apoyo al gobierno. Una serie de estatutos promulgados entre 1394 y 1455 permitieron la libre exportación de cereales mientras los precios en el interior no se elevasen por encima de niveles fijados de antemano; y un acta de 1463 prohibió las importaciones cuando los precios en el interior estuviesen por debajo de cierto nivel. También en el Báltico oriental los mercaderes holandeses eran bien recibidos en el siglo xv, no sólo porque llevaban telas, cerveza y arenques, sino también porque eran consumidores del cereal prusiano. En esta zona, las medidas encaminadas a apoyar los intereses de la agricultura socavaron el monopolio hanseático del comercio del Norte y favorecieron el desarrollo de los grandes señoríos Junker, que serían la institución económica característica de la Alemania oriental.

Los intereses mercantiles fueron sacrificados en algunas zonas de Italia al igual que en la Alemania oriental. El desarrollo de asociaciones de industriales artesanos fue favorecida en algunas ciudades-estado que cayeron en manos de "tiranos", para conseguir, gracias a ello, minar la posición política de los patricios mercaderes; y en Florencia, a finales del siglo xv, los intereses industriales obtuvieron la apertura del puerto de Pisa a los mercaderes ingleses para asegurarse

el aprovisionamiento de lana; sin embargo, en otros muchos lugares la dependencia financiera de los príncipes en relación con las ciudades y los mercaderes nativos permitió a estos últimos solicitar protección contra sus competidores. Las medidas protectoras comerciales, desde luego, fueron más eficaces en aquellos lugares en que los mismos mercaderes eran los que tomaban tales medidas. La conservación del monopolio sobre el comercio del Báltico y sus salidas hacia el noroeste de Europa constituyó la verdadera razón de existir de la Liga Hanseática, y, aunque la competencia holandesa pudo llegar a romper tal monopolio, los ingleses fueron excluidos de los mercados del Báltico sin que los privilegios de la Hansa en Inglaterra sufrieran serio detrimento. Venecia fue aún más literalmente un Estado mercantil; desde finales del siglo XIII, su comercio estuvo completamente bajo la dirección del Estado. Los astilleros públicos construían una gran parte de la marina mercante; el gobierno promulgaba leyes para regular los viajes y organizaba convoyes y estaciones ultramarinas; algunos artículos debían ser comprados en común para mantener bajos los precios de compra y mejorar así la posición de los mercaderes venecianos en el comercio distributivo.

Venecia y la Hansa eran fenómenos extremos, pero no constituían los únicos modelos de intereses mercantiles. La dependencia de la monarquía francesa de los préstamos de los burgueses y de los impuestos, así como de las ciudades como instrumentos de administración, especialmente en el período de reconstrucción que siguió a la Guerra de los Cien Años, contribuyó a crear un matrimonio de conveniencia entre la corona y los mercaderes urbanos que determinó la intervención real para impedir las medidas restrictivas de la industria. En España, en la segunda mitad del siglo XV, los intereses mercantiles del transporte y la exportación fueron apoyados por leyes reguladoras de la navegación, ideadas con la intención de dar preferencia a los barcos nativos en el comercio ultramarino. También en Inglaterra los mercaderes consiguieron el respaldo intermitente del gobierno. Las prohibiciones ciudadanas, que excluían a los mercaderes extranjeros de la venta al detalle en los mercados interiores, fueron reproducidas a escala de legislación nacional. Los mercaderes extranjeros eran obligados a hospedarse con un "anfitrión" inglés, el cual supervisaba sus tratos y procuraba abreviar su estancia; agentes

del gobierno controlaban la calidad de los tejidos ingleses en interés de los exportadores. Sin embargo, la verdadera causa de tal protección eran las conveniencias financieras. A partir de mediados del siglo xiv, la mayor parte de las exportaciones inglesas de lana eran canalizadas a través de una asociación de mercaderes ingleses, la *Company of the Staple*, que tenía carácter de monopolio, para facilitar los impuestos reales sobre este comercio y los préstamos que la corona obtenía de los mercaderes. Los impuestos, finalmente, llegaron a reducir el volumen del comercio de la lana, pero, en conjunción con la empresa privada de comerciantes ingleses, de la cual se derivó la *Company of Merchant Adventurers*, los métodos seguidos para asegurar el cobro de los impuestos sobre el comercio de la lana también contribuyeron a establecer e incrementar la parte del comercio inglés que se hallaba en manos de mercaderes ingleses.

En algunos lugares los intereses industriales, al igual que los de los terratenientes y mercaderes, obtuvieron la protección gubernamental, aunque sólo fuera bajo la forma de un respaldo, por parte del Estado, de las medidas tomadas por las ciudades encaminadas a combatir una industria competitiva en el país. En las regiones más desarrolladas, los éxitos de la artesanía, al ganar un lugar en los gobiernos ciudadanos, en las generaciones en torno al 1300, incrementaron su posición comercial; y la dependencia financiera y política de los príncipes, respecto a sus ciudades, los colocó en una posición receptiva en cuanto a las demandas de la industria artesanal. Los duques de Milán, en el siglo xv, y los condes de Flandes, en la primera mitad del xiv, fueron persuadidos para que adoptasen medidas restrictivas respecto al desarrollo de la industria rural; sin embargo, en Flandes, esta entrega a la presión ejercida por las grandes ciudades acarreó el peligro de que se viera reforzado su impulso hacia la independencia de la autoridad principesca y que los intereses de los mercaderes de telas se hallasen mejor servidos al permitir el crecimiento de la manufactura rural, a bajo coste, que ellos podían explotar muy provechosamente. En una época de intensa competencia internacional, era casi inevitable una alianza entre el conde y los mercaderes que sacrificase la industria urbana en provecho de sus rivales rurales, y se consumó bajo Luis de Male y sus sucesores borgoñones.

Por otra parte, en Flandes, las circunstancias interiores actuaban

en favor de un "laissez faire" doméstico; no obstante, existió siempre un casi unánime apoyo a los periódicos intentos por excluir los tejidos extranjeros (muy especialmente los ingleses) de los mercados flamencos. Medidas protectoras similares surgieron también en Italia, donde las industrias nacientes que se iniciaban en los centros antes "subdesarrollados" necesitaban ser promovidas, mientras que las industrias de los antiguos centros "desarrollados" clamaban por el apoyo gubernamental, a la vista del crecimiento de sus nuevas rivales. Los primeros animaban la inmigración de artesanos bien adiestrados y restringían la exportación de las materias primas; las últimas, como Lucca, cuando su industria sedera se encontró en competencia con la de Bolonia, Génova y otras, se desquitó imponiendo impuestos a la importación o incluso prohibiéndola. En España, también los intereses catalanes obtuvieron la proscripción de la importación de textiles extranjeros en Aragón ya en 1422; en 1481 se instituyó un impuesto protector de la industria catalana; Fernando e Isabel extendieron esta medida a Castilla y prohibieron la exportación de más de dos tercios de la lana esquilada en el país. Estas medidas debieron ser más veces quebrantadas que respetadas, pero, por lo menos, la protección a la industria se había convertido en un sector legítimo de las medidas gubernamentales.

Inglaterra y España estaban en pleno desarrollo económico en la Baja Edad Media, y el código de leyes inglés de 1463 contiene una declaración que dice: "el más importante y principal de los bienes que posee el reino de Inglaterra consiste en las lanas que crecen en dicho reino"; y, acerca de la cantidad de esta riqueza, dice: "debería restar y quedar en dicho reino lo suficiente para que siempre pueda servir competente y razonablemente las necesidades de los tejedores". De hecho, el crecimiento de una industria textil nacional fue apoyada de varias maneras por la acción del gobierno: mediante medidas fiscales que, sin tener en consideración las consecuencias económicas, gravaron con impuestos pesadamente, las exportaciones de lana y, ligeramente, las exportaciones de tejidos; y mediante periódicos embargos de las exportaciones de lana y las importaciones de tejidos por razones puramente diplomáticas. No obstante, hacia el siglo xv comenzó a ser percibida la utilidad económica de tales medidas, especialmente por los poderosos grupos de exportadores de teji-

dos que de modo creciente reclamaban la acción del gobierno para mejorar su posición competitiva. Donde los intereses laneros predominaban, otros seguían a continuación, y todos juntos procuraban obtener la prohibición legal de la importación de una amplia serie de artículos que podían competir con los productos nacionales, y en particular de las importaciones de artículos que eran llevados al país en cuestión por mercaderes extranjeros que hacían la competencia a los mercaderes ingleses. Era extremadamente conveniente poder estigmatizar las actividades extranjeras como contrarias a los intereses nacionales, ya que acarreaban la pérdida de una parte de las reservas de metales preciosos, de los que siempre había escasez y que eran imprescindibles para cubrir las necesidades de moneda corriente de la nación (cada vez era más evidente que éstas constituían la medida de la riqueza de la nación).

Alcance y limitaciones de las medidas gubernamentales

Las más complicadas medidas económicas aparecidas durante la Baja Edad Media no fueron de aplicación universal. Fueron adoptadas, sólo en muy limitada extensión, en Alemania, en los países eslavos orientales y en Escandinavia; e incluso en países más occidentales hubo muchas variaciones y muy diversos matices. Su alcance y limitaciones están bien ilustrados en Francia, en el período de reconstrucción del país bajo el rey Luis XI. Las medidas reales facilitaron la recuperación de la industria textil en Poitiers y su establecimiento en Montpellier. Una industria sedera fue implantada en Lyon y Tours. El rey dio la bienvenida a Francia a artesanos extranjeros especializados en trabajos determinados, como mineros, armeros, tallistas de cristal alemanes, fundidores de cobre de Dinant e impresores. En este sentido, se puede decir que Luis XI fue el empresario del desarrollo económico francés y el protector del progreso industrial. Sin embargo, muchas de las medidas que tomó tenían una apariencia verdaderamente tradicional. Admitió en sus puertos a los mercaderes de la Hansa e incluso a su reciente enemigo, los ingleses; y su intento por crear una compañía de comercio por el Mediterráneo estuvo encaminado principalmente a atraer artículos de importación hacia su

país, aunque, eso sí, prefería que ello se hiciera mediante empresas francesas, no italianas; a la vez, enlazaba estos esfuerzos con planes encaminados a revitalizar mercados y ferias, especialmente las ferias de Lyon, por medio de la distribución de centros comerciales por todo el Oeste según el modelo de las ferias de Champaña de los buenos tiempos de San Luis. Pero el crecimiento del comercio marítimo durante la Baja Edad Media convirtió tal medida en un anacronismo.

Tras las medidas emprendidas por Luis XI existía una amplia variedad de motivaciones. A las medidas tradicionales de provisión, fueron añadidas otras encaminadas a lograr el desarrollo industrial, precursoras de las medidas de abundancia de una época posterior. Mediante el apoyo prestado al comercio francés, con preferencia al que se hallaba en manos extranjeras, y el establecimiento en suelo francés de los principales centros de Occidente, el rey intentaba tanto lograr la exaltación de la riqueza de su país—como prevenir la huida hacia el exterior del principal signo visible de aquella riqueza, es decir, los metales preciosos —siendo éste uno de los primeros ejemplos de los orígenes medievales del impulso y protección de la moneda metálica—. No obstante, Luis XI estaba tan interesado en el poder como en la riqueza. La abundancia que él deseaba crear para sus súbditos también representaba bienes que podían ser objeto de impuestos o préstamos. Sus objetivos comerciales en el Mediterráneo fueron un medio para ejercer presión sobre Venecia y crear una marina mercante capaz de apoyar las ambiciones estratégicas francesas en aquel ámbito. El establecimiento de ferias en Rouán y el patrocinio real de los miembros de la Hansa estuvieron al servicio de los planes ideados para socavar el poder borgoñón en los Países Bajos. Su apoyo a la élite mercantil urbana reforzaba su poder sobre una clase de la que el rey obtenía grandes rentas y de la cual dependía para dirigir las ciudades en su propio interés y para lograr un contrapeso político de la nobleza, que tanto había dañado la estabilidad de Francia en los largos períodos de disturbios que siguieron a la muerte del rey Carlos V. Además, mediante las medidas encaminadas a hacer más fácil para los burgueses llegar a convertirse en nobles y a permitir a los nobles que dejasen su tradicional holgazanería para dedicarse al comercio, el rey intentaba borrar las profundas divisiones de

las discriminaciones sociales, dejando a la monarquía en la soledad y el aislamiento de la autoridad incontestable.

La historia de Francia bajo Luis XI pone de relieve hasta qué punto es imposible separar las medidas económicas de las demás tomadas por los gobiernos medievales y de qué modo los fines pretendidamente económicos podían ser falseados por otros objetivos; excepto en una federación puramente comercial como fue la Liga Hanseática (que no puede ser considerada un "Estado" en absoluto), o en menor extensión en las ciudades-estado italianas antes de su capitulación ante los "tiranos", los intereses económicos tuvieron que competir con otros objetivos y a menudo fueron sacrificados a éstos. Frecuentemente, lo que exigía la utilidad pública se hallaba en franca oposición con las necesidades financieras. Una prohibición sobre la exportación de cereales de Sicilia permitió a los reyes vender licencias para evadirla; la manipulación de la moneda era un deber del gobernante para apoyar la socavada confianza comercial, las quebrantadas paridades de cambio y las nulas bases de los contratos; los proyectos para reducir las aduanas eran olvidados, y los privilegios ideados para atraer a los mercaderes eran a menudo invalidados por la tentación de expoliar a aquéllos de sus mercancías. A veces, también la diplomacia exigía el sacrificio de los intereses económicos. La prosperidad de la industria inglesa pudo exigir ciertas restricciones sobre la exportación de la lana y la prosperidad de la industria flamenca pudo determinar la prohibición de importar telas inglesas, pero el ritmo de los controles fue más apto para ser dirigido por consideraciones políticas o estratégicas durante los intermitentes períodos de guerras entre Francia e Inglaterra. Además, la ampliación de miras de las regulaciones económicas, durante la Baja Edad Media, representaba frecuentemente una acomodación de las medidas de gobierno a las insistentes demandas de intereses especiales encaminadas a asegurar ventajas a corto plazo. Cuando esto sucedía, las medidas que un gobierno determinado aceptaba podían muy bien ser arrojadas por la borda, sin grandes remordimientos de conciencia, en cuanto las ventajas habían sido logradas.

Pero admitir las muchas limitaciones, tanto de miras como de efectividad, de las medidas económicas de los gobiernos medievales no quiere decir que se deban negar los reales progresos que se realiza-

ron durante los siglos que separan la Europa feudal de la Europa de fines de la Edad Media. El período comienza con una época en que las medidas fiscales y económicas de los gobiernos eran poco más que medidas de explotación señorial, pero con el transcurso de las generaciones muchas cosas vinieron a unirse a éstas. Hasta qué punto la evolución en la Edad Media fue importante, puede ser deducido de la lectura de Giovanni de Viterbo o Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, de Felipe de Leyden y Nicolás Oresme en el XIV y de los poetas ingleses y los peticionarios parlamentarios en el XV. A cada paso se incrementó la convicción de que el gobierno debía tener amplias responsabilidades en el campo económico, así como de que era su deber “emprender grandes cosas y defender el reino”. Asegurar las provisiones de alimentos, incrementar el comercio y la industria, proteger los intereses de la nación, proporcionar buena moneda y sostener la riqueza de la comunidad, aunque sólo fuera en la forma tangible de formar *stocks* de dinero en metálico, todo ello llegó a ser considerado como contribución a la utilidad común, de la cual los gobernantes eran defensores y guardianes. Su custodia podía ser a menudo imperfecta, inconsistente y ejercida con una visión inadecuada, pero sería injusto negar a estas ideas, cuyo objetivo era responsabilidad de los gobiernos, cierta parte en el proceso de desarrollo económico que transformó la Europa feudal en una sociedad mucho más avanzada, fundamento del primer mundo moderno.

BIBLIOGRAFÍA

Existe gran cantidad de material acerca de las medidas económicas medievales esparcido por las páginas de la obra ya clásica de E. F. Hecksher, *Mercantilism*, trad. al inglés por M. Shapiro, 2 vols., Londres, 1935. Hay un estudio más reciente y general en la *Cambridge Economic History*, III, Cambridge, 1965, ed. M. M. Postan, E. E. Rich y E. Miller (el cap. VI es un estudio en cooperación de las medidas gubernamentales en Inglaterra, Francia, Países Bajos, estados bálticos y Europa meridional; y el cap. VII proporciona en conjunto una gran masa de datos concernientes al crédito público,

especialmente en el noroeste de Europa). La principal omisión en este volumen radica en que no se da dato alguno acerca de las medidas económicas en Alemania; esta negligencia puede ser en parte subsanada con la discusión que hace H. Spangenberg de este problema en *Territorialwirtschaft und Stadtwirtschaft*, Munich-Berlín, 1932, aunque hay que admitir que es algo esquemática; más satisfactoria resulta la obra de U. Dirlmeier, *Mittelalterliche Hohensträger im wirtschaftlichen Wettbewerb*, Wiesbaden, 1966, la cual, además de tratar ampliamente muchas facetas de las medidas económicas en Alemania, contiene una penetrante crítica de la bibliografía más antigua.

Una buena cantidad de información acerca de medidas económicas y fiscales en la Edad Media puede ser extraída de historias generales de Europa o de historias de la economía también de tipo general; así, la obra de H. A. Miskimin, *The Economy of Early Renaissance Europe 1300-1460*, Englewood Cliffs, N. J., 1969, es un perspicaz estudio de la economía de la Baja Edad Media en que se incluyen los nuevos modelos de medidas económicas. La obra de E. G. Léonard, *Les Angevins de Naples*, París, 1954, dedica un considerable espacio a las finanzas públicas y las regulaciones económicas, y la de P. Dollinger, *La Hanse (XII^e-XVII^e siècles)*, París, 1964, es un resumen magistral del inmenso volumen de investigaciones sobre esta federación comercial del Norte. La obra de W. Cunningham, *Growth of English Industry and Commerce*, I, Cambridge, 1915⁹, puede resultar algo anticuada en ciertos aspectos, pero estudia el desarrollo económico desde el ángulo de las regulaciones gubernamentales. Útiles estudios acerca de la economía de Italia y España nos lo proporcionan G. Luzzato, *Economic History of Italy from the Fall of the Roman Empire to the Sixteenth Century*, trad. inglesa de P. Jones, Londres, 1961, y J. Vicens Vives, *Historia económica de España*, Vicens-Vives, Barcelona, 1977¹⁰.

Para completar estas líneas generales pueden ser utilizados una serie de estudios más concretos. El carácter de las medidas comerciales inglesas en el reinado de Eduardo III fue escépticamente estudiado por G. Unwin en su obra *Finance and Trade under Edward III*, Manchester, 1918, y situado en un más amplio contexto en la obra de E. Power, *The Wool Trade in Medieval English History*, Oxford, 1941. La obra de D. Herlihy, *Pisa in the Early Renaissance: a*

Study of Urban Growth, New Haven, 1958, contiene un penetrante estudio de algunas de las medidas tomadas por una ciudad italiana. El libro de H. C. Peyer, *Zur Getreidepolitik oberitalienischer Städte in 13. Jahrhundert*, Viena, 1950, nos proporciona numerosos datos acerca de las medidas tomadas para el aprovisionamiento de las comunas italianas; y en *Venice and History*, Baltimore, 1966, en los cap. VI, IX y XII, F. C. Lane estudia la deuda consolidada de Venecia y la organización de los viajes comerciales de los venecianos. La obra de J. Klein, *The Mesta: a Study in Spanish Economic History*, Cambridge, Mass., 1920, puede ser considerada como pionera y nos proporciona una parte esencial del panorama de las medidas castellanas. Para el estudio económico de Francia en las postrimerías de la Edad Media, es imprescindible la obra de R. Gandilhon *Politique économique de Louis XI*, Rennes, 1941, si bien algunas de sus conclusiones han provocado grandes controversias.

Para el estudio de las finanzas públicas en Alemania existe un excelente sumario de general conocimiento realizado por T. Mayer, "Geschichte der Finanzwissenschaft vom Mittelalter bis zum Ende des 18. Jahrhundert", en *Handbuch der Finanzwissenschaft*, ed. por W. Gerloff y F. Neumark, I, Tübingen, 1952; y M. M. Fryde inició un estudio de las operaciones de crédito de los alemanes que, desgraciadamente, fue interrumpido por su muerte, en los *Studies in Medieval and Early Renaissance History*, I, 1964, en la Universidad de Nebraska. Sobre Francia existe una enorme cantidad de material en la *Histoire des institutions françaises au moyen âge*, ed. F. Lot y R. Fawtier, I-II, París, 1957-1958 (el primer volumen hace referencia de un modo algo desigual a los principados feudales, mientras que el segundo recopila de modo magistral el actual conocimiento acerca de las finanzas y la administración financiera). Recientemente, B. Lyon y A. Verhulst, en *Medieval Finance: a Comparison of Financial Institutions in Northwestern Europe*, Brujas, 1967, han tratado comparativamente el crucial momento de transición del siglo XII a principios del XIII en Inglaterra, Flandes, Normandía y el reino de los Capeto. Finalmente, los cuatro primeros capítulos de la obra de C. Stephenson, *Medieval Institutions: Selected Essays*, ed. por B. Lyon, Ithaca, Nueva York, 1954, se refieren a la evolución relacionada de los impuestos y lo que éstos representan; y su historia es de-

sarrollada por A. Marongiu, *Medieval Parliaments: a Comparative Study*, trad. inglesa por S. J. Woolf, Londres, 1968.

En la *Cambridge Economic History*, III, hay una extensa bibliografía por capítulos, y existe una detallada guía de la bibliografía alemana en la obra de Dirlmeier a la que se hace referencia más arriba.

NOTAS SOBRE LOS AUTORES

C. M. CIPOLLA

es profesor de historia económica en las universidades de Pavia y de California, Berkeley. Nacido en 1922 en Pavia, Italia, se graduó en su universidad y prosiguió sus estudios en París y Londres desde 1945 hasta 1948. A partir de 1949 dio numerosos cursos sobre historia económica en diversas universidades de Europa y América. Sus publicaciones en inglés incluyen las obras siguientes: *Money, Prices and Civilisation* (1956), *The Economic History of World Population* (1962), *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion* (1965), *Clocks and Culture* (1967) y *Literacy and Development in the West* (1969).

J. C. RUSSELL

es profesor de historia en la Texas A & I University, Kingsville, Texas. Entre sus más conocidas publicaciones sobre la demografía medieval, citemos *British Medieval Population* (1948) y *Late Ancient and Medieval Population* (1958).

JACQUES LE GOFF

nació en Toulon en 1924. Siguió los cursos de la École Normale Supérieure de París y la Escuela Francesa de Roma antes de convertirse en director de estudios de la École Pratique des Hautes Études (Sección VI), catedrático de la École Normale Supérieure y codirector de la revista *Annales*. Entre sus publicaciones, destaquemos *Marchands et banquiers du Moyen Âge* (1956), *Les intellectuels du Moyen Âge* (1957), *La Civilisation de l'Occident Médiéval* (1964) y *Das Hochmittelalter*, vol. II de *Fischer Weltgeschichte* (1965).

RICHARD ROEHL

estudió en la Universidad Columbia, obteniendo su B. A. en Historia en 1963. Se doctoró en filosofía en 1968 en la Universidad de California, Berkeley, en la que actualmente es profesor ayudante de economía. Ha trabajado durante dos años en la investigación en Inglaterra, Francia y Alemania. Su tesis *Plan and Reality in a Medieval Monastic Economy —The Cistercians* será publicada en breve, en forma abreviada y revisada.

LYNN WHITE JR.

es profesor de historia en la Universidad de California, Los Angeles, y director del UCLA, Centro de Estudios Medievales y del Renacimiento. Ha sido profesor en las universidades de Princeton y Stanford y fue director del Mills College entre 1943 y 1958. Ha publicado gran número de libros y artículos sobre la historia de la tecnología, entre los cuales citaremos su *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962.

GEORGES DUBY

es profesor en la Universidad de Aix, Marsella, y ha escrito un buen número de libros y artículos acerca de la agricultura medieval; el más importante de aquéllos es *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident Médiéval*, 2 vols., París, 1962.

SYLVIA THRUPP

es profesora de historia en la Universidad de Michigan. Entre sus publicaciones sobre historia de la ciudad y de los gremios, se hallan *The Worshipful Company of Bakers*, Londres, 1933; *The Merchant Class of Medieval London*, Ann Arbor Paperbacks, 1961; "The Gilds", en *The Cambridge Economic History of Europe*, III, 1963; "Gilds", en *The New Encyclopaedia of the Social Sciences*, 1968; "The City as the Idea of Social Order", en Handlin y Burchard, ed., *Historians and the City*, M.I.T. y Harvard University Press, 1963.

JACQUES BERNARD

es profesor en la Universidad de Burdeos y ha escrito varios libros sobre la historia de Burdeos y la historia naval de los siglos XIV a XVI, la principal de las cuales es *Navires et gens de mer à Bordeaux (vers 1400-vers 1550)*, 3 vols., París, 1968.

EDWARD MILLER

es profesor de historia medieval en la Universidad de Sheffield. Fue educado en la King Edward VI School, Morpeth, Northumberland, y en el St. John's College, De Cambridge. Desde 1939 hasta 1965 perteneció al cuerpo del St. John's College, y de 1946 a 1965 fue catedrático de historia en aquella universidad, donde, desde 1965, es profesor.

ÍNDICE DE PERSONAS

- Abelardo, 91
 Abel, W., 120n, 121
 Aimery de Narbona, 80
 Albert de Metz, 13
 Alberto Magno (predicador dominico), 86
 Alfonso X el Sabio, rey de Castilla, 171
 Amalasunta, reina de los ostrogodos, 14
 Ammann, Hektor, 86
 Antal, Frederick, 101
 Aquino, Santo Tomás de, 376, 396
 Aristóteles, 95

 Bacon, Roger, 169, 172, 177
 Bakhtin, Mikhail, 87
 Barbarigo, Andrea, 335
 Bardi, familia (banqueros), 333, 342, 349
 Baron, Hans, 93
 Beaumanoir, Philip de, 98
 Beauvais, Bartolomé de (obispo), 260
 Bernardo, San, 80, 81, 182
 Besson, Jacques, 169
 Bloch, M., 115
 Boinebroke, Jehen, 287, 334
 Bolotin, Payen, 80
 Bonvecino da Rippa, 22n, 23
 Borgoña, Carlos el Calvo, duque de, 349
 Borgoña, Felipe el Bueno, duque de, 368
 Borgoña, María de (esposa del emperador Maximiliano I), 349
 Brandemburgo, Albrecht Achilles, margrave de, 369
 Brandemburgo, Federico I, margrave de, 367
 Braudel, Fernand, 102
 Breughel, Pieter (el Viejo), 125

 Carlomagno, emperador, 56, 80, 156, 159, 160, 190, 243, 310
 Carlos I, rey de Nápoles, 318, 349, 379, 382, 383, 387
 Carlos II, el Sabio, rey de Nápoles, 345, 387
 Carlos IV, emperador, 384
 Carlos V, rey de Francia, 95, 394
 Carlos VI, rey de Francia, 374
 Carlos VIII, rey de Francia, 374
 Carlos Martel, rey de Austrasia, 174
 Carlos Roberto, rey de Hungría, 371, 379
 Carus-Wilson, E. M., 281
 Casimiro el Grande, rey de Polonia y Hungría, 372
 Catón, 78
 Cicerón, 78
 Cipolla, C. M., 94
 Coeur, Jacques, 319, 351
 Colewyk, Reginald de, 47
 Colón, Cristóbal, 152, 301, 316
 Columela, Lucius Janius, 78
 Commynges, Philippe de, 79

- Champaña, Teobaldo IV, duque de, 370
 Chaucer, Geoffrey, 286
 Dandolo, Enrico, Dux de Venecia, 47, 89
 Dante, Alighieri, 89, 101
 Datini, Francesco di Marco, 281, 342
 Deane, Phyllis, 240
 Dion, Roger, 88
 Dominici, Giovanni, 90
 Dondi, Giovanni de', 171
 Dopsch, Alfons, 115
 Dumont, Louis, 88
 Eduardo I, rey de Inglaterra, 67, 97, 365, 368, 371, 374, 379, 383
 Eduardo III, rey de Inglaterra, 95, 277, 279, 345, 349, 368, 377, 386
 Eilmer de Malmesbury, 180, 181
 Eleanor de Aquitania, reina de Inglaterra, 67
 Engels, Friedrich, 99
 Enrique II, rey de Inglaterra, 67
 Enrique III, rey de Inglaterra, 367
 Enrique VI, rey de Inglaterra, 371, 374
 Enrique VIII, rey de Inglaterra, 365
 Espinas, Georges, 98
 Fanfani, Amintore, 93
 Febvre, Lucien, 82
 Federico I (Barbarroja), emperador, 18, 366, 381
 Federico II, 369, 371, 381
 Felipe II (Augusto) rey de Francia, 94, 96, 365
 Felipe IV, rey de Francia, 95, 365
 Felipe de Leyden, 382, 396
 Fernando, rey de Aragón, 365, 392
 Fichet, Guillaume, 94
 Fini, Rinieri, 351
 Fitzthédmar, Arnald, 73
 Fiumi, E., 100
 Flandes, Felipe de Alsacia, conde de, 82, 391
 Flandes y Nevers, Luis II de Male, conde de, 391
 Frescobaldi, familia (banqueros), 342, 349
 Froissart, Jean, 95
 Fugger, familia (banqueros), 102, 276, 324
 Fugger, Hans, 320
 Gama, Vasco de, 152
 Gasparino de Bérghamo, 94
 Geremek, Bronislaw, 97, 287
 Gervasio de Tilbury, 79
 Giordano da Rivolto, 103
 Giovanni de Viterbo, 381, 396
 Grantmesnil, Hugh de, 32
 Gras, N.S.B., 330
 Gregorio XI, papa, 349
 Grosseteste, Robert, obispo de Lincoln, 47
 Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra, 71, 165, 191
 Gutenberg, Johann, 172, 173
 Harvengt, Felipe de, prior de Bonne-Espérance, 80
 Heers, J., profesor, 338, 339
 Heitz, Carol, 83
 Heraclio, emperador de Bizancio, 178
 Herlihy, David, 90, 266
 Hero de Alejandría, 169
 Hibbert, A. B., 98
 Hicks, J. R., 144
 Hilton, R. H., 102
 Hompys, Joseph, 320
 Hugo de San Víctor, 182
 Hugo, Víctor, 98
 Humberto de Romans, 85
 Irminon, abad de Saint-Germain-des-Près, 26, 63

- Isaac ben Sid, rabí, 171
 Isabel, reina de Castilla, 365, 392
- Johnson, H. T., 137
 Jones, Philip, 97
 Justiniano I, emperador, 36, 40
- Keynes, J. M., 116-117
 Keyser, E., 28
 Knutsson, Karl, rey de Suecia, 370
 Kurbis, Brygida, 103
- Lambert von Hersfeld, 19
 Lane, F. C., 122
 Lavedan, Pierre, 100
 Lejeune, Roger, 277
 León VI, emperador de Bizancio, 65
 Leonardo da Vinci, 169, 181
 Lewis, Oscar, 97
 Liutprando de Cremona, 13, 16
 Lombardo, Mauricio, 80
 Lomellini, familia (banqueros), 348
 López, R. S., 19, 89, 98, 258
 Lorenzetti, Ambrogio, 100, 101
 Luis de Baviera, emperador, 380
 Luis VI, rey de Francia, 366
 Luis VIII, rey de Francia, 67
 Luis IX, rey de Francia, 67, 345, 349, 394
 Luis XI, rey de Francia, 370, 373, 388, 393, 394, 395
 Lynn, William, 347
- Magallanes, Fernando, 152
 Mairano, Romano, 329
 Malocello, Lanzarotto, 316
 Malthus, Thomas Robert, 116
 Manduel, hermanos, 310
 Marechale, Alina de, 47
 Margarita de Constantinopla, 379
 Margarita, reina de Dinamarca, 365
 Marke, Collard de, 323, 349
 Marsilio de Padua, 19
 Martín de Tours, san, 79
- Marx, Karl, 99, 116
 Matilde, condesa, 93
 Maximiliano I, emperador, 323, 349, 366
 Medici, banco y familia de los, 83, 102, 282, 333, 342, 344, 350
 Medici, Cósimo de, 318
 Medici, Lorenzo de, 318
 Melis, F., 342, 351
 Mellent, conde de, 32
 Mickwitz, Gunnar, 84
 Milton, John, 181
 Mols, R. J., 141
 Mollat, Michel, 282
 Montaigne, Michel de, 331
 Morelli, Giovanni, 90
 Müller, Werner, 83
 Mumford, Lewis, 81
- Offa, rey de Mercia, 243
 Opicino de Canistris, 23
 Oresme, Nicolás, 383, 396
 Orlandis, Manuellus de, 261
 Otón IV, emperador, 79
 Otto, obispo de Freising, 18
- Paladio, 78
 Paolo di Messer Pace di Certaldo, 89
 Pedro de Maricourt, 170
 Pegolotti, Francesco di Balduccio, 301, 351
 Perrin, Charles-Edmond, 86
 Perroy, E., 274
 Peruzzi, familia (banqueros), 333, 342, 349
 Petino, Antonio, 88
 Petrarca, 173
 Pierre (St.) de Marsella, 26
 Pío II, papa, 366
 Pirenne, Henry, 93, 115, 326, 329, 330
 Plesner, J., 100
 Plinio, 155
 Poitiers, Alfonso, conde de, 370

- Polo, Marco, 297, 300, 301
 Pollard, S., 145
 Postan, M. M., 347
 Procopio, 55

 Querini, Guglielmo, 331

 Rabelais, François, 87
 Remi (St.), obispo de Rheims, 26
 Renaudet, Agustín, 312
 Renouard, Yves, 93, 342, 349
 Rivolto, *véase* Giordano
 Roberto el Inglés, 170
 Rodolfo I de Habsburgo, emperador, 379
 Roover, profesor Edler de, 308
 Roover, Raymond de, 282, 346, 349
 Rörig, Fritz, 93
 Ruperto, abad de Deutz, 79, 81
 Ruyelle, Guillaume, 323, 349

 Saporì, Armando, 93
 Sauvaget, Jean, 28
 Schneider, Jean, 100
 Sereni, Emilio, 100, 101
 Servat, William, 334
 Severus, Sulpicius, 79
 Shakespeare, William, 340
 Smith, Adam, 116, 268
 Sombart, W., 329, 351
 Spooner, Frank, 122

 Sprandel, Rolf, 277
 Sture, Sten, 365

 Taylor, Frederick Winslow, 102
 Teodoro de Tarso, arzobispo de Canterbury, 47
 Teófilo, 91, 169
 Thrupp, profesor Sylvia L., 54

 Urbano II, papa, 83
 Usher, A. P., 248, 249
 Uzzano, Giovanni di Antonio di, 351

 Varrón, 78
 Verancio, Fausto, 181
 Vespucio, Américo, 318
 Villani, Giovanni, 20-22, 23, 93, 95, 349, 352
 Villard de Honnecourt, 169
 Villehardouin, Geoffroi de, 311
 Villon, François, 97
 Virgilio, 78, 155
 Vivaldi, familia, 179, 316
 Vogel, Walther, 329

 Wolff, Philippe, 86

 Yusuf ibn Tashfin, emir de Berbers, 47

 Zaccaria, Benedetto, 329
 Zeno, Rinieri, dux de Venecia, 348
 Zipf, 31

ÍNDICE DE LUGARES

- Acre, 300, 314
 Albi (Albigeois), 61, 88
 Alejandría, 155, 300, 301, 314, 315, 317
 Alemania, 27, 31, 38, 52, 60, 64, 73, 79, 83, 84, 94, 121, 124, 155, 159, 162, 163, 166, 168, 189, 202, 211, 214, 217, 220, 246, 249, 251, 256, 257, 275, 276, 285, 316, 363, 366, 367, 368, 371, 373, 382, 383, 387, 388, 389, 393
 Alsacia, 209
 Amalfi, 179, 313
 Amberes, 305, 306, 323-324
 Amiens, 88
 Anatolia, 165, 300, 315
 Angers, 92, 247
 Annapes, 244
 Antioquía, 36, 57, 300, 314
 Aquisgrán, 80
 Aragón, 61, 88, 276, 370, 392
 Arlés, 249
 Armenia, 165
 Arnemuiden, 323
 Arras, 259, 280, 304
 Artois, 167, 197, 208, 304, 305, 306
 Asti, 306, 317, 338
 Ath, 280
 Augsburgo, 86, 167, 276, 307, 320
 Auxerre, 206
 Aviñón, 97, 318, 344, 349
 Bagdad, 300
 Bapaume, 306, 336
 Barcelona, 34, 36, 319, 337, 346, 387
 Bari, 313
 Barletta, 344
 Bar-sur-Aube, 306, 330
 Basilea, 65
 Baviera, 245, 370
 Bayona, 322, 339
 Beauvais, 95, 260
 Beirut, 300, 301, 314
 Bergen, 320, 344
 Berna, 83
 Bernau, 147
 Bethune, 87
 Bilbao, 321
 Bohemia, 276, 320, 383, 384, 385, 388
 Bolonia, 36, 87, 92, 95, 305, 319, 344, 376, 392
 Borgoña, 208, 277, 279, 303, 364, 365, 368, 391
 Boston, 305
 Boulogne, 332
 Bourgneuf, 304, 323, 339
 Brabante, 255, 280, 304, 305, 323, 368, 379, 380, 388
 Brandemburgo, 367, 369
 Bremen, 320
 Brescia, 36, 165
 Bretaña, 86, 303, 321, 322, 336, 339, 365, 371, 377

- Brouage, 304, 323
 Bristol, 84, 320, 339
 Brujas, 34, 36, 58, 73, 276, 279,
 296, 304, 305, 306, 316, 318,
 320, 321, 322, 323, 324, 330,
 344, 346, 348, 350, 380, 387
 Bruselas, 87, 304
 Budapest, 34
 Burdeos, 130, 221, 302, 303, 321,
 326, 327, 328, 331, 332, 336,
 337, 378

 Cádiz, 316, 321
 Cahors, 334, 348
 Cairo, El, 36
 Calais, 305, 339
 Carcassonne, 74
 Carlisle, 64
 Castellón de la Plana, 27, 34
 Castilla, 31, 246, 321, 370, 372,
 373, 379, 388, 389, 392
 Cataluña, 88, 188, 302, 306, 307,
 317, 319, 338, 392
 Ceilán, 297
 Claraval, abadía de, 182
 Clermont, 83
 Cleves, 370, 371
 Cluny, abadía de, 208, 219
 Coblenza, 227
 Colchester, 64
 Colonia, 19, 42, 72, 79, 177, 257,
 320, 366, 378, 385
 Compostela, Santiago de, 246
 Constantinopla, 17, 29, 30, 36, 81,
 311, 315
 Constanza, 83, 320
 Copenhague, 83
 Córdoba, 36, 41, 363
 Cornualles, 255, 303, 339
 Champaña, 296, 306, 307, 316, 330,
 346, 365, 366, 370, 381, 384,
 394
 Chartres, 80
 Chester, 320

 China, 153, 161, 165, 168, 171,
 172, 174, 177, 179, 181, 297

 Damasco, 28
 Danzig, 91, 320, 339
 Dartmouth, 320
 Dauphiné, 166
 Delft, 95
 Deutz, 79, 81
 Devon, 255, 339
 Dinamarca, 56, 84, 165, 371
 Dinant, 393
 Dordrecht, 321, 380, 385, 387
 Dorpat, 320
 Douai, 97, 98, 267, 287, 304, 334
 Dresde, 65

 Egipto, 42, 60, 177, 300, 301, 313,
 315
 Elba, 273
 Elbing, 320
 Escandinavia, 28, 38, 49, 52, 188,
 204, 320, 362, 363, 364, 365,
 393, *véase también* Dinamarca, No-
 ruega y Suecia
 España, 27, 31-32, 43, 69, 70, 71,
 86, 120, 162, 175, 179, 223,
 224, 255, 266, 279, 281, 305,
 306, 307, 313, 335, 344, 365,
 375, 387, 390, 392
 Estiria, 167
 Estocolmo, 320
 Estrasburgo, 27, 36

 Fabriano, 172
 Ferrara, 95
 Ferrières, monasterio de, 246
 Flandes, 82, 87, 179, 198, 207, 209,
 212, 221, 240, 257, 266, 267,
 269, 275, 276, 279, 280, 282,
 283, 284, 290, 303, 304, 305,
 306, 310, 316, 318, 320, 321,
 322, 329, 330, 332, 338, 344,

- 345, 346, 364, 378, 380, 381, 382, 386, 387, 391, 392, 395
- Florenia, 21, 23, 26, 36, 37, 87, 89, 90, 93, 95, 100, 101, 103, 169, 208, 238, 261, 266, 267, 281, 283, 302, 305, 306, 307, 310, 317, 319, 322, 332, 333, 337, 338, 340, 342, 345, 348, 349, 350, 368, 373, 379, 383, 389
- Forez, 167, 284
- Francia, 26, 27, 28, 37, 38, 39, 57, 71, 87, 97, 98, 119, 166, 188, 189, 191, 199, 200, 206, 209, 210, 212, 217, 219, 220, 223, 224, 228, 240, 247, 251-252, 257, 260, 280, 286, 302, 326, 331, 335, 336, 341, 344, 365, 366, 367, 369, 370, 273, 374, 376, 382, 383, 387, 388, 393, 394, 395
- Frankfurt, 320
- Freiburg-im-Breisgau, 27, 83
- Friburgo, 65, 83
- Fulda, 81
- Gante, 36, 87, 91, 93, 258, 276, 304
- Génova, 34, 36, 179, 253, 264, 267, 300, 305, 306, 307, 310, 313, 315-317, 322, 329, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 343, 344, 345, 348, 349, 350, 351, 368, 373, 379, 383, 387, 392
- Ginebra, 307, 330, 338, 344, 349
- Gravelinas, 321
- Grenoble, 166
- Hainault, 280, 368
- Hamburgo, 319, 385
- hanseáticas, ciudades, *véase* Liga Hanseática en el siguiente Índice
- Holanda, *véase* Países Bajos
- Hondschoote, 280, 282
- Hull, 64, 305, 320, 339
- Hungría, 37, 38, 39, 41, 42, 320, 371, 379, 383
- Ibérica, península, 27, 31, 38, 41, 60, 206, 316, 320, *véase también* Portugal y España
- India, 60, 153, 164, 174, 179, 180, 297, 301
- Inglaterra, 27, 28, 30, 32-33, 37, 38, 41, 43, 47, 50, 54, 56, 58, 61, 65, 68, 71, 73, 84, 95, 120, 124, 130, 135, 145, 155, 156, 166, 167, 168, 177, 188, 191, 192, 193, 194, 197, 198, 200, 205, 206, 211, 212, 214, 217, 221, 223, 227, 228, 235, 238, 240, 243, 247, 250, 254, 255-256, 267, 279, 280-281, 282, 288, 289, 296, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 316, 318, 332, 333, 335, 336, 337, 338, 345, 347, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 373, 374, 377, 380, 382, 383, 386, 389, 390, 391, 392, 393, 395
- Ipswich, 98, 305, 320
- Italia, 26, 27, 28, 34, 36, 37, 38, 41, 57, 73, 83, 84, 87, 90, 93, 97, 99, 100, 102, 120, 143, 162, 164, 165, 168, 169, 179, 188, 189, 191, 207, 213, 218, 224, 225, 249, 258, 260, 266, 267, 279, 281, 283, 286, 296, 297, 305, 313-315, 320, 329, 330, 335, 341, 344, 348, 349, 362, 366, 369, 372, 375, 378, 379, 383, 386, 387, 388, 389, 392, 394
- Jaffa, 300, 314
- Japón, 177
- Játiva, 172
- Java, 297

- Kiev, 257
 King's Lynn, 98

 Lagny, 306, 330
 La Rochelle, 303, 321
 La Rouselle, 303
 Le Crottoy, 302, 321
 Leicester (Leicestershire), 32-33, 98
 Leipzig, 320
 Lérins, 166
 Lieja, 167, 257, 277
 Lille, 304
 Lincoln, 98
 Liorna, 317
 Lisboa, 176, 316
 Lombardía, 88, 90, 207, 209, 211,
 223, 226, 249, 302, 306, 307,
 318, 319, 332, 347, 348
 Londres, 23, 36, 37, 42, 54, 73, 83,
 84, 87, 88, 96, 98, 257, 264,
 269, 277, 288, 305, 318, 320,
 322, 336, 339, 344, 346
 Lorena, 84, 212
 Lovaina, 304
 Lübeck, 319, 332, 381, 385
 Lucca, 37, 88, 281, 310, 317, 342,
 392
 Lüneburg, 91
 Lyón, 307, 318, 330, 344, 349, 394

 Maguncia, 173
 Malinas, 304
 Malmesbury Abbey, 180
 Marsella, 26, 37, 178, 305, 310, 319
 Méron (feudo de), 247
 Metz, 13, 86, 100
 Middelburg, 323
 Milán, 17, 23, 36, 94, 95, 164, 167,
 257, 269, 282, 283, 305, 317,
 318, 319, 344, 350, 376, 391
 Montbrison, 284
 Montpellier, 36, 37, 88, 305, 319,
 393
 Moravia, 37, 167

 Morella, 34
 Munich, 307

 Nantes, 302, 321, 336
 Nápoles, 37, 92, 249, 344, 369, 377,
 379, 382, 383, 387
 Narbona, 80-81, 273
 Neufbourg, 208
 Nevers, 167
 Nördlingen, 27
 Norfolk, 237
 Normandía, 166, 179, 188, 208,
 227, 255, 264, 290, 321, 322,
 351
 Noruega, 84, 162, 376
 Novara, 306
 Novgorod, 257, 310, 320, 344
 Norwich, 98
 Nuremberg, 27, 36, 83, 181, 307,
 320

 Orly, 221
 Oxford, 98

 Padua, 34, 95, 171, 307
 Países Bajos, 27, 29, 38, 43, 120,
 143, 244, 273, 280, 297, 305,
 348, 377, 379, 294
 Palermo, 36, 37
 Palma de Mallorca, 34
 Pamplona, 34
 París, 17, 36, 37, 42, 80, 82, 89, 92,
 94, 95, 96, 98, 167, 198, 206,
 208, 209, 221, 259, 266, 268,
 271, 273, 287, 281, 306, 318,
 321, 326, 343, 344, 349
 Pavia, 23, 171, 173, 377
 Péronne, 336
 Perpiñán, 34
 Persia (Irán), 168, 174, 300
 Perugia, 120, 310, 344
 Piacenza, 260, 305, 317, 342, 349
 Picardía, 88, 166, 170, 302, 321
 Pisa, 37, 179, 266, 273, 313, 315,

- 317, 337, 342, 351, 369, 370,
372, 376, 377, 389
Po, Valle del, 143, 155, 156, 164,
165, 207, 213, 240, 266
Poitiers, 175, 393
Polonia, 28, 38, 42, 103, 188, 208,
254, 372
Portugal, 179, 321, 324
Praga, 42, 97, 384
Provenza, 42, 56, 194, 197, 200,
319
Provins (Champaña), 306, 330

Ratisbona, 97, 307
Ravensburg, 307, 320, 342
Reims, 26, 168
Renania, 156, 249, 255, 278, 384,
387
Reval, 320
Riga, 320
Rostock, 320
Rottweil, 83
Rouanne, 336
Ruán, 36, 264, 264, 282, 302, 321,
394
Rusia, 38, 39, 41, 42, 247, 257, 301

Sajonia, 71, 119, 204, 255, 256,
366, 372
Salamanca, 92
Salzburgo, 376, 386
Sandwich, 306
San Gimignano, 88
Sanlúcar, 316, 321
San Sebastián, 321
Santander, 321
Selva de Dean, 257
Sevilla, 36, 316, 321, 332
Sicilia, 57, 301, 366, 369, 371, 372,
377
Siena, 36, 96, 100, 181, 317, 342,
349
Siria, 57, 168, 300, 301, 315
Sluys, 323

Smolensko, 36
Southampton, 34, 306, 320, 338
Speyer, 171
Staffelsee, monasterio de, 245
Stettin, 320
St. Gall, monasterio de, 81, 246, 275,
320
St. Omer, 305, 321
Stralsund, 319, 320
Stratford, 253
St. Riquier, 81
Suecia, 167, 255, 276, 277, 370
Suiza, 344

Tarascón, 88
Tarragona, 34
Tesalónica, 36, 155
Tirol, 65, 366, 371
Toledo, 36, 171
Tortosa, 34
Toulouse, 36, 86, 88, 92, 260, 261,
273, 326, 336, 370
Tournai, 17, 87, 94, 304
Tours, 89, 393
Treviso, 26
Trípoli, 300, 314
Troppau, 381
Troyes, 306, 330

Valencia, 34
Venecia, 12, 15, 34, 79, 84, 89, 122,
168, 179, 281, 283, 301, 306,
307, 310, 312, 313, 315-317,
319, 320, 322, 329, 331, 332,
336, 337, 338, 339, 340, 344,
345, 348, 350, 368, 372, 377,
379, 383, 384, 387, 390-391,
394
Vercelli, 87, 92, 306
Verdún, 13
Verona, 318
Villigen, 83
Visbi, 320

Volterra, 88

Ypres, 27, 58, 65, 73, 82, 87, 276,
279, 304, 306

Winchester, 34, 179, 193, 199

Wismar, 320

Zaragoza, 34

ÍNDICE DE CONCEPTOS

- acuñación de moneda, 89, 310-311, 332-333, 345-346, 383, *véase también* dinero
- Agricultura, 30-31, 73-76, 88, 120-122, 141-145, 154-155, 156-166, 186-234, 240, 241, 375-376
- alimentación, *véase* dieta alimenticia
- anteojos, 172-173
- aprendices, 54, 242, 285, 287-289
- arado, 88, 156-159
- armadura, 175 y ss., 237, 257, 319
- armas de fuego, 277, *véase también* cañón de artillería
- arreos, 81, 161
- ballesta, 176-177
- Banca, 140, 316-317, 318, 322, 323, 330 y ss., 341 y ss., 348-352
- bayeux, tapicería, 163
- bocage*, sistema de, 203
- bomba de succión, 181
- bosques, *véase* madera
- brújula, 179
- bujías, 140
- buques, construcción de, 177-179, 253, 262, 283
- caballos, fuerza de los, 161-163
- calles, 96-97
- cambistas de dinero, 306, 316, *véase también* banca y judíos
- campesinos, 71, 78-79, 87, 100, 121-128, 147, 156 *passim* 163-164, 195 y ss., 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227-228, 229, 238, 249, 251-252, 253, 283, 284, 286, 289, 321
- campesinos, revuelta de los (1381), 228, 289
- canales, 143, 164, 213-214, 260
- cañón de artillería, 176-177, 180, 277
- capitación, impuesto sobre la, 27
- capitalismo, alza del, 98 y ss., 141 y ss., 261 y ss., 295 y ss., 328 y ss.
- carnavales, 87
- carolingio, periódico, 40, 53, 161, 188, 190, 191, 195, 204, 208, 217, 218, 244, 254, 363, 377
- Carta Magna, 65
- celibato, 64, 223
- celtas, 31, 32, 159, 162
- cementerios, 37, 44-46, 47, 52
- censos, 26-27
- cistercienses, 92, 203, 217, 246
- ciudades, 28-30, 32 y ss., 58, 65, 78-114, 120, 132-133, 154-155, 215, 216, 221-222, 257 y ss., 304, 306, 311 y ss., 323 y ss., 330-331, 332, 334, 335, 336, 339, 341, 344, 367-368, 370, 374, 376-377, 383, 384, 385, 386, 387, 390-391, 394
- clima, 42, 49, 55-57, 162, 164, 208, 295

- combustible, 131-132
 comercio, 88, 102, 165, 179, 218, 257-258, 295-352, 371-373, 375 y ss.
 construcción, 88, 131, 139, 241, 246, 258 y ss.
 contabilidad, 93, 281, 348-349, 351-352
corvéés (trabajo gratuito), 200, 209, 218, 219, 226, 244
 crédito, 221-222, 265, 345, 346-351, 367-369
 Cruzadas, 41, 42, 296, 297, 312, 313, 314, 315-316, 349
 demanda, pautas y estructura de la, 115-149
 demografía, 25-77, 120, 141, 156, 193, 227, 229, 241, 251, 253, 283-284, 296-297, 313, 317
De Villis, 244, 245, 254
 dieta alimenticia, 47, 74-75, 120-126, 129-130, 135-136, 139-140, 165, 204, 205, 302-303
 dinero, 89, 218-219, 220, 301, 310-311, 332-335, 345 y ss., 367-368, véase también acuñación de moneda e impuestos
 disentería, 55, 57, 58-59
Domesday Book, 28, 32, 165, 191, 193, 250
 educación, 91-94
 enfermedades, 55-62, véase también disentería, malaria, peste, viruela y tuberculosis
 epidemias, véase peste
 eslavos, 31, 32, 41, 42, 71, 156, 188, 204, 362, 363, 366
 estribo, 174-175
 estructura de las clases, véase nobleza, campesinos y clase media
 familia (como una unidad agraria), 194-201
 ferias, 218, 221, 254, 258, 296, 306, 307, 321, 322, 325-326, 330, 346, 349, 381, 382, 384, 394
 finanzas, 295, 310-311 y ss., 328 y ss., 341-352
 frailes, 85-86, 96
 francos, 40, 159, 174
 fuegos, impuesto sobre, 28, 370
 gobiernos, políticas económica y finanzas, 363-396
 gremios, 53-54, 73, 84, 87, 88, 91-92, 116, 261, 262, 265, 266, 268 y ss., 286 y ss.
 grúa, 91
 guadaña, 159
 Guerra de los Cien Años, 325, 371, 390
 Hacienda pública, 364-375
 herraduras, 162
 humanismo, 93-94
 Iglesia, posición de la, 48, 64-65, 73, 76, 78-80, 85-86, 91-92, 118, 128, 133-138, 182, 190, 215, 216-217, 224, 260, 272-274, 334, 365, 370
 Imperio Bizantino, 36, 40, 52, 62, 71, 84-85, 153, 155, 162, 176, 300, 310, 311-312, 313
 imprenta, 94, 171, 172, 173, 282, 291
 impuestos, 28, 148, 193, 196, 198, 202, 216, 219-220, 241, 247-248, 336-337, 368-375, 380 y ss., 388 y ss., 394
 industria, 166-167, 235-294, 304-305, 307, 312, 317, 318, 319, 320, 321-325, 389-393, 394, 395
 inversión, 141 y ss.
 islámico, mundo, 29, 36, 40-41, 42, 57, 84-85, 153, 155, 165, 168,

- 172, 177, 218, 283, 296, 297,
300, 301, 310, 311-313, 314,
315, 316
- Jacquerie (1358), 228
- judíos, 148, 223, 348, 366, 367, 374
- lana, comercio de la, 243, 261, 266,
267, 268, 269-270, 279-280,
305, 307, 320, 323, 332, 340,
371, 374, 387, 389, 390, 391,
392, 393, 395
- letra de cambio, 93, 346 y ss.
- libros, 92, 171, 173
- Liga Hanseática, 36, 276, 296, 320,
322, 332, 335, 336, 338, 339,
341-342, 343, 344, 362, 389,
390, 393, 394
- madera, 131-132, 138-140, 283
- malaria, 48, 55, 57, 62, 273
- manubrio, 168-169
- matrimonios, 62 y ss.
- media (y alta), clases, 128-132, 135-
136, 265, 328, 329, 330, 381-
382
- mercados, 32, 33, 84, 96, 218, 221,
237, 252, 253, 257, 258, 262,
263, 264, 266-267, 304, 310,
322, 324-325
- metalurgia, 166-167, 254 y ss., 273,
319
- migración, 70-76, 196, 280, 290
- minería, 256-257, 275-278, 320
- molinos, 145, 165-168, 180, 181,
248-252, 260-261, 262, 269,
274, 281, 290, 305
- monasterios, 81, 86, 91-92, 182,
191, 197, 204, 208, 217, 219,
245-246, 247-248
- mongoles, 41, 42, 381
- mortalidad infantil, 46, 48, 51-52,
55, 61, 62, 68-69
- mujeres, situación de las, 46, 47-48,
63 y ss., 244, 246, 250-251, 268,
269, 286, 287
- navegación, 178-180, 296, 297, 300,
301 y ss., 306-307, 314 y ss.,
336-341
- niños, vida de los, 90, 93, 196, 197,
véase también mortalidad infantil
- nobleza, 33, 44, 53-54, 65, 92, 128-
129, 237
- oferta y demanda, *véase* demanda
- pañó, comercio del, 267-268, 269,
280, 287
- papel, 172
- paracaídas, 181-182
- peajes, aduanas, 258, 336-338, 365,
371-372, 374, 382-383, 385
- peregrinaciones, 246-247
- pescado (y pesca), 124, 134, 303,
332, 376
- peste (epidemias), 26, 29, 30, 39, 40,
42, 43, 44, 46, 52, 54, 55 y ss.,
59-62, 75, 82, 102, 155, 158,
194, 284-285
- Peste Negra, 241, 284, 289, 296,
377
- Petor Pence, 28
- pobreza (rural), 131; (urbana), 97-98,
120, 131, 286 y ss.
- pólvora, 174, 177
- post mortem*, investigaciones, 46-47, 61
- primogenitura, 53
- protección, servicios de, 137-138
- pueblos, vida en los, 31-32, 201-202,
221-223, 226, 248, 252-253
- recaudación de impuestos (1377), 63,
198
- relojes, 94-96, 169-171, 352
- revueltas y tumultos (rurales), 223,
228; (urbanas), 98, 288-289
- rotación del cultivo (tres campos), 88,
160-161, 162, 163

- rotación del cultivo (tres campos), 88, 160-161, 162, 163
 rueca, 171-172
 seguros, 140, 340-341, 347
 senescal, 245
 siervos, 140-141, 196-198, 218, 242, 252, 263, 287-289
 tecnología, expansión de la, 152-183
 tejidos, 91, 244, 246, 269-270, 274-275, 278-281, 287, 288-289, 386, 387-388
 telas, comercio de, 88, 89, 171-172, 243, 258, 266 y ss., 275-276, 278-283, 304-306, 307, 318, 319, 322, 323, 330, 332, 345
 textil, industria, 266-268, 269-270, 274, 275-276, 278-282, 296, 301, 302, 303-306, 307-310, 318, 320, 323, 332, 373, 379, 386-388, 391, 392, 393, 395
 tiempo, medida del, 94, 272-274, 352, *véase también* relojes
 trabajadores domésticos, *véase* siervos
 transporte, 31, 131, 161 y ss., 177 y ss., 253, 297 y ss., 303-304, 306-307, 328-329, 337-341, 382 y ss.
 tres campos, sistema de cultivo, 88, 160-161, 162, 163
 tuberculosis, 48, 55, 58, 62
 urbana, vida, *véase* ciudades
 vagabundaje, 90, 97-98
 vestidos, 126-127, 135
 vikingos, 41, 156, 178, 243
 vinos, 130-131, 205, 206, 221, 222, 303, 304, 332, 339, 340, 377, 378
 viruela, 59
 visigodos, 40, 70
 vivienda (nobleza), 90; (campesinos), 127-128; (urbana), 89-91, 96 y ss., 133

ÍNDICE

<i>Introducción general</i>	7
<i>Los orígenes</i> , por C. M. CIPOLLA	11
1. <i>La población en Europa del año 500 al 1500</i> , por J. C. RUSSELL	25
La evidencia, 26 — Tipos de asentamiento, 30. — Evolución global de la población, 39. — Duración y esperanza de vida, 44. — La enfermedad como factor demográfico, 55. — Proporción entre sexos, matrimonios y fertilidad, 62. — Migración, 70. — Bibliografía, 76.	
2. <i>La ciudad como agente de civilización; c. 1200-c. 1500</i> , por JACQUES LE GOFF	78
Bibliografía, 103.	
3. <i>Pautas y estructura de la demanda, 1000-1500</i> , por RICHARD ROEHL	115
Bibliografía, 149.	
4. <i>La expansión de la tecnología, 500-1500</i> , por LYNN WHITE JR.	152
Bibliografía, 183.	
5. <i>La agricultura medieval, 900-1500</i> , por GEORGES DUBY	186
Introducción, 186. — Las fuentes, 189. — Las condiciones de la producción agrícola, 193. — Las fases principales, 214. — Bibliografía, 229.	

6. <i>La industria medieval, 1000-1500</i> , por SYLVIA L. THRUPP	235
La industria medieval bajo una perspectiva evolucionista, 235. — La industria rural hasta el año 1300, 242. — La industria ciudadana en los siglos XII y XIII, 257. — Tendencias de la industria c. 1300-1500, 275. — Bibliografía, 291.	
7. <i>Comercio y finanzas en la Edad Media, 900-1500</i> , por JACQUES BERNARD	295
Rutas comerciales y mercancías, 295. — Los grandes centros comerciales y financieros, 311. — Los mecanismos del comercio y las finanzas, 328. — Bibliografía, 352.	
8. <i>Medidas económicas gubernamentales y hacienda pública, 1000-1500</i> , por EDWARD MILLER	362
Hacienda pública, 364. — Medidas económicas de gobierno, 375. — Bibliografía, 396.	
Notas sobre los autores	401
Índice de personas	403
Índice de lugares	407
Índice de conceptos	413

ción del feudalismo. ¿A qué se dedicaban campesinos y burgueses? Antes de pasar al análisis de las actividades productivas, el volumen se ocupa de establecer, en un capítulo rigurosamente innovador, los modelos y la estructura de la demanda. Rastreo de los modos de vida e inventario de las necesidades más perentorias: examen de la dieta, del vestido, de la vivienda. Por ahí, por la exigencia de distinguir la demanda de cada uno de los estamentos, el relato alcanza una dimensión social que las historias corrientes, construidas desde el ángulo exclusivo de la producción, esto es de la oferta, implícitamente le han negado. También previo a la consideración de las actividades productivas, se ofrece la de los medios técnicos con que ejercerlas. Lejos del estancamiento que suele atribuírsele, el Medioevo aporta un cúmulo de innovaciones y un nivel de adopción que se expresa en el hecho de que, a su término, "el número de los molinos hidráulicos superase ampliamente al de las iglesias".

La agricultura, con una productividad muy baja, era el cuello de botella que trababa el funcionamiento del sistema. El cultivo reclamaba la inmensa mayoría de los brazos útiles, reduciendo con ello la industria a la condición de cenicienta de la actividad económica. En cambio, el tráfico mercantil tenía una dimensión mayor de la previsible, por la necesidad de buscar lejos los artículos que no se encontraban cerca. Es de señalar, en este punto, que las prácticas mercantiles, los instrumentos financieros y contables, así como los medios de navegación, siguieron afinándose durante la depresión de los siglos xiv y xv, al mismo tiempo que las defensas canónicas frente a la especulación y el interés perdían una posición tras otra en beneficio de los negocios. Paralelamente, en la teoría como en la práctica, iba imponiéndose la idea de que los poderes públicos debían intervenir en la regulación de la actividad económica, ya fuese para asegurar el suministro de granos, ya fuese para estimular y proteger los oficios, defender a los comerciantes en el extranjero, controlar la moneda y vigilar los stocks de metales preciosos. Es innegable la participación de los gobiernos en aquel proceso de crecimiento económico que transformó la Europa feudal en la Europa moderna, de rasgos mucho más progresivos.

